
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00070681 2

79 825

GUERRAS CIVILES DE GRANADA

GUERRAS CIVILES DE GRANADA

JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS É INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

GINÉS PÉREZ DE HITA

GUERRAS CIVILES DE GRANADA

SEGUNDA PARTE

REPRODUCCIÓN DE LA EDICIÓN DE CUENCA 1619

PUBLICADA POR

PAULA BLANCHARD-DEMOUGE



140311
13/10/16

MADRID

IMPRENTA DE E. BAILLY-BAILLIÈRE

Calle de Nuñez de Balboa, núm. [illegible]

1915

DP
122
P4
1913
pte. 2

INTRODUCCIÓN

Ginés Pérez de Hita peleó a las órdenes de Don Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, en la guerra contra los moriscos (1569-1571); el relato de esta campaña es el primordial asunto de la segunda parte de las *Guerras civiles de Granada*, en la cual quedan muchas pruebas de la nobleza de su corazón, de su humanidad para con los vencidos y del horror y lástima que le causaban los desmanes de sus compañeros de armas.

En 1568, los moriscos, no pudiendo soportar más tiempo la opresión del riguroso gobierno de Felipe II, intentaron refugiarse en las Alpujarras, manteniéndose valerosamente en este lugar durante tres años, siendo sucesiva y definitivamente vencidos por tres ejércitos enviados contra ellos, el último dirigido por Don Juan de Austria. Las tradiciones poéticas de Granada debían interesar más que las atrocidades de una revuelta en que las represalias de los cristianos igualaron a las ferocidades de los moriscos, motivo por el cual la segunda parte no obtuvo el éxito de la primera; la preponderancia del elemento histórico y la importancia de hechos notables y recientes, sobreponiéndose a la fantasía, fueron causa de que, careciendo de interés novelesco, esta parte haya sido juzgada con severidad, y de que los historiadores, recordando la primera, la considerasen con desdén.

Ginés Pérez de Hita asistió a la guerra contra los moriscos alborotados, como escudero del Marqués de los Vélez, uno de los jefes prin-

cipales de los cristianos; casi todos los hechos que relata son auténticos y verdaderos, teniendo en unos él mismo papel activo, siendo de otros testigo. De esta parte es fácil separar la ficción de la realidad histórica, pudiendo servir como documento precioso para los historiadores, teniendo en cuenta muchos datos y pormenores que se encuentran únicamente en este relato, que puede considerarse como fuente importante para la historia de la revuelta de los moriscos bajo el reinado de Felipe II; fuente demasiado despreciada, aunque puede equipararse con la narración de los mismos acontecimientos hecha por Diego de Mendoza en su *Historia de la Guerra de Granada*, obra tan confusa, que más es un bosquejo que una obra histórica; Ginés Pérez, en cambio, compuso una relación sencilla, en la que los detalles típicos abundan, llena de poético interés, sin perder por esto exactitud, escrita en estilo más llano y sobre todo más pintoresco. Si se coteja su relato con el de Mármol, cuya autoridad es innegable, se comprobará la veracidad histórica y la importancia del texto.

I.—FUENTES HISTÓRICAS

Igual que en la primera parte puede seguirse en la segunda la génesis de esta página de historia. Hasta el sitio de Galera (Enero de 1570), Ginés Pérez escribe su narración basándose en sus recuerdos personales de soldado que asistió a la guerra y con pormenores que unos moriscos le proporcionaron. Después del sitio de Galera, la relación de un testigo presencial de los últimos sucesos de la lucha, unas páginas de Juan Rufo para comprobar el texto de Tomás de Hervía y unos documentos moriscos, son los datos que integran la composición del relato de los postreros acontecimientos de la lucha. Se advierte que Ginés Pérez, luego de este hecho, se retiró del campo de batalla, pues de esta pelea sangrienta, que primero sigue minuciosamente, sólo narra más tarde hechos principales con pocos detalles; es preciso también tener en cuenta que siguiendo al Marqués de los Vélez en Enero de 1569, de él se apartó en Enero de 1570, por lo que en esta parte de

la guerra que comprende en su libro veinte capítulos, solamente cinco de ellos están dedicados al final de la contienda. La fantasía caballeresca, que tanto había contribuído al éxito de su primera parte, queda olvidada cuando refiere acontecimientos en que intervino desempeñando papel activo; sólo se encuentran algunos incidentes novelescos, que son relatos de fiestas, quizás históricos, que no hace constar el Alférez Tomás de Hervía.

Por última vez, al principio del capítulo II menciona a Garibay al intercalar la genealogía de Aben Humeya, y dice: «Ansí se halla en Esteban Garibay, en los compendios que hizo tratando destas cosas, al que me remito». El pasaje de Garibay a que alude Ginés se encuentra en el libro XXXVI, capítulo VII: «De la espantosa muerte de Mahoma y tiempo en que falleció, y Alcalifas sucessores suyos, y copilación del Alcorán, y división de su secta». En tal capítulo pone Garibay: «A Homer, sucediendo un yerno de Mahoma llamado Hozmen, casado con Fátima, su primera hija, y fué quarto Alcalifa y Rey ... De los dichos Hozmen y Fátima descendía Aben Humeya; como se ve, el pasaje resulta casi semejante en Garibay y en Pérez de Hita. [1]

Siguiendo la historia refiere Ginés Pérez la revuelta de los moriscos, añadiendo pormenores desconocidos por varios historiadores que han tratado el mismo asunto, incluyendo bastantes indicaciones de los moriscos mismos. «Escribo esto así muy bien informado de muchos moriscos, a quienes pregunté la verdad para escribir con la debida diligencia la segunda parte desta historia.» Que se examine la «diabólica astucia empleada por los moriscos con término de conocer exactamente sus fuerzas»: de esto no habla Mármol. Mendoza relata el hecho con brevedad; [2] Rufo le dedicó una octava; [3] pero ambos distan del relato preciso de Hita, que indica la fecha de la fundación del hospital, el lugar donde se encontraba, hasta el nombre de su di-

---

1 Esteban Garibay y Çamalloa: *Compendio histórico*, p. 953.
Pérez de Hita: *Guerras civiles de Granada*, segunda parte, cap. II, p. 11_2

2 *Guerras de Granada*, edición Rivadeneyra, libro I, p. 72_1.

3 *La Austriada*, edición Rivadeneyra, canto I, p. 8_2.

rector y el acuerdo mediante el cual los moriscos contaron sus fuerzas. [1] Frecuentemente intercala detalles típicos e interesantes que no se encuentran más que en su obra.

Después de la victoria de Válor (1569), ganada por los moriscos, continúa historiando con pormenores facilitados por ellos. «No dejó de haber en esta batalla —dice— muchos moros muertos, porque preguntándole yo a uno de ellos, me dijo que tuvieron más de trescientos.» Conjunto de recuerdos e impresiones personales y documentos moriscos componen la mayor parte de su relación.

A fines de Enero de 1570, Hita dejó la lucha para seguir al Marqués de los Vélez, que de repente abandonó el campo, regresando a Lorca y Murcia. Cuenta Ginés Pérez la cortés entrevista entre el Marqués y Don Juan, callando el motivo que determinó la retirada de Luis Fajardo. También le calla en su poema épico de Lorca. Dice en el Canto XXVIII de la segunda parte:

> Aquel de las ortigas valeroso, [2]
> viendo que Dn. Juan era llegado
> con el comendador, tanto famoso,
> con su venida fué regocijado.
> Hablando con el príncipe glorioso,
> mostrandole el aspecto sosegado:
> Sea vuestra Alteza vien venido,
> pues mi desseo ya oy se ha cumplido.
>
> Ya, señor, so biexo, estoy cansado,
> luego me combiene ami partirme
> a ver mis casas, mis hixas y mi estado;
> quiero de la guerra despedirme;
> campo queda hecho vien formado;
> tiempo ay oportuno *para* irme;

[1] *Guerras de Granada*, segunda parte, cap. I.

[2] Estos versos se transcriben tal y como están en la copia manuscrita del siglo XVIII que de el «*Libro de la poblazion y hazañas de la mvi novilissima y leal ciudad de Lorca*» posee el Sr. Cáceres Plá, el que con gran amabilidad lo ha puesto a nuestra disposición.

gente queda toda de valía,
muy poco le hará la falta mia.
Con esto se despide el buen Faxardo,
camino va de Vélez muy derecho,
iua muy dispuesto y muy gallardo,
vien muestra el valor de su gran pecho.
Tanto, pues, caminó con su vayardo,
que ya estaua de Vélez poco trecho;
allí reziuieron luego a reziuillo, (*sic*)
con un plazer que yo no sé dezillo.

Parece que Ginés no quiso juzgar la defección de su héroe. Con más precisión se expresa Mármol [1] al contar el regreso del Marqués de los Vélez con su gente; pero quien categóricamente lo explica es Luis de Requeséns, biógrafo del Comendador Mayor de Castilla, el cual brevemente refiere la verdadera causa: «Resolvióse luego que el señor don Juan con todo el exérçito que se avía juntado que se fuese a poner sobre Galera, y al marqués de los Vélez ordenó su M^d que si quería asistir cabe la persona del señor don Juan, que lo hiziesse; pero como su condición no sufría superior, no quiso sino yrse a su casa».[2]

Al mismo tiempo que Luis Fajardo, el autor de las *Guerras civiles* deja la lucha y regresa a Murcia; de este modo narra cómo puso término a su obra: «Teniendo yo escrito en mi libro *todo aquello de que tenia noticia*, *por vista propia ó por relación*, *sobre lo ocurrido en esta guerra*, no habiéndome hallado en el cerco de Galera, y *deseando escribirlo con la misma entereza y verdad que hago lo demás*, tuve necesidad de buscar información, y en fuerza de mis diligencias esquisitas adquirí noticia de que el Alférez Tomás Pérez de Hervía, vecino de la ciudad de Murcia y soldado veterano muy distinguido, que siguiendo las banderas del señor don Juan se halló en esta jornada, había hecho un escri-

[1] *Rebelión y castigo de los moriscos*, edición Rivadeneyra, cap. I, p. 310.

[2] *Vida de Don Luis de Requeséns y Zúñiga*, publicada por el Sr. Morel-Fatio en el *Bulletin Hispanique* de 1904-1905.

lo sustancial, breve y compendioso del sitio de Galera, y de lo que día por día iba allí sucediendo, se le pedí, y habiéndomelo dado, me pareció por su estilo y método que contenía la verdad desapasionada, y que mostraba muy bien haber sido hecho por persona en quien concurrían el conocimiento y la práctica del arte militar; *así acordé copiarle á la letra, sin quitar ni poner cosa alguna, y su tenor es como sigue...*»

Aun cuando asegura Ginés Pérez su intención de copiar «a la letra» la relación de Tomás Pérez de Hervía, completa unas partes y comprueba otras con el texto de Juan Rufo. En el relato del Alférez introduce un factor muy de su agrado: el elemento morisco. Pérez de Hervía se ocupaba demasiado de los cristianos, descuidando en cambio lo relativo a los moriscos, la historia interna de éstos, que recogida por Ginés le sirve para incluir en su narración detalles pintorescos y pormenores interesantes. Por ejemplo, el papel heróico que las mujeres árabes desempeñaron en la lucha, personificado en Zarzamondia, que en un solo día mató diez y ocho soldados cristianos, «no de los peores del campo», y que capitaneaba sus compañeras en la pelea. Prueba de que tal episodio es de su invención, y que le intercaló en el relato del Alférez, es que, más adelante, refiriendo otra vez las hazañas de dichas mujeres, y hablando de la situación de los moriscos ante el sitio de Galera, dice: «Tomás Pérez no tuvo noticia deste alboroto, y así la relación que acabo de hacer no es suya, sino de un morisco que se halló en él».[1] El principio y la mayor parte del capítulo XXI no pertenecen al Alférez, más bien parece que fué escrito por Hita inspirado en una fuente morisca, así como las páginas en que cuenta actos de heróica ferocidad de los moriscos, hazañas que provocan la admiración de nuestro autor; lo mismo sucede cuando se trata de «entradas parciales que no se contienen en la relación de Tomás Pérez», entradas hechas por gente de Lorca, episodios que no se encuentran ni en Mármol, ni en Mendoza, ni en Juan Rufo, lo que hace suponer que Ginés Pérez tuvo presente algún manuscrito o por lo menos oyó algún relato

---

[1] *Guerras civiles*, segunda parte, cap. XXI.

de un paisano suyo que había asistido a tales entradas, pues se trata de gente de Lorca.

Las páginas más interesantes de esta segunda parte son las que contienen la historia del Tuzani, trozo singular en que describe una bárbara pasión oriental, del cual tomó Calderón el asunto para una comedia suya de las más terribles y características. ¿Quién es el Tuzani? ¿Personaje de leyenda o histórico? Dice Pérez de Hita: «Este Moro animoso era de Cantoria o de los Vélez y le llamaban el Tuzani; estava tenido por muy ladino y valiente, y tan aljamiado que nadie le pudiera tomar por morisco, aviéndose criado de niño entre Christianos viejos.» Los detalles dejados por Hita al referir el episodio son precisos y exactos; pero ni en Mármol, ni en Mendoza, ni en Rufo, ni en ninguna parte se encuentra mencionado dicho personaje. En Mármol se encuentra igual relato de la toma de Tíjola, con los mismos pormenores; el episodio es histórico, mas no hace mención del Tuzani.[1] Sin embargo, Hita asegura con firmeza haber obtenido este relato del Tuzani mismo, no siendo la primera vez que se sirve de documentos moriscos, y concluye así dicha historia: «Como yo estava ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuzani, tuve especial cuidado de buscarle y hablarle, y él me dió esta relación que hemos contado. Vi el retrato de la hermosa Maleha, que le tenía puesto en tabla, y me pareció el rostro...»[2] Más adelante, cuando no se trata de la toma de Tíjola ni de tal episodio, cita la fecha de su encuentro con el Tuzani: pasado el mes de Agosto de 1585, como ya hemos visto en su biografía. Sin embargo, en su poema épico de Lorca, Pérez de Hita cuenta también el sitio de Tíjola y la salida de los moriscos:

Estauan del vivir desconfiados,
tanto tiempo estando allí metidos,
viendose del agua desvastados;
estauan todos ya muy aburridos

[1] *Rebelión y castigo de los moriscos*, edición Rivadeneyra, libro VIII, cap. XV, página 326.

[2] *Guerras civiles de Granada*, segunda parte, cap. XXV.

veinte días viendose zercados,
para su remedio no ay partidos,
todos determinan de saluarse
y a la cruda suerte aventurarse.
  Quisieran hallar medio y coiuntura,
para poder de aquel zerco salirse,
iban temiendo ya su desbentura;
ya empiezan de su yntento a repentirse,
mas un remedio dió corta ventura,
para que pudieran desasirse,
de la triste suerte dolorida,
la qual estaua dellos condolida.
  Y assí una noche oscura, tenebrosa,
que ha enesta sazón sobreuenido,
a todas las campanas temerosa,
de niebe agua tiene gran sonido;
pues enesta noche oscura pauorossa,
el vando renegado se a salido,
puniendo gran silenzio en el salirse,
mas no pudo el secreto allí encubrirse. [1]

Ginés Pérez refiere la salida de los moriscos y la toma de Tíjola por los cristianos como en las *Guerras*, pero sin que se pueda encontrar el nombre del Tuzani, que sin duda aun no conocía.

Desde el capítulo XXII hasta el fin, las fuentes de la segunda parte de las *Guerras civiles* fueron: una larga relación del dicho Tuzani; trozos de *La Austriada*, de Juan Rufo, para el capítulo XXIII, y relaciones o indicaciones moriscas.

Quiso sin duda Ginés Pérez de Hita escribir una historia exacta del levantamiento de los moriscos y de su última lucha con los cristianos, recogiendo documentos, relaciones escritas, recuerdos de moriscos o de cristianos, interrogando a vencidos y vencedores, haciendo obra de historiador concienzudo, y prueba de ello es que acaba su tarea con una reflexión, cuya franqueza y exactitud es preciso admirar, sobre

---

1 *Poema épico de Lorca*, segunda parte, Canto XXIX.

todo teniendo en cuenta que tales palabras fueron escritas reinando aún Felipe II: «Finalmente, los moriscos fueron sacados de sus tierras, y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ello Su Majestad y todos sus reinos.»

¿Qué influencia tiene *La Austriada* en la obra de Ginés Pérez de Hita?

Juan Rufo, «natural de Córdoba», en un largo y monótono poema épico, *La Austriada*, relata también el levantamiento y la guerra con los moriscos, sobre todo las hazañas de Don Juan de Austria, de quien era cronista; también fué testigo de lo que refiere, y su narración se encuentra conforme con la de Mármol y la de Mendoza.

La primera edición de su epopeya apareció en Madrid en 1584, y Ginés Pérez, que nada desperdiciaba de lo que pudiese darle alguna indicación para la segunda parte de su obra, según él mismo confiesa, conocía *La Austriada*. Hasta el capítulo XVI queda confuso lo que tomó de Rufo; escogió algunos trozos para completar en su historia la parte de la lucha dirigida por el Marqués de Mondéjar, sin que se pueda deslindar, como es factible más adelante, lo puramente original de Hita de lo que aprovechó de Juan Rufo, y sin que se pueda asegurar tampoco que *La Austriada* sirviera de fuente para esta parte de las *Guerras*. En el capítulo XV es donde por vez primera Hita menciona *La Austriada*, mas lo hace para refutar lo dicho por Rufo, cosa que sucede cada vez que alude a tal obra. Dice, por ejemplo, en este capítulo: «Al otro día se entró en consejo de guerra para enterarse de las órdenes de su Majestad y acordar lo que se debería hazer. En este consejo, *según dice Rufo en su Austriada*, el Comendador Mayor y el Marqués de los Vélez se repuntaron, *lo cual es falso.*» En efecto, Juan Rufo dedicó en el Canto XI de su obra varias octavas a esta desazón habida entre el Comendador y el Marqués. El Canto lleva por título: «El Comendador Mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez; salen los dos caudillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya», y siguen las primeras octavas, que empiezan la relación de Juan Rufo y nos dan el motivo de la disensión:

«Todo el tiempo que allí se iba perdiendo
el enemigo entonces le ganaba,
su campo de hora en hora rehaciendo,
que en número y pertrechos se aumentaba.
Don Luis de Requeséns, esto vïendo,
extraordinariamente procuraba
juntar la provisión que conviniese
para que la victoria se siguiese.

»Sonóse que, después de haber juntado
mediana cantidad con diligencia
y haber mucho el Marqués solicitado
contra la Almanzorina descendencia,
viéndole que aun no está determinado,
en consejo arguyó su negligencia,
diciéndole: «¡Oh, Marqués! ¿quién nos detiene
»cuando la brevedad tanto conviene?»

Continúa el relato con detalles de la querella y de las palabras que se dirigieron los dos caudillos. [1]

Mármol nada dice del incidente que hubo de suceder en Julio de 1569. Mendoza, confirmando el relato de *La Austriada*, refiere así el hecho: «El Comendador Mayor, según el poco aparejo, ninguna diligencia posible dejaba de hacer, aunque fuese con peligro, hasta que tuvo en Adra puesto vitualla de respeto por tanto tiempo que ayudado el Marqués con alguna de otra parte (aunque fuese habida de los enemigos) podía guerrear sin hambre y esperar la de Guadix; mas viendo que el Marqués, incierto de la provisión que hallaría en la Calahorra, se detenía, dábale priesa en público y requeríale en consejo que saliese contra los enemigos. Mas dando el Marqués razones por donde no convenía salir tan presto, *dicen* que pasó tan adelante, que en presencia de personas graves y en un consejo le dijo que no lo haciendo tomaría él la gente y saldría con ella en campo...» [2]

En la biografía anónima de Luis de Requeséns ya citada encontra-

[1] *La Austriada*, edición Rivadeneyra, Canto XI, p. 59.

[2] *Guerras de Granada*, edición Rivadeneyra, libro III, p. 98.

mos un breve relato del incidente y una crítica del carácter del Marqués: «Y que aunque el Marqués de los Vélez era muy valiente caballero, no tenía ninguna spiriencia de govierno de gente de guerra, y su condición era tan áspera que no lo podían sufrir los soldados ni ninguna otra manera de gentes.» Es por lo tanto cierto que tuvo lugar la entrevista entre los dos caudillos, pero es muy difícil saber cuál es el relato ajustado a la verdad y a lo que debió suceder entre ellos. Queda un hecho cierto: Hita, testigo de la entrevista, nos refiere lo que ha visto y oído, mientras que Juan Rufo, como Mendoza, se remiten al testimonio de todos: «dicen que...»; mas, por otra parte, se nota en Ginés Pérez de Hita una gran admiración por el Marqués de los Vélez. El trozo más hermoso de esta parte, pasaje que puede servir de modelo, es el soberbio retrato que hace de Don Luis Fajardo, al que los moros llamaban «Heiliz, Arraez el Adid», lo que significa: «El Diablo, Cabeza de Hierro»; página magnífica que bastaría para obscurecer las mejores de Guzmán o de Pulgar y para colocar a Hita en el primer lugar entre los escritores que con su inspiración dominaron el arte de pintar con palabras, dando vida a los personajes cuyas hazañas nos describen. Voluntariamente Ginés Pérez aparta todo lo que podría obscurecer la gloria de su héroe, dejando en la sombra ciertos hechos: por ejemplo, la derrota del Marqués de los Vélez en el puerto de Rabaha, en las Alpujarras, el 3 de Mayo de 1569, cuando el Marqués se retiró, a pesar de la defensa de Don Juan.[1] No deja traslucir Hita la animosidad que existió entre el Marqués y Don Juan; calla aquello que podría disminuir la intensidad de carácter y la excelsa dignidad de su personaje; siempre le muestra orgulloso, bravo y fuerte, hasta en su poema épico:

«Y sin esperar más a la campaña,
camina como un rayo a Cartagena;
solo va por el monte y la montaña;
para llegar a tiempo, con gran pena,

---

1 **Mármol**: *Rebelión y castigo de los moriscos*, edición Rivadeneyra, cap. IX, página 260.

a su caballo pica con tal maña
que haze salir dél muy larga vena
de sangre, y el cavallo así camina.»
. . . .

Más lejos dice aún:

Anduvo siete leguas el gallardo
en dos horas y media solamente;
de noche caminava el buen Faxardo,
porque a puesta de sol partió el valiente;
en el camino nada fué de tardo,
porque al cavallo pica crudamente,
y a dos horas de noche entró en Cartago
de sangre y de sudor hecho un gran lago.

Este mismo trozo demuestra que Ginés Pérez no conoció la obra de Mendoza, que hubiera podido llegar a sus manos manuscrita; los trozos en que refiere los hechos del Marqués de Mondéjar pueden lo mismo tener su origen en las *Guerras de Granada* que en *La Austriada;* pero no debió manejar tal obra, pues si de ella hubiese usado, igual que refutó las octavas de Juan Rufo hubiera contradicho la opinión de Mendoza.

En el capítulo XVI se nota la influencia de *La Austriada*, y, aunque no la menciona Hita, trozos enteros provienen de dicha obra; en el capítulo II se refiere cómo Aben Humeya, viéndose poderoso, pretendió tomar a Motril. Enamórase de la Mora Zahara, y el Moro Benalguacil, por celos que tiene de ésta, se concierta con Abenabó, primo del reyezuelo, para darle la muerte urdiendo una traición. En Mármol se encuentra la relación siguiente: «Entre otras cosas que Aben Humeya había hecho, de que se sentía muy agraviado Diego Alguacil, era averse llevado de Ujíjar una prima suya, viuda, con quien estava amancebado, y traerla consigo por amiga contra su voluntad; aunque otros entendieron que la causa del enojo que tenía con él no eran celos, sino punto de honra, afrentado de que, siendo mujer principal que podía casar con ella, la traía por manceba. Mas desto nos desengañó después

el tiempo cuando la vieron casada, a ley de maldición, con el propio Diego Alguacil en Tetuán, seis años después de aquesta guerra.[1]

También refiere Mendoza los amores de Aben Humeya con esta Zahara, siendo este episodio la causa de la traición en que el reyezuelo encontró la muerte; en la historia de Mendoza se cuenta además un hecho nuevo, un incidente novelesco, caballeresco, escrito con motivo de la muerte del primero de los reyes moriscos.[2]

Ateniéndose al relato de Mendoza, Juan Rufo y Pérez de Hita dan otra versión del mismo suceso, desarrollándolo Hita más extensamente, incluyendo otros episodios fantásticos; sin embargo, para darle más carácter de verdad histórica, reproduce el texto de las cartas de Zahara a Benalguacil, las cuales sirvieron para urdir la traición; y en un todo conformes, Mendoza, Juan Rufo y Ginés Pérez cuentan la muerte del Rey y la proclamación de Abenabó.

Hay que observar en el Canto XIV de *La Austriada* la semejanza que existe entre las dos versiones: la de Hita y la de Juan Rufo. Por ejemplo, cuando se trata de la lucha entre Benalguacil y el capitán turco Huzen, Mármol y Mendoza callan este pugilato caballeresco, pero Ginés Pérez no hace otra cosa sino seguir el texto de *La Austriada*

. . . .

«Huzen de acompañalles se holgara
si libre de pasiones se hallara.

«Mas el amor, y más la competencia
en que Alguacil hacía grande instancia,
hasta ver de Abenabo la sentencia,
le atajaban designios de importancia;
quiso el Rey atajar la diferencia,
las quejas, el orgullo, la arrogancia
de los dos, con hazer jüez la dama
y della posesor al que más ama.»[3]

---

1 *Rebelión y castigo de los moriscos*, edición Rivadeneyra, cap. XII, p. 202.

2 *Guerra de Granada*, edición Rivadeneyra, libro III, p. 103.

3 *La Austriada*, edición Rivadeneira, Canto XIV, p. 74.

¿Recordaría Hita dichas octavas cuando escribía: «Benalguacil no pensó en otra cosa que recoger a su amada prima Zahara; mas no le avino como pensaba, porque Huzen, Capitán de los Turcos, luego que vió la hermosura de la Mora, quedó prendado della y tuvo ánimo para pretender su mano. Benalguacil le dijo que no formara semejante propósito, porque Zahara era prima suya y había de casarse con él como entre los dos estaba concertado. Huzen insistió en que no, porque él la quería para sí y llevarla a Arjel cuando feneciese la guerra. Sobre esto los dos amantes echaron mano á las *armas, y se mataran uno a otro si el nuevo Rey Abenabó no los apaciguera poniéndose de por medio y tomando en depósito á la Mora para dársela después al que tuviere más derecho o a quien ella prefiriera.*»?

Fijándose en las octavas que siguen, sobre todo las del combate, y cotejándolas con el principio del capítulo XVIII de las *Guerras:* «Batalla que pasó entre Benalguacil y Huzen, Capitán de los Turcos...», se notará en seguida la semejanza de los dos textos:

«O que ella en otra parte divertido
hubiese su afición, o que temiese
de su persona misma o del ruïdo
que habría entre los dos si a uno se diese,
o que el Rey se lo hubiese persuadido,
mas ¿quién se persuadió que bien quisiese?
ella se resumió al punto postrero
con su seco decir «ninguno quiero.»

. . . .

«Pero los dos ternísimos amantes,
aunque en el galardón fueron iguales,
las competencias que tuvieron antes
en odios convirtieron capitales;
mirábanse con ásperos semblantes,
decíanse en ausencia cien mil males,
que quando pereció la confianza
resucitó el deseo de venganza.» [1]

---

1 *La Austriada*, edición Rivadeneyra, Canto XIV, p. 74.

Siguiendo el texto de Rufo dice Hita: «Abenabó se halló confuso en este caso, no sabiendo determinadamente a quién darla, y así acordó ponerlo en manos de la bella Mora, la cual fué traída a su presencia, y preguntada sobre a quién de los dos pretendientes que estaban delante quería, respondió que a ninguno dellos y que no tenía voluntad de casarse por entonces. Dada por la Mora esta sentencia absoluta, los dos amantes iguales se cobraron más aversión que la que hasta allí se habían tenido, y cuantas veces se encontraban se miraban desdeñosamente, entendiendo que el uno era causa de que el otro no fuese favorecido por su dama.»

El lugar en que se efectúa el combate se halla descrito de modo semejante en los dos autores:

«Emboscáronse más de una gran milla,
cuidoso cada cual y recatado,
hasta que se hallaron a la orilla
de un claro arroyo, junto á un verde prado,
dispuesto sitio para la rencilla.» [1]

Escribe Ginés Perez: «... y habiéndose alejado poco más de una gran milla, al pasar un arroyo que bañaba un verde prado, muy cómodo para el caso»...

«Alfanges sólo sacan al desierto»,

dice Rufo, hablando de las armas del combate; e Hita: «... señalando por única defensa alfanges.» Como se ve, hasta en los detalles están conformes y son semejantes las dos relaciones. En Ginés Pérez la pelea parece más fabulosa aún: de la confesión de Diego Alguacil muriendo, Hita hace una verdadera apoteosis, con la cual explica la derrota y muerte de Aben Humeya; después los dos relatos se confunden, acabando de la misma manera; escribe Rufo:

«Guarte de Zahara, pues, la detestable;
guarte de aquella Circe encantadora.»

[1] *La Austriada*, edición Rivadeneyra, Canto XIV, p. 74.

Ginés Pérez, que no suele usar comparaciones mitológicas, siguiendo el texto de Rufo repite: «A nadie digas que aquí me dejas y de Zahara te guardes; advierte que es una Circe.»

Leyendo a Mármol y Mendoza se comprueba que el episodio del combate y de la muerte de Diego Alguacil es una fábula; pues el tal Diego Alguacil, años después de la guerra, casó con la dicha Zahara en Tetuán.

En el capítulo XXIII aún sigue Ginés Pérez el texto de *La Austriada*, sobre todo cuando trata de la muerte de Luis Quijada; sin embargo, a menudo Hita enmienda el texto de Juan Rufo. Refiriendo la batalla de Serón dice: «Andando la acción tan revuelta, le dió a Su Alteza (Don Juan) una bala en la celada, de suerte que se la abolló. Esto dice Rufo; pero otros afirman que no le pegó, sino en el acerado arzón trasero de la silla, y que de allí botó y mató a un soldado natural de Baza.»

Alude Ginés Pérez al siguiente trozo, perteneciente al Canto XVII de *La Austriada*:

«Mas no salió barata la jornada
de aquel confuso y aciago día,
en el cual fué la lid tan intracada,
lo poco que duró aquella porfía,
que si no fuera fuerte la celada
que el general clarísimo traía,
se viera su cabeza de oro puro
sangrienta y rota de un balazo duro.»

Mármol refiere así, confirmando el relato de Juan Rufo, el mismo incidente: «Y con toda la otra gente se fué retirando lo mejor que pudo, con gran ejemplo de su invicto valor (Don Juan), acudiendo á todas las necesidades, con peligro de su persona, *porque le dieron un escopetazo en la cabeza, sobre una celada fuerte* que llevaba, *que á no ser tan fuerte le mataran*».[1] Mendoza no menciona el hecho; «pero otros afirman», dice Pérez de Hita; ¿habría, quizás, oído contar el caso por un testigo o por soldados que se encontraron en la batalla de Serón? Tal parece ser

---

[1] *Rebelión y castigo de los moriscos*, edición Rivadeneyra, cap. VII, p. 316.

la verdad. En el capítulo XXIII de sus *Guerras*, refiriendo la muerte de Don Alonso de Aguilar, aun menciona á Rufo. «Y lo que dice Rufo en su *Austriada*, que murió peleando cuerpo a cuerpo con el Capitán moro llamado Ferri, *es falso*, pues no era tan corto el valor de Don Alonso que por esforzado que fuese un moro le rindiera y matara. Esta batalla la dejo ya escrita en la primera parte desta historia y la puse así como pasó». Se trata de la batalla de Sierra Bermeja, en que murió Don Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, 16 de Marzo de 1501.[1] Ginés Pérez hizo descripción de dicha batalla en su primera parte,[2] y en esta segunda alude al canto XVII de *La Austriada*, en que Juan Rufo cuenta la batalla y la muerte de Alonso de Aguilar en unas octavas que empiezan:

«Contaban de qué modo y en qué parte
Los vencedores Moros oprimía
El de Aguilar, de Córdoba estandarte,
Cuyo esfuerzo se canta cada día;
Narraban que después que hecho un Marte
A muchos á sus pies postrado había,
Llegó el Ferri, que había por valiente
Venido a ser cabeza preeminente.»[3]

En los últimos capítulos no hay ninguna influencia del poema épico: el capítulo XXIV contiene la larga relación del Tuzani; el XXV está hecho en vista de documentos moriscos.

II.—SEGUNDA PARTE DEL POEMA ÉPICO DE LORCA. PRIMER BORRADOR DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS GUERRAS CIVILES

La segunda parte de su poema épico, titulado *Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca*, refiere, lo mismo que

[1] LAFUENTE ALCÁNTARA: *Historia de Granada*. Granada, 1846; t. III, página 376, y t. IV, p. 167-169.

[2] *Guerras civiles*, primera parte, cap. XVII, pp. 307, 25, 314.

[3] *La Austriada*, edición Rivadeneyra, Canto XVII, p. 93

la segunda parte de las *Guerras civiles*, el levantamiento y lucha contra los moriscos, aunque con menos detalles. En esta crónica rimada, Ginés Pérez relata únicamente las hazañas de la gente de Lorca; sin recurrir aún á las fuentes moriscas, ni al Tuzani, ni á *La Austriada* de Juan Rufo. Escribió el poema con recuerdos personales. Esta parte ha permanecido inédita hasta ahora, y el manuscrito del poema entero, que primero perteneció á los archivos de Mula, se encuentra actualmente en una biblioteca particular de Madrid.

Acero y Abad publicó la primera parte; la segunda nunca fué publicada.

En el manuscrito, con el Canto XVI acaba la primera; la segunda empieza con el Canto XVII.

Canto XVII.—De la batalla que tuvo el Marqués de los Vélez en Cartagena con los Moros de Africa.

(Siguen los otros Cantos relatando la historia del levantamiento como en las *Guerras civiles.)*

Canto XVIII.—De la guerra del reino de Granada y de la primera batalla que tuvo la gente de Lorca en Huécija, siendo el Marqués de los Vélez General.

Canto XIX.—De la batalla que tuvo el Marqués de los Vélez y los de Lorca con los Moros de Felix.

Canto XX.—De la batalla que tuvo el Marqués de los Vélez y la gente de Lorca con los Moros de Ohánez.

Canto XXI.—De la batalla y gran victoria que tuvieron los de Lorca con los Moros del reino de Granada en Cantoria.

Canto XXII.—De la batalla que el Marqués de los Vélez con la gente de Lorca tuvo en Verja con los Moros del Alpujarra.

Canto XXIII.—De la batalla que tuvo Lorca en Sorbas y su victoria.

Canto XXIV.—Del valor grande y osadía de la gente de Lorca.

Canto XXV.—Del valor grande y osadía de la gente de Lorca en Válor con el reyecillo moro.

Canto XXVI.—De la segunda batalla que tuvo Lorca con los Moros de Cantoria, y la grande victoria que alcanzaron.

Canto XXVII.—Del socorro que dió Lorca á Vera, cercada por los Turcos, y cómo la descercó.

Canto XXVIII.—Del sangriento asalto que el Sereníssimo Señor Don Juan de Austria dió á la villa de Galera, donde militava la gente de Lorca.

Canto XXIX. - Del asalto de Tíjola en el río de Almanzora.

No se explica por qué razón esta parte termina con dos cantos independientes del resto del poema, los cuales son brillantes descripciones de fiestas, juegos de cañas y torneos, análogos a los incluídos en la primera parte de las *Guerras civiles*; cantos que prueban la asistencia de Ginés Pérez a fiestas semejantes a las que describe.

Canto XXX.—Las grandes alegrías que hizo Lorca por el feliz natalicio del Príncipe Don Fernando de Austria.

Canto XXXI. -De la extraña fiesta que hizo la ciudad por sí en el mismo castillo.

Acaba así el poema:

Después de fenecida ya la guerra
del Reino de Granada, tan insano,
España queda algo entristecida
porque en ella faltó tanto christiano;
quedó con todo esto engrandecida
por dominarla un Rey tan soberano;
por ello España goza desta gloria
y por aver tenido tal victoria.

Laus deo.

Igual que la primera parte del poema, esta otra resulta interesante por hallarse íntimamente relacionada con la segunda parte de las *Guerras de Granada*. Fué sin duda un bosquejo que inspiró a Hita la idea de escribir una historia más importante y detallada del levantamiento de los moriscos y de la lucha para someterles; el plan de la obra, convenientemente ampliado, es el de la segunda parte de las *Guerras civiles*. Las dos obras de Ginés Pérez están íntimamente unidas y, como ya hemos visto en la primera parte, la *Historia de las guerras civiles de Granada* tiene su origen en el poema épico.

III.—LOS ROMANCES

Los romances de la segunda parte no tienen la importancia que los de la primera. Son narraciones rimadas que acaban cada capítulo *por no quebrar el estilo de la parte primera*, según confiesa el mismo Hita. Él es autor de la mayor parte de ellos; a fines del capítulo XII dice: «Dejaremos al Marqués de Vélez hasta su tiempo, diciendo primero un romance que sobre el contenido de este capítulo hizo un servidor de Su Excelencia», cuyo *servidor de su excelencia* no debió ser otro, seguramente, sino el escudero de Don Luis Fajardo: Ginés Pérez de Hita.

Quizás poseyó, y tal vez de él se sirviera, el Cancionero de Romances de Milán 1578, titulado *El héroe christiano y la victoria más dura.—Trofeos de Don Juan de Austria*, en que se encuentran romances que tratan semejantes asuntos; pero no es seguro, pues á excepción de dos romances, uno de los cuales es el hermosísimo de la toma de Ohánez, se puede afirmar que los otros son de un solo autor: Hita.

El romance que comienza:

Las tremolantes banderas
del grande Fajardo parten
para las nevadas sierras
y van camino de Ohánez.
¡Ay de Ohánez!... (Cap. X)

es el más hermoso de esta segunda parte. Vibra en sus versos el espíritu bélico, semejando un tañido fúnebre la repetición de las palabras finales. Aunque muy diferente de los otros, parece cierto que sea de Ginés Pérez, que quizás tuvo o pudo oir un canto popular morisco relatando esta sangrienta derrota. En el Canto XX de su poema épico cuenta, con el mismo ardor guerrero y con hermosas frases, dicha batalla de Ohánez.

Hay que exceptuar también el de la toma de Galera, verdadero romance fronterizo, si, como lo asegura el autor de las *Guerras*, fué escrito por un testigo del hecho relatado en la época en que pasó.

El romance que empieza:

> Mastradages marineros
> de Huéscar y otro lugar
> han armado una Galera
> que no la ay tal en la mar... (Cap. XXII.)

que no es de Pérez de Hita, sino de un amigo suyo, según él mismo dice, conserva algunos felices rasgos del bellísimo y popular de *El Conde Arnaldos*.

Las joyas poéticas de esta segunda parte son las proféticas endechas que canta una mora delante de Aben Humeya, «haziendo un sonido sordo y melancólico con un plato de estaño» y cayendo muerta al terminar su lúgubre canción:

> La sangre vertida
> de mi triste padre
> causó que mi madre
> perdiera la vida... (Cap. XIV.)

Ahora bien, exceptuando dos o tres, los romances de la segunda parte repiten sin ventaja alguna lo que hubiera estado mucho mejor en prosa y se podrían suprimir sin disminuir la importancia de la obra.

IV. — FICCIÓN. — INCIDENTES NOVELESCOS. — RELACIONES DE FIESTAS

La segunda parte carece del interés novelesco, origen del éxito de la primera; solamente hallamos en la obra un episodio verdaderamente fabuloso: el combate de Diego Alguacil con el Capitán turco Huzen episodio que tiene su origen en *La Austriada*, de Juan Rufo, como ya hemos visto al estudiar las fuentes históricas de esta parte. Sin embargo, hay al comienzo dos episodios que parecen novelescos, pero que examinados con atención resultan ser históricos. Uno es el de Albexari y de Almanzora, casi semejante a la *Historia de Abindarráez y Ja-*

rifa, de Antonio de Villegas, relación de poca importancia en la obra de Hita: «Y si no fuera porque toda esta historia es de coscorrones, armas y batallas —añade—, trataríamos de propósito de los extremados amores y ternezas de ambos.» Es casi seguro que no conoció Ginés Pérez la novela contenida en el Inventario, pues se hubiera aprovechado de ella incluyéndola en la primera parte de las *Guerras* mezclada con los episodios caballerescos de Gazul ó de Zayda. La generosidad de un Rodrigo de Narváez, que en la obra de Hita se encuentra encarnada en el Marqués de los Vélez, parece verdadera; poseemos varios testimonios históricos de semejantes hechos; por ejemplo, en las *Relaciones de Pedro de Gante* [1] encontramos el relato siguiente:

«DE UN PRISIONERO MORO DE DON ALONSO DE AGUILAR

»Entre muchos prisioneros Moros que tenía Don Alonso de Aguilar, uno más mozo hazía mayor sentimiento que todos. Mandó Don Alonso traerle ante sí, y preguntándole por qué se congojaba más que los otros, respondió el Moro que porque era enamorado. Preguntado qué era lo que mejor le parecía de su amiga, respondió: «Señor, »el descontentamiento que tiene de mí.» Mandóle Don Alonso vestir muy bien, y haciéndole otras mercedes le dió la libertad.»

Quizás Hita asistiera a una escena análoga a la que nos describe, relatándola después sencillamente, como otros hechos de la guerra, sin ampliarla, componiendo un episodio semejante a los de los amores de las Zaydas o de los Gazules.

Respecto al Tuzani, hemos visto, al tratar de las fuentes históricas de esta segunda parte, la influencia de este episodio.

El otro elemento que integra la parte novelesca en la obra de Hita no tiene semejanza con el de la primera. En ella, bajo el disfraz morisco, se puede conocer a los españoles; las fiestas referidas son una pintura de la sociedad de la época; si quisiera negarse a Ginés Pérez

[1] *Sociedad de Bibliófilos españoles*, t. XI, p. 151.

originalidad o achacarle la creación del tipo morisco, en la segunda parte sería preciso buscar las pruebas, pues es donde se hallan retratados los usos y costumbres orientales.

En la primera parte trata de árabes moradores en España durante una época de decadencia, cuyas costumbres tenían que confundirse con las de los españoles; además, la época era tan remota, que permitía al autor desarrollar ampliamente su imaginación; conocemos además de qué documentos españoles se sirvió Ginés Pérez para sus brillantes descripciones.

En la segunda parte de las *Guerras* trata de asuntos relatados por un testigo morisco de los vencidos, que aun odiaban al enemigo, y que conservaban a pesar de la derrota sus antiguas costumbres, tanto más firmes, cuanto que los españoles ponían cuidado en hacerlas desaparecer. Á tales moriscos, Pérez de Hita conocía y trataba, habiendo asistido a fiestas y juegos que describe. Á dichos árabes españoles, muy diferentes de los de la época de los Reyes Católicos, se habían unido un elemento nuevo, los turcos, que trajeron de nuevo los antiguos juegos, las tradiciones perdidas; durante los intervalos de la lucha, los turcos venidos para socorrer a los moriscos, algunas veces usaron de sus juegos favoritos hasta delante de los cristianos. Razones por las que en esta segunda parte no hallamos ningún torneo o juego de cañas, ninguna de aquellas vistosas diversiones que hicieron famosa a la primera, sino pugilatos atléticos entre los más valientes, robustos o diestros del ejército morisco y turco.

En estas luchas cada uno de los adversarios tenía el cuerpo desnudo, «reluciente por el aceite con que se había untado para que su contrario no pudiera hazerle presa con facilidad». ¿En dónde están el donaire, la destreza, la elegancia, «que era cosa de mirar», de un Muza o de un Abenámar? Sólo quedaba vencedora la fuerza bruta. Después seguían carreras pedestres, saltos, lanzamiento de javelinas, de piedras con honda; concursos extraños en los que el victorioso, para ganar el premio había de levantar un número determinado de discos muy pesados, con los brazos tendidos, sin que cayera uno solo de estos discos, amontonados el uno sobre el otro; también era vencedor el que

soportaba sobre sus espaldas, durante el más largo tiempo posible, un trozo macizo de mármol. Tales diversiones no eran familiares a los españoles: en ninguna crónica, en ningún romance, en ninguna de las numerosas relaciones de fiestas que poseemos, se encuentran señaladas. Ni aún puede suponerse que Ginés oyese tales descripciones de labios de los viejos; examinando su relación, podemos notar que él mismo presenció tales juegos, de los cuales siente toda la brutalidad. Dice: «El bravo Capitán se mostró con horrible presencia desnudo...», y se advierte muy bien que para Hita es un espectáculo exótico y nuevo, algo bárbaro. Describe carreras y luchas con frases llenas de vida; se ve que es un testigo quien habla, un testigo en que el horror hácia semejantes juegos es más fuerte que la admiración: «Daba horror—dice—aquel hijadear continuo y los bufidos que daban, la espuma que les salía de la boca y el copioso sudor que brotaba de sus miembros...» Recordando cómo el turco Almozaban, en una prueba, sostenía sobre sus hombros un pesado trozo de mármol durante hora y media, bien se comprende que Hita exprese su aversión por tanta brutalidad cuando dice: «Esfuerzo que asombró a todos; pero tanto quiso sustentar aquel peso, que le reventó la sangre por las narices.» Estas atrocidades pudieron ser de origen turco o árabe,[1] pero nada tienen de españolas. En el libro de Rodrigo Caro, *Días geniales o lúdicros*,[2] el autor describe juegos semejantes con menos ferocidad, y cuando trata de la lucha ó del salto dice: «Ahora sólo vemos jugar a los muchachos todos estos juegos.»

Hemos de advertir que al hacer estos relatos, bellos, fuertes y vivos, Hita abandonó la sencillez; pues ya por atenuar el horror de tales espectáculos, bien porque deseara pintarlos a la manera de las brillantes descripciones de la primera parte, por desgracia introdujo elementos fantásticos, trajes y blasones que los escuderos llevaban delante de los luchadores o corredores que concurrían todos con «el

1 GUSTAVO LEBÓN: *Civilización de los Árabes.*

2 *Sociedad de Bibliófilos andaluces,* t. XV.

cuerpo desnudos. Sin embargo, tales descripciones, si armonizaban con las fiestas elegantes de Granada en lo que éstas tenían de carnavalescas y ridículas, privaron a los relatos de la segunda de su autoridad e hizieron que fuera confundida la ficción en ambas.

Por último, describe unos concursos de danzas, música y cantares que le dan ocasión de escribir hermosas escenas; estos concursos son practicados frecuentemente en los pueblos orientales. Si en la obra de Hita quiere buscarse orientalismo, no es en la primera parte, sino en la segunda, donde podemos encontrarle, siendo de un interés verdaderamente histórico, aun cuando fuese menos apreciada y conocida que la primera.

BIBLIOGRAFÍA

La segunda parte, como al fin de ella se declara, fué «sacada en limpio y acabada por su autor en 25 de noviembre de 1597» é impresa en Alcalá de Henares por Juan Gracián en 1604; pero de esta primera edición no se conserva ejemplar alguno y su existencia consta sólo por los preliminares de las siguientes. En una aprobación del doctor Molina, en Abril de 1610, se encuentra por vez primera mencionada tal edición así: «y la segunda parte impresa en Alcalá de Henares por Juan Gracian, año de 1604». Gallardo menciona, sin haberla visto, una edición de Madrid 1610, y ciertamente en esta fecha debieron existir ediciones de esta parte, según testimonian los privilegios insertos en las ediciones de 1619, pero la edición se desconoce. Juan Catalina García menciona, á su vez, una edición de Alcalá 1612 que tampoco ha visto y que no se encuentra en parte alguna. Las dos más antiguas que se conocen son la de Barcelona 1619, por Esteban Liberos, y la de Cuenca 1619, por Domingo de la Iglesia, de que reproducimos el texto en este libro y que pertenece á la Biblioteca Nacional de Madrid. La segunda parte, careciendo del interés novelesco de la primera, fué reimpresa muy pocas veces y llegó á ser libro rarísimo. Fué también menos imitada que la primera; pero además del espléndido drama de *El Tuzani*, que inspiró á Calderón, todavía se encuentra su rastro en *Aben-Humeya*, excelente drama histórico de Martínez de la Rosa; en *La Alpujarra*, de Alarcón, y aun en *Los Monfies de la Alpujarra*, novela de Don Manuel Fernández y González.

EDICIONES

DE LAS

GUERRAS CIVILES DE GRANADA

SEGUNDA PARTE

Cuenca 1619.

(Biblioteca Nacional de Madrid; R. 12.028-12.029.)

Barcelona 1619.

Segunda || parte de las || guerras civiles de || Granada y de los crueles bandos, entre los con || vertidos moros y vezinos Christianos con el levã || tamiento de todo el Reyno y ultima rebelion, sucedida en el año 1568. || Y assi mismo se pone su total ruyna y destierro de los || Moros por toda Castilla: con el fin de las granadinas || guerras, por el Rey nuestro señor, Don || Felipe II deste nombre. || Por Ginés Pérez de Hita, vezino de Murcia. || Dirigido al excelentíssimo señor Duque del Infantado, mayordomo mayor del Rey nuestro señor, || Don Felipe III deste nombre. || 40. || Año 1619. || Con licencia en Barcelona por Estevan Liberos || a costa de Miguel Manescal, mercader de libros.

COMISSIÓN.—Por mandado de mi señor ilustrísimo, Don Luys Sans, obispo de Barcelona, y del Consejo del Rey nuestro señor: he leydo la segunda parte de las guerras civiles de Granada, donde se tocan variedad de sucessos históricos de nuestros tiempos con apacible estilo y se acaba de dar cuenta de la total expulsión de los moriscos: no sólo de aquel Reyno, sino de toda Castilla, en prosecusión curiosa de lo escrito en la primera parte deste sujeto de las cosas de Granada: y Ginés Pérez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia, autor desta segunda parte, ha trabajado bien en ella; se le pueden permitir varias impressiones de su libro; pues no hallo cosa que repugne á nuestra Santa Fe, ni que pueda escandalizar á los piadosos: assí lo siento y firmo de mi mano en el Convento de Santa Catharina Mártyr, de Barcelona, orden de predicadores, en 15 de Agosto de 1619. || *El Maestro Fray* || *Onofre de Requesens. Imprimatur.* || L. Epis. Barcinonen. || Vt. De Çalba et de Valseca. || Regens.

Imprimatur de Madrid 1610. El licenciado Martin de la Llana, perteneciendo ya á la edición de Cuenca 1619.

Aprobación del doctor Molina, de la edición de Cuenca 1619.

Tassa.—Yo, Diego Gonçalez de Villarroel, escrivano de cámara de su Magestad, de los que en su consejo residen, doy fe que aviéndose visto por los señores dél un libro intitulado Guerras civiles de Granada y bandos de los Cegríes, compuesto por Ginés Pérez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia, que con licencia de los dichos señores del Consejo fue impresso, tassaron cada pliego de los del dicho libro a quatro maravedís, y a este respeto mandaron se vendiesse y no a mas; el qual parece tener quarenta pliegos, que a este precio montan cinco reales, y que esta tassa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren: y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimiento de Cristiano Bernabé, Archero de su Magestad, doy esta fe en Madrid a diez y siete de Abril de 1619. || *Diego Gonçalez* || *de Villarroel.*

Epístola de Cristiano Bernabé.

Excelentíssimo Señor. || En días passados vino a mi poder una historia de la última revelión y levantamiento de todo el Reyno de Granada entre los convertidos Moros y vezinos Christianos que conquistó su Magestad el Rey Don Felipe II de este nombre, que sea en gloria, y acaba de allanar el año pasado de 1568. La qual, con justa razón, tengo obligación de dedicarla a V. Excelencia por ser Archero de Corps de su Magestad, de quien todos recebimos cada día tan singulares mercedes y fabores en nuestros trabajos que no se pueden pagar sino con agradecimiento, porque con él se paga lo que no se puede pagar con pocas fuerças y pequeños servicios como los míos. Demás desto, se le dedico a V. Excelencia por ser Mayordomo Mayor del Rey nuestro Señor, y quien quisiera agradar al Señor ha de procurar agradar su mayordomo. Y otra razón ay mayor, que se le debe a V. Excelencia por averle conquistado con su casa y familia nobilísima, que sería notable falta mía buscar otra a quien encomendarle, siendo suyo propio y aviendo derramado su sangre en la conquista della, de la qual ni de su linage no me atrevo de hazer mención, porque de la nobleza generosa tan calificada de la casa y familia de V. Excelencia están todas las historias llenas, y meterme yo en ella temería que me dixese alguna persona lo que respondió aquel grande filósofo Antadidas a un hablador que se alabó aver escrito las hazañas tan heroycas de Hércules, diziendo: «¿quien le vitupera?»; como quien dize, a quien todo el mundo alaba ¿quien pone falta en él? porque cualquier loor le viene corto a quien todo el mundo engrandece y celebra; y assí, conociendo yo el poco caudal de mi ingenio, no haré sino enturbiar esta fuente clarísima de su linage por todo el mundo celebrado. Por otra parte, sé que V. Excelencia más querrá merecer la nobleza que oyrla; cosa natural de altos ánimos tener en mucho la honra y en poco el pregón de ella, quanto más que no se puede dezir nada en un pliego de papel a donde ay tanto que dezir que sería menester para ello un libro muy grande y un entendimiento más subido que el mío; empero, quien quisiere lea las *Historias de España*, de Ambrossio de Morales y Estevan de Garibay Zamalloa; *Monarquía*, de Puceda; *Anales de Aragón*, y otras, que hallarán en ellas los valerosos y grandio-

sos hechos de sus antepasados, con tanto esfuerzo y osadía que passan adelante casi de la imaginación humana; las quales manifiestan un ánimo valerosíssimo y constante que tenían, ni con temor de la muerte, ni alboroto de la vida, ni codicia de las riquezas del mundo, ni ambición de sus honras, ni esperanças de sus contentamientos que les apartava un punto de la firmeza de la virtud y constancia en el servicio de Dios y de su Rey, de que hay experiencia mucha en V. Excelencia, a quien nuestro Señor dé su gracia, como el menor de sus criados y más humilde lo desea, || *Christiano Bernabe.*

Ocho páginas de preliminares, 302 hojas.—In 8.°

TABLA.

(Biblioteca Nacional de Madrid, R. 10.462, y Biblioteca Mazarine de Paris.)

Madrid 1696.

Segunda parte || de las guerras civiles de Granada, y de los crueles vandos, entre los con- || vertidos Moros, y vezinos Christianos: con el || levantamiento de todo el Reyno, y ultima re- || belion sucedida en el año de mil quinien- || tos y sesenta y ocho. || Y assimismo se pone su total ruina y destierro de los Moros por toda Castilla. Con el fin de las Granadinas || Guerras por el Rey N. Señor D. Felipe || segundo deste nombre. || Por Gines Perez, vezino de Murcia. || Dirigido al glorioso Santiago el Ma- || yor, Grande Apostol de la Iglesia. || Con licencia || En Madrid: por Juan Garcia Infanzon. Año 1696. || A costa de Santiago Martin redondo. Vendese || en su casa, en la calle de Toledo, al lado || de la Portería de la Concepcion.

Al glorioso Santiago el Mayor, grande Apóstol de la Iglesia y en las finezas de Christo singularmente favorecido. Inclito patrón de las Españas. Gran Maestre del Orden y Cavallería Española. Capitán general de los Exércitos españoles contra la bárbara tiranía de los Moros. Al primo de Christo, Pariente y Príncipe de la Sangre del Hijo de Dios, Rey de los Reyes y Señor de los Señores. Al Hijo del Trueno, entre los discípulos de Christo un rayo. Al Protomártir del Apostolado, que en defensa de la verdad Evangélica fue el Primero de los Doze que dio la vida, etc... Aviendo de sacar a luz la segunda parte de las Guerras Civiles de Granada, perdida ya en sus primeras impressiones y buscada con ansia por los curiosos Ingenios, no tuve yo, Grande Apóstol mío, que buscar patrón a quien dedicarla; porque siendo Historia de Guerras, ella misma se fue a buscar al Patrón valiente de los Exércitos españoles. Y fue su designio acertado, porque siendo vos el fogoso Hijo del Trueno, como os llamó Christo, ¿en qué Aras avían de conservarse mejor las memorias o zenizas de aquellos ardores Bélicos, de aquellos estruendos militares, que en las del Grande Apóstol que con su voz sonora fue un Trueno para despertar los coraçones dormidos en la culpa y un rayo para encender las almas eladas en su Infidelidad?

La materia de esta divertida Historia no incluye palabra que no sea un elogio del Gran Patrón de las Españas; porque siendo quanto en ella se trata hazañas verdaderamente heroycas, ya del Christiano Español ansioso de su libertad, ya del Infiel Africano insolente con su poder: en las hazañas de los cristianos se descubre el amparo del que tomó tan a su cuenta librarnos de la esclavitud de los Moros, y en las hazañas de los Africanos se arguye que tan valiente es el Patrón Sagrado que nos defiende, pues a enemigos tan esforçados los ha visto

tantas vezes rendidos a sus plantas. Fuera de que, aviendo sido los Africanos de Granada de los últimos que se rindieron al valiente azero de vuestra mano para dexar a España libre de su opressión, es bien que oy, dedicando a vos sus hazañas, confiessen el rendimiento, y puestos á la protección de tan grande Apóstol, aquella brillante espada, que sólo con relucir venció sus esquadras, sirva también de luz que alumbre a nuestra Santa Fe sus coraçones infieles.

Bien quisiera yo que la obra fuesse en el tomo más crecida; porque un apóstol que se intitula Santiago el Mayor, en su misma mayoría está desdeñando qualquiera obra pequeña; pero ésta llega a vuestros pies muy confiada, porque es impossible que en vuestro favor no sea bien recibida obra que la miráis por su autor como Española: tan amante de Españoles, o por lo Valiente, o por lo Santo, o por todo, que passando las finezas adonde no suele llegar el Amor de Amigos, y es hasta la muerte: aun después de muerto se vino por su pie a buscarnos vuestro Cadáver Sagrado. Goze, pues, España la continuación de tantos favores singulares, para que creciendo cada día en nosotros la deuda, vaya en mayor aumento la aclamación de vuestra gloria. Y assí, Santo Apóstol mío, por ser de vuestro Santo nombre, pedid a N. Señor, por este corto obsequio que os ofrezco, perdone mis culpas y me dé buena vida y buena muerte. || Vuestro humilde esclavo || *Santiago Martín Redondo.*

Aprobación del doctor Molina, 10 de Abril de 1610, de la edición de Cuenca 1619.

Licencia.—Raphael Sáenz Maza, escrivano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que en su Consejo residen, certifico que ante los Señores dél, en veinte y tres de Agosto passado deste año, se presentó la petición del tenor siguiente: «Muy poderoso Señor. Santiago Martín Redondo, mercader de libros en esta Corte, digo: Que con licencia de V. A. se ha impresso differentes vezes la segunda parte de las Guerras civiles de Granada, compuesto por Ginés Pérez, vezino de Murcia, y tiene todas las licencias necessarias que le pertenecen para imprimirla. A V. A. pido y suplico mande se me dé licencia para imprimirle por una vez, que en ello recibiré merced, *Santiago Martín Redondo.*» Y vista por los dichos señores del Consejo, por decreto que de ella proveyeron en dicho día veinte y tres de Agosto mandaron se viesse por el Señor Don Isidro de Camargo, Cavallero del orden de Santiago, de dicho Consejo, por quien por auto que proveyó en veinte y cinco de dicho mes se dió licencia para imprimir dicho libro por una vez.

Como lo susodicho consta y parece de dicha petición, decreto y auto, que original por aora queda en mi oficio, a quien me refiero, y para que conste, de pedimiento del dicho Santiago Martín Redondo, lo firmé en Madrid a veinte y seis días del mes de Agosto de mil seiscientos y noventa y cinco años. || *Raphael Sáenz Maza.*

Fee de erratas.—Suma de la tassa.—570 páginas sin preliminares y tabla.—In 8.º

(En Madrid, Biblioteca de San Isidro.)

Madrid 1724.

Segunda parte || de las Guerras civiles || de Granada y de los crueles Vandos || entre los convertidos Moros y vezinos Christianos, con el levantamiento de

todo || el Reyno, y última rebelión sucedida || en el año de mil quinientos || y sesenta y ocho. || Y assimismo se pone su total ruina y destierro de || Moros por toda Castilla, con el fin de las Grana || dinas guerras por el Rey nuestro Señor || Don Phelipe segundo de este || nombre. || Por Ginés Pérez || vezino de Murcia || dirigida al glorioso Santiago el Mayor || Con licencia. En Madrid, año de M. DCC. XXIV.

Dedicatoria al glorioso Santiago el Mayor de Santiago Martín Redondo de la edición de Madrid 1696. — Aprobación del doctor Molina a 10 de Abril de 1610.—Licencia a 6 de Agosto de 1695.—Fe de erratas.—Suma de la tassa. 592 páginas sin preliminares y tabla.—In 8.°

(Biblioteca Nacional de Madrid.)

Madrid 1731.

Guerras civiles || de Granada. || En donde se expressa || los crueles vandos entre los convertidos Moros y vecinos Christianos, Con el Levanta- || miento de todo el Reyno y última rebelión, || sucedida en el año de 1568. || Y assimismo se pone su total ruina || y destierro de los Moros por toda Castilla: Con el fin de || las granadinas guerras por el Rey nuestro Señor || Don Phelipe segundo deste nombre. || Por Ginés Pérez, vecino de Murcia. || Segunda parte || Año 1731 || Pls. 36. || Con licencia en Madrid, a costa de Don Pedro || Joseph Alonso y Padilla, librero de Cámara de su Magestad || Se hallará en su Imprenta y Librería, calle de Santo || Tomás, junto al Contraste.

Aprobación del doctor Molina de la edición de Cuenca 1619, pero no fechada a 10 de Abril de 1610, sino a 10 de Septiembre de 1731.—Licencia de Raphael Sáenz Maza a 6 de Agosto de 1695.—Fe de erratas.—Suma de la tassa.— 579 páginas sin los preliminares y tabla.—In 8.°

(Biblioteca Nacional de Madrid y Biblioteca Nacional de París; Ob. 58-G.).

Madrid 1833.

Madrid 1847.

TEXTO

SEGUNDA PARTE

DE LAS GUERRAS CIVI-

LES DE GRANADA, Y DE LOS CRUELES VANDOS,

entre los conuertidos Moros, y vezinos

Chistianos: con el leuantamiento

de todo el Reyno y ultima

reuelion, sucedida en el

año de 1568

Y ASSI MISMO SE PONE SU TOTAL RUINA, Y DESTIERRO

de los Moros por toda Castilla. Con el fin de las

Granadinas Guerras por el Rey nuestro

Señor Don Felipe Segundo

deste nombre.

POR GINES PEREZ VECINO DE MURCIA

Dirigido a Alonso del Pozo Palo-

mino, Canino de la S. Iglesia

de Cuenca.



CON PRIVILEGIO

En Cuenca, por Domingo de la Iglesia

año de 1619.

TASSA.

Yo Diego Gonçález de Villaroel, escrivano de Cámara de su Magestad, de los que en su Consejo residen, doy fe que aviéndose visto por los Señores dél un libro intitulado, *Guerras civiles de Granada, y vando de los Cegríes*, compuesto por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia, que con licencia de los dichos Señores del Consejo fue impresso, tassaron cada pliego de los del dicho libro á quatro maravedís, y a este respeto mandaron se vendiesse y no a más; el qual parece tener quarenta y siete pliegos, que a este precio montan cinco reales y medio, y que esta tassa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren: y para que dello conste de mandamiento de los dichos Señores del Consejo, y de pedimiento de Chistiano Bernabé, Archero de su Magestad, doy esta fe, en Madrid á diez y siete de Abril de 1619.

Diego Gonçalez
de Villarroel.

Este libro, intitulado *Guerras y levantamiento del Reyno de Granada*, está bien y fielmente impresso y en él no ay cosa que notar, por la qual no corresponda con su original. Madrid, y Abril 4. de 1610.

El Licenciado Murcia
de la Llana.

APROBACIÓN.

Por comissión del supremo Consejo del Rey nuestro Señor, he visto el libro de las *Guerras civiles de Granada, y de las batallas particulares que huvo en la Vega entre Moros y Cristianos, y de la rebelión de la dicha ciudad y Reyno*, el qual libro tiene tres partes, y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte están escritas de mano; la primera en 559 hojas y la tercera en 466, y la segunda parte impressa en Alcalá de Henares por Juan Gracián, año de 1604. Y es assí que aviendo yo corregido las dichas tres partes en los lugares que huvo necessidad de corrección, con las dichas enmiendas, a mi parecer, no queda en ellas cosa ninguna que sea contraria a nuestra santa Fe Católica ni a las buenas costumbres; y assí por esta razón, como porque los libros de Historias, por muchos respetos son útiles a la República, que aunque éste interprete algunas fabulosas no son sin provecho, pues sirven al entretenimiento, me parece será bien dada la licencia para imprimir las dichas tres partes, y assí lo firmo de mi nombre. En Madrid, 10. de Abril de 1610.

El Doctor Molina,
Capellán del Rey Nuestro Señor.

Á ALONSO DEL POZO PALOMINO, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE CUENCA.

Confiesso, Señor, que por el camino que pretendía satisfazer en parte alguna de las muchas obligaciones en que estoy puesto, pido nueva merced; pues valiéndose de mi intercessión, la segunda parte de las *Guerras Civiles de Granada* el día en que sale a nueva luz se recoge, al sagrado de su protección de vuesa merced; y si bien en la primera a voto de los mas cuerdos, consiguió su autor el común aplauso y aura popular, yo le fío a ésta con tal Patrón, que libre de las inclemencias del tiempo y sin temor de bárbaros maldicientes y molestos invidiosos, vencerá la inmortalidad de la fama. Sirva, pues, este ofrecimiento, desigual a mi desseo, de señal en el Templo de la memoria para que vuesa merced la continúe en ampararme y yo de reconocerme por deudor impossibilitado a deuda tan superior, pues sólo en descuento puedo ofrecer la voluntad obligada a dessear los aumentos que vuesa merced merece.

Si bene apud memores veteris,
stat gratia facti.

ANDRÉS MIGUEL.

DE FRANCISCO FERNÁNDEZ ULIBARRI.

SONETO.

Escriva el Griego licencioso y culto
La emulación de Phrigios y Troyanos;
Tenga Roma Salustios y Lucanos,
Aun civil y Farfálico tumulto:
De los Zelores el fatal insulto
Josefo escriva, honrando a los Romanos,
Y al fin prosas y versos más que humanos
No dejen revelión al mundo oculto;
Que del Griego, el Latino, el Israelita
Emulación, tumulto, sediciones,
Versos, culta oración, estilo terso,
Todo el autor mostrarlo solicita
En esta Historia (Andrés) que al molde pones
En prosa escrita, epilogada en verso.

DE PEDRO DE SO-
LERA A LA IMPRESSION DEL LIBRO
Y SU PATRON.

SONETO

En el centro de olvido sepultada
(Ación de envidia contra onor de Marte)
Estuvo un siglo la segunda parte
De las *Guerras civiles de Granada.*
Mas la verdad dulçura acivarada,
Escrita en ella con ingenio y arte
Contra envidia y olvido, ha sido parte
Del tiempo espejo suyo acompañada.
La mano liberal, si no tan rica,
De Andrés Miguel, por dar á España gozo
Expensas de la estampa cargo toma,
A Pozo Palomino la dedica,
Porque tomando aliento junto al Pozo,
Circula el Orbe en buelo de Paloma;
Sabrán Bizancio y Roma,
Japón y Túnez, porque se averguencen
Dificultades que Españoles vencen.

JULIAN GUI-
LARRO DE MIOTA
A ANDRÉS MIGUEL.

SONETO.

Querella general de los morales
    Ha sido de los bienes la tardança,
    Llamando larga muerte a la esperança
    Que anima al sufrimiento de los males:
No porque los secretos celestiales
    Avarientos impidan la bonança,
    Sino por ser de lo que no se alcança
    Mayores los desseos naturales.
Estos, anticipados al sucesso,
    Flamenco Andrés, Plantino Castellano,
    Culpavan de flemáticos tus moldes:
Mas ya con estas *Guerras* que has impresso
    En paz te ofrecen un laurel temprano
    Con que los Templos de tu fama entoldes.

EL REY

Por quanto por parte de vos, Iuan Dorado, vezino de la Ciudad de Murcia, nos fue fecha relación que vos aviades comprado un libro de las *Guerras civiles de Granada, y vando de los Cegríes, y principio y fin de la destruición del reyno de Granada*, el qual aviades comprado del autor Ginés Pérez de Yta, vezino de la dicha ciudad, el qual, aviéndole presentado con aprovación del licenciado Verrio, se avía perdido el original verdadero del propio autor de que haziades presentación, y porque al presente avía avido muchas personas que le avían impresso con licencia de los del nuestro Consejo, lo qual avía sido en notable perjuizio vuestro por aver comprado el dicho privilegio y averos costado mas de ochocientos reales, nos suplicastes os mandásemos dar privilegio para que de aquí adelante nadie sino vos le pudiesse imprimir, o como la nuestra merced fuesse, lo qual visto por los del nuestro Consejo, y como por nuestro mandado se hizieron las diligencias que manda la premática por nos últimamente hecha sobre la impressión de los libros; fue acordado que devíamos de mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimos lo por bien; por la qual os damos licencia y facultad para que por término de diez años cumplidos primeros siguientes que corran y se quenten desde el día de la data desta nuestra cédula en adelante, vos o la persona que para ello poder vuestro tuviere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro que de suso se haze mención, y por la presente damos licencia y facultad a qualquier impressor de estos nuestros Reynos, que vos nombraredes, para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricada cada plana y firmada al fin del de Diego Gonçález de Villarroel, nuestro escrivano de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes nos junta-

mente con el dicho original para que se vea si la dicha impressión está conforme a él, y traygáis fee en pública forma como por el corrector por nos nombrado, se vio y corrigió la dicha impressión con el dicho original; y mandamos al impressor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél ni entregue más de un solo libro al autor o persona a cuya costa se imprimiere para efeto de la dicha correción y tassa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estándolo, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual seguidamente se ponga esta nuestra cédula y privilegio y la aprobación, tassa y erratas; y no lo podáys vender ni vendáys, vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, sopena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reynos que sobre ello disponen; y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, sopena que el que lo imprimiere o vendiere aya perdido y pierda qualesquier libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más incurra en pena de cinquenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiziere; la qual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra para el que lo denuciare; y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidente e Oydores de las nuestras audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a otros qualesquier justicias de todas las Ciudades, Villas y Lugares de los nuestros Reynos y Señoríos, y cada uno en su juridición, assí a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que os guarden y cumplan esta nuestra cédula y Merced que assí os hazemos, y contra ello no vaian, ni passen, ni consientan ir ni passar en manera alguna, sopena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la Cámara. Dada en Lerma a cuatro días del mes de Junio de mil y seiscientos y diez años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro Señor, Iorge de Tovar.

TABLA

DE LOS

CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO

DE LA

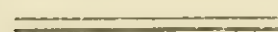
HISTORIA DE GRANADA

Páginas.

Páginas.

Páginas

Páginas.



CAPÍTULO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE, EN que se ponen las causas por que se tornó a levantar Granada y su Reyno, esta última y postrera vez, y la orden que se tuvo entre los moriscos para hazer un alarde de secreto de toda la gente de guerra del Reyno y otras cosas.

Rematadas las prolijas y sangrientas guerras que los Christianos Reyes de Castilla y de León tuvieron, con los Moros que ocupavan a España, desde el Infante Don Pelayo, hasta Don Fernando Quinto y Reyna Doña Ysabel, Reyes de gloriosíssima memoria, aviéndose passado en la conquista ochocientos años. Aviendo estos dos esclarecidos Reyes acabado de todo punto la toma de Granada (como ya tenemos tratado en la primera parte desta Hystoria), y aviendo los dos Cathólicos Reyes puesto y adornado a Granada con toda aquella grandeza que una tan insigne Ciudad pertenecía, con una Real Chancellería y Corte y otras cosas de mucha nobleza. Haziendo una sumptuosa y Real capilla (lugar diputado para su real enterramiento), quedando la Ciudad y Reyno quieto y sossegado. Aviendo hecho muchas y muy grandes mercedes a los cavalleros Moros que en aquella conquista les avían sido propicios y favorables, assí mismo a sus grandes y a otros que señalaron en la tal guerra, se tornaron para Castilla, dexando a Granada muy poblada de valerosos Christianos y la famosa y real Alhambra con muy buena y segura guarnición de soldados. Por Alcayde della, al valeroso Conde de Tendilla, llamado Don Yñigo López de Mendoça. No avían passado aún dos meses que los Cathólicos Reyes se avían partido de Granada, quando ciertos lugares de las Alpujarras se tornaron a levantar y tomar armas para contra los Christianos; mas este tal revelión fue presto apaciguado, porque los Christianos, haciendo armas con los Moros revelados, los sojuzgaron y oprimieron y a los principales promovedores castigaron cruelmente; mas muy poco aprovechavan estos exemplares castigos, que todavía los Moros no dexavan de hazer gran daño en los Christianos de secre-

to, porque al que cogían le matavan de tal forma que los Christianos no osavan andar por la ciudad de noche ni salir a las huertas menos de quatro o seys de camarada, porque yendo de otra suerte los Moros los matavan; y esto duró todo el tiempo que los Moros estuvieron en el reyno: que no eran parte los crueles castigos que en ellos hazía la justicia, para que siempre no usasen sus maldades y odios contra los Christianos; y assí entre ellos se levantó un bravo Moro llamado Arroba, el qual con treze compañeros tan malos y endiablados como él, hazían tanto daño y causaron tantas muertes de Christianos, que passaron de quatro mil, todos muertos en los caminos de Aguas Blancas, entre Granada y Guadix. Mas fue Dios servido que al fin fue presso él y los suyos, y hechos pieças, y sus cabeças puestas en una torre, y la de Arroba un palmo más alta que las otras porque fuesse conocido. Y sin éste huvo otros muchos Moros que hizieron grandes males y se pasaron en África. Huvo un Moro bravo y cruel, llamado el Cañari, que tomó por guarida el espeso soto de Roma, y él y otros Moros de su traça hizieron grandes daños en los Christianos que pasavan por los caminos. Mas también quiso Dios que fue preso éste y su compañía y hechos quartos. Mas muy poco aprovechavan todas estas diligencias, porque de secreto eran muchos Christianos muertos y hechos pedaços y amanecían puestos en la plaça nueva y en la plaça de Vivarrambla, que fue causa que los Christianos, no pudiendo sufrir semejantes maldades, acordaron de les pagar en la misma moneda, y assí juntándose muchos en quadrillas, muy bien adereçados, salían de noche y el Moro que encontravan luego le matavan, y otro día amanecían muchos Moros muertos por la Ciudad y por las huertas, y assí vino a tal estado el negocio, que se renovaron las civiles guerras dentro en la misma ciudad, de tal forma que nadie osava andar por las calles, de tal manera que convino que la Ciudad estuviesse puesta en arma muchos días, hasta que se fue aplacando esta infernal furia y cibil guerra por los crueles castigos que la justicia hazía, assí en los Christianos como en los Moros; mas aunque se aplacó, no por eso paró el mortal odio de los Moros contra el Christiano vando (que, como avemos dicho, nunca jamás fue desaraygado de sus ánimos), no olvidando las ofensas de los Christianos recibidas con la pérdida de su antigua ciudad: y assí se puede dezir con verdad que Granada y su Reyno no fue acabado de ganar, según las cosas sucedieron, como adelante diremos, porque siempre los Moros tuvieron desseo de tornar en su libertad y recobrar su Reyno, y siempre lo procuraron hazer por muchas vías y modos, y teniendo para ello en muchas partes

armas y bastimentos escondidos, como después fueron halladas (como adelante diremos); pues desta guerra el Granadino estado estuvo setenta y siete años y más, y en este tiempo Granada florecía tan altamente, que bien se puede dezir que en España no avía ciudad, por populosa y grande que fuesse, que le hiziesse bentaja en tratos y comercios, y grandes bastimentos, y sobervios edificios. Aviéndose hecho uno de los famosos Templos del mundo, el qual se puede tener por una de las siete maravillas dél, y sin él otras muchas y muy famosas Iglesias y Conventos de todas las órdenes, especialmente uno del glorioso S. Gerónimo, en el qual está el enterramiento del Duque de Sesa, adornado de immortales tropheos, y vanderas, y estandartes, señal de las famosas y gloriosas victorias suyas y de sus passados, especialmente de aquel famoso y gran Capitán Gonçalo Fernández de Córdova, claro sol del Hispano suelo, cuya gloria immortal para siempre entre los hombres será viva. En este tiempo, pues, el cathólico y serenísimo Rey Don Felipe, segundo deste nombre, con piadoso zelo y por la honra de Dios mandó que los Moros de Granada y su Reyno (pues eran baptizados y christianos), para que mejor sirviessen á Dios nuestro Señor, que mudassen el hábito y no hablassen su lengua, ni usassen sus leylas y zambras, ni hiziessen las bodas a su usança, ni en las Navidades y días de Años nuevos sus comidas á sus costumbres, las quales comidas se llamavan mezuamas, y sin eso otras cosas les fueron vedadas que no convenía que las usassen. Todo esto se hazía porque los moriscos se enterassen más en las santas costumbres de la fe cathólica y olvidassen las cosas de su secta y Alcorán. Este mandó Su Magestad por acuerdo de los de su Real Consejo y de otros santos varones amigos de Dios y zelosos de su honra. Acordado esto, Su Magestad mandó que se publicassen en Granada y su Reyno, poniéndoles a los moriscos graves penas como es dicho. Y fue bien acordado y mandado, porque el coraçón del Rey está en la mano de Dios, y finalmente ello avía de ser así, porque no se menea la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. Ello se hizo con santo zelo y Dios quiso que assí fuesse para que aquel antiguo reino fuesse de todo punto conquistado y los Moros quitados de tan antigua possessión. Aunque es verdad que deello resultó gran pérdida y derramamiento de cristiana sangre, y grande menoscabo de las reales rentas de Su Magestad, y ruina de muchos pueblos del reyno de Granada que se an caído y perdido para siempre. Pues habiéndose pregonado (como avemos dicho) que los moriscos de Granada dexassen lengua y hábito, luego todo el reino fue alborotado y mal contento con tal

mandamiento, y assí luego los más principales de la tierra se comunicaron sobre lo que harían en tal caso. Después de aver tratado muchas cosas sobre ello, pareciéndoles no poder sufrir las cosas que les mandaban que cumpliessen, teniéndolas por graves y pesadas determinadamente acordaron de levantarse y tomar armas, siendo incitados de una infernal furia y movimiento, predominando sobre ellos algún furor celeste. Porque se entiende no poder ser menos este movimiento, sino que el sangriento Marte se moviesse a les incitar haziéndoles tomar armas y tender vanderas contra las christianas legiones, baxando al furioso infierno y despertar a la cruda guerra que ya olvidada estava, y descuydada del bullicio de las armas. La qual, saliendo de la tenebrosa escuridad y dando en el vergel rico de Granada y sus tierras, sopló tan duramente en los oydos y entendimiento de los Moros granadinos, que les hizo dar en un azelerado movimiento belicoso, disponiéndose a tomar las armas contra el christiano bando. Y assí de todo punto determinados a tan sangrientos pensamientos, habiéndose comunicado los más poderosos del reino, fue acordado que se hiziesse alarde de la gente de guerra que podía haber en él y que esto fuesse con tal secreto que no fuesse entendido de nadie, y para ello se dió una diabólica astucia, y fue pedir a la ciudad de Granada licencia para hazer un Hospital muy grande para que en él fuessen curados los moriscos pobres del mal de lepra. Avida esta licencia y señalado el sitio en San Lázaro, fuera de la ciudad, camino de Albolote, dieron orden, con cartas y licencia del Provisor (que era el Doctor Román, grande hombre en letras), que fuessen dos moriscos por todo el Reyno y por todas las Alpujarras a pedir limosna para la obra de aquel hospital. Y la orden que en esto se llevava que la casa que avía dos hombres de pelea diesse dos cuartos, o si uno, uno; y assí, según los hombres avía en cada casa, assí davan los cuartos. Deste secreto modo se halló, por cuenta de los quartos, que abría quarenta y cinco mil hombres de pelea; y éstos, puestos en una lista y conjurados a tomar armas, acordaron de escrivir al Ochalí, Rey de Argel, una carta, cuyo tenor es ésta:

CARTA DE LOS MOROS DE GRANADA AL OCHALÍ, RENEGADO REY DE ARGEL.

El gran Mahoma manda muy expressamente en su ley que los Moros necessitados y puestos en trabajos sean por los de su ley socorridos, especialmente en las guerras contra los Christianos. Y esto nos dize en el Al-

corán, en el libro intitulado de la Espada. Pues aora, esclarecido Rey de Argel, forzados de inmensa necessidad en que estamos por causa de los Españoles christianos, te suplicamos que, para salir de tan notables trabajos y pessada esclavitud, nos dés favor y ayuda con armas y gentes de guerra; que assí lo haziendo te ofrecemos de dar y entregar a España en tus manos. Y para ello sabrás que tenemos quarenta y cinco mil hombres de guerra, toda gente moza y con desseo de usar las armas, y con el favor del Santo Alá será puesta España debajo el mando del gran Señor, como lo fue en otros tiempos; porque aora ay mejor aparejo y ocasión para lo poder ser, por estar las Alpujarras deste Reyno muy pobladas de belicosa gente desseosa de novedades. Puertos te daremos seguros, bastimentos y dinero para pagar tu gente. Aquí ay un lugar llamado Sorbas, marítimo, para que tu gente seguramente pueda desembarcar; y sin éste otros muchos lugares, bien conoçidos de los cosarios tuyos, donde ellos y tu gente podrán acudir. Por el santo Alá que no dexes de tomar esta empressa, pues tanta honra y gloria por ella te promete el cielo, y con esto cessamos. De Granada y a veynte días del mes de abril de mil y quinientos y sesenta y ocho.

Esta carta escrivieron los Moros de Granada al Ochalí, Rey de Argel, la qual fué embiada por la parte de Vera, como se supo después; y a esta sazón estava un hidalgo de Lorca, llamado Thomas de Sigura, cautivo, que huvo en su poder el traslado desta carta, la qual truxo a Lorca y allí se leyó poco antes del levantamiento, que tuvo libertad. Pues dada esta carta en las manos del famoso renegado Ochalí, luego mandó juntar toda la gente de guerra que en Argel ganava sueldo, y con ella muchos Capitanes y Cosarios de mar, y delante de todos leyó aquella carta, y después de leyda pidió a todos que le diessen su parecer y qué es lo que se devía hazer sobre aquel caso. Muy grande ruido se movió entre toda aquella canalla, entre la qual huvo muchos y muy diversos pareceres; unos dezían que era justo dar socorro a los Moros granadinos. Otros dezían que no, porque la granadina gente era ruyn y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, y sin esperiencia alguna de las armas, y que no podía resultar bien ninguno de aquella yda en España, porque la española gente es muy brava y robusta y muy diestra en las armas. A todas estas cosas estava un morabito presente, muy anciano, hombre de muy solitaria vida, de los Moros de Argel muy estimado y de quien se hazía grande cuenta: el qual visto la vozería de aquella turbamulta y los pareceres tan diversos que tenían sobre el socorro de Granada, alçó un

báculo que tenía en la mano haziendo señal que todos callasen, y aviéndose todos sossegado, aguardando lo que diría Cidde Bujao (que assí se llamava el Morabito), habló de esta manera, mostrando gran magestad y gravedad en el rostro.

RAZONAMIENTO DEL MORABITO

A LOS MOROS CAPITANES DE ARGEL Y A SUS SOLDADOS.

«Balientes y famosos Capitanes, Baxaes de tierra y los que el mar de Libia sulcáys y las riberas españolas, mostrando los azeros de las armas a las christianas gentes en servicio de nuestro santo Alá y de Mahoma: entended bien lo que aora quiero deziros, que es muy justo, y es muy santo, y a todos provechoso, y muy propicio a nuestra ley tan justa y tan loable, según la dexó escripta nuestro Mahoma en su libro de la Espada, adonde dize y manda expresamente, que, estemos aprestados con las armas en contra de los Christianos, y que demos socorro a los nuestros si le piden: y no haziendo aquesto, como es justo, caemos en desgracia de Mahoma. Aora, pues, es tiempo, gente ilustre, hazerle al gran Mahoma este servicio guardando bien su ley y mandamiento; el qual se hará assí si socorremos al vando granadino que nos llama, el qual bolverse quiere a su Mahoma, y dar bastante ayuda con las armas, para que España quede por los nuestros y el gran señor corona della tome, que no pequeña gloria será nuestra. Por tanto, amigos todos, al momento socorro se les dé a los Granadinos, pues son de nuestra parte y sangre nuestra, y yo prometo daros una bula y un jubileo pleno de mil gracias, conforme a nuestros ritos y ley justa, a todos qualesquier que diere armas y otras qualesquier municiones de guerra al granadino vando moro. Muy bien sabéis que tengo autoridades, poder, y mando para darlo todo; por tanto, cada uno se disponga a dar socorro, armas y otras cosas tocantes a la guerra granadina, pues nos resulta a todos dello gloria.»

Aquesta oración hizo el falso Morabito al Rey de Argel, y a todos sus soldados, y fué de tanta eficacia, que todos a una voz dixeron que era muy justa cosa dar socorro y armas a los de Granada. Y luego fué diputada una grande mezquita para que allí fuessen allegadas las armas y pertrechos de guerra. Fué cosa de maravilla lo que aquel día y otro fué puesto en la mezquita. Los unos llevavan alfanges; los otros, arcos; otros, plomo; otros, pólvora; otros, cuerda; otros, escopetas; hasta las mugeres y muchachos llevavan lino, cáñamo para poder ha-

zer cuerda; otros llevavan flechas; otros llevavan harina, pan y bizcocho para los navíos que avían de pasar. Tanto llevaron, que la mezquita por grande que era ya no cogía más, y esto por codicia de ganar el desventurado jubileo del Morabito prometido. Pues estando ya la mezquita llena de todas estas cosas, el Ochalí mandó entrar en Consejo de guerra en su mismo palacio real, y los que se hallaron en este Consejo fueron solamente Capitanes y hombres de guerra, muy ancianos y esperimentados en ella. Y tratando qué es lo que se haría sobre el caso, y si embiarían aquellas armas y municiones a los de Granada. Al fin de muchos pareceres, fué acordado que no se embiasse cosa alguna a Granada sin hazerlo saber al gran Señor. Y assí luego saliendo del acuerdo, fué despachada una galera velera y ligera á toda priessa, cuyo Capitán della era un renegado llamado Mamí Calabrés, hombre moço y robusto, hombre muy entendido en la mar (que aun oy vive), terriblíssimo cosario, el qual a toda priesa tomó el camino de Constantinopla, como le fué mandado, llevando despachos para el gran Turco acerca de lo que pedían los Granadinos. Llegados los despachos, recibidos por el Turco, aviendo entendido muy bien lo que en ellos se contenía, aviendo tomado acuerdo con los de su Consejo, fué acordado que aquel caso fuesse remitido al Ochalí, pues era Governador de Argel, y entendía bien la guerra, y estava frontero de las costas de España. Con este acuerdo el Turco despachó al renegado Mamí Calabrés, dándole carta suya para el Ochalí. El famoso Cosario bolvió en pocos días a Argel, y dando los recados al Ochalí, fué la carta del Turco abierta y por Ochalí leyda, la qual carta assí dezía:

CARTA DEL GRAN TURCO SELÍN SOLIMÁN PARA EL OCHALI, REY DE ARGEL.

Recibí tu carta con la de los Moriscos de Granada; me avisas del aparato y junta de armas que tienes hecha para su socorro; no te dispongas sin aver buena causa. Embía doscientos soldados de nación turcos y no más, y éstos sean valerosos; y según fuere el sucesso de la guerra, assí te dispongas y me darás aviso; y si tal fuere que se puede tomar tal empressa, pediré los puertos necesarios al Francés y yo con gran poder entraré por Italia y daré aviso al de Fez y Marruecos que entre por la parte del poniente; y si acaso la guerra no saliere a nuestro gusto, se dará de mano. No mas, Destambor Selín Solimán.

Leyda esta carta por el Ochalí, estuvo muy bien con lo que el Turco le avisava y mandava y luego la mostró a los de su consejo y todos estuvieron bien con ello. Luego el Ochalí tuvo cuydado de buscar doscientos Turcos de nación, buenos soldados, para los embiar al Reyno de Granada, los quales dexaremos aora por dezir lo que passava en la ciudad de Granada. En este tiempo, pues, es de saber que assí como los Moros de Granada embiaron los recados al Ochalí, Rey de Argel, ellos de secreto se yvan comunicando unos con otros, tomando parecer de quién podrían hazer Rey; y todos los más principales pusieron los ojos en Don Fernando Muley, señor de Valor, porque éste era de casta de los Reyes de Granada y muy cercano y decendiente de Miramamolín de Marruecos y Córdova, llamado Mahomad. Este Don Fernando Muley era hijo de Don Juan Muley y nieto de Don Fernando Muley, a quien los Cathólicos Reyes hizieron grandes mercedes y dieron grandes privilegios de armas y acostamientos de lanças con aventajados sueldos, como parece por las cédulas reales de los Cathólicos Reyes, y confirmadas por nuestro señor el Emperador y por el Rey nuestro señor Don Felipe II, las quales cédulas yo he visto en Murcia en poder de Luys Alvayar Granadino. Pues este Don Fernando que decimos era mancebo de veynte y dos años. Era de poca barba; de color moreno, verde y negro; cejijunto; los ojos negros, grandes; gentilhombre de cuerpo; mostrava en su talle y garvo ser de real sangre (como era verdad que lo era); tenía los pensamientos reales, procedía realmente; era de todos los moros granadinos muy estimado y respectado; era veynteiquatro de Granada. Doy señas dél porque le vide vestido de luto, en compañía de los demás veynteiquatros, en las honras de la Sereníssima Reyna Doña Isabel de la Paz, muger de nuestro Cathólico Rey Don Philipe Segundo; y entonces supe quién era y cómo se llamava. En éste, pues, los Moros pusieron los ojos para que fuesse su Rey, y no me sabré determinar si ya los Moros le tenían hablado; mas déxasse entender que sí, según después pareció. Es de saber aora que este Don Fernando Muley, un día, entrando en sala de Cabildo en Ayuntamiento de cavalleros, aviéndose quitado la espada de la cinta, como es costumbre entre los cavalleros Regidores ó Veyntiquatros dexar las espadas fuera; quitada Don Fernando la espada no se quitó la daga, como los demás avían hecho, a cuya causa un caballero veyntiquatro, Alguazil mayor perpetuo de Granada, llamado Don Pedro Maça; el qual, viendo que Don Fernando de Valor avia dexado la espada, y no la daga, le dixo: «Señor Don Fernando, mal lo haze vuesa merced no dexar la daga

con la espada como lo hazen los demás cavalleros.» Don Fernando le replicó diziendo: «Por cierto, señor Don Pedro, que no advertido en ello no lo he hecho; mas muy poco importa que yo entre con daga en el Ayuntamiento, pues de mí no ay que recelar, especialmente siendo tal cavallero que muy bien podría entrar con espada y daga.» «No niego esso, dixo Don Pedro, que ya se sabe que por ser tal tiene vuesa merced y sus passados privilegio real para poder llevar armas y traellas en partes vedadas y no vedadas: mas muy bien sabe vuesa merced que es uso y costumbre en todos los reynos y Señorío de Su Magestad que ningún cavallero, por delantero que sea, pueda meter ningún género de armas en la sala del Ayuntamiento. Y assí no es justo que vuesa merced las meta, pues ay otros tan buenos como vuesa merced y no las meten.» A estas palabras se indignó Don Fernando mucho contra Don Pedro y le dixo: «Ninguno ay que sea tan bueno como yo ni que con más libertad las pueda meter en cualquiera parte.» Don Pedro se enojó mucho con esto que Don Fernando dixo, y atreviéndose a su oficio de Alguazil Mayor le dixo a Don Fernando: «Pues por el oficio que tengo devo de derecho quitarle la daga, que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada, y le tengo de hazer por ello denunciación.» Y diziendo esto, se llegó a Don Fernando y le quitó la daga de la cinta. Don Fernando, ardiendo en yra, biendo que por ser Alguazil no se la podía defender, se la dexó tomar diziendo: «Vos lo avéys hecho como villano, y juro por la real corona de mis passados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos que mi agravio quede satisfecho, y aun de algunos que han consentido que la daga se me quite.» El Corregidor, que oyó estas palabras, mandó que lo prendiessen; mas Don Fernando, con gran presteza por no ser preso, salió de la sala y fue a donde estava su espada, y tomándola, sacándola de la bayna, les dixo a los porteros que le querían prender que se tuviessen, sino que los mataría. El Alguazil Mayor le quiso echar mano; mas no lo pudo hazer porque Don Fernando, como era moço muy suelto, se desvió a fuera y tomando la escalera, que era llana y ancha, en solo dos brincos la salvó toda, y llegando al çaguán halló su cavallo, que lo tenían sus criados aprestado, y sin poner el pie en el estrivo se puso en la silla, y apretándole las piernas salió de las casas del Cabildo con tanta presteza como un rayo, de tal forma que Don Pedro ni los porteros y otros Alguaziles que allí avía pudieron tener derecho dél. Sus criados, visto el alboroto y que no podían seguir a su señor, se metieron en la capilla Real, que está muy cerca de las casas del Cabildo. Por esto se presume que Don Fernando

de Valor Muley estava en la conjuración del levantamiento del reyno, por aver ydo aquel día al Ayuntamiento a caballo y por aver querido entrar con la daga para por ella tener aquella ocasión de salirse de Granada. Esta ocasión, y las demás que avemos contado fueron parte para que el Reyno se levantasse. Maldita sea la daga y malditas las demás ocasiones, pues tantos males por ellas resultaron y tanto derramamiento de sangre christiana en las civiles guerras que se tuvieron, que ansí se pueden llamar; pues fueron Christianos contra Christianos, y todos dentro de una Ciudad y un Reyno, que no fueron poco trabajosas como diremos adelante. Y ansí desto passado diremos un romance, por no quebrar el estilo de la primera parte.

ROMANCE.

Después que Fernando Quinto
ganó la insigne Granada,
el Alhambra y alixares,
también su fuerte Alcaçava,
Las fuertes Torres Bermejas,
Bivatambin que acompaña,
y todos los rededores
que están en la vega llana,
Loja, Málaga y Moclín
y aquella nombrada Alhama,
con Alcalá de Albençayde
que aora la Real se llama,
Y la rica Colomera,
que de Granada es cercana,
los lugares de la sierra
que les llaman Alpujarras,
Los que están junto a la Peza,
Guadix, Almería y Baza
con toda su hoya junta,
que la tiene bien poblada,
Y el gran río de Almería
y el de Almanzora nombrada,
se buelve para Castilla
el Rey que todo lo gana,
Acompañado de grandes
que llevó en esta jornada;
la tierra dexa segura
de Christianos bien poblada.
Setenta años se pasaron
y siete, en cuenta muy clara,
que Granada estuvo quieta
sin alborotos de nada.

Mas al cabo deste tiempo
que Filipo governava,
segundo de aqueste nombre,
claro Rey de nuestra España,
El fiero Marte da buelta,
su bandera desplegada,
que parece ociosidad
tenerla tanto plegada,
Y a los Moros Granadinos
les incita a guerra y saña;
todo el Reyno se alborota,
desean tomar armas,
Al Rey de Argel escrivieron,
el cual Ochali se llama,
para que las dé y socorra,
prometiendo darle a España.
Lo que passó deste trato
diremos a otra jornada.

Fin.

CAPÍTULO SEGUNDO, QUE TRATA CÓMO SALIDO DON Fernando Muley Abenhumeya de Granada, se fué a Valor, lugar suyo, y cómo se iuntaron con él muchas gentes y fué alçado por Rey de Granada; pónense otras cosas tocantes a esta hystoria.

Pues aviendo salido de Granada a toda priesa Don Fernando Muley Abenhumeya (que ansí se llamava), y es de saber que huvo en Granada otro linage de Cavalleros Muleyes, de quien atrás avemos dicho de claros linages; llamávanse Muleyes porque eran de sangre real, porque Muley en arábigo es Rey; mas este Don Fernando Muley se nombrava Abenhumeya por ser decendiente de aquel grande Abenhumeya Alcalifa, decendiente de la hija mayor de Mahoma llamada Fátima; pues deste linaje de Abenhumeya huvo en España Alcalifas y Reyes que gobernaron en Córdova, y en Fez, y Marruecos. De la otra hija de Mahoma, llamada Haja, salió el linage de Alduramén, en que también huvo Alcalifas y Reyes en Arabia, y África, y España. Pero de más valor era el linage de Abenhumeya y adonde más Reyes huvo: y ansí se halla en Estevan de Garibay, en los compen-

dios que hizo tratando destas cosas, a quien me remito. Pues este Don Fernando Muley Abenhumeya, de quien tratamos, aviendo salido de Granada, como avemos dicho, lleno de ardiente cólera por averle quitado la daga, se fué sin parar hasta que llegó a Valor un lugar suyo, en las Alpujarras, cerca de Cadiar, otro lugar de muchos vezinos, en el qual estava un tío suyo llamado Abenchoar, hombre rico y poderoso en aquella tierra y de todos por su linage respetado. Éste, como supo que su sobrino Don Fernando estava en Valor, luego le fué a visitar acompañado de otros moriscos ricos, decendientes de gente noble; y viéndose tío y sobrino, con verse se alegraron, y tratando de muchas cosas, Don Fernando contó todo lo que le avía sucedido en Granada con Don Pedro Maza y cómo le avía quitado la daga. Y esto Don Fernando lo contava con tanta cólera y coraje, que de pura passión llorava, jurando de tomar vengança con su mano del agravio recebido. Su tío Abenchoar, de pesar lleno por el caso sucedido, le dijo: «No con lágrymas (amado sobrino) se toman las venganças, sino con las armas. Agora es tiempo que se muestre tu valor, y cómo derechamente vienes de los pasados Reyes de Córdova y Granada. Todo el Reyno está movido a buscar su libertad y te ha escogido por su Rey y Señor, pues de la corona eres digno; no rehuses la parada, pues te viene de derecho. Al Rey de Argel se tiene escrito y dél aguardamos gran socorro de armas y gente. Siendo tú Rey (como te tengo dicho) te podrás vengar a manos llenas de tus enemigos y destruyrles las haziendas.» Todos los que estavan presentes le rogaron que admitiesse la corona que el Reyno le ofrecía, que ellos le prometían ayudar con sus haziendas y personas. Don Fernando, que no desseava otra cosa sino ser Rey, luego dixo que él lo sería de buena voluntad, y que él le prometía libertad el Reyno todo y de ampararles y favorecerles. Con esto fueron todos muy alegres y luego quisieran besarle la mano y alçarle por Rey. Mas Abenchoar dixo que no avía de ser de aquella suerte su coronación, porque él quería que todos los ricos Moros del Reyno que estavan encartados se hallassen presentes en tales fiestas. Y assí luego fueron despachados mensageros por todo el Reyno con recados para que viniessen a Valor. Y ansí en ocho días fueron juntos muchos moriscos ricos de Granada y de otros lugares, y esto con mucho secreto, de tal forma que no podían ser sentidos; y siendo juntos en Valor, lo primero que se hizo fué el mismo Don Fernando yr a Ogíjar acompañado de mucha gente, y a pesar de quien lo quiso defender, mandó romper la cárcel y echar fuera más de cien Monfis que estavan pressos por muertes y robos, y luego les

dió libertad, haziendo que se proveyessen de armas lo mejor que pudiessen. Viendo esto, luego fueron levantados los Moros de Ogíjar apellidando libertad. En aquella sazón los Moros de Veralhul mataron a los escuderos que allí estavan de guarnición puestos por el General del Alhambra. Desta suerte muchos pueblos fueron levantados, poblando muchas cuevas seguras y ásperas, que jamás pudieron ser ganadas, de mucha harina de trigo y çebada, miel y azeyte y de otros diversos mantenimientos; y todo esto para más de seys años. Y ansí mismo ponían allí sus riquezas, sedas, oros, paños; y en silos debaxo de tierra y otras partes, para que de los Christianos no pudiessen ser halladas. Luego los Monfis, alçadas vanderas, comenzaron a hazer grandes daños, publicando libertad, haziendo levantar por fuerza a los pueblos que no querían levantarse. Quando vido Don Fernando que el negocio de todo punto era roto y que ya no podía hazer otra cosa sino morir o passar adelante, mandó que la gente que estava junta y de guerra se recogiesse en Cadiar, porque les quería dar orden de lo que avían de hazer y para que con voluntad suya quería ser coronado; y ansí la gente, en Cadiar toda recogida, en cierta parte cómoda para el caso, en el campo, porque toda la gente coger pudiesse, debaxo de una grande y frondosa olivera se puso un rico estrado, y en él dos sillas ricas puestas, encima de las quales estava puesto un rico dosel de seda, reliquia de los passados Reyes de Granada; y en la una silla se sentó Don Fernando Muley, y en la otra, a su mano izquierda, su tío Abenchohar; el qual tenía alrededor de sí muchos ricos hombres de aquellos lugares y de otros. Y viéndolos Abenchohar juntos, y con ellos una grande tropa de gente armada, aunque mal, por no tener las armas necesarias, se levantó de la silla, y en voz que todos lo podían oyr començó a hablar, mostrando gravedad, lo siguiente:

RAZONAMIENTO DE ABENCHOHAR A LOS LEVANTADOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

«Cavalleros yllustres, gente valerosa, estimadas reliquias de las moras y granadinas naciones: bien tendréys en la memoria quién solía ser Granada y sus gentes y lo que es aora, y bien sabréis cómo casi ha cien años que los Christianos nos tienen robadas y usurpadas nuestras felices glorias y estimados trofeos en los passados tiempos por los nuestros adquiridos y ganados; y no contentos con esto, con nuestras ciudades, villas y lugares quisieron quedarse, aviendo prometido

de no quitárnosla; también nos quitaron las armas, con graves penas amenazados si usáramos dellas; ya con esto passara nuestra desventura; mas con insaciable hambre de nuestras vidas y haziendas, a proveydo que nos quiten nuestro antiguo hábito y nuestra dulce lengua (cosa que no podemos tolerar ni sufrir); bastante causa para que todos los del granadino estado busquemos y procuremos libertad para que de los codiciosos Christianos no seamos constreñidos ni estropeados. Venga os a la memoria los crecidos tributos y fardas que nos hazen pagar tan fuera de toda razon; haziéndoos creer y adorar en casos que no entendemos ni sabemos lo que es; llamándonos cada día por padrón en sus Iglesias, como si fuéssemos sus esclavos. ¿Pues qué sangre illustre, qué nobleza abría qué sufrir podría tales desventuras? Por cierto, leales amigos, al hombre noble y a qualquiera gente más les valdría passar por los filos de la muerte que no sufrir demasías tales ni tan grandes desventuras. ¿Qué mayor desventura que no tener libertad? Pues por remediar semejantes causas y males, noble y valerosa gente, todo el Reyno tiene determinado buscar la sabrosa y dulce libertad; y ésta se ha de alcançar a fuerça de armas y anssí lo tenemos pretendido. En las manos tenemos, amigos, ya la ocasión y de Argel nos vendrá presto socorro y armas con el favor de Mahoma; y lo que más para tan alta pretensión avemos menester, un Rey tal qual a todos convenga, que sea de casta y linage de nuestros passados Reyes; y éste a de ser Don Fernando Muley, mi sobrino, pues de derecho le biene, por no aver otro más cercano que él, y también porque por su persona lo merece, atento su bueno y real proceder. Todo el Reyno tiene en él puestos los ojos, como podría yo luego mostrarlo por firmas de los más principales del Reyno. Yo y muchos de los que estamos aquí se lo avemos rogado; a lo qual responde: «que más quiere servir de buen soldado y morir por la libertad de los »de su Reyno, que no admitir un tan peligroso cargo como es de ser »Rey». Mas toda vía se lo importunaremos para que lo sea. Ved aora, valerosos cavalleros y soldados, qué es vuestro parecer; y si es justo que Don Fernando Rey sea, y por fuerça le compeleremos que acete la corona; porque se entiende que será para el bien de todos y de nuestra libertad.» Apenas Abenchohar avía dicho estas palabras, quando todo aquel confuso esquadrón movió un grande alarido, diziendo: «viva el Rey Don Fernando Muley, a quien escogemos y queremos que lo sea para que nos defienda y nos ponga en libertad.» Y diziendo esto, muchos de los más cercanos arremetieron a Don Fernando, y a él y su silla levantaron en alto diziendo: «viva el rey de

Granada, Muley Abenhumeya»; y ansí le tubieron en alto una gran pieça. Luego començaron a sonar músicas, dulçaynas y chirimías, y trompetas y atabales, con tanto ruydo que parecía undirse el mundo. Luego le pusieron encima de la cabeça una corona de plata dorada y rica, que era de un imagen de nuestra Señora y para aquel caso la tenía Abenchohar proveyda. Después de coronado le fué tomado juramento sobre un libro del Alcorán, que los ampararía y defendería hasta la muerte. Todo lo qual el Reyecillo juró (que assí le llamaremos de aquí adelante); y aviendo hecho este juramento, todas las chirimías y dulçaynas y otros instrumentos sonaron con gran ruydo. Luego de muchos lugares vinieron a darle la obediencia y a le besar las manos; los quales lugares son éstos:

Ogíjar.
Verchul.
Valor el alto.
Valor el bajo.
Las Guajaras altas.
Las Guajaras baxas.
Andárax.
Murtas.
Turón.
Albunicelas.
Lanjarón.
Canyles Azeytún.
Castil de fero.
Almanzata.
Ohanes.
Fieles.
Canjáyar.
Ynox.
Gérgal.
Albeludúy.
Filabres.
Siero.
Bacares.
Terque.
Santa Fe.
Alhama la seca.
Guécija.
Felix.
Ynix.
Bícar.
Durca.
Uraca.
Jumitín.
Felix.
Uleyla de Purchena.
Uleyla del Campo.

Finalmente, toda la taha de Andárax y los dos ríos de Almería y Almançora, con otros muchos lugares de las Alpujarras, que son muchos. Pues vístose Don Fernando Rey, á su parecer, de Granada, luego mandó hazer vandera y elegir Capitanes para que se siguiesse la guerra. Los Capitanes que se eligieron son éstos:

El Gorri, de Andárax.
Zarea, de Ogíjar.

Puertocarero, Alcayde de Gérgal.
El Maleh, de Purchena.
Hazén, de Véliz el blanco.
El Garvi, de Véliz el rubio.
Abenbayle, de Alcudia.
Farax Negro, de Terque.
El Jorayque, de Baza.
El Lale, Alguazil de Macael.
Alhadra, de Ohanes.
Alrrocayme, de Guadix,
El Havayni, de Guadix.
El Dere, de Andárax.
Gironcillo de la Vega, gran tirador, criado del Marqués de Mondéjar.
El Dalí.
Los dos Partales.
Berio.
El Melilu.
El Corcuz de Dalías.
El Garras.
El Mohaxar.
El Rentío.

Y sin éstos otros muchos Capitanes, el número de los quales llegó a docientos y cinquenta, todos de hidalga sangre, nietos, viznietos de muy principales cavalleros que en los passados tiempos governaron a Granada y sus tierras. Sólo Farax el Negro era de poca calidad, mas de bravo y valiente ninguno como él, de quien diremos adelante alguna cosa. Pues aviendo el Reyecillo creado todos estos Capitanes, dándoles condutas para tales oficios, les mandó dar provisiones reales, firmadas y selladas con su sello, para que qualquiera de los lugares que no quisiera levantarse y seguir la guerra que le pegassen fuego, y á los que no quisiessen seguir sus vanderas que luego los ahorcassen. Assí desta suerte fueron muchos lugares levantados por fuerça y muchos moriscos ahorcados en árboles por no querer yr bajo las banderas granadinas. Desta manera fué todo el Reyno levantado: unos por grado, otros por fuerça. Todos los Capitanes proveydos fueron repartidos por diversas partes, en guarnición puestos en los lugares, porque si los Christianos viniessen con mano armada hallassen por todas partes resistencia. Y sobre todos los Capitanes fué uno señalado por Ge-

neral de todo, llamado el Havaquí, varón grave, de buen juyzio, valeroso de su persona, de casta de cavalleros nobles; era natural de Guadix ó del Alcudia. Éste le fué dado el bastón de General contra su voluntad, porque dezía que aquella guerra era injusta y que no podía permanecer en bien, porque las fuerças del Rey Don Felipe eran grandes y que no podía durar contra él muchos días. Mas con todo esso que dezía huvo de acetar el cargo de General. Todos los Monfís, que era una gran tropa dellos, començaron a hazer muy notables daños en los mismos lugares de los moriscos; mas les era permitido, porque no dexassen las vanderas. Desta suerte andava todo el Reyno rebuelto y desasosegado. Al Maleh le cupo de presidio todo el río de Almançora y tenía su alojamiento en Purçena, con trecientos hombres. Puertocarrero tenía el río de Almería, con otros trecientos. El Gorri tenía toda la taha de Andárax, con otros trecientos. Carrea tenía toda la taha de Ogíjar y Albunicelas y las Guajaras, con quatrocientos. Desta manera estava todo el Reyno que no avía lugar que no tenía su presidio; digo de las Alpujarras y ríos de Almería y de Almançora. Hecha esta diligencia, lo primero que los Moros hizieron fué quemar las Iglesias y hazer pedazos los santos y las Cruzes, matar con crueles muertes a los Curas y Sacristanes. En un lugar que se dize Felix avía un Cura, natural de Lorca, llamado Miguel Sánchez, al qual tomaron los Moros y lo amarraron a un naranjo, en un patio de una casa, y se lo entregaron a las mugeres del pueblo para que hiziessen dél lo que ellas quisiessen; y todas con navajas en las manos se llegavan al pobre clérigo y le dezían: «di, perro Alfaquí, por la señal», y diziendo esto le passavan la navaja por medio de la frente hasta la barba; y luego llegava otra Mora y le dezía, «de la cruz», y le cruzava la frente, y ansí desta manera lo ivan persinando con tanta crueldad qual nunca jamás fué vista ni oyda. Y ansí el buen clérigo murió despedaçado con navajas, mártyr y buen cavallero de Jesu Christo. Mas quiso Dios que por la muerte deste clérigo, o por lo que él fué servido, vino un rayo sobre este lugar, que en menos de una hora murieron mas de quatro mil personas, ansí de hombres como mujeres, y niños, y perros, y gatos, que no quedó cosa viva, como diremos en su lugar. Pues estas y semejantes crueldades usavan los Moros contra los Christianos, como contaremos en nuestra historia, tratando verdad como testigo de vista y como quien anduvo tres años y más siguiendo la guerra bajo la milicia y banderas del Marqués de los Vélez, Don Luis Fajardo. Tornando al caso, los Moros, no contentos con semejantes crueldades, salían a los caminos en tierra de Christianos y cautivavan muchos dellos

y los llevavan a Torbas, por ser lugar cercano a la mar, y allí los vendían a los cosarios de Argel, dando un Christiano por una escopeta; y esto hazían por repararse de armas. Lo qual, sabido en Argel, muchos Judíos y Moros mercaderes enviavan muchos géneros de armas, ansí escopetas como alfanges, y arcos, y saetas, y todo á trueco de miserables Christianos. Vino a tanto el negocio, que en la ciudad de Purchena se hizo aduana para este trato y benta de Christianos, y la embarcación era en Sorbas. Desto trataremos después mas largo y de lo ya dicho diremos el que se sigue:

ROMANCE SEGUNDO.

Al son de trompas y caxa,
siendo Muley coronado,
muchos Capitanes crea
haziendo campo formado,
Poniendo muchos presidios
en el granadino estado.
Los Moros, con rabia ardiente,
hazen casos non pensados:
Las Iglesias queman todas,
deshaziendo los retablos,
y los santos Crucifixos
hazían dos mil pedazos;
Y los santos y las santas
con hachas despedazando,
y con grandes crueldades
degollavan los Christianos,
Y Curas y Sacristanes
morían martirizados,
muchos Chistianos cautivan
y a Argel luego embiados.
Por un arcabuz dan uno
por hazerse bien armados,
en la ciudad de Purchena
se haze el trato y contrato.
El Reyecillo Muley
dello queda aprovechado,
muchas escopetas traen
los del africano estado.
Por la ganancia, que es mucha,
pues por ellas dan esclavos;
finalmente se destruye
lo de Lorca y su poblado,
Que estas tierras entre todas
sienten el daño doblado,

porque todos sus caminos
los Moros han salteado.
Prendiendo los pasajeros,
a Furchena los llevando,
y al que se pone en defensa
le hazen dos mil pedaços.
Alborótanse las tierras
sintiendo mal recado;
todos de armas se aperciben
contra el granadino vando.
Lo que sobre esto passó
después os será contado.

CAPÍTULO TERCERO, QUE TRATA DE LAS GRANDES crueldades que los Moros hazían en las Yglesias y en los Christianos, y cómo siendo avisado, Su Magestad mandó proveer sobre ello, y cómo salió el Marqués de Mondéjar a las Alpujarras, y lo que más passó.

Muy grandes eran las crueldades que los Moros hazían y grandes los robos con grande codicia de buscar armas, y todo con pretensión de salir con su dañado intento; y assí, estando casi todo el campo armado, un día acordaron de yr al río de Almería, y llegados a un lugar muy bueno y rico, llamado Guécija, lo primero que hizieron fué abrassar un rico convento de frayles Dominicos, donde avía un grande estudio de predicadores, y a todos los frayles degollaron y desnudos en carnes los arrojaron en una balsa grande donde se recogían las hezes del azeyte de muchas almaçaras que allí avía, y juntamente con ellos hecharon otros Christianos, y entre ellos una hija muy hermosa de un licençiado llamado Gibaja. A ésta echaron vestida con sus ropas, ricas y costosas, y assí parecía en la balsa, sobre las aguas del azeyte, vestida toda de grana y con sus guantes calçados, que era grande compassión de ver a ella y los demás Christianos allí degollados. Acabadas éstas y otras semejantes crueldades, se tornaron los Moros a Andárax, a donde acordaron de dar en Granada una noche de Navidad, la primera que venía de allí a pocos días. Y para esto concertaron con los Moros de Granada, de secreto, que para aquella noche se pusiesse la ciudad a sacomano, pues era tiempo que los Christianos estavan tal noche como aquélla ocupados en los may-

tines. Mas este concierto no quiso Dios que saliesse a luz, porque en tal Ciudad no huviesse la destruyción que se pensava hazer. Y ansí nevó seys días antes de Navidad tan grandemente en todas las Alpujarras que era cosa de espanto. Y por los caminos donde los Moros avían de venir a Granada, se cubrieron de tanta nieve que por todas partes avía dos picas de nieve. Y aquesta causa los Moros no salieron con su intento por aquella vez. Mas siendo aplacado el temporal de tanta nieve, passados quinze días los Moros se metieron en Granada por caminos muy secretos, y encima del Albaycín, en la plaça de Bivalbulud, començaron a tañer sus dulçaynas, y trompetas, y atabales, haziendo muy grande ruydo, y tanto que resonava toda la ciudad. Los Moros de Granada que sintieron el ruydo, y entendiendo que eran los Moros de las Alpujarras, viendo el poco remedio que tenían con su venida, por venir pocos y tarde, un Moro viejo començo a tocar un añafil desde lo alto de una torre y a cantar lo siguiente:

CANCIÓN.

Muy tarde vinistes, Zayde;
truxistes pocos y venís tarde.

Si tú, buen Zayde, vinieras
como estava prometido,
fueras muy bien recebido
y alojadas tus vanderas.

Mucho tardó Reduán
para hazer el alarde
con que sirve a su Alcorán,
y assí con este desmán
truxistes pocos y venís tarde.

Aguardándote estuvimos
la noche de Navidad
confiando en tu verdad,
mas nunca, triste, te vimos.

Tus esperanças se van,
no porque seas cobarde
tú ni los de Solimán;
mas, valiente Capitán,
pocos soys y venís tarde.

Grande fue vuestra tardança
en acudir al Alhambra,

do avía de ser la zambra
llena de toda esperanza.

Y pues os tardaste, Zayde,
bolved y Mahoma os guarde,
porque nos dize el Alcayde
que soys pocos y venís tarde.

Estas coplas se cantaron en arábigo, al son de un añafil, y por sacarlos a su medida del arábigo, que es cosa muy dificultuosa, no van tan buenas como pudieran yr; solamente diremos que quando Reduán y Zayde, que eran los Capitanes que venían con aquella gente, oyeron lo que la canción les dezía, y cómo les hazía perder toda su esperança y lo que tenían pretendido, al punto mandaron que el Alcorán se predicasse allí en aquella plaça. Y acabado de predicar delante de más de mil Moros del Albaycín que avían salido al ruydo de las armas, se fueron la buelta de la sierra nevada, siendo tres horas antes del amanecer, yéndose con ellos mas de quinientos moriscos del Albaycín. Las guardas y centinelas del Alhambra, como sintieron tan grande ruydo y vozería, y algunos arcabuzazos que los Moros tiravan, luego dieron en lo que podía ser, porque ya estavan sobre el aviso, y al punto tocaron la campana de la vela, que es una campana grande, y luego soltaron una pieza de artillería, con todo lo qual fué Granada puesta en grande alboroto y ruydo, porque todos los vezinos de la ciudad al punto salieron, diziendo: «Arma, arma; muera el enemigo que está en nuestra ciudad.» Luego començó a sonar un grande ruydo de caxas y trompetas, tocando las caxas a arma y las trompetas a cabalgar. Andava la gente con un trastorno tan grande por todas las calles, cruzando de unas partes a otras, que parecía que se hundía el mundo, y todos puestos en grande peligro, porque encontrándose unas gentes con otras luego se acometían unos con otros pensando que eran Moros. De suerte que quando se venían a conocer se avía recebido de ambas partes muy notable daño. De suerte que convino, para excusar muchas muertes (que huvo artas), todos apellidaran Santiago; y assí desta suerte no se embestían unos Christianos con otros. El Corregidor, acompañado de muchos cavalleros y de la justicia, acudía a todas partes con muchas lumbres, mandando pregonar que todos los vezinos pusiessen lumbres en las puertas y ventanas y que en las calles se hiziessen grandes hogueras. Y assí se haziendo, aunque era de noche parecía toda la ciudad un claro día, porque no avía calle que no huviesse passadas de cien hogueras y por todas las puertas y ventanas

y açoteas avía muchas lumbres. Hechóse luego vando, que todos los hombres de guerra con sus armas acudiessen a la Plaça Nueva y a la plaça de Vivarramble, por razón que en cada plaça avía un cuerpo de guardia y en cada plaça avía grandes hogueras. De tal manera resplandecían las plaças y calles, que no se hechava menos la claridad del sol. A esta sazón, el Marqués de Mondéjar salió del Alhambra bien acompañado de alabarderos y de arcabuzeros, dejando a buen recaudo la fuerça y castillo real del Alhambra, bajó a la ciudad por saber la causa de tan crecido movimiento y alboroto. En esto no olgavan los Alcaldes de Corte, que también andavan exortando y animando la gente, diziendo que estuviesse toda puesta a punto y bien apercibida, hasta ver en qué parava la causa de tan grande ruydo. Los Christianos determinadamente quisieran subir al Albaycín, y no dexar morisco a vida, y pegar fuego a las casas. Mas el Marqués de Mondéjar y el Corregidor y otros muchos cavalleros se lo estorvaron; mas no fueron tanta parte que al amanecer ya no estava el Albaycín lleno de Christianos dando en las casas de los moriscos grandes golpes, quebrantando las puertas y matando muchos moriscos y pegando fuego a las casas, por lo qual andava tal vozería y ruydo que parecía que se hundía Granada. Tantos eran los gritos de las mugeres y de los muchachos, y a los Moros, forçados de los Christianos, hazían armas y peleavan cruelmente por defender sus vidas y haziendas. Venido a noticia del Marqués y del Corregidor, con grande tropa de soldados acudieron al Albaycín a poner remedio a tanto mal, y en llegando, andava ya el negocio tan encarnizado que era muy dificultoso el remedio; mas hizieron tanto el Corregidor y el Marqués y Alcaldes de Corte y otros cavalleros, que al fin fueron los encarnizados Christianos retirados, con vandos de pena de la vida el soldado que luego no se bajasse a la ciudad y dejasse el Albaycín; luego los Christianos, a su pesar, dexaron el Albaycín y se bajaron a la ciudad; mas por poco daño que hizieron, mataron aquel día más de docientos moriscos, y también murieron algunos Christianos; y si a los Christianos dexaran, aquel día acabaran con todos los Moros del Albaycín, sin dexar uno a vida. Ya sería buen rato del día quando se apaciguó el terrible escándalo y el Marqués embió alguna gente en pos de los Moros que aquella noche avían entrado en la ciudad; mas no pudieron aver derecho de ellos, porque se avían dado tanta priessa a andar que ya estavan en la sierra quando los Christianos salieron de Granada. Bueltos los Christianos a la ciudad, luego el Marqués mandó señalar Capitanes para que fuessen a las Alpujarras y diessen orden de apaciguar

algunos lugares de los que se avían levantado; y ansí salieron algunos Capitanes con gente, y en llegando la buelta de los Padules hallaron que no se podría remediar a lo que yvan, por estar ya toda la tierra puesta en arma y bien apercebida, y ansí se bolvieron a Granada sin hazer cosa alguna. Luego el Marqués y el Presidente escrivieron a Su Magestad lo que passava, y queriéndolo remediar Su Magestad, no dexando Moro a vida, con asolamiento del Reyno, muchos de los grandes le fueron a la mano diziendo que no era aquel ruydo tanto como lo hazían; que no eran sino unos Monfis que andavan salteando por los lugares de las Alpujarras, y que éstos serían fácilmente presos y hecha justicia dellos, y que luego sería todo apaciguado; y los cavalleros que a Su Magestad informaron desto eran muchos, que en las Alpujarras y en el Reyno de Granada tenían lugares suyos, y porque no fuessen sus lugares y sus vasallos destruydos ynformavan con siniestra relación a Su Magestad. El qual, entendiendo que ello era ansí amaynó de su propósito embiando al Marqués de Mondéjar que allanase a los moriscos lo mejor que pudiesse. El Marqués, como tenía también lugares, y como le escribieron algunos señores que también los tenían que lo mejor que ser pudiesse remediase aquel caso, y ansí el Marqués con todo cuydado, pensándole remediar, mandó echar un vando prometiendo gran suma de dinero a qualquiera que le truxera la cabeça de Don Fernando de Valor, que ya se intitulava Rey de Granada. Y para que este negocio saliera más acertado mandó llamar dos moriscos muy ricos y cavalleros de quien él sentía poderse fiar, aunque en aquella sazón pocos moriscos avía de confianza. Finalmente, a éstos les mandó que fuessen a las Alpujarras y que traxessen con algunas gentes algunos buenos medios para que aquel escándalo tan bravo no pasase adelante, y que diessen orden de matar al Reyecillo, y que por la cabeça darían diez mil ducados, y que aría con el Rey que le diesse al hombre que lo matasse muy grandes mercedes. Estos dos caballeros moros se partieron de Granada y pasando por los Padules les fué preguntando a do era el fin de su viaje, que si venían huyendo de Granada; ellos dixeron que sí y que yvan a Andárax a verse con el Rey Muley Abenhomeya y a tratar con él cosas de su provecho. Y desta suerte passaron la buelta de Ogíjar; mas como llegaron a las Buñuelas hallaron grandes tropas de gentes armadas, y entre ellos muchos moriscos naturales de Granada, amigos suyos. Y maravillados de ver tanta gente de guerra comenzaron á tratar con ellos cosas tocantes a la desventura que passava por todo el Reyno, y cómo el Marqués de Mondéxar tenia prometido de dar

diez mil ducados a qualquiera que llevara la cabeça del Reyecillo y que haría con el Rey que le diesse grandes mercedes. Y más supieron estos dos dezir, como aquellos que yvan bien industriados del Marqués, que todos aquellos moriscos que se huviessen levantado que él haría que los perdonasse el Rey. Y assí ni más ni menos a todos los Monfis, aunque huviessen hecho muchas muertes y robos y otros males. Y assí mismo a todos los lugares levantados les alcançaría perdón con asseguramiento de sus haziendas. Todas estas cosas dixeron los dos embajadores del Marqués, y también dichas que a todos aquellos amotinados y relevados causó un completo sentimiento, con un cierto arrepentimiento de se aver levantado contra su Rey. Y assí todos a una començaron a dezir: «Christianos somos y Christianos tenemos de morir, y viva el Rey nuestro Señor, cuyos vassallos somos; y más queremos la paz que la guerra, pues tan misericordiosamente nuestro Rey nos perdona nuestros males cometidos; y de aquí prometemos de buscar a Fernando de Valor y darle cruda muerte, y al malo de su tío Abenchohar, por quien todos nos perdimos aviendo tomado su falso consejo. Mas desde aquí prometemos la verdadera enmienda.» Todas estas esquadras que dezían esto passavan de tres mil hombres no mal armados. Y luego aquesta nueva del perdón general y los diez mil ducados prometidos por la cabeça del Reyecillo voló por todos aquellos lugares más cercanos, los Padules, y Guéjar, y las dos Guajaras, y otros muchos lugares de las Alpujarras. Y todos determinaron seguir más la paz que la començada guerra. Y assí luego muchos de los que más valían venían a beber con los dos moriscos que el Marqués embió para tratar aquel caso con buenos medios. El uno dellos se llamava el Almandari, y el otro Abduramén. Ya tenemos dicho que eran cavalleros y ricos, los quales a todos los que venían a hablarles les daban nuevas de muy buena esperança del perdón prometido por Su Magestad, con que todos quedavan muy contentos y prometían de buscar al Reyecillo y darle muerte; y ansí salieron diputados para ello quatro moriscos de crédito y ricos, los quales luego juntaron mucha gente para yr en busca del Reyecillo y prendello y llevallo a Granada. Los Monfis, que entendieron aquel trato, no confiados en si sería ansí como se publicava, se partieron para los lugares marítimos huyendo de las esquadras reducidas a los Christianos; y estando en aquellas marinas llegaron a tierra ciertos navíos de Turcos, los quales avían tenido entre ellos ciertas pesadumbres, de suerte que los medios dellos se quedaron en tierra y los demás se hizieron a la mar. Estos Turcos se juntaron con los mon-

fis y todos juntos hazían notable daño en los lugares que estavan más cercanos de la mar, y ansí se sustentavan de lo necesario, aguardando que viniesse el socorro de Argel, que por oras le aguardavan. Pues como la nueva del general perdón bolasse por todas las Alpujarras y los diez mil ducados prometidos por la cabeça del señor de Valor, el Reyecillo, vino casi a quedar sin gente. El qual, siendo avisado de todo lo que passava, rezelándose del mal que venir le podría, no confiando en la lealtad de la gente morisca, conoziendo la poca constancia de su valor, determinó de se esconder por algunos días, hasta ver en qué parava toda aquella repentina mudança, sabiendo que la fuerça de los diez mil ducados por su cabeça prometidos avía de ser muy grande y cierta ocasión de su perdimiento. Y assí, descubriéndose a quatro amigos suyos y deudos muy cercanos, una noche se salió de Valor, lugar suyo, sin que nadie lo entendiesse; fué a una antigua cueva, grande y profunda y de nadie conocida, sino dél solo y de los quatro amigos que llevava, y allí se metió llevando lo necesario para su sustento. Y estos quatro amigos tenían cuydado de lo requerir de quatro a quatro días, llevándole de comer a deshora y sin que nadie lo entendiesse. Allí le contavan todo lo que passava y quién andava en su demanda y con qué gente. Todo lo qual Muley assentava por memoria, porque si algún día se viesse en su posibilidad, confiando en las esquadras de los Monfis que no querían ser reducidos y en el socorro que aguardava de Argel. Aquí estuvo el señor de Valor algunos días aguardando su ocasión, la qual adelante diremos, aviendo dicho primero lo que haze al caso al prometido capítulo.

Pues como ya se derramasse la fama del perdón a todos los pueblos levantados, los Monfis tiraron por una parte y los que se querían reducir y aver paz a otra, de suerte que avía dos exércitos; mas era de más poder el de los Monfis y de otros malhechores que andavan con ellos, porque estavan más bien armados; y como no supiessen los unos ni los otros qué se avía hecho el señor de Valor, estavan maravillados y los Monfis no sabían qué hazerse no teniendo Rey; y los otros por la misma orden. Todos se volvieron a sus lugares, salvo los que andavan a buscar al Reyecillo, que eran dos tropas grandes de gentes guiadas por quatro Moros, como tenemos dicho, llamado el uno el Dere, que era el más principal; los otros no tuve noticia de sus nombres. Ellos y otros amigos suyos, los quales por codicia de los diez mil ducados y por ponerse bien con el Marqués de Mondéjar ponían todas sus diligencias en buscarlo; mas nunca jamás lo pudieron allar

muerto ni vivo; y entendiendo que se avía passado a África, acordaron de matar un Moro morisco hidalgo, llamado el Maule, que en el talle y garvo, rostro y color parecía mucho a Don Fernando de Valor. Y muerto le fué cortado la cabeça, la qual llevaron a Granada, certificando con falsa relación y jurando que aquella cabeça era del Reyecillo. La qual cabeça fué mostrada por toda Granada, y todos los que la veyan dezían que aquélla era la cabeça de Don Fernando de Valor; y assí a los que la truxeron dieron el premio prometido, y a unos dellos que dezía averle él muerto, el Marqués le embió a Madrid con recados tales que Su Magestad le dio quatro reales de salario cada día. Esto escrivo assí como fué informado de muchos moriscos haziendo yo diligencia para escrivir esta segunda parte, y entiendo que ello sería assí, pues tanto me lo averaron por cosa cierta. Pues no aviendo hallado al Reyecillo y aviendo hecho los Moros diputados para su muerte esta falsa relación y trayción, se volvieron a sus lugares debaxo de seguro y pazes. Y algunos fueron a Granada a hablar con el Marqués, el qual les trató muy bien y blandamente, dándoles esperanças que todo se allanaría y haría bien. Solos los Monfis se estuvieron rebeldes, que jamás se quisieron fiar de promesas, temiendo ser destruydos a manos de los Christianos y de las justicias como avían hecho a otros muchos. Y assí querían alçar entre ellos un Rey que los governasse y que fuesse de tanto coraçón y subidos pensamientos que saliesse con lo que antes tenían pretendido; y no sabían la orden que se tener en esto: mas el diablo, que siempre busca hazer males y obras tales (como él es), les proveyó de Rey para que aquella maldad no parasse y fuesse adelante. Y para esto es de saber que ya en Argel se sabía todo lo que passava en el Reyno de Granada, y visto que los moriscos embían tantos esclavos y pedían tantas armas, y que la guerra andava tan encendida, el Ochalí, Rey de Argel, acordó de embiar docientos Turcos bien armados y valientes a las Alpujarras, assí como el gran Turco avía mandado que hiziesse para que viessen cómo andava la guerra, y si acaso avía dispusición para que España fuesse puesta en aprieto y entrada tuviessen los Moros cierta y segura, como en el tiempo de Rodrigo Godo, que diesse luego aviso al gran Turco para que se pusiesse por obra la ruyna de España, y assí los embió muy escogidos de buenos, y en una fusta grande de Mamí Calabrés travessaron desde el mar de África al de España y tomaron puerto en el Farallón de la mesa de Roldán, entre Almería y Vera, y allí fueron avisados de lo que passava y de la suerte que andava la guerra, y cómo el Reyecillo era muerto y no parecía, y cómo los mo-

riscos levantados se avían tornado a reducir y a estar como de antes, aviéndolos perdonado el Rey, según la fama dello avía; y que solamente quedavan obra de tres o quatro mil Monfís en compañía de unos pocos de Turcos, que serían hasta cinquenta o sesenta, que se avían quedado en tierra, allá junto a lo de Adra; y que éstos andavan por pasarsse en Berbería y no aguardavan sino ocasión de pasaje. Toda esta relación dieron unos Moros de Cabra y de Sirena a estos docientos Turcos, los quales quedaron espantados de tal caso, aviéndose arrepentido por aver travesado el mar de España. Y entrando en consejo ellos con ellos dentro de su mismo navío, sobre lo que debían de hazer sobre el caso, unos dezían que se bolviesen; otros, que no, que ya que avían venido no sería razón dexar de ver la tierra y ver en lo que parava aquel negocio; pues el Rey de Argel para tal caso los avía embiado. A esto replicavan otros que la tierra era muy áspera y dellos mal conocida, y que podrían los mismos moriscos (como hombres mudables y varios) hazerles muy notable daño por ponerse en gracia con su Rey. Mas uno de dos Capitanes que allí venían que trayan a cargo aquella gente, llamado Caracacha, hombre valeroso, de nación turco, les dixo a todos desta suerte:

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN CARACACHA A LOS TURCOS DE SU NAVÍO.

«Valientes y bravos soldados de la turquesca y clara sangre producidos y de la troyana descendientes, como en las antiguas escripturas se halla, aventajados en pagas por vuestro grande valor: muy bien sabéys todos que venimos y somos embiados a las tierras de España por orden del gran Señor y del Rey de Argel; aviéndonos escogido entre los demás de sus esquadrones por hombres de mas valor, nos embía a que sepamos destas civiles guerras de España y que dellas le demos aviso y larga cuenta; pues si de aquí nos tornássemos, como algunos de vosotros avéys propuesto, ¿qué es lo que nuestros amigos y enemigos dirían de nosotros? No otra cosa por cierto sino que nos asombramos de ver las costas de España y sus altas sierras, y que volvimos huyendo como cobardes sin aver visto cara de Christiano, sino sola una, quiçá no cierta, relación de dos desventurados morillos que nos la han dado. Si es verdad que los moriscos han dexado la guerra, sería posible ser por falta de su Rey, y por no tener quien les amparasse y governasse dieron de mano a las armas. Pues quando todo sea, muy bien sabéys que entre los soldados amotinados luego

se elige un general o eleto para que los govierne y ampare, a cuya sombra los soldados hazen sus efectos. Pues assí podemos hazer aora nosotros, elegir un Rey tal cual nos parezca, y después, porque no pase su vida y honra detrimento, nos le llevaremos a Argel; y esto a de ser quando muy mal nos diga la suerte; porque también podríamos, teniendo Rey conocido, hazer nosotros cosas en compañía destos Monfis que dizen que tornássemos a levantar el Reyno, haziendo que tomen armas contra las christianas vanderas, y darnos Mahoma tan buena suerte, que entrássemos en España la tierra adentro adonde podríamos alcançar digna memoria en servicio de nuestro gran Señor; y si acaso muriéremos, dirán los amigos y enemigos de Argel: «murieron como soldados y no bolvieron huyendo como gallinas»; por tanto, soldados bravos y amigos, mi parecer es que saltemos en tierra y pisemos las tierras de España, que después de dentro el santo Alá lo a de proveer y Mahoma.»

Aquesto que dixo el Capitán Caracacha pareció bien al otro Capitán, llamado Mamí Aga, y a todos los demás soldados que estavan en el navío; y assí luego fueron todos desembarcados y por tierra se fueron hasta Sorbas, llevando por espía y adalid un Moro de Ture, llamado Gacia, que después fue gran cosario; pues estando el esquadrón turquesco en Sorbas, llegaron por aquella parte los quatro compañeros del Reyecillo, aquellos que sabían que estava escondido en la cueva, los quales venían a buscar navíos de Moros para passarse en Argel ellos y el Reyecillo, atento que el Reyecillo se veya desamparado y sin gente y con toda solicitud buscado para le matar, y que no podía volver más a Granada, tenía acordado de se passar en Argel y llevar aquellos quatro amigos consigo, y aquesta causa éstos venían muchas vezes por aquella tierra por ver si allarían algún navío que los passasse; pues como uviessen allí venido aquella sazón que los Turcos avían llegado, no lo tuvieron por mala ocasión, antes por muy buena, porque por allí pensavan volver a Don Fernando a su primer estado, como es verdad que bolvió, y assí se fueron a Sorbas y hablaron con los dos Capitanes, Caracacha y Mamí Agad; aunque otros quieren dezir que este Agad tenía otro nombre, séase como se quisiere, que déste me informaron Turcos de Argel. A éstos, pues, les contaron todo el caso de la guerra, assí como avía passado hasta allí, certificándoles que el Rey Muley era vivo y que estava escondido en una cueva muchos días avía por recelo que no le matassen, y cómo avían muerto por su causa un cavallero mancebo que parecía al Don Fernando de Valor y que todo el Reyno le tenía por muerto, y que el

Don Fernando estava determinado passarse en Argel, pues que no podía ya estar en España, y que ellos eran venidos por aquellas marinas á buscar navíos de Argel, si hallassen para la tal embarcación; y que aviendo tenido noticia cómo ellos estavan allí, avían venido a verles y a ver si podrían dar algún remedio sobre aquel caso. Todo esto contaron los amigos del Reyecillo a los dos Capitanes Turcos, los quales fueron espantados de oyr tan grandes novedades; mas el Capitán Caracacha les habló diziendo: «No quiera Mahoma que esta vez muera el Rey de Granada ni que passe en Argel hasta tanto que todos los que estamos aquí seamos muertos en su servicio, y esta orden traemos de vuestro Rey Ochalí desde que salimos de Argel; por tanto, partamos luego a donde está y más aquí no vos detengamos, porque es muy cierto que en la tardança está el peligro»; y assí luego aquella misma noche partieron de Sorbas y no pararon hasta llegar cerca de Valor, y tardaron tres días en yr, porque no caminavan de día, sino de noche, estando el día emboscados; no pudo esto ser tan secreto que los de Mojácar y Vera no lo supiessen. Aviendo tenido noticia de los guardas y aviso de aquel grande esquadrón de enemigos, y assí dieron luego aviso al Marqués de Mondéjar de lo que passava, el qual no holgó mucho dello, porque bien sabía por cosa cierta que se aguardava algún socorro de Africa para los Moros del Reyno de Granada, y sabiendo esto tenía apercebida mucha gente de guerra y hechos muchos Capitanes, y convocados todos los lugares más vezinos y comarcanos del Reyno para que diessen socorro si menester fuesse. Pues aviendo llegado los Turcos a Valor, bien cerca de la cueva a donde Muley estava, sucedió que en aquella hora poco antes Muley se avía salido de la cueva por dar algún descanso a la vista, que tantos días avía que estava ofuscada en aquella especunca *(sic)* tan escura, y para que con la hermosa vista del campo los ojos y el coraçón fuessen recreados; y estando sentado entre unas matas grandes de lantiscos y romeros, mirando las altas y fragosas sierras de aquellas Alpujarras, se le vinieron a la memoria todas las passadas guerras antiguas en aquellas tierras y las ruynas de aquel Reyno que antes solía ser tan próspero y rico y en todo pujante; y assí con estos acuerdos vino a dar y pensar en su presente desventura, y en cómo se a visto muy pocos días antes coronado por Rey y Señor de aquel Reyno, y cómo al presente se veya solo y desemparado y muchas vezes falto de lo necessario para su comida. Acordávase de Granada y de la buena vida que en ella tenía puesto en estado de próspera fortuna. Acordávase de la mala salida que de Granada avía hecho por una cosa de tan poca

consideración, y cómo al presente se allava sin el bien que poseya y sin el bien que falsas esperanças le avian prometido, y solo, desemparado de todo bien y apartado de su padre, y madre, y hermanos, y del mal que todos por su causa passavan. Todo esto consideraba Don Fernando de Valor, y llorando se lastimava con justa raçón, formando mil querellas al cielo y fortuna adversa que le seguía, pues por su causa estava Don Antonio de Valor, su viejo padre, aprisionado en una fuerte torre en Castilla, fuera de su natural, a donde al fin murió en hierros sin averlo merecido; y un hermano suyo, llamado Don Alonso de Valor, fue llevado preso a Madrid, a donde jamás volvió a ver a Granada; y otro hermano, llamado Don Luys de Valor, estava en Argel, que él lo avía embiado al Ochalí con recados suyos para que el Ochalí le embiase socorro y armas; y a esta causa el Ochalí embió los docientos Turcos que avemos dicho, quedando Don Luys de Valor en Argel casi como en rehenes; de todas estas cosas el desdichado Reyecillo se lamentava trayendo sus males a la memoria y el poco remedio que para ello se esperava. Y assí me pareció que sería bueno escribir formadamente sus querellas en verso, las quales son éstas que aquí se ponen:

ENDECHAS.

O vanos y rebueltos pensamientos
y torres en el viento levantadas
y por mi mal inmenso fabricadas
por ser tan mal fundados los cimientos,
¿qué estrella triste pudo assí guiarme
a despeñarme?
¿quál hado acerbo
fue tan proterbo?
¿quál desventura
con pena dura
me truxo a tan estrecho y triste estado
que vivo estoy y en vida sepultado?

¿A do está aquella gloria en que me vide
y a dónde está el valor y la grandeza
y la corona de oro en la cabeza
de quien fortuna adversa me divide?
¿A do las prometidas esperanzas
y aquellas alabanzas
del escuadrón armado
que estava rodeado
diziendo viva, viva,
con grita muy altiva,

el Rey de todo el Reyno de Granada,
con un aplauso y gloria no pensada?

Y el vélico sonido de la trompa
y del añafil claro y la dulçayna
¡con quánta violencia ya se amayna
haziendo escurecer la clara trompa!
¡quán presto se acabó la dulce suerte!
Con dolor fuerte
ya no ay Reynado,
que el duro hado
assí lo quiso,
quizá a repiso
de verme levantado a las estrellas
propuso derrivarme a estas querellas.

¿A do los elegidos Capitanes
y las conductas firmadas concedidas,
con mis Reales sellos imprimidas
y dadas a los que eran más Guzmanes?
¿A do la desplegada media luna
que dio fortuna
con buen semblante,
mas no constante,
sino siniestra
como se muestra,
pues con velocidad su varia rueda
no quiso por mi daño estarse queda?

¿A do mis padres son y mis hermanos,
a dónde mis parientes, mis amigos,
que fueron de mi bien y mal testigos,
a vezes siendo Moros y Christianos?
De soledad estoy acompañado,
pues quiso el hado
que desta gloria
sola memoria
en mí quedase,
porque pasasse
considerando en ella un mal extraño
y tal qual ordenó ser en mi daño.

Llorad, pues, coraçón, ojos cansados,
los bienes prosperados ya perdidos;
llorad también los males padecidos
embueltos en mil penas y cuydados;

a Granada llorad que avéys perdido,
jardín florido
y vella Alhambra
do ya no ay zambra
fresca y nada mar (sic),
a do Avenámar
dexó con tu frescura mil pesares:
¡Ay, jaraguí florido y Alijares!

No espero veros más eternamente
porque la suerte dura lo dispuso
haziendo el bien y el mal todo confuso,
mostrándose cruel, dura, ynclemente;
un bien solo me queda más terrible
y no es possible
que sea seguro,
sí acerbo y duro:
passar las hondas
del mar, tan hondas,
al Líbico distrito y sus riberas,
mas desdichado, y solo, y sin vanderas.

Pues con razón haréys el sentimiento
de todas estas cosas miserables,
pues ellas traen en sí ser lamentables,
fundadas en terrible perdimiento;
llorad, pues, ojos míos, tantos males
que nunca tales
jamás se vieron,
pues causa dieron
de eterna pena
con larga vena
de llanto, con que triste me consumo
en ver mi bien resuelto todo en humo.

Desta suerte se lastimava el desventurado Reyecillo señor de Valor, derramando de sus ojos una larga y abundantíssima vena de lágrimas, y con razón se lamentava el desventurado viéndose privado de su hazienda y dulce patria y sabrosa libertad, puesto y metido en un golpe de tan tempestuoso mar de trabajos y sin saberse dar algún remedio, y puesto al mismo punto de muerte, sus lugares perdidos y pregonado por traydor contra su Rey y señor. Mas como era moço y no con aquella discreción que convenía, no sabía navegar por tan peligrosas hondas de un mar tan bravo, ni dar descansado puerto a sus males, que si él viéndose desamparado de los suyos, gente variable, sin fe ni ley, una noche como se fué a esconder del infernal furor de

los moriscos movido en su daño, se fuera a Granada y de allí a Madrid, y se echara con lágrimas a los reales pies del Rey Don Phelipe, nuestro señor, con su acostumbrada misericordia él lo perdonara y le diera en que viviera, ya que sus tierras le quitara, considerando en los pocos días que tenía Don Fernando; y assí, como hombre moço y no llegado a los años de entera discreción, le fuera real perdón concedido; mas el sin ventura, no cayendo en este saludable remedio, se estuvo tímido escondido en aquella cueva, aguardando coyuntura para passarse en Africa huyendo de la misericordia del Rey y de la muerte que por otro cabo le buscava el Marqués de Mondéjar; pues como avemos dicho, estándose lastimando el sin ventura señor de Valor, con lágrimas en los ojos, vio venir el formado escuadrón de los Turcos marchando hazia donde él estava; y assí como lo vido, mudado de todo punto su color, quedó casi como muerto, entendiendo que eran los moriscos que le venían a matar, y assí con grande miedo dixo: «Ya, Don Fernando, ha llegado tu último fin; aora saldrás de los trabajos que te cercan»; y parando mientes en aquella esquadra que venía, vido delante de todos a los quatro compañeros suyos sabidores solos de su estancia; y entonces se tuvo por más perdido, entendiendo que de sus camaradas era vendido, porque tenía aquella gente morisca por mudable y sin fe ni ley a la verdadera amistad, como ya tenía visto por las cosas passadas; mas como viesse que aquel gallardo esquadrón venía todo bien adereçado y todos con çapatos y borceguís datilados y leonados, y todos con bonetes colorados y turbantes blancos, y alquizeles blancos y açules a los hombros, y todos con largas y lucidas escopetas, luego conoció que aquella gente no era granadina y entendió que eran Turcos, y con esto algo consolado se estuvo quedo hasta ver en qué parava la venida de tan luzido esquadrón. El qual, como llegase junto de la cueva, los quatro Moros granadinos se adelantaron un poco adelante, y el uno se entró por entre unos peñascos entre los quales estava la oculta puerta de la cueva, que de ninguno podía ser vista ni allada, sino fuesse que acaso diesen en ella. Pues como entrase aquél, luego hizo su señal acostumbrada, que era tocar un pequeño pito de plata, al son del qual luego el Reyecillo respondía; mas desta vez siendo tocado no le fué respondido y aviéndolo tocado quatro vezes, no siendo la señal más de una, el Moro que tocava quedó maravillado y confuso en ver que el Reyecillo no respondía como tenía obligación a responder; y assí, medio turbado salió fuera de la cueva y dixo que el Rey no parecía ni avía respondido; luego los otros tres amigos entraron muy a dentro, hasta

llegar a la misma cama donde el Rey solía dormir, mas no le allaron, y assí, muy confusos y maravillados, se tornaron a salir de la cueva, diziendo que el señor de Valor no parecía; de que Caracacha, bravo Capitán, sañudo dixo: «mas entiendo que vosotros nos avéys traydo engañados metiéndonos la tierra adentro para que seamos perdidos, pues engañados vivís que aunque somos pocos, somos tales que asolaremos la tierra y quemaremos los montes, y si fuere necessario yremos a Granada y le pegaremos fuego, a pesar de todo el mundo, y nos bolveremos a la mar; por tanto, buscad luego el Rey a toda diligencia, y si no lo hazéys al punto os haremos pedazos, y en testimonio dello llevaremos vuestras cabeças a Argel para que el Ochalí vea si avemos entrado a las tierras de España, a pesar de mar y viento.» Los quatro Moros granadinos, llenos de todo temor, no sabían qué hazerse en semejante tribulación. Lo qual visto y entendido por el Reyecillo, poniendo su caso en las manos de la fortuna, se levantó en pie llamando por su nombre a sus amigos, que no poca alegría sintieron en verle, y bajando el Reyecillo abajo el Capitán Caracacha, mirándolo muy de propósito, pareciéndole que en el aspecto era hombre de valor y principal, le dixo: «¿eres tú el Rey nuevamente levantado en este Reyno?» Don Fernando, mostrando gravedad en el rostro, no mostrando temor alguno, dixo que sí, que era el Rey de Granada, que por qué lo preguntava; el bravo Turco, luego, mostrando alegría, le fue abraçar y besar la mano diziendo: «bien parece que eres de sangre y no se puede negar el valor de tu linage en tu persona»; y diziendo esto puso la mano en la bolsa de la escopeta, que era grande, y de allí sacó un pliego de cartas, y besándolo lo dió al Reyecillo diziendo: «toma esas cartas que te embía el Rey de Argel, mi señor, y por ellas sabrás lo que te embía a dezir»; el Reyecillo tomó las cartas y, abriendo el pliego, leyó la carta, que dezía assí:

CARTA DEL OCHALÍ, REY DE ARGEL,
PARA EL REYECILLO DE GRANADA.

A ti, Fernando Muley Abenhumeya, nuevo Rey de Granada y su Reyno, elegido por justa ley de derecho parando mientes los electores a la real sangre donde vienes: salud para que con ella gozes largos años la nueva corona por tu valor merecida. Sabrás que a pocos días que recebimos unas cartas embiadas del buen cavallero Avenchoar, al parecer deudo tuyo muy cercano como después avemos entendido, y de otros Moros principales de Granada y su Reyno; en las quales cartas nos pedían

armas y socorro para conseguir la guerra que estava promovida contra el Rey de España, prometiéndonos dar seguros puertos y entradas, favor y ayuda para que España fuesse conquistada, assí como lo fue en los passados tiempos del Rey Rodrigo; y las cartas por nosotros recebidas, entramos en Real Consejo de guerra para determinar lo que sobre el caso debíamos hazer, y fué acordado que era justa cosa dar armas y socorro a quien lo pide contra Christianos, porque assí nos lo manda nuestro Mahoma, y para ello fué luego determinado que se juntase gran cantidad de todas armas para que os fuessen embiadas; mas después, en segundo acuerdo, se embio un despacho al gran Señor haziéndole saber lo que por los Granadinos era pedido y lo que acerca dello estava tratado y acordado. A lo qual el gran Señor mandó que se embiassen docientos Turcos de nación, valientes soldados, aventajados en paga de diez y de veynte escudos de Luna a Luna nueva, para que diessen tiento en el estado de la guerra, y si por suerte se fuesse mejorando contra las Christianas banderas, y puesto el caso en que se pudiessen salir con lo pretendido y prometido, dize el gran Señor que él dará bastante socorro de gente y armas, y que él mismo con todo su poder entrará por las partes de Italia pasando todo el mar de España y entrar en los límites de España con gran pujanza; y aviendo nosotros tenido esta respuesta y orden del gran Señor, llegó un hermano tuyo, llamado Don Luys de Valor, en una fragata de once bancos, de un granadino Moro natural desas costas de España, el qual hermano tuyo nos dio unas letras tuyas pidiendo por ellas segunda vez socorro y armas, afirmando hazer lo prometido; y assí luego en nuestro real acuerdo fué determinado que se te embiasse el socorro pedido y armas para contra Christianos, y assí luego embiamos docientos Turcos, muy buenos soldados, y armas las que podimos; lo que encargamos que los dichos Turcos sean bien pagados con aquellas ventajas que ganar suelen en estas plazas nuestras. Tu hermano Don Luys de Valor queda en Argel en mi poder, tan mirado y regalado como es la raçón que lo sea. El Santo Alá te dé victoria y Mahoma en todo te sea propicio. De Argel y para lo que te cumpliere, El Ochalí.

Leyda la carta, el Reyecillo, como resucitado de muerte a vida, mostró muy alegre semblante y de nuevo tornó a abraçar a los dos Turcos Capitanes, ofreciéndoles grandes pagos; luego todo aquel esquadrón turquesco dio una carga de escopetería tan brava que hacía resonar todos aquellos valles y tierras, de forma que aquel ruydo fue oydo en muchas partes de aquel las tierras adonde avía muchos Moros ahuyentados de la braveça de los Christianos no fiándose de

las pazes prometidas. Luego el Reyecillo mandó que se fuessen a Valor, pueblo suyo, que aunque atrás avemos dicho que estava cerca, no lo estava, porque la cueva ya dicha estava encima de la sierra de Dalias, como después supimos y entendimos por verdaderas relaciones. Pues luego el Reyecillo y el turquesco esquadrón partió la buelta de Valor, a donde el Reyecillo llegado con su compañía fué de sus vasallos recebido con mucha alegría, porque ya lo tenían por muerto; el Reyecillo les habló diziéndoles que estuviessen firmes en lo començado, pues ya tenían socorro y más que les vendría; y con esto se fué de Valor a un lugar llamado Jubiles, y de ay a Andárax, y de allí a Adra, a donde halló grandes compañías de Monfis y otros moriscos malhechores, los quales muy alegres se juntaron con el Reyecillo, espantados de verle vivo, porque le tenían por muerto; de allí se bolvió el Reyecillo a Andárax con su compañía, dando la orden que en la guerra se avía de tener contra los Christianos.

El Marqués de Mondéjar, luego que supo de la parte de Vera y Mojácar que avían entrado gentes de África, mandó que se apercibiese toda la gente de guerra que esta alistada, que era mucha, adonde avía de muchas partes del Andalucía, gente muy principal y muy valerosos Capitanes; hallóse por cuenta que la gente que sacó el Marqués de Mondéjar pasó de veynte mil hombres de pie y de a cavallo, toda gente valerosa, andaluza, la flor del mundo, dejando aparte los del Reyno de Murcia, que a ésta ygual no se halla por ser toda gente de costa y muy destrísimas en las armas de todas suertes. Pues saliendo el Marqués de Mondéjar de Granada acompañado, como avemos dicho, de mucha y muy lucida gente, sus vanderas tendidas y estandarte Real del Alhambra y delante del Marqués su guioncillo de General, y él acompañado de muchos y muy principales cavalleros, y marchando llegó a un lugar llamado Alhendín y Alpadul, a donde alló los Moros sosegados, y allí mandó por vando que ningún soldado hiziesse mal ni daño a los moriscos ni a sus bienes. Esto hazía el Marqués pensando allanar a los pueblos levantados por bien y no por mal; mas no le sucedió como pensava, como diremos adelante, aviendo dicho primero el romance que se dize de lo passado en el capítulo que avemos dicho.

ROMANCE

El buen Conde de Tendilla,
que es Marqués intitulado
del estado de Mondéjar,
señor de muy gran ditado,

Uno de los del Consejo
por su valor estimado,
fiel Alcayde del Alhambra
y gran General nombrado
De ese Reyno de Granada
por el Rey y su mandado,
como viesse que los Moros
del Reyno se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
de guerra con aparato
para poderlos vencer
y traer a su mandado
Y subir al Alpujarra
llevando campo formado
por buena vía llevarlo,
y assí envió dos moriscos
De Granada a negociarlo.
Moros son de qualidad
y de cantidad nombrados;
manda que paces concierten
Con los Moros levantados
y que perdón general
prometan en aquel trato,
enviados por el Rey
Para más asegurarlos;
esto tratan los dos Moros
con los pueblos rebelados,
los cuales, arrepentidos,
Dizen que ellos son Christianos
y que no quieren la guerra
porque fueron engañados
por el falso Abenchoar,
Que estaba mal indignado
contra el Marqués de Mondéjar
porque avía maltratado
a los Moros granadinos
como se ha declarado.
Mas a ello que les pesa
de aver las armas tomado,
y que quieren reducirse
en el hábito christiano.
También dizen los dos Moros
que darán diez mil ducados
al que diese la cabeça
de aquel Reyecillo falso;
Por codicia de esta empressa
muchos Moros van buscando
al cuytado Reyecillo
para prenderlo o matallo,

El qual tuvo que esconderse
donde no fuesse hallado,
y el que más le sigue y busca
es el Deri, su privado,
Y como no le hallasse,
por ganar diez mil ducados,
mató a un mancebo morisco
que parecía a Don Fernando;
Y cortada la cabeça
a Granada la han llevado;
y el Marqués lo prometido
pagó, quedando engañado.
De paz está todo el Reyno
como se avía tratado;
solos quedavan los Monfis
que no se han acomodado.
Estos son más de tres mil
y todos muy bien armados;
pasar se quieren a Fez
en hallando buen recado,
Porque entienden que ya es muerto
aquel Reyecillo falso;
estando en aqueste punto
muchos Turcos han entrado
Dentro de las Alpujarras,
y todos muy bien armados,
que los envió el Ochali,
Rey de Argel tan nombrado,
Para socorro y defensa
deste granadino estado;
hallaron al Reyecillo
en una cueva encerrado,
El qual muy bien los recibe
y con ellos pasa a Válor
y desde allí a Andárax
con su campo concertado.
Los Monfis con él se juntan
con placer demasiado
en tener a su Rey vivo,
que por muerto le han juzgado.
El Reyecillo da orden
de lo que se hará en el caso:
la guerra quiere seguir
como avía comenςado.
El buen Marqués de Mondéjar,
siendo de aquesto aviso,
luego salió de Granada
llevando campo formado;

Lleva mas de veynte mil
que le van acompañando,
muchos Capitanes fuertes,
muchos lucidos soldados,
Ricas vanderas tendidas
y su estandarte dorado;
con el Marqués un guión
como caso acostumbrado,
Que le lleva un General
cuando va en campo marchando;
lo que desto sucedió
os será después contado.

Fin.

CAPÍTULO QUARTO, EN QUE SE PONE LA SALIDA *del Marqués de los Vélizes contra los Moros de los ríos de Almanzora y Almería y sierra de Filabrés y Tahalí, y otras cosas que sucedieron.*

Ya os avemos contado cómo el Marqués de Mondéjar llegó al Padul y avía passado por Alhendín, dejando los moriscos de aquellos lugares pacíficos debajo de concertada paz; llegó a las Albuñuelas y allí hizo alto su campo por dar orden con los moriscos de aquellos lugares que sin daño suyo se reduciessen a lo que antes solían, y sin ninguna duda el Marqués de Mondéjar saliera con su pretensión y allanara todas las Alpujarras, llevando las cosas por buenos medios y por vía de paz como ya les tenía prometido, y perdón general de aquel acelerado motín y rebelión, si malos Christianos quisieran acudir con su propósito. Más de veynte mil hombres o más que llevava en su campo, yvan más de diez mil los mayores ladrones del mundo, desolladores y robadores que no llevavan los pensamientos sino en cómo avían de robar y hurtar y saquear los pueblos de los moriscos que estavan sosegados. Porque a penas el campo del Marqués de Mondéjar avía passado de los lugares de Alhendín y el Padul, y asentado en las Albuñuelas, quando mil ladrones salieron de su Real y tornaron a los lugares ya dichos, y de noche los saquearon, y mataron muchos moriscos, y se llevaron muchas mugeres moças y muchachas, y de concierto las llevavan a sus tierras y las vendían por esclavas, y aviendo

hecho el mal de noche se bolvían al Real, y aunque los Moros que avían escapado huyendo se querellavan al Marqués diziéndole los males que les avían hecho con crueles muertes y robos, eran sus querellas sin ningún provecho, porque el Marqués no sabía a quién castigar por ser tanta multitud de las gentes de su Real. Lo qual viendo los moriscos que su mal no tenía remedio, y sus agravios sin castigo, sus haziendas y sus mugeres y hijos robados, no aguardavan a mas, porque luego al punto recogían lo que podían y escondían lo demás y se yvan a la sierra a donde estava el Reyecillo, diziendo que en achaque de paz embiava el Marqués á destruyrlos; el Reyecillo los amparaba y recebía de buen grado, y les dezía: «Pobres de vosotros, no veys que debajo del engaño de esas públicas y prometidas pazes os van destruyendo y acabando, y assí os llevarán hasta que no quede ninguno de vosotros? tomad todos armas y morid defendiendo vuestras vidas y haziendas, que presto seréys señores absolutos de toda la tierra.» Con esto que el Reyecillo les dezía, todos se animavan y dejavan sus lugares y se yvan a seguir la guerra, y assí desta suerte fueron levantados muchos lugares de los Moros por causa de los malos Christianos hambrientos por robar y llevarse las haziendas agenas; bramava, ardía el Marqués en saña en ver que lo que él pretendía las gentes de su Real se lo desconcertavan. Manda hechar vandos a menudo con pena de la vida al que saliere del Real a saquear; mas muy poco le valen al Marqués estas diligencias, que los robadores y ladrones salían a deshora y de suerte que nadie sabía su salida, aunque por los caminos avía puestos centinelas, y hazían muchos males. Todo lo qual fué causa que con tales nuevas todos los lugares de las Alpujarras se tornaron a levantar y tomar armas de suerte que ya todo el Reyno estava alborotado no fiando de las prometidas pazes, y más quieren morir ofendiendo que vivir padeciendo; y assí estava todo puesta en arma, y los Capitanes que avían sido señalados y repartidos por orden del Reyecillo, tornaron á hazer su gente y apercebirse de armas y seguir las vanderas del señor de Valor contra los Chistianos. Los Turcos, que vieron tan grandes gentes ayuntadas y no mal armadas, les animavan diziendo: «Que ellos harían que se ganasse por ellos toda España.» Con esto los Moros granadinos tomaran tanto brío que de nuevo tornaron a hazer crecidos males. El Marqués de los Vélizes, Don Luys Faxardo, teniendo nueva cómo los Moros de nuevo se avían tornado a levantar, aunque era la verdad que ellos ya no tenían la culpa, sino los malos Christianos, determinó de salir con campo formado contra los Moros de los ríos de Almanzora y Almería, porque él por una parte y el Marqués

de Mondéjar por otra harían que presto aquellas guerras civiles se acabasen; y assí luego escrivió, como General que era del Reyno de Murcia, a los pueblos más vezinos para que le aconpañasen en tal jornada, y assí se juntaron de Caravaca muchos y muy buenos soldados y un valeroso Capitán llamado Juan de León, y un Sargento mayor para su campo, llamado Andrés de Mora, hombre valeroso y muy buen soldado entendido en la milicia; de allí sacó un Alférez para que llevase su estandarte, llamado Venavides, hombre hidalgo y de gran calidad y valiente de su persona; con éstos salieran otros muy buenos soldados, que serían en todos quatrocientos, bien puestos y armados; de la villa de Zehegín salieron doscientos hombres muy bien armados y gente luzida, y su Capitán se nombrava Carreño, soldado viejo y valiente; de la villa de Mula salieron trescientos hombres muy bien armados y valerosos soldados, cuyo Capitán se llamava Melgarejo, hombre de mucho valor; de la villa de Totana salieron cien hombres valerosos, finalmente de costa, acostumbrados a verse cada día con los Moros, cuyo Capitán se llamava Juan de Mora, hombre valeroso y soldado; de la villa de Alhama salieron cien hombres, tan buenos soldados como los de Totana y muy acostumbrados a verse en la marina con los Moros, y todos éstos, bien armados, llevavan un buen Capitán, llamado Falcayuela, hombre valiente y soldado. Embió el Marqués a su hermano Don Juan Fajardo, nombrado por Maese de Campo, a Lorca, para que a la ciudad pidiese gente para que fuesse en esta jornada, y de Lorca salieron desta vez más de mil hombres de guerra, toda gente valerosa y bien armada, saliendo por Capitanes Juan Felices Quiñonero, principal hidalgo de la casa de los Quiñones, y Juan Felices Duque, Juan Mateos de Guevara, Alonso de Castillo el Moço, Adrián Leones de Alberca, Hernán Pérez de Tudela. Estos seys Capitanes valerosos salieron, por orden, de la ciudad, yendo con ellos más de mil hombres de guerra (como avemos dicho). Sin éstos salieron después, en ocasiones, otros cinco Capitanes, hidalgos y de mucho valor, que son estos que se nombran: Alonso de Leyva Marín, Martín de Lorita, Alférez mayor; Gómez García de Guevara, Juan Mateos Rendón, Luys de Guevara, y éste entendiendo que salió de los primeros, y deste diremos y de los demás en su lugar. También salió en otra ocasión por Capitán el licenciado Juan Leones de Guevara y Luys Ponce, su hermano, Capitán de cavallo, y Juan Manchirón, Regidor de Lorca; de todos estos Capitanes diremos en su lugar y de algunos de ellos que murieron en la guerra mostrando el valor de sus personas; y pues avemos dicho destos lugares llamados por el Marqués y de los

Capitanes que dellos salieron, es justa razón que dígamos de la noble Murcia, la qual, siendo avisada por su noble Adelantado, al punto escrivió a Su Magestad lo que passava, y Su Magestad le mandó que socorriese con gente a su Adelantado y siguiese la guerra, y assí luego la noble ciudad crió tres Capitanes valerosos, de infantería dos, el uno llamado Alonso Galtero, cavallero de mucho valor; otro llamado Nofre Ruyz, hombre principal y hidalgo de no menos valor que otro que valor tuviera. Y otro cavallero llamado Don Juan Pacheco, cavallero del hábito de Santiago, y éste fué por Capitán de cavallo, cuyo valeroso Alférez era un cavallero llamado Salvador Navarro. Estos illustres Capitanes hizieron mucha y muy gallarda gente, toda bien armada; mas no salieron tan presto de Murcia que el Marqués no saliese primero de los Véliz día de los Reyes, año 1569. Mas no tardó Murcia en yr con su gente como adelante diremos. Pues como saliese el valeroso Fajardo el día y tiempo que avemos dicho, llevando de los lugares referidos tres mil hombres bien armados y luzidos, sin los que aguardava de Murcia; tendidas sus vanderas, marchando con buena orden, llevando Lorca la vanguardia, Caracava yendo de batalla, Totana y Alhama la retaguarda y Zehegín toda la gente del campo, era, escogida a una mano y bien puesta de armas, bastante a acometer a veynte mil hombres que de otras naciones fuesen; y assí el buen Adelantado, muy gallardo y contento de ver tan luzido campo, dezía que en el tiempo que él siguió las imperiales vanderas de su señor el Emperador, que no avía visto tan luzida gente en todo su campo como él á la sazón llevava, ni más luzida ni tan buena, y que en muchas ocasiones se olgara de tener la gente de aquel Reyno de Murcia, porque entre todas las de España se señala y aventaja. Tenía el Marqués gran razón de loar la gente de su campo, porque era gente toda belicosa y marítima y mostrada al trabajo de las armas, y assí la alabava y estimaba y con ella se mostrava gallardo y ufano, y assí dezía el valiente Marqués de los Vélez, con mucho contento, que mucho olgara de hallar una grande ocasión a donde se mostrara su valor y el de la gente que llevava, porque el Marqués era uno de los valerosos cavalleros del mundo y se podía poner en la cuenta de los famosos de España, de aquellos que más nombradía tuvieron, digo del Cid, del Conde Fernández Gonçalez, de Bernardo del Carpio y de otros muchos y muy famosos cavalleros y Capitanes que nuestra España a tenido; y esto lo confirmó nuestro señor el Emperador Carlos Quinto quando aviendo venido de Argel, estando en Cartagena, yéndole a besar las manos el Marqués Don Pedro, padre de Don Luys, de quien aora tratamos, aviéndolo el

Emperador abraçado y levantado del suelo de a donde estava arrodillado, le dixo lo primero: «Buen hijo teneys, Marqués; bien podéys dezir que es uno de los buenos de España y assí lo ha mostrado en en las ocasiones todas que conmigo se ha hallado». Á lo cual respondió el Marqués Don Pedro: «Yo y él estamos al servicio de Vuestra Real y Cesárea Magestad hasta la muerte»; el Emperador le tornó a abraçar otra vez, diziendo; «Tal se tiene entendido dél y de vos». Assí que bolviendo a Don Luys Fajardo, de quien vamos diziendo, con verdad se puede dezir, que era uno de los más valientes cavalleros de España y fuera della, y pues que nos viene a pelo dezir de su valor y nobleça, aunque salgamos un poco del hilo de nuestra hystoria, en breves razones lo diremos, porque nos aguarda el Marqués de Mondéjar en las Albuñuelas, de quien avemos de tratar en otro capítulo. Pues es de saber que el Marqués Don Luys era muy gentil hombre: tenía doze palmos de alto; era de rezios y doblados miembros; tenía tres palmos de espalda y otros tres de pecho; fornido de braços y piernas, tenía la pantorrilla gruesa, bien hecha, al modo de su talle; el bacío de la pierna, delgado de tal manera, que jamás pudo calçar bota de cordován justa, si no fuesse de gamito de Flandes; calçava treze puntos de pie y más, era tan bien travado y hecho y tan doblado que no se hechava de ver lo que era de alto. Era de color moreno zetrino; los ojos grandes rasgados, lo blanco dellos con unas vincas de sangre de espantable vista; usava la barva crecida y peynada; alcançava grandísimas fuerças; quando mirava enojado parecía que le salía fuego de los ojos; era súpito, valiente, determinado, enemigo de mentiras; tratava bien sus criados, aquellos que lo merecían; por poca ocasión tenía un hombre preso veynte años y allí preso le dava de comer; quando se enojava deshonrava a los suyos tratándoles mal de palabra, mas después de quitado el enojo le pesava de lo que les avía dicho y les pedía perdón, diziendo que no era más en su mano, que la cólera le hazía perder los límites de la razón. Era grande hombre a cavallo, usava siempre la brida, parecía en la silla un peñasco firme; cada vez que subía a cavallo le hazía temblar y orinar; entendía bien qualquier suerte de freno; su bestido de monte era pardo y verde y morado, las botas que calçava avían de ser blancas y aviertas, abrochadas con cordones; era larguísimo gastador; tenía quatro despensas de grande gasto, una en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las Cuevas, otra en Alhama; era muy sabio y discreto, en burlas, y en veras estremado; tenía de costumbre oyr Missa a la una del día y a las doze, de suerte que los capellanes no lo podían sufrir; comía una vez al día y

no más, y aquella comida era tal que bastava a satisfacer quatro hombres por hambre que tuviessen. En la comida no bevía más de una vez, mas aquélla buena, con agua y vino muy templado, y esto era acabando de comer. De noche era su negociar, y assí se yba a dormir quando los otros se lavantavan; siempre andava con su capa cobijado solamente las espaldas, ceñida espada y daga, y esto era de noche. De día se ocupava en sólo tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta y en cuerpo; si era verano, siempre sin gorra, y si era invierno, con un sombrero de monte muy pespuntado; la ropa de su vestido lo mismo. Era gran justador y gran torneante: desembraçava con gran fuerça una caña, de manera que si dava en la adarga la aportillava. Era amigo de llevar una pluma pequeña al lado; parecía muy bien a cavallo, de tal suerte que se conociera entre cien hombres; más hermosa vista tenía de espaldas que por delante, assí mismo era a pie; si yba acompañado, sobre todos se mostrava. El cuello y la cabeça armado parecía muy estremadamente de bien. Entre mil hombres parecía que él era el señor por razón de la gravedad de su persona y ahidalgado talle. Estando una vez en la marina haziendo alafia, acompañado de muchos de cavallo y de pie, saltando el Capitán de la galeota en tierra, llegando a donde estava el Marqués, mirando a todas partes, assí a los de pie como los de cavallo, aunque avía entre los unos y los otros hombres de gravedad y de buenos aspectos, se fué al Marqués y le dixo: «Tú eres el Señor de toda esta gente»; de lo qual se maravillaron todos. Muchas veces se avía allado en escaramuça y peleas con los Turcos y avía alançeado muchos, y en la batalla de Porman alançeó por su mano más de cincuenta; siempre tirava el golpe de revés, llevava la lança atada a la muñeca del braço con un gruesso cordón de seda verde, sus armas eran finíssimas. Una vez peleando con los Turcos en Cartagena, que vinieron sobre ella más de dos mil, fué herido de una bala en una espalda, y el armadura fué abollada y no passada por ser muy firme. La lança que él llevava era tal que arto tenía un criado suyo que llevar la al hombro, y el Marqués la meneava como si fuera un junco delgado. Esta vez que dezimos de Cartagena, un renegado lo conoció andando en la batalla, y dixo claro que todos lo oyeron: «Aquí está el Marqués, no podemos saquear a Cartagena.» Era tanta la fama del Marqués, que en el Real Palacio de Argel lo tenían pintado armado con una lança en la mano y en la punta de la lança una cabeça de un Turco, y assí mismo en Constantinopla lo tienen retratado, y desta misma suerte está en Cartagena, en una sala de la casa de Nicolás Garri; finalmente, el Marqués era gran señor y valeroso amigo de toda caça;

tenía muchos perros y aves de bolatería; era amigo de tener buenos cavallos; quando avía de yr a monte aguardava que hiziesse mal tiempo, que nevase o lloviese o hiziesse grandes ayres, y esto por hazer a sus gentes robustas como él lo era; tenía de costumbre mandar adereçar para yr a caça todos los días del mundo. Pues dejando esto a parte conviene bolver a lo que haze el caso, que es seguir la guerra, pues ya os avemos contado cómo el campo del valeroso Fajardo marchava, sus vanderas tendidas, la buelta del río de Almanzora, llevando como es dicho, Lorca la vanguardia, y Totana y Alhama y otros lugares llevavan la batalla, y Caracava y Zehegin y Mula, con el Marqués, la retaguarda, y al salir de los Vélez, con gran concierto, llevava un cavallero, hijo vastardo del Marqués, el estandarte, hasta que después lo tomó Venavides, cavallero principal.

Llegó el Marqués con su campo a la boca de Oria, que es un paso muy peligroso y estrecho, y de allí pasó a Uleyla de Purchena, y travesando la sierra de Filabres llegó a Tavernas, que es un gran lugar quatro leguas de Almería; los Moros deste lugar, los Monfis, les avían hecho levantar por fuerça, y quando el Marqués allí llegó, no parecía Moro a vida, antes el lugar todo estava saqueado y medio quemado, y la Iglesia toda destroçada y abrasada, que era cosa de gran compasión ver tan brava ruyna y destroço. Aquí tuvo el Marqués noticia de cómo los Moros avían hecho muy notable daño en Guécija, y cómo avían quemado allí un rico convento de frayles Agustinos y muerto todos los frayles que estavan en él; de lo qual en Marqués muy enojado partió de Tavernas con ánimo de castigar a los Moros por aquella gran maldad hecha a los frayles, y assí llegó a Terque, que es un lugar cerca de Guézija, y allí halló gran cantidad de Moros, los quales, como supieron la venida del Marqués, se retiraron a Guézija por estar cerca de la sierra, y allí determinaron aguardar al Marqués y hazerle resistencia. El qual, como supo que los Moros le aguardavan, luego partió para Guézija por darles la batalla, y assí, puesto su campo en orden se fué marchando hasta lleger muy junto de los Moros; los quales, puestos en esquadrón lo mejor que ellos supieron ordenar, le aguardaron para le resistir. Conviene, pues, dejarlos aora al punto del romper hasta su tiempo, por dezir del Marqués de Mondéjar que dejamos para dar batalla a los Moros de las Albuñuelas. Mas diremos primero, por no perder el estilo, un romance de la salida del Marqués de los Vélez a los ríos de Almanzora y Almería.

ROMANCE DE LA SALIDA DEL MARQUÉS DE VÉLEZ.

Á priesa estava leyendo
una carta de revato
el famoso Don Luys
que a por renombre Faxardo.
El que es Marqués de los Vélez
y de Murcia Adelantado,
de la ciudad de Almería
le a venido aquel recado,
Que el Obispo se le embía
luego saliese aprestado
con sus armas y sus gentes
y lleve campo formado,
Atento que ya los Moros
de todo aquel Obispado
se han levantado de guerra
y que hazen muy gran daño,
Y que abrasan las Iglesias
y despedazan los santos,
y pues es fuerte caudillo
y frontero del estado
Reyno granadino moro,
que salga como esforçado
y valiente Capitán
a remediar tanto daño.
La carta aun no avien leydo
quando un correo le ha entrado
que el gran Felipe le embía
con otro nuevo mandato
que salga contra los Moros
que se avían revelado.
Luego el valiente Marqués
con valor acostumbrado
convoca todas las gentes
de todo el Reyno murciano
Que apriesa y con todas armas
vengan donde está aguardando
en la su villa de Vélez
el que decían el Blanco.
Todo el Reyno se ha movido
a cumplir este mandato
y con deseo de guerra
cada pueblo se ha listado.
De Caravaca han salido
bien cuatrocientos soldados,

con ellos Juan de León
por Capitán señalado
Y por Sargento mayor
fué Andrés de Mora, nombrado
por ser soldado y valiente
en lo de Flandes hallado;
De Zehegín han salido
otros docientos soldados,
su Capitán es Carreño,
hombre en guerras avisado.
Francisco de Melgarejo
de Mula salió alistado,
fuerte villa del Marqués
y la mejor del Reynado;
Trescientos soldados lleva,
todos ellos hijosdalgo,
de su noble fundación
conocidos y nombrados,
Y de Totana salieron,
por un padrón alistados,
docientos hombres de guerra
y todos muy bien armados;
Juan de Mora es Capitán
deste esquadrón tan preciado;
de Alhama salieron ciento
no menos adereçados,
soldado es su Capitán,
Pedro Cayuela nombrado.
De Murcia la noble y franca
casi salió un grueso campo
de valerosos guerreros
lucidos y bien armados,
Con mas braveza que el Sol
quando más hieren sus rayos;
tres Capitanes salieron,
cavalleros esforçados:
Uno es Alonso Galtero,
de valor aventajado;
el otro es Nofre Ruiz,
buen soldado y buen hidalgo;
El otro, Don Juan Pacheco:
y aquéste era de a cavallo,
hombre de suerte y valor
que lleva de Santiago
la roja señal al pecho
de aquel famoso lagarto.
De Lorca salió una tropa
de un esquadrón esmerado

de mil hombres valerosos
y todos muy bien armados.
Seis valientes Capitanes
salieron en este campo:
Juan Quiñonero es el uno,
del Marqués muy allegado;
Es el otro Juan Mateo,
de Guevara intitulado;
es Alonso del Castillo
el tercero en este grado.
Juan Felices Duque es otro,
bien conocido y nombrado;
Hernán Pérez de Tudela
es el quinto, buen hidalgo.
Es Adrián Leonés
el sesto que se ha contado,
llamábase el del Alberca
porque la tenía al lado.
Todos éstos con la gente
salieron de muy buen grado
para servir al Marqués
que los estava aguardando.
De Murcia y los más lugares
tres mil hombres se han juntado:
con éstos el buen Marqués
sale de Vélez el Blanco,
Mas al tiempo de salir
Murcia y Lorca se han travado
sobre llevar la vanguardia
en el campo concertado,
Y Don Juan los averigua,
por ser Maestre de Campo,
que este día vayan juntas
las vanderas que he contado
de Murcia y Lorca famosas.
Y esto siendo averiguado
sale el campo y nunca para
hasta aquel río nombrado
qual se dize de Almería
y aquí hizo alto el campo,
porque en Guécija se hallan
muchos Moros aguardando
para darles la batalla
al Marqués y sus soldados.
El Marqués pone sus tropas
con gran concierto y cuydado
para romper con los Moros
como oyréys en otro cavo.

Fin.

CAPITULO QUINTO, EN QUE SE PONE UN RECUENtro que el Marqués de Mondéjar tuvo con los Moros de las Albuñuelas, y otras cosas que sucedieron, y cómo el Malech dio un terrible asalto a los moriscos de Cantoria, y cómo los moriscos se defendieron.

Ya avéys oydo cómo en el tercer capitulo que dexamos atrás el Marqués de Mondéjar con su crecido y luzido campo adornado de valerosos Capitanes, soldados Andaluçes, especialmente los de Córdova y su redondez, llevando de Córdova por Capitán de una gallarda compañía a don Diego de Argote, cavallero principal y de linaje antiguo y noble, tanto que en los comentarios de César bajo de sus romanas banderas avia un valeroso Capitán, llamado Argote, antecesor del dicho Don Diego de Argote; y sin éste llevava el Marqués otro Capitán de valor singular, llamado Don Luys Ponze de León, de la antigua casa del duque de Arcos, cuyo claro linage deciende de León de Francia, y según dizen algunas hystorias francesas, y aun algunas castellanas, estos cavalleros deciendén del Etor el Troyano, el qual siempre traya un león por armas: el león rojo y el campo de plata, y éste mismo usan estos cavalleros en sus escudos. De Franción, hijo de Etor Franconia, el nombre de Franconia, fué Duque Faramundo, hijo de Marco Miro, un Príncipe de Alemaña; faltándoles a los Galos Rey, eligieron por Rey a Faramundo por su grande nobleza y virtudes, y Faramundo por ser Duque de Franconia los Galos se llamaron Francos, y aora se llaman Franceses. León de Francia tiene por armas un león, como avemos dicho, por memoria de su fundador o fundadores, que fue Faramundo o alguno de sus decendientes. Los passados destos cavalleros Ponces fueron Reyes de Gérica y Señores de la casa de Villagarcía; las varas sangrientas de su escudo en campo de oro fueron ganadas por la punta de la lança y por su grandeza dadas con la misma mano del Rey de Aragón bañadas en sangre del mismo Ponce, arrastrando la mano por el escudo dorado, diziendo: « Éstas serán tus armas, ganadas con tanta gloria », dexando las señales de los quatro dedos sangrientos sobre el escudo dorado; y assí estos cavalleros llevan su escudo hecho dos quarteles: en el uno su antiguo blasón del león rapante, y en el otro, en campo de oro, las rojas bandas de Ara-

gón: por cierto, blasón de mucha nobleza. Los Franceses usaron destas armas del león muchos tiempos, hasta que después tomaron cinco sapos por armas y después tomaron las cinco flores llamadas lirios ó flor de lises, las quales vinieron del cielo; y el que quisiere saber esto del Duque de Franconia, lea el *Duque del Infantado* o a *Garibay Çamalloa*, y lea en el fin de la *Crónica Troyana*, y allí hallará algo de lo que avemos dicho.

Dexando esto aparte, pues no haze a nuestra hystoria, dezimos del Marqués que llegó a las Albuñuelas y luego mandó hechar vando que ninguno no hiziesse mal ni daño en los lugares ni en los moriscos, so penas graves; esto hazía él por dar orden de llevar el caso por bien y no por mal; mas los Moros de las Albuñuelas y de aquellos lugares, viendo que debajo de pazes los Christianos les hazían notable daño, como atrás avemos dicho, no se curaron sino de ponerse en defensa, y assí como el Marqués y sus gentes llegaron a las Albuñuelas, luego los Moros dieron con grande braveza en los Christianos, haciendo muchos daños en ellos. Los Christianos, visto la resistencia hecha por los Moros, como era la cosa que ellos más deseavan, sin guardar orden del Marqués dieron en los Moros valerosamente. Girondillo, Moro, valeroso Capitán, mató más de treynta soldados del Marqués, con lo qual los Christianos, más indignados, más apellidavan el Santiago haziendo mucho daño en los Moros: Gironcillo no tirava tiro que no matase hombre, porque era grandissimo tirador con la escopeta, como aquel que la avía usado mucho tiempo siendo montero del Marqués, y si toda la gente morisca fuera como este Gironcillo y tuviera las armas que él tenía, no quedara de la parte del Marqués hombre vivo. Pues el bravo Zarrea, viendo empleado en ésta su tan deseada ocasión, hazía maravillas contra los Christianos; visto por los Moros estos dos Capitanes suyos andar tan bravos, peleavan desesperadamente: unos con arcabuzes, otros con ballestas fortissimas de palo y otros con otras hechas de hierro, otros con crueles y crugideras hondas, otros a pedradas tiradas con tanta violencia que adoquiera que alcançaban hazían gran daño, otros arrojavan agudos y amolados gorguçes, otros desgalgavan grandissimos peñascos, y no solamente los Moros hazían esta cruel defensa, sino las mugeres tiravan grande cantidad de piedras, haziendo gran daño en las Christianas vanderas. Los Christianos les yvan arcabuzeando y matando muchos dellos. Los unos dezían Santiago; los otros, Mahoma, Mahoma; libertad, libertad. Assí anduvo la batalla por grande espacio reñida, de tal forma que si los Moros se hallaran armados, gran peligro corría el Marqués y su

gente. Mas los Christianos, como estavan bien armados y deseosos de aquella empressa, entraron bravamente sin aguardar orden de sus Capitanes, aviendo dado el Santiago. Los Moros, como viessen tanta gente contra ellos y también armada y que avían apellidado el Santiago y cierra España, no osaron aguardar su sangrienta furia, y assí, desamparando la batalla, á todo huyr se fueron la buelta de los Guajarras, por ser lugares fuertes, dejándose las Albañuelas desamparadas, a donde los Christianos se detuvieron en el saco, dejando que los Moros se fuessen. Aquí saquearon, a pesar del Marqués, todo el lugar y tomaron muchas moriscas y niñas, haziendo muy grande estrago en lo demás que hallavan. Aunque es verdad que por respeto del Marqués no se hizo tanto daño como se pudiera hazer. Los Moros, como he dicho, se retiraron a las Guajarras, y en passando la puente de Tablete antigua y nombrada la hundieron y rompieron porque los Christianos no pudiessen passar adelante. El Marqués estuvo en las Albuñuelas dos días aguardando si los Moros venían con algún recado de paz; los quales no vinieron, entes en las Guajarras se redoblaron los esquadrones y se fortalecieron bravamente. Sabiendo esto el Marqués movió su campo la buelta de las Guajarras, mas quando llegó al puente de Tablete y lo halló rompido y derrivado le pesó mucho por hallar el paso empedido, y assí, aviendo el campo hecho alto, se dió orden de remediar el puente para el paso, porque no avía otro paso sino aquél respeto de las alturas y fragosidad de las sierras que de una parte y otra avía y una profunda rambla por donde por fuerça se avía de passar. Dexaremos, pues, aora aquí al Marqués y su campo dando orden de hazer paso, y yremos a hablar del Reyecillo, que muy acompañado estava de gente de guerra toda velerosa. El qual, como supiese que el Marqués de Mondéjar avía llegado a las Albuñuelas y con su gente avía tenido aquel recuentro, y que los suyos se avían retirado a las Guajarras, sabiendo que los Guajarras eran fuertes, mandó a Zarrea, su Capitán, que estuviesse allí firme, y para que más fuerte estuviese aquel presidio embió cien Turcos con más de mil Monfis, y éstos bien adereçados de armas; y esto assí hecho, sabiendo cómo el Marqués de los Vélez avía salido de sus tierras y que estava en Terque por dar batalla a los del río de Almería, al punto despachó al Capitán Maleh que con mil soldados de los suyos diesse en Cantoria y que la tomase y a los Moriscos della que los hiziesse levantar por fuerça, y assí mismo a los de Oria y el Box y Partaloba y a todos los demás lugares del Marqués. Luego el valeroso Maleh se puso en camino la buelta de Cantoria, y tomando de Purchena mucha gente armada se

fué para la fuerça de Cantoria para hazerla levantar por fuerça, y en llegando no le quiso dar combate, antes por buenas palabras procurar que se levantase. Los de Cantoria, siendo avisados de la venida del Maleh, cerraron bien las puertas de la villa, estando bien apercebidos con designio de ser firmes y leales al Rey y a su señor el Marqués. El Maleh llegó con todo su campo, y alojado muy cerca de la villa, él y otros quinze soldados se llegaron a la muralla, junto de la puerta de la villa, llevando en la punta de la lança una vandera blanca en señal de paz. Dos hombres principales de Cantoria, que estavan por su valor elegidos por Capitanes, puestos de pechos encima de la muralla, con otra vandera blanca, le preguntaron al Maleh, que muy bien le conocían, qué buscava o qué quería de Cantoria. El Maleh, conociendo a los dos Capitanes muy bien, que el uno se dezía Avenayx y el otro Almoçavan, varones de mucho valor y cuerdos, les habló desta suerte.

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN MALEH AL CAPITÁN AVENAYX DE CANTORIA

«Avenayx valiente, fuerte y grave, de esclarecida sangre producido, y a ti, Almoçován, deudo de Mahoma, de Fátima su hija decendiente, como parecen claros previlegios: estad atentos bien a lo que digo, pues dello alcançaréys inmensa gloria y dulce libertad a vuestra patria. Muy bien sabéys, varones esforçados, las causas principales de la guerra del Reyno Granadino, y de sus gentes, tan justamente dada a los Christianos atento los agravios y los males que nos causavan siempre y demasías, haziéndonos pagar dos mil tributos, llevando nuestra sangre injustamente, y a uno contentos desto nos llevaron las armas con mil penas antepuestas, muy graves si algún tiempo las hallassen en nuestro Reyno y casas, y sin éstos, cavallos nos vedaron y que esclavos jamás servirnos puedan, y assí mismo nos quitan nuestro traxe y nuestra lengua, por cierto cosa injusta y no sufrible; y assí, queriendo Alá sacarnos desto, provoca a todo el Reyno de Granada a una indignación cruel y dura contra el Christiano vando injusto y fiero, para que con las armas defendamos lo que es justa razón que se defienda. Pues ya de Argel tenemos buen socorro y más que el gran Señor nos dará presto, y tal que a toda España sujuzguemos poniéndola debaxo nuestras leyes, y assí con esperanças verdaderas el Reyno todo puesto sea a las armas, las quales exercitan bravamente, si no son los lugares de Faxardo, que tímidos están al señor suyo. Y assí por esto aora el Rey me embía a aquesta villa vuestra y que os

dixesse que luego obedezcáys sus provisiones y deys favor y ayuda a sus vanderas y en esto le seáys buenos vasallos, estando en gracia suya, y os promete hazer mercedes grandes, como es justo se hagan a los pueblos que le siguen, y donde no que luego cruel castigo será sobre vosotros y con fuego cruel derribará vuestras murallas, haziendo os que passéys por cruda muerte. Y aquesto soy venido, y olgaría, valiente Abenayx, que de buen grado hagáys lo que el Rey manda, pues ofrece mercedes y amistad con ruego humilde.»

Aquesto el Capitán Maleh les dixo a aquellos dos valientes Capitanes que estavan en los muros de Cantoria, y aguarda la respuesta de su parte, poniendo allí en su habla gran silencio. Muy atento estuvo el buen Abenayx a todo lo que el Male havía dicho, y maravillado de su dezir, assí como de su benida aquel caso; mas como hombre de mucho valor, como aquel que tenía propuesto de ser fiel y leal al Rey Filipe y a su señor el Marqués, y no hacer traición, antes morir, le respondió al Maleh de aquesta suerte:

RESPUESTA DEL CAPITÁN AVENAYX AL MALEH

«Muy atento estado, Maleh, a todo cuanto has dicho y maravillado del grande yerro en que tú y los demás que seguís tan injusta guerra avéys dado, y cómo tan ligeramente os avéys movido a una cosa tan dificultosa, sin cimiento alguno que firme sea. ¿Por ventura, el Rey de Castilla y de España, contra quien vosotros mal consideramente levantáys flacas vanderas, entendéys que no tiene potencia? ¿Entendéys que aunque el gran Turco, como decís, venga con todo su poder, que a de prevalecer contra el gran valor suyo y dé sus Españoles? ¿No consideráys, desventurados de vosotros, que el Rey Filipe de España tiene sojuzgado lo mejor y más principal del mundo, y que no han sido parte ni las remotas Indias estar tan apartadas y ocultas para que él no las aya sujetado? ¿No sabéys que toda Italia tiene puesta debaxo de sus pies, y que aun dentro de la fertilíssima Africa y mar Líbico tiene fuerças suyas y castillos fuertes, a pesar del gran Turco y de toda la morisma? Pues si esto es assí, ¿cómo vosotros y ese Reyecillo que te embía, pensáys prevalecer contra tan grande poder como el de Filipe, no teniendo otras fuerças si no son las nevadas sierras y las oscuras cuevas de quien os pensáys valer y fortificar? Muy herrados vays y perdidos fuera de toda luz. Peleáys por libertad y days en mayor cautiverio: andáys perdidos por las sierras, vuestros hijos y mu-

geres arrastrados, muertos de hambre, sujetos a los fríos de las sierras y puestos en las manos de los Turcos que os hazen veynte deshonras, y todas las sufrís porque no os desamparen, y al cavo ellos y vosotros acavaréys infame muerte; los unos muertos, los otros cautivos, vuestras haziendas perdidas; de los hijos pequeños me duele, que se han de ver sin madres, y de las madres me duelo, que se han de ver sin hijos y sin maridos, y de vosotros me duelo, que os avéys de ver sin hijos y mugeres y bienes repartidos y desterrados por agenas tierras y provincias. ¡Quántas lágrymas han de ser derramadas de la gente Granadina! Las madres han de dezir: ¡ay, hijos! y los hijos han de dezir: ¡ay, madres! las hermanas, ¡ay, hermanos! y los hermanos, ¡ay, hermanas! Quántas vezes avéys de bolver los ojos hazia vuestras tierras y no viéndolas avéys de dezir suspirando, ¡ay, Dios! ¡ay, tierras mías! ¡Quántas vezes avéys de hechar menos vuestras casas, vuestras haziendas, tantas frescuras, tan dulces aguas, tan abundantes frutas, tanta perla, tanta aljófar y tanta riqueza! ¡Quántas vezes vuestras çambras, leylas y bodas hechas á vuestra usança! y de lo que más me duelo es aver dexado la Fe de Christo, y que avéys hecho con vuestras manos mil sacrilegios, injustamente robando las ropas y ornatos de las Iglesias, sus vajillas de plata, seda y oro, haziendo pedaços las campanas! Todo lo qual a de ser parte para que Dios os dé crueles castigos, embiando Christianos que venguen tan grandes ofensas a Dios hechas. Vete, Maleh, y dile al Rey que esta tierra no es para él ni della tenga esperança; dile lo que tengo dicho, y que hará mejor de hallanarse y pedir perdón al Rey, que no seguir la injusta guerra sin provecho, y si no te quieres yr, haz lo que quisieres; si quieres batalla, aquí te la daremos; si quieres no tenerla, en tu mano está: escoje á tu modo, que para todo nos hallarás.»

Esto le respondió el buen Capitán Abenayx al Capitán Maleh, el qual, aviendo oydo la respuesta de la forma que avéys oydo, se retiró a fuera y quitando la vandera blanca de la lança, dixo: «Aora verás, Capitán de Cantoria, lo que pienso hazer, que mala quenta daría yo al Rey si no hiziesse lo que me a mandado», y diziendo esto se fué á su gente, y poniéndola en concierto mandó que fuesse Cantoria combatida por tres partes, y assí fué hecho, con tanta bravosidad y estruendo que parecía hundirse el mundo, tal era el ruydo que se hazía. La gente del Maleh estava toda bien armada, se entiende que no lo estava menos pues con tanta braveça se defendía. Luego se mostró la batalla sangrienta, porque de entrambas partes avía muchos heridos, y

más de la parte del Maleh, porque los de Cantoria herían á su salvo, estando ellos tras de las almenas y defensa del muro tirando por saeteros. Llovía tanta piedra sobre los del Maleh, que era cosa de maravilla; tal era el combate, que el ruydo se oya en Purchena y en todos los lugares de aquel río. Los Christianos de la fuerça de Oria bien quisieran salir al socorro de Cantoria, que muy bien entendían lo que podía ser y también porque fueron avisados de lo que pasava, mas dejaron de dar este socorro por temor que los Moros de Oria no se levantasen y también porque la fuerça de Oria no quedase sin guardia y puesta en peligro de perdella. Tres vezes se retiró el Maleh con su gente maltratado y otras tantas tornó acometer por ver si podría salir con su porfía; mas era su afán en vano, que mientras más combatía, mayor resistencia encontraba en los de Cantoria, y por donde el Maleh más se acercava era por la puerta principal de la villa, porque ganada aquella puerta todo estava llano, y a esta causa estava allí la mayor resistencia y defensa del lugar: porque allí estavan muchos Christianos viejos, vezinos de la villa, los quales con sus armas defendían muy valerosamente aquella estancia, de tal forma que los Moros recebían muy notable daño por aquella parte; entre estos Christianos viejos que allí estavan avía un Christiano viejo, hidalgo, llamado Fer nando de Almodóvar, hombre valeroso. Este Almodóvar era decendiente de los Almodóvares de Murcia y deudo de ellos muy cercano, y aunque éste y su padre y abuelo fueron casados con Christianas nuevas, no por eso perdieron su nobleza ni el uso de llevar sus armas, las quales continuamente llevaron por ser, como digo, Christianos viejos y por tales conocidos. Pues este Almodóvar y otros once Christianos viejos este día de esta batalla hizieron maravillas contra el vando del Maleh, y pues avemos nombrado a este Fernando de Almodóvar en una ocasión tan buena como ésta, será justa cosa nombrar a los demás Christianos viejos que se hallaron con él, pues no con menos valor que él defendieron la villa de Cantoria, y assí los pondremos aquí en lista, que son éstos: El Beneficiado Gómez, El Beneficiado Juan Maeso y dos sobrinos suyos, Francisco Sánchez, Bartolomé García, Francisco Lozano, Pedro de Tortosa hijo del Alcayde de Oria; Francisco de Caycedo, Luys de Cárdenas, Pedro de Valquevenda, de Carthagena; Pedro Martínez, de Carthagena, y Fernando de Almodóvar, que dezimos ser de Murcia. Todos eran catorze Christianos, hombres de mucho valor y assí lo mostraron este día. Verdad es que los de Cantoria no estavan tan bien armados como los del Maleh; mas con todo esso, a pura piedra y algunas otras armas el Ma-

leh quedó maltratado; el qual como viesse que era vana su pretensión mandó retirar sus vanderas, y alçando vanderas de paz, él mismo se llegó a la muralla y pidió que le diesen ciertas moriscas que allí avía embiado el Marqués de Vélez, y que luego se yría sin combatirles más la fuerça. Los de Cantoria, por no ser combatidos y puestos en necesidad, sabiendo que si el Maleh asistía allí muchos días lo habían de passar mal, acordaron de le dar las moriscas que pedía el Maleh. Estas Moras las uvo el Marqués de Vélez assí como llegó a Terque, antes de dar la batalla en Guécija, porque muchos soldados derramados sin orden entraron por algunos lugares y los saquearon y traxeron, y el Marqués se las quitó y las embió a Cantoria para que allí estuviessen guardadas. Pues dadas las Moras al Maleh, luego el Maleh se retiró aquella noche. En esta sazón, los que estavan en la fuerça de Oria, como viessen las humadas que los de Cantoria hechavan pidiendo socorro, no sabían qué se hazer sobre el caso, si yría el socorro o no; temíanse de no perder la fuerça, y esto los detenía; poníales ansia de yr a Cantoria acordándose de los amigos allí cercados. Y estando en estas dudas, Don Luys Faxardo, hijo vastardo del Marqués de Vélez, aunque muchacho de doze ó treze años les puso ánimo para que fuessen, y assí, dejando a buen recado la fuerça, salieron los medios que le quedavan y con ellos llevaron muchos moriscos los del lugar, todos moços y armados lo mejor que pudieron, y marcharon aquella noche y no pararon hasta llegar a la villa de Cantoria al amanecer, pensando hallar allí al enemigo, mas ya le hallaron retirado. Entraron en Cantoria y allí estuvieron todo aquel día, maravillados de la brava resistencia que los de Cantoria avían hecho, aviendo visto los muertos que allí avían quedado del Maleh, que eran muchos, y visto los de Oria que el Maleh era ydo, recelando no fuesse a Oria y la levantase, aquella misma noche se tornaron a su fuerza de Oria. El Maleh, como viese que Cantoria se avía tan bravamente defendido, muy enojado dio en los lugares del Marqués, los quales por fuerça levantó, que son éstos: Cartalova, El Box, Alboreas, Alvánchez, Jumuytín, Venitagla, y sin éstos, otros lugares del río más cercanos. Y como supiese el Moro que los de Oria avían venido al socorro de Cantoria, se enojó mucho dello, y assí con diez mil Moros bien armados fue sobre la villa de Oria y la tuvo cercada muchos días, y les quitó el agua teniéndoles cercada una fuente que está cerca del lugar. Los de Oria luego embiaron a Lorca a pedir socorro, haziéndole saber cómo estavan cercados. Lorca luego lo embió y también le binieron socorro de Guéscar. El Maleh, como tuvo noticia del socorro, luego se levantó y

se fue de Purchena, que era su presidio. Tenía Oria gran remedio con unas pieças de campo que estavan en la fortaleza, que con ellas les hazían mucho mal al Maleh y su gente. El qual, como llegó a Purchena, luego escrivió al Reyecillo todo lo passado. El Reyecillo le escrivió que se rehiciesse de más gente y que tornasse sobre Cantoria y no levantasse el cerco hasta tomarla. Los de Cantoria, teniendo noticia desto, embiaron a pedir socorro a Vélez el Blanco y a Lorca y a Vera. Mas Lorca, como estava despoblada de gente por estar toda en la guerra, no pudo dar aquel socorro. Los de Vera tenían noticia que el Reyecillo quería yr sobre ella, no osaron embiar socorro a Cantoria. De Vélez no avía quien fuesse, y assí les convino a los Christianos de Cantoria dexar la tierra y yrse a tierra de Christianos, quedando los moriscos de Oria puestos en las manos de la fortuna, aguardando lo que venir les pudiesse. Y assí no tardó mucho tiempo que el Maleh, con más de diez mil hombres no tornasse a Cantoria. Los de Cantoria, viendo el gran poder que traya, y visto que el socorro de Christianos no le tenía, determinó de dársele, y assí la fuerça de Oria fue ganada por los Moros, de que pesó mucho al Marqués de Vélez y a las tierras más cercanas de los Christianos, sabiendo el daño que de allí le podía venir; y por esto que el Maleh hizo en la toma de Cantoria, se hizo este romance que sigue:

ROMANCE DE LA TOMA DE CANTORIA POR EL CAPITÁN MALEH

Con tres diversas vanderas
de Purchena se ha salido
el valeroso Maleh
llevando un campo crecido.
La una vandera es roja
y la otra es de amarillo,
la otra es azul y blanca
pintado en ella un castillo.
La buelta va de Cantoria,
que lo manda el Reyecillo;
obedécelo el Maleh
como a su Rey y caudillo.
Cantoria quando lo sabe
se apercibe a resistillo.
Allegado avía el Maleh
y por bien a pretendido
Que se le entregue Cantoria,
mas hazerlo no ha podido,
que el valiente Abenayx
lugar no dio a tal partido;

El Maleh, con grande enojo
viéndose assi despedido,
mandó combatir la fuerça
con gran furor y ruydo;
Por tres partes le acomete
con braveça y alarido,
mas defiéndese Contoria
con esfuerço muy crecido;
Muchos matan del Maleh
y muchos le han mal herido.
Le conviene retirarse
por no verse allí perdido.
Tres vezes les diera asalto,
mas siempre fue resistido.
Con gran pesar el Maleh
se retira aborrecido,
pide que den las mugeres
que el Marqués allí a traydo
Y les quitará aquel cerco
con que les tiene oprimidos;
los de Cantoria las dan
por no verse allí afligidos.
El Maleh se parte luego
muy enojado y corrido
por no salir con su intento
y a lo que avía venido.
Los Christianos con temor
de Cantoria se han salido;
los demás piden socorro,
mas nunca les fue venido.
El Maleh se bolvió a Oria,
mas muy poco le ha valido,
porque le vino de Lorca
un socorro muy luzido.
El Maleh se ha retirado
y al Reyecillo le ha escrito
lo que le passa en Cantoria
y lo poco que ha podido.
El Reyecillo le manda
que con campo más cumpliao
rebuelva sobre Cantoria
y cumpla lo prometido.
Mucho tiempo no passó
que Cantoria no se vido
del Maleh otra vez cercada
con poder engrandecido.
Mas Cantoria dase luego,
pues socorro no ha tenido.

Fin.

CAPÍTULO SEXTO, EN QUE SE PONE UN RECUENTRO que el Marqués de Vélez tuvo con los Moros de Guézija, y lo que más passó.

Ya diximos cómo el valeroso Fajardo, Marqués de Vélez, con su campo llegó al río de Almeria y tocó en un lugar llamado Santa Cruz, muy cerca de un lugar llamdo Guécija, rico de todas cosas. El Marqués se detuvo en Santa Cruz un día y una noche, sólo por tomar lengua de lo que passaba por aquella tierra, y en este tiempo algunos soldados, con la codicia de robar, salieron sin orden a buscar los lugares y robaron algunos dellos y tomaron muchas Moras, y esto no lo pudieron ellos hazer tan secreto que el Marqués no lo supiesse, y assí les tomó las Moras y lo demás que avían robado, y las Moras las mandó el Marqués llevar con escolta a la fuerça de Cantoria para que allí las guardassen como atrás avemos dicho. Y sabiendo el Marqués que en Guécija avía aguardándole más de diez mil Moros, mandó que el campo moviesse para Guécija. Los Moros estavan en lo alto, y como viessen que los Christianos començavan á subir, moviendo grande alarido començaron a dar en ellos. Este día llevavan las banderas de Lorca la vanguardia y con mucho valor se travaron con los Moros en cruda batalla. Los Moros eran muchos y no muy mal armados, defendían la subida de aquellos olivares valerosamente y tanto que las vanderas de Lorca subían con grande trabajo. La cavallería no podía subir, porque los Moros tenían atajados todos los caminos y passos que subían al lugar con muchas varradas y faginas hechas de ramas de olivo y de otros árboles, y sin esto avían soltado una grande azequia de agua por toda aquella huerta, de forma que cavallos y peones andavan con esto muy embaraçados y no podían hazer a su voluntad. Los Moros como sabían los passos y veredas andavan más sueltos, tirando grande cantidad de piedras con hondas, otros muy crueles saetadas y otros con arcabuzes, aunque destas armas no tenían muchas, y siempre llovían Moros por todas partes, de tal suerte que hazían gran resistencia. Lo qual visto por el Marqués mandó que saliesen las vanderas de Caravaca y Zehejín, que yvan de batalla. Luego esta gente movió á toda priesa por el mando de su General,

llevando gran ruydo de arcabuzería. Mas los Moros eran más de diez mil y todos con deseo de pelear, hazían gran resistencia y parecía que el diablo les ayudava, que por mucha arcabuzería que andava no cayan ningunos muertos. Desta manera yvan los Christianos ganando la cuesta poco a poco y los Moros retirándose y peleando maravillosamente. Era tanta lo humareda de la pólvora que casi no se veyan los unos a los otros, especialmente en aquella huerta. Visto por el Marqués que la batalla andava confusa y que se dilatava la subida, recelando que el Reyecillo no acudiera con más de quinze mil hombres que tenía, mandó que se diese el Santiago, y dado luego, Lorca y Totana y Alhama y las demás vanderas, dando un grande apellido diziendo Santiago, començaron á subir por los olivares, cada uno por donde mejor podía, y muchos soldados dieron en dar paso por los caminos, deshaziendo las trincheras que los Moros avían hecho, de suerte que los cavallos pudieron subir lo alto del olivar. Los Moros, como vieron que todo el tropel del campo del Marqués apellidava Santiago, se retiraron al lugar peleando como valientes; mas las vanderas de Lorca les davan tanta priesa, que no les dieron lugar que allí pudiesen parar ni hazer resistencia. Lo qual visto por los Moros que no podían defender las mugeres ni el lugar, passaron adelante la buelta de la sierra, que estava cerca. En este tiempo las vanderas de Caracava llegaron con tanta presteça y fuerça que los Moros començaron de huyr. Los cavallos los seguían, matando y hiriendo muchos dellos; más los moros llegados a la sierra, la cavallería no pudo hazer más alcance, mas la infantería, ya rebuelta la una con la otra, no dejaron de seguir los Moros, matando y hiriendo en ellos; los Moros en la sierra peleavan como leones. Duró esta batalla hasta ya bien tarde, que mandó el Marqués tocar a recoger, assí a la cavallería como a la infantería; luego los militares guerreros fueron recogidos cada uno a su vandera; el lugar fué saqueado, aunque el Marqués avía mandado que no se saquease. Allí fué tomada gran presa de Moras y de muchachos y otras cosas de que Don Juan Fajardo, hermano del Marqués, que yva por Maese de Campo, llenó muy bien las manos quitándoles á los soldados lo que con tanto peligro avían ganado. Avíase dicho antes que las Moras y presa que se tomasse se avía de repartir entre la gente de guerra. Mas al Marqués no lo hizo assí, porque luego mandó juntar todas las Moras y muchachos y los mandó llevar con escolta a los Vélez y a la villa de Mula y a Cantoria para que los guardassen, sin darles nada a los soldados de su exército, lo qual causó en ellos tanta cólera y enojo que todos juraron que de allí adelante no avían de dexar Moro,

ni Mora, ni muchacho, ni niño a vida, que todo lo avian de llevar a fuegó y a sangre, y assí lo cumplieron, como adelante diremos. Los Moros, muy lastimados por no aver podido defender a Guécija siendo retirados a la sierra, dieron orden de juntarse en Felix, que estava cerca de la mar, y allí avía gente junta de quatro o cinco lugares, a donde avía muchas Moras y muchos niños y muchos Moros, y allí juntos todos determinaron de aguardar al Marqués y darle la batalla. Mas ¿qué les vale a los miserables, que no tienen armas, y el Marqués ya tenía en su campo siete mil hombres de pelea y todos tiradores, y todos muy bien armados, y cada día entravan en su real gente de socorro! En este tiempo Don García, General de Almería, sabiendo que el Marqués de Vélez avía dado batalla a los Moros de Guécija y que avía tomado de allí gran pressa, determinó de yr a Felix a dar batalla a toda la morisma que allí estava junta, y assí, dexando buena guarda en Almería, salió della con obra de quinientos hombres muy bien armados, con alguna gente de cavallo, llevando con él un Capitán llamado Villaroel, hombre valeroso y buen soldado. Mas como llegaron á Felix, dieron orden de darle a los Moros la batalla; mas los Moros no lo teniendo en nada le salieron al encuentro, a donde fué començada la escaramuza muy rezia; mas Don García, reconociendo que los Moros eran muchos y que no podía ganar nada con ellos, mandó tocar a recoger, assí caxas como trompetas, lo qual luego fué hecho, y dexando a los Moros se partió de Felix con buena orden la buelta de Guécija para verse con el Marqués y darle cuenta de la morisma que estava en Félix junta. Los Moros de Felix, como vieron que los de Almería se retiravan y tomavan la buelta de Guécija, no los quisieron seguir, recelando alguna emboscada, y assí se estuvieron quedos aguardando que el campo del Marqués llegasse, el qual se estava quedo en Guécija, a donde cada día le entrava mucha gente de socorro bien armada. Algunos días estuvo allí el Marqués aguardando cierta orden de Su Magestad; entre tanto, la gente de su campo salía y hazía grandes corredurías en los lugares del río, de lo qual no gustava mucho el Marqués, y assí mandó hechar vando que ningún soldado del Real saliese, so pena de la vida; mas muchos huvo que salieron a los lugares y no bolvieron, porque los Moros los matavan, y otros que cargavan de lo que hallavan y se bolvían á Lorca, passando mucho peligro de salirse assí del Real por tierra de enemigos. Lo qual sabido por el Marqués dio aviso á la justicia de Lorca y Murcia, haciéndoles saber lo que passava, que los soldados que se fuesen que fuesen castigados y les mandase bolver al campo, y assí la justicia tenía gran

cuydado desto, y assí desta suerte muchos temían dexar las vanderas y estavan en el Real, el qual ya tendría ocho mil hombres no mal armados. Á esta sazón el negro Capitán Farax con cien Monfis hazía en la tierra de Lorca gran daño, matando y cautivando mucha gente por los campos y caminos, y después que Cantoria fué por el Maleh tomada, con más seguridad entrava en tierra de Christianos y hazía mucho mal, de suerte que por las cosas que hazía era muy nombrado y temido, de suerte que desde Vera no se podía yr a Lorca sin escolta, y aquel camino era muy necessario, assí para Vera como para los otros lugares; y este Farax tenía su presidio en Curgena, más abaxo de Cantoria, casi junto al río de las Cuevas; y este negro Capitán, valeroso y atrevido, tenía allí su presidio por estar más cerca de tierra de Christianos y con presteza hacerles todo el mal que pudiese; y assí un día muy atrevidamente entró en el campo de Lorca y lo corrió por aquella parte de la rambla Nogalte, a do se llama el Esparragal, y por allí hizo presa en unos pastores y se llevó mucho ganado, y quando el Moro negro hizo este salto serían las nueve horas de la noche, y un pastor mozo, ligero corredor, natural de Lorca, a toda priesa llegó a Lorca en hora y media, aviendo corrido tres leguas; dio el revato a las once; los de Lorca, aviendo tocado arma se juntaron obra de treynta cavallos y sesenta peones bien armados y corrieron lo que restava de la noche, y al romper del alva descubrieron los Moros que llevavan la presa, y no parando el correr los fueron alcançar en los olivares de Overa, y allí, a lançadas y arcabuzazos les quitaron la presa. Los Moros huyeron y no pararon hasta Curgena, que era su presidio. Los de Lorca no osaron passar más adelante por no entrar en tierra de enemigos, donde podían correr gran peligro. Este día mataron los de Lorca dos Christianos baqueros o pastores a lançadas, pensando que eran Moros: el uno se llamava Juan del Pozo y el otro no se me acuerda de su nombre. Salieron a correr este revato Martín de León Regidor y Luys Ponçe de Guevara, Martín de Lorita, Alférez mayor de Lorca; Adrián Leones de Guevara y otros muchos hidalgos de Lorca, hombres de grande valor. Nunca jamás se a visto revato corrido con tanta diligencia ni que tan buen efecto tuviese como éste que avemos contado.

El negro Capitán Farax, enojado y corrido porque los de Lorca le avían quitado la presa y maltratado su gente, tornó a juntar su compañía, y con osadía diabólica salió de Curgena, su presidio, y travessando el campo de Guércal, llegó al puerto de Lorca, a donde avía unas heras llenas de mies de trigo y cebada, a donde avía parvas trilladas y por trillar, a todo lo qual puso cruel fuego el malvado y ratero

Capitán. Allí fueron quemados algunos hombres que dormían en las parvas. Luego se partió de allí el negro Farax con su gente, y tomando por una rambla abajo, que se dize Guazamara, llegó a la fuente de Pulpi, y allí estuvo algunos días aguardando alguna gente que passase de Vera para Lorca, y no tardó mucho que no passó una escolta que venía de Vera y de otros lugares de Moros de robar y de hurtar lo que otros avían dexado, y los que venían en la escolta venían muy descuydados, sin pensar ningún peligro que venir les pudiesse, entendiendo que todos los Moros andavan en las Alpujarras en las guerras ocupados, y assí llevavan las armas puestas sobre los vagajes con mucho descuydo, y assí como llegaron a la fuente del Pulpi, en aquellos espesos lentiscos el malvado Farax les salió al encuentro él y su escuadrón y començaron a matar Christianos con grande grita. Los Christianos, que serían obra de sesenta o pocos más, quisieron tomar armas para defenderse y ofender a sus enemigos; mas los enemigos no les dieron esse lugar, antes apretaron contra la mal apercebida escolta, de tal suerte que mataron muchos y otros desamparando el vagaje se pusieron en huyda, los unos la buelta de Vera, los otros la buelta de Lorca; allí mataron los Moros un frayle moçico de Nuestra Señora de la Merced, llamado Fray Juan Tiruel, cuya muerte fué muy llorada en Lorca por ser de allí natural. Este fraylecico venía de Vera de comprar algunas cosas para su convento, assí como eran pasas, higos, almendras, que los soldados de Vera vendían de aquello que en los lugares de los Moros levantados hallavan, que avía hombres que hasta los gatos se trayan, calderas, cedaços, artesas, haspas, devanaderas, cencerros, hasadores y otras vagezas semajantes, y esto por no perder el uso de hurtar. Y no digo aquí qué gente lo hazía señaladamente, que todos en común eran ladrones y yo el primero. Y assí estas desordenadas codicias causaron grandes muertes de Christianos como diremos adelante. Pues aviendo el negro Capitán hecho este daño se retiró la rambla de Guaçamara arriva a toda priesa, y esto porque vido venir cierta gente de cavallo, pensando que era mucha, que a no venir esta gente, el negro Capitán se llevara todos los bagajes con todo lo que trayan. Los de cavallo serían hasta seys y eran de Vera escuderos, que, como allí llegaron y viesen el estroço que avía de hombres muertos y al pobre frayle, se retiraron, a fuera del camino y començaron a dar vozes, muchos de los que venían con la escolta, que andavan huyendo por aquellos atochares, como vieron gente de cavallo fueron a ellos tomando ánimo, y assí se juntaron obra de treynta hombres, los quales juntaron todos los bagajes y se fueron a Lorca

dando aviso de lo que avía passado; luego de Lorca salió mucha gente para traer los muertos, y assí truxeron al frayle Tiruel, que de toda Lorca fué llorado como avemos dicho. Esto hizo Farax, Capitán negro más valiente; mas no se elavó de aquesta, porque en esta misma parte fué desvaratado y muerto él y más de sesenta de los suyos, como diremos adelante, por la gente de Vera y Lorca. Conviene, pues, aora bolver al Marqués de Mondéjar, que lo dexamos en la puente rota de Tablete a él y a todo su campo, y por lo que avemos dicho en pasado capítulo, se dixo el romance que se sigue:

ROMANCE QUE TRATA LA BATALLA QUE TUVO EL MARQUÉS DE VÉLEZ CON LOS MOROS DE GUÉCIJA, Y LO QUE HIZO EL CAPITÁN FARAX

El de las verdes ortigas
en campo de oro estampadas,
sus vanderas ya tendidas,
ordenadas sus esquadras,
A los de Guécija Moros
darles quiere la batalla;
la noble gente de Lorca
le cupo yr en vanguardia,
De batalla Zehegín,
con él los de Caravaca;
de retaguarda va el fuerte
con los de Alhama y Totana
Y mucha cavallería
de valor aventajada,
porque esté seguro el campo
con tan firme retaguardia,
Porque el Marqués se recela
de alguna mora envoscada.
Las trompetas suenan luego
y los pífanos y caxas,
Los de Lorca van subiendo
una cuesta muy poblada
de unos grandes olivares
donde están mil alboradas
Hechas de tierra y fagina
de muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hizieron
los Moros fortificadas
por que la cavallería
no les pueda hacer nada.
También impiden los pasos
llenando la huerta de agua;

mas la gente es velicosa,
luego travan la batalla
muy rebuelta y muy reñida
la mora y christiana esquadra.
Los Moros hazen defensa
con braveça no pensada,
mas con todo los de Lorca
les van ganando la entrada,
Aunque no con demasia
por la defensa doblada
que alli ponian los Moros
defendiendo bien su plaça.
Lo qual mirando el Marqués
en el punto luego manda
que salgan con gran presteça
las vanderas de batalla,
que eran las de Zehejín
y con ellas Caracava.
El asalto se renueva,
Christianos van de ventaja,
los Moros suben arriba
a donde Guécija estava;
Por defender el lugar
bravamente peleavan.
El Marqués manda de presto
que salga la retaguarda
y apelliden Santiago
y arremetan con pujança.
La retaguarda salió
y el Marqués en su compaña,
los Christianos ya van juntos,
sus vanderas van mezcladas.
A los Moros les convino
retirarse de la plaça
y bolver hazia la tierra
que halli de Gádor se llama.
Toda la cavallería
les sigue con furia brava,
muchos Moros alançean,
muchos passan por la espada.
Mas metidos en la sierra
ningún cavallo passava,
mas passavan los infantes
sin tener estorvo en nada.
Con esto la tarde vino,
que ya el Sol no se mostrava,
que toquen a recoger
el fuerte Marqués mandava.

Al punto la caxa tocan,
suena al punto la vastarda,
la señal del recoger
qualquier soldado la guarda.
A sus vanderas se buelven,
que ya estavan alojadas,
el lugar se ha saqueado,
gánase gran cavalgada
De muchas siellas moriscas,
ropas de seda labradas,
muchos oros, mucha aljófar,
muchas perlas estimadas.
Las Moras tomó el Marqués,
a nadie no le dió nada,
el campo todo se enoja
porque aquella cavalgada
no la repartió el Marqués
como estava publicada.
Todos los soldados juran
en la cruz de las espadas
de no dexar cosa viva
en otra qualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
negro Capitán de fama,
con muy gallarda osadía
hizo dos grandes entradas
En essos campos de Lorca
con las quales cobró fama.
A Tablate nos bolvamos
a do el de Tendilla aguarda.

Fin.

CAPÍTULO SÉPTIMO, EN QUE SE PONE UNA PELIgrosa batalla que el Marqués de Mondéjar tuvo con los Moros en las Guaxaras, y la muerte del valeroso Don Luys Ponçe de León.

Ya avemos dicho en los passados capítulos cómo el Marqués de Mondéjar con su campo lucido y gallardo fué en seguimiento de los Moros hasta llegar al puente de Tablate, el qual halló roto y hundido, que los Moros lo avían hundido porque los Christianos no les siguiessen. Este puente de Tablate era un passo forçoso para passar a las

Alpujarras, puesto en una grande angostura de una rambla cuya hondura era muy espantable, y por no rodear una gran parte de tierra avían hecho allí aquella puente los moradores de las Alpujarras. El buen Marqués, como viesse el passo impedido, mandó que a toda diligencia fuesse reparado, y al punto la gente del campo dio orden de lo hazer assí, y aviendo hecho un pedaço que ya se podía passar, aunque con grande trabajo, queriendo passar no lo pudieron hazer, porque llegó el Reyecillo con más de seys mil hombres bien aderezados, y entre ellos los Turcos de Argel, y con ímpetu terrible baxaron al hondo de la puente y con grande braveça comiençan a dar en los Christianos esquadrones defendiéndoles el estrecho y forçoso paso de forma que los Christianos por ganarlo y los Moros por defenderlo travaron una cruda batalla de arcabuzería. De suerte que de una parte y de otra començaron a caer muchos soldados muertos. Movióse tanto rumor y bozería al son de trompetas y atambores que los ecos resonavan por las cavernosas y altas sierras de tal suerte que parecía que por aquellas partes se rompía alguna cruel batalla. A esta sazón el Marqués de Mondéjar le fué puesto un fuerte peto con recelo que alguna vala no diese fin a su vida, y que no tardó mucho que no llegó una vala con grande furia y le dió al Marqués de tal suerte que el peto fué abollado y a no ser tan fino allí acavara el buen Marqués. Parece que fué inspiración divina ponerse aquella fuerte armadura. El Reyecillo andava muy gallardo dando vozes a sus gentes, diciendo: «¡Ea, leones de España, que tales soys, sin falta ninguna pelead oy como varones y advertid que la canalla christiana es débil y flaca y no usada a la guerra, y no sabe qué cosa es frío ni calor, ni vestir armas, ni exercerlas! Por tanto, no los tengáys en nada, hazed gran defensa, que no se tardará mucho que no les vays a buscar a Granada y aun por toda la Andalucía.» Con estas palabras los Moros animados pelearon como leones defendiendo valerosamente aquel paso de la estrecha puente. El Marqués, por otra parte, no andava holgando, sino travesando de una parte a otra animando sus esquadrones, diziendo que se acordasen del valor de sus passados, cómo ya otras vezes avían con mucho valor conquistado aquellas Alpujarras, que no fuessen ellos menos que sus passados, que procurasen de ganar aquel honroso paso, que ganado aquel puente diesen por ganadas las Alpujarras todas. Con esto que el Marqués dezía puso tanto ánimo en los pechos de los valerosos Capitanes, que determinadamente se pusieron a la muerte por pasar el puente, y assí Don Luys Ponce de León, y Don Juan de Villaroel, y quatro valerosos Capitanes de Córdova: Don

Diego de Argote, Don Pedro Acevedo, Don Cosme de Armenta, Don Francisco de Simancas, con algunos otros Capitanes, todos de tropel se abalançaron por el puente con mucho riesgo de perder las vidas o de caer del mal fortificado puente en una gran hondura o de morir a escopetazos; mas confiados en Dios y en su vendita Madre y en el valor de sus ánimos se metieron en el puente, y otros muchos con ellos, y hizieron tanto por fuerça de armas que al fin lo passaron de la otra parte, queriendo Dios que la multitud de las valas no les dañasen. Aquí fué la mayor presa del mundo: los Moros, por defender que más no pasassen, con codicia de matar a los pocos que avían passado, acudieron muchos a la boca de la puente; los Christianos, por passar, se travaron de forma que ya no curavan de las armas de fuego, sino de las espadas y gorguzes y alfanjes. Mas el valor castellano hizo tanto y pudo tanto que passaron, a pesar de las moras vanderas, una gran tropa de soldados, los quales dieron lugar que todo el campo fuesse passando. Lo qual visto, el señor de Valor mandó hazer señal a retirar, y assí todo el morisco esquadrón, peleando animosamente, se fué retirando a lo más alto de la sierra. Y como a esta sazón viniesse la noche muy cerrada, el Marqués mandó que su campo fuesse recogido y que ningún soldado se desmandasse, so pena de la vida. Fué aconsejado el Marqués que, aunque de noche, saliesse de aquellas honduras, porque estava el campo allí a mucho peligro, porque los Moros les podrían hazer notable daño, y assí el Marqués, aunque tarde, mandó marchar al campo para un lugar que se dize Dúrcal, para poder alojarse allí hasta otro día, y llegando de Dúrcal muy cerca vieron que una gran tropa de Moros entravan en el lugar. Y assí muchos Christianos con desseo de acabar con aquella vil canalla fueron al lugar a toda priessa y començaron a pelear bravamente con los Moros y los Moros con ellos, y como acudían muchos Christianos a la pelea y era de noche Christianos con Christianos se matavan. El Marqués y los demás Capitanes mandaron que no passasen más adelante, recelando aquel grave daño. Mas no pudo ser remediado, porque quando los Christianos se vinieron a reconocer por el apellido que se dava de España, España; Santiago, Santiago; ya se avían muerto quatrocientos Christianos unos a otros y algunos que mataron los Moros. Y éstos se hallaron otro día muertos y con más de quinientos moriscos hechos pedaços, y de todos ellos no se hallaron las armas, porque los demás Moros se las llevaron. El Marqués muy confuso y enojado de tal acontecimiento mandó que se siguiesse el enemigo, y queriéndolo hazer halló que de su real se le avían ydo muchos solda-

dos, y enojado desto les dio de palabra un cruel castigo, llamándoles a los que quedavan de cobardes y pues que eran tan gallinas que dexassen las armas y se fuessen a sus tierras, que él solo bastava para la guerra. Con estas afrentosas palabras se sossegaron los soldados y siguieron sus vanderas. Luego el campo partió de allí en busca de Abenhumeya, el qual se fué a Lanjarón lleno de mucho pessar porque los Christianos passaron el puente de Tablate ganado por fuerça de armas. Allí se rehizo de mucha gente venida de la buelta de Almuñécar y de Carriles de Azeytuno. Y el Reyecillo mandó a Zarrea y a Gironcillo, valerosos Capitanes, que con diez mil soldados guardasen las Guajaras y las fortaleciesen y allía guardasen el campo de los Christianos, y que diesen en ellos fortíssimamente; Zarrea y Gironcillo hizieron el mandado de su Rey y allí, en las Guajaras, pusieron mucha gente bien armada, con ánimo de guardar aquel presidio del Marqués de Mondéjar que no le ganase. El Marqués, teniendo noticia de aquella morisma allí ayuntada en un lugar tan fuerte como eran las Guajaras, mandó que el campo fuesse sobre aquel fortalecido lugar, pues siendo el campo allegado, puesto y fortalecido acordó el Marqués que otra día se diese la batalla, y venido luego el campo, puesto en arma, començó la batalla con grande trabaxo, respeto que la tierra era agra y no se podía arremeter sin grandíssimo trabaxo, y assí los Christianos començaron de subir por todas partes mostrando grande ánimo y fortaleza; mas los Moros, visto que las christianas vanderas subían la trabajosa cuesta, en un punto començaron a desgalgar grandes peñascos, a modo de ruedas de molino y de otras suertes, las quales peñas descendían con tal braveça por aquellas cuestas abaxo que parecía traerse el mundo tras de sí con tanto ruydo y estruendo que atronavan todos aquellos valles y sierras, haziendo muy notable daño en los Christianos, que no avía peña que no se llevase de camino dozientos Christianos hechos pedaços, que era la mayor compasión del mundo ver tanta crueldad y mortandad sin poder le poner remedio, y sin las peñas baxavan grande cantidad de valas, flechas y otras piedras menudas tiradas con hondas que no menos daño hazían en los Christianos que las desgalgadas peñas. El buen Capitán Don Luys Ponze de León y Don Juan de Villaroel, gran soldado viejo, y Don Francisco de Simancas, con grande ánimo subían la cuesta arriba animando como valerosos Capitanes sus soldados. Los Moros, viendo que aquellos Capitanes y sus vanderas tanto se acercavan a las murallas, aposta desgalgaron grande cantidad de peñas por aquella derecera donde subían los Capitanes ya nombrados y sus van-

deras; las quales peñas salieron, como eran grandes, con tanta velocidad, que los soldados que subían no se podían apartar dellas por ser la cuesta áspera y mala de poder andar por ella, y assí las peñas mataron grande cantidad de la soldadesca christiana. Una grande peña vino con terrible ímpetu derecha a Don Luys Ponze de León, el qual, aunque la vido venir no fué parte, según la velocidad con que baxava, para se poder apartar della, y assí el valeroso Capitán fué hecho dozientos pedaços y llevado de la peña volando aquellas cuestas abaxo. Eso mismo le sucedió al buen Don Juan de Villaroel y a Don Francisco de Simancas, moço gentil y gallardo. Mas no bastante el demasiado defenderse de los Moros con aquellos peñascos y otras armas crueles que tiravan. Fué de tanto valor el ánimo de los Christianos, que a pessar del vando moro y su cruda defensa que llegaron a lo alto de las peñas que estavan pegadas a las murallas. Y estos fueron quatro Capitanes de Córdova que avemos ya nombrado, los quales puestos debaxo del solapo de unas cavernosas peñas se guarecían que no podían ser ofendidos. Con esto llegó la noche escura y lluviosa, en la qual no faltó mucha agua nieve, y assí paró el combate deste día, passando la gente mucho trabajo por el mal temporal. Aquesta tempestuosa noche los Moros acordaron por consejo de un Moro muy viejo llamado Haladino que se sacasse del lugar toda la riqueza que avía y que alguna gente se saliesse por la parte que no estava el lugar cercado para que aquella riqueza se escapase de las manos de los Christianos. Sobre esto se tuvieron grandes pareceres; mas el Capitán Zarrea dixo que era aquello bien acordado, y assí fué luego hecho. Esta noche entre las mujeres y niños se hizo un grande llanto y sentimiento, mas no de suerte que los Christianos lo sintiessen. Los Moros mançevos que sacaron la riqueza de las Guajaras, aviéndose descolgado por unos grandes riscos de una ladera, començaron de marchar la buelta de Andarax, mas no lo pudieron hazer tan secreto que no fueron de los Christianos sentidos, los quales, aunque de noche escura y nevando, fueron a ellos rodeando todo aquel mal sitio y acometiéndoles mataron dellos muchos y los demás escaparon huyendo. Los Christianos bueltos al real, no sin grande escándalo de todo el campo, pensando que el enemigo venía sobre ellos. Venida la mañana ya, los Capitanes de Córdova, que estavan junto a las murallas, se hallaron acompañados de muchos soldados de los suyos y de otras vanderas. Luego se començó el crudo assalto, tan sangriento como el del passado día; mas los Christianos, siendo ayudados de Dios y de sus buenos ánimos, entraron en el lugar llevando todo a fuego y a sangre, sin dexar persona a vida. Aquí

fué malamente herido un cavallero llamado Don Gerónymo de Padilla, gran soldado. El Capitán Zarrea y Gironcillo con la gente que pudieron se escaparon, dexando toda la demás gente muriendo a manos de Christianos. Aquí era gran compassión oyr las vozes y los gritos de las mujeres simples y de los niños sin culpa, los quales todos yvan passando por la furiosa espada y los niños rebatidos por las peñas. El Marqués, sintiendo semejante llanto y dolorosos gemidos y confussa gritería de los niños y mugeres, el ruydo de las armas, de compasión movido de semejantes crueldades mandó que parase el saco y daño que se hazía, y assí fué luego hecho, tomando a prisión muchas moriscas y muchas riquezas, aunque las mejores se avían llevado los Moros que de las Guajaras avían salido. Conviene, pues, aora que hablemos del gallardo Marqués de Vélez, que nos aguarda en Guécija, pues ya avemos contado la cruda batalla de los Guajares por la qual se hizo este romance que se sigue.

ROMANCE QUE TRATA CÓMO EL MARQUÉS DE MONDÉJAR

DIO LA BATALLA Á LOS MOROS DE LAS GUAJARAS

El buen Marqués de Mondéjar
de las Albuñuelas parte,
en busca del enemigo
llegó al puente de Tablate.
El puente halló rompido
que ya no puede passarse,
que los Moros le han rompido
por escusarse del marte
Que el buen Marqués les procura
con grande furia y coraje,
pues llegando allí el Marqués
mandó que el puente se obrase
Para que passase el campo
la rambla desotra parte;
el Reyecillo con gente
vino a estorvarle el pasaje.
La rambla estava profunda,
mal podía repararse
aquel puente tan antiguo
hecho por industria y arte.
Mas la gente del Marqués
del puente hizo una parte,
aunque angosta y quebradiza,
para que el campo marchase.

Defiende el Moro aquel paso,
nadie osava aventurarse
a passar por aquel puente
con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla,
cada qual quiere mostrarse
valiente en tal ocasión
y con valor emplearse.
El Moro al fin se retira
dejando libre el passage,
que fué ganado por armas
con esfuerço, maña y arte.
A Valor se fué el Morillo
con intento de vengarse.
Las Guajaras apercibe
con Moros de aquella parte,
Zarrea es el Capitán,
que es valiente como un Marte,
y con él va Gironcillo
que puede bien estimarse
ser un tirador gallardo
de escopeta en toda parte.
Y éste le tiró al Marqués
en el puente de Tablate,
si no fuera por el pelo
muriera sin escaparse.
El Marqués, con grande enojo,
allí no quiere tardarse,
a las Guajares camina
y a tendido su estandarte.
Allí les dió una batalla
que tal no la dio el gran Marte;
de ambas partes mueren muchos
por ofender y ampararse.
Allí murió Don Luys,
que Ponçe suele llamarse,
y Don Juan de Villaroel,
que bien podía estimarse
ser uno de los valientes
que allí podían hallarse.
Al fin las Guajaras toma
el de Mondéjar sin arte,
llevándola los soldados
a crudo fuego y a sangre.

Fin.

CAPÍTULO OCTAVO, EN QUE SE PONE UNA BATALLA que el Marqués de Vélez tuvo con los Moros de Felix, que fué la más cruda que se dio en todas las Alpujarras, con lo que más pasó.

Aviendo el Marqués de Mondéjar dado fin a aquella sangrienta batalla de las Guajaras, luego mandó que los muertos christianos se enterrasen, y buscando a Don Luys Ponze de León y a Don Juan de Villarroel, y a los demás cavalleros muertos en la batalla, los embió a Granada, a donde fueron honradamente sepultados y con toda aquella pompa y grandeza que a tales cavalleros convenía. Y en el sepulcro del buen cavallero Don Luys Ponze, encima de la tumba le fue puesto este epitafio en verso.

AL SEPULCRO DE DON LUYS PONÇE DE LEÓN.

EPITAFIO.

Aquí yaze Don Luys
Ponze de León llamado,
de valor tan illustrado
como lo fué, si sentís
el de Vibar afamado.

Matóle el sangriento Marte
de imbidia de su valor
abatiendo su estandarte,
y aunque muerto, vencedor
queda Ponze en qualquier parte.

Porque la fama real
satisfecha de la gloria
de su valor sin ygual,
haze al mundo ser notoria
su grandeza ya inmortal.

De la otra parte de la tumba avía otro papel, en el qual estava escrito este romance:

A LA MUERTE DOLOROSA DE DON LUYS PONÇE DE LEÓN,

VALEROSO CAPITÁN.

ROMANCE.

Al pie las Guajaras altas,
un pueblo en peñas armado,
herido está Don Luys
Ponçe de León llamado,
Que un peñasco le hiriera
desde lo alto arrojado;
subiendo yva la cuesta
como valiente soldado.
Quando el peñasco le hiere
con un furor no pensado;
provávase a levantar
con ánimo muy sobrado,
Mas en su sangre desvara,
que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte,
volvió los ojos al campo,
vido las rotas vanderas
y el campo desvaratado.
Vido la cavallería
que apenas queda cavallo;
miró por su gente illustre,
no vido ningún soldado;
con lágrimas de sus ojos
desta manera ha hablado:
«¿A dónde estás, buen Mendoça?
¿qués de tu campo formado?
¿qués de tu cavallería?
¿dónde está tanto soldado?
¿Dónde están los Capitanes
de Córdova tan nombrados?
¿dónde está mi esquadrón vello,
que de Sevilla he sacado?
¿A dónde está mi vandera,
labrada con tanto ornato?
¿a do mi gallardo Alférez
a quien la entregué en su mano?
¡A Diós, mi patria querida!
¡a Diós, claro Duque de Arcos,
de mi sangre decendiente,
mi pariente muy cercano!
¡Ya no espero de ver más
mi patria ni vuestro estado!

¡Ay, Virgen Santa María,
Madre del Crucificado!
Señora, valedme aora
en este terrible paso
y vos, mi dulce Jesus,
perdonadme mis pecados.
Por defender vuestra fe
soy puesto en aqueste estado,
no por codicia del oro
ni del despojo sobrado,
que harto me tengo yo
que vos, Señor, me avéys dado.
Diziendo aquestas razones,
la dura parca a cortado
el hilo dulce a la vida
de un varón tan señalado.

Fin.

Encima del doloroso sepulcro estava colgada su hermosa vandera, toda labrada de coronas de oro y en medio el león rapante, clara divisa de su honrado y noble blasón, y a la otra parte estavan todas sus luzidas armas, las quales eran todas listadas con fino oro, y su fuerte y azerada rodela toda abollada y casi hecha pedaços, y las armas por lo semejante, de los crudos golpes de las peñas que en ellas avían dado. Junto de este honrado sepulcro estava el de el valeroso Don Juan de Villaroel, varón de grande estima, gran soldado viejo, que en todas las ocasiones que el valoroso Emperador Carlos Quinto tuvo, siempre se halló con mucho valor con sus armas. Estava encima de la tumba deste noble cavallero puesto este epitafio:

EPITAFIO A LA MUERTE Y SEPULCRO DE DON JUAN DE VILLAROEL, VALEROSO CAPITÁN.

Don Juan de Villaroel
yaze aquí, a quien ventura
le subió en tan grande altura
quanto se mostró cruel
después su gran desventura.

Duras peñas le mataron,
no soldados de valor,
mas no por esso su honor
los que escriven se olvidaron
dándole digno favor.

La fama de su memoria
para siempre es inmortal,
por ser cavallero tal
que merece gran historia
su valor tan principal.

Assí ni más ni menos estava encima deste honrado sepulcro puesta una hermosa vandera de velíssimos colores, y junto della las hermosas y fuertes armas de Don Juan de Villaroel. Una cosa sé dezir: que la muerte de tales dos valerosos cavalleros fué muy llorada en muchas partes, y más en Sevilla y Arcos por el buen Don Luys Ponçe de León, que era gentil y gallardo y sobre todo valiente. No huvo dama de valor en Sevilla que no se pusiesse por algunos días luto, y assí mismo muchos cavalleros deudos suyos y amigos suyos. Pues dexando esto aparte, tornando al Marqués de Mondéjar, assí como acavó de tomar las Guajaras y sacado della gran presa, luego fué tras del enemigo por le alcançar antes que se fortificasse, y assí le siguió hasta llegar a Lanjarón, a donde el de Valor dexó mucha gente para su guarda y se passó a Andárax. Los Moros que escaparon de las Guajaras se fueron a Paterna, un lugar fuerte, entendiendo hazer allí gran defensa a los Christianos. El Marqués llegando a Lanjarón tuvo con los Moros un bravo recuentro, a donde murieron muchos dellos, y huyendo se fueron a Jubiles, y allí les siguió el Marqués y les dió cruda batalla, a donde el Marqués ayna fuera desvaratado por codicia de sus soldados, que andavan desmandados. Mas al fin los Moros, vencidos, se fueron huyendo á la sierra, y el Marqués, entendiendo que se avían retirado a Oguíjar, fué hallá y no halló Moro ninguno, sino el lugar todo saqueado. De allí se tornó el Marqués a un lugar llamado Paterna, a donde halló gran copia de Moros, los quales se pusieron en gran defensa, y el Marqués determinó darles la batalla, la qual diremos después de aver dado el Marqués de Vélez la de Felix, que fué sangrienta en sumo grado. Pues ya diximos cómo el valeroso Faxardo dió la batalla en Guécija y desvaratados los Moros, fué el lugar saqueado y las Moras que en él avía llevadas a las tierras del Marqués porque seguras estuviessen. Lo qual causó en todo su campo un grande enojo y todos los soldados juraron de no dexar de allí adelante cosa viva que a las manos les viniese, atento que el Marqués no les avía dado parte de la cavalgada, porque avían visto allí en Guécija las grandes crueldades que los Moros hizieron en aquel rico convento que ya os avemos dicho, que era de la orden del glorioso Doctor San Agustín, cuyos pobres frayles fueron

todos degollados y hechados en una balsa de azeyte y el convento quemado y asolado, los altares y santos hechos pedaços. Por éstas y otras crueldades que avemos dicho estavan los Christianos determinados de no dejar Moro ni Mora a vida, y después desto el enojo que tomaron con el Marqués por no averles dado parte de la presa ganada. Pues estando en esto vino nueva al fuerte Adelantado cómo en Felix se avían juntado muchas esquadras moriscas y no mal armadas y que aguardavan al Marqués para le dar la batalla. Lo qual entendido por el gallardo Marqués, al punto mandó que se levantase el campo una tarde bien tarde la buelta de Félix, y esto lo hizo él porque los espías que estavan en las sierras a vista del campo no viesen a donde el campo marchava; y assí el campo marchando ya que se quería poner el sol, encontró con Don García, Capitán de Almería, que venía de Felix y no avía osado acometer a tanta morisca como allí estava junta; y como llegó Don García, al Marqués le dio cuenta de lo que le avía sucedido con los Moros de Felix, y pasando adelante el campo fué hazer noche a un campo llano a donde estava un algive lleno de agua, y allí junto hallaron un Moro muerto y de algunos conocido ser Alguazil de aquellos lugares. Pues alojado allí el campo, era cosa de ver las lumbres, que parecían que eran infinitas; mas no tardó mucho que sobre vino una tempestad de un agua viento tan recio que no dexó lumbre que no la matase, y el temporal crudo fué tan recio que todo el campo pasó muy grande trabaxo aquella noche, especialmente los soldados, que no tenían sino los arcabuzes para cobijarse. La mañana venida, muy luziente y hermosa, luego mandó el Marqués que les diesen munición de pólvora a los soldados, vastante para escaramuçear seys horas y que les sobrase. Luego se puso el campo en orden muy gallardamente. Este día era víspera del glorioso San Sebastián, cuyo nombre tomó todo el campo para hazer el efecto que se yva a hazer. Parecía el campo tan bien como dava el sol en las armas, que era cosa de maravilla. Llevava Lorca la vanguardia, Caravaca la batalla y Totana y Zehegín y los demás lugares de retaguardia. Yva el campo muy bien puesto y concertado. Llevava este día el pendón del Marqués Álvaro de Moya, un hidalgo de Caravaca, por razón que su Alférez, Don Rodrigo de Venavides, estava indispuesto. Este Venavides era cavallero muy cercano, deudo del señor de Xavalquinto, junto de Linares. El pendón del Marqués era de damasco rojo; los flecos eran de oro y plata, y era gallardete de dos puntas; antes era grande que pequeño. Por las orlas, unas letras blancas, de plata, que eran unas emes latinas enlaçadas con

unas oes también blancas, de plata. Las dos letras muy conformes, y en medio de las dos partes llevava unos penachos blancos, que todo quería dezir memoria de mis penas. Por cierto una galana cifra y escura. Y esta cifra usó el Marqués después de la muerte de su muger Doña Leonor de Córdova y Silva, hija del Conde de Cabra, a quien el Marqués amó en tan alto grado que jamás se quiso tornar a casar. Por cierto como varón discretíssimo y cuerdo. Pues marchando el campo como digo, llegó ya muy cerca de Felix y el Marqués mandó que el campo tomasse un cerro alto porque los Moros no lo ocupassen para su defensa. Desde este cerro se descubría muy bien el lugar de Felix y casi toda la costa de Almería y llano de Dalías. El Marqués, visto el lugar y la disposición de su arremetida, mandó que el campo baxasse del cerro y lo rodeasse y baxasse a lo llano a do estava el pueblo sentado. El campo lo hizo assí con mucha brevedad, y la vanguardia, como se vido abajo y vido un gran batallón de Moros que estavan aguardando allí junto del lugar para dar batalla. Alargó el passo más de lo que se devía alargar para tal ocasión, y acaso en las primeras quatro hileras yva un soldado llamado Francisco Sánchez, hermano del clérigo Miguel Sánchez que allí las Moras martirizaron con las navajas, como digimos al principio. Este Francisco Sánchez llevava allí con él más de veynte primos, hermanos y deudos, y como se acordase cómo los Moros y Moras de aquel lugar hizieron allí pedaços a su hermano, lleno de grande dolor dixo a sus deudos: «Aora es tiempo que estos perros nos paguen la muerte de mi querido hermano, pues con tanta crueldad lo hizieron pedaços.» Y diziendo esto encaró el arcabuz al esquadrón morisco y lo disparó luego. Los demás deudos hizieron lo mismo, y saliendo sin orden de las hileras arremetieron con desseo de la vengança, diziendo: «¡Santiago, y a ellos!». Visto esto, toda la demás gente de la vanguardia, entendiendo que era con orden de su General, sin aguardar a más arremetieron a las moriscas vanderas apellidando Santiago. Los Moros no pudieron dar más de una carga por la gran presteça que el esquadrón Christiano llevava, y visto el gran poderío que sobre ellos yva, no curaron de aguardar más en aquel paso, antes retirarse a toda priesa. Tomaron un cerrillo que estava junto del lugar, en el qual avía una pequeña torre y allí pensaron hazer resistencia. El Marqués, que vido que la vanguardia sin su orden avía arremetido y dado Santiago, lleno de mortal yra bramava como un león por tal desconcierto, y dando grandes bozes, con grande furia picó a Vayarte de tal suerte que un rayo parecía por do passava, haziendo temblar la tierra; pasó a la van-

guardia con intento de alcançar a los Capitanes della, mas andava ya la gente tan rebuelta la una conl a otra que no pudo executar su saña, porque el ruido era tan grande, assí de la gritería como el son de las trompetas y caxas, que parecía que se hundían los cielos y que se cayan las más altas y empinadas sierras. Visto el Marqués que la visoña gente andava tan rebuelta y sin orden y que no podía remediar tan visoño yerro, acòrdó de seguir el vando moro, y assí, por la parte de los Moros en mayor cantidad yvan huyendo la buelta de la mar, por aquella guió su cavallo y muy presto fué con ellos, y allí començó a desfogar su ardiente cólera matando y alançeando muchos Moros. La demás cavallería, visto que el Marqués passava adelante tras de los Moros y que hazía maravillas por su persona, a toda priesa le siguió matando y hiriendo quantos podían. Los Moros, amedrantados los más de la furia de los cavallos, se partieron en tres partes: Los unos tomaron la buelta de la mar, y éstos todos acavaron a manos de la cavallería y alguna infantería que los seguía. Los otros tomaron por unas ramblas abaxo la buelta de la sierra, y éstos se escaparon, que eran muchos. La otra parte tomó el cerrillo que avemos dicho y allí començaron a pelear como valientes, y entre ellos avía muchas mugeres que, mostrando en valde varoniles pechos, tiravan muchas peñas y losas a los Christianos, defendiendo que no subiesen la cuesta; mas poco les vale su resistencia, porque el endiablado esquadrón de Lorca, con una infernal furia, parecía que volava por aquella cuesta arriba matando y hiriendo todo lo que delante hallava, con tanta crueldad, que parecían rayos ardientes contra los Moros y Moras; las Moras, aterroriçadas de tan endiabladas gentes, que a nadie querían tomar a prisión, no osando aguardar el golpe de tanta crueldad, puestas a la orilla de un gran tajo de peñas muy altas que mirava la buelta de la mar se abraçavan unas con otras, y llorando amarga y dolorosamente, dando dolorosos gritos, se dexaban caer de aquellas peñas a lo bajo, que estava tan hondo y con tales peñascos que quando abajo llegavan yvan hechas mil pieças. Otras cuytadas, con el temor de tan peligroso salto, confiando en la christiana misericordia hazían cruzes de unos pequeños palos y hincadas de rodillas, llorando y temblando dolorosamente dezían: «¡A mí, christiana, señor; a mí, christiana!» Mas el endiablado esquadrón, no usando de aquella misericordia que las pobres y desventuradas Moras esperavan, las hazían mil pieças y a otras les hazían saltar por fuerça de aquellas peñas abajo. ¡O crueldad terrible de Christianos, jamás vista en española nación! ¿Y qué furia infernal te incitava a hazer tanta crueldad y a

usar de tan poca misericordia? A los Moros y enemigos de la Fe no digo nada; ¡mas a las simples mugeres llevar con tanto rigor por los filos de las armas...! gran crueldad era por cierto. ¿Qué culpa tenía el niño recién nacido y el de seys meses y el de un año, ni el de dos ni el de tres o quatro hasta doze, para que todos con furor fuessen hechos pedaços y rebatidos por las duras peñas? Y las desdichadas y tiernas donzellas ¿qué males cometieron para que no fueran miradas y tornadas y recibidas a misericordia? Digo que infernales furias andavan entre las armas, y menos no podía ser ver tantas crueldades y que nadie no se adoleciesse, pues la soldadesca que andava en el lugar no se puede dezir ni escrivir las grandes crueldades que hazían; después de aver robado las casas no dexaban a nadie con vida; hasta los perros y gatos hazían pedaços sin aver misericordia de nada. Por cierto bien vengada fué la muerte de el Cura Miguel Sánchez, pues por vengarla, en menos de dos horas fueron muertas más de seys mil personas entre hombres y mugeres y niños, y de niños desde un año hasta diez avía degollados más de dos mil. Yo vide por mis ojos una cosa la más cruda que jamás vieron gentes: una morisca con más de diez crueles estocadas muerta en un vancal junto del lugar, y al rededor della seys hijos muertos, machos y hembras; que la desdichada salió del lugar huyendo con ellos por escapar la vida, y allí en aquel vancal la alcançaron las duras armas, y allí fué la cuytada muerta y sus hijos degollados; y la mezquina, por favorecer un niño que llevava de teta en los braços, de año y medio, se puso boca abajo y assí la mataron, y también le tiraron al niño algunas heridas; mas Dios le quiso librar de aquella crueldad: aunque le avían las armas pasado las mantillas no le tocaron a la carne, y de la sangre que de las heridas le salía a la cuytada madre, que eran en abundancia, estava todo el niño vañado, y assí todos los soldados que por allí passavan, entendiendo que estava herido, viéndole tan lleno de sangre, no curavan dél y le dexavan. La cuytada Mora, con las ansias de la muerte, rodeándose se quedó boca arriba y assí murió; y el niño, arrastrando o como pudo, se llegó a ella, y como aquel que no tenía otra cuenta sino de mamar, se le asió a las tetas, las quales mamava, sacando la leche con mucha abundancia de sangre de las heridas que la madre tenía por las mismas tetas. Quiso su fortuna, buena o mala, que a esta sazón yo pasé por allí, y mirando tan sangriento espectáculo y aquella crueldad terrible, movido a piedad tomé el niño, ya que quería anochezer, y lo llevé al lugar, y buscando mis camaradas las hallé en una buena posada. Los quales, como hombres honrados tan llenos

de virtud y misericordia se avían amparado de muchas moriscas que Dios avía querido librallas de aquel cruel asalto, las quales tomaron el niño, y conocido se movió entre las tristes moriscas un tierno llanto, y acaso avía entre ellas una que criava y aquélla se hizo cargo dél. Muchos soldados huvo nobles y de noble condición y misericordiosos que se ampararon de muchas mugeres. De mi parte digo que amparé más de veynte, y entre las que se juntaron de una parte y de otra fueron juntas como dozientas moras. Este crudo fin tuvo esta sangrienta batalla por aquel día; el otro día venido, día de San Sebastián, salió mucha gente por reconocer el campo, de a donde se truxeron muchos despojos de la gente muerta, de ropas, de collares, çarçillos, manillas, armas y otras cosas. Todos bolvían espantados de ver tanta crueldad y tantos muertos que era cosa de grandísima compasión ver tanta mortandad. A esta sazón llegó a Felix la gente de Murcia, que no pudo llegar antes, con que se holgó mucho el Marqués. La gente de Murcia se maravilló de ver tan grande mortandad hecha en tan poco tiempo. El Marqués, no olvidado de la deshorden que el día antes tuvo la vanguardia, mandó llamar a los Capitanes, a los quales trató de palabra ásperamente reprehendiéndoles aquel desatino. Los Capitanes dieron su justo descargo, y haziendo el Marqués la pesquisa, halló ser culpado más que todos un soldado de Lorca llamado Palomares, al qual el Marqués mandó prender y ahorcar. Lo qual visto por la gente de Lorca, que serían más de tres mil hombres, valerosos y bien armados, propuso de no consentir que Palomares fuesse ahorcado o que todos morirían por ello, y para esto luego todos se juntaron en una parte del campo. Los Capitanes de Lorca, como viesen apercevido un motín tan grande y de tanta gente, porque no fuesse descubierto semejante intento y motín dieron orden de hablar con el Marqués y de ablandarle, suplicándole que no ahorcase a Palomares atento que era hombre honrado y buen soldado y emparentado en Lorca de muy buenos y ricos parientes, y que podía resultar por ello algún crecido escándalo. El Marqués más enojado desto dixo que no dexaría de ahorcar a Palomares, y que si fuesse menester todo el tercio de los de Lorca. Los Capitanes y cavalleros de Murcia suplicavan al Marqués que Palomares fuesse perdonado por aquella vez. Mas el Marqués, pertinaz en su intento, toda vía estava muy firme en su propósito y assí mandó que Palomares fuesse luego ahorcado. El varachel de campaña luego lo quiso poner por obra, lo qual visto por la gente de Lorca se començó a mover con gran grita, todos puestos en arma, diziendo que

Palomares no se avía de ahorcar o que el campo todo se avía de perder. Diego Mateo de Guevara, Regidor de Lorca, padre del Capitán Juan Mateo de Guevara, hombre valeroso y estimado y por su valor en mucho tenido, a toda priesa se fué al Marqués, acompañado de Don Juan Pacheco, Capitán de la cavallería de Murcia, y de otros cavalleros, a la posada del Marqués, el qual avía mandado que a nadie se diese puerta; y en llegando Don Juan Pacheco, como hombre de mucho valor y principal cavallero, a pesar de los porteros y guarda del Marqués entró dentro del aposento a donde estava, y con él Diego Mateo de Guevara, y después que Don Juan Pacheco huvo suplicado al Marqués que aquel negocio no passase adelante, porque todo el tercio de Lorca estava movido a defender a Palomares y se podría resultar grandíssimo daño en el Real, viendo Diego Mateo de Guevara que Don Juan aviendo hablado, el Marqués no se ablandava, determinado de perder la vida habló desta suerte al Marqués:

RAZONAMIENTO DE DIEGO MATEO DE GUEVARA AL MARQUÉS DON LUYS FAJARDO.

«No dexo de conocer, excelentísimo señor, que la justicia no sea buena en toda parte y más necesaria en la guerra, porque si en tales casos no se executasse muy fácilmente mi crecido campo se vendría a perder, y assí digo que la culpa hallada en Palomares es digna de castigo; mas considere vuestra excelencia que la razón que estava de la parte de Palomares y de los demás deudos y amigos les hizo mover los ánimos a cruda vengança del pariente en Felix hecho pedaços, y como gente visoña, no advertidos en el rigor del castigo que de su atrevimiento les podía venir, descompusieron la esquadra de sus Capitanes. Y atento esto y que este pueblo estava poblado y fortalecido de crueles enemigos de nuestra Santa Fe Cathólica, me parece, salvo el mejor parecer, que no se devía executar la justicia en Palomares con el rigor que vuestra excelencia manda, y advierta vuestra excelencia que para los no advertidos hierros y sin malicia hechos que ay llana misericordia en los Generales y Mariscales de Campo, y que Palomares no herró de malicia ni los de su vando como hombres mal disciplinados en el arte militar, porque quando fuera un soldado de muchos años de milicia, sabiendo las leyes de la soldadesca y diera en un hierro semejante, fuera digno de semejante castigo, y aun para con un tal soldado se ha de entender la misericordia de un generoso Capitán. Porque el Capitán ha de hazer quenta de no perder de su

campo ningún soldado, porque si los enemigos le matan uno y él ahorra otro ya le faltan dos soldados que en otra ocasión podrían servir sus vanderas extremadamente de bien. Y bien sabe vuestra excelencia que el Emperador Carlos Quinto, nuestro señor, de gloriosa memoria, cuyas vanderas vuestra excelencia siguió muchos años, siempre usava deste término con los suyos, y assí fué de la gente española tan amado como vuestra excelencia sabe, y todos sabemos en los Generales y Capitanes más a de aver misericordia que justicia. Véngale a vuestra excelencia a la memoria el Magno Alexandro, que aviendo caydo un soldado en un notable hierro tal como fué sentarse en su Real silla y allí quedarse dormido, culpa y pecado digno de muerte. Quando Alexandro llegó halló su silla ocupada de un soldado. Los Capitanes y cavalleros que con él venían fueron a hechar mano del dormido soldado para le prender ó matar. Alexandro les fué a mano diziendo: «Dexalde dormir, que otra vez velará para guar»dar mi persona y el buen soldado no merece mal galardón, y éste »por mucho velar en mi servicio vino a dormirse, y por cierto que no »pudo hallar mejor cama que mi silla, y otra vez será possible que vele »sobre los filos de su misma espada sirviendo mi Corona. «Por cierto dicho de generoso Rey y buen General, que no mirando el hierro digno de muerte no le castigó, antes mandó que le dexassen dormir? Pues excelente señor, no menos generosidad y valor de ánimo se halla en vuestra Excelencia que en Alexandro, según tenemos visto y experimentado? El hierro de Palomares grande fué, mas considere vuestra excelencia la inocencia del pecado, y que andando la guerra adelante podría Palomares y sus deudos servir a vuestra excelencia en alguna ocasión que a vuestra excelencia diese gusto; y si Palomares no lo merece, sus padres y abuelos lo tienen bien merecido sirviendo a vuestra excelencia y a sus passados; y si sus padres y abuelos no lo han merecido, basta averlo suplicado el señor Don Juan de Pacheco, y si Don Juan de Pacheco no lo merece, merézcalo Lorca, de a donde es hijo Palomares, por cuyos servicios la casa de vuestra excelencia está puesta en el cuerno de la luna con la illustración que aora tiene. Y si Adelantados huvo en Murcia y su reino del linaje de vuestra Excelencia, Lorca fué siempre parte que los huviesse, y si los varones illustres de la casa de vuestra excelencia vencieron veynte y dos batallas de moros y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes y los pusieron baxo las reales coronas de Castilla y León, los de Lorca fueron parte para que lo pudiese hazer. Y si illustración y resplandor la casa de vuestra Excelencia a tenido y tiene, Lorca a sido la

causa. Por tanto, suplico a vuestra excelencia que Palomares, de Lorca hijo y hidalgo, no passase esa muerte contra él pronunciada. Advierto a vuestra Excelencia que ay tres mil hombres de Lorca puestos en armas, los quales morirán para librar a Palomares. Vea vuestra excelencia lo que determina en este caso, y assí por haberme atrevido a tan largo parlamento, vuestra excelencia mande se me dé el castigo que vuestra excelencia fuese servido, que mis servicios y los de mis padres a la casa de vuestra excelencia hechos merecen que se me dé.»

Con esto dio fin el buen Diego Mateo de Guevara a su razonamiento, y en acabando, Don Juan Pacheco y Alonso Galtero y Nofre Ruiz y Andrés de Mora, Sargento mayor, y Don Rodrigo de Venavides, Alférez del estandarte del Marqués, y otros cavalleros de Murcia y Capitanes de Lorca, hizieron tanto que el Marqués perdonó á Palomares. Luego se supo esta nueva por todo el Real, que no poco contento recibió, y más los de Lorca. A esta sazón llegó una buena compañía de Lorca, de más de quatrocientos soldados todos bien armados, cuyo valeroso Capitán se llamava Juan Mateos Rendón de la Luna, hombre noble y hidalgo. De la venida desta compañía dieron noticia al Marqués, el qual holgó dello y salió a su vez la gente a la puerta de su posada, la qual se holgó de ver por venir tan bien armada. Aquí estuvo el Marqués algunos días aguardando cierta orden del Rey; mandó que las Moras se llevassen a la iglesia, por que quería hacer repartimiento dellas a los Capitanes y soldados, y assí lo hizo. Las quales Moras fueron llevadas a los Vélez y a Lorca y a otras partes. Y porque nos aguarda el Reyecillo y el Marqués de Mondéjar, daremos fin a este capítulo, diziendo primero el romance que se sigue de lo passado.

ROMANCE QUE TRATA LA BATALLA QUE EL MARQUÉS DE VÉLEZ DIO EN FELIX, QUE FUÉ CRUDA.

El campo del buen Gallego
que Faxardo se dezía
parte de Guécija en orden
ya después de medio día.
Concertadamente marcha,
de cinco en cinco las hilas,
y hallá, al ponerse del sol,
encontró con Don García,

Que venía de Felix
de ver su gran morería;
el Marqués da aviso dello
y de cómo se venía.
Sin osar acometer
a las moriscas quadrillas,
el Marqués pasa adelante,
despídese Don García.
Hizo el campo en la campaña
alto en esta noche fría;
un agua viento le coje
muy grande y nieve esparcida
Que al campo pone en trabaxo
y en muy crecida fatiga,
y al romper del alva clara
muy claro se muestra el día.
Manda el Marqués que se dé
munición muy bien cumplida
de pólvora al campo todo
para tres o quatro días.
A Felix el campo parte
con placer y gallardía:
Lorca lleva la vanguardia,
Murcia de batalla yva,
Zehejín y Caravaca
la retaguardia regía;
descubre el campo de Felix
desde un monte que allí avía.
Manda el Marqués que decienda
el campo de aquella cima
y que se ponga en lo llano
assí marchando como yva.
Mas bien cerca del lugar
un grande esquadrón avía
de aquella morisca gente
que con valor asistía
Aguardando la batalla
que el Marqués darles quería;
la vanguardia los embiste
antes que el Marqués lo diga.
Los moriscos descargaron
toda su arcabuzería;
no cargan segunda vez,
porque la gente se anima
de aquel esquadrón christiano
a darles gran batería.
Los Moros que ven tal campo
con tanta cavallería,

al lugar se retiraron
por tenerles mejoría.
Los Christianos apretaron,
Santiago se apellida;
los Moros dan a huyr
cada qual que más podía.
Otros tomaron un cerro
que junto al lugar avía;
otros tomaron la sierra
que de Gádor se dezía;
otros van hazia la mar
por una derecha vía.
El Marqués que aquéllo vido,
a su buen cavallo pica
y por los Moros se mete
con gran valor que tenía.
Los de cavallo le siguen,
todos yvan a porfía,
muchos matan de los Moros
que se van a la marina.
Todo el lugar se saquea,
no dexan persona viva,
tanta es la crueldad
de las christianas quadrillas.
Más de ocho mil fenecieron
de la canalla morisca,
entre niños y mugeres
que de verlos es mancilla,
sin otra gente de guerra
que murió en aqueste día.

Fin.

CAPÍTULO NUEVE, EN QUE SE PONE CÓMO EL REyecillo hizo consejo de guerra, y lo que se proveyó en el acuerdo, y lo que el Marqués de Mondéjar hizo, y cómo le siguió y le dió batalla en un lugar llamado Paterna.

Ya contamos cómo Abenhumeya salió desvaratado de la puente de Tablate, siendo aquel peligroso paso ganado a fuerça de armas por el Marqués de Mondéjar, que no poco se hizo en poderle ganar. El Reyecillo de paso se fué a las Guajaras, y dexando allí al valeroso Zarrea

y a Gironcillo, valientes y astutos capitanes, se metió en Andárax con grande exército, ya muy lleno de toda esperança que el gran Turco le avía de dar grande socorro, según él tenía las cartas de Argel del Ochalí y de su hermano Don Luys. Y assí un día mandó juntar los más principales de su exército, y juntos, siendo rodeado de valerosos capitanes y gentes de guerra, sacó las cartas que de Argel tenía del Ochalí. Aviéndolas mandado leer, entendiendo por ellas las vanas esperanças del prometido socorro por el Turco. Á todos habló desta manera, mostrando en su persona aquella gravedad que a la Real persona de un Rey se deve, aunque él harto indigno della por su maldad; començó a dezir assí:

«Valerosos y fuertes Capitanes que por la gracia del santo Alá y de nuestro Mahoma avemos sido puestos en el estado que aora estamos, en punto de salir con nuestra dulce libertad fuera de la oprisión de los pérfidos Christianos que tantos años ha que nos tienen oprimidos y puestos en dura servidumbre assí como sus esclavos, dándonos armas para nuestra defensión en daño suyo, conviene que de nuestra parte aya reconocimiento de tan alto beneficio como es el que avemos recibido, y especialmente aora que de la parte del levante nos será dado grande socorro del gran Señor, como parece por las cartas del nuestro amigo el Ochalí, Rey de Argel. Pues conviene aora que se escriva á las partes de Marruecos y Fez y a mis cercanos deudos, Reyes de aquellas partes; demos cuenta del estado de nuestra guerra, pidiendo socorro de su parte a la nuestra, pues por el cercano deudo que me tienen es razón que su favor y ayuda no me sea negado, y con esto juntamente de las partes del Reyno de Valencia tenemos el socorro prometido; el qual como sea justo todos los amigos del Alvayçín serán ciertos sin hazernos falta, y con esto ya confío en el Santo Alá que en breves días sea nuestra la mayor parte de España, de forma que nuestro Imperio torne a ser reducido a lo que antes solía ser. Por tanto, mis buenos y leales amigos, no os ponga temor aver sido en algo aventajados de nuestros enemigos, aviéndonos ganado el paso de la puente de Tablate, y entended que a sido por mejor para nuestro intento, porque estando el enemigo de las Alpujarras a dentro, será por nosotros más ofendido y más mal tratado, porque sabiendo, como sabemos, las entradas y salidas de los peligrosos passos y caminos ásperos, será en su mano la entrada y en nuestra la salida, y le podremos dañar a nuestro salvo sin ser ofendidos de sus armas, y aunque en las Guajaras bien les aya ydo, no a sido tan

a su salvo que no les cueste más lo perdido que lo ganado, pues allí han perdido tantos y tan valerosos Capitanes como sabemos que han perdido y tan noble cavallería, pues si esta rota les vino de solo un pueblo mal armado, ¿qué será quando estén todas las Alpujarras ocupadas de africanas vanderas y de fuertes esquadrones armados de gente toda brava y velicosa y todos con armas aventajadas? Y para que estas gentes que en nuestro socorro han de venir, será necessario que nuestras vanderas se descubran en la ciudad de Vera y demos orden de conquistarla con nuestras vencedoras armas, para que los amigos hallen puerto tal y tan bueno que sus baxeles puedan estar seguros de las arrebatadas hondas del mar quando estén en su mayor procela las levantadas hondas, porque no muy lexos de las dos embaraçadas playas de Vera ay dos famosos puertos para tal caso convenientes: el uno es el de las Águilas y el otro es en los Terreros Blancos; éstos están a la parte del Levante, y assí mismo a la parte del Poniente está el Farallón de la mesa de Roldán y la famosa cala del Agua Amarga, vastantes puertos para que estén los navíos líbicos, y después, si Mahoma fuere servido que la guerra vaya adelante, tomaremos el famoso puerto de Carthagena, y tomando éste, toda España tenemos a nuestro poder reducida, y en lo que voy diziendo, mis valerosos soldados, no ha de aver pensamiento de tardança, porque en ella está el peligro. Por tanto, luego despachemos a las partes de Fez con mensajero que nos sea fiel y nos trayga alegres despachos de aquellas partes y algunas armas de alfanjes, que por allá los ay muy buenos, que lo que toca a la escopetería y arcos por la parte de Argel seremos proveydos, y el amigo que aora con estos recados fuere a las partes de Fez haziendo como leal a nuestro servicio, por mi corona real he de darle un gran premio y muy crecidas mercedes con que pueda honrado vivir.»

Apenas huvo Abenhumeya acabado su razonamiento, quando todos los Capitanes se le ofrecieron de le servir hasta la muerte, y todos dixeron que luego se diesse orden de baxar a Vera a la conquistar, porque sería aquel presidio muy necesario para las desembarcaciones de las africanas gentes y para embarcar los Christianos cautivos que en España pudiessen aver. Pues siendo assí en este acuerdo esto determinado, un morisco natural de Ture, muy cercano del castillo de Mojácar, se levantó en pie y dixo que él y un hermano suyo tenían en cierta parte de la costa una barca muy buena y grande, que le mandassen dar veynte hombres bien adereçados, que él se ofrecía de passar

en Fez y llevar aquellos recados. Abenhumeya, agradeciéndoselo mucho, teniéndole por hombre de entera confiança, mandó que fuessen escogidos veynte hombres para aquel viaje, y otro día el Reyecillo escrivió para el Rey de Fez y Marruecos. Luego el Moro llamado Hambrel se partió del campo con sus compañeros y se fué á la parte de Mojácar, y secretamente passó el Cabeço de la Carbonera, y allí junto, en una rambla, tenían una muy buena barca con todo lo necessario para la mar, y llevada al agua, alistando lo necessario, tomó la derrota al Poniente, la buelta de Tetuán, y lo que este Hambrel hizo en este viaje diremos en su lugar. El Reyecillo quedó en Andárax dando orden en lo que se devía de hazer en las guerras, y fué acordado que se escriviesse a los Moros de la sierra de Málaga y Ronda dándoles buena esperança del socorro que el Rey de Argel avía prometido de parte del Turco y que presto le tendrían de Fez y Marruecos, que se levantassen y estuviessen alistados, y para más certificación deste caso les embió las mismas cartas que el Ochalí avía embiado. Y con estas razones, viendo las cartas, los Moros de aquellas partes del valle de Málaga y sierra de Ronda luego fueron levantados, poniendo en grande aprieto los vezinos de aquellas comarcas, como diremos á su tiempo.

En esta sazón estava el Marqués de Mondéjar con todo su campo en Oguíjar, a donde no halló Moros ningunos, y con desseo de acabar esta guerra, si pudiera, por bien. Solicitava con algunos moriscos todo lo que podía, y muchos dellos dezían que se querían bolver a sus tierras y estar en servicio del Rey como solían. Mas otros estavan de diferente opinión, y quien más este caso desvaratava eran los Christianos, que con la desordenada codicia del robar se salían del Real a escondidas y hazían todo el mal que podían en los lugares de los moriscos. Los quales viendo que debaxo de pazes les hazían notables daños, no confiados en tal seguridad se tornavan a levantar. El Marqués, con despecho de semejante proceder, determinó por consejo de sus varones que se fuesse a buscar al Reyecillo y se procurasse de le aver a las manos, que acavado aquél toda era acavada aquella guerra, y assí por mandado del Marqués se tornó a hechar vando de nuevo, que a qualquiera que le truxesse al señor de Valor, muerto o vivo, le daría veynte mil ducados. Con este nuevo vando se movieron a salir con la empresa; mas a este pensamiento no salió ningún Moro, sino muchos Christianos, como diremos adelante. Luego el Marqués tuvo nueva como Abenhumeya estava en un lugar que se llamava Paterna con mucha gente de guerra y bien armada, y mandó que el campo se

levantase y marchase para Paterna, a donde siendo el campo llegado, los Moros que aguardándole estavan le salieron al camino acometiendo por quatro partes muy reciamente. El Marqués, viéndose de tal manera acometido, mostrando grande valor, arremetió a las moras vanderas dando de improviso el Santiago. Los Christianos peleando como leones ganaron un pequeño fuerte, el qual por defender los Moros les costó muchas vidas dellos, porque murieron muchos a manos de Christianos. La batalla fué muy reñida, mas al fin los Christianos, como gente valerosa, salieron vencedores, y Abenhumeya se retiro, no a todo huyr desconcertadamente, sino peleando, y como viniese la noche, tuvo lugar de alejarse de aquel lugar y se fué para su lugar Valor. Los Christianos saquearon a Paterna, a pesar del Marqués, que no quisiera que los lugares fueran saqueados; mas no por eso dejó Paterna de ser saqueada, a donde se halló mucho que robar, mas no hallaron Moras, porque ya los Moros las tenían retiradas a otros lugares. Aquí estuvo el Marqués dos días y luego partió con su campo la buelta de Andárax, entendiendo que allí hallarían al Reyecillo, y assí el campo llegó a Andárax y no halló cosa viva dentro, y allí vinieron muchos Moros con vanderillas de paz y de ella se trató, y quedó que en Órgiva se trataran las pazes. El Marqués se partió para Órgiva, y allí no halló a nadie, y allí sentó su Real, y estuvo muchos días; allí vinieron muchos moriscos a pedir pazes; las quales el Marqués les prometió muy cumplidas y seguras, y a cada lugar de los que querían paz les daba cédula firmada de su nombre para que ningún Christiano, soldado ni Capitán, pudiesse enojarlos viendo aquella cédula. Uno de los lugares que quisieron paz fué la Roles y otro llamado Alcolayar, y otro llamado Pichina, y sin éstos otros muchos lugares llevaron cédulas del Marqués, dándoles seguro de paz, que no serían mal tratados ni ofendidos de los soldados. Mas muy engañado andava el Marqués en esto, porque aunque su intento era muy bueno de fenecer la guerra por buena vía, eran los soldados tan grandes ladrones y tan mal considerados, que de noche salían desmandados y sin orden y hazían gran daño en los pueblos que por seguros se tenían. Y assí un Capitán llamado Villalca salió de Guadix con mucha gente y de secreto entró por el puerto de la Ragua y se fué a un lugar llamado la Roles, y una noche le acometió con tal braveça que mató casi los Moros que allí estavan de seguro, y cautivando todas las mugeres y niños se bolvió para Guadix. Lo qual sabido por el Rey mandó que fuesse bien castigado.

Otro Capitán que estava en Tiñana, llamado tal Cuevas, con mu-

chos soldados entró hasta un lugar llamado Alcolayar, también de seguro, y allí mató todos los Moros del lugar una noche y se llevó todas las mugeres y niños.

Otro Capitán cuyo nombre no supe se atrevió á entrar hasta un lugar llamado Pichina, que también estava de seguro, y lo saqueó una noche. Mas a este Capitán no le fué muy bien en esta entrada, porque el Capitán Gorri con mil moriscos bien armados dieron en él y le mataron cien hombres, y otros pocos que escaparon fueron malamente heridos y todos dexaron las armas en poder de sus enemigos, y el ruyn Capitán huyó y a uña de cavallo se escapó y no paró hasta que al cabo de muchos días allegó en Adra. Destas entradas y otras muchas se hizieron por todas las Alpujarras, que fué causa que los Moros amedrentados de tan terribles casos no arrastraron jamás a que se hiziessen pazes, diziendo que aquellas pazes que el Marqués de Mondéjar hazía no eran pazes, sino muy notables engaños; pues debaxo de aver dado a los pueblos cédulas firmadas y selladas de paz, sus soldados entravan debaxo deste seguro y les saqueavan los pueblos y matavan los vezinos y llevavan presas las mujeres y muchachos, haziendo otros grandes estragos y agravios. Y a esta causa todas las Alpujarras andavan levantadas procurando aver armas para se defender y ofender a los Christianos. Y destas cosas el Marqués no sabía cosa alguna, y quando se lo dezían no podía poner remedio en ello y no hazía sino sentir grave pesar de aquellos casos. Si ponía guardas por los caminos para que no diessen lugar a los soldados que saliessen, eran tan grandes vellacos las guardas como los que salían a robar y hazer mal. Y Dios me es testigo que si en mi mano fuera que avía de hazer los más terribles castigos en los Christianos que se pudieran ymaginar, pues que ellos mismos fueron parte para que en una guerrilla de no nada y de enemigos desbragados y desarmados muriessen más de treze mil hombres Christianos, la flor de España, sólo por seguir de ladrones y robadores la desordenada codicia del robo. Y los desventurados de quanto robaron no tuvieron cosa que los aprovechase ni luçiese, que todo se les convirtió en humo y polvo, que ni supieron qué se hizo lo que robaron, ni qué fué dello; sólo se supo desta infame guerra el grande gasto que hizo Su Magestad por culpa de malos hombres que no quisieron remediar el fuego sino encenderlo, y lo que más se supo fué la grande cantidad de la Christiana gente que murió tan simplemente a manos de unos morillos sin armas. Pues bolviendo al Marqués, que inocente estava de semejantes entradas y salidas, un día, estando el campo en Órgiva como avemos di-

cho, vieron venir un morisco a toda priesa huyendo; al parecer traya en un palo alto una toca blanca, señal de paz, y el Marqués quando le vido venir mandó alçar otro paño blanco en una lança, porque el Moro se avía detenido aguardando que esta señal se hiziera para poder llegar al campo, y como el Moro vido que le avían alçado, seguro tornó a su correr y no paró hasta llegar al Real, cansado y jadeando, de sudor todo lleno; preguntó a dónde estava el Marqués, y siéndole mostrado, arrojando la vara con la toca en tierra se fué al Marqués y sin le hazer ninguna cortesía, mirándole en el rostro, el Moro, los ojos llenos de lágrymas, le dixo al Marqués:

«Oye, Marqués, si con justo título gozas de tal nombre: Has de saber que el noble tiene obligación de acudir a cosas nobles, y si no acude a cosas nobles, el noble no se tenga por noble. Quando el Rey Fernando le hizo merced a tu abuelo de las llaves de la famosa Alhambra, no se las dio por sólo su nobleza, sino porque como noble acudió a hazer en servicio de su Rey cosas nobles. Tu padre siguió en algunas cosas a tu abuelo, porque como noble, procedía noblemente en sus cosas. Porque aviendo quedado este desdichado Reyno privado de su nobleza y de su sabrosa y dulçe libertad, y sin su querida y famosa Alhambra, sin su deleytosa vega, sin sus amadas frescuras, sin sus estimados deleytes, privados, finalmente de todo su bien, muchos del Reyno, como hombres no acostumbrados a estar baxo de tan pesados yugos y duras servidumbres y tan crecidas pagas y tan atropellados de estrangeras naciones, muchas vezes movían nuevos escándalos, nuevos motines, repentinas rebeliones contra las Christianas gentes, de donde muchas veces se ofrecían grandes muertes, de a donde nacían grandes escándalos y pesados ruydos, dignos de enormes castigos. Tu padre, como noble, allanava los escándalos, apaciguava los rebeldes, recabava de su Rey inmensa misericordia, generales perdones, haziendo todo llano y fácil qualquiera ruydo. Todo lo qual se halla en ti muy al contrario, porque en lugar de buscar paz, buscaste guerra por codicia de tres mil ducados desventurados que pediste para tu hijo Don Luys, los quales de buena voluntad la primera vez se te dieran; sino que tú quisiste tirallos para siempre por fuerça, ganados por una cédula de tu Rey; mas tu Rey, como cathólico y sabio, entendiendo bien las demasiadas cargas que estavan sobre nosotros y el último fin y pretensión tuya, te dio la cédula que se te diessen los tres mil ducados, si fuesse voluntad de los moriscos darlos, y si no que no se te diessen. Y tú, Marqués, indignado contra el morisco vando, dexaste

de acudir a tu nobleça y acudiste a tu crueldad por causa de tu interés. Al punto mandaste sacar las antiguas provisiones que hablavan en daño del Granadino Reyno, en que les privavan de armas, quitávanles sus acostumbrados baños, que cavallos ni esclavos no tuviessen, que no anduviesen en su traxe, que no hablassen su lengua; no faltó sino mandar degollar los habitadores de tan desdichado Reyno. Estas semejantes provisiones tu padre y abuelo nos las manifestaron, las guardaron y ocultaron por usar de su antigua nobleza y por dar favor a la gente morisca. Mas tú hiziste al contrario, diste orden que tu Rey las confirmasse, como hombre poderoso y emparentado que eres; al cavo hiziste que se pregonassen con acuerdo del Real Consejo. Los Granadinos mal contentos y contra ti mal indignados, dieron orden de se levantar, aviéndose juntado con estas cosas y otras cosas en nuestro daño promovidas. Levántose la guerra. Como general tomaste la demanda. Vasnos siguiendo á vanderas desplegadas. Prometes paz, enciendes la guerra. Das cédulas firmadas de tu nombre y selladas con tu sello. Aseguras por ellas los lugares y quando los tienes seguros embías tus Capitanes para que los saqueen a deshora. Matan los hombres, cautivan las mujeres y niños. Rovan los bienes, pegan fuego a las casas. Todas estas cosas no son de noble, ni proceden noblemente. Una cosa ay en ello: que jamás no se fiarán de ti ni de tus cédulas, tan llenas de engaños. Todo el Reyno está determinado de no hazer contigo paz, antes procura las armas y pide la vengança de sus daños recibidos. Has de saber, Marqués, que a mí me llaman el Purcheni, y assí llamavan a mi padre, el qual era muy sabio en el arte de la medicina y en ella estremadamente aventajado, y entendía mucho de las estrellas. Y esta ciencia me mostró a mí y por ella sé algunas cosas, entre las quales te diré algunas que me han venido á la memoria. Sabrás que esta guerra ha de ser acavada a costa de mucha sangre de Christianos y mucha despensa de tu Rey, y el Reyno de Granada ha de ser perdido, y sus moradores desterrados a estrañas tierras; quedará el Reyno perdido con pérdida de los bienes Reales y tú has de salir de España, aunque con honroso título, y las amadas llaves de la famosa Alhambra han de tener otro poseedor. Los hijos han de pagar los pecados de los padres, no te digo quáles; a tu Estado el cielo lo amenaça de suerte que sería posible no governallo derechamente el que fuere su poseedor; mucho me he alargado con atrevida lengua: bien sé que soy digno de castigo por averme descompuesto delante de tu presencia, y porque tú no me lo des, yo triunfaré de mí mismo y acavaré con esta guerra y tú començarás la tuya.» Y esto di-

cho, el morisco sacó prestó de una bolsa una pequeña pelotilla tan grande como una agalla ó bala de arcabuz y se la hechó en la boca y luego se tendió tan largo como era en el suelo, boca abaxo, y nunca más se movió. El Marqués, maravillado de tal caso, mandó a un soldado que lo levantase, y un soldado llegó á él y asiéndole de un braço lo pensó de levantar del suelo; mas no lo pudo hazer porque el Moro ya estava muerto, poniendo en todos grande admiración de su muerte de aquella forma y espantados de todo lo que avía dicho; el Moro fué quitado de allí y el Marqués a todos los que allí estavan habló desta suerte:

RAZONAMIENTO DEL MARQUÉS DE MONDÉJAR Á LOS CAPITANES Y CAVALLEROS DE SU CAMPO

«En notable confusión me han puesto, gente valerosa, las razones del Moro, en ver quán desenfadadamente propuso su razonamiento, y en algunas cosas a dicho la verdad y en otras anduvo muy errado; en dezir que se pidieron a Su Magestad los tres mil ducados repartidos en las Alpujarras para ayuda de los gastos de Don Luys, verdad es que se pidieron; mas los moriscos reclamando sobre ello no pasó más adelante el rigor de la cédula; dezir que por ello yo, enojado contra los moriscos, por vengarme de ellos hize pregonar las antiguas pramáticas contra ellos, no ay tal, juro en ley de cavallero; ello fué negocio acordado en el Real Consejo, y el Arçobispo de Granada Don Pedro Guerrero y otros Obispos y Perlados y otras personas del Real Consejo, con celo que estos moriscos fuessen buenos christianos, desarraygados de sus moriscas costumbres, lo hizieron; no dejo de dezir que yo no diese mi parecer en ello: mas si hierro fué hazer semejante diligencia, no tuve yo sólo el hierro; lo que éste dize que di cédulas firmadas de mi nombre y selladas con mi sello, notorio es que las he dado; mas que se entienda que por mi orden soldados diessen en los lugares que estavan debajo de mi seguro, es falso y ello ha sido presunción de los moriscos, porque Dios me es testigo si de ello no me ha pesado en el alma, y por vida de Su Mugestad, que el soldado desmandado o Capitán que en mis manos cayere, que lo he de mandar ahorcar aunque sea el más noble y aventajado del mundo, porque no es razón que los malos soldados hagan semejantes maldades y que se quede el General con la infamia.» Y diziendo esto el Marqués mandó hechar vando que ningún soldado ni Capitán, de qualquier estado que fuesse, saliesse del Real sin orden, so pena de la vida. Luego este

vando fué hechado por todo el campo y luego mandó que el Real fuesse fortificado, porque entendía el Marqués estar allí algunos días aguardando respuestas de ciertos recados que se avía embiado a Su Magestad, y assí conviene dexar al Marqués de Mondéjar en Órgiva con su campo y bolver al Marqués de Vélez que estava en Felix; mas primero se dirá este romance que se sigue, que tratará lo que se ha dicho en este passado capítulo:

ROMANCE QUE TRATA CÓMO EL MARQUÉS DE MONDÉJAR,
SIGUIENDO ABENHUMEYA, LES DIO BATALLA A LOS MOROS DE PATERNA

El de Mondéjar siguiendo
al Reyecillo malvado
corrió a Ogiva y Andárax,
mas nunca pudo alcançallo,
Porque estava Abenhumeya
lexos de allí retirado;
aunque el morillo bolvió
y en Andarax se alojado,
Donde tuvo su Consejo
como ya avemos contado;
llegó el Marqués a Paterna
do halló un campo formado
De moros apercibidos
que lo estavan aguardando
para darle la batalla
si viniera en aquel llano.
Su campo ordena el Marqués
como estava acostumbrado;
la batalla les presenta
aquel vando levantado.
Dulçaynas de un cabo suenan
y trompetas de otro cabo;
grande rumor se sentía
de atambores por el campo.
Añafiles y atabales
a trás no se avían quedado;
la batalla se comiença
muy sangrienta en cada lado.
Mas los Christianos son muchos
y su campo han mejorado;
muchos matan de los Moros
con un valor estremado,
Los quales salen huyendo
del pueblo que están guardando

y los Christianos les siguen
con un furor no pensado,
Matando en aquel alcançe
muchos del morisco vando;
saquearon el lugar,
mucho despojo han sacado.
De allí se partió el Marqués
y en Orgiva se a alojado,
do asentó bien su Real.
por estar a buen recado.
Aquí de su Rey aguarda
que le venga otro mandado,
porque no quiere sin orden
que parta de allí su campo.

Fin.

CAPÍTULO DIEZ, EN QUE SE PONE LA BATALLA QUE el Marqués de Vélez dio a los Moros de Ohánez, y ese mismo día las galeras que estavan en Almería saquearon el pueblo de Inox, aviendo batalla.

Muy confusso y enojado andava el buen Marqués de Mondéjar en ver que por causa de sus soldados descomedidos y mal mirados y que por su deshorden él estava reputado entre los moriscos de hombre de poca palabra y que a esta causa todos los moriscos estavan determinados de nunca con él jamás hazer ningún concierto de paz. Lo qual al buen Marqués le era muy grave, porque su intento siempre fue de acavar aquella rebelión por buena vía por ebitar grandes daños que dello claramente se esperavan, y cierto tenía el Marqués razón de sentir estas cosas y las que le dezían de las ocasiones del levantamiento de los moriscos que por su causa se avían pregonado las premácticas hechas en su daño, de todo lo que el Marqués estava muy quieto y sin culpa, porque muchas vezes jurava por vida de su señor el Rey y por el valor de su antigua nobleza que se lo levantavan, y jurando un tan principal cavallero deste modo se le devía dar mucho crédito, como es razón que se le diese; mas no dexo de entender que el Marqués devía de tener muchos émulos, como podremos dezir adelante; mas dexaremos esto a ora de dezir a su tiempo y bolveremos al buen

Marqués de Vélez, que lo dejamos en Felix, como avemos contado, con todo su campo.

El valeroso Marqués de los Vélez estuvo en Felix, después de aver dado la sangrienta batalla, hasta los postreros días del mes de Enero, al cavo de los quales mandó levantar el campo de Felix y que marchase la buelta de un lugar llamado Ohánez, el qual lugar estava al fin del río de Almería, hazia la parte de su nacimiento, muy pegado al principio de la nevada sierra. Partido el campo, luego otro día acudieron de aquellas sierras muchos Moros de los que avían escapado de aquel riguroso trance de batalla. Los unos buscando sus mujeres, otros sus hijos, otros sus hermanos, parientes y amigos; mas no hallaron otra cosa de todo sino los mondos huessos por aquellos campos, porque lo demás todo se lo avían comido los lobos y aun los perros, forçados de la pura hambre, aquexadora de aquellos que viven. Visto los Moros el gran daño hecho por los Christianos, que viva criatura no parecía y que el lugar todo estava quemado y saqueado, no pudieron dexar de con tierno sentimiento mover un triste y doloroso llanto, torciendo sus manos, mesando barbas y cabellos con un dolor inmenso, cada qual repitiendo muchas veces el nombre de aquello que creía perdido. ¡Ay, hijos míos! dezían unos; ¡ay, mujeres mías! dezían otros; otros llaman a hermanas y hermano. En vano ya este tierno llanto y doloroso respondían los auyentados perros que andavan por aquellos campos sintiendo las grandes faltas de sus dueños, y assí con un triste aullo soleniçavan el llorar de los Moros, sin osar yr al lugar a reconocer sus casas, escandalizados de la grande artillería y arcabuzería que avía passado. Por cierto que me parece a mí que fué demasiada crueldad lo que los Christianos hizieron en Felix en degollar tanta cantidad de criaturas (digo aquellos que no estavan bautizados, pues morían sin culpa); porque qué culpa podían tener los niños de un año hasta diez y si algunos niños avían nacido en el levantamiento de la guerra que no estavan bautizados por falta de no aver Clérigos, no sé si me determine a dezir que fueron bautizados en su sangre, pues eran hijos de gentes bautizadas; mas en esto no me resuelvo, remítolo a los Doctores de la Santa Madre Iglesia, que ellos lo sabrán bien entender. Pues bolviendo al Marqués de Vélez digo que marchó con su campo hasta llegar al barranco hondo, y allí hizo alto una noche, y otro día mandó ahorcar ciertos soldados porque sin orden avían salido del campo. Levantado el campo de allí, fue al losado que dizen de Canjáyar y allí estuvo otro día. Aquella noche que el campo llegó al losado, los moros de Ohánez cruelmente degollaron más de treynta

Christianos que tenían en su poder, y esto se hizo por consejo de una mora vieja encantadora o hechizera que les dixo a los Moros que si no degollavan a aquellos Christianos que serían presto vencidos y muertos, y que convenía que aquellos Christianos muriessen por su remedio de ello, y que pues los del Marqués avían degollado tantos Moros en Felix, que también era razón que ellos degollassen todos aquellos Christianos que a las manos les viniessen: assí, a esta causa, aquella noche los Moros de Ohánez degollaron los Christianos que allí avía, entre los quales avía dos donzellas o tres, las más bellas que se hallavan en todo el río de Almería; a éstas degolló la misma morisca vieja hechizera, natural de un lugar llamado Urraca, en el río de Almançora, a donde avía los más infames y perros moriscos hereges que tenía el mundo, como diremos adelante. El Marqués fué avisado deste caso, de lo qual se dolió grandemente, y assí mandó al Sargento mayor Andrés de Mora que diese orden de passar con el campo el río que venía de Andárax, que se llama el río de la Toha de Plata. El Sargento mayor hizo lo que el Marqués le mandava, y passado el campo, el río, llegó al lugar de Canjáyar, a donde no avía nadie, y allí cerca avía otro lugar llamado Nicles, y más adelante avía otro llamado Almançata, todos lugares ricos de ganados, de cera y miel, y toda la gente destos lugares estava junta en Ohánez y razonablemente armada, y allí aguardavan al Marqués para dalle la batalla, muy confiados en lo que aquella vieja hechizera, de Urraca, les avía dicho. El Marqués llegó con su campo hasta llegar cerca de Ohánez. Todo el campo puesto en una ladera muy agria, y los Moros, un gran batallón dellos, estavan sobre unos tajos muy ásperos de peñas, de suerte que los Christianos no podían allí llegar, sino con grandíssimo trabaxo. Lo qual visto por el Marqués mandó armar quatro pieças de campo que el Marqués llevava para tales ocasiones, y estando las pieças a punto para disparar, mandó el Marqués que todo el campo se hincase de rodillas y hiziese oración; hecha la oración, mandó dar a todo el campo junto el Santiago, disparando primero aquellas quatro pieças, las quales hizieron tanto ruydo que todos aquellos valles y sierras fueron atronados, causando tanto temor en los Moros que de todo aquel batallón que avía puesto sobre aquel tajo de peñas, no quedó ninguno, sino dando una carga de arcabuzería, luego començaron a huyr por aquellos caminos y aquellas sierras, cada uno a donde más le parecía. Los Christianos, apellidando Santiago, començaron a subir por aquella fragosa cuesta a toda prisa en seguimiento de los Moros, y en medio de la cuesta avía un gran lavajo de agua muy

clara, y algunos Christianos, como subían con las armas á cuestas y otros descargando y tirando á unos Moros que estavan junto del lugar defendiendo la subida del camino, con el cansancio y calor que llevavan quisieron bever en aquel gran charco; mas luego se movió grande grita en el campo diziendo que nadie beviese de aquel agua porque tenía tósigo, y assí los soldados, sufriendo su sed, passaron adelante hasta llegar al lugar, el qual començaron de saquear. Los Moros que estavan dentro se salieron huyendo por aquellas huertas arriba; mas los Christianos, yendo en su alcançe, mataron muchos dellos y no dejaron ninguna vieja a vida por encontrar con la vieja hechizera, y al fin aſlí la mataron y hizieron pedaços. Duró el alcançe más de quatro horas, porque ya era tarde quando muchos Christianos entraron cargados de despojos y muchas Moras hermosas; tomáronse allí más de trecientas, las quales tuvieron los soldados que las tomaron a su voluntad más de quinze días, al cavo de los quales mandó el Marqués que las llevasen a la iglesia. El Marqués, otro día después de aver entrado en el lugar, los Christianos degollados por los Moros fueron enterrados dolorosamente en la iglesia, la qual estaba toda quemada y abrasada por las manos de aquellos hereges: mas los que allí pudieron ser cogidos el Marqués los mandó ahorcar, con unos rótulos a las espaldas que dezían: «Por traidores al Rey». Este día que se entró en Ohánez era día de nuestra Señora de la Candelaría santíssima, y también sucedió este mismo día que las galeras de Nápoles llegaron a la ciudad de Almería con muchos soldados, y Don García, el General de Almería, trató con el General de las galeras, que se llamava Don Pedro de Leyva, que hiziera alto y muestra con las galeras en aquella playa, que está a la vista de Inox y Guebro y otros lugares de allí cerca, y que las entenas de las galeras y tenderetes se pusieran a la turquesca, y que en Almería se tocaría a rebato de la mar y darían fama que era el socorro de Argel que venía a los del Reyno de Granada con armas y gentes. Y este concierto hecho, luego las galeras se pusieron a la turquesca, que es llevar las entenas muy bajas y en las puntas de las entenas unas vanderillas blancas y azules, pintadas medias lunas; finalmente, ardides de soldados cosarios. Las galeras parecieron dos días por aquellas playas, y en Almería se tocó a rebato a gran priesa, y se hechó fama que aquella armada era de Turcos y que venía á dar socorro a los Moros del Reyno de Granada. Esta fama luego fué divulgada por todos aquellos lugares de la costa. Los Moros vezinos dellos, creyendo que ello era assí, y como huviessen descubierto las galeras muy cerca de tierra dando bordos, y que no hazían viaje, y

que estavan todas coloradas las arrumbadas y remos, dieron crédito a la fama que se derramava por toda la costa que aquella armada era de Turcos. Al punto, confiados los Moros en este su pensamiento, se juntaron en Inox los Moros de Guebro y de Torrillas y Dalías, porque Inox estava más a la mano para que las galeras pudiessen llegar. Y estando allí la gente destos lugares, començaron a hazer grande fiesta de zambras y bayles a su usança, muy contentos por el socorro que les era venido; mas no les avino assí como ellos pensavan, porque las galeras llegaron una noche escura a Almería y dellas saltaron quatrocientos soldados, todos tiradores, y con ellos se juntaron de Almería otros docientos, que no osaron de la ciudad sacar más por la seguridad de su guarda. Y esta misma noche se partieron para la sierra de Inox, a donde los moros estavan seguros, durmiendo, entendiendo que todo su bien les era venido. El escuadrón christiano, en llegando, no fué pereçoso de asir la ocasión por el copete, que luego de improviso dio en la descuydada gente morisca apellidando Santiago; començaron a descargar su arcabucería con tanto ruydo de la pólbora que parecía que se hundía el mundo. Los Moros, mal apercibidos, como asombrados se levantavan, y visto tanto soldado y tan bien armados, todos llenos de temor començaron de huyr para la sierra. Las Moras, cada una tomando lo que más estimavan, como dinero, oro, plata, aljófar, ropa de seda y otras cosas ricas, también se salieron á la buelta de la sierra huyendo a toda priesa. En esto ya rompía el día, las galeras parecieron por industria en la mar, muy cerca de la tierra, y para hazer su hecho a su voluntad començaron a tocar añafiles a la usança mora, porque siempre en las galeras los de la música son Moros y assí tocavan a su usança muy bien, porque assí les era mandado por los Capitanes. Los Moros de Inox, viendo las galeras tan cerca de tierra y que tocavan los añafiles a la morisca, entendieron que se avían llegado para los recoger y amparar, y assí luego todos los Moros y Moras dieron buelta al mar a toda prisa. Los de las galeras, visto que su intento avía salido a su modo, y que les pintava tan bien el dado, al punto hecharon los esquifes a la mar, y en ellos muchos soldados y remeros vestidos a lo moro. Los Moros y Moras de la tierra, dando gritos, huyendo de los Christianos que los seguían, llegavan a la mar y a toda priesa se metían en los esquifes, y siendo llenos de Moros y Moras los metían en las galeras y bolvían por más, y desta suerte se embarcaron gran cantidad de Moras y llevadas á las galeras; las galeras disparavan mucha artillería y arcabuzería como que tiravan a los Christianos, mas no andavan valas de por medio; lo mismo ha-

zían los Christianos de tierra a las galeras, de forma que parecía una cruel batalla, y con este engaño los Moros y Moras se embarcaron de priesa y los metían en las galeras, y muy pocas Moras quedaron ya por embarcar, quando los Moros de Inox fueron desengañados y entendieron que las galeras eran de Christianos, y este aviso le tuvieron de un Turco de las galeras que les dixo en arábigo cómo eran engañados. Luego, los moriscos que estavan embarcados, muchos dellos se arrojavan a la mar, y como la tierra estava cerca, salían, y dando vozes en algaravía, decían a los demás: «¿a dónde vays, desdichados, desdichados de vosotros, que vays engañados, porque las galeras son de Christianos? ¡Bolved, bolved de presto a la tierra y no os lleguéys a la mar!» estas vozes entendidas de los moriscos embarcados, luego se arrojavan a la mar y muchos se escaparon en tierra. Los que estavan en tierra, entendiendo el engaño y que los moriscos salían de la mar mojados huyendo, dejaron de yr a la mar y tomaron la buelta de la sierra dando vozes que era engaño aquel trato, y con esto se escaparon muchos por la sierra. Los soldados de tierra, como vieron que los moriscos ya estavan desengañados y sabiendo el fin de su ardid y que se cogían a la sierra, dieron a toda priesa en los que podían alcançar y en cautivar las Moras que quedavan, de las quales no escaparon seys. Las galeras, visto que ya no podían embarcar más gente de la embarcada, se hizieron a lo largo de la mar. Los soldados de tierra, aviendo dado el alcanze lo más que pudieron tras de los moriscos, aviendo muerto algunos y tomado otros, tornaron a Inox y lo saquearon y dél sacaron grandes despojos de ropas y sedas. Y con esto se bolvieron a Almería. ¡Quién os podría dezir el llanto miserable que se oya por todas las galeras de las engañadas Moras! era cosa de compasión oyr los alaridos que davan despidiéndose de sus tierras; no apartando los ojos de las altas sierras de Inox dezían mil lástimas. Era de tal suerte el llanto de las mugeres y de los niños que no se podía entender el pito del Cómitre. Mas llegadas las galeras a Almería fué toda la presa repartida, quedando los de Almería con sus partes. Las galeras se fueron con las suyas la buelta del Levante. Llegando a Carthagena vendieron gran parte de las Moras y Moros que llevavan, y assí en las tierras y puertos que llegavan yvan vendiendo. Y en Mallorca se vendieron muchas Moras y Moros, y desta manera fueron hasta llegar a Nápoles, a donde fue todo el resto de la pressa vendido. He aquí la suerte desventurada de los moriscos de Inox y de aquellos lugares comarcanos. Aora conviene bolver al Marqués que dexamos en Ohánez y que repartió también entre sus soldados la presa

que por su parte hizieron, quedando todos muy contentos. La noche que se entró en Ohánez el campo estuvo beviendo sangre y agua, porque a la parte arriba del lugar fueron muertos muchos Moros y Moras, junto al mismo arroyo que baxaba a él, y assí se cumplió lo que dixo aquel Moro viejo, célebre sabio de Granada, llamado Abenhamín, el mismo que por el ruego del Rey Don Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlín. Dos días después de esta rota de Ohánez le entró al Marqués una compañía de cuatrocientos tiradores de Lorca, muy lucidos, cuyo Capitán fué el regidor de la misma, Alonso de Leyva Marín; y estando mirando su excellencia con mucho gusto desde una ventana cómo pasava el esquadrón, salió de él desmandada una bala y fué a dar en el borde de la ventana, y si acertara a llegar un poco más arriba, allí matara al Marqués, que se retiró disimulando el susto; quiso el Capitán hacer pesquisa sobre este hecho, pero jamás se pudo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque había otras compañías que al tránsito hicieron salva a la de Leiva. Aquí estuvo el Marqués muchos días, durante los quales tuvo nueva de que el de Mondéjar había saquado a Andárax, a Ogíjar y otros lugares cercanos, donde ya no les quedava qué hazer o qué sacar. Por esto los soldados del Marqués de Vélez començaron a salir del real secretamente y en tanto número que quando él dio en la quenta le faltava gran parte de su gente, y muy pesaroso de la deserción, recelando que el Reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo baxase al losado de Canjáyar por estar en llano y para que la caballería pudiera pelear a su salvo con el enemigo si acaso se presentasse. De aquí también se le fue mucha gente, y de tal forma quedó reducido el exército del Marqués, que si entonces los Moros le acometieran, sin ninguna dificultad le desvarataran. Conoció el peligro notorio en que se hallava y escribió a Lorca para que le socorriera con gente y castigassen a los que avían desertado de su Real. Ocurrió entonces en aquella ciudad un caso notable, porque el Alcalde mayor della, llamado Arriaga de Alarcón, haziendo diligencias para juntar el socorro que le pedía el Marqués, se escedió con un anciano hidalgo dándole un golpe con la vara de una pica y descalabrándole; los hijos del agraviado, sintiendo como hombres honrados la afrenta de su padre, hecharon mano a las armas, gritando: «¡Muera el traidor!», y no estando el Alcalde bien quisto con la gente de Lorca, fue al punto acometido por más de mil muchachos que le tiraron tantas piedras que parecía lloviesen del cielo; al ruydo se movieron también muchos hombres gritando: «¡Muera, muera!» de tal forma

que el pobre Arriaga tuvo que meterse y encerrarse bien en una casa para salvarse de la muerte. Este ruydo tan endiablado costó después la vida a algunos y a muchos el sacrificio de sus haziendas, aviendo quien pagara lo que no devía, y si Su Magestad no concediera perdón general, la mitad de Lorca o toda fuera destruyda por la demasía de aquel imprudente y necio Alcalde, que pudiera hazer su oficio, servir al Rey y favorecer al Marqués con gente sin propasarse y causar alborotos. Finalmente, al Marqués le fue embiado socorro de Lorca, y sin la gente de Lorca le entraron quatro buenas compañías de Albacete y de Chinchilla, toda buena gente y bien armada, con que el Marqués se holgó grandemente; el qual, viéndose con gente acordó de travesar las Alpujarras, y assí mandó levantar su campo y por la Toha de la Plata no paró hasta llegar a Verja, un lugar muy bueno y marítimo, y allí mandó sentar su Real, muy fortificado porque el enemigo no le dañase, a donde le dexaremos por bolver al Marqués de Mondéjar, que dexamos en Órgiva, a donde trataremos de la cruda muerte del Capitán Álvaro de Flores y su gente; aviendo primero dicho del capítulo passado el romance que se sigue:

ROMANCE QUE TRATA LA BATALLA QUE EL DE VÉLEZ DIO EN OHÁNEZ Y LA ROTA DE INOX CON LOS SOLDADOS DE ALMERÍA.

Las tremolantes vanderas
del gran Faxardo se parten
para las nevadas sierras,
llevan camino de Ohánez.
¡Ay de Ohánez!
Ocho mil guerreros lleva,
cada uno es como un Marte,
al barranco hondo llegan
y allí hizo el campo tarde.
¡Tarde, *tarde!*
Otro dia el campo marcha
quando el sol al mundo sale,
y a Canjáyar llega el Marques
y a su losado, *que es grande.*
¡Grande, *grande!*
El vando moro, *entendiendo*
que el Marqués viene a buscalle,
esa noche echado ha suertes
por ver si podrá aguardalle.
¡Aguardalle!
Una Mora hecha las suertes,
vieja mala más que landre,

la qual dize que bien pueden
dar batalla y esperalle.
¡Y esperalle!
Mas que primero den muerte
a los Christianos de Ohánez
que tienen allí cautivos
y que su sangre derramen.
¡Ay, derramen!
Los Christianos fueron muertos
por aquella gente infame;
tres donzellas degollaron
delante sus mismas madres.
¡Madres, madres!
En el Real se supieron
estas grandes crueldades
y juran de bien vengallas
en dando el sangriento Marte.
¡Marte, Marte!
Otro día en la mañana
el campo marcha y se parte,
pasando primero el río
para subir en Ohánez.
¡Ay, Ohánez!
Por una ladera arriba
todo el campo se reparte
y todo el vando morisco
haze de sí un baluarte.
¡Baluarte!
En un gran tajo de peñas
un esquadrón grande se hace,
mas el campo les dispara
quatro pelotas volantes.
¡Ay, volantes!
Desampara el vando moro
el peñasco y de allí sale
huyendo para la sierra,
mas le siguen el alcançe.
¡Alcançe!
Los valerosos Christianos
que les siguen y dan mate,
muchos matan de los Moros,
las Moras no hay escaparse.
¡Escaparse!
Que todas fueron cautivas
sin más poder remediarse
y también murieron muchas
que no pudieron guardarse.
¡Ay, guardarse!

Tantos matan de los Moros
que el río va buelto en sangre,
y los Christianos la beven,
que no pueden escusarse.
¡Escusarse!
Convínole aquí al Marqués
muchos días aguardarse
hasta que orden le venga
dónde a de yr o a qué parte.
¡Parte, parte!
Tantos días aquí estuvo
que su campo se deshaze
y por esto le convino
bolver atrás al gran Marte.
¡Marte, Marte!
Al losado de Canjáyar
se desciende por ser grande
y porque la cavallería
por todo el llano se ensanche.
¡Ensanche!
Inox en aqueste tiempo
se saquea y se deshaze,
que soldados de Almería
le siguen con crudo alcançe.
¡Ay, alcançe!
Soldados de las galeras
se hallan en este lançe
y por engaños crecidos
van los Moros a embarcarse.
¡A embarcarse!
Entienden que las galeras
que parecen son de paçes,
y assí embarcan muchas Moras
que allí van a remediarse.
¡Remediarse!
Mas el enemigo entendido
quisieran desembarcarse
mas no pueden los cuytados
del laço desenlaçarse.
¡Desenlaçarse!
Las galeras a Almería
se vuelven por alegrarse
y allí reparten la presa,
que es muy rica y es muy grande.
¡Muy grande!
Las galeras hazen vela
y parten para Levante

llevando Moros y Moras
que vender en qualquier parte.
¡Parte!
En este tiempo el Marqués
a las Alpujarras sale
del losado de Canjáyar
un domingo ya bien tarde.
¡Tarde, tarde!
Porque le vino gran gente
de Albacete y de otra parte
y de Lorca y de Chinchilla,
que no pudo mejorarse.
¡Mejorarse!
Cinco vanderas son todas,
do vinieron a juntarse
mil soldados bien armados
para entrar en qualquier parte.
¡Parte!
Con esto parte el Marqués
con orden que manda marche
por todas las Alpujarras
con vanderas y estandartes.
¡Estandartes!
Pásalas luego el Marqués
y en Verja quiso alojarse,
donde aqui lo dexaremos
por escrivir de otra parte.

Fin.

CAPÍTULO ONZE, EN QUE SE PONE LA CRUDA MUERte del Capitán Alvaro de Flores y rota de toda su gente en Valor. Assí mismo se pone la rota del Capitán Farax y muerte de los suyos en Pulpi.

Triste y melanchólico y confusso y malamente enojado estava el buen Marqués de Mondéjar viendo que por la gente de sus militares vanderas no podía apaciguar la amotinada y rebelde gente, y que cada día se yvan los Moros mejorando y rehaziéndose de armas, y que al Reyecillo le entrava de socorro por momentos gentes de toda la raya de Málaga y de la sierra de Ronda, y aun de Berbería le entrava gente

de guerra y armas en tanta abundancia que ya casi todos los Moros granadinos estavan bien armados y apercevidos, y con ánimo para qualquiera ocasión de guerra. Y el buen Marqués de Mondéjar estaba aguardando la orden que Su Magestad le embiaría para el fin de aquella guerra, y como no estava sin émulos le avían dado noticia á Su Magestad que por descuydo del Marqués, o por no querer, se dilatava la guerra, y que los Moros se avían mejorado de armas; y assí Su Magestad le embió a mandar que dexase la guerra y se bolviese a Granada, y esto lo diremos en su lugar y a su tiempo. El Reyecillo, como ya se viese tan acompañado de belicosas gentes y tan bien armadas, luego procuró hazer todo el daño que pudiese a los Christianos, y assí quiso usar de uno bueno y sagaz treta, para provar el valor de su gente y para con esto dañar las chistianas banderas; y fué que embió un morisco discreto al Real del Marqués de Mondéjar, y muy bien industriado de lo que avía de hazer y dezir, para que dixesse al Marqués cómo estava Abenhumeya en Valor descuydado y con poca gente, que allí se podría prender muy fácilmente. El morisco que se escogió para este caso fué tan astuto y sagaz como aquel Sinón que fué enviado de parte de los Griegos á los del Troyano vando. Y assí partido el astuto Moro, no bien puesto de ropa, antes mostrándose con un miserable vestido llegó al Real del Marqués con una vara alta y en ella puesto un paño blanco a uso de paz. Los del Real luego dieron aviso al Marqués cómo un Moro venía al Real y traya vandera de paz. El Marqués mandó que le dexassen entrar. El Moro llegado luego fué puesto delante del Marqués, y hincado de rodillas començó á hablar el Marqués assí:

RAZONAMIENTO DEL ASTUTO MORO AL MARQUÉS.

«Oye, ínclyto varón, valiente Marte,
de godos descendiente, sangre illustre,
que eres la flor de España y la más alta
después de aquel excelso Don Felipe
que el cetro tiene della y la gobierna:
Aora es tiempo, buen Marqués excelso,
que acabes con la guerra en solo un punto
y allanes las vanderas levantadas
de la morisca gente perniciosa,
y quites las sangrientas crueldades
que pasan en la guerra trabajosa,
y escuses tantas muertes de Christianos
en todas esas sierras y Alpujarras,

do van sin orden tuya y donde mueren
a manos de enemigos levantados
contra la Fe Cathólica del Cristo.
Podrás quitar, señor, los grandes llantos
de las mugeres tristes y los niños,
las hambres y las sedes y las muertes
que passan con la guerra luctuosa,
durmiendo por la nieve frigidíssima,
pues no hay otros albergues más seguros.
Los niños en naciendo allí se yelan,
las madres no se escapan de aquel parto
en las nevadas camas las mezquinas,
y atento aquestas cosas sin ventura
la paz dessean todos, y con llantos
al cielo santo piden que las oyga.
Los tristes moradores de las sierras
dizen al de Valor que haya paces
y cese ya la guerra sanguinosa,
que no es para pasar tan triste vida.
El Rey malvado a todo contradize
y dize que no traten más en ello;
si acaso alguno a esto le replica,
al campo manda luego que le ahorquen,
y déstos tiene ya muchos finados
sin que haya quien le rete lo mal hecho.
Queríanle matar, mas andan tímidos
porque el turquesco vando le engrandeze
y guarda que a la ropa no le toquen,
y assí el morisco vando está afligido
y no sabe qué se haga en este caso;
desea paz, la guerra más enciende,
dexar ninguno osa las vanderas
por el temor que tienen de la muerte.
Marqués excelso, illustre y poderoso,
aora está en tu mano dar remedio
a la morisca gente arrepentida,
matando al Reyecillo allí en Valor,
seguro y descuydado de la guerra,
durmiendo a sueño suelto entre sus colchas,
que son de seda fina muy labradas.
Embía, buen señor, gente de guerra
y a un bravo Capitán que allí le mate,
que muerto este traydor la guerra luego
habrá un glorioso fin y habrá mil paces.
Al punto todo el reino estará llano,
los daños cesarán por todas partes,
volverse han los Moros a sus casas,
daránle al Rey Felipe grandes rentas,

y tú, señor, en gloria deste caso
serás eternizado por el mundo;
serán los niños y mujeres tristes
en su descanso ya restituídos
y te darán inmensas bendiciones,
si propicio te prestas a su ruego.
Y si tú ¡o Marqués! no los remedias,
verás las Alpujarras destruydas,
dentro de ella vanderas africanas
y a España puesta en punto de perderse.
No des lugar, por Dios, a tantos males;
favor y auxílio presta a quien le pida;
ve tú en persona al caso; dale muerte
a aquel que es descendiente de Mahoma:
Tuya será la gloria deste hecho,
tú solo la mereces, no otro alguno;
no envíes Capitán que la pretenda.
¿Qué aguardas? ¡Parte luego, Marqués claro!
¡no tardes, que en tardarte está el peligro!
A Valor ve y triunfa de tal gloria,
pues Dios quiere que tú solo la goces;
alegra todo el Reyno con tu yda
y en el Alhambra illustre la cabeza
pondrás del Reyecillo mal mirado,
con una letra escrita que assí diga:

Esta es la cabeça del
Reyecillo sin ventura,
y el Marqués de la ventura
se la cortó y triunfo dél.»

Esto dixo el cauteloso Moro, más doblado y engañoso que el griego Sinón, disparando en un engañoso y fingido llanto, dexando maravillados á todos los que allí estavan, y enternecidos de lo que el Moro les contava, todos dieron en un desseoso fin de la sangrienta guerra. Y el Marqués, mirándolos á todos, dixo que aquella tal ocasión no era de perder, pues que tan descuydado el Reyecillo estava, y que él quería tomar solo aquella empresa que tanta honra y tan segura la ocasión le prometía, y luego mandó a su Sargento mayor que le aperciviese mil hombres bien armados, que el quería aquella noche marchar a Valor y matar o prender al Reyecillo. Todos los cavalleros que allí estavan le fueron a la mano, diziendo que aquella yda él en persona no era cosa que se hiziese, porque se ponía en muy notable peligro para perderse él y la gente que llevase; que Capitanes tenía en su exército, hombres de mucho valor, que podrían tomar aquella de-

manda a cargo, y que esto sería lo mejor. Otros dezían que mejor sería yr con todo el campo y buscar al enemigo, que no podía ser menos sino que estuviesse bien apercebido, y que si yva poca gente, presto sería vencida y desvaratada. Estas y otras cosas se dezían en el campo del Marqués, y esto los Capitanes y la gente del consejo de la guerra; mas un Capitán valeroso, llamado Alvaro de Flores, suplicó al Marqués que le oyesse, porque quería dar un acertado parecer en aquel caso. El Marqués, y todos los demás cavalleros y Capitanes callaron por ver lo que diría Alvaro de Flores sobre aquel caso, porque todos le tenían por hombre de mucho valor. Alvaro de Flores, visto que todos callavan aguardando su parecer, con muy buenas palabras habló assí:

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN ALVARO DE FLORES.

«Valeroso Marqués, ínclyto Capitán de Granada y su reyno, por Su Magestad, las cosas tocantes á la guerra es menester que se miren y dispongan con maduro acuerdo y buen parecer de hombres que sean esperimentados en la guerra, para que con la esperiencia venga a acertar en las cosas arduas y de peso y que de suyo son graves (como ésta que al presente se nos ofrece); si es caso que el señor de Valor está con tanto descuydo como este Moro dize, no es posible que el esquadrón turquesco lo esté, porque al fin es gente belicosa y de guerra y no puede dejar de estar muy bien apercevida, y no es justo que el mismo General de un campo como éste se ponga en un notorio peligro, como es yr á buscar al señor de Valor, donde puede ser roto o muerto. Pues si el campo todo marcha, es claro que el enemigo luego avrá noticia y se podrá retirar a otra parte y será en devaneo el buscarle, como ha sido hasta aquí, y la guerra no puede de ser prolixa y de passar adelante. Pues a mi parecer (salvo el mejor), digo que es necesario que el Reyecillo se busque y muera, y éste muerto, como dize este Moro, todo el Reyno será llano y puesto baxo de la Real Corona como solía: y para que esto venga a buen sucesso es menester que el de Valor se busque de noche y no con mucha gente, porque la mucha gente alborota el mundo y sólo el ruydo da noticia de sí misma. Yo me ofrezco de le buscar y prender o matar, porque ya es a todos notorio cómo yo sé todos los passos de la tierra del Alpujarra, y yo entraré por parte y tan ocultamente que no pueda ser sentido ni visto del morisco vando, y para esta yda no es menester llevar más de cien soldados, y menos; porque puesto caso que el lu-

gar de Valor nos sienta y nos quiera ofender, con cien soldados me ofrezco de les quemar el pueblo y poner a cuchillo los moradores dél; y si el de Valor dentro estuviera, no se nos podrá yr de las manos, porque ya yo sé su alojamiento y lo primero que se ha de hazer ha de ser cercarle de modo que no se nos pueda escapar, y por partes y caminos ocultos podremos bolvernos a nuestro Real, y con el favor de Dios todopoderoso, llenos de aventajada vitoria. A esto me ofrezco, y si acaso ay algún otro Capitán que entienda de hazerlo mejor y salir con mejor proceder, salga, y Dios le dé la suerte tan buena como todos deseamos y nuestro campo lo ha menester.»

Con esto el buen Capitán Alvaro de Flores dio fin a su razonamiento, y sobre ello huvo muchos pareceres, porque muchos Capitanes quisieran tomar aquella demanda con desseo de la esperada honra, que della se prometía. Mas al fin fue concluydo de todo acuerdo que el Capitán Alvaro de Flores fuesse a aquella jornada: mas que llevase más gente de la que pedía, y assí se acordó que llevase ochocientos hombres, buenos soldados y todos tiradores, los quales al punto fueron alistados para que aquella noche hiziese su camino, llevando aquel Moro con ellos. Y la noche venida, Alvaro de Flores, con todo el secreto necesario para tal ocasión, partió y fue marchando sin parar hasta otro día ya que rompía el alva, que todo el esquadrón envoscado en unas espesuras pasó hasta la venidera noche, que tornó a marchar la buelta de Valor. Dos días se envoscaron y dos noches marcharon, y a la tercera noche, que estavan muy cerca de Valor, marchando con todo silencio, las cuerdas cubiertas porque del enemigo no fuessen vistas, llegaron al mismo lugar; mas no passaron tan encubiertos ni con tanto secreto que no los viesen más de dos mil Moros que los estavan aguardando en passos estrechos y secretos para á su tiempo dar en ellos, y assí los dexaron passar hasta que llegaron al lugar (como es dicho), y en llegando Alvaro de Flores mandó cercar la casa del Reyecillo como aquel que la conocía muy bien, mas en vano, porque el Reyecillo no estava dentro y en el lugar no avía otra cosa sino mugeres, dexadas allí por industria para que los soldados se ocupasen en saquear el lugar y cautivallas a ella; el Moro Sinón que los Christianos guiava allí desapareció, que los soldados no vieron por dónde y esto le causó la codicia que llevavan del saco. Pues aviendo puesto cerco a la casa del Reyecillo siendo hora que quería romper el alva, los Christianos dieron un gran alarido, diziendo: «¡Santiago, Santiago!», y disparando la arcabuzería con gran ruy-

do arremetieron al lugar por todas partes sin guardar orden. Alvaro de Flores muy atento estuvo aguardando que el Reyecillo saliese por alguna parte de puertas o ventanas, mas en vano se aguardava, porque el Reyecillo estava en otra parte aguardando el daño de Alvaro de Flores. Los Christianos, aviendo dado en el lugar, hallavan las puertas muy bien cerradas por dentro; mas con toda furia las sacaban de sus quizios y entraban dentro con dèsseo del robo, muy maravillados de no hallar Moros que les resistiesen, y assí robavan á su salvo todo quanto hallavan, prendían las moriscas por industria puestas para su mayor daño. Finalmente, ya el Sol era salido quando todo el lugar de Valor era saqueado y todas las moras presas, y Alvaro de Flores, visto que su intento y a lo que avía venido no avía salido como lo avía pensado, mal contento por ello y visto que sus soldados andavan descarriados y metidos en el robo, temiendo algún daño que venir le podría, mandó tocar a recoger; la señal entendida por los codiciosos soldados, al punto salían de las casas a donde se tocava la caja guerra, y assí se juntaron en poco espacio, todos cargados de Moras muy hermosas y de grandes despojos puestos en líos, los quales les davan a las Moras que los llevasen, y juntamente algunos por yr más sueltos y descansados les davan los arcabuzes y las demás armas. Las Moras, como ya sabían el trato concertado, no mostravan pena ninguna de su prisión, y assí començó a marchar la visoña compañía la buelta de su Real, que bien lejos estava de allí, pensando que nadie les podría impedir su jornada y que podrían llegar a su salvo con tanta rica presa; mas no les avino assí como ellos lo pensavan, porque aun no avían andado medio quarto de legua, quando en unas grandes angosturas del camino que llevavan, que forçosamente avían de passar por allí, sin remedio de poder yr por otra parte, se les mostró un gran esquadrón de Turcos, cuyo Capitán era el bravo Caracacha, y por los lados de las dos sierras se mostravan otros dos de más de dos mil Moros, y en lo alto de las dos sierras vieron dos humadas muy grandes que avían hechado los Moros para que allí acudiesen los que ya sobre este caso estavan avisados. Alvaro de Flores, visto que aquel paso estrecho le avían tomado tanta cantidad de Moros y que era imposible hazer por allí su camino sin que no recibiese muy notable daño, y arrepentido de aver venido en aquella demanda, se quiso retirar atrás y tomar á Valor por fuerte para su defensa, y queriéndola assí hazer, bolviendo atrás, haziendo de la vanguardia retaguardia, quiso marchar la vuelta de Valor: al encuentro le salió otro esquadrón de no menos valor y grande que los que avían descubierto, cuyo Ca-

pitán Turco era el compañero de Caracacha, el qual venía marchando a toda priesa por darle alcançe a la Christiana vandera; todos los soldados de Alvaro de Flores, vístose cercados y metidos en tan notable peligro, todos aguijaron a las Moras y les tomaron las armas que llevavan, y con esperança que tenían de la vitoria, con mucha presteza pusieron las Moras a una parte de una ladera con todos los demás despojos que llevavan; las moras, como ya estavan avisadas de lo que avían de hazer, se començaron a yr la buelta de Valor, llevando todos los líos y ropa que los soldados avían saqueado; los quales, aunque las vieron yr no curaron dellas, sino de apercebirse para la cruda batalla que se esperava. Alvaro de Flores, como se viese de todas partes cercado, entendiendo ya su perdición, habló con los suyos diziéndoles: «¡Ea, amigos y valerosos soldados, que oy es el día de nuestra gloria!, no tengamos en nada a los enemigos, aunque son muchos, porque puesto caso que lo sean no son diestros en las armas tanto como nosotros ni de tanto valor; por tanto, encomendémonos a Dios y démosles con presteza el Santiago, que la buena diligencia es madre de la buena ventura»; y diziendo esto el valeroso Capitán arremetió a los enemigos que le avían cogido las espaldas, y disparando su arcabuz, mostrando grande ánimo, dixo: «¡A ellos, no les tengamos en nada!» Los valerosos Christianos, haziendo lo mismo que avía hecho su buen Capitán, dieron una carga de arcabuzería en los Moros, y luego, no pudiendo tornar a cargar por la presteza que los Moros pusieron en la arremetida, pusieron las manos á las espaldas; mas ¿qué les vale su acometer tan bravo ni la disparada carga de sus arcabuzes? tan en vano que el bravo Caracacha en la primera carga que les dio mató grande cantidad de Christianos. Pues por la parte de la vanguardia a donde estava Alvaro de Flores, el compañero de Caracacha, en la carga que dio, mató muchos de ellos; en la carga que los Christianos dieron es verdad que mataron más de cinquenta Moros; mas ¿qué les vale? que poca mella hizieron en tan grande esquadrón, y assí cerrando los unos con los otros se començó una cruel batalla. Los Christianos peleavan como leones; mas poco les vale su esfuerço ni los muchos Moros que despedazan, porque llovía de aquellas sierras tanta morisma que para un Christiano avía cien Moros; mas los que más daño hazían eran los Turcos, que como hombres diestros en la guerra hazían gran matanza en los Christianos. El valeroso Capitán Alvaro de Flores hazía maravillas; mas aviéndole ya malamente herido se retruxo a una parte de la ladera acompañado de algunos Christianos que le ayudavan peleando como valerosos soldados; fueron todos muer-

tos de tal manera que de ochocientos hombres no se escaparon seis de aquella batalla tan dura y sangrienta. No se hallava por todo aquel camino y por aquellas laderas sino cuerpos de Christianos hechos pedazos; porque los Moros, como eran muchos, aunque veían un Christiano muerto no se contentavan con aquello que no se tenía por buen Moro el que no ensengrentava en él sus armas, porque los demás Moros no dixeran que avían estado holgando, y assí no avía Christiano que no tuviese cien heridas, que era cosa de grandíssima compassión; y en esta batalla no dexó de aver muchos Moros muertos, porque yo, preguntándole a un Moro cómo avía passado esta batalla, me dixo que de la parte de los Moros avían hallado muertos más de trecientos y entre ellos veinte y cinco Turcos, y esto no es duda, porque al fin los Christianos peleavan como desesperados de remedio; y aunque los Moros tuvieron esta pérdida, que fue poco respecto de la mucha de Alvaro de Flores, quedaron muy alegres por la alcançada victoria y por quedar con todas las armas de los Christianos; porque allí se quedaron ochocientos arcabuzes y otras tantas espadas. Los Moros, tomando todos estos despojos, se fueron a Valor, llevando las armas del buen Capitán Alvaro de Flores, cuya espada y daga eran dos pieças muy ricas, de guarniciones doradas, y un haro de la azerada que le llevava un criado suyo, con una punta de fino acero. Todo lo qual, por ser tan bueno, se le dió al Reyecillo, y él ciñó la espada y la daga muy alegre, diziendo: «No tengo en poco el despojo del Capitán Flores.» Dízenme algunos moriscos que se hallaron en esta rota de Alvaro de Flores, que en menos de una hora fué la mortandad de los Christianos, y que el Reyecillo, quando passava la batalla, estava a la mira en una ladera de aquellas sierras, acompañado de más de dos mil Moros, aguardando el fin que tenía. Después de fenecida la batalla y el de Valor recogido dentro de su lugar, se recogieron a las humadas más de quinze mil Moros, los quales estavan despechados por no aver llegado á la ocasión. El Reyecillo, vístose tan bien armado y con tan poderoso exército, les dixo a sus Capitanes que ya no tenía temor a la fortuna para que le derribasse del lugar a donde estava puesto, y que, con el ayuda de Mahoma, pensava verse en lo mejor de España coronado, como lo fueron sus antepassados. Aquí estuvo en Valor el Reyecillo muchos días, proveyendo cosas tocantes a la guerra, muy lleno de toda altivez, engañado de vanas esperanças, hasta que fortuna bolvió su rueda, como diremos adelante. Dexemos, pues, aora al desventurado en su Valor y tratemos otra rota de Moros hecha por los Christianos. Pues es assí verdad que el Capitán negro Farax,

aviendo hecho muchas entradas en el campo de Lorca y Vera, y aviendo sacado de ellas grandes presas de ganados y cautivos, y aviendo passado a Argel dos o tres vezes llevando Christianos y trayendo armas, cansado el cielo de sus males insufribles, dispuso el hado contra él para ponello en total ruina, y assí este valeroso Capitán Farax, guiado por la influencia celeste quiso hazer una pressa de Christianos para llevarlos a Argel, como otras vezes solía, y para hazer la pressa se fue con cien soldados de los suyos a do solía, junto de la fuente de Pulpi, entre Vera y Lorca; y puesto en su envoscada aguardando que passassen Christianos por el camino, cierta Atalaya que los de Lorca tenían puesta en parte que le pudiessen descubrir al tiempo que viniessen, los descubrió, y por no perder de vista a Farax y su esquadrón, apartándose de la estancia puso fuego de aviso en parte que Farax y su gente no la pudiessen ver. La Guarda que estava en Lorca encima de la Torre del Alfonsi solamente para aquel caso, y otra que estava puesta en la Torre de Vera la Vieja, viendo el humo que ellos aguardavan, al punto dieron aviso de lo que passava; y sin poner más dilación al caso deseado salieron de Lorca y de Vera gente bien armada, y a toda diligencia cada ciudad por su parte tomó el camino de la fuente de Pulpi y en menos de dos horas llegó la gente de Lorca, y sabiendo de la guarda adónde estava la envoscada de Tarax, le rodearon de suerte que no se les podía escapar el aver batalla. La gente de Lorca eran ochenta soldados valerosos, y para que el Moro saliesse a lo raso, de los ochenta salieron por el camino real hasta llegar a la fuente obra de treinta soldados, los quales siempre iban sobre el aviso, las cuerdas puestas en las serpezuelas de los arcabuzes, y assí como llegaron á la fuente, la guarda de Farax que los avía descubierto fué a Farax, y le dixo que avía descubierto Christianos que passavan la buelta de Vera, y que no estava cierto si eran veinte o treinta, porque con la espesura de los lantiscos no los avía podido contar bien. Farax, confiado en su buena fortuna y en la valerosa gente que llevava, salió al camino haziendo de su gente dos partes: la una que tomasse la parte de Lorca, y la otra, la vía de Vera, porque los Christianos no se les pudiessen escapar. Los Christianos, que estavan en la fuente aguardando aquella coyuntura, se fueron a la parte que iba la buelta de Lorca, y los Moros como los vieron arremetieron con grande alarido disparando sus arcabuzes; los Christianos no fueron punto pereçosos para el caso, que también arremetieron, tirando y diziendo «Santiago». Los demás Moros que avían tomado la parte de Vera acudieron con presteza a do se avía trabado la batalla, y como llegaron

tuvieron por muy cierto que aquellos Christianos no se les irían de las manos; mas engañóles tal pensamiento, porque luego que los de Lorca, que avían quedado envoscados a la parte de la Rambla Guazamara, salieron con grande ruydo apellidando «Santiago y a ellos», y con esto, descargando su arcabuzería arremeten denodadamente con los Moros; los quales, como viessen que eran salteados de aquella forma por orden de su esforçado esquadrón, y rezelando que no hubiesse más envoscada, especialmente de cavallos, se fueron retirando y peleando por un atochar adelante; aviendo dexado las espesuras de los lantiscos se recogieron en un cabeço redondo, encima del qual avía una grande cueva de unos peñascos, y hallándose allí seguros de cavallos, peleavan bravamente con los Christianos; ya avía de entrambas partes muchos heridos y algunos muertos. Los de Lorca començavan a subir por el montecillo arriba, aunque eran menos que los Moros; mas a esta sazón llegó la gente de Vera, en la qual venían treinta cavallos y ochenta peones, los quales, como de lexos oyessen la arcabuzería y el ruydo de la batalla, venían volando cavallos y peones por hallarse en aquella tan deseada ocasión. Los cavallos, no pudiendo subir por el montecillo, lo rodearon todo, porque ningún Moro se les fuesse. Los peones de Vera, juntándose con los de Lorça, començaron a subir a lo alto. Mas Farax, Capitán bravo, animando a los suyos, peleavan desaforadamente, puestos los Moros dentro de aquella grande cueva, y otros a la puerta; mas poco les vale su esfuerzo, que los Christianos eran de mucho valor y peleavan con grande ánimo, y visto que los Moros hazían tan brava resistencia, acordaron de poner fuego al rededor del montecillo, el qual estava todo lleno de un espeso atochar y romeral; el fuego se comenzó a emprender por todas partes con tanta braveza que era cosa de espanto, pues se parecía el humo del terrible fuego desde Lorca y Vera. Los Moros, viendo que no podían en ninguna forma escaparse, desesperadamente arrojavan las escopetas en el fuego porque los Christianos no las gozassen, y luego se avalançavan por medio de las llamaradas, por ver si podrían por aquella vía hallar camino para irse; mas unos ahogados del humo y otros abrasados, caían en medio del cruel fuego, y si acaso alguno era tan venturoso que salía del fuego, luego dava en las manos de los Christianos y al punto era muerto, y desta forma murieron todos, salvo el malvado Farax, que, ayudado de algún diablo para más mal, se escapó huyendo por medio de las llamas del crudo fuego. De suerte que de los soldados no pudo ser preso ni muerto, ni de los cavallos alcançado, porque Farax bolava por el ayre y siempre echava por partes que los cava-

llos no le podían seguir, según iba atravessando las hondas ramblas y saltando crecidos barrancos, hasta que se metió por lo espeso de los azebuchares de la Rambla Guazamara, que allí no bastara a hallarle todo el universo mundo, y assí se les escapó este perro, dexando toda su esquadra muerta, unos quemados y otros hechos pedazos. Mucho sintieron los Christianos que se les huviesse escapado el bravo Farax; mas visto que aquéllo no tenía remedio, acordaron de cortar todas las cabeças de los Moros, las quales fueron ochenta, porque las demás fueron quemadas con sus cuerpos. Las cabeças fueron partidas entre los de Lorca y los de Vera, y assí las armas que fueron de provecho. Este fin tuvo la compañía del bravo Farax, el qual medio quemado se fue a Purchena, a donde estava el Capitán Maleh, y allí se reparó de salud, que más valiera que Dios no se la diera, según después hizo el daño: porque como este Moro Farax se vido bueno, por vengarse de los Christianos se passó a Argel y hizo una galeota grande, y con ella, siendo acompañado de algunos renegados, hizo en las costas de España grandes pressas de cautivos y tomó por assiento para su vivir el lugar de Argel. Lo que fue déste no se sabe cosa alguna. Conviene, pues, aora que bolvamos al Marqués de Mondéjar y sus cosas, aviendo dicho primero un romance que se compuso deste capítulo passado, que es éste que sigue:

ROMANCE QUE TRATA LA MUERTE DEL VALEROSO CAPITÁN ÁLVARO DE FLORES, Y LA ROTA DE SU ESQUADRÓN EN ELLA.

El de Tendilla y Mondéjar
en su Real asistencia;
con él están muchos nobles
de la illustre Andalucía.
Un día, estando tratando
lo que hazer se podría
en aquella guerra infame
de la gente granadina,
Llegó un morisco corriendo
que de la sierra venía,
y siendo ante el Marqués,
desta suerte le dezía:
«Valeroso General
de Granada y su valía:
Aora es tiempo, si quieres,
de ganar gran nombradía
Y de reduçir el Reyno
a la paz como solía.

Sabrás que el Reyecillo,
con muy buena compañía,
en Válor se está muy quieto
holgando de noche y día;
No tiene quenta de guerra
ni del gran daño que avía
resultado por su causa
en toda la serranía;
Allí le puedes prender
a tu modo y a tu guisa.
Si quieres, ve tú en persona
o algún Capitán envía;
bien sabes que de su muerte
el provecho que vendría.»
El Marqués que aquesto oyó,
él quiere hazer la vía,
mas los nobles del Real
le defienden esta ida,
Porque el caso es peligroso,
intentar esta partida,
que se embíe un Capitán
de los que en el campo avía.
El buen Alvaro de Flores
dize que a él le convenía,
porque sabe bien la tierra
de toda aquella Axarquía.
El Marqués dize que vaya
y que lleve en compañía
mil soldados bravos, fuertes,
armados qual convenía.
Alvaro se parte luego
por los passos que él sabía;
de día se está envoscado,
toda la noche camina.
En tres días llegó a Válor,
y una alva a la matutina
en Válor dió con su gente,
con muy grande arremetida.
Mas halla poca defensa
ni nadie que contradiga;
solas mujeres hallaron
muy cuytadas y afligidas.
Los soldados hazen presa
dellas y de quanto avía;
no hallan al Reyecillo,
porque en Válor no assistía.
Y assí, con aquesta presa
el esquadrón se partía

para bolverse al Real;
mas no fue como querian,
Porque les tienen tomados
los Moros todas las vías;
comiençan una batalla
muy sangrienta a maravilla.
Los Christianos andan fuertes
matando gran morería,
mas los Moros eran muchos
y tienen gran demasia.
Para un Christiano ay ciento
y van matando a porfía;
no quedó ningún Christiano
que escapasse con la vida.
El buen Alvaro de Flores,
haziendo lo que devía,
murió como varón fuerte
mostrando gran valentía.

CAPÍTULO DOZE, EN QUE SE ESCRIBE CÓMO SU MAjestad le mandó al Marqués de Mondéjar que saliesse de las Alpujarras y que fuesse a la Corte, dexando en todos los lugares más importantes soldados de presidio, y como el Reyecillo acordó de dar la batalla al Marqués de Vélez en Verja una noche.

Aunque en el romance passado avemos dicho que de la rota miserable del buen Capitán Alvaro de Flores no quedó hombre vivo respecto de los muchos que fueron, bien se puede decir que no quedó nadie, y que se escapassen seis ó siete muy poco haze al caso. Esta nueva luego se supo en el Real del Marqués de Mondéjar y aun en el de Vélez. El Marqués de Mondéjar lo sintió grandemente, assí como era razón que lo sintiesse, y no tardó muchos días que su Su Magestad le mandó que dexasse la guerra y se partiesse a la Corte, y que dexasse en los más importantes lugares y fuerças gentes de presidio, hasta que se diesse orden de lo que se debía de hazer; y assí el buen Marqués se partió luego para Granada, dexando toda la gente de su Real en Órgiva y alguna repartida en presidios necessarios y Capitanes proveídos con mucha gente para que con escoltas les llevassen los necessarios bastimentos y pólvora y otras cosas necesarias a la guerra,

y luego se partió para la Corte, adonde se entiende que émulos suyos fueron parte para esta ida; la qual no pudo ser menos sino que el Marqués lo sintiese mucho, viendo que el de Vélez se quedava en las Alpujarras y a él le mandavan salir de ellas dexando en su lugar a Don Juan de Mendoza, cercano deudo suyo.

Pues como el Reyecillo, que estava en Valor muy ufano y lleno de una vanagloria por aver desbaratado y muerto un tan grande esquadrón de Christianos, adonde ganó tantas armas y tan buenas, supiesse que el de Mondéjar era partido para la Corte, avisado desto por los Moriscos de Granada, tomó mayor ánimo del que tenía, especialmente porque los Moriscos de Granada le embiavan a suplicar que diesse en las tierras del Marqués de Vélez y diesse orden de desvaratarlo, que desvaratado aquél haría su negocio más llano, porque por temor del Marqués de Vélez, los Moros de África no ossavan desembarcar ni dar socorro por aquellas costas, y que aviendo hecho esto, ellos le socorrerían con gente y dinero y otras cssas necessarias a la guerra. Entendido esto, el Reyecillo luego propuso ir sobre el Marqués a Verja y darle una cruda batalla y desvaratarle si pudiera, pues estava informado que el Marqués tenía poca gente, y assí un día habló con los dos Capitanes Turcos y con los demás que allí estavan con él en Valor.

RAZONAMIENTO DE AVENHUMEYA Á SUS CAPITANES.

«Varones illustres, fuertes y bravos Capitanes, cuyas Mahométicas vanderas con inmortal valor militáis, levantando vuestros gloriosos nombres a las lucientes estrellas: bien avréis entendido cómo Mahoma en todo no es propicio, pues que claramente vemos con su favor y auxilio no nos fallece, pues no ha muchos días que tuvimos de nuestros enemigos tan insigne victoria, de adonde nos proveímos de muchas armas para contrastar las Christianas vanderas, y aora nuestro capital enemigo nos ha huydo y ha desamparado sus militares esquadrones, y si algunos han quedado en los lugares de presidio, son pocos y mal proveídos de bastimentos, y es gente malviada a las nevadas sierras y sus fríos, y muchos de ellos dexan los presidios y se van sus tierras constreñidos de la pura necessidad, y los que se van por los caminos son nuestros a manos de los nuestros, adonde dexan vidas y armas, que los nuestros son reparados; pues aora se nos ofrece socorro de lo necessario para nuestras guerras por los amigos de Granada, de gente y dineros y otras cosas, si acaso quitamos sólo un es-

torvo grande que nos impide nuestras esperanças, que es el Marqués de Vélez y Adelantado de Murcia; el qual aora está en Verja, con harta poca gente de guerra, porque mucha se le ha ido de su campo; assí que si os parece, es el mío que le demos una noche una encarnisada de gente valerosa, de tal manera que quede desbaratado y con necessidad de retirarse a sus estados, y retirado que sea, luego todo el Reyno será nuestro y sin impedimiento alguno podremos conseguir el fin de nuestras esperanças. Por tanto, me parece, valerosos Capitanes, que demos sobre el Marqués, pues ya tenemos la ocasión y la fortuna se nos muestra favorable.»

Assí dixo el Reyecillo, y luego todos aquellos Capitanes y gente de guerra dixeron que era muy bien acordado, y assí luego se començó de proveer la orden necessaria para aquella encamisada. Y fué acordado que fuesse el Marqués acometido por tres partes, y en cada parte fuesse gran cantidad de gente; la una parte se le dió al Derri, bravo Capitán, gran contrario que solía ser del Reyecillo, pues le avía buscado para matarle por codicia de diez mil ducados y aora estava en gracia del Reyecillo por ruegos de muchos cavalleros Moros; mas después lo mandó ahorcar. Pues éste llevava ocho mil hombres no mal armados. El otro Capitán era Habaqui, con otros ocho mil hombres de guerra y bien armados de arcabuzería, espadas, alfanges y otras armas. Los Monfis, que era gente de por sí, por quien sucedieron tantos males en el Reyno de Granada, llevavan seis mil hombres muy bien armados, cuyo Capitán era el valeroso Abonvayle, natural de Guadix. Hecho este repartimiento destos veynte y dos mil hombres, el Reyecillo salió de Valor con todo su campo y pasó las sierras de las Alpujarras por lo menos áspero que pudo, hasta llegar a seis leguas de Verja, a donde sentó su Real muy fortalecido y luego mandó que saliessen tres moriscos muy sueltos que sabían bien la tierra y los ocultos caminos, para que descubriessen a Verja y mirassen bien el sitio del Real del Marqués, por la orden que estava y la gente que tenía; los quales moriscos salieron cada uno de por sí a hacer con todo aviso lo que les era mandado. En este tiempo el Marqués estava maravillado cómo el esquadrón morisco no parecía ni hazía sentimiento de guerra y como la gente del Marqués de Mondéjar no corría las Alpujarras, y avía tenido también noticia de la rota de Alvaro de Flores y cómo el Marqués de Mondéjar avía dexado el campo, y con esto el de Vélez estava confuso, no sabiendo qué se hazer, si passase adelante o si bolviesse atrás, porque orden no le venía de Su Magestad ni del

Señor Don Juan, que ya estava en Granada para que diesse orden en la guerra como supremo General, la qual orden el Marqués estava aguardando, mal contento con aquella guerra tan sin orden, que bien entendía el valeroso Marqués que de aquella suerte no avía de tener fin, atento que el Reyecillo no aguardava a que le diessen batalla ni él la quería dar, y si se guardava de darla, y si le buscavan huía y se metía por las sierras y se iba de lugar en lugar, y á esta causa aquella guerra jamás sería acavada, si no tuviesse otro medio, porque las esperezas de las sierras eran grandes y muy dificultosas de andarlas, y los Moros, como hechos a ellas y criados y nacidos en semejantes lugares, con mucha facilidad las andavan todas y no se les dava nada de de alojar en los lugares, porque ellos sabían adónde avía muchas y muy profundas cuevas que jamás podían ser ganadas, a los Christianos ocultas, y en ellas tienen sus bastimentos recogidos para más de diez años, de trigo y cebada y panizo, y azeyte y miel, y ropas para sus vestidos; assí que a esta causa la guerra esperava ser muy prolija y al cabo no acavada. Con esto estava el Marqués aguardando orden de lo que hazer debía y con deseo de saber lo que el Reyecillo hazía y adónde estava, y assí tenía embiados hombres por todas partes de aquellas sierras y lugares, para que supiessen algo del enemigo y le viniessen a dar nueva de ello, y estando assí no tardó mucho que no llegasse a su Real un morisco que venía a toda priessa, y preguntando por el Marqués, aviendo sido llevado delante de su presencia, le dixo cómo el Señor de Valor con todo su campo avía partido de Valor para venirle a buscar, que estuviesse apercebido y que avía quatro días que era partido. Preguntado por el Marqués si sabía otra cosa, el Morisco respondió que no. Luego el Marqués le mandó dar razión de lo que huviesse menester, y mandando llamar a dos hermanos, buenos soldados, llamados Diego Zervantes y Francisco Zervantes, hombres que avían estado cautivos muchos años y sabían la lengua Turquesca muy bien, les dixo que se vistiessen a la usança mora y que fuessen a descubrir si parecía por aquellas tierras el campo del enemigo, que le diessen noticia, o si acaso podrían traer algún espía del contrario vando, que lo hiziessen. Luego los dos Zervantes, aderezados como el Marqués les mandava, se partieron la buelta de Andárax como aquellos que sabían muy bien los caminos ocultos y más secretos. Estos dos Zervantes dizen unos que son naturales de Alhama, junto de Murcia; otros dizen ser de Vera; séanse de a do quisieren, que ellos eran buenos soldados, y passada la guerra de Granada yo les conocí quadrilleros de las quadrillas de Vera y Almería, a donde

hizieron grandes hechos; de suerte que uno de ellos fué Capitán por Su Magestad. Pues partidos estos dos Zervantes del Real del Marqués, a lo Moro vestidos, subieron a lo alto de la sierra, adonde hallaron dos veredas o caminos no bien usados, y el Diego Zervantes le dixo a su hermano que fuesse por el uno y él iría por el otro, y assí hecho, quedando de concierto que otro día al amanecer se avían de tornar a juntar allí; y aun no avía andado Diego Zervantes media legua, descubrió un cerrillo alto y redondo, poblado de mucho monte, y como era hombre astuto y usado en semejantes casos, luego presumió que aquella era atalaya por la disposición del puesto, porque desde allí se desçubría gran parte de tierra de una parte y de otra, y por quedar desengañado de su presunción, llevando siempre los ojos puestos en la cima del montecillo, quando fué cerca se apartó del camino para yr al montecillo, y a penas hubo andado seys pasos quando oyó tocar un pito en lo alto del montecillo, al son del qual, Zervantes, levantando los ojos, vido tres moros que estavan en la atalaya, y Zervantes al punto subió por el montecillo arriba y en llegando les habló en algaravía cosas tocantes a la guerra. Mas el valeroso Zervantes, no perdiendo la ocasión, con grande ánimo y desemboltura los embistió de tal suerte que en un punto mató los dos y el terzero se le quiso yr, mas no le dio lugar el valeroso Zervantes, que prestó le asió y ató, y hecho esto se descendió de la atalaya tomando la buelta de su Real; ya sería muy tarde, y en llegando a la junta de los dos caminos determinó de aguardar allí aquella noche a su hermano, como concertado estava; mas no tardó mucho después de aver llegado quando vido venir a su hermano con otro morisco atado y herido. Este morisco, según dixo, era de Bolodúy, mançebo de muy buen talle, el qual, siendo amartelado de una hermosa mora, sabiendo que estava cautiva en el Real del Marqués, determinado a morir se salió del Real del Reyecillo y se yva para Verja sólo por saber si su señora era viva o muerta, o si la podría ver o hablarla, y acaso viniendo por aquella oculta vía encontró con Francisco Zervantes, el qual como le viese venir solo, con bravo ánimo le acometió, y el Moro puesto en defensa, aviendo disparado sus arcabuzes y aviendo errado los tiros en la peligrosa escaramuça, Zervantes no dió lugar a que el enamorado Moro tornase a cargar, porque cerrando con él, con la espada desnuda le hirió de una herida no grande. El Moro, viéndose herido, puso a su alfanje mano con açelerado ánimo y començo a dar en Zervantes, y assí anduvieron un grande espacio de tiempo, mostrando cada uno el valor de su persona, y andando escaramuçando; Zervantes no le quería matar por llevarlo

vivo a Verja, y quiso su buena suerte que el Moro, mostrando gran desemboltura, pensando aprovecharse del Christiano, con la codicia de la presa tropeçó en un romero de suerte que el desgraciado y mal afortunado Moro cayó de espaldas, mas con grande ánimo se quiso tornar a levantar, mas no le dio lugar el buen Zervantes, porque como le vido caído, con un ánimo de un león y presteza de un ave fué sobre él y dándole un grande empellón le hizo tornar a caer, y foxando con él lo tuvo firme, diziendo: «si no te rindes, te mataré con esta daga.» El Moro, como se vido herido y en el suelo atropellado y assido de aquel fortíssimo Christiano, no pudo tanto su ánimo y valor que no temiese morir tan cruda muerte como le amenaçava, y assí, dando un doloroso suspiro sacado de lo más profundo de sus entrañas, arroxó el agudo alfanxe de la mano, diziendo con lágrimas en los ojos: «Yo me doy por rendido, valeroso Christiano; mas yo te digo que de mejor voluntad tomara la muerte que quedar con la vida, pues la fortuna me ha sido tan contraria que me ha puesto en tal estado, y no creas ¡o valeroso Christiano! que tu valor a sido parte para que yo vencido fuesse, sino mi corta ventura que assí lo ha permitido; llévame a donde tú quisieres, que tú no me puedes hazer ya tanto mal como mi desdicha me ha hecho», y diziendo esto el triste Moro disparó con un sentible y doloroso llanto; el buen Francisco Zervantes, lleno de compassión (natural cosa de Christianos dolerse de aquellos que les fallece ventura), tomó el alfanxe y escopeta del Moro, y dándole la mano, le levantó del suelo, y por guardar la usança de la guerra, con la cuerda del arcabuz le ató las manos y partió con él la buelta de Verja, a donde en el lugar puesto halló a su hermano (como avemos dicho), que no poco plazer los dos hermanos tuvieron en verse allí juntos, y assí no acordaron de se quedar allí aquella noche, sino de yrse a Verja, a la qual llegaron de noche. Las guardas que estavan fuera del lugar reconociendo, aviendo preguntado la gente que era y siendo respondido que eran los Zervantes que avían salido de Verja, siendo avisado dello el Marqués les dieron paso y llegados a la estancia do el Marqués estava los dos hermanos con aquellos Moros que trayan, el Marqués holgó mucho con ellos, aviendo entendido cómo aquellos Moros fueron pressos, y mandándoles dar a los Zervantes buen recado y refresco, mandó el Marqués que aquella noche se les diese a los dos Moros tormento para que dixesen la verdad de lo que les fuesse preguntado, y assí se le dio tormento, primero al que prendió Diego Zervantes, el qual començó a dezir que no sabía nada de la orden del Reyecillo, más que estava de allí seys leguas. Visto el buen

Faxardo que el Moro negava, le mandó dar tormento de fuego por los pies, siendo untados con azeyte, que es uno de los más crueles tormentos del mundo. El Moro viéndose abrasar de aquella suerte dixo que el diría la verdad de lo que sabía, que le quitasen de aquel cruel tormento. Luego fué quitado por mandado del Marqués y el Moro cemençó a dezir desta suerte:

CONFESIÓN DE LA ESPÍA DE ABENHUMEYA.

«Sabrás, poderoso invencible Marqués, que yo soy natural de Andárax y me llamo Alhondín, y como la guerra se moviese en daño de las Christianas vanderas, yo y tres hermanos que éramos seguimos las del Reyecillo con deseo de la dulce libertad, y este deseo movió a seguir la guerra todo el estado granadino. Pues aora, passada la rota de Álvaro de Flores, quedó Abenhumeya lleno de soberana gloria y entendió que el mundo ya era poco para él, y como viese ya su campo muy bien armado de buenas armas y de gente velicosa ya industriada en la guerra, acordó de venirte a buscar con gran poder, y en tu daño ordenó tres esquadras, todas de arcabuzeros y de belicosa gente. La una esquadra trae un Capitán llamado el Derri, hombre de mucho valor, y esta esquadra trae ocho mil soldados. La otra esquadra, que es de otros ocho mil soldados, también tiradores, trae un Capitán llamado Abonuayle, natural de Guadix, y es bravo Capitán. La otra esquadra es de todos los Monfis, brava gente, y esta esquadra es de seys mil hombres, toda gente belicosa, que en ella no se halla temor ninguno y el Capitán desta gente deve de ser el Habaqui, a quien por su valor nuestro Abenhumeya tiene en mucha estima; la orden de acometer a tu Real, poderoso Señor, es que la una esquadra a de venir por la parte de Ogíjar y la otra por la parte de Dalías, y la otra por la parte de Adra, y todas a un tiempo te han de embestir; la que ha de venir por la parte de Ogíjar trae determinado de dar por la calle del Agua y de combatir aquella parte a donde tienes encerradas las Moras; la de Adra, por la parte del Olivar; la otra, ha de acometer por la parte de la Iglesia. No tengo más que dezirte; apercibe tu gente, que ésta es la verdad; ha de ser su venida mañana al amanecer y toda la gente ha de venir encamisada para que se reconozcan andando en la batalla.»

Como esto dixo esta espía, el Marqués, no maravillado del poder del Reyecillo, mandó que aquel Moro le hechasen fuera y lo tuviesen

a recado, y mandó que truxesen al otro Moro, al qual siendo delante del Marqués, le fué preguntado qué era la determinación del Reyecillo y la gente que traya, y dónde estava; el Moro, con buen semblante, habló desta manera:

RAZONAMIENTO Y CONFESIÓN DE LA OTRA ESPIA.

«Sabrás, magnánimo y excelente señor, que yo soy del Bolodúy y mi linaje todo es de las Cuevas y Portilla, y soy del linage tan nombrado de los Alvejarines, que ya tu excelencia avra oydo dezir, pues son naturales de tus tierras. Yo, como hombre mançebo, como viese la rebelión de las injustas guerras, con el desseo de las armas, por mostrar el valor de mi persona, assí como lo mostraron mis passados en las antiguas y passadas guerras, tomé armas y gusté de servir al Señor de Valor, a quien aora tenemos por Rey destos Estados; y como la guerra anduviesse no con aquella orden que avía de andar, acordé de passarme a la parte de las Cuevas, a donde asisten mis parientes y están puestos en quietud; mas a este pensamiento no dio lugar mi corta fortuna, porque acaso un día fuy preso de la vista de la hermosa Almançora, aquí en este mismo lugar a donde aora estamos; porque aviéndome embiado mi Rey a ciertas cosas que negociase aquí y en Adra, pudo la hermosa Almançora hacer en mí esta presión, a donde después de averme detenido por su causa en este lugar más de la orden que yo traya, quedamos los dos prendados que nos casaríamos; con esta prenda de verdaderos casados pude goçar unas pocas de horas de mi bien. La obligación que tenía de bolver a mi Rey me apartó de mi nueva gloria, de todo mi bien, consuelo y dulce alegría. Bolví a Valor (que más valiera no aver buelto) llevando siempre en mi memoria a la imagen de mi señora Almançora; una hora de ausencia, se me hazía mil años; desseava grandemente el fin de la guerra por ver en qué parava mi Almançora; quiso el cielo, duro por mi daño, que tus militares vanderas llegasen a esta parte, a donde todo mi bien cayó en tus manos. Yo, como supe que Verja estava ocupada con tu poderoso exército, y mi bien yo no supiesse el fin que hizo ni a dónde se me fué, como aborrecido de mí mismo, porque sin mi Almançora no me reconozco a mí, determiné entregarme a la muerte o a perpetua esclavitud, y assí tomé el camino de mi gloria, que harto siento en verme en el lugar a donde un tiempo ya fué mi contento; mi determinación fué morir o si no de ponerme en tus manos. Como esclavo salí de Valor, tomé la buelta de Verja, for-

tuna quiso que un tu soldado, valeroso como un Marte, después de averme herido me prendió, y sabrás, valeroso Marqués, que en mi prisión no huvo mucha resistencia con el desseo de ver a Verja y por saber de mi alma, que a no aver esto de por medio, mi rendimiento no fuera tan breve, y ya que fuera, antes consintiera el morir que verme en prisión; preso vine, herido estoy, de tu excelencia cautivo no puedo huyr de ser tu esclavo, de tus tierras son mis padres y todos mis passados; si me has de dar ¡o buen Marqués! la muerte, suplico a tu grandeza que primero des piadoso lugar que yo pueda ver a mi Almançora y después de esta soberana gloria manda executar en mí tu sentencia. Lo que quieres saber del estado del Reyecillo (que assí le llaman los Christianos), sabrás, excelente Marqués, que ha de venir sobre ti con tres grandes mangas de arcabuzeros a darte una cruda encarnisada, y cada manga a de entrar por su parte; discreto eres, de guerra sabes, valor tienes, mira por tu campo y tu persona y de mi haz á tu voluntad, que me ofrezco de servirte lealmente hasta el punto de morir; mi gloria es andar al lado de tu estrivo; admite ¡o gran Marqués! mi voluntad, entregada a tu servicio.»

Con esto dio el Moro fin a su razonamiento dexando al Marqués muy maravillado de la historia del Moro. Y como el Marqués fuesse lleno de tanta clemencia como de nobleza y virtud, le hizo aquel Moro compasión, y assí le mandó llevar de allí y que le curassen con diligencia y que le diessen ración, considerando que al fin aquel Moro era de noble sangre y decendiente de principales cavalleros. Y assí este Moro sirvió al Marqués hasta passada la guerra y estuvo en su servicio hasta que el Marqués murió, el qual casó con Almançora, su señora, y aora vive este morisco y su muger en Villanueva de Alcardete a su contento y rico de bienes de fortuna.

Pues volviendo aora a lo que haze al caso. Siendo el valeroso Marqués avisado destas dos espías, teniendo por muy cierto que el Reyecillo avía de venir sobre su campo, ordenó que todo el campo luego se pusiese de secreto en arma, y mandó que en la plaça se hiziese plaça de armas y cuerpo de guarda y que se tomasen todas las bocas de las calles, haziendo el repartimiento de su gente deste modo discretíssimamente.

Tenía el buen Faxardo en su campo tres mil hombres de guerra, con cavallos y peones; a esta sazón no se hallava sino con dos mil que pudiesen tomar armas, porque los demás estavan enfermos que no podían pelear y éstos estavan todos en la iglesia; toda la gente de valor,

digo cavalleros que comían a su mesa y dava sus raciones a aquellos que sentía que eran hombres de mucho valor y confiança. Hizo salir a la campaña poniéndolos de posta, los que fueron son estos cavalleros de Murcia Don Juan Pacheco, Alonso Lázaro, Francisco de Lisón, Francisco Salar, Juan de Tordesillas, Pedro de Balboa, el hijo del Conde de la Coruña.

Destos cavalleros que salían de postas se acordó que de Murcia saliesen solos quatro: Pedro de Balboa, Francisco de Lisón, Francisco Salar, Juan de Tordesillas, y los demás quedassen con el Marqués en la plaça de armas de Lorca. Salieron al campo de postas los que se dirán aquí: Fernán Pérez de Tudela, Alonso del Castillo, Juan Mateos de Guevara y Juan Quiñonero, aunque éste no se adelantó muy fuera del lugar porque se le dio orden que a la parte de Galias hiziesse con su compañía cuerpo de guardia. Diose orden que Nofre Ruyz y su compañía estuviese a la parte de Adra con su gente de Murcia, que era muy buena.

Diose orden que Alonso Galtero estuviese con su compañía a las espaldas de la iglesia, que era la parte de Ogíjer por donde se recelava del mayor peligro.

Diose orden que las compañías del reducido estuviesen en aquella parte a donde estavan muchas Moras encerradas, cuyos Capitanes eran un tal Cantos y Barrionuevo y un Capitán llamado tal Cañavate.

Diose orden que las demás compañías de Lorca tomassen todas las bocas de las calles que yvan a dar a la plaça, cuyos Capitanes eran: Luys de Guevara, Juan Mateos Rendón, Juan Navarro de Alva, Juan Felipe Duque, Adrián Leones Ponçe.

Diose orden que las Compañías de Caravaca y Zehegín y Mula y Totana y Alhama hiziesen cuerpo de guarda al rededor del lugar por aquellas partes que sentían ser más necesarias y que a la plaça de armas le pudiese venir más peligro. Cuyos Capitanes valerosos eran los siguientes: Fernando de Mora, Juan de León Carreño, Juan Melgarejo, Juan de Mora, Pedro Cayeçela, y sin éstos otros valerosos Capitanes con valerosos soldados. El valeroso Marqués con su cavallería estava en la plaça de armas que parecía un Marte, armado de todas pieças. Ninguno sabía para qué se hazía toda esta prevención, y estavan maravillados de aquello que mandava el Marqués hazer, hasta que el Sargento mayor, Andrés Mora, fué diziendo a todos los Capitanes cómo se esperava aquella madrugada al enemigo que les avía de venir a dar una encarnisada. Y assí, con este aviso estava todo el campo puesto en alerta y con grande vigilancia. Acompañavan al

Marqués muchos nobles Cavalleros de Murcia y de otras partes. Allí estava el hijo del Conde de la Coruña y Don Diego de Leyva. Finalmente, como digo, otros muchos y de grande valor, y todos bien adereçados, y con desseo que el vando moro viniese, porque cada uno determinava de mostrar su valor en aquella honrada ocasión. El gallardo Andrés de Mora, Sargento mayor del tercio, y su Ayudante Pinar de Loaysa, de Murcia, con toda la solicitud que aquel caso requería, assí como si estuviera en los estados de Flandes o aguardando las belicosas francesas vanderas, assí anduvo requiriendo todos los campos de guarda, y que estavan puestos por su orden, amonestando y exortando los Capitanes con palabras que volavan, los quales a sus soldados davan los mismos exemplos, trayéndoles a la memoria la honrosa ocasión que la inmortal fama les embiava para cantar dellos eternas glorias en los venideros tiempos. Visto el buen Sargento mayor que todo el campo estava muy bien apercebido y que no faltava sino que las contrarias vandas moriscas viniessen, se fue a la plaça de armas, donde el Marqués aguardava acompañado de mucha cavallería, al qual dio razón de cómo todo el campo estava alistado para la batalla y todas las bocas de las calles tomadas y fortificadas de valerosos soldados. El valeroso Faxardo, siendo satisfecho de todo lo que le informava su Sargento mayor, començó de hablar a toda la caballería, especialmente a sus Capitanes, en esta forma, con palabras llenas de mucha gravedad, acompañadas de un valeroso ánimo:

EXORTACIÓN DEL VALEROSO MARQUÉS A LA CAVALLERÍA.

«Valerosos cavalleros, illustres y excelsos Capitanes, ayuntados debaxo de mis militares vanderas en servicio de su Magestad: aora, en esta honrosa ocasión, es justo que cada uno muestre el valor que de sus pasados tiene heredado, de tal manera que la inmortal fama por ellos adquirida y ganada venga por vuestras obras en más augmento y en mayor grandeza, para que de vuestras obras y la suya la fama inmortal pueda celebrar inmortales trofeos, y advertid, valerosos Capitanes y valerosa gente de mi cavallería, que nos sería grande mengua que una gente tan débil y flaca y mal usada en la milicia viniese a deshazer y aniquilar nuestras ganadas glorias, y de los nuestros no repare nadie en la muchedumbre del enemigo, sino en lo poco que vale. Noticia tenemos que nos han de asaltar veynte y dos mil Moros no mal armados; nosotros somos dos mil, mas se ha de hazer cuenta que cada uno de nosotros vale por mil dellos, y de mi parte digo que

yo tomo a mi cargo dos mil y a mi cavallo le caben de parte otros dos mil, y a la infantería de nuestro valeroso campo le cabe nueve mil, y a vosotros, illustres cavalleros y valerosos de ánimo, os cabe otros nueve mil, y nos sobra el bélico son de nuestras claras trompetas y el de las resonantes caxas, que su temeroso rugido es bastante a desmayar otros diez mil enemigos. Y pues tenemos todos esta notoria ventaja clara y cierta, está de nuestra parte la victoria; por tanto, cada uno haga el dever de buen cavallero, no perdamos y no se pierda la gloria de tan honrada empresa como la que oy nos viene a las manos.»

Assí dixo el valeroso Adelantado a la illustre esquadra de su cavallería, la qual prometió de hazer lo que en tal caso era obligado. Luego su excelencia mandó que ningún cavallero saliesse de la plaça de armas hasta que él lo mandasse. Y diziendo esto pidió que le diessen una lança, de la qual fué luego servido, tan recia, que un hombre tenía harto que llevar al hombro. Tomándola el Marqués, puso el encuentro en tierra, y arrimado a ella estuvo gran parte de la noche aguardando las enemigas vanderas. Ya era rendida la soñolenta modorra y dos quartos de la esperada alva quando le vinieron dezir al Marqués cómo hazia la parte de Ogíjar se avía sentido grande rumor de gente, a lo qual respondió su excelencia: que se tuviesse cuenta expertamente por aquella parte; y no tardó mucho después deste aviso, que no llegó otro a su excelencia que le dixo cómo por la parte de Dalías se avía sentido gran rumor de gente. El gallardo Marqués mandó que las vanderas que estavan en aquella parte estuviessen bien apercebidas y alistadas. Medio quarto de hora no avía passado quando llegó otro aviso en que dezía que por la misma parte de Dalías se avía descubierto una gran tropa de gente blanqueando y que venía a toda priessa. Mandó su excelencia que se tuviesse gran cuenta, que tanto se podría tardar aquella esquadra. Aquel aviso ydo, otro vino en que dezía cómo por la parte de Ogíjar y Andárax se avía descubierto un grande escuadrón de Moros, todos de blanco y que venían a toda priesa. A esto respondió su excelencia que passase de secreto la palabra de mano a mano, que todos los soldados con presteza pusiesen las cuerdas en las serpeçuelas de los arcabuces; respondido esto por el buen Marqués y dada esta orden, en un punto se puso el campo assí como lo mandava, y estando alistado no tardó que por la parte de Dalías no se oyó aquel temeroso alarido de arma «¡arma, que viene el enemigo!» y luego al punto aquel confuso esquadrón

morisco a toda furia arremetió con grande alarido, dando una cruel carga de arcabuzería en las christianas vanderas que estavan por aquella parte, cuyos valerosos Capitanes, con bravo ánimo, resistieron la demasiada pujança del enemigo, y los valerosos soldados, disparando su arcabuzería, hizieron muy notable daño en los Moros, matando dellos gran cantidad; mas como aquella tropa morisca era grande, no parando mientes en el daño recebido, rompiendo el cuerpo de guarda de los Christianos, entraron hasta llegar a las vanderas del reducido, cuyos Capitanes eran Barrionuevo y Canto y Cañavate, los quales por sus personas se pusieron a defender valerosamente aquella entrada, y si los soldados que militavan sus vanderas fueran de tanto valor como ellos, los Moros no pasaran más adelante; mas la gente reducida, visoña y covarde, como mal acostumbrados en tales ocasiones, llenos de un profundo temor dieron a huyr desamparando sus vanderas, y no pararon hasta meterse en la torre de la iglesia huyendo, por cuya causa la mora gente, aviendo llegado con su confuso tropel. ganaron la vandera del Capitán Barrionuevo, aviendo atropellado su Alférez; lo qual, visto por el bravo Capitán, viéndose de sus soldados desamparado y su vandera en poder de enemigos, como un león desatado arremetió contra toda la morisca esquadra, y en su ayuda su buen Alférez, y tanto hizieron a cuchilladas matando y hiriendo en los enemigos, que tornaron a cobrar su vandera, matando al Turco que la llevava y con él otros muchos Moros que se la defendían. Esto que passó desta forma luego fué dicho a su excelencia, el qual mandó que nadie se saliesse de la plaça de armas. A esta sazón se oyó a la parte de Ogíjar grande rumor de arcabuzería, y era la causa aver llegado la otra tropa de enemigos con grande pujança y alarido; mas si pujança trayan, no menos la hallaron en el valeroso Alonso Martínez Galtero y sus Oficiales, Alférez, Sargentos y bravos soldados que estavan de guarda en aquella parte. Aquí se començó una batalla cruel a donde murieron muchos Moros a manos de los Christianos, mas con todo eso fué el cuerpo de guarda rompido; mas los de Murcia hazían maravillas, porque como los Moros venían de blanco eran fácilmente conocidos y por los de Murcia hechos pedaços; a esta hora todo el lugar andava lleno de esquadras moriscas peleando como dañados. Los valerosos Capitanes de Lorca, sus Alférez y Sargentos no les holgavan las manos, que cada uno de por sí guardava valerosamente su calle, sin dexar passar Moro a la plaça de armas; Luys de Guevara, bravo Capitán, guardó tan bién la calle del Agua, que fué maravilla, y él por su persona mostró tanto valor, que por su mano, con la espada, mató más

de cinquenta Moros. No menos valor mostrava Juan Mateos Rendón con su valerosa compañía contra sus enemigos, de suerte que por la parte que él estava los Moros no pudieron entrar solo un paso. Lo mismo hazía el buen Juan Navarro de Alva y Juan Felices Duque y Adrián Leones del Alverca. Finalmente, todos los Capitanes de Lorca y sus soldados hazían contra los Moros maravillas, matando y hiriendo en ellos duramente. A esta sazón avían los Moros con gran pujança rompido todos los cuerpos de guardia, haziendo notable daño en los Christianos. Allí mataron un ayo del hijo del Conde de la Coruña y algunos otros soldados. El buen Capitán Nofre Ruyz, que estava a la parte de Adra, aguardava la tercera manga de los Moros que avían de venir por aquella parte, y assí estuvo aguardando la orden que se le avía dado como buen Capitán y firme soldado, aunque él y los suyos quisieran hallarse en la refriega que passava. La batalla estuvo en peso hasta que fué abierto el día claro, a cuya luz los Christianos hazían maravillas contra los Moros. Siendo el buen Marqués avisado de la cruel batalla y en el estado que estava quisiera salir a los Moros con su cavallería; mas como tenía noticia que solamente avían venido dos esquadras de Moros y faltava la otra, que avía de venir por la parte de Adra, no se determinó a dexar por entonces la plaça de armas. La batalla andava en peso, sonava gran vozerío y ruydo de las armas, de trompetas y caxas, que parecía que se hundían todas aquellas sierras: la humareda de la pólvora era tanta que no se podían bien divisar los unos a los otros. Mas sé dezir una cosa: que si los Moros fueran diestros soldados y entendieran la guerra, que allí acabaran todos los Christianos sin que escapara uno, porque veynte y dos mil hombres bien armados poco tenían que hazer para sólo dos mil; mas quiso Dios por su misericordia librar de aquella afrenta al buen Marqués de Vélez y a los demás de su campo, y fué que andando la batalla muy encendida por todas partes, a do se entienda que los Moros por ser muchos salieran con victoria, se oyó una voz, que jamás se supo de adónde salió ni quién la dio, que dixo: «¡a ellos, a ellos, que huyen, que huyen los Moros»; la qual voz, oyda por los Christianos con grande ánimo, arremetieron a los Moros, mas no ossavan dar el Santiago sin orden del General. Los Moros que oyeron aquella voz, de todo punto desmayados, se començaron a salir a toda priessa del pueblo y a huir la buelta de Andárax; siendo el Marqués avisado de ello, mandó que de presto se reconociesse un olivar que estava a la parte de Adra y viesse si Nofre Ruyz, con su gente, estava de guarda en aquella parte; en un punto se hizo esta diligencia y dixeron al Mar-

qués cómo por aquella parte no parecía cosa alguna, si no era Nofre Ruyz que guardava la orden que se le avía dado. Luego el Marqués dio aviso a Nofre Ruyz que dexase el puesto encargado y siguiese a los Moros; Nofre Ruyz assí lo hizo, llegando con su gente a muy buena ocasión, de tal manera que él mostró muy bien su valor y sus soldados la fortaleza de sus ánimos, entrando por los enemigos con gran braveza; luego el Marqués, siendo seguro (como avemos dicho) por la parte de Adra, mandó dar el Santiago, que fué causa que los Moros, del todo punto desmayados y puestos en huyda, no aguardasen las furiosas armas de los Christianos. Mandó el Marqués que se tocasen las trompetas y arrancó a toda furia contra los Moros y en pos dél todo la cavallería, y entrando por los desvaratados esquadrones, iba el buen Marqués alançeando y matando muchos Moros; lo mismo hazían los de a cavallo; andavan cavallos y peones todos revueltos; mas siendo los Moros conocidos, morían a las manos de los Christianos sin ninguna piedad. Los Moros huyendo parecía que volavan por los ayres, de suerte que no los podían alcançar los cavallos, y assí se escaparon por aquellas sierras dexando casi tres mil Moros tendidos por aquellos caminos. El buen Marqués, no olvidado de la manga prometida que avía de venir por la parte de Adra, recelando todavía no viniesse, mandó se tocasse a recoger, y al punto todo su campo fué recogido, assí cavallos como peones y bueltos a Verja; el Marqués mando a aquellos soldados del reducido que pues avían huydo de la batalla que sacassen los muertos del lugar al campo y los quemassen. Halláronse muchas armas de los Moros, escopetas, alfanjes, gorguzes y otras armas que fueron de gran provecho; mandó el Marqués que el Ayo del hijo del Conde de la Coruña se enterrasse en la iglesia honrosamente, y a otros Christianos que murieron en la batalla, la qual fué sangrienta, con gloria y honra de los vencedores, y porque tenemos necessidad de bolver a las cosas de Granada, dexaremos al de Vélez hasta su tiempo por tratar lo que se ordenó en Granada; mas diremos primero un romance del capítulo passado, hecho por un autor servidor del Marqués de los Vélez y Molina.

ROMANCE EN QUE SE PONE LA BATALLA DE VERJA.

Después de aquella vitoria
que el Reyecillo tuviera
del buen Alvaro de Flores
tan dolorosa y sangrienta,

Con gran sobervia y orgullo
juntó Consejo de Guerra;
dize que le quiere dar
al de Vélez cruda guerra
Y es razón ir a buscalle
allá donde estava, en Verja,
y darle una encamisada
por el llano y por la sierra,
Porque sabe que al Marqués
muy poca gente le queda,
y éssa toda mal armada
y la mitad muy enferma.
Los del Consejo le aizen
que es muy justa aquella empressa;
apercíbese el camino,
travessar quiere la sierra,
Tres esquadras hizo grandes
sacadas de sus vanderas:
ocho mil le diera al Derri
soldados de la frontera,
Otros ocho al Habaquí,
porque entiende bien la guerra
y seys mil le dio Abonvayle
de la gente más ligera.
Y éstos eran los Monfis,
gente más sangrienta y perra ,
los que la guerra movieron
tan sin razón y sin quenta.
Con esta gente se parte
de Válor Abenhumeya
y la sierra travèsando
allegó junto de Verja.
Seys leguas avía en medio
donde su Real assienta;
luego embió tres espías
para descubrir la tierra
Y el Real de los Christianos
si estava puesto de guerra;
las espías buelven luego
y al Reyecillo dan nueva
que bien puede acometerse
al de Vélez y sus tiendas.
El de Vélez, muy confuso,
estava en estas comedias;
no sabe do están los Moros
ni do tienen sus vanderas;
Para saber algo desto
gran diligencia hiziera:

embiado ha dos espías
vestidas a la Turquesca
que la lengua mora saben
como nacidos en ella.
Estos truxeron dos Moros
que saben bien de la guerra;
al uno dieron tormento
y en él cantan y dan quenta
Cómo Abenhumeya viene
a darle batalla fiera
con tres esquadras de gentes
sacadas de sus vanderas,
Que passan de veynte mil
los que vienen de pelea;
el Marqués luego se alista
para el alva venidera,
Porque confessó el morisco
que antes que el alva rompiera
le avían de dar assalto
por las tres partes a Verja.
Y assí puso el campo en arma,
como muy diestro en la guerra;
una hora sola falta
para que el alva les venga,
quando llegaron los Moros
y dan crudo asalto a Verja;
Mas los Christianos famosos
no faltan en la pelea,
que con ánimos sobrados
dan en los de Abenhumeya
y al romper del claro día
la batalla va sangrienta,
Mas es tanto el gran valor
de las Christianas vanderas,
que hazen al enemigo
subir huyendo a la sierra;
El valeroso Marqués
llevava la delantera
Matando y alançeando
al que delante cogiera,
y él solo por su persona
mató Moros más de ochenta.
Toda la cavallería
puso a Muley en afrenta
matándole la canalla
que embiado avía a Verja.
Murieron más de tres mil
moriscos en la pelea,

los demás fueron huyendo
repartidos por la sierra;
El Marqués a Verja buelve
con vitoria qual se quenta
y en Verja le dexaremos
hasta que demos la buelta.

Fin.

CAPÍTULO TRECE, EN QUE SE PONE CÓMO EL MARqués de Mondéjar fue a la Corte y cómo vino á Granada libre de las cosas que sus émulos le avían imputado, y cómo el Reyecillo, enojado porque el Marqués de Vélez desvarató su gente, puso cerco sobre Vera y saqueó las Cuevas y las demás villas del Marqués.

Ya os avemos contado cómo el Marqués de Mondéjar salió de Órgiva dexando allí su Real, porque Su Magestad se lo avía assí embiado a mandar, y assimismo en los lugares más fuertes dexó valerosos soldados de presidio. Llegado el Marqués a la Corte le fue pedido cosas que el Marqués estava muy fuera dellas; a las quales el buen Marqués dio muy buenos descargos, sacando en limpio ser inocente y libre de aquello que le era imputado. Lo qual visto por Su Magestad le mandó volver libre a Granada y que aguardasse allí su orden y que de allí proveyesse los presidios de las Alpujarras de lo necesario. El Marqués, como leal y fiel vassallo, tornó a Granada, adonde lo dexaremos hasta su tiempo y diremos del Rey Abenhumeya, que muy enojado por la derrota de su gente ordenó de dar en los lugares del Marqués de Vélez y destruirlos, y assimismo de cercar a Vera y dar orden de tomarla por fuerza de armas, atento que aquella ciudad era muy conveniente para el fin de su intento por estar muy cerca de la mar y porque si el socorro de Argel o de Fez viniesse, tuviessen las Africanas vanderas a donde poder desembarcar sin que les parasse perjuyzio, porque aunque la mar de Vera es playa, tiene muy buenos desembarcaderos muy cerca, como son el puerto de las Aguilas y los terros blancos y otras colas grandes y seguras de las procelas del mar, y assí para esto Abenhumeya mandó entrar en Consejo de Guerra para tomar parecer de sus Capitanes y de aquellos que sabían

algo del hecho de la guerra, y assí dexaremos al Reyecillo con los suyos en Consejo y diremos de la barca que salió con sus despachos la buelta del Poniente al Rey de Fez pidiéndole favor y ayuda para la guerra de Granada. Pues partido el baxel del Farallón de la Mesa de Roldán, atravessando el mar de España, llegando a las Riberas de Bertería, tornó la derrota del Poniente hasta llegar al río famoso de Tetuán, y desembarcando allí solos dos de los que ivan, tomaron la buelta de Fez y Marruecos, a donde siendo llegados, ante el Rey de Fez presentaron los despachos de Abenhumeya; los quales del Rey de Fez recebidos, abrió una carta que assí dezía en arábigo granadino:

CARTA DEL REYECILLO ABENHUMEYA AL REY DE FEZ.

A ti el soberano y poderoso Rey de Fez y su distrito, salud el Santo Alá te conceda, Mahoma en todo te sea propicio y te bendiga para que con valor y pujança siempre gozes el Real cetro y corona por ti con justa razón posseída Sabrás, poderoso señor, que el Santo Alá por su misericordia ha querido que el antiguo Reyno de Granada, de antes poblado y ganado de las africanas naciones y de essos tres Reynos, se aya levantado con justa razón contra el Rey de Castilla que tan injustamente lo tenía tiranizado y puesto en una perpetua servidumbre, y aora los moradores del dicho Reyno, con el deseo de su dulce libertad, han procurado a fuerça de armas ponerse en ella, y para esto a mí, como legítimo decendiente de tu sangre Real, decendiente de aquel claro tronco de Abenhumeya, me han elegido por su Rey, atento que mis passados antiguamente lo fueron deste Reyno; y porque se pueda salir con lo pretendido, acordamos de pedir tu Real auxilio y favor, el qual jamás á los Reyes de Granada en los passados tiempos fué negado; y con tal confianca, como deudo tuyo muy cercano, de su Real sangre decendiente, te suplico que no nos sea negado, pues no ay derecha causa para que negar lo debas, y para que entiendas si lo puedes dar, sabrás que debaxo de mis vanderas militan más de cien mil soldados de la seta de Mahoma y todos bien armados, sin otros más de ducientos mil que aguardan la ocasión de tu socorro para levantarse, y sé muy cierto que si socorro por tu grandeza me es dado, con aquel que del gran Señor espero, toda España será reducida a las Africanas vanderas como lo solía ser de antes y puesta baxo las Reales Coronas de Africa y Libia. Suplico a tu Grandeza no seas inliberal en socorrer tus deudos, pues dello al cabo tanta gloria y honra y provecho resulta. De Granada y como tuyo, Abenhumeya, Rey de Granada.

Aviendo leydo esta carta, el Rey de Fez fué grandemente maravillado cómo aquel Reyno se avía levantado contra la gran potencia del Rey Phelipe, y como hombre bien considerado luego entendió que aquella guerra no podía tener buen fin, porque un Rey tan poderoso como el Rey Phelipe, era sugetador de todas las naciones del mundo, no avía de consentir largo tiempo la guerra dentro de sus mismas tierras, y assí entendiendo esto y lo que de ello le podía resultar, escrivió al Reyecillo y dándole a los mensageros las cartas los despachó, dándoles muchas cosas de presentes y para el Rey Abenhumeya una rica sortija de oro, en la qual estavan esculpidas sus reales armas. Con esto los granadinos mensajeros se partieron de Fez y no pararon hasta a donde avían dexado su baxel y los demás compañeros, los quales holgaron con su venida, y partidos con buen tiempo de Poniente llegaron en pocos días a Sorbas, y allí desembarcados entraron la tierra adentro y sabiendo que el Reyecillo estava en consejo de guerra sobre la yda de Vera, como avemos dicho. Luego Abenhumeya supo su venida, y con ella muy alegre recibió las cartas del Rey de Fez y con ellas su real sortija. Luego fueron las cartas abiertas y vieron que dezían en arábigo assí:

CARTA DE MAHOMAD, REY DE FEZ, PARA EL REYECILLO ABENHUMEYA.

Prospere Mahoma tu estado y dé favor para que salgas con tu pretensión: Una tuya recibí, en la qual, por vía de parentesco y porque a ello me obliga razón, me pides socorro para entrar en essos Reynos de España diziendo que eres Rey de Granada y que estás levantado con todo el Reyno contra las potencias de el Rey Phelipe: grande y dificultuosa cosa emprendes y imagino que no tendrá muy buen fin, porque mal podrá ser contrastado aquel que tiene casi todo el mundo debaxo su pie; mira muy bien; advierte lo que has pretendido, porque aquel que no mira los fines no puede acertar en los principios. Los tiempos de aora no son como los passados que tú dizes quando entraron los Reyes en España; aora España tiene Rey y aquel tiempo no lo avía, y si le avía no con justo título; y las armas que aora se usan en la guerra en aquel tiempo no se usavan; los vassallos que el Rey de Castilla tiene vale uno tanto y más que Rodrigo el que perdió á España; pues Rey que tales vassallos tiene, malos serán de conquista; toma mi consejo, Abenhumeya, y reconcíliate con tu señor, que tal le puedo llamar; allana las vanderas, humilla el pensamiento, no des lugar á tu total perdimiento; si quieres vivir en li-

bertad y no estar sugeto al Phelipe, dexa España, passa el mar, vente a Africa a mis estados, que como deudo que eres y, finalmente, decendiente de mi real sangre, te doy mi fe que serás de mí estimado y de mis gentes preferido a otros que andan a mi lado; y si no quisieres hazer lo que digo, sino seguir tu intento, y acaso Mahoma te fuese tan propicio que tu pretensión vaya adelante mejorándote en tus cosas, y el gran señor ayuda te diere como dices, yo te ofrezco dar socorro si me dieres libres y desembarazados puertos en España, lo qual tengo por impossible. Alá te guarde y Mahoma te bendiga y dé gracia que aumentes su secta. De Fez para lo que te cumpliere, Mahomad, Rey de Fez.

Leyda que fue esta carta por el Reyecillo delante de los de su consejo, no bien contento de lo que el Rey de Fez le ofrecía ni del consejo que le dava, dixo a sus Capitanes que se diesse orden, pues estavan ya levantados con tan poderoso exército, de cobrar los puertos que estavan junto de la ciudad de Vera, que tomados el Rey de Fez le cumpliría la palabra sin duda alguna, pues le avía embiado su real anillo y en él su sello. Los Moros Capitanes dixeron que era bien que assí se hiziesse, y quando el de Fez no diesse el socorro prometido que el del gran Señor no faltaría ni el de otros señores que estavan en las costas del mar Líbico. Con esto luego Abenhumeya se partió de las Alpujarras la buelta del río de Almançora, llevando consigo muchas gentes de aquellos lugares, y no paró hasta llegar a la ciudad de Purchena, adonde del valeroso Capitán Maleh y de su gente fue muy bien recibido. El Reyecillo, dando quenta al Maleh de su pretensión, lo halló propicio para el viaje de Vera, y assí luego el Reyecillo con todo su campo partió para la ciudad de Vera, yendo siempre por el río abaxo hasta llegar a cerca de Zurgena, y dexando el río tomó la buelta de la atalaya de la Ballabona y por allí se puso en pocas horas a vista de la ciudad de Vera, que ya tenía noticia de su venida y estava aderezada para su defensa, sus puertas muy bien cerradas y proveídas las necessarias cosas de sus bastimentos. El Moro como llegó lo primero que hizo fue destruille una poca de guerra que tenía, y con quinze mil hombres que llevava ponerle un temeroso sitio tan cerca de las murallas que se alcançavan con la arcabuzería de una parte a otra, y assí por muchas partes començaron los Moros a batir la ciudad con la escopetería. Los de Vera puestos encima de la muralla tiravan a los enemigos muchos arcabuzazos, los quales hazían muy gran daño en los Moros, y a causa desto los Moros derrivaron muchas casas que estavan fuera en el arrabal y en ellas hizieron gran-

dos saeteras para por ellas tirar a los de la muralla, y en la muralla mataron uno de los soldados de Vera. Andava dentro de la ciudad un temeroso y confuso ruydo entre las mugeres y soldados, y andavan todos tan rebueltos los unos con los otros, que era cosa de espanto. Los hombres acudiendo a las partes que combatían la ciudad, rezelando que el enemigo no traxesse escalas para escalar los muros, que si los Moros las llevaran, sin duda que fuera ganada Vera. Las mugeres, varonilmente, las faldas alçadas, no se ocupavan en otra cosa sino en hazer valas para sus maridos; otras en aquella plaza guisavan ollas, asavan carne; no avía cosa partida; todos comían de lo que avía y esto encima de la muralla, que un punto no se quitavan de ella porque el enemigo no la escalasse. De noche hazían grandes hogueras por todas las calles y en la plaça de tal manera que toda la ciudad estava tan clara como si fuera de día. Dentro de la ciudad avía sesenta caballos aguardando si la ciudad se entrava; los unos dezían que saliessen fuera a escaramuzar con los enemigos; los otros dezían que no era bien acordado, porque los Moros eran muchos y luego serían muertos a escopetazos. Sonavan las caxas de guerra, respondían las trompetas de la cavallería, y assí andava dentro de la ciudad un rumor y alboroto muy grande. Estuvo Vera un día y una noche cercada y otro día hasta medio día. Llevava el campo de los Moros una pieça de batir y con ella dispararon un tiro a un cubo de una torre, al qual le hizo un notable daño; y quiso Dios que aquel tiro fue el primero y el postrero, porque la pieça fue abierta por la demasiada carga que le echaron, que a no suceder desta manera, todavía la ciudad a pocos cañonazos fuera entrada y saqueada y su gente perdida. Esto sucedió el primero día que el Moro vino sobre ella. Aquella venidera noche se acordó en Vera que se fuesse a pedir socorro a Lorca a toda diligencia, porque la ciudad estava puesta en peligro. El alva venida, fue una de las puertas de la ciudad abierta lo más quedo que se pudo y salieron tres escuderos en tres buenos cavallos, determinados de morir o de yr á Lorca á pedir socorro; y assí como salieron apretaron las piernas a los cavallos, y a toda furia rompieron por los enemigos con tanta braveza y ligereza como rayos. Los Moros que los vieron, muchos les tiraron con escopetas; mas quiso Dios que no les acertaron con ningún tiro, y assí los cavallos alentados volavan la buelta de Lorca. El que llevava buen cavallo llegó a las onze del día, que fue mucha cosa correr un cavallo regalado en seys horas onze leguas. El otro cavallo llegó a las doze. Ya en este tiempo avía entrado la ciudad de Lorca en acuerdo sobre lo que se haría, por estar Vera en lo

de Granada y Lorca no tener obligación de socorrella; mas fue acordado que Vera fuesse socorrida, y assí, tocando la campana diputada del rebato se juntó mucha gente de guerra en la plaça, a la qual luego la ciudad dio arcabuzes de los que la ciudad tenía en su sala, y quiso Dios que avía ciertos carros que avían venido de Cartagena cargados de arcabuzes para la ciudad de Huesca, cuyo fator dellos era Luis de Salazar, escrivano de Lorca, y todos los arcabuzes fueron repartidos a los vecinos de Lorca con mucha diligencia. Y a esta sazón serían las doze quando entró el segundo cavallo, como avemos dicho, y estando proveyendo la gente de plomo y cuerda y la gente se apercebía para la jornada, se passó una hora, y a esta hora, que era la una del día, llegó el tercero cavallo muy cansado. Visto la ciudad de Lorca que a toda diligencia Vera pedía socorro, luego fueron nombrados Capitanes de cavallos y de infantería. Diego Mateo el viejo, llamado Guevara, que era venido del campo del Marqués, señalaron por Capitán de cavallos, y de la infantería señalaron a Adrián Leones Alburquerque, hombre de mucho valor. Juntáronse en la plaça de Lorca ochocientos soldados tiradores, toda gente moça y buena para qualquiera ocasión de guerra; juntáronse ochenta cavallos buenos, cuyos dueños eran todos de mucho valor y hijosdalgo. Serían las dos de la tarde quando la valerosa gente de Lorca salía por la puerta de Nogalte la buelta de Vera. Nunca jamás se vido socorro con tanta presteza como éste salir á correr rebato; tanto volava la infantería como la cavallería, de suerte que al anochecer llegó la gente a la fuente del Pulpi y tomando allí un poco de refresco passó adelante sin parar un solo punto, y al romper del alva ya estavan a la muralla de Vera diziendo: «Santiago, Santiago, aquí está Lorca que viene de socorro». El malo del Reyecillo que avía estado en Vera, luego que vido salir los cavallos a pedir socorro a Lorca, perdió la esperança de cobrar a Vera; mas con todo esso la combatió toda aquella noche a toda priessa, pensándola tomar. Y para saber quándo vendría el socorro de Lorca, puso espías y atalayas en la sierra que dizen de Almagro y en la del puerto de Lorca. Las atalayas como descubriessen la gente del socorro al punto echaron humadas muy grandes para que el Reyecillo se retirase, que éste era el aviso que se avía de tener; y assí las humadas fueron hechas al tiempo de passar Lorca por la fuente de Pulpi, las quales humadas vistas por los del Reyecillo y por él, no ossando aguardar la gente de Lorca, maravillado de su presteza luego se retiró la buelta del río Almançora, y en llegando a las Cuevas las mandó saquear y destrozar un hermoso huerto del Marqués y cortar todos los frutales,

que el Rey no los tenía tales como allí los avía. A esta sazón, como es dicho, llegó el socorro de Lorca a Vera al amanecer, que ya el Reyecillo estava retirado a las Cuevas y marchava para Purchena. Los de Vera, como viessen llegado el socorro tan bueno y con tanta diligencia, abrieron las puertas de la ciudad para que la gente de Lorca entrasse a recibir refresco: mas como la gente de Lorca supo por cierta nueva que el Reyecillo no avía aún dos horas que se avía partido de allí, acordó de seguirle, y assí, a toda priessa, aunque venía cansada de caminar toda la noche, partió tras del enemigo, cuya vanguardia passava de Vera y la retaguardia aun se quedava en el río de las Cuevas, y allí los de Lorca les dieron un bravo alcançe, travando pelea con ellos; mas como los Moros yvan caminando a toda priessa no pararon a la escaramuza sino marchando y tirando. Los de Lorca, recelando que la vanguardia no rodeasse por la parte de arriba del río y los cogiessen en medio, acordaron de bolver a las Cuevas, las quales acabaron de saquear, pues sus moradores se avían ydo con el Reyecillo. De allí se bolvieron a Vera, adonde fueron muy bien recibidos, y les dieron grandes refrescos y comidas, que muy bien las avían menester según el trabajo avían passado. Pues es de saber aora que al tiempo que los de Vera pidieron socorro en Lorca, atento que Vera estava cercada, luego se dio aviso a la ciudad de Murcia, la qual, aviendo entrado en acuerdo se determinó de ir al socorro de Vera, no porque Murcia tenía obligación de acudir aquella plaça, sino sólo a Cartagena, mas por hazer servicio a Su Magestad, assí como lo avía hecho Lorca, y luego al punto se tocaron caxas y campanas de rebato para que la gente se juntase. Esta prevención, aunque se hizo con todo el ánimo del mundo, no pudo ser con tanta presteza quanto el caso demandava: lo uno por la distancia tan grande que avía de Murcia a Vera; lo otro porque su Corregidor más era para letrado que para soldado. Mas al fin la noble Murcia salió con cinco mil hombres, todos muy bien armados y muy lucidos, y quando llegaron a Lorca ya eran pasados quatro días y Vera ya estava descercada por los de Lorca (como avemos dicho); mas con todo esso los de Murcia acordaron de passar adelante y llegar a Vera, y de allí seguir al enemigo. Visto los de Lorca que Murcia tenía tal pretensión acordaron de ir en su compañía, y assí se pusieron a punto dos mil hombres poco menos. A esta sazón llegaron a Lorca las vanderas de Zehegín y Mula, Caravaca, Totana, Alhama, que todas avían salido con ánimo de ir al socorro de Vera, sabiendo que Murcia, su cabeça, hazía aquella jornada, y assí todas estas vanderas salieron una tarde de Lorca. Toda la gente sería más de

diez mil hombres. Estando ya las vanderas fuera, los de Lorca, por tener ciertas provisiones de los Reyes passados que ellos llevasen la vanguardia yendo a la conquista del Reyno de Granada, quisieron gozar desta libertad y possessión antigua. Murcia no quería consentir en ello por ser cabeça de Reyno, y assí huvo entre las dos ciudades algunas diferencias. Las vanderas de Zehegín y Caravaca y Totana y Mula y Alhama se hizieron a la parte de las vanderas de Lorca. Murcia llevava un flojo Corregidor más letrado que soldado, llamado Varela; no supo dar la orden que en aquel caso era menester, que si él fuera tan buen General que ahorcara una dozena de los promovedores de aquel motín, mejor resultara el caso que resultó. Los de Lorca, pertinaces en su propósito, tomaron a toda diligencia la vanguardia y con ellos las vanderas que avemos dicho. Los de Murcia, enojados desto, quisieron romper con todo; mas yvan con los de Murcia muy principales cavalleros y cuerdos y en semejantes negocios muy atentados. Los cavalleros que digo eran éstos:

Don Juan Pacheco, Cavallero del hábito de Santiago; su hermano Don Francisco Pacheco, Pedro Riquelme, Don Pedro Carrillo Albornoz, Pedro de Balboa, todos recién venidos del Real del Marqués, y sin éstos otros muchos cavalleros y hijosdalgo, que no se ponen aquí sus nombres por aora, mas algunos serán nombrados en el discurso desta jornada. Llevando, pues, los de Lorca la vanguardia, como es dicho, siendo Capitán el licenciado Juan Leones, hombre de mucho valor y hidalgo, aunque no llevavan tanto la vanguardia que no fuessen muchos de Murcia con ellos, llevando siempre aquella punta. El Alférez de la vandera de Lorca era un hidalgo llamado Juan Martín, soldado viejo de los de Flandes; su Sargento era de Baeza, llamado Juan de Medina, hombre asperto en la guerra; iban con esta gente de Lorca muchos hijosdalgo della, como Leoneses, Guevaras, Ponçes de León, Ponçes de Guevaras, Alburquerques, Falconerras, Estadillas, Navarros de Cerveras, Alcarazes, Loritas y otros muchos hidalgos que no se quentan. Llegaron a toda priessa a la fuente del Pulpi, adonde los de Lorca fueron alojados en lo mejor de aquellos ranchos, junto de la fuente. Los de Murcia llegaron y también se alojaron entre los de Lorca, y estando ya todas las vanderas alojadas como es dicho, a poca pieça se tocó una arma; la qual fué falsa, mas túvose por cierta pesadumbre, porque un negro desmandado, con licencia o sin ella, se llegó a la vandera de Lorca, que con su gente estava retirada a un cerrillo aviendo dexado sus primeros alojamientos, y la quiso detener porque baxava con su Capitán a toda priessa a aquella

parte donde se dio el arma, que era a la parte de Vera, y como el negro hizo esta diligencia, un soldado de Lorca le dio un arponazo y le mató, y assí la vandera passó adelante con su Capitán hasta llegar a lo hondo del camino real. Luego se supo ser el arma falsa, y toda la gente, assí de una parte como de la otra, se tornó a sus alojamientos y Lorca se subió al cerrillo de adonde avía salido. Súpose la muerte del negro, que era de un cavallero llamado Juan Tizón y la causa porque le mataron, y no pudiendo averiguar quién le mató, se passó por alto el caso aquella noche. Salió de la gente de Murcia un hidalgo en un cavallo la buelta de Vera para reconocer el estado en que estava, y esto fué por orden de la ciudad de Murcia, porque determinó de no passar de allí sin saberlo. El hidalgo que partió para Vera se llamava Fulgencio de Esquibel, hombre de mucho valor, hermano de Lorente Esquibel el valiente, que a la sazón yva por ayudante de Sargento mayor del tercio; Fulgencio Esquibel llegó a Vera y dio aviso cómo Murcia venía en su socorro y que quedava en la fuente de Pulpi. Vera lo agradeció mucho, y con esto se tornó Esquibel y con él la gente de Lorca que avía quitado el cerco, y como llegó se juntó con la gente de sus vanderas. Fulgencio de Esquivel dio razón de lo que avía visto y dicho á los de Vera. El Corregidor, mal entendido en tales casos, le respondió una razón no digna de responder, por lo qual Don Pedro Carrillo, enojado contra el Corregidor, le dixo que era hombre desagradecido y mal entendido en la guerra, pues avía respondido de aquella suerte a aquel hidalgo que se avía puesto en peligro de perder la vida por aquel camino yendo por partes no conocidas ni sabidas y por tierras de enemigos. La razón que le avía dado el Corregidor fué dezirle: «¡Mira con qué nos viene aora!», y por esto Don Pedro se enojó contra él. Los principales cavalleros de Murcia, luego evitaron que aquel negocio no passase adelante; y visto la ciudad de Murcia que en aquel tercio avía tanta y tan lucida gente dispuesta para hazer todo bien en casos de la guerra, acordó que ya que Vera estava descercada, que fuessen en seguimiento del enemigo, que estava seys leguas de allí, cerca de Purchena. Esto acordado, se comunicó con todos los demás Capitanes del exército, los quales estuvieron bien en ello; y para conformidad de las vanderas de Murcia y Lorca fué ordenado que las vanderas y pendón de Murcia llevassen la mano derecha y el pendón de Lorca y sus venderas llevasen la yzquierda, mas que fuessen marchando yguales a la par, y diósele esta honra a Murcia por ser cabeça de Reyno; y aunque Lorca tenia provisiones de los Reyes passados para que en las guerras con-

tra el Reyno de Granada avía de llevar la vanguardia, esta jornada no la quiso llevar, por ser Murcia cabeça de Reyno como es dicho y porque fuessen en seguimiento del enemigo. Esto assí acordado y sentado por auto, quedando que otro día de mañana avía de marchar el campo la buelta de Almançora a do estava el Reyecillo, por lo qual todo el Real aquella noche hizo grande regocijo de todas partes, haziendo grandes luminarias y hogueras que era cosa de ver. Mas la mañana venida, quando la gente avía de marchar fué mudado de parecer, diziendo Murcia que no era justo passar adelante sin orden de Su Magestad ni seguir al enemigo; que la salida que avían hecho no era sino para descercar a Vera, y que ya estava descercada, que no avía para qué la jornada se hiziesse. Muy triste y confuso quedó todo el campo con tal acuerdo, y cierto que fué mal acordado, porque si aquel tercio llegara a verse con el Reyecillo, sin duda le desvaratara y destruyera y la guerra se acabara de todo punto, porque se avía juntado del Reyno de Murcia doze mil hombres belicosíssimos y bravos soldados; mas visto que la cabeça acordó otra cosa de la concertada, se huvieron de sufrir y no tratar más en ello; y assí todas las vanderas y sus Capitanes se bolvieron a sus tierras, dexando a Vera descercada, que fué un bravo y presto socorro y fué la cosa más notable que passó en la guerra de Granada, quedando Lorca y Murcia y la gente de su Reyno con fama eterna de aquel socorro. Verdad es que las dos ciudades, Murcia y Lorca, en esta jornada tuvieron ciertos disgustos; mas los Cavalleros de Murcia procedieron tan cavallerosa y hidalgamente, que escusaron el daño que dello se podía resultar, y assí no ay para qué tocar en ello, sino dezir que las dos famosas ciudades lo hizieron tan valerosa y altamente que quedaron con renombres de fama eterna de este viage.

Dexando, pues, aora esto a parte, me pareció que sería muy bueno nombrar algunos de los Cavalleros que fueron a este socorro, assí de Murcia como de Lorca, los quales son éstos:

Don Juan Pacheco, Cavallero del hábito de Santiago.
Don Francisco Pacheco, su hermano.
Pedro Riquelme.
Don Pedro Carrillo.
Pedro de Valboa.
Juan Tizón.
Diego Tizón, su hijo.
Bernardo Galtero.

Cristóval Galtero.
Francisco Galtero.
Otro Francisco Galtero.
Los Cavalleros Ávalos.
Lisones.
Avellanedas.
Sancho Riquelme, Alférez del Real Estandarte.
Ginés de Silvestre, Sargento mayor.
Bernardino Galtero.
Los Cavalleros Thomases.
Peralejas.
Alemanes Valobreras.
Don Gerónimo de Ayala.
Don Gerónimo de Santacruz.
Francisco Faxardo.
Don Juan Faxardo.
Don Juan Vázquez.
Don Luys Vázquez.
Rodrigo de Puxmarín.
Don Enrrique Rocaful.
Juan Hurtado de Guevara.
Jaymes.
Celdraves.
Guzmanes.
Pajanes.
Mateo Borras.
Don Pedro de Villaseñor.
Rodas.
Jofres de Loaysa.
Junterenes.
Zavallos.
Tordesillas.

De Lorca los siguientes:

Juan Leones de Guevara.
Juan Mellado de Guevara.
Luis Ponçe de Guevara.
Martín de Lorita, Alférez Mayor de Lorca.
Adrián Leones Alburquerque.

Martín Leones Alburquerque.
Adrián Leones de Guevara.
Alonso de Leyva Ponçe.
Alonso de Leyva Marín.
Diego de Leyva.
Pedro de Burgos Marín.
Los Falconetas.
Los Rendones.
Alonso Teruel Alcayde.
Alonso Teruel Marçilla.
Juan de Teruel Marçilla.
Numeras.
Quiñoneros.
Piñeros.
Perezmontes.
Manchirones.

Todos estos cavalleros y hidalgos salieron de la noble Murcia y Lorca, sin otros muchos que no pudo apercebir la memoria. También de Caravaca vinieron Capitán y Alférez con otras gentes nobles, y de Zehegín, por consiguiente; de Totana y Alhama y de la villa de Mula también salieron algunos que aquí pondremos:

Borras.
Hitas de Ávila.
Resales.
Melgarejos.
Datos.
Torrecillas.
Lázaros Lasos de la Vega.

Con otros muchos hidalgos descendientes de los que poblaron á Mula, y pues avemos tocado en estos Lázaros de la Vega que vinieron a este Reyno, es de saber que un cavallero llamado Juan Lázaro de la Vega, nieto o biznieto de Garcilaso de la Vega el que mandó matar el Rey Don Pedro en Burgos, salió de Ciudad Real por ciertas passiones que en ella huvo, y el Rey Don Juan le embió á la Villa de Mula para que sirviesse en aquella frontera con sus armas y cavallo en compañía de otros muchos hidalgos que allí avía. Este Juan Lázaro de la Vega y Laso se casó con una señora llamada Botia, de noble linage,

y de ay deciende los Lázaros Vegas que ay en el Reyno de Murcia, especialmente en la villa de Mula y Lorca; ser nobles, remítome a una executoria que he visto en poder de un Escrivano de Caravaca del Ayuntamiento, llamado Antonio Lázaro de la Vega.

Pues dexando esto a parte, tenemos necesidad de tornar a nuestra materia, pues los cavalleros y hidalgos que avemos dicho de Murcia y Lorca y de los demás lugares referidos, se hallaron en el socorro de Vera, que fué notable y digno de escrivirse para eterna memoria.

Pues bolviendo al Reyecillo, assí como llegó á la ciudad de Purchena, visto que el socorro de Murcia y Lorca no le avían seguido, hizo correr todos los lugares del Marqués y saqueallos; mas poco mal les hizo, porque ya sus moradores andavan debaxo de las vanderas del Capitán Maleh; lo que fué dañarlos, fué en algunas cosas principales señaladas del Marqués, como jardines, casas, iglesias, porque el Marqués tuviesse que reparar si acaso tornasse a governallas. Pues dexaremos aora al Reyecillo y bolveremos al Marqués de Vélez que aguarda en Verja, mas diremos primero un romance que se hizo acerca del socorro de Vera, que es éste:

ROMANCE QUE TRATA CÓMO ABENHUMEYA PUSO CERCO SOBRE LA CIUDAD DE VERA CON QUINCE MIL MOROS Y TURCOS, Y DEL BRAVO SOCORRO QUE HIZO LORCA Y MURCIA Y OTROS LUGARES DEL REYNO DE MURCIA.

Lleno de cólera ardiente
Abenhumeya se halla
porque el Marqués de los Vélez
venció a su gente en batalla,
Do le mató tres mil hombres
de la gente más granada,
y de lo que más le pesa
es dejar allá las armas.
Y assí por aqueste agravio
se la tenía jurada
de destruirle las tierras
y dexarlas asoladas.
Para salir con su intento,
a todo su campo manda
que se parta para Vera
porque quería cercalla,
Y que si viene socorro
de Argel, halle allí entraaa
do desembarquen las gentes
en su ancha y grande playa.

El campo se marcha luego,
dexando las Alpujarras,
por el río de Almançora
y junto a su orilla passa.
Al Box destruye y Alboreas,
del Marqués muy estimadas,
a Zurgena y Partaloba,
sin dexar piedra en nada;
Tan sólo deja a Cantoria,
por ser fuerça muy nombrada
y que para sí quisiera,
que está bien fortificada.
De Oria no haze cuenta,
que está también custodiada,
ni de los Vélez tampoco,
porque tienen buena guarda
de sus mismos moradores
con lealtad estremada.
Passa de allí el Reyecillo
haziendo a Vera jornada
y entra por la Bellabona,
en donde está una atalaya;
A Vera le pone cerco,
pensando luego ganalla,
pero Vera se defiende
porque tiene gente armada;
Tres días la bate el Moro,
no puede adelantar nada,
y Vera puesta en peligro
con su gente en la muralla
pelea muy bravamente
contra la mora canalla.
Las mugeres valerosas
se emplean en hazer balas
por servir a los soldados
que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
si el asedio más durara;
son muchos los enemigos
que la tenían sitiada
y acuerda pedir socorro
a Lorca, aunque está apartada:
Tres ginetes se aventuran
a travesar por la esquadra
de aquella morisca gente
y salir con su embajada;
Rompen por los enemigos
con braveza extraordinaria

sin que daño recibiesen,
aunque los tiran mil balas;
Corrieron todo el camino
sin pararse para nada
y el que buen cavallo tiene
a los demás se aventaja.
En cinco horas, por su cuenta,
dentro de Lorca se halla;
cuando dio el reloj las once,
su embaxada ya está dada.
A las doce llegó el otro
y el tercero a la una dada.
Lorca luego se apercibe
y a las dos su gente marcha;
ochocientos hombres lleva,
porque con éstos le basta
para romper al contrario
aunque mucha gente traiga;
también ochenta caballos
van en aquesta jornada.
Anochecieron en Pulpi
y en Vera les tornó el alba.
Abenhumeya, que vido
venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera
y para las Cuevas marcha,
y porque eran del Marqués
las destruye y las abrasa.
Con esto pasa a Purchena,
donde el Maleh ya le aguarda;
Lorca le sale al alcance
dándole en la retaguardia
Y siguiéndole hasta el río,
pero de allí se tornara
porque ya toda la gente
venía muy alargada,
Y para Vera se vuelven,
la qual muy regocijada
los recibe y los obsequia
dándoles muy finas gracias
por aquel pronto socorro
que fué de tanta importancia;
Más tarde la noble Murcia
salió a hazer esta jornada
llevando cinco mil hombres,
gente toda bien armada:
Caravaca, Zehegín
y también Mula la hidalga,

Totana, Alhama con ellos,
como Murcia se lo manda,
por ser cabeça de reyno
en todo fué respetada.
Mas cuando llegó esta gente
Vera estava dessercada,
y no por eso perdió,
por no ser ya necesaria,
Honor y gloria fomosa,
pues ya salió á la demanda
do mostrara su grandeza
y virtud aventajada.

Fin.

CAPÍTULO CATORCE, EN QUE SE PONE CÓMO EL Marqués de Vélez se retiró a Adra, y cómo allí llegó el Marqués de la Favara con quatro mil hombres de guerra, y cómo le recibió el de Vélez. Assimismo se pone cómo el Comendador Mayor con la gente que truxo de los tercios de Nápoles acometió a los Moros de Bentomiz y Frigiliana, y cómo los Moros los maltrataron en batalla y al fin fueron vencidos y saqueados.

Ya os contamos cómo el valeroso Faxardo, Adelantado de Murcia, venció la gente del Reyecillo, la qual escapó con menoscabo de tres mil de los que avía embiado, dexando la plaça de Verja libre y desembarazada, y aviendo mandado que todos aquellos cuerpos fuessen quemados; mas recelando que de aquella mortandad podía resultar algún inficionamiento con que pudiera ser dañado su Real, mandó que el campo se retirase de allí y se fuesse a Adra, que estava de allí sólo una legua, y también porque se entendió que tenía orden de hazerlo assí, porque Su Magestad avía mandado que el Comendador Mayor de León, Don Luis de Zúñiga y Requesens, fuesse por aquella parte con alguna gente de los tercios de Italia y la diesse al Marqués de Vélez para que con ella acavase la guerra de las Alpujarras; y para esto el Comendador Mayor avía sido llamado, que estava en Roma, y viniendo a Nápoles hizo seys o ocho mil hombres de guerra de aquellos tercios de Italia, y embarcándolos en las galeras de Nápoles, caminó

con ellos para España, y en llegando a Barcelona, adonde él tenía su casa, hizo una gran compañía de vandoleros, a los quales se les concedió perdón general de sus malos hechos, porque se fuessen con él a la guerra de Granada. Con esta gente valerosa y con la demás que él traía, llegó con las galeras a las partes de Bentomiz y Frigiliana, pueblos de Moros levantados y puestos en arma; y pareciéndole al Comendador Mayor que no sería malo dar en aquellos lugares, pues traía a su cargo aquella gente vieja y valerosa de los tercios de Nápoles y de otras partes; y assí mandó desembarcar la gente de las galeras y con ella se fué para la fuerça de Bentomiz, que era muy alta y áspera de subir, y allí ordenada su gente dio la vanguardia a ciertas compañías de la gente de Málaga y de toda aquella axarquía, que avían venido a dar en aquellos lugares por vengarse de un mal tratamiento que los Moros les avían hecho otra vez antes désta; y assí el Comendador Mayor mandó que esta gente diesse por una parte y la gente de las galeras diesse por otra; y tocada el arma, las Christianas vanderas començaron a subir a toda priessa por la cuesta arriba con voluntad de llegar a lo alto de la fuerça; mas los Moros començaron a defender la subida arrojando muchas piedras con una endiablada invención que los Moros ordenaron, y fué que tenían muchas piedras de molino apercibidas y por los ojos de las ruedas travesados unos maderos tan gruessos como los ojos eran y muy largos, y estas ruedas arrojavan en derecho de las esquadras de los Christianos que subían por la cuesta, y no avía rueda déstas que no se llevasse de camino cinquenta soldados, si delante los hallava, porque baxavan aquellas ruedas de lo alto con tanta furia y presteza como suele decender un rayo expelido de las gruessas nubes; y hizieron tanto daño estas ruedas y otros géneros de piedras en las Christianas vanderas y sus militares soldados, que era grande compassión de ver tal mortandad, de tal forma que en pocas horas las Christianas esquadras andavan a mal traer; mas la gente de Málaga y la de toda aquella axarquia, mostrando grandíssimo valor, subieron por la parte que les cupo hasta lo alto del lugar, y con los Moros travaron cruda batalla, y los del tercio de Nápoles, aunque con más fatiga subieron, como arriba llegaron dieron en los Moros, crudamente, arcabuzazos. Los Moros se defendían y peleavan como leones, matando y hiriendo muchos Christianos; mas poco les valió su esfuerço, que al fin por el valor de los Christianos fué el lugar entrado y muchos Moros muertos y muchos se escaparon huyendo de aquella rota. El saco fué grande, donde se tomaron muchas Moras y muchachos; mas todo fué comprado á pre-

cio de christiana sangre y vidas de soldados que allí murieron. El Comendador Mayor, alcançada esta victoria, aviendo mandado enterrar los muertos y recoger los heridos, con las galeras se partió la buelta de Málaga, adonde se poblaron todos los hospitales de aquellos heridos que avían escapado de aquella batalla. Conviene al Comendador quedar aquí algunos días mientras su gente se reparava y bolver al de Vélez, el qual ya estava en Adra, adonde sentó su Real a guisa de buen soldado y asperto General, aguardando orden de Su Magestad. En este tiempo ya el Marqués avía mandado llevar las Moras que tenía a la fuerça de las Cuevas, porque allí estuviessen seguras, y de allí fueron llevadas a los Vélez, y de los que las llevavan al cargo era el uno el Moro Albexari que atrás avemos contado, que era aquel que prendió y hirió Francisco Zervantes y lo traxo al Marqués a Verja. Este Moro llevava a su dama Almançora en un macho por mandado del Marqués; el qual yva el más alegre Moro del mundo, gozando de la vista de su dama, que era en estremo hermosa, y ella no menos holgava con la conversación y vista del Moro Albexari, que lo amava mucho; y si no fuera porque esta Historia es toda coscorrones y armas y batallas, tratáramos las ternezas destos dos amantes y sus estremados amores: sólo sé dezir que llegadas las Moras á las Cuevas, Albexari se tornó con los demás al Real del Marqués, adonde le sirvió muy bien y lealmente hasta que el Marqués se bolvió a su casa; y porque nos aguarda el sangriento Marte, dexaremos esto y hablaremos de las cosas tocantes a las guerras que tenemos entre manos. Pues es de saber que Abenhumeya, después del cerco que puso a Vera tan vano a su pretersión, se retiró a Purchena con todo su campo, determinado de aguardar allí a Murcia y su Reyno, si acaso fuera que le querían seguir, y visto que Murcia y Lorca no le seguían, determinó de hazer unas solemnes fiestas para alegrar sus gentes y todo su campo, y assí mandó que se pregonassen las fiestas en esta forma:

Al que en travada lucha mejor lo hiziesse, le daría cien escudos en oro y le coronaría de hojas de un verde laurel.

Más aquel que se mostrasse más suelto y corriesse más ligero y llegasse primero al puesto diputado, le daría otros cien escudos de oro.

Más al que de tres saltos alcançasse más tierra, le daría otros cien ducados en oro.

Más al que más tiempo sustentasse un canto de seys arrobas en el ombro, le daría otros cien escudos en oro y un rico alfanxe.

Más al que mejor y más gallardamente dançase la zambra con una bella Mora, le daría una ropa de seda fina hecha en Argel.

Más a la Mora que mejor dançasse, le daría una riquíssima marlota y quatro almayzales finos.

Más al Moro que mejor tañesse y cantasse a la morisca y mejor canción dixesse o romance, le daría un hermoso cavallo aderezado y enjaezado.

Más a la Mora bella que cantasse mejor y mejor canción arábiga dixese, le daría una hermosa marlota guarnecida de oro.

Más al Moro que mejor tirador fuesse de canto, treinta escudos de oro y un alfanxe.

Más al Moro que mejor tirasse con escopeta o arco le daría diez ducados de oro.

Más al Moro que tirase más derecho y certero con honda, le daría diez ducados en oro.

Todas estas fiestas y cosas se avían de hazer en la plaça de la ciudad de Purchena, que para poderlos hacer era muy grande y ancha, y para esto mandó que la plaça fuesse toda aderezada y arenada y todas las paredes y ventanas muy entoldadas de ricas telas de sedas y lienços labrados y blancos; y todos estos juegos tan diversos unos de otros los ordenó el Reyecillo por no tener orden de correr toros ni tener cavallos y aderezos para juego de cañas, y assí con estas doze cosas diferentes unas de otras su campo y gente se podía alegrar y exercitar; todo lo cual se avía de hazer dentro de doze días, los quales bien sabía él que podía estar quieto y seguro de assalto de los Christianos, atento que el Marqués de Vélez estaba aguardando orden en Adra y que el campo de Don Juan de Mendoza, Teniente del Marqués de Mondéjar, estava en Órgiva sin orden de lo que avía de hazer, y assí el Moro Abenhumeya dio orden de hazer en Purchena las fiestas que avemos dicho.

Pues llegado el día señalado que se avía de hazer la peligrosa lucha entre los más fuertes y robustos moços del campo, mandó Abenhumeya que a un lado de la plaça se pusiesse un rico dosel de seda, el qual era hecho de palios de las iglesias por los Moros saqueadas, y debaxo del dosel un rico assiento para que él se sentasse, y otros assientos de no tanto valor para sus Capitanes y Cavalleros más allegados. Y sentado Abenhumeya en su asiento, y a la par dél muchos Capitanes y Cavalleros de estima, començaron a sonar muchos instrumentos de guerra, añafiles y dulçaynas, atabales y otras cosas dignas de alegrar semejantes fiestas. Todos los terrados y ventanas estavan ocupados de muy hermosas y arreadas damas Moras; toda la plaça llena de muchas gentes de todas las Alpujarras y ríos de Almançora y Almería y de otras partes del Reyno de Granada, y todos estavan

alistados, con sus armas a punto de guerra como buenos soldados, por si acaso fuessen menester las armas, que estuviesse aprestadas. Pues estando Abenhumeya y todo su campo (como avemos dicho), al son de muchas dulçaynas y atabales pareció en la plaça el valeroso Capitán Caracacha, acompañado de muchos Turcos, todos aderezados de grana y muchos instrumentos de guerra, de añafiles y caxas; en medio del esquadrón el bravo Capitán, con horrible presencia y robusta, desnudo, en carnes vivas, sólo traía unos pañetes muy justos y blancos con que se cubría. Venía todo reluciente por causa del aceyte con que se avía untado porque su contrario no pudiesse fácilmente hazer pressa. Mostrava el bravo Turco muy bien la grandeza de sus miembros y su robusto aspecto y fornidos músculos de braços y piernas, con lo ancho y fornido de su bravo pecho y espaldas. Caracacha no era hombre alto ni baxo, sino de mediana estatura, bien travado de miembros y fornido de huessos, de tal manera que muy bien mostraba en su persona ser de dobladas y grandes fuerças; y assí, de toda la gente siendo mirado, dezían todos a una voz que Caracacha tenía y dava muestra de fortíssimo hombre. Y aviendo el bravo Turco passeado toda la plaça mostrando la braveza de sus doblados miembros, se puso en medio de ella, en el lugar adonde avía de ser la porfiada lucha. Y no tardó mucho que por una de las calles que salía a la ancha plaça sonaron ruydos de caxas y añafiles y por ella vieron entrar cinquenta soldados Moros vizarros, en trages y libreas de mucha hermosura, todos de color verde, con muchas guarniciones de plata y franjas de oro, y todos tiradores de arcabuzes. Los quales, como llegaron a la plaça, dieron una hermosa carga de arcabuzería, marchando como venían, y en medio de gallardo esquadrón pareció el bravo Capitán Maleh, desnudo, en carnes, sólo se cubría con unos delgados paños todos franjados de oro y seda y en la cabeça un paño tocador que valía mucho precio, franjado de seda carmesí, en los cabos dos hermosas borlas de seda carmesí y plata. Venía delante del Maleh un pajecillo vestido de la misma color verde, guarnecida de plata, y en la cabeça puestas unas hermosas plumas verdes y blancas, y en el braço izquierdo un dorado escudo, en el qual avía un campo azul y en él media luna de plata, la qual parecía que le tenía asida por una de sus plateadas y afiladas puntas una hermosa mano de dama, con una letra en arábigo que dezía assí:

«Mientras mi Luna a la Luna
tocare, tengo esperança
que menguante ni mudança
jamás avrá en mi fortuna.»

Esta letra lleva el gallardo Maleh, respeto que servía una bella y hermosa Mora llamada Luna, de quien estava muy confiado que jamás le avía de faltar su fe. La qual este día estava puesta en una ventana, ella y otras hermosas Moras, por ver aquellas fiestas que se avían de hazer. Y assí como el bravo Capitán entró por la placa, la bella Mora no apartava los ojos de su amante, contemplando la belleza y hermosura de sus miembros, no blancos, ni morenos, adornados de un hermoso bello, que hermoseava en alto estremo su belleza y bien hecha composición. Assí ni más ni menos fué toda la gente maravillada de sus doblados y robustos miembros y crecidos músculos poblados de unas azules y hermosas venas. Y si bien les havía parecido el bravo Capitán Caracacha y su brava presencia, no menos les pareció el buen Capitán Maleh, robusto y bravo, especialmente aviendo hecho tan hermosa y tan honrosa entrada y su gente con tan hermosa librea, aunque la entrada de Caracacha también avía sido buena y la librea de su gente toda de fina grana con pasamanos de plata. Y pues avemos dicho de la letra del buen Maleh, será justo que digamos de la del buen Caracacha: la qual sacó en un hermoso escudo dorado, el campo rojo claro a manera de claro rubí y en medio dibujado un rostro de una hermosa Turca que parecía de un ángel, con un tocado maravilloso hecho a la turquesca que parecía estar enlazado con cadejos de sus dorados cabellos. El cabeçón de la camisa era baxo, muy labrado, al parecer de oro y grana, de suerte que el blanco y liso cuello se descubría bien y claramente; el qual estava rodeado de un hermoso collar que parecía al vivo ser hecho de orientales perlas y pieças de oro, y de las hermosas orejas, unas pendientes arracadas que parecían ser hechas de finos rubíes. Y, finalmente, el retrato era sacado al natural por un grande pintor que estava en Argel, y el buen Caracacha lo traxo a España para memoria de su contento y acuerdo de su dama, y este día lo sacó en público, porque le pareció a él que teniendo aquel retrato de su dama delante tendría el ánimo doblado y fuerças aventajadas, assí como si su misma dama fuera y en tal possessión le tenía. Baxo del hermoso rostro avía una letra turquesca que dezía assí:

«La Luna, Sol, ni Luzero
no tiene tal hermosura
como el retrato y figura
de la dama que más quiero.»

Parece que este retrato del Capitán Caracacha fue por industria sacado aquel día, pues hazía punta su letra a la del Capitán Maleh, dan-

do a entender en su concepto y sentido que más hermosa era su dama que la suya, pues dezía que el rostro de su dama y su retrato era más hermoso que la Luna, cuyo nombre era de la dama de Maleh; el qual no echó de ver en ello por la distancia del lugar y también porque como entró en la plaça, lo primero que hizo fue poner los ojos en su dama, que ya sabía él la ventana a donde avía de estar, y assí como la vido y vio cómo lo estava mirando, le pareció que no tan solamente con Caracacha le pusiera en dudosa lucha, sino con aquel famoso Alcides cuyas fuerças fueron por el mundo publicadas y en tanto tenidas. Las hermosas Moras que estavan con la bella dama estavan riquíssimamente vestidas de hermosas telas de damasco de diversos colores, las ropas hechas con tanta vizarría como en aquel tiempo se podía usar en su trage, tocadas todas curiosas y maravillosamente a lo moderno de su usança. La hermosa Luna no menos estava gallarda y ricamente vestida que ellas, porque encima de una marlota, llamada azedría, que era de seda labrada en telas de muy diversos colores, la qual estava toda sutil y artificiosamente colchada. Tenía puesta otra riquísima marlota, la media de terciopelo azul y la otra media de terciopelo carmesí, toda golpeada de unos golpes, con mucho orden dados, que hazían una hermosa obra llamada escaramuza, y la parte que era azul estava aforrada con una tela de seda fina amarilla, que salía su color por las cuchilladas maravillosamente de bien, y la parte que era carmesí estava aforrada con una tela de seda plateada, que también hazía maravillosa obra. Tenía un çaragucel blanco de un delgado ruan muy plegado. Los çapatos, los medios azules y los medios colorados, y de todas partes argentados de fino oro. Tenía la hermosa Luna por la frente y sienes ceñido un hermoso listón de color de nácar y por él puestas unas muy ricas y hermosas perlas orientales. Finalmente, estava la bella Luna extremadamente hermosa y costosa, que no avía ninguno que la mirasse que no quedasse preso de su vista. Abenhumeya muchas vezes avía puesto los ojos en la hermosa Luna; mas como sabía que la servía el valeroso Capitán Maleh, se contentava con sólo verla, porque a intentar otra cosa perdiera un valeroso Capitán y más de diez mil soldados con él que militavan sus vanderas. Finalmente, dezimos que assí como el Maleh entró en la plaça dio una buelta por ella acompañado de su gente, y passando por delante de Abenhumeya, haziéndole su acatamiento, se volvió a la parte donde estavan las damas y assimismo les hizo reverencia y todas ellas se levantaron y les hizieron mesura. El valeroso Habaquí y un tío de Abenhumeya eran jueces destas fiestas, puestos y señalados para ello por el mismo

Abenhumeya, los quales, mirando la hermosa disposición y buen talle del Maleh, dixo el Habaquí: «Por cierto que si vuestra Alteza para mientes en ello, que el Capitán Maleh es de grande valor y que me parece a mí, no sé si me engaño, que en lo bien hecho y en lo travado de los miembros le haze gran ventaja a Caracacha, y si sale assí en las obras como en el parecer, el Caracacha desta vez queda sobrado.» «Assí me parece a mí», dixo Abenhumeya y sin él otros muchos cavalleros y Capitanes que allí estavan; y mirando por el Maleh vieron cómo aviendo dexado su hermoso esquadrón a un lado de la plaça, passo a passo, con gallardo semblante, se llegó al Capitán Caracacha, el qual lo estuvo mirando desde que entró en la plaça, maravillado de su brava postura y buen talle, conoziendo por ella ser el Maleh hombre de grandes fuerças y brío. El Maleh no menos fue considerando el talle y garvo del africano Turco, pareciéndole que era hombre de grande valor y esfuerço. Y con esto, llegando a él, los dos alegremente se saludaron, tomándose por las derechas manos. El Africano dixo al Maleh: «Huelgo, valeroso Maleh, que tú seas el que ayas emprendido probarte conmigo, porque holgaré en extremo ver si tu valor llega a tu fama, porque como tú ayas estado de presidio en el río de Almançora, tengo poca noticia de tus cosas, más de aquello que por fama se suena en las Alpujarras y sus marinas.» El Maleh a estas palabras le responde: «Probar mi valor, bravo Africano, no te haze a ti tanto al caso como a mí probar el tuyo, porque entiendo que por él te eligieron por Capitán para estas partes, y atento esto, tengo obligación de probar si el valor de tu persona llega a tu tan alta presumpción.» Diziendo esto acaso acertó a bolver los ojos a la parte adonde un Turco tenía el escudo de Caracacha, que no estava muchos passos dellos, y como viesse el hermoso retrato de la Turca y la letra tan arrogante que dezía que era más hermosa que Luna y Sol y Luzero, entendió el bravo español Maleh que el Africano avía sacado aquel escudo con aquel retrato en competencia del nombre de su señora. Y muy enojado por ello y lleno de una ardiente cólera passó adelante con su razón: «Y pues aora estamos en la ocasión de probar cada uno lo que pretende, para poner mayor fuego al caso te pregunto: Dí, Africano, ¿sabes qué cosa es Luna?» El Africano respondió: «Dime, ¿por tan torpe me tienes y por de tan poco saber que no avía de saber qué cosa sea Luna? Pues nosotros los Africanos no ponemos en nuestros escudos sino la Luna, teniéndola por divina y celestial insignia de nuestras armas, y que por ellas nos gobernamos en nuestras prósperas y adversas fortunas.» «Pues si eso es assí como confiessas, ¿por qué, dime,

defraudas el respeto que le deves a la Luna y por ella pones en tu escudo el retrato de tu dama, que a mis ojos es más escuro que la noche respecto de la Luna que mis ojos alumbra? Realmente, Caracacha, que no tienes verdadero conocimiento de quién sea la Luna; mas para que tengas conocimiento de qué cosa sea, y sabiendo lo que es veas que el retrato de tu escudo muy atrás se queda, pon los ojos en aquella ventana de aquel balcón azul y dorado, a donde está puesto aquel paño de terciopelo verde, y allí verás la Luna digna y merecedora de ponerse en qualquier honroso escudo, aunque fuera el del Magno Alexandro.» El valeroso Africano puso los ojos en la ventana que el Maleh le avía señalado, a donde vido muchas Moras bellas y con ellas una que parecía ser de mayor belleza, y luego entendió que el Maleh lo dezía por aquélla y que aquélla tenía por su Luna; y afrentado porque el Maleh avía dicho que respecto de aquella su dama y retrato eran noche oscura, le dixo: «Maleh, menospreciado has mi retrato y por él mi dama; muy fuera has dado de la razón y no me maravillo de ello, porque dizen que quien feo ama, hermoso le parece. Con la noche comparaste a mi dama, siendo, en respeto della, la tuya una tiniebla; en tu escudo traes su nombre y su mano que toca a los delgados cuernos de la Luna; pues sea ésta la manera: que fuera del prometido premio de tu Rey que está presente, el que vencedor fuere a tres caydas lleve por justo premio el escudo del otro para que lo dé en presente y trofeos a su dama.» Esto dezía el valiente Africano teniendo por muy cierta la vitoria de su parte. El Maleh, muy alegre, le dixo: «Por Mahoma te juro, valeroso Caracacha, que me has dado mucho contento con lo que has dicho, aunque me has dado mucho pesar en alargar y dilatar la vitoria de la lucha a tres caydas; por lo mucho que deves a tu dama, que no vaya más de a una sola cayda.» A esta sazón llegó el buen Habaquí, que era juez de aquel caso, por saber en qué los dos competidores estavan altercando; con el Habaquí se llegaron otros muchos Capitanes, y sabiendo la discordia entre ellos por tan honrosa ocasión, los concertaron que la vitoria fuesse alcançada a las tres caydas, y esto assí acavado todos se tiraron a fuera y los dexaron solos. El valeroso Maleh, enojado de veras contra el Turco africano, más quisiera llevar aquel negocio por las armas que por vía de lucha, mas visto que no podía ser otra cosa en aquella presente ocasión, le dexó para si el tiempo le ofreciesse otra que tuviesse más cómoda oportunidad; y assí, callando, mudada la color, los ojos encendidos de fuego, se fue para el Turco, el qual, no menos enojado le recibió, y a una los dos bravos competidores asieron de los molledis

de los braços, con tanta fortaleza en las manos como si fueran unas fortíssimas tenazas, y assí començaron a tentarse las duras fuerças el uno al otro, llevándose a todas partes: unas vezes atrás, otras adelante, otras al rededor, assí como si fueran dos javalís o dos fortíssimos toros llenos de rabiosos celos. La presa que hizo el Africano al valeroso Español era de más eficacia y fortaleza, respecto que la que hizo el Español fue sobre el azeyte de que el Turco venía untado, y la presa acerca desto no era firme ni fija, porque se le desvaravan las manos a todas partes; y la presa que el Turco hizo, como las carnes del Español estavan limpias y enjutas, llenas de vello, lo llevava como quería a su voluntad. Lo qual sintiendo el bravo Maleh determinó con presteza de remediar aquel daño que le desfavorecía, y para esto dio una gran sacudida a una parte, de tal suerte que aun con gran dificultad le hizo perder la pressa al Africano, la qual tenía con tal fortaleza hecha que al desassir las manos las duras uñas llevaron los pellejos hazia adelante, dexando bañados de sangre los lugares do se avían aferrado. Y como el bravo Maleh se viesse desassido de aquella terrible pressa, al punto, como si fuera un ave se abolançó al suelo y con las dos manos abarcó de aquella arena sobre en que se hazía la dura palestra, que era una arena blanca muy menuda que la llaman braja, y levantándose en pie se fue para el Africano, que con todo su poder ya venía sobre él pensándole coger debaxo, y tanta era la furia que llevava, que aviéndose ya el Español levantado vino a poner las manos en el suelo; y como el arena era blanda y deleznable, y como la furia que llevava era tanta, con los pies hizo un gran resvaladero della, y sin poderse afirmar sobre ellos le convino poner también los pechos en tierra, de suerte que quedó todo lleno del arena respecto del unto del azeyte que él llevava puesto. El Maleh que assí lo vido, tan presto como un pensamiento fue sobre el bárbaro, por no perder tan buena coyuntura como la fortuna le ofrecía, y la arena que llevava en los dos puños la lançó sobre las espaldas del Turco, que ya se quería levantar, mas el bravo Español no le dio lugar que tal hiziese, porque cargando sobre él le hizo tornar segunda vez a tender de todo punto sobre el arena. El Africano, porfiándose a levantar se rebolcava por la arena, de suerte que todo quedó lleno della y el azeyte perdió su delicadeza y blandura, y el Maleh, visto la porfía del Turco, le dixo desta vez: «Caracacha, la primera cayda no será tuya», y con esto se tiró a fuera por dar lugar que el Turco se levantase; el qual levantado quiso tornar a embestir con el Maleh, ardiendo en viva saña, y el Maleh le dixo que aquella arremetida avía de ser para la segunda cayda, porque la pri-

mera ya él la tenía ganada. El Turco dixo que no, que si él avía caydo que él no lo avía derribado, sino que por el arena ser deleznable avía caydo de su estado, forçado de su propia fuerça. A esto llegaron los juezes, y tratando sobre el caso se halló que la arena fue en favor de Maleh y en disfavor del Turco, y que la ocasión de su cayda fue por coger el Maleh debaxo, y que al Maleh le había sido fortuna favorable, pues por estar él baxo avía sucedido la cayda del otro. Assí que desta cayda quedó el Maleh por vencedor, dando la sentencia de su victoria los juezes. El bravo Africano, aunque defendía con palabras su partido, al fin quedó condenado y dello enojado grandemente; arremetió al Maleh, el qual no le reusó la parada, antes le embistió con gran furia, y assí, assiéndose segunda vez, los dos començaron a luchar dura y porfiadamente una grande hora con los braços, y llegando su cólera a mayor braveza y punto se aferraron a braço partido, pareciéndole a cada uno que tenía un monte acuestas. Aquí fue todo el afán de trabajosos miembros, poniendo cada uno en aquella segunda lucha todas aquellas fuerças que alcançava, dándose grandes bueltas a todas partes, levantando grande cantidad de arena con la fortaleza de sus pies, y como ya el azeyte del Turco avía perdido su calidad, el Maleh hazía duramente firmes presas, de modo que el Africano no se deslizava ni podía. Desta suerte anduvieron una grande pieça de tiempo, fatigando sus personas con tantas y tan grandes bueltas como daban. Quién viera allí la cautelosa zancadilla del uno y el derecharla del otro, la maña del uno, la fortaleza del otro. Quién viera tanta braveza como allí estos dos valerosos Moros mostravan; por cierto que sería cosa de ver aquel hijadear y aquel dar bufidos, cobrando nuevos alientos, la espuma que les salía por la boca, la grande sudor que brotava de sus cuerpos, de tal forma que les era necesario buscar nuevas presas por no perder la ocasión de su victoria; muchas vezes, por no perder la presa hecha hincavan las duras uñas de tal manera que por muchas partes saltava de las uñaradas la sangre viva. Desta suerte anduvieron peleando gran parte del día sin cansarse; mas como la fuerça del bravo Español era más dura y él era nacido en mejor clima que el Turco y con ella avía acompañada una gran soltura y ligereça como sabemos que tenían aquellas gentes del reyno de Granada y, finalmente, de nación española y de sangre rebuelta con la goda, mostrava gran ventaja y demasiada destreza contra el Africano, que aunque era hombre de grandes fuerças, con el continuo cansancio vino a aflojar gran parte del brío que de principio mostrava, lo qual sintiendo el bravo español Maleh le apretava con mayores fuerzas que hasta allí,

de lo qual el Turco se espantava y dezía que aquél no era hombre sino diablo del infierno, pues mientras más yva más las fuerças se le doblavan, y dezía entre sí: «¡O, Santo Alá, y qué Hércules es este que con tanta fuerza me oprime!» Y diziendo esto, pareciéndole que desfallecía, tornó a cobrar nuevo ánimo y esfuerço, apretando con el Español le dio dos bravas bueltas; mas poco le vale, porque el Maleh, enojado de ver que tanto andava la lucha sin sacar fruto de su trabajo, cobrando gran corage, poniendo toda su fuerça levantó del suelo al bravo Turco, semejando en esto al bravo Alcides quando levantó de tierra al fuerte Girión, y como lo tuvo en el aire hizo muestra de dar con él en el suelo, a la parte izquierda con toda su fuerça, lo qual sintiendo el Africano con gran presteza bolvió los pies a aquella parte porque lo hallase el contrario firme; mas no le sucedió como lo pensó, porque viendo que salía su treta a buen fin y como él lo avía pensado, sintiendo que el Turco con los pies acudía a la defensa por aquella parte, con grande fuerça y presteza dobló el cuerpo a la parte derecha, y sin dexar lugar que el Turco cayese en ello lo sacudió tan bravamente que el Africano, inadvertido de aquella industria, no bolvió los pies para estar firme, y assí dio con él en el suelo una gran cayda y tal que todo su cuerpo fue en el arena estampado, recibiendo gran quebranto de aquel desaforado golpe; y el Maleh, tirado a parte, se paró a mirar a su contrario viéndole caydo; el qual assí como un león que brama se levantó, y sin acuerdo de lo que tenía de hazer en aquel caso arremetió al Maleh desatinadamente. El Maleh, viéndole venir assí desatinado, tuvo por más cierta la vitoria y assí hizo muestra de le aguardar para se aferrar con él; mas fue otro su pensamiento, porque assí como el Turco arremetió casi ciego de corage, el Maleh le rehusó el cuerpo a un lado poniéndole el pie derecho delante tan firme como un peñasco de la mar y viento combatido. El Turco, quedando en bacío, como yva recio passó el cuerpo adelante y encontrando con la pierna del Maleh muy fácilmente se tendió en el suelo. A esta hora toda la gente que los mirava levantó una gran grita diziendo: «De gran valor es el Capitán Maleh, pues assí ha vencido un tan grande competidor.» Con esto las trompetas y añafiles de Maleh tocaron con grande alegría por la victoria alcançada de su buen Capitán. El Turco se levantó como un rayo, de yra lleno, quiso tornar a embestir al Maleh; mas a esta hora no tuvo lugar, por quanto los juezes llegaron y dixeron que aquéllo no se podía hazer, que ya el Maleh lo avía vencido, aviéndole hecho dar tres caydas. Y assí sacaron al Turco del campo maltratado, aunque el Maleh no lo estava menos de las uñas

y del quebrantamiento de sus miembros. Mas al fin, con demasiada gloria quedó vencedor y pidió a los juezes que le mandassen dar el escudo del Capitán Caracacha, pues que lo avía ganado. Luego los juezes se lo dieron, de lo que más pesó al de África, porque más quisiera perder la vida que perder el escudo con el retrato de su señora. Mas dissimulando, dixo que aquello era guerra y suerte de ventura, que otro día le podría él ganar. Pues tomando el Maleh el escudo, acompañado de su esquadrón al son de trompas y caxas y dulçaynas, salió de la palizada, y rodeando toda la plaça se fue al lugar a donde estava el Reyecillo, y passando por delante le hizo su acatamiento. El Reyecillo le llamó, y llegado, tomó una corona de lauro que estava sobre una rica mesa y se la puso en la cabeça y le mandó dar con esto el premio prometido. Con esto todos los instrumentos del campo resonaron grandemente y un grande alarido de las gentes que dezía: «¡Viva el Capitán Maleh!» Quien a esta sazón viera al bravo Africano, claramente viera el gran pesar que tenía dentro de su coraçón, y si él estava muy pesante, todo el exército turquesco no lo estava menos viendo su buen Capitán vencido de un morisco Español, y assí tomando su Capitán, cubriéndolo con una ropa de fina escarlata, lo sacaron de la plaça acompañado de muchos Capitanes que lo consolavan diziendo que de aquéllo no tuviese pena, que uno por fuerça avía de ser vencido y aquél avía de ser el que la suerte quisiese. El Africano, mostrando alegría dezía que no le dava aquéllo pena alguna, mas se quexava que avía dos vezes sido desgraciado en caer como avía caydo, sin que el Maleh le tocasse, y assí llegó a su possada, con determinación de se vengar de el Maleh; el qual, muy contento y vitorioso, de laurel coronado por la mano del mismo Abenhumeya, llevando el ganado escudo en el braço, se fue acompañado de muchos Capitanes a donde su señora estava, y en llegando al balcón le dixo de esta suerte:

«Hermosa y clara Luna, de cuyos resplandecientes rayos mis ojos son alumbrados; recibid señora este escudo ganado con vuestra favor, porque sin él jamás se ganara por ser de un fortíssimo contrario que quería aniquilar vuestro nombre y belleza, mas como ella sea tal qual se muestra, haziendo invidioso al Sol, no permitió que ninguno la pudiese ofender ni dañar y puso en mí fuerça y ánimo para que pudiese ser defendida, aunque entiendo que vos sola con le mirar le rindiérades; y diciendo esto, alçó la mano con el escudo al balcón que no estava muy alto, y la hermosa Luna agradeziendo el presente se abaxó y tomó el escudo con su blanca y hermosa mano, quedando con más

belleza, al parezer, de la que antes tenía con la verguença que recibió de lo que el Maleh le avía dicho. Todas las demás damas que con la hermosa Luna estavan tomaron el escudo y mirando el retrato fueron maravilladas de la beldad que contenía, y dezian que si la Turca era tan hermosa como el retrato mostrava, tenía gran razón el Turco de defenderla, porque era una de las más bellas cosas que tenía el mundo; y assí la bella Luna, siendo informada del pesar que el Africano sintió por la pérdida de su escudo, se lo embió con un page, embiándole a dezir que tuviesse en mucho aquel retrato, y pues tanto quería su original, que otra vez no pusiesse en contingencia de perderlo. El Africano con la mayor alegría del mundo lo recibió, embiándole por la merced que le hazía del retrato grandes gracias, prometiendo la servir en todo quanto por ella le fuera mandado en España y en Argel, o a donde él se hallase. El buen Maleh, gozoso con la victoria, se tornó a poner en el puesto para si alguno quisiesse salir á la lucha que allí se hallase. Mas Muley Abenhumeya le embió a dezir que dexasse el puesto para que otros Capitanes provassen sus fuerças en la palestra; y assí el Maleh fué llevado con mucha honra a su posada rodeado de su velicoso esquadrón, y siendo vestido y adornado tornó a la plaça por ver los que salían a la lucha, y llegó al tiempo que el Capitán Caracacha también entrava en la plaça muy adornado de vestido y acompañado de muchos Turcos y del otro Capitán su camarada, y como se vieron el uno al otro, alterada la sangre, no olvidando lo passado, con dissimulado proceder se hizieron mesura; mas el Africano dentro de sus entrañas lo odiava desde aquel día grandíssimamente; y assí de allí en adelante le procuró todo mal. Pues llegados estos dos bravos Capitanes a la plaça, se fueron a poner con los demás Capitanes que allí estavan, de quien fueron bien recebidos, y estando tratando de la passada lucha y de palabra en palabra vinieron casi a encender los ánimos a mortal saña, porque el Africano le dixo al Español «que se tuviesse por tan victorioso como aquello; que si él avía sido en algo sobrado fué por desgracia aver dado dos caydas, la causa siendo el arena; mas que el valor de los hombres no se avía de mostrar en lucha, porque era exercicio de brutos salvages, sino con las armas, y que en aquéllas él le mostraría a él y a los demás del Reyno Granadino cómo era de más valor que todos ellos». El Maleh le respondió: «Que era aquella mucha soberbia y arrogancia turquesca costumbre antigua suya; que hombres avía en las Alpujarras para en cosa de las armas de más valor que no él, y que él se ofrecía con ellas de dar a entender ser verdad lo que dezía de aquéllo.» El Africano quiso

responder y aun pasar adelante, mas, considerando que estava allí el Rey Abenhumeya, se calló, diziendo que para otra ocasión se quedase aquéllo a donde se pudiese tratar más largo. Y assí estos dos bravos Capitanes siempre en la guerra anduvieron repuntados. Pues estando en esto se oyó gran diversidad de música de trompetas y caxas y por la calle mayor vieron entrar a Mamiaga, que *La Austriada* le tiene puesto otro nombre, compañero y camarada del Capitán Caracacha, a cuyo cargo venía otra esquadra de Turcos desde Argel, como ya tenemos dicho. Éste, assí como llegó a la plaça con su camarada como diximos arriba, se tornó a salir de la plaça y se fué a su posada y se puso de lucha, y acompañado de su bravo esquadrón entró, como dezimos, en la plaça, a guisa de lucha: desnudo, en carnes, mostrando la bravosidad de sus recios y doblados miembros. Su esquadrón venía todo adornado de una hermosa librea pajiza y morada, con plumas todos los Turcos en sus turbantes de la misma color. Todos eran tiradores y gente muy diestra en aquel menester; y assí como llegó á la plaça, aviéndola rodeado, pasando por junto al Rey Abenhumeya, le hizo su acatamiento, y después a los demás valerosos Capitanes que a Muley acompañavan; y assí passó adelante, llevando un pajecillo suyo un escudo dorado, en campo verde un león rojo que lo encadenava una hermosa doncella turca con una cadena de plata, y en lo baxo del león avía una letra que dezía, en arábigo, desta suerte:

«No la cadena me prende,
aunque sea fuerte y dura,
préndeme la hermosura
de aquella que está en aliende.»

Esta letra sacó el bravo Turco respecto de una hermosa dama de nación turca a quien el Turco amava, la qual estava en Argel. Pues llegando al punto, aviendo su esquadrón dado una hermosa carga de arcabuzería, el esquadrón se retiró a un lado de la plaça, quedando el valeroso Turco aguardando competidor. Mirándolo todos cómo era muy bien hecho y proporcionado de cuerpo y miembros, dixo Abenbumeya: «Gran valor muestra el Turco, y entiendo que éstos han tomado la mano contra la gente granadina entendiendo que no tienen valor; pues ¡por Mahoma que se engañan, porque al fin son Españoles, y esto les basta para ser valerosos!» «En las armas, dixo el Habaquí, pueden ser más diestros, mas en lo que toca al valor, cosas he visto en la guerra que son de mayor valor hechas por los Granadinos que no por los Turcos.» Y el Habaquí passara adelante contando algunas

llas, sino los interrumpiera el son de caxas y añafiles que entraron en la plaça con un hermoso esquadrón de cinquenta soldados, todos vestidos de librea verde y amarilla y todos tiradores. Cuyo valeroso Capitán era el buen Jorayque, natural de Baça, el qual venía desnudo a uso de buen luchador. Llevava un amigo suyo delante dél un hermoso escudo plateado, el campo de oro y en medio dibujada una hermosa granada verde con su peçón de plata, y en él dos hojas verdes con una letra que dezía assí:

«Si no se abre la Granada,
Baça será memorada.»

Traya esta letra el gallardo Moro, porque todos sus passados fueron alcaydes de la fuerça de Baça y él pensava serlo, si acaso Granada y su Rey no quedasse de Moros como antes solía serlo; mas salióle al revés tal pensamiento al Moro como diremos adelante. Pues llegado al palenque, todo el gallardo esquadrón disparó una sobervia carga de arcabuzería. Y luego, arrimándose á una parte, dexando al Jorayque, el qual mostrando grande braveza en su persona por lo fornido de sus bravos miembros, se fue a donde el Turco estava, al qual le dixo: «Tarde se haze; vengamos a las manos, porque han de entrar otros que se quedan adereçando.» El turco le dixo: «Pues tan de priessa vienes como esso, a la primera cayda podremos dar fin a la palestra.» El Jorayque dixo que le plazía, y assí con grande braveza se aferraron el uno al otro por los braços, con tanta fortaleza que era cosa de espanto ver con la furia que començaron, tanto que todos dezían que si la lucha passada avía sido terrible, que aquélla no lo era menos y los competidores no eran de menos valor que los primeros, y assí parando mientes a la lucha se espantavan de ver su braveza, porque andavan los dos contrarios de tal forma que no parecían sino dos furiosos toros, o dos bravos ossos, según mostravan su bravo acometer procurando dañarse el uno al otro por todas las vías que podían; mas como el bravo español de Baça, su clima se comunicava con lo bélico del Andaluzía y Murcia, mostrava tanta braveza en sí, que muchas vezes tratava al Africano no muy bien; el qual, como hombre astuto y sagaz y en tales cosas esperimentado y de nación Griego Genízaro, hijo de Turco, tenía tanto valor en sí y andava tan bien puesto, que el Español Morisco no le podía, aunque más bravo se mostrava, hazer perder punto de su valor. Manteníase la lucha de tal manera, que jamás entre los dos se hallava punto de ventaja, de lo qual el buen Jorayque andava corrido, y viendo que todo su afán era en vano, y que la gloria

de su vencimiento estava en sola una cayda, y que aquélla pudiera fortuna darla por desgracia suya a su competidor, acordó lo que no podía acabar por fuerças acabarlo por maña, pues en la lucha todo se podía usar; y assí desassiéndose del contrario, estando a braço partido se tornaron a assir de los braços, como de primero se començaron a dar nuevas y rezias bueltas, llevándose el uno al otro con grande furia a todas partes. Y visto el Jorayque que su contrario estava cevado en aquellas bueltas, assiéndose bien de los braços de su contrario assí como si fueran unas terriblíssimas tenazas, se dexó caer de espaldas en la arena llevando a su contrario tras de sí, y al tiempo que el Turco venía sobre él le puso los dos pies en los pechos, assí caydo como estava, le hizo levantar del suelo, y por encima dél lo arrojó de la otra parte, dando el Turco de cabeça una gran cayda; y el astuto Jorayque fué luego en pie con tanta presteza como un ave y se fue para el Turco, que ya a toda priesa se levantava. Mas el Jorayque no le dio lugar para poder lo hazer, porque le embistió tan de fresco y con tanta fortaleza que le acabó de derribar. Á esta hora toda la gente dio una grande grita diziendo: «Si fuerça tiene el Jorayque, maña no le falta, pues con ella a vencido tan duro contrario.» Las trompetas y añafiles del Jorayque començaron a tañer con grande alegría por la victoria de su valeroso Capitán. El Africano, tan enojado como corrido, a toda priessa se levantó de la blanca arena, mostrando en el rostro una infernal vista, de suerte que parecía lançar fuego vivo por los ojos, y con una temblante voz dixo: «No es de varones claros y fuertes, sino de viles y cobardes, querer por industria ganar honra y gloria de los valerosos hombres que lisa y llanamente muestran todo el caudal de sus fuerças; mas siento se juzga en mi disfavor dándote la gloria de mi vencimiento. Forçosamente, por satisfación de mi honra, se avrá de averiguar por las armas, porque no es decente cosa dexarlo passar sin la vengança que del caso mi honor pide.» En esto llegó el prudente Habaquí y el tío de Abenhumeya, que eran juezes, y entendidas las razones del Africano lo sacaron del campo por evitar algún escándalo, diziendo «que se vería aquel caso y se le guardaría su justicia.» Todo el vando Turquesco estuvo movido por romper y matar al Jorayque. Lo qual sentido por algunos Capitanes le dixeron al Reyecillo que no era cosa segura que la lucha passase adelante, porque della se podía seguir en el Real algún notable escándalo y rompimiento entre sus gentes, y que las cosas de su Reyno no estavan en punto de semejantes reboluciones; que los demás juegos se hiziessen y que las luchas parasen. Abenhumeya en esto se tuvo por bien aconsejado, y assí

mandó que el Jorayque saliesse del campo y viniesse ante él. El Jorayque vino y los juezes, aviendo determinado el caso de la lucha, se halló que en la lucha toda maña es valedera, y assí al Jorayque le fué dado su premio y corona de laurel. Y al son de muchos instrumentos, cubierto de un fino paño, lo sacaron del campo. ¿Quién os podría contar el enojo y corage de los Capitanes Turcos? No otra cosa por cierto sino que, si dado les fuera, juntaran su esquadrón y con todo el campo rompieran, sino fuera por dar al Ochalí, Rey de Argel, mala cuenta de su passada en España. Abenhumeya mandó que se publicasse que no huviesse más lucha, sino los demás juegos y pruebas, atento que no eran peligrosas. Muchos Capitanes fueron pesantes desto porque estavan alistados para la lucha y con bravas y costosas libreas, los quales eran éstos:

Abenayx.	Zarrea.
Almoçávar.	Abonvayle.
El Gorri.	Alhadra.
Gironcillo.	Alrrocayme.
Puertocarrero.	El Derri.

Y sin éstos otros muchos moriscos valerosos que en dos días no se acabaran las luchas; y assí fué acordado que el siguiente día se provassen las fuerças de los fuertes varones, de quien más ladrillos alçasse con la mano se le daría un galán premio; y assí otro día de mañana, estando toda la plaça adereçada como avía de antes y tan poblada de gentes terrados y ventanas, se puso en medio de la plaça, en parte que todos pudiessen ver, cien ladrillos de los que se usan, para que dellos tomasen aquéllos que pudiessen alçar. Y estando ya Abenhumeya sentado en su Real silla debaxo de un rico dosel, por la misma orden que el día passado avían entrado los luchadores, mandó que para la prueva de aquel día entrassen los que avían de provar sus fuerças, y esto porque pareciesse mejor la fuerça y huviesse más que ver. Y esto assí mandado, no se tardó mucho que no entró por la plaça Abenayx, Capitán de Cantoria, bizarramente galán, vestido de una hermosa marlota de grana franjada con muchos fresos y franjas de plata, con bonete de seda de la misma color, con una pluma blanca y otra roja, un rico alfanje ceñido. Calçava un gallardo borceguí azul argentado con fuego de tal forma que parecía el morisco tan bien y tan gallardo quanto otro pudiesse serlo. Acompañávale un gallardo esquadrón con su rica

vandera, en la qual llevava pintado el Castillo de Cantoria, con una letra que dezía assí:

«Es la fuerça de mi fuerça
que no ay fuerça que la fuerça.»

Esta letra llevava Abenayx en su vandera, dando a entender por ella que la fuerça del Castillo de Cantoria era tal que no avía en todo el río de Almançora otra que más fuerte fuesse que él. Y entrando por la plaça en orden, como quien passava muestra la rodeó toda; haziendo reverencia al Reyecillo, dexó su esquadrón puesto en orden, y paso a paso, con gallardo continente, aviendo hecho a las damas cortesana reverencia, se fue al puesto diputado para la prueva, a donde avía des maderos no muy gruessos, tan apartado el uno del otro quanto los pudiera alcançar un ladrillo por lo largo; los maderillos estavan tendidos en el suelo, y sobre ellos se avían de poner los ladrillos que cada uno sentía poder alçar, porque por entre los maderos avía de meter la mano el que avía de probar la fuerça. Pues llegado allí el valeroso Abenayx tomó de los ladrillos hasta veynte y todos los puso uno sobre otro sobre los maderos, y cada ladrillo pesaba tres libras, y éstos se avían de levantar con una mano en el ayre, sin ser atados con cuerda ni otra cosa, so pena que no ganava nada en el apuesta. Y assí como los ladrillos fueron puestos, el gallardo Abenayx se abaxó al suelo, y metiendo la mano por baxo de los ladrillos, haziendo grande fuerça como aquel que la tenía, levantó los veynte ladrillos en el ayre muy altos del suelo que todos lo pudieron ver; de que no poco fueron todos maravillados, con una mano alçar tantos ladrillos que por lo menos pesavan sesenta libras. Pues aviéndolos alçado, los tornó a poner sobre los maderillos como de antes estavan. Para esto avía presente dos veedores y un Escrivano, para que sentasse por cuenta los ladrillos que cada uno alçava. Aviendo Abenayx provado su fuerça como es dicho, se tornó a su gallardo esquadrón (que todavía se estava puesto en orden) y por la misma orden que entró salió de la plaça, disparando una hermosa carga de arcabuzería, dexando a todas las gentes muy contentas de su gallardo esquadrón y de la prueva que avía hecho de su fuerça. Abenhumeya, maravillado de cómo Abenayx con sola una mano avía alçado aquel peso en el ayre, dixo a sus Capitanes: «Bien puede dezir Cantoria que tiene en Abenayx un valeroso y gallardo Capitán.» «Esso pregúntenmelo á mí — dixo el buen Maleh que estava bien cerca de Abenhumeya — quando por mandado de vuestra Alteza fuy sobre Cantoria, desde aquí deste lugar, con más de

diez mil hombres, y éste, que estava allí con harta poca gente, unos Almodóvares Christianos viejos, naturales sus passados de Murcia, me hizieron tan brava resistencia que, después de averme muerto y herido muchos de mis soldados, me huve de retirar sin que llegasse a efecto lo que vuestra Alteza me avía mandado. Y es cierto que si a los de Cantoria les huviere venido el socorro que a los Christianos embiaron a pedir, oy Cantoria no es de vuestra Alteza, por el valor de los Capitanes y soldados que tenía dentro.» Con esto cesó la plática, porque se oyeron caxas de guerras y era la causa que entrava el Capitán Caracacha con su turquesco esquadrón gallardamente ataviado. Venía el bravo Capitán todo vestido de azul de una rica tela de seda turca, muy guarnecida con franjas de plata; en la cabeça un rico turbante de una toca blanca como arminio vandeado de oro, y en ella puesto un rico penacho blanco y azul. Todo su esquadrón entró desta divisa, salvo que los borceguís de los Turcos eran rojos y los de Caracacha datilados y argentados. Trayan su rica vandera, toda azul y en medio media luna de plata, y junto della una letra arábiga de oro que dezía assí:

«Del Líbico mar salió
sin un punto ser clypsada,
y si se gana Granada
ninguna más mereció.»

Esta letra puso el Africano en su vandera, dando a entender que en ninguna batalla de las que en Africa avía tenido nunca jamás su vandera fue vencida ni sobrada, y que si Granada se ganasse, ninguna de las vanderas granadinas sería de mayor merecimiento, atribuyéndose assimismo la gloria de tal vencimiento. Pues passando el Turco adelante, aviendo hecho su acatamiento a Fernando Muley, dexando su esquadrón puesto en orden como venía, mostrándosse gallardo, llevando en su hombro derecho un tahalí de terciopelo verde y dél pendiente un plateado alfanje, se fue a la parte donde estavan los ladrillos puestos por Abenayx sobre los palos, y pareciéndole a él que bien podría aventajar otros dos ladrillos, los passó encima de los veynte, y baxándose al suelo metió la mano por baxo de los ladrillos, y poniendo todo el resto de sus fuerças los probó alçar, mas no pudo moverlos de su lugar, y visto esto quitó uno de los ladrillos y tornó a probar; mas tanto hizo como de primero, y quitando el otro ladrillo de los dos que avía puesto, probó su ventura tercera vez y levantó los veynte ladrillos del suelo, mas no tan altos como Abenayx, y tornando a

sentar los ladrillos, dixo: «Mal me va con los españoles, pues con ellos en dos pruebas no he podido ganar nada», y diziendo esto se tornó a su esquadrón y por la misma orden que entró se tornó a salir de la plaça, dando una gentil carga de escopetería. «Más diestro está en las armas — dixo Abenhumeya — que en las pruebas de sus fuerças el de Africa; por hombres más robustos y de mayores fuerças tengo a los granadinos, y si ellos huvieran posseydo armas contino, ninguna nación en el mundo les hiziera punto de ventaja en nada.» «Assí es verdad — dixo el Habaquí —, y si solos dos años se contina la guerra, no avrá mejor gente en el mundo ni más áspera en las armas.» Estando en esto se oyeron caxas y dulçaynas, y no tardó que no pareció un hermoso esquadrón muy bien adornado, cuyo valeroso Capitán era Puertocarrero el moço, hijo del Alcayde de Gérgal, el qual venía todo vestido de una ropa encarnada toda guarnecida con fresos de oro; su borceguí datilado hecho en Argel y un rico alfanje colgado del hombro, de un hermoso y rico tahalí. Llevava un bonete turquesco y en él un rico penacho blanco y encarnado; en su vandera no traya cosa de letra, sino sólo media luna y un zancarrón. La vandera era roja, mas él entró a la española, como gallardo Capitán: una gineta en la mano, y delante dél un page bien adereçado que llevava un escudo muy rico, dorado el campo azul y en medio una letra que dezía assí:

«Si la que me fuerça a mí
poniéndome brío y fuerça,
hora estuviera ante mí,
se me doblara la fuerça
como pareciera aquí.»

Esta letra sacó el Moro Puertocarrero, indigno de tan soberano nombre, porque andava amartelado de una hermosa Mora, natural de su tierra, llamada en castellano Brianda, y en arábigo Fátima; y porque le dava grandes favores, dezía el Moro en su letra que ella le doblava el ánimo y la fuerça, y que si la tuviera en tal ocasión delante, que allí en la prueva ninguno se la ganara. A todos pareció muy bien el gallardo Puertocarrero; mas mejor pareció quando fue hecho quartos en Granada. Pues como entrasse por la plaça, rodeándola toda, passó por delante de Abenhumeya y le hizo grande acatamiento, y dexando su esquadrón assí en orden como estava se fue a donde avía de probar sus fuerças, y en llegando halló los ladrillos descompuestos, porque Caracacha, mohíno de no poder alçar más que el Abenayx, los avía desparcido por el suelo. Puertocarrero, no sabiendo el número de

lo que avían sido alçados, puso doze ladrillos por la orden que se avían de poner, y baxándose metió la mano por debaxo de los ladrillos y con gran pena los pudo levantar del suelo, y no fue mal alçar treynta y seys libras con sola una mano. Y siendo assí asentado por quien tenía cuydado dello, Puertocarrero se tornó a su esquadrón y se salió gallardamente de la plaça, dando una gentil carga de arcabuzería y hondas, que fue cosas de ver los crugidos que las hondas davan. Abenhumeya dixo: «No me parecen mal los soldados de aquellas hondas, porque a fe de Rey que en las ocasiones son de grande importancia.» «No son sino muy buenas — dixo su tío Abenchohar — y en el tiempo antiguo no se usava otra cosa sino hondas y ballestas de palo, y con estas armas se hazían muy buenos hechos de que tenemos memoria.» «Assí es verdad — dixo el Habaquí —; mas aora mejor anda la milicia, porque ay buena arcabuzería con que de presto se haze la hazienda.» Estando en esto entró por la plaça el gallardo Maleh, que avía ydo a ponerse bien para la prueba de sus fuerças; y assí entró con su esquadrón, bizarro y galán, bien adornado, de vestido morado, con bonete y plumas de lo mismo y borceguí azul argentado. El tahalí azul tachonado de plata y dél pendiente un rico alfanje. Y rodeando la plaça se desplegó su vandera, que era morada, y en ella media Luna de plata grande y debaxo della un Sol que parecía que la Luna le escurecía. Natural cosa de Moros ser dellos la Luna más estimada. Llevava una letra de plata que dezía assí:

«Es el Sol una planeta
que a las demás les da lumbre,
mas la luz y la vislumbre
de mi Luna es más perfecta.»

El gallardo Capitán Maleh llevava esta letra porque ya tenemos dicho que su señora se llamava Luna y la tenía en tanto que dezía que los rayos de su hermosura escurecían el Sol, aunque a las planetas dava luz con su lumbre. Passando, pues, el Moro con su gallardo esquadrón rodeando la plaça, aviendo hecho los acatamientos debidos a su Rey y a las damas, dexando su esquadrón en orden puesto, se fue para los ladrillos, y poniendo veynte y dos ladrillos por su orden los levantó, aunque no mucho, del suelo; pero al fin fueron levantados un palmo, y con esto, dexándolos se tornó con gallardo paso a su esquadrón. Maravillados fueron todos de averle visto levantar los veynte y dos ladrillos con una mano, y dezían: «Valeroso es el Capitán Maleh»; el qual salió de la plaça dando una hermosa carga de arcabuze-

ría, dexando a Muley y a todos los demás muy pagados de su buen talle y valor. Luego entró el valeroso Capitán Zarrea con su esquadrón bien adereçado, todos tiradores, su vandera era amarilla y verde, y en ella una letra que dezía en arábigo assí:

«Desespero, mas espero
que el tiempo hará mudança,
y confío que Esperança
me dará lo que más quiero.»

El Moro Zarrea, buen Capitán, llevava esta letra porque amava una hermosa Mora, y aunque no le avía mostrado ningún favor, tenía el Moro firme esperança que su desseo se allegaría a buen fin. Entró el Moro vestido de la color de su vandera, en el bonete dos plumas, verde y amarilla; un rico alfanje, borceguí verde y argentado, el çapato amarillo. Y aviendo entrado por la plaça, haziendo a Muley su mesura y a las damas y Capitanes, saliéndose de su esquadrón se fue a la prueva de sus fuerças, mas no alçó sino catorze ladrillos, quedando corrido en no aver alçado más. Y viendo que no se podía hazer otra cosa se tornó a su esquadrón, y dando una gentil carga de arcabuzería se salió de la plaça. Luego entró en la plaça el Capitán Gorri con un gallardo esquadrón, y él delante, vestido de pardo damasco guarnecido de franjas de oro, bonete de lo mismo con plumas pardas y blancas, con rico alfanje, borceguí datilado. Su vandera era de color de cielo, sembrada de estrellas de oro y media luna de plata, con una letra de lo mismo, que dezía en arábigo desta suerte:

«En mí no cabrá plazer
hasta que vea a Granada
de los Moros conquistada.»

Este Moro Capitán llevava su vestido conforme sus pensamientos, y assí lo mostrava su letra. Era hombre mayor y de buen juyzio y entró tan bien que a todos dio grande contento, y mas por la sentencia de su letra, que todos la desseavan. Entrando en la plaça, aviendo hecho lo que era obligado, dexando su esquadrón se fue a la prueva de las fuerças, y tomando diez y siete ladrillos los alçó fácilmente con una mano, y mostrando buen donayre, con grave paso se tornó a su gente; la qual, dando una buena carga de arcabuzería, se tornó a salir de la plaça. Muley dixo: «Por cierto no le falta valor al Gorri, al fin es hombre maduro y bien pensado en sus cosas y Capitán de mucho valor y confiança?» «Verdad es — dixo el Habaquí — y en ley de Moro

hidalgo, que en todas las ocasiones passadas se ha mostrado valeroso, y más en la de Verja, que si no fuera por su respecto nos huvieran tomado los Christianos casi todas nuestras vanderas.» Estando en esto, al son de caxas bélicas entró en la plaça el Capitán Derri, hombre valeroso, con un gallardo esquadrón y él todo vestido de azul, con plumas, bonete y borceguís de lo mismo; rico alfanje al lado; su vandera era azul y en ella cuatro cabeças de Christianos en señal de muchos que él avía muerto, con una letra que dezía assí:

«La gloria es matar Christianos,
que probar las fuerças no
es gloria que contentó.»

Razón tenía este Moro en dezir por su letra tal sentencia, porque no es de hombres cuerdos mostrar sus fuerças, pocas ó muchas, delante amigos ni enemigos, porque sabiendo cada uno a dónde llega el valor y fuerças del que las prueva, ó los tienen en algo ó no los tienen en nada. Assí que el Derri, famoso y codicioso Capitán, entró en la plaça y aviéndola paseado se fue a la prueva de las fuerzas y puso doze ladrillos, y con harto trabaxo los pudo levantar del suelo, y viendo que otros avían alçado más, enojado dixo: «No tengo cuenta con pruevas, más vale maña que fuerças»; y tornándose a su esquadrón se salió de la plaça, dando una buena carga de arcabuzería. Abenhumeya no estava bien con este Capitán, por lo que atrás avéys oydo, que anduvo persiguiendo al Reyecillo por codicia de los diez mil ducados prometidos del Marqués de Mondéjar, y esto no lo tenía Abenhumeya olvidado, aunque al presente andava en su gracia por muchos Capitanes que se lo avían rogado; mas después por poca ocasión lo ahorcó, como diremos adelante.

No tardó mucho después del Derri que no entró Gironcillo, el de Granada, muy gallardamente vestido de rojo guarnecido de plata, bonete y plumas de lo mismo, un rico alfanje dorado pendiente del hombro derecho, de un hermoso tahalí verde; su borceguí era verde argentado. Llevava una hermosa escopeta al hombro, de rastillo; preciávase de buen tirador y lo era estremado. Su vandera era colorada y en ella pintada la famosa Alhambra, con una letra que dezía en castellano assí:

«Si quiere el cielo y fortuna,
en ti, mi querida Alhambra,
pienso de dançar la zambra.»

Mucho contento dio esta letra de Gironcillo a todos los Moros y Mo-

ras que estavan en las fiestas, y más a Fernando Muley. Llegado Gironcillo a la plaça, aviendo hecho acatamiento al Reyecillo y a las damas y a los demás cavalleros y Capitanes que allí estavan, apartándose de su esquadrón se fue a hazer prueba de sus fuerças, y puestos los ladrillos en orden levantó diez y nueve ladrillos. Todos los circunstantes se alegraron en ver que Gironcillo avía hecho tan buena prueba, y assí, tornándose a su esquadrón, dando una buena carga de escopetería, se salió de la plaça dexando a todos muy contentos de como lo avía hecho bien y de lo gallardamente que avía entrado.

Assí como salió Gironcillo entró un valeroso Capitán llamado Abonvayle, natural de Guadix, hombre de quarenta años y de grandes fuerças. Su esquadrón era de gente gallarda y bien armada; su vandera era blanca con unas vandas azules y rojas y en medio pintado un escudo dorado; el campo era verde, con una letra de oro que dezía assí:

«Quando vea el alameda
de mi Guadix desseada,
de Moros será Granada.»

No dio poco contento esta letra deste bravo Capitán a Muley y a todos los demás que estavan en la plaça. Yva vestido el bravo Abonvayle de un paño verde escuro azeytunado, muy guarnecido de terciopelo negro muy avisadamente aderezado, y aviendo hecho su mesura a Muley y a los demás Capitanes, se fue a los ladrillos, y mirando muy bien lo que se devía de hazer en la prueva de sus fuerças, puso sobre los maderos veynte y quatro ladrillos y con una mano los levantó muy sin pesadumbre, de suerte que bien se dio a entender que podría levantar otros dos más. La gente levantó una grande grita, diziendo que el bravo Abonvayle avía levantado más ladrillos que ninguno otro Capitán. Abenhumeya estuvo maravillado de tal fortaleza, y dixo que jamás tal avía visto. El Habaquí y Abenchoar y otros Capitanes que estaban allí dixeron que le avían visto de un golpe de alfanje hender un Christiano desde el ombro hasta la cinta, y de otro golpe partir otro por medio sin que el alfanje parasse en cosa alguna. «De gran fortaleça es—dixo Abenhumeya—y yo me holgara que encontrara con Don Pedro Maça, Alguazil Mayor de Granada, para que vengara de un tal golpe como ésse la injuria que me hizo quando me quitó la daga; mas aun tengo entera confianza que me tiene de pagar el agravio con vida y hazienda.» Con esto el valeroso Abonvayle se salió de la plaça, dando primero una gallarda carga de arcabuzería, dexando a todos muy

c[illegible]ntos de su maravillosa fuerça. Luego que Abonvayle fué salido de la plaça, entró otro bravato Moro Capitán llamado Alrrocayme; también era éste de las tierras de Guadix. Este Alrrocayme era de edad madura, que ya le apuntavan las canas. Era membrudo, alto, de color moreno verdinegro, zejunto, alcançaba grandes fuerças, era grande enemigo de Christianos, venía vestido de turquesado con mucha guarnición de plata saqueada de las iglesias de los Christianos, quitada de las casullas y frontales. Entró con su escopeta al ombro; su vandera era amarilla y en medio pintado un escudo de plata; el campo azul, y en el campo media Luna de plata, con una letra que dezía, en lengua arábiga, desta suerte:

«Si fuerças han de valer,
presto se verá en la prueba
quién el premio y joya lleva
por su justo merecer.»

Venía este Moro Alrrocayme tan confiado en sus fuerças, que ya tenía de su parte ganado el premio de la victoria, y assí como huvo entrado en la plaça, haziendo a Abenhumeya su acatamiento y a los demás Capitanes y damas que miravan de los terrados y ventanas, se fue a la prueba, y visto que Abonvayle avía levantado veynte y quatro ladrillos, puso treynta diziendo que los avía de levantar o morir, y después de averlos puesto, dando su arcabuz á un paje llegó, y metiendo la mano por baxo de los ladrillos, toda la gente començó un murmullo muy confuso entre sí, diziendo que Alrrocayme no podía levantar tanto peso del suelo, porque levantarlo sería imposible; y en esto, parando mientes qué es lo que haría el bravo Moro, vieron que poniendo su fuerça levantó los treynta ladrillos en el ayre. Entonces toda la gente dio una grande grita, diziendo: «Alrrocayme ha ganado; por Mahoma, que es de grandes fuerças.» Alrrocayme, tornando asentar los ladrillos en su lugar se tornó a su esquadrón mostrando grande contento y gallardía, y dando una hermosa carga de arcabuzería se salió de la plaça, dexando a todos maravillados de sus sobradas fuerças. A esta sazón ya era muy tarde y otros muchos probaron sus fuerças; mas no huvo ninguno que llegasse a los ladrillos de Alrrocayme. Abenhumeya se retiró a su posada acompañado de toda la gente del campo y de los demás Capitanes que con él estavan. Todas las damas retiradas de sus balcones se fueron a sus posadas, a donde no se tratava de otra cosa sino el valor y fuerças de los Capitanes que aquel día se avían probado. Abenhumeya mandó llamar Alrrocayme

y le mandó dar el prometido premio; aquella noche se passó en grandes fiestas y danças de Moras y Moros, quedando para otro día la prueba del que más tiempo tuviesse al ombro un mármol que pesava quatro quintales, que eran diez y seis arrobas de peso.

La mañana venida, Abenhumeya se fue a sentar en su estrado y con él todos los Capitanes del exército, y todos bien aderezados. Poblóse la plaça de mucha gente y las ventanas y balcones y terrados, adonde avía muchas y muy lindas damas. Luego Abenhumeya mandó que se truxesse un mármol que estava en la iglesia, que solía sustentar la pila del agua bendita; era una piedra que tenía seys pies de largo y pesava diez y seys arrobas; este mármol se llevó a la plaza, y luego todos los Capitanes se adereçaron para la prueba de aquel que más le podría sustentar. Todos los Capitanes fueron escritos y sus nombres puestos en un vaso de plata para que todos saliessen por su orden y puesto un relox de arena sobre una hermosa mesa que allí avía. Todos los Capitanes que se avían de probar eran estos que se siguen:

Abenaix.	Al Jorayque.
Almozalván.	Al Rocayme.
El Gorri.	El Habaquí.
Puertocarrero.	El Derri.
Zarrea.	Gironcillo.
El Maleh.	Caracacha.
Abonvayle.	Mamiaga.

Todos estos catorze Capitanes fueron señalados y escritos y puestos en un vaso de plata para que por su orden fuessen saliendo; en esto començó a sonar toda la música de caxas y añafiles, atabales y trompetas, mostrando grande alegría, y aviendo tocado una gran pieça, luego Abenhumeya, al son de muchos instrumentos metió la mano en el vaso de plata y sacó un papel en el qual estava el nombre de Habaquí, y parando toda la música Abenhumeya mandó que el nombre fuesse publicado, y assí sonó luego una sola trompeta, y parado el que la tocava, dixo alto que todos lo oyeron: «Salga el Habaquí.» Luego el valeroso Capitán se levantó de adonde estava y se fue al medio de la plaça adonde estava el liso mármol, y siendo ayudado de uno, porque no podía ser menos, se lo echó al ombro derecho, sintiendo una grande pesadumbre, y haziendo piernas en medio de aquella plaça adonde todos le veyan tuvo sobre su ombro la pesadumbre del

mármol un grande cuarto de hora corrido por el aréna del relox, y no pudiéndolo sufrir más le dexó caer en el suelo, quedando el buen Habaquí descargado de aquel peso como si se descargara de un monte, y mostrando buen semblante se tornó a su lugar diziendo que aquella prueba era cosa de animales. Luego, al son de muchas trompetas y dulçaynas sacó Abenhumeya otra cédula, el nombre era Zarrea, el qual tomando el mármol sobre el ombro no lo pudo sufrir medio quarto de hora, y assí lo dexó caer en tierra diziendo que mejor se apañava a sufrir la carga de la escopeta que aquella del mármol, y con esto se fue a su lugar. Tras de Zarrea salió el Derri, y éste sufrió la pesadumbre del mármol medio quarto de hora, que no pudo sufrirlo más. Luego salió Gironcillo, mas no lo pudo sufrir un momento, que luego despidió la mala carga, diziendo que más valía pelear y matar Christianos que no probar cosa de animales. Tras de Gironcillo salió el Gorri, mas no llegó a medio quarto de hora. Tras del Gorri salió Puertocarrero, mas no pudo sustentar el peso medio quarto de hora. Tras de Puertocarrero salió el gallardo Maleh, y tomando el mármol passó de un quarto de hora, mostrando grandíssimo esfuerço, y no pudiendo sufrirlo más lo dexó caer. El Jorayque salió tras de Maleh y tuvo el mármol casi media hora, y toda la gente se maravillava de su grande fortaleza y dezían que era hombre de grandíssimo valor. La media hora passada, dexando caer el duro mármol, se fue a sentar a su lugar. Luego salió Alrrocayme, y assí como lo vido, toda la gente dio un crugido entre sí diziendo: «Este famoso Capitán ha de ganar, pues ganó por su fortaleza la prueba de los ladrillos.» Llegando el Alrrocayme tomó al hombro el duro mármol y lo tuvo sin moverse de un lugar media hora y un quarto, sufriendo de inmenso trabajo, y no pudiendo pasar de allí se retiró a fuera, dexando caer el mármol en tierra, dexando toda la gente maravillada de su fortaleza. Luego salió el bravo Abenayx y sufrió el peso del mármol otra hora y quarto, que no poco espanto puso a quien lo mirava. Luego salió el gallardo Almoçalvan y sustentó el mármol hora y media sin cansarse, de que puso espanto a todos; y tanto quiso sustentar aquel duro peso, que le reventó sangre por las narices. Tras de Almoçalvan salió el Capitán Caracacha, y aviendo tomado el mármol le sostuvo un quarto de hora y no más. Luego salió su camarada Mamiaga, y no lo pudo sufrir quarto de media hora. Luego salió el bravo Abonvayle, y tomando el pesado mármol se lo puso al hombro, y paseando con él lo pudo sufrir dos horas, con tanta grita de la gente que lo mirava que no se oyan unos a otros, viendo que siendo el postrero avía ganado la joya de

aquel pesado mármol. Luego, sonando todas las trompetas y chirimías, mostrando gran alegría por la victoria de Abonvayle, los demás Capitanes fueron y le sacaron con grande placer de la plaça. Luego Abenhumeya le mandó dar el premio prometido. Otros muchos probaron a sufrir el mármol, mas no huvo ninguno que llegasse a Abonvayle. En esto cessó la fiesta y prueba de aquel día, y otro día se avía de probar el que más saltasse de tres saltos, y assí aquella noche se passó en grandes fiestas y juegos y danças, y la mañana venida se aderezaron todos los que avían de saltar, y fueron señalados los mismos catorze Capitanes; y estando Abenhumeya en su estrado acompañado de la gente más principal de su exército, se començó la prueba del saltar al son de mucha música que sonava por todas partes. El primero que salió fue el Gorri, y de tres saltos que dio saltó diez y nueve pies, porque no pudo saltar más, respecto que al primer salto desvaró y se descompuso. Luego saltó Puertocarrero y saltó veynte y cinco pies, que no pudo saltar más; Zarrea, veynte y cuatro pies; Abenaix, veynte y siete pies; Almozavan, veynte y ocho pies; el Maleh, treynta; Abonvayle, veynte y ocho; El Jorayque, treynta y quatro pies; el Rocayme, treynta y seys pies; el Habaquí, treynta y nueve pies; el Derri, treynta pies; Caracacha, treynta y dos pies; su camarada, treynta pies; Gironcillo, que era suelto como un pensamiento, saltó cinquenta pies de largo. Y a éste se le dio el premio prometido al son de muchas trompetas y atabales. El resto deste día se passó en hazer otras fiestas de placer, quedando aplaçado que otro día se probassen los corredores; el qual venido, siendo señalada la carrera que se avía de correr, que era una gruessa media legua hasta la plaça, adonde estavan puestas las joyas que se avían de ganar. Usábanse entre moriscos correr tan largo y desnudos, en carnes, sólo pañuelos para cubrirse las partes ocultas. Juntáronse para correr más de cien personas, Capitanes, y sin éstos otros grandes corredores, pero ganó la joya un morisco de la villa de las Cuevas, llamado Albejari, que era uno de los más sueltos moços que se hallava en el reyno de Granada. Luego a éste se le dieron sus premios, y a Puertocarrero le dio Abenhumeya diez ducados, porque casi llegó a la par de Albejari, sino que Albejari tendió la mano antes y tomó la vara de las joyas.

Este día passado, quedó que el venidero día se probasse quién más tiraría con un canto de media arroba, y assí venido el día, Abenhumeya en su estrado sentado y toda la plaça llena de gente, cavalleros y Capitanes, se començó a probar el juego de los tiradores, y aviendo tirado todos los Capitanes y otros soldados de mucho valor, les ganó

a todo un soldado Turco, de Argel, al qual Fernando Muley le dio su premio señalado, que fueron treynta escudos, con grande alegría del vando Turquesco, porque aquel Turco avía ganado en España aquel premio. El Turco que lo ganó se llamava Mostafá, natural de Constantinopla. Passado este día desta prueba, quedó el día siguiente se probassen los tiradores de honda, y al que más certero tirasse con ella se le darían diez ducados que estavan prometidos.

Otro día venido, por la mañana todos los Capitanes hizieron reseña de sus esquadras y dellas sacaron todos aquellos que eran honderos, que no tenían armas y según solía ser al principio de la guerra; avía pocos, respecto que estavan ya todos bien armados, de suerte que no se hallaron en todo el campo sino solos ciento y quarenta soldados, y éstos juntos, haziendo un esquadrón dellos, señalándoles para aquella entrada Capitán, entraron en la plaça con muy buena orden, estando la plaça assí como los demás días avía estado, llena de mucha gente y el Reyecillo en su estrado acompañado de muchos Capitanes y cavalleros; aviéndose puesto a docientos pasos una rodela grande hecha de madera para aquel efecto de los tiradores, puesta en un madero alto de un estado. La rodela era blanca y en medio un rolde negro pequeño y su punto en medio blanco, para que el que diera dentro de él o más cerca ganasse la joya de diez ducados prometidos por Fernando Muley. Y esto assí hecho, de en uno en uno fueron todos los soldados tirando, y muchos huvo que hizieron estremados tiros, unos dando en la rodela, otros passando por muy cerca della, de suerte que se hallaron dentro de la rodela noventa y seys tiros, con tanta fortaleza dados que la rodela estava casi deshecha, y el que más cerca dio del blanco, junto del punto, fue un Moro mancebo, natural de Ohánez, llamado Alcolayar. A éste se le dio el premio de diez ducados. Luego todo aquel morisco esquadrón hondero començó a disparar sus hondas en seco, haziendo tanto ruydo y estruendo como si fuera un esquadrón de arcabuzería, de lo qual todos se maravillavan; y salido el esquadrón de la plaça, dixo Muley: «Realmente que me a contentado el esquadrón de las hondas y que me parece a mí que en qualquiera ocasión harían bravo efecto.» Todos los Capitanes dixeron que siempre se avían mostrado aquellos honderos bravos y avían hecho muy gran daño en los Christianos. Con esto ya era tarde y fue acordado que luego se començassen las danças, y assí, muy adereçada la plaça para el caso, tendidas muchas alfombras adonde se avía de dançar, todos los más principales de la hueste fueron sentados a la redonda, y Abenhumeya en su silla, baxo de su estrado; y siendo juntas allí muchas músicas para

hazer el son, hallaron que el laúd y sonaja serían mejor para aquel propósito, y assí puesta la música en su lugar, luego començaron a salir muchos Moros mancebos muy bien aderaçados; uno a uno dançaron maravillosamente de bien, de tal manera que no se determinavan los juezes quién lo hazía mejor; dançaron todos los Capitanes maravillosamente: dançó Gironcillo con una Mora hermosa altíssimamente; la Mora era de Almançata, y dio tanto contento a todos, que el Reyecillo le mandó dar diez ducados y una marlota de seda. Luego entró a dançar Puertocarrero con otra Mora muy hermosa, y éste dançó más galanamente y mejor que Gironcillo, y la Mora dançó muy bien, y también le mandó dar a la Mora una rica marlota y diez ducados y a Puertocarraro el premio de la dança, que era una hermosa ropa de seda.

Luego mandó Abenhumeya que saliessen a dançar las Moras solas, y huvo muchas que dançaron gallardamente, y la última que dançó fue la hermosa Luna, natural de allí, de Purchena. Salió la Mora vestida ricamente de una marlota de damasco verde alcarchofado, toda guarnecida con muchos fresos de oro; sacó un çaraguel de cambray muy delgado y muy arrugado, con un çapato de terciopelo azul guarnecido con oro que era cosa de ver su hermosura. Un tocado maravilloso de bueno con el cabello, tal que bastava a enlaçar con él al mismo dios de amor; una delgada toca encima, tan clara, que no impedía a la vista que lo debaxo no se viese claramente; sacó en las manos un rico almayçal labrado en Túnez, de una fina seda de muchos colores y todos los cabos de fino oro, que valía gran precio. Esta hermosa Mora dançó sola tan bien y tan gallardamente que a todos dexó espantados assí de su belleza como del gallardo donayre de su dançar. Y aviendo dançado hizo su mesura a Muley y a todos los demás cavalleros y Capitanes y se fue a sentar con las demás damas. Luego mandó Fernando Muley que se le diese una rica marlota de terciopelo azul guarnecida de oro, ricamente labrada, y con ella quatro ricos almayçales, y a las demás Moras que dançaron, porque no quedasen embidiosas y desconsoladas, les mandó dar a cada una diez ducados, con que todas quedaron muy contentas. ¿Quién os podría dezir del grande contento del Capitán Maleh en aver visto dançar a su dama y tan bien? estava fuera de sí de contento y se tenía por dichoso en tener tan bella señora a quien sonreir; a quien después no le sucedió bien, como diremos adelante, porque fue muerta a manos de Christianos no parando mientes a su belleza. Luego que las Moras huvieron dançado, mandó Abenhumeya que los que fuessen músicos que tañessen y cantassen,

aunque deste arte no avía muchos, mas diremos de los que mejor cantaron y tañeron. El Capitán Derri tañó y cantó muy bien, y Puertocarrero, que era galán y enamorado, y éste cantó en arábigo la presente canción:

CANCIÓN

Hermosa y bella Granada
donde tengo mi afición,
si fuesses al esquadrón
de los Moros entregada,

Assí tus frescas riberas
de Ynadámar, Jaraquil
con las del fresco Genil
y en tu Alhambra mis vanderas;

Si fuesses ya de aquel vando
que te dessea tener,
donde pueda más valer
Abenhumeya Fernando,

Quién dançara ya la zambra,
quitado ya de querellas,
con hermosas Moras bellas
en ti, mi querida Alhambra.

Esta canción cantó el Capitán Puertocarrero como aquel que sabía bien quién era Granada y sus frescuras; y todos los que allí estavan fueron muy pagados de su canción, viendo que hablava en favor de todos, y Abenhumeya no fue menos contento de la canción, pues frisava con su desseo. Haviendo cantado Puertocarrero, Gironcillo, que era nacido en Granada, oyendo aquella canción, con acrecentado deseo de su patria, trayendo a la memoria sus tiernos años en Granada gastados, acordándose de aquel florido tiempo, casi con lágrimas en los ojos tomó el laúd como aquel que sabía muy bien tocarlo y cantar en él, por no perder el hilo de la començada materia por Puertocarrero. Después de averlo templado a su gusto, començó a tañer muy sentida y suavemente, y juntamente a cantar de tal suerte que a todos suspendió mientras duró su cantar y tañer, tan estremadamente lo hazía, porque siguiendo a Puertocarrero dixo esta siguiente canción en castellano:

CANCIÓN

Si el gran Fernando Muley
en el Alhambra estuviera
con una y otra vandera
governando como Rey;

Si el encumbrado Albaycín
con toda aquella alcaçaba
que el Rey Chico governava
nos diera un glorioso fin,

Que estuviéramos triunfando
con mil despojos y arreos
de los christianos trofeos
y Abenhumeya reynando;

Si de Darro la riqueza
poseyera el vando moro
y le sacara aquel oro
que tiene con tal riqueza;

Si de la vega hermosa
se cogiera el bello fruto
y al perro Christiano astuto
se diera muerte afrentosa,

Abenhumeya estuviera
en descanso y en reposo
y como Rey poderoso
a todos mercedes diera.

Esta cantó Gironcillo tan bien y con tanta gracia que a todos dexó enamorados de su cantar y tañer. Y otros muchos Moros cantaron bien y sentidamente; mas Gironcillo llevó el premio del cavallo por aver sido más agradable su canción. Luego Abenhumeya mandó que las Moras más hermosas cantassen, y porque ellas no sabían tocar laúd, fue necessario buscar un adufe, y una Mora, la que cantava, tocava el adufe, y otra tocava unas sonajas a la usança mora, un son que se llama romance y luego otro que se llama tangía. Pues estando muchas Moras juntas y muy hermosas y todas bien adereçadas, la hermosa Luna importunada fue la primera que cantó en arábigo esta canción:

CANCIÓN

De nuestro río Almançora
las flores se buelvan tales
que produzgan inmortales
con gozo de gente mora;

Y que se buelva Granada
a sus passados contentos
y los moros pensamientos
la hagan aventajada;

Y los Capitanes Moros
sean todos colocados
en la rueda de estimados,
llenos de ricos tesoros;

Y que a las moriscas todas
destas sierras y Alpujarras
les den Christianos por arras
quando celebren sus bodas;

Y se vea Abenhumeya
en Granada coronado
y posseyendo su estado
sea como el de Tarpeya.

El de Tarpeya fue Nero el cruel, y como sabía Luna de las enemistades que algunos le tuvieron a Abenhumeya y de otros que le persiguieron quando anduvo escondido, le quiso traer a la memoria la vengança que dello podía, siendo Rey, tomar. Y assí el Reyecillo no estuvo mal advertido en la canción, y no holgó poco dello, y assí puso en execución su vengança como diremos más adelante, que más valiera que no la hiziera, pues por ella fue privado de vida y Reyno. Acabada la canción de Luna, otras muchas Moras cantaron, mas no tan bien, y assí Luna se llevó la ropa prometida. Mas de las Moras que allí estavan dixo que ella quería cantar, aunque ya se avía dado el premio, y que no por codicia dél cantaría. Abenhumeya dixo que cantasse, que tan bien lo podía hazer, que por ello le daría otra joya. La Mora era muy hermosa y no vestía de color porque su coraçón vestía luto, porque en la batalla de Berja le avían muerto a su padre y quatro hermanos, por cuya muerte vivía lastimada. Era esta Mora de un lugar llamado el Deyre, el qual aviendo sido saqueado de Christianos, ella se

vino a Purchena con sus deudos. Pues avida licencia que cantasse, dándole el adufe, dixo que no quería tañer en adufe, que le mandassen traer un plato de estaño, porque con él avía de hazer son. El plato le fue traydo, y la Mora le tomó, y encima de una pequeña mesa con la mano començó a rodear aquel plato baylándolo al rededor a una mano. El plato hazía un son muy sordo y triste, de tal manera que a todos los que le oyan provocava a tristeza; y luego la Mora, harto moça y hermosa, los ojos puestos en Abenhumeya, llenos de lágrimas causadas de la passión que en su coraçón sentía, començó a cantar muy triste y dolorosamente, con una voz suave, delicada y dolorosa, la canción que se sigue, en arábigo:

CANCIÓN

La sangre vertida
de mi triste padre
causó que mi madre
perdiese la vida.

Perdí mis hermanos
en batalla dura,
porque la ventura
fue de los Christianos.

Sola quedé, sola
en la tierra agena;
ved si con tal pena
me lleva la ola.

La ola del mal
es la que me lleva
y hace la prueba
de dolor mortal.

Dejadme llorar
la gran desventura
desta guerra dura,
que os dará pesar.

De las blancas sierras
y ríos y fuentes
no verán sus gentes
bien de aquestas guerras.

Menos en Granada
se verá la zambra
en la illustre Alhambra
tanto deseada;

Ni a los Alixares
hechos a lo moro,
ni a su río de oro,
menos a Comares:

Ni tú, Don Fernando,
verás tus vanderas
tremolar ligeras
con glorioso vando;

Antes destrozadas,
presas y abatidas
y muy doloridas;
tus gentes llevadas

A tierras agenas,
metidas en hierros,
por sus grandes yerros
pasaran mil penas.

No verán los hijos
dónde están sus padres
y andarán las madres
llenas de litigios.

Con eternos llantos,
muy descarriados
en sierras, collados,
hallarán quebrantos.

Y tú, Don Fernando,
no verás los males
de los naturales
que te están mirando,

Porque tus amigos,
quiere el triste hado,
te habrán acabado
siéndote enemigos.

Otro Rey avrá
también desdichado
que amenaza el hado
como se sabrá.

Y tú, Habaquí,
por cierto concierto
también serás muerto,
mezquino de ti.

Los Christianos vandos
vienen poderosos,
volverán gloriosos
despojos llevando;

Y yo estoy llorando
con gran desventura,
y la sepultura
ya me está aguardando.

Esto diziendo, la hermosa y dolorosa Mora dio un grandíssimo suspiro, que pareció avérsele rasgado el caraçón, y allí, a vista de todos se quedó muerta del gran dolor que con su canción sintió, de que todos fueron maravillados y escandalizados, y más que todos Abenhumeya con aquel tal pronóstico que la Mora le avía dicho que avía de ser muerto a manos de sus amigos. Los Capitanes y cavalleros que allí avía dixeron que no se avía de hazer cuenta de lo que la Mora avía cantado, porque era hierro darle crédito. Abenhumeya la mandó luego enterrar honradamente. Todas las Moras que allí estavan lloraron su muerte y aun la desventura que les avía pronosticado. Estando Abenhumeya en esto, llegó un Moro de las Alpujarras diziéndole que avía necessidad que el campo fuesse a la parte de Andárax y las Albuñuelas y Guaxaras, porque avía en Granada grande rebolución y avía llegado allí el bravo Capitán Céspedes, y que si el campo Moro allá fuesse, podría coger el fruto de las tierras, que eran grandes, de uva, higo, pasa, peros, selvas y membrillos, avellanas, nuezes, castañas, almendras y otras semejantes cosas. Y esto se devía coger porque los Christianos no se aprovechassen dello, que salían de los presidios de Órgiva a cogerlo y con ello se sustentavan. Sabido esto, Muley luego mandó que saliesse de allí el campo y no quiso que se acabasse la fiesta, que faltavan los tiradores por tirar de escopetas. Luego marchó el campo y no paró hasta llegar á Válor, y de allí se passó a un lugar llamado Lucaynena y allí se dio orden de lo que se devía de hazer en el discurso de la guerra que se tenía entre manos. Y fué acordado que dos mil Moros fuessen a la parte de las Abuñuelas y al puerto de la Ragua, para que allí se tenía noticia que muchos Christianos por orden de Don Juan de Mendoça hiziessen un fuerte para que allí huviesse gente

de presidio para guarda de aquel paso, porque los Moros de aquellos lugares saltavan las escoltas y les tomavan los bastimentos, y el Real, que estava en Órgiva, padezía grande necessidad de hambre y de otras cosas; y assí avía en el puerto de la Ragua, en lo alto, una compañía de soldados de más de quatrocientos tiradores obrando aquel fuerte. Los Moros llegaron aquella parte y dieron en los Christianos, y como los Moros eran muchos, fueron los Christianos desvaratados y muchos dellos muertos, dexando su vandera en poder de los Moros y sus armas, y algunos se escaparon y se fueron, unos a Granada, otros al Real de Órgiva, a donde estava Don Juan de Mendoça, al qual le pesó del caso sucedido. Fortuna, no contenta con esto, quiso passar más adelante con su improsperidad, y fué que el valeroso Céspedes estava en la puente de Tablete en presidio por orden del Señor Don Juan de Austria, porque los Moros de la sierra no pudiessen baxar a los lugares cercanos que estavan la vía de Granada. Y el valeroso Capitán tuvo noticia de la rota de los Christianos del puerto de la Ragua, y por vengar la injuria, con su compañía subió a lo alto de la sierra en busca del enemigo, confiado en su valor. Esta salida fué a su modo y sin orden, y assí le sucedió. Mas porque los Moros, reconociendo la poca gente de su vandera, le acometieron tan bravamente que el valeroso Capitán y su gente fué derrotado y su vandera perdida, y él muerto con mucha crueldad, porque a la fama de su valor no avía Moro que no le diesse herida después de muerto, llevando por gran reliquia el alfange ensangrentado de su sangre. Mas el valeroso Céspedes vendió altamente su vida peleando como varón fuerte y belicoso, porque de su mano se hallaron más de cien Moros partidos por medio, y desde los hombros hasta la cinta, con la fuerça de su poderoso braço, acompañada de una espada la mejor que tenía el mundo, valenciana, de mano y media, ancha de tres dedos, tan fornida que pesava catorze libras. Y doy fe que la vide en Vera y la tuve en mi mano y la vi pesar. Pues bolviendo al caso, el valeroso Capitán no muriera ni los suyos se perdieran, si Don Antonio de Luna, que venía del Real de Órgiva le socorriera, que lo pudiera hazer muy bien por llegar muy cerca de allí y ver la batalla con sus ojos; descargóse, según dize Rufo en su *Austriada*, estar lejos de allí y que no podía salir de la orden que llevava. Mal descargo tuvo, por que ¿quién viera una batalla entre Moros y Christianos que no ayudara a su parte?; no huviera hombre en el mundo que no lo hiziera, aunque más orden llevara y aunque más cobarde fuera. A lo menos, en mi opinión, no está puesto por valiente ni por buen soldado. Sienta cada uno del caso lo

que le pareciere. Tornando á nuestra historia, los Moros, con semejantes dos victorias, se tornaron a su Reyecillo cargados de armas y de Christianos despojos. Luego se supo en Granada todo lo que avemos contado, de lo qual el Señor Don Juan y el Marqués de Mondéjar sintieron gran pessar; y luego, por fenezer la guerra y escusar tantos males, se dio orden que al Marqués de los Vélez se le embiasse gente bastante para que la siguiesse, el qual estava en Adra, como es dicho, aguardando la orden de Su Magestad.

CAPÍTULO QUINZE, EN QUE SE PONE CÓMO LE embiaron al de Vélez gente de guerra muy lucida, y la cantidad que era y quién la llevó, y cómo el Marqués de Vélez y el Comendador mayor se recibieron bien en un acuerdo que se tuvo, y cómo el Marqués de la Favara se indignó con el Marqués sobre un punto de honra, y cómo entró la gente en Adra.

Assí como se supo en Granada de la rota del valeroso Capitán Céspedes y de lo mal que Don Antonio de Luna lo avía hecho en no le aver favorecido, por cuya causa le fué quitado el cargo de Capitán, y assí mismo de el vencimiento de los Christianos que estavan en el puerto de la Ragua, muy pessante destas dos rotas, luego el Señor Don Juan de Austria mandó a Don Rodrigo de Benavides, cavallero muy principal, que saliesse de Granada con seys mil hombres y los llevase a Órgiva, a donde estava el campo a cargo de Don Juan de Mendoça, y assí lo hizo el buen cavallero; y en llegando a Guadix vido cómo tenía necessidad Guadix de ser guardado, y assí mandó que allí se quedassen mil hombres para su guarda y passó a Órgiva con cinco vanderas que llevan el resto de la gente. El Marqués de la Favara salió de Granada para este mismo efecto con setecientos hombres bien armados, todos tiradores, y en su compañía llevó más de cien cavalleros y hijosdalgo de Murcia y de otras partes. Y en llegando toda esta gente a Órgiva le fué dada orden a Don Juan de Mendoça, General, que fuesse a Adra al campo del Marqués de Vélez y que llevasse quatro mil hombres bien armados, y que para esto se fuesse a Motril y que allí fuesen embarcados en las galeras con esta orden. Don Juan de Mendoça levantó el campo, y travesando las Alpujarras

por partes ásperas y de malos caminos llegó a Motril, a donde ya las galeras de Nápoles estavan, y con ellas el Comendador mayor con la gente de Don Pedro de Padilla, que era toda brava y belicosa. Embarcada toda la gente en las galeras de España y de Nápoles fué llevada en Adra, a donde estava el de Vélez aguardándola. Luego saltó en tierra, y puesta orden para que el de Vélez la viesse, el Marqués, puesto en parte donde la pudiesse ver, se holgó de ver tanta y tan buena infantería y tan bien armada. El Marqués de la Favara saltó en tierra, como buen soldado se mostró al Marqués de Vélez delante de su gente, que era muy buena y bien armada, y en llegando junto del Marqués el de la Favara, aviéndole hecho su acatamiento, le dixó al Marqués de Vélez: «Aquí soy venido con setecientos hombres bien puestos para en esta guerra servir a vuessa señoría.» El de Vélez, como tenía título de excelencia, no fué bien contento con el Marqués de la Favara, porque le avía dicho Señoría, y assí le respondió diziendo: «Vuessa merced sea muy bien venido; todos venimos aquí a servir a Su Magestad.» El de la Farava, como entendió el menosprecio del Marqués y no le avía respondido señoría, luego le tomó mortal odio, y de allí adelante no estuvo bien con las cosas del Marqués de Vélez, y assí passó adelante con su gente. Luego passó la gente del tercio de Don Pedro de Padilla, muy lucida, todos soldados viejos de los tercios de Nápoles, que era cosa de ver su bizarría con tantas galas como trayan. Luego el Comendador mayor saltó en tierra y se vio con el de Vélez, el qual le recibió como razón le pedía que lo fuera un tan gran señor como el Comendador Mayor lo era. Otro día se entró en consejo de guerra sobre lo que se debía de hazer y por saber la orden que Su Magestad dava. En este consejo de guerra que se tuvo, dice Rufo, en su *Austriada*, que el Comendador mayor y el Marqués de Vélez se repuntaron; lo qual es falso, porque no era el Marqués de Vélez Príncipe, que nadie en el mundo, sino fuera el Rey su Señor, le ossara dezir cosa que a él no le diera mucho gusto. El consejo de guerra se tuvo como era razón que tan grandes Cavalleros le tuvieran en tal coyuntura como á la sazón se tenía. Pues siendo acordado lo que se avía de hazer, luego el Comendador mayor se partió con las galeras la buelta de Málaga, dexando al Marqués de Vélez con onze mil hombres de infantería y ochocientos cavallos, toda gente maravillosa de buena y escogida, y con ella estava el de Vélez muy contento. Y teniendo ya la orden de lo que avía de hazer, manda que el campo marche la buelta de Lucaynena en busca del enemigo que allí le aguardava espantado de saber la mucha gente que el Marqués tenía; mas no por esso le tuvo en nada, porque Aben-

humeya tenía en su campo más de veynte mil hombres y ya todos muy bien armados, sin otros más de treynta mil que estavan en sus lugares y otros que andavan repartidos por las sierras recogiendo los frutos, que eran muchos como avemos dicho. Pues el de Vélez levantado el campo, dio al Reyno de Murcia la vanguardia para la primera vista que al enemigo se le avía de dar, y assí el campo començó a marchar la buelta de Lucaynena con mucha orden, y en llegando a la vista del enemigo se estuvo un día sin hazer cosa alguna, mirando la mejor orden que se tendría para dar al enemigo la batalla. Y como los soldados viejos y otros cavalleros viessen que el Marqués dilatava y no se disponía a cosa alguna, no entendiendo los motivos de su buen General començaron a murmurar dél, diziendo cosas de soldados desgarrados, mostrando grande arrogancia y bravosidad: «Pese a tal, ¿éste es el león que se come los hombres?»; otros dezían: «¿Éste es el bravato que tanta fama tiene por el mundo?»; otros dezían: «¡Voto a tal, no vale un real, pues ve los enemigos y no osa embestir ni acometer!» Estas y otras cosas a éstas semejantes dezían los viejos de Nápoles, y sin ellos otros Andaluces y los del Marqués de la Favara. Todo lo qual vino a noticia del buen Faxardo, y muchas veces lo oya por sus mismos oydos, y de cólera lleno, como hombre no acostumbrado a sufrir semejantes oprobios, disimulando con prudencia mandó a todos los cavalleros de valor y que llevavan cargo de oficio militar, capitanes, alférez y sargentos, y sin éstos otros cavalleros principales, y quando los vido juntos, mirándolos a todas partes les habló a todos de esta suerte:

RAZONAMIENTO DEL MARQUÉS DE VÉLEZ Á SUS SOLDADOS.

«Valerosos Capitanes y soldados fuertes, cuyo contento es seguir las tremolantes vanderas del furioso y sangriento Marte: En estremo holgara ser más un pobre soldado que arrastrara una pica o disparara un arcabuz, que no ser General ni llevar tan trabajoso cargo como Su Magestad a hecho merced de darme; por que siendo soldado yo sé que mostrara en qualquier ocasión el valor de mi persona, de tal forma que conociendo lo de buen soldado tuviera nombre y por ello respetado más de lo que siendo General lo soy; tiénesse de mí mal concepto en que ando a tardo paso en esta guerra y que no hago lo que soy obligado; pues no es assí como se presume y de mí se murmura, porque yo no salgo de aquella orden que se me da, que si a mi voluntad fuera, ya todo el Reyno de Granada fuera asolado, y

aun el de toda África, y porque se vea ser assí como digo y que no es escusa mía propia, tomad essa carta de Su Magestad, y en ella veréys si lo que digo es assí.» Y assí luego mandó que la carta de Su Magestad se leyese, la qual dezía assí:

CARTA DE SU MAGESTAD AL DE VÉLEZ.

Amado pariente: La guerra que lleváys entre manos sea de tal suerte el proceder della que antes se lleve essa revelada gente por bien que con todo rigor, procurando por buenos medios darle un buen fin; donde viendo que no puede ser otra cosa, hazed a vuestro albedrío. De Madrid...

Esto contenía la carta del Rey, la qual fue bastante descargo para la murmuración que dél se tenía, y aviéndola leydo tornó el valeroso Faxardo a seguir su razonamiento, diziendo: «Y si alguno de los más Guzmanes quisiere provar quién es mi valor y a dónde llega, no siendo General, y aviéndome descargado del cargo que Su Magestad me ha dado, me hallará en Vélez, donde le cumpliré de justicia muy a su voluntad de la suerte que quisiere.» Quando esto dezía el valeroso Adelantado parezía que lançava fuego vivo de sus ojos, con tan brava vista que no avía hombre que a la cara le mirasse que no le tuviesse temor, tanto se mostrava horrible en el aspecto. Todos aquellos capitanes y cavalleros se maravillaron de lo que el Marqués avía dicho, aunque muchos entendieron la causas dello, y es verdad que el Marqués lo avía dicho, porque sentía que tenía émulos en el campo. Luego otro día, puesto el campo en orden, llegó a un llano grande de Lucaynena, adonde se mostró el vando Moro muy feroz y con muchedumbre de gente bien armada. Don Juan de Mendoça sin orden del Marqués tomó la vanguardia, dexando el Reyno de Murcia de batalla, y luego se començó una brava escaramuça, porque los Moros eran muchos y estavan a la orilla de una grande rambla, y allí se defendían y ofendían valerosamente; mas los Christianos eran de tan grande valor y hizieron tanto, que les convino a retirarse a la otra parte de la rambla, de a donde peleaban bravamente; mas poco les vale su braveza, que al fin huvieron de desamparar el puesto y tomar la sierra. El Marqués llegó, y viendo que Don Juan de Mendoça, sin más aguardar orden avía dado la batalla, enojado por ello le trató de ásperas palabras no bien, diziendo: «Ved, Don Juan, que oy no lo avéys hecho de buen soldado, pues aviendo yo dado la vanguardia a los de Murcia, la tomasteis vos y sin orden mía acometisteis al enemigo sin

mirar el notable daño que os podía venir, que, por el hábito de Santiago, que avéis puesto todo el campo en riesgo de ser perdido por no entender el mal acometimiento vuestro, y si se perdiera no fuera la culpa vuestra, sino del General; pues quiero que sepáis que esta liebre no se ha de tomar con el galgo, sino con el carro, y avisad para otro día que sin orden no acometáis adonde os podría venir notable daño.» Con esto, visto el Marqués que los Moros se avían retirado la buelta de Válor se fue a Ogíjar y allí se alojó, adonde estuvo un día, y a otro fue a buscar al enemigo, al qual halló con poderoso campo, aguardando con grande esfuerço la batalla junto de Válor el alto. El Marqués marchando llegó bien cerca del enemigo, el qual estava en un alto, bien apercebido como es dicho. El Marqués salió del campo con dos grandes tropas de arcabuzeros: la una dio a Don Pedro de Padilla, la qual tomó la mano siniestra; la otra tomó el Marqués de la Favara, y en la de Don Pedro de Padilla acertaron a caer algunos cavalleros de Murcia, hombres de grande valor, los quales eran Alonso Galtero, Capitán, y Nofre Ruiz, y Salvador Navarro, que de Alférez de la cavallería de Murcia fue elegido por su Capitán, siendo causa que Don Juan Pacheco, por estar mal dispuesto, se tornó a Murcia desde Adra. Con él iba Andrés Navarro, su hermano, cavallero mancebo de mucho valor y buen soldado porque no perdía ocasión, ora con la lança, ora con la escopeta. Llevava este cavallero a su costa y missión, sirviendo a Su Magestad, dos cavallos y seys criados, y sin éste otros muchos, Juan de Tordesillas y Francisco de Lisón, Alonso Lázaro y otros de Murcia, de gran valor y buenos soldados, y entre ellos un buen hidalgo llamado Francisco Pinar, soldado viejo de Flandes, Ayudante de Sargento mayor. La mano derecha llevava el Marqués de la Favara con muy lucida gente aventurera y todo lo restante puesto un gran batallón de batalla y vanguardia con la gente de Don Juan de Mendoza y la del Reyno de Murcia y los de la Ciudad de Lorca, a los quales llamavan el Tercio viejo por ser los primeros que siguieron las vanderas del Marqués, y por otro nombre se llamava el Tercio roto y los pardos, porque más se arreavan de valor que de galas. Todas sus galas eran armas, pólvora y plomo, y más probavan un palmo de cuerda para la escopeta que una camisa. Y por esta causa de preciarse más del arreo militar que de otras galas tenían los de Lorca estos nombres: «los pardos de Lorca» y «los del tercio roto.» A mi parecer, nombres inmortales y de gran resplandor para semejantes ocasiones. Pues como el Marqués huviesse repartido su gente de la forma que avemos dicho, se fue buscando al enemigo, que no menos diligencias hazía poniendo

su gente en orden que el Marqués mostrando grande braveza y defensa. Los que primero començaron a escaramuzar fueron los de Don Pedro de Padilla, los quales acometieron con tan grande ánimo que era maravilla ver la diligencia de su descargar y cargar. El Marqués de la Favara también se mostrava valeroso con su gente. El batallón de batalla y retaguardia acometió por medio a embestir el enemigo, y los delanteros eran los del tercio de Nápoles mas como eran soldados de costumbre floja y de andar por tierra llana, no hazían lo que la obligación allí les demandava, por lo qual el Marqués, adelantándose, les dixo: «Más os preciáis de galas que de soldados, pues siendo tantos y el de Nápoles, no avéys roto al enemigo como el arrogancia de vuestra presumpción tiene obligación de averlo hecho, y no ós jactáis sino de morder y dezir mal de quien no conocéis, como gente desconocida que no saben qué cosa es respeto a los mejores que vosotros; mas porque veáis ser verdad lo que digo y quede para castigo de vuestra sobervia, veréys lo que haze la gente que no es de tanta estima como vosotros.» Y luego al punto el bravo General se tornó al cuerpo de batalla y mandó que el Tercio roto saliesse y tomasse lo alto de una ladera y que por allí diesse en el enemigo con toda furia. A penas el buen Faxardo huvo dado esta orden, quando la gente del Reyno de Murcia salió en una grande tropa de más de dos mil hombres valerosos y con ellos los del Tercio roto; y assí como si fuera un rayo se avalançó contra el enemigo, el qual hasta allí avía hecho terrible resistencia, y como viesse que aquella gente le acometía por aquella parte, reconociendo bien ser las vanderas de Murcia y Lorca, que aquella sazón se adelantaron, luego desamparó el lugar, retirándose a toda priessa lleno de temor, y también porque unas piezas de campo que el Marqués llevava los atemorizó más. Visto el Marqués que el enemigo desistía de la batalla, mandó que saliesse la cavallería, la qual salió a toda priessa tras del enemigo. El valeroso Don Diego Faxardo, hijo del Marqués, como aquel que le venía de línea ser valeroso, arremetió como un trueno, y poniendo los ojos en el guioncillo del Reyecillo no le perdió de vista ni le dexó de seguir, con tal tesón que ya el Reyecillo le iba en los alcançes, y le alcançara y matara sino usara Abenhumeya de un ardid a su provecho, que fue dexar el cavallo y desjarretallo y a peón subirse con gran ligereza por partes que los cavallos no lo pudieron seguir. El bravo Don Diego, muy pesante porque el Reyecillo se le avía ydo, le mandó a un criado suyo, llamado Ferrer, que le quitasse el jaez al cavallo, cuya mochila era de terciopelo carmesí, hecha de casullas de iglesias y muy rica, franjada

de muchos passamanos de oro. Abenhumeya escapado y los de su campo huyendo por las sierras, dexando muchos de los suyos muertos, el de Vélez, reconocida la victoria, recogió obra de docientos cavallos, y a gran priessa dexó el campo, a mi parecer inconsideradamente y no digno de hazer, se fue a Calahorra, quedando el campo huérfano de su cabeza; mas los Capitanes eran tales y tan buenos que poca falta les hazía su General; los quales se alojaron, la mitad del campo en Válor el alto y la mitad en Válor el baxo, poniendo toda la guarda necessaria a todas partes, aguardando qué hería el de Vélez o qué fué el motivo de averse ydo a Calahorra y dexar su gente. El motivo del Marqués fué, según después pareció entender, que en Calahorra avía bastimentos para el campo, porque no tenía ningunos, y él se lo avía embiado a dezir al Señor Don Juan de Austria, que allí en la Calahorra estuvieran porque allí pensaba ir con el campo. El de Austria los proveyó, mas por falta de vagageros no los avía embiado y porque los tiempos eran trabajosos de lluvias y la distancia del camino larga; y assí el Marqués se halló burlado de lo que pensava, y assí se tornó al campo, adonde lo halló alojado, como avemos dicho, con harta falta de bastimentos y de general. A esta sazón los Moros de Padul y de Gérgal, que estavan como de paz, se tornaron a levantar y se hizo un grande exército de Moros para irse a juntar con el Reyecillo. Y desto tuvo nueva el Marqués. En este tiempo fué preso Puertocarrero de Christianos y llevado a Granada, donde fué atenazado por sus culpas y trayciones. El Marqués se tornó con todo el campo a la Calahorra, adonde ya halló bastimentos para el campo, con que no fué poco contento, aunque en el campo dio una mortandad y enfermedad grande, de suerte que más poblados estavan los hospitales de soldados enfermos que las vanderas de soldados dispuestos para la guerra. Y como el Marqués tuvo la nueva que tanto Moro se juntava, partió de Calahorra por Fiñana, llevando Don Pedro de Padilla la vanguardia. Aquel día se passó gran trabajo por causa de las vezes que se passava el río atravessándolo, mas con todo esto no dexó de andar la jornada de nueve leguas, aunque llegó al campo muy de noche. Los Moros estavan de allí otras nueve leguas, rehaziendo su campo, con acuerdo de dar la batalla al de Vélez y concluir la guerra o fenecer en ella por no pasar tantos trabajos. Abenhumeya, viéndose con tanto poder ensalçado en el cuerno de la Luna, pensando que no le avía de ser en ningún tiempo menguante y que su próspera fortuna le avía de durar, quiso tomar vengança de aquéllos que le avían seguido por cotarle la cabeça para darla al de Tendilla, y

assí por poca ocasión ahorcó muchos de ellos, que passaron de trecientos y cinquenta, según yo he sido informado de moriscos que seguían sus vanderas. De tal manera andava el Reyecillo, que vino por sus crueldades á ser de el campo todo muy aborrecido; y assí muchos se apartavan de él y se yvan por las sierras y otros se estavan en sus lugares; mas con todo esso el campo de Abenhumeya era grande y tenía mucho poder, porque estava muy bien armado y apercibido para poder ofender la potencia de su contrario. Retirádosele avía Gironcillo y otros capitanes porque avía mandado ahorcar al capitán Derri, porque éste le avía seguido más que todos en el principio de su reynado, como atrás avemos dicho. El valeroso Marqués y Adelantado, que supo que el Morillo estava poderoso y aguardándole bien apercibido para la batalla, luego salió de Fiñana la buelta del campo del Reyecillo, que estava junto del Bolodúy, y en llegando luego el Moro se le mostró, representándole la batalla. El valeroso Faxardo yva muy delante de la infantería, la qual era poca, y quando llegó yva cansada. El buen Marqués, sin aguardar la infantería, embistió con los Moros, los quales por industria le tenían puestas muchas Moras y ganados en el Bolodúy para que la gente del Marqués se cebasse en ellas, para que con la codicia del saco olvidassen la pelea. Los Moros hizieron una poca de resistencia, mas luego se començaron a retirar. La cavallería los yva siguiendo a toda priessa, y al cabo de un buen espacio de tiempo que los Moros se retiravan, bolvieron a toda furia sobre el Marqués y su gente, haziéndoles muy notable daño, de suerte que como la morisma era mucha y bien armada, hizieron tanto que la cavallería se huvo de retirar atrás; mas peleando con buena orden este día los de Murcia lo hizieron bravamente de bien. El capitán Salvador Navarro y Andrés Navarro su hermano, y Juan de Tordesillas, y Francisco de Lisón, y otros cavalleros de Murcia, y otros muchos de Lorca, valerosos hidalgos, anduvieron todos tan bien que defendieron juntamente con los de su Reyno, que el enemigo no los desvaratara ni les hiziera perder demasiado campo. En esto llegó la infantería de Lorca, que fué la primera, y luego la de Murcia y su Reyno, y Don Pedro de Padilla con los de su tercio, y el Marqués de la Favara, y hizieron tanto que se cobró lo perdido. Y el Moro vando amedrentado huyó, dexando el Bolodúy en las manos de los valerosos Christianos; los quales començaron a saquear bravamente, lo qual les reprehendía el Marqués, diziendo que aquella sazón no se avía de ocupar en el saco, que estava el enemigo cerca y que les podría dañar malamente. Mas era la codicia tanta del robo, que no entendían lo

que el Marqués dezía, y si lo entendían, no hazían caso de otra cosa sino del codicioso saco. El enemigo, que vido que todo el campo se ocupava en el robo y olvidava las armas a toda priessa, aviendo rehecho una grande tropa de más de quatro mil Moros, tornaron a embestir al Marqués; el qual sañudo como un león contra los suyos, porque andavan embebidos en el saco, les dava grandes vozes, tratándoles ásperamente de palabra, y con esto reforzando su esquadrón tornó a pelear con los Moros; los quales, como rabiosos, viendo que les llevavan sus mujeres y niños, peleavan desatinadamente, de suerte que el buen Faxardo tuvo necesidad de retirarse con los suyos, defendiendo la presa ganada. Los Moros, visto el mal remedio de cobrarla, se tornaron al Bolodúy con gran pérdida de su gente, muy lastimados por no aver podido quitar la cavalgada, la qual costó algunos Christianos, por andar demandados en el saco. El Marqués se tornó a Fiñana, de adonde avía salido, a donde estuvo algunos días reparando el campo de lo necessario, mandando curar algunos heridos. En el ínterin Abenhumeya tornó a las Alpujarras y llegó a Adra, adonde halló en ella brava guarnición, y assimismo en Verja. Y visto que aquellos presidios estavan tan bien guarnecidos, se fué a Andárax y allí estuvo muchos días de assiento, próspero de fortuna viendo que el de Vélez estava fuera de las Alpujarras. Aquí en Andárax estava ya Abenhumeya, por sus crueldades aborrecido casi de todo el campo y de los mismos Turcos de Argel, y muchos capitanes se le avían ydo de su campo. Retiróse el Nacoz la buelta de Granada, y Gironcillo y el Maleh y el Capitán Garral y el Moxaxar en el río de Almería, y en Cantoria Abenaix. Y sin éstos otros muy principales valedores. Y esto lo causó su tiranía y desabrimiento para con los suyos, de adonde resultó en su daño su tiránico proceder, como diremos adelante, aviendo dicho el romance que se sigue, el qual se hizo por lo que avemos contado.

ROMANCE QUE TRATA EL DISCURSO DEL CAPÍTULO PASSADO HASTA ESTE PUNTO.

Acabadas ya las fiestas
del Reyecillo Fernando
en la ciudad de Purchena
do se estuvo solazando,
Un correo le ha venido
a gran priessa suplicando
que vaya a las Alpujarras
donde le están aguardando,

Porque se cojan los frutos
que los árboles han dado,
porque los van destruyendo
desde Orgiva los soldados.
Luego parte Abenhumeya,
su campo bien concertado,
y atravessando las sierras
a Válor avía llegado
y de allí se fué a Andárax
por ser mas acomodado.
Despacha quatro mil hombres,
todos muy buenos soldados;
dos mil a las Albuñuelas
y los dos mil a otro cabo,
que es el puerto de la Ragua,
en un peligroso passo,
a do hazían un fuerte
muy seguros los Christianos;
Mas los Moros dan en ellos
y fueron desbaratados
y la christiana vandera
queda en poder de paganos,
Y los de las Albuñuelas
un gran reencuentro han hallado,
donde emplearon las armas
contra el Capitán honrado,
el buen Céspedes famoso,
que está en Tablate alojado
por grande guarda y defensa
de aquel peligroso passo;
El qual, como era valiente,
contra el bando renegado
acomete con los suyos
mostrando valor sobrado;
Mas los Moros eran muchos,
hanle sobrado en el campo,
do murió el buen Capitán
con renombre aventajado
de valiente, de famoso,
más que otro ningún soldado.
Luego en Granada se supo
aqueste infelice caso;
el de Austria luego provee
de embiar socorro al campo,
Do estava el de las Ortigas
aquel socorro aguardando
para fenecer la guerra
que tanto tiempo ha durado.

El que socorro le lleva
es de valor estimado:
Don Luis de Requesens
es su nombre intitulado;
De Castilla y de León
es Comendador nombrado;
trúxole el tercio de Nápoles,
en la guerra bien usado.
El Marqués de la Favara
con gran socorro le ha entrado;
setecientos hombres lleva,
todos eran hijos dalgo.
También Don Juan de Mendoça
le socorre con su campo,
porque el de Austria assí le ordena
y se cumple su mandado.
Once mil infantes tiene
el de Murcia Adelantado,
y con éstos también lleva
ochocientos de a caballo.
Todo gente valerosa,
escogida para el caso,
y los del Reyno de Murcia
son los más aventajados.
Con esta gente el de Vélez
de Adra sale gallardo
en busca del Reyecillo,
que tiene crecido campo.
En Lucaynena le halla
y allí le ha desvaratado
y hasta Válor le sigue,
do el Reyecillo es forçado.
Se aguarda como valiente
mostrando ser buen soldado,
mas también quedó rompido
y su campo maltratado,
Y él se escapó por la sierra
del buen Don Diego Faxardo,
que le va ya en los alcançes
para prendello o matallo.
El Moro dexa la silla
y desjarreta el cavallo,
y por lo espeso se mete
do no puede andar cavallo,
y desta suerte se escapa
el Rey desaventurado;
El Marqués, con este triunfo,
con docientos de a cavallo

se passó a la Calahorra
por dar provisión al campo.
En Válor el campo queda
del comer necessitado;
al campo vuelve el Marqués
y a Calahorra ha tornado:
Desde allí se fue a Fiñana,
porque ya estava avisado
que en Gérgal y Bolodúy
gran morisma se ha juntado:
El Marqués les fue a buscar
con su campo concertado,
do se tuvo gran reencuentro,
mas salió el Marqués honrado
cargado de los despojos
que tomara al moro vando.
Aunque Rufo, en el Austriada,
desto dize el contrario,
mas lo que Rufo aquí dize
en este reencuentro es falso,
Que la victoria se lleva
el Marqués y sus Christianos,
el qual se buelve a Fiñana
a do lo dexa alojado,
Y el Moro se fué a Andárax
llevando todo su campo,
do después diremos dél
y lo que hizo y en su campo.

Fin.

CAPÍTULO DIEZ Y SEIS, EN QUE SE PONE CÓMO Abenhumeya viéndose poderoso pretendió tomar a Motril. Enamórase de la Mora Zahara: el Moro Benalguazil trata con Abenabó, primo del Reyecillo, por zelos que tiene de Zahara, que se le dé la muerte al Reyecillo, y para esto urdió una gran trayción.

Ya os avemos contado cómo Abenhumeya, poderoso de gentes de guerra, se alojó en Andárax, a donde ya de todos era por sus crueldades y sobervias aborrecido de muchos Capitanes y de otros Cavalleros principales; mas con todo esto avía muchíssimos que le amavan

y le querían bien y de buena voluntad seguían sus vanderas; entre los quales avía un Moro muy allegado de Abenhumeya, llamado Benalguazil, buen soldado, gallardo y valeroso, el qual amava a una prima suya llamada Zahara, viuda, que su marido fué muerto a manos de Christianos. Zahara era muy hermosa a la maravilla, gran música de voz y de tañer a la morisca y a la castellana. Dançava estremadamente. Esta hermosa Mora amava de coraçón a su primo Benalguazil, de suerte que entre los dos amantes se passavan secretos sus amores. Acaso Benalguazil un día estando en conversación con Abenhumeya tratando de cosas de damas, Abenalguazil, como hombre en aquel caso favorecido, teniéndose por bien andante en tener a Zahara por suya, con gloria de tal possessión, pareciéndole que si el bien que se tiene no es comunicado no se goza de tal bien, le començó a dezir al Rey suyo cómo él tenía una dama por excelencia hermosa, dotada de grandes gracias y donayre, gran cantora y bella dançanta. Y tanto le supo dezir, que Abenhumeya, de oydas, quedó della muy amartelado y con encendido desseo de la ver; y assí dissimulando le rogó (sin mandar como pudiera) que la truxesse a su casa, porque la quería ver, y que en ella le haría gran servicio. Abenalguazil, arrepentido ya de aver alabado tanto a su dama, sufriendo su pena, aquella noche la llevó a casa del Reyecillo, a donde a su ruego dançó y tañó y dixo la canción que se sigue en lengua castellana:

CANCIÓN

Tus vanderas illustradas
veas, Rey, con mil trofeos
de los Christianos arreos
y con glorias levantadas
passando los Pirineos.

Tu ventura sea tal,
tan alta y tan principal,
que yguales a Otaviano,
que fué Emperador Romano
con gloria excelsa inmortal.

Y de Granada el Imperio
tengas como tus passados,
y Christianos asolados
queden con gran vituperio
por tus gentes destrozados.

Y que te canten con glorias
tus señaladas victorias,
tanto que lleguen al cielo
y a la redondez del suelo
le sean todas notorias.

Esto cantó la hermosa Mora con tanta gracia y dulçura que el Reyecillo se quedó envelesado y fuera de sí con la suavidad del canto. Y luego, de todo punto rendido a la bella Zahara llamó a Benalguacil y de secreto le dixo: «Amigo, harásme tamaño plazer que me dexes a Zahara, a tu prima, porque sin ella no podré vivir tan sola una hora, y en pago deste servicio yo te daré un lugar en el que tú quisieres de mi Reyno. Y sin esto te haré otras grandes mercedes con que vivas contento y a ti no te faltará otra dama para casarte con ella.» Abenalguazil, que aquéllo oya, abrasado de puros zelos y muy confuso de lo que le avía dicho, respondió: «Poderoso señor, no es de Reyes el hazer agravio a sus vasallos; Zahara es para muger mía; no permita tu grandeza hazerme semejante agravio, porque quien lo supiere te tendrá por Rey tirano y a mí, quitándome a mí Zahara, me darás la muerte. Pon los ojos, gran señor, en los servicios leales que te he hecho después que levantaste tus Reales vanderas y no te ciegue afición de una mujer el galardonar como Rey mis servicios.» Abenhumeya le respondió: «Anda, vete, aora no perturbes mi contento; por bien te la he pedido, sabiendo que está en mi mano el tomarla por fuerça sin gratificarte nada por ello; conténtate, que te daré en que vivas y no me repliques más en ello.» «Antes me das con que muera, dixó Benalguazil, pues advierte que aunque seas Rey quedas obligado a pagar tan grande injuria como me hazes; que oy lo podrías ser y mañana lo podría ser otro.» Abenhumeya, enojado desto llamó a los de su guarda diziendo que le prendiessen a Benalguazil. Los de la guarda lo quisieron hazer, mas Benalguazil, como desesperado, poniéndosele delante, que no podía ya perder más de lo que perdía perdiendo a su bella Zahara, determinado de morir puso mano a su alfanje y sin temor ninguno se fué al Reyecillo por le herir y le matar, y lo hiziera si no se lo impidieran los de la guarda, que se le pusieron delante con los alfanjes sacados; mas Benalguazil poderosamente dio en ellos y los rompió a cuchilladas y se escapó huyendo á la calle, y como era de noche tuvo lugar de se poder encubrir y salirse de Andárax, yéndose adonde avía muchos amigos suyos que andavan fuera del servicio de Abenhumeya, que eran más de quatrocientos y todos bien armados. Finalmente, la Mora hermosa quedó á su pesar

con el Reyecillo, no cessando de llorar aquella fuerça que se le hazía. El Reyecillo la regalava mucho, prometiéndole dar muchas cosas. Todo lo qual era a la bella Mora a par de muerte, porque más estimava ella los amores de Benalguazil que todo quanto el Reyecillo darle podría. El Reyecillo, gozando de los amores de Zahara no estava tan sin cuydado de lo que era tocante a la guerra que no le diese alguna pena el sustentarla, y mucho quisiera él tomar un puerto de mar para que, tomándolo, el Rey de Fez, como le avía dicho, pudiesse arribar con sus gentes; y con este desinio fue sobre Vera, y no pudiéndola tomar para el caso arriba dicho, siempre andava imaginando qué puerto podría tomar con la menos costa que pudiesse de su gente, y assí acordó de dar sobre Motril, que le pareció a él que fácilmente lo podría ganar y apoderarse dél para el efecto dicho. Y con este pensamiento determinó de enviar los Turcos disimuladamente a Valdeleclín, porque el de Austria no sospechasse y sintiesse su intento y socorriesse a Motril con doblada guarnición. Y para esto habló con un primo suyo llamado Abenabó, buen soldado, y le dixo que era cosa que cumplía a su corona y a todo el exército que saliesse con los Turcos a Valdeleclín y que él fuesse por su Capitán, y si lo que pretendo sale a mi modo, de mí tendréys luego otro aviso, el qual guardaréys como os fuere mandado, y de las gentes de aquellos lugares juntaréys lo que se pudieren y partiréys a donde se os diere orden». Abenabó luego, haziendo mochila para seys días, se partió y se fue a Cadiar, todo el esquadrón turquesco a punto de guerra. Desta partida de los Turcos tuvo noticia Benalgualzil de su dama, dándole cuenta de la ocasión de su partida como aquella que lo sabía y cómo el Reyecillo les embiava un correo para la orden que avían de tener. Benalguazil tuvo esta noticia cómo la gente turquesca avía partido y cómo el Reyecillo les embiava despacho de orden, luego como hombre agraviado le procuró la muerte al Reyecillo y para ordenalla no halló otro mejor medio sino hazer con los Turcos que le matassen, poniéndolos mal con el Reyecillo, y ya fundada a su modo la trayción tomó consigo cien amigos arcabuzeros, que no estavan bien con el Reyecillo, y se fué por el camino de Cadiar en su demanda, y en el camino encontró con el correo que llevava los despachos, al qual mató y se los tomó, y abiertos vio la orden que les dava Abenabó y a los Turcos. El qual despacho dezía deste modo:

«Amado primo: Me haréys plazer que assí como os alcançe el mensagero con mi despacho os partáys para Pitos de Ferreyra y dad

orden de que lleguéys antes del amanecer, que es cosa que assí cumple. Y estando allí de mí tendréys luego otro aviso, el qual guardaréys como os fuere mandado.»

Entendido esto por Benalguazil, al punto acabó de confirmar en su pecho la traycíón contra el tirano Rey, probocado a hazerla rabiosos zelos. Y fue que el Reyecillo no sabía firmar bien el arábigo y para esto tenía un secretario de quien se fiava, llamado Moxaxar, grande escrivano en arábigo, el qual a esta sazón andava en desgracia de el Reyecillo por un mal tratamiento que le avía hecho. El qual era muy cercano pariente de Benalguazil y a la sazón yva con él para le favorecer en todo lo que pudiera contra las cosas del Reyecillo. Y assí aviendo muerto el correo, abrieron el despacho como es dicho; entendiendo bien el fin dél, lo rompieron y Moxaxar hizo otro despacho á modo de Benalguazil, el qual dezía desta suerte:

«Amado y querido primo, valeroso Capitán del Turquesco vando: A mi corona conviene que a todos los Turcos les deys cruda muerte, porque me tienen agraviado y han intentado de darme muerte y alçarse con el Reyno. Y para hazerlo mejor, assí como este mensajero llegue, aunque sea de noche, marchad a toda priessa con la gente y os yréys a alojar a Mecina por el camino que más cercano sea, y quando estéys en Mecina y los Turcos alojados en su possada, daréys orden que cada huésped al punto de la media noche mate el suyo. Y para esto va Abenalguazil con cien arcabuzeros que os podrá dar favor y ayuda. Y assí como los Turcos sean muertos, Abenalguazil dadle cruda muerte, porque la merece, y desto después sabréys la causa.»

Aviendo hecho Abenalguazil este despacho falso y firmado de la mano de Moxaxar, cerrado como aquel que lo sabía hazer estando con su señor, luego se partió para a donde estava Abenabó con el esquadrón turquesco, al qual avía llegado un correo con despacho que estuviesse alojado en Mecina hasta tener otra orden. Este despacho acabava de leer Abenabó quando Benalguazil llegó con sus cien arcabuceros, y en llegando le dio el recado y despacho falso, y Abenabó le tomó y abriéndolo le leyó, de lo qual se quedó espantado de aquel cruel mandamiento y muy confuso no sabía qué se hazer ni dezir, más de suspirar, no sabiéndose determinar a qué parte se echase, si cumpliesse el cruel mandato del primo o no, entendiendo que era gran

maldad dar muerte a aquellos que tan bien avían servido y avían passado el mar por darle ayuda en aquella guerra; y aora mandar matarlos en tiempo que aun la guerra no era fenecida y que los Turcos eran parte para sustentarla con su valor, le parecía una cosa injusta y de grande crueldad. Abenalguazil, que vido al Capitán Abenabó tan confusso y que mostrava gran despecho en su semblante, viendo que era tiempo de entablar bien su trayción, le dixo a Abenabó desta suerte:

RAZONAMIENTO DE ABENALGUAZIL A ABENABÓ.

«Valeroso Capitán, de clara y Real sangre decendiente, de no menos valor que tus passados fueron ni de menos ánimo generoso y real: Un caso querría dezirte y no sé si lo diga: A ti me embía mi Rey con cien arcabuzeros para que te sea en favor de una no acertada y detestable pretensión; verdad es que el vassallo a de ser leal a su señor y hazer en todo su mandamiento, mas si es caso de trayción me parece que para hazerla por señor no queda en nada obligado. Veamos, valeroso Abenabó, audalla illustre y clara, ¿en qué razón cabe o qué real pecho consiente que una buena obra se pague con tanta crueldad como el Rey, tu primo, usar quiere con aquellos que tan bien y lealmente le han servido y puesto en el estado en que está de tanta alteza? ¿Qué le ha hecho el vando turquesco, en qué le puede aver ofendido? ¿Por ventura es la ofensa aver passado el mar de Berbería para darle socorro? ¿Se a sentido agraviado porque el Ochalí, Rey de Argel, condecendió a sus ruegos embiándole un tan buen socorro y armas para que saliesse con su pretensión, y que por le tener tal y tan bueno está puesto en el cuerno de la Luna? ¿Por ventura a les hallado en alguna deslealtad? ¿No han hecho el deber en qualquiera ocasión? ¿Quién son los que más presto se han hallado en los bravos reencuentros? ¿Ay algunos que ayan sido los primeros al salir de la batalla? ¿Ay algunos que con más presteza se muestren al enemigo?, ninguno por cierto: ¿pues qué crueldad y desagradecimiento es éste de mandar que el vando Turco muera? No sé qué me diga ni sé lo que desto sienta, sino que tu primo el Rey, indigno de tal nombre, quiere vender nuestra sangre, y quien esto no siente no tiene sentido. Pues tú, claro Abenabó, que goviernas las turquescas vanderas, ¿qué dizes desto?, ¿qué esperar puedes de un tirano? Veo que los más principales Capitanes que estavan en su campo se le han retirado y quitado la obediencia. ¿Qué es de Gironcillo? ¿A do está Zarrea? ¿A do se fué

Abonbayle? ¿Qué es del Derri, que el tirano mandó degollar? ¿A dónde está el Rocayme y otros muchos hijos dalgo, soldados que seguían sus vanderas a costa de sus bienes? Trecientos y cinquenta soldados tiene degollados; no le hartan dineros ni usurpadas haziendas; no se le escapa mujer que a él le parezca que le puede dar contento. ¿Quántas donzellas tiene usurpadas? ¿Quántas casadas quitadas a sus maridos? Veynte y dos mugeres le conozco y de todas se sirve no guardando ley ni amistad. ¿Pues qué tirano ha avido que tal hiziesse? No hallo, o claro Abenabó, qué tigre aya tan cruel, ni áspid tan venenoso, ni fuego que tanto abrase, ni torbellino que tanto asuele. Duélete, pues, o claro Abenabó, de ti y de todos los que siguen las militares vanderas. Advierte y toma exemplo en la cabeça agena; imagina que por ti a de venir otro semejante terremoto y ves al fin que tendrá la guerra que tenemos entre manos si los Turcos mueren y sus Capitanes andan fuera de su obediencia. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos a de defender? ¿Quién a de acaudillar las esquadras? ¿Quién tiene de dar consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochalí, Rey de Argel? ¿Qué sentirá el gran señor? ¿Qué concepto se tendrá del Reyno granadino y sus gentes? ¡O, Abenabó, de casta de Reyes, sangre Real te alimenta! Sé Rey; derriba un tirano que mañana te ha de postrar por tierra sin consideración de tus buenos y leales servicios; recoge los ausentes Capitanes; consuela tus soldados; muestra tu real y agradecido pecho; sígase la guerra, teniendo tú amor y paz con los tuyos; estima el turquesco vando, que yo te doy mi palabra que el hado te sea favorable y saldrá el vando granadino con su pretensión y a ti se atribuyrá la gloria de sus crecidas victorias y hazañas, como es costumbre atribuyrlas a los valerosos Reyes y esforçados Capitanes.»

Muy atento avía estado Abenabó Audalla a todo el razonamiento de Abenalguazil, y luego se le encaxaron en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano; la otra el nombre de Rey y el serlo lo asegurava de la primera. Y assí como sea a los hombres natural el subir a valer más, luego en su coraçón aceptó el Reynado. Y con esto, maravillado de la traycíón de su primo Abenhumeya contra los Turcos sin averle ofendido, y assí mismo hechando de ver que lo que le dezía Benalguazil era verdad, que por la tiranía de su primo todos los Capitanes se avían retirado y otras muchas gentes, por donde el campo quedava puesto en detrimento y se podría venir a perder, acordó de yr a dos buenos medios: el uno para provecho del común Reyno, y el otro

para honra y grandeza suya, ya con desseo de reynar, y assí le dixo a Benalguazil: «Por cierto vos avéys hablado como hombre valeroso y bien considerado en las cosas, y aunque yo no quiero ser Rey ni tal desseo tenga, es muy bien que se mire por el bien de todos y por el mal que de semejantes tiranías puede resultar, por donde viniéssemos todos a padecer; y assí es bueno evitar semejantes peligros quitando un tirano semejante del mando y govierno que aora tiene, que no faltará Rey que lo govierne saludablemente y que de derecho le venga; y pues vos soys de tan buen seso y prudente, disimula el caso y comunicarse ha en vuesta presencia con los dos valerosos Capitanes Turcos; veamos en qué los halleremos acerca deste caso, que si ellos no son propicios, todo será remediado y el campo seguro y la guerra passará adelante placiéndole a Mahoma.» Y diziendo esto, luego mandó que los cien soldados de Benalguazil fuessen alojados con los demás Turcos, y tomando a Benalguazil por la mano se fué con él a su posada, y estando allí embió a llamar a los dos Capitanes Turcos, los quales siendo llamados fueron á la posada de su Capitán Abenabó, el qual les dixo que tenía que tratar con ellos cierto caso de secreto y de grande importancia; y assí metiéndose en un aposento él y los dos Capitanes Turcos y Benalguacil, cerrada la puerta del aposento, sentados en sus assientos, el Capitán Audalla Abenabó les habló desta manera:

RAZONAMIENTO DE ABENABÓ A LOS CAPITANES TURCOS.

«Valerosos Turcos, fuertes Capitanes que las otomanas vanderas con valeroso esfuerço estáys acostumbrados a seguir y aora en las españolas tierras favorecéys las granadinas, por cuyo socorro y favor soys dignos de dobles pagas y de sobrado agradecimiento, adquirido por vuestros trabajos y afanes contra las christianas vanderas. Avéys de saber que de mi parte y de todo el morisco esquadrón soys queridos y amados, como es justa razón que lo seáys, porque vuestras obras lo han merecido y merecen; solo uno es el que haze punta á vuestro valor, no mirando que es obligado a seros agradecido favoreciendo vuestro partido y trabajos. Antes ciego de tal conocimiento, en lugar de os galardonar y hazer recompensa según vuestro merecimiento ha sido, en pago de vuestro esfuerço y favor de vuestra parte recibido, os manda como tirano matar y a mí que sea el executor de la maldad y sentencia injustamente pronunciada contra vosotros dignos de premios. Mas yo, como sea de sangre Real y de real condición y de generoso ánimo, no ha cabido en mí semejante maldad como la propuesta en

vuestro daño; considerando que avéys sido parte de nuestro remedio y amparo y que por vuestro respecto estamos puestos en la grandeza que sin vosotros no tuviéramos; y por aclararme más avéys de saber que esse Abenhumeya Muley es el que sin razón manda un tan enorme mandamiento, el qual, con el favor de Mahoma, no passará adelante, porque tengo pensado que tan crudo tirano no govierne más el Imperio granadino ni más passe adelante en la guerra. Y para esto, pues soys gente valerosa, al punto quiero que me favorezcáys para que yo pueda favoreceros. Todos soys quatrocientos y Benalguazil tiene otros cien arcabuzeros; basta para la primera entrada, que después del tirano muerto todo el campo será de nuestra parte y muy contento de la muerte de aquel que tantas sin razones a dado, por donde le vendrá tan justo castigo como el que espera. Tornarse han a reducir los ausentes Capitanes al servicio de las granadinas vanderas y quitarse ha el inventor de los agravios y el monstruo horrendo que los haze. Y para que se vea la verdad de lo que digo y que en mí no vive trayción ni desseo de govierno, tomad, leed esta carta, que ella será fiel testigo de lo que dicho tengo.» Y diziendo esto, Abenabó sacó la carta y la dio al Capitán Caracacha y á su camarada Huzén, que por otro nombre le avemos llamado Mamí; los quales dos valerosos Capitanes leyeron la carta llena de maldad. ¡O, bien entablada trayción contra aquel que fué traydor a su Dios y a su Rey! ¡O, mal Fernando de Valor, y como justamente viene el cielo sobre ti por tus maldades!

Leyda, pues, la carta por los valerosos Turcos, admirados de su trayción, al punto ordenaron tomar la vengança de aquella maldad de aquel que della nada sabía, mas Dios lo quería assí por los pecados de aquel desventurado Reyecillo, y assí Caracacha le dixo a Benabó: «Tú, Abenabó, has hecho y has procedido como de la sangre de do vienes, y por esso tú serás Rey a pesar de todo el mundo que lo defienda, y de aquí te juramos por tal y te prometemos de no desamparar tus reales vanderas hasta morir o dar fin a la començada guerra. Y si fuere menester, yo escriviera a mi Rey Ochalí que luego embíe de socorro mil Turcos, que si yo le escrivo sé que los embiará. Y con esto, partamos luego esta noche y vamos á Andárax, a donde tomes la corona y nosotros seamos vengados de nuestro agravio, y desto se tenga mucho secreto. Aviéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado Reyecillo, se salieron del aposento dissimuladamente que nadie no entendió su trato hasta su tiempo, se aguardó la venidera noche y para esto se dió aviso a toda la gente para marchar quando les fuesse mandado; a donde los dexaremos adereçando su

partida por tratar de otras cosas importantes a nuestra historia y bolver al de Vélez, aviendo dicho primero un romance de lo passado.

ROMANCE QUE TRATA CÓMO ABENHUMEYA LE QUITÓ A BENALGUAZIL A SU DAMA ZAHARA, Y CÓMO BENALGUAZIL LE TRATÓ UNA GRAN TRAYCION CON QUE LE COSTÓ LA VIDA.

Abenhumeya contento
en Andárax residía;
tratando en conversación
con Benalguazil un día
De las damas que ay hermosas
en toda la serranía,
y él aviendo ya contado
aquellas que conocía
Le habló Benalguazil
de una amiga que tenía.
«Me has hablado de tus damas;
señor, yo hablo de la mía
Que no la hay más hermosa
en toda la Andalucía;
blanca es y colorada
como la rosa más fina;
Tañe, danza, canta a estremo,
que es un encanto el oirla;
es moza, bella y graciosa,
nadie vio tal en su vida.»
Abenhumeya de oirlo
siente de amor la herida.
«Si te pluguiesse, Alguazil,
esa dama ver querría
sólo por verla dançar
y cantar con melodía.»
Alguazil se lo promete
por hazerle cortesía
y aquella noche la lleva
á donde Muley vivía.
Cantó la mora hermosa
y dançó como solía;
hase enamorado della
Abenhumeya, y dezía
Alguazil que se la diesse,
que a él no le faltarían.
Alguazil dize que no,
porque la dama es su prima
y que se quiere casar
con ella, que era su vida.

Abenhumeya se enoja
y a Benalguazil dezía
que le haría prender
si en algo contradezía.
Con esto llamó á la guardia,
Abenalguazil huya
defendiéndose de todos
y a la sierra se subía
en donde halló otros muchos
a quien Muley perseguía;
Celoso y desesperado
muy grande trayción urdía
haziendo un despacho falso
a Abenabó y su quadrilla
que parecía del Rey
malvado puesta su firma,
En el qual manda que luego
sin aguardar solo un día
degüelle a todos los Turcos,
que es cosa que convenía.
Tomó Abenabó la orden,
y vista su alevosía
se la revela a los Turcos
y les dice que cumplía
matar al ruyn Reyecillo
que assí matarlos quería.
Los Turcos ordenan luego
para Andárax la salida
y dar cumplida vengança
al agravio que sufrían.
Aquí, pues, los dexaremos
ordenando su partida
por dezir de nuestra historia
aquello que convenia.

Fin.

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE, QUE TRATA CÓMO SE LEVANTÓ *Galera y cómo el de Vélez fué sobre ella y la cercó. Pónese la muerte del Reyecillo por los Turcos.*

Ya avemos dicho en el capítulo passado cómo el Reyecillo le quitó a Benalguazil la hermosa Zahara, la qual quedó llorando y muy contra su voluntad, y Benalguazil se fué huyendo donde trató la trayción

que avemos contado contra el Reyecillo. Pues dize aora la historia que como se supiesse por todos los lugares de los moriscos y en Granada y en otras partes la potencia que tenia el Reyecillo y su campo, todo muy bien armado, y sin esto aguardava socorro de Berberia según fama, los Moros de la villa de Galera acordaron de se levantar y pedir al Reyecillo socorro, haziéndole saber cómo Galera era un lugar muy fuerte y que no se podía ganar jamás y que estava en tierra de Christianos metido, y que al lado tenía a Huéscar, buena ciudad, la qual podría dar mucha gente de guerra de Moros valerosos Andaluces, y cómo estava otro lugar llamado Orze, que también se levantaría con mucha gente armada en favor de las moras vanderas. Esto acordado por los Moros de Galera, comunicando el caso con los de Huéscar y los de Orze, los hallaron propicios a su dañado intento. Visto los de Galera que estos dos pueblos estavan propicios, al punto escrivieron a Purchena al Maleh dándole cuenta de su intento, que les embiasse alguna gente de secreto para su alçamiento. El Maleh luego les embió docientos soldados bien armados, y entre ellos algunos Turcos, diziendo que se alçassen, que él los yría a socorrer con más gente, y esto mismo les embió a dezir a los de Huéscar y Orze. Los de Galera assí como tuvieron aquella gente en favor no aguardaron a más tiempo; antes luego pusieron vanderas moras en su castillo y por todas las murallas, haziendo zambra y zala públicamente. Los Moros de Huéscar, como estavan encorporados con Christianos viejos, no se ossaron levantar juntamente con ellos hasta que el Maleh viniesse, aviendo concertado el día y hora que se avían de levantar. Y esto mismo concertaron los de Orze, aguardando su tiempo. Los Christianos de Huéscar, que eran muchos y valerosos, luego se pusieron en arma y a los moriscos de la ciudad mançebos y a aquellos que se podían recelar los metieron en una casa grande que llamavan la tercia, a donde se recogían los diezmos del duque de Alva, a donde avía muchas cosas recogidas de los frutos de la tierra, como era trigo y çebada, vino, lino, cáñamo y otras semejantes cosas, y respecto de ser la casa muy grande y de ancho patio, fueron los moriscos allí encerrados. Otros que no eran de tanta confiança los tenían puestos en cárceles y mazmorras. Pues los de Huéscar con esta seguridad salieron a toda priessa la buelta de Granada con intento de saquearla y quemarla y degollar sus levantados moradores; mas no les avino assí como pensavan, porque llegados que fueron a Galera, pensando entrar fácilmente arremetieron a toda furia, diziendo: «Santiago, a ellos.» Mas a penas dieron la arremetida, quando los de dentro les dieron una mala carga de arcabuze-

ría y tal que muchos Christianos quedaron muertos en el campo. Finalmente, los Moros por entrar, los otros por defender la entrada, se travaron en cruda batalla y muy sangrienta, mas lo peor llevavan los Christianos, respecto de ser Galera muy fuerte y bien defendida de los que estavan dentro. Duró la porfiada batalla desde la mañana hasta más de medio día. Y visto los Christianos el mal remedio de su entrada y la destruyción de sus vanderas, acordaron de retirarse y bolverse a Huéscar, llevando los muertos y heridos que avía. Y assí como llegaron a Huéscar, llenos de corage por vengar la injuria y daño recibido en Galera, de tropel dieron en la tercia a donde estavan los moriscos encerrados, y con un confuso estruendo, diziendo «Mueran, mueran los enemigos de la Fe Cathólica», le varrenaron las puertas con varrenas de cubos de carros, y por allí arcabuzeavan a la encerrada canalla de tal manera que matavan muchos de los Moros. Andava tanta gritería, que parecía hundirse la ciudad. La humareda de la pólvora era tanta y tan espessa que no se veyan los unos a los otros. Visto los Moros encerrados su muerte sin remedio de poder vengarse, desesperadamente tomavan piedras y palos gruesos y medios maderos, y con ellos acudían al daño que les venía, haziendo de suerte que por los varrenados agujeros no davan lugar que pudiessen meter los fogosos cañones de los arcabuzes. Muchos de los moriscos engasgados de las paredes, ayudándose unos a otros, subían a los texados y de allí, a gran priesa, hazían gran daño en los Christianos, abalançando por el ayre infinidad de piedras y texas, y assí andava la cosa tan rebuelta y encendida que, a no ponerse remedio, la ciudad passara notable peligro. Mas Dios, que remedia al mayor menester por su infinita bondad, le proveyó de suerte que aquel alboroto y confusso estrago amaynasse. Y la casa del Duque de Alva ardía llamada tercia, los cáñamos y linos, madera, trigo, cebada, azeyte y otras cosas, con tan grande horror, que ponía a todos crecido temor y espanto. Cuando el Corregidor de la ciudad llegó acompañado de muchos cavalleros y soldados y gente armada, y tanto hizo que a la amotinada parte Christiana hizo retirar de la tercia y que parasse aquel sanguinoso escándalo, entendiendo que en aquello le daría al Duque de Alva contento; y assí paró, ya que quería el cielo cubrir el suelo con obscuras tinieblas. Pues los Christianos retirados, los Moros de la tercia, unos muertos y otros mal heridos y otros huydos por los texados, fueron del Corregidor socorridos. Muchos moriscos huvo que luego dexaron a Huéscar y se fueron á Galera, a donde fueron bien recebidos de los que estavan dentro, los quales fue-

ron avisados de lo que en Huéscar avía passado por los que della avían huydo. La ciudad de Huéscar, recelando algún peligro, se puso toda en arma haziendo cuerpo de guardia.

A esta sazón, el Capitán Maleh, como avía embiado docientos soldados a Galera como es dicho, quedando obligado de yr en persona por la palabra que avía dado, sabiendo cómo los de Huéscar avían ydo sobre ella y avían buelto descalabrados con los demás que passava, aviendo recibido recados de los Moros de Huéscar que les viniessen a favorecer, el Maleh salió de Purchena con diez mil hombres, todos tiradores y buenos soldados, y tomando la buelta de Cantoria se metió por una rambla muy grande llamada la Rambla del Box y por ella marchando con su bravo esquadrón llegó á la boca de Oria, y travesando a la sierra de Chiribel, tierras del Marqués de Vélez, llegó a Orze, a donde le estavan aguardando, y esto fué un viernes en la noche, y allí dexó docientos hombres para guarda y socorro de aquella fuerça, y passando a Galera con el silencio de la noche metió dentro otros docientos hombres, todos tiradores y algunos Turcos entre ellos. Y dexando allí este socorro se passó á la huerta y viñas de Huéscar, a donde todos fueron emboscados, sin que nadie tuviesse noticia dellos ni fuessen sentidos. Venida el alva, sábado de mañana, como la ciudad estuviesse siempre puesta en arma, aviendo acordado de yr a dar buelta sobre Galera para que la gente estuviesse apercibida, se tocavan las caxas de guerra y la trompeta de los cavallos, y al romper del alva vino nueva cómo Orze se avía levantado y que le avía entrado gente de socorro y que tenía tendidas moras vanderas en sus torres. Con esta nueva, los Christianos más alborotados quisieron salir a toda prisa para yr a Orce, y estando para salir, las campanas de la Iglesia Mayor tocaron a la Missa de nuestra Señora. El Maleh y los de su vando, que estavan emboscados aguardando que se abriessen las puertas de la ciudad para entrarse de tropel por ella como lo tenían concertado, assí como oyeron las campanas y juntamente con ellas las caxas y trompetas, entendieron, según el ruydo que en la ciudad avía, que eran sentidos, y porque no les cogiessen desapercevidos, se salieron de a donde estavan emboscados a lo raso de las viñas, que era parte muy segura para los cavallos que dañar no les pudiessen. Los Christianos de Huéscar, como començassen a salir por las puertas de la ciudad, luego descubrieron las vanderas del Maleh, y maravillados de tal caso, teniendo por milagro lo que avía sucedido, aviendo entendido la causa y determinación del Maleh, apellidaron «Arma, arma; Moros, Moros.» Ya era el día claro, el Sol dava ya luz á la tierra, sa-

len los Christianos de Huéscar, cavallos y peones, y fueron a dar en los Moros valerosamente. Los Moros eran todos tiradores y peleavan bravamente. Los cavallos no podían entrar por las viñas, y assí los Moros peleaban á su salvo; quien más peleava eran los Turcos y los que más daño hazían. Mas con todo esso era el valor de los Christianos tanto que hizieron en ellos muy gran daño, de tal manera que mataron más de cien mil Moros, y tanto los apretaron que los llevaron retrayendo hasta la misma Galera, a donde se hizieron fuertes y allí se travó grande batalla entre Moros y Christianos. En tanto que esto passava, los Christianos que quedaron en guarda de la ciudad, siendo avisados cómo avían entrado algunos del vando del Maleh en los arrabales de la ciudad, pensando que estavan algunos escondidos en la morería, dieron en ella con gran furia, diziendo: «Este es el día que no ha de quedar ninguno Moro a vida.» Començaron a dar en los Moros matando y hiriendo y robando y saqueando las casas y pegándoles fuego por todas partes, que era cosa de grande compassión ver tanta crueldad como hazían los encolerizados Christianos, de suerte que no se pudo poner remedio en ello. Parecía Huéscar otra Roma que se ardía. A caso dos soldados entraron en una casa de un Moro rico, que siempre los que quieren robar en tales ocasiones buscan las casas más bien paradas para ser aprovechados, y después de aver saqueado lo más y lo mejor della, hallaron una Mora doncella, la más hermosa cosa que se podía hallar en gran parte, y los dos, codiciosos de tal y tan rica pieça, le echaron mano cada uno, diziendo que la dama hermosa era suya, y difiriendo sobre esto, sobre qual la tenía de llevar, vinieron a echar manos á las espadas, que ya estavan sangrientas de los Moros que avían muerto, para quererse ofender con ellas; mas a esta sazón llegó un soldado villano de ánimo y de malas costumbres, el qual como vido los dos soldados repuntados para matarse sobre la bella Mora, le pareció a él que para ponellos en paz no avía otro remedio sino matar la ocasión de su pelea, y assí llegó a la hermosa Mora y con toda crueldad le dio dos puñaladas por la hermosa teta del coraçón que parecía ser hecha de cristal, y luego la bella doncella cayó muerta en el suelo, moviendo á piedad al mismo cielo aquel caso tan villano y atroz. El traydor villano después de aver injuriado la mayor belleza del mundo, dixo: «No es tiempo aora que dos soldados tan honrados vengan a ponerse en punto de muerte por una mujer que tan poco vale.» Los dos soldados, viendo muerta la donzella tan sin culpa y con tanta crueldad, movidos a saña contra el matador, le mataron a estocadas, diziendo: «Villano, desconocido de la mayor merced que el

cielo hizo al suelo, en quanto la hermosura que de él has sacado tan sin consideración, no quedarás sin la pena de tu maldad cometida. Y diziendo esto se salieron de la casa, dexando muerto al villano, que era natural de la Puebla de Don Fadrique, y junto dél a la hermosa donzella, que aunque muerta parecía un angel, toda cubierta de finos brocados de su cabeça. En este tiempo el Corregidor con mucha gente yva sacando a los Christianos de la morería: a unos llevando presos, a otros poniendo pena de las vidas si de la morería no saliesen, y assí desta manera remedió lo que pudo, aunque el remedio fué tarde, porque ya la morería ardía en vivas llamas; mas a toda diligencia fué el fuego apaciguado, quedando hecho mucho daño. Apaciguada esta civil guerra fué hallada la hermosa Mora y sacada a la plaça, a donde a todos dio su muerte gran dolor y lástima conociendo quién era, y por su belleza, y todos maldecían la villana mano del matador. Después se vino a saber la causa de su dolorosa muerte y la vengança della. El Corregidor o Gobernador, movido a piedad por la donzella, maravillado de su hermosura, la mandó enterrar honradamente y encima de su sepultura mandó poner una losa blanca con unas letras negras que assí dezían en romance:

EPITAFIO

Quiso mi gran desventura
y el hado terrible y fuerte
que se me diesse la muerte
por mi grande hermosura.

Fué voluntad de un villano
que yo muriesse temprano
por quitar una contienda,
y mi muerte fué la ofrenda
de un caso tan inumano.

Estas letras estavan puestas en el mármol blanco de la sepultura; no huvo en Huéscar hombre ni muger que no llorasse y sintiesse la desastrada muerte desta Mora donzella, por ser la más bella pieça de toda aquella tierra. Finalmente el alboroto y escándalo de la ciudad se quitó, aunque en la morería se hizo muy notable daño. La gente de Huéscar que estava en Galera combatiéndola tuvo noticia de lo que avía passado en la ciudad, y entendiendo que los Moros della se avían alzado, al punto levantaron el cerco de Galera, dando fin a la batalla y se

fueron a Huéscar, la qual ya hallaron apaciguada. Los Moros del Maleh y los de Galera dieron en fortificar el lugar bravamente, haziendo por dentro muchos bestiones y travesses por todas las calles, de tal manera que los Christianos aunque entrassen no pudiessen andar por ella sino fuessen con su muerte. El Maleh, como hombre avisado y discreto, considerando que aquel lugar estava muy dentro de la tierra de los Christianos y que no podía dexar de ser cercado y combatido y que no podía dexar de passar trabajo, acordó de dexar quatrocientos hombres, bravos soldados, para defensa de la tierra y con el resto de la demás gente una noche se partió para Purchena por los mismos passos que avía venido, llevando mucha gente menos de la que avía traydo sobre Huéscar, a donde dexó más de quinientos Moros de sus esquadras muertos a manos de los Christianos.

A esta sazón el de Vélez estava en Fiñana con su campo, y como supo la levantada de Galera y el aprieto en que estuvo Huéscar, luego con su campo marchó a Baça, a donde halló a Don Antonio de Luna, el qual, como vido que el Marqués era llegado, al punto se partió para Granada, a donde dio gran cuenta al Señor Don Juan de lo que avía passado en Galera. El Señor Don Juan dio orden al Duque de Sesa para yr a las Alpujarras con seys mil hombres y luego el de Sesa se partió para la sierra con desseo de dar fin a aquella guerra. El Marqués de Vélez, como vio que Don Antonio de Luna se era ydo a Granada, y viendo que en Baça avía bastante gente para su defensa, luego marchó con su campo para Galera, a la qual sitió muy bien, a donde se començaron algunas escaramuças entre Moros y Christianos, en los quales los Moros hazían muy grande daño. Lo qual visto por el Marqués, mandó hazer grandes y fuertes trincheras para que los Christianos pudiessen tirar a su salvo; mas assí como el Christiano se descubría fuera de la trinchera, luego era de los Moros muerto, porque avía dentro de Galera muy grandes tiradores. Al Marqués se le avía deshecho gran parte de su campo en la Calahorra y en Fiñana, y tuvo necessidad de embiar por gente a Lorca para rehazer su campo, y assí de Lorca salieron quatro Capitanes, tres de infantería y uno de cavallos. De infantería salió Martín de Lorita, Alférez mayor de Lorca, que era muy gentil hombre y bizarro soldado, y éste llevó docientos hombres. El otro Capitán fue Gómez García de Guevara, no menos gentil hombre y gallardo que el Alférez mayor, y éste llevó otros docientos hombres. El otro Capitán era Adrián Leones, el del Alberca, con otros docientos hombres no menos bizarros y galanes que los demás. El Capitán de cavallos fue Alonso del Castillo el Moço, el qual sacó ochen-

ta cavallos, toda muy buena gente. Estos seyscientos hombres y ochenta cavallos salieron de Lorca a toda priessa para el Campo del Marqués, el qual los recibió muy bien. Y un día el Marqués quiso dar asalto en Galera, y cierta gente de Huéscar tomó la vanguardia y en el arremetida fueron muchos Christianos muertos y heridos, lo qual visto el Marqués mandó que se retirasse al real. Los de Lorca, que yvan de batalla, se passaron de vanguardia y dieron una brava arremetida, y tanto que a los Moros les hizieron gran daño, mas no lo recibieron menos los de Lorca, de suerte que les convino retirar hasta las trincheras, y estando ya allí el Capitán Lorita, aviendo mostrado aquel día su gran valor en la arremetida, fue muerto de un balazo que le dio por baxo de un peto fuerte que llevava. Assí mismo murió allí el Capitán Adrián Leones de otro balaço, de que no poco pesar recibió el Marqués de sus muertes, y luego los mandó llevar a Lorca, a donde con dolorosos llantos fueron enterrados, sintiendo de su muerte toda la ciudad de Lorca gran dolor por ser nobles Capitanes y de grande valor. Murieron el día desta arremetida otros muchos Capitanes y Alféreces y Sargentos de otras partes que allí se hallaron, de que el campo hizo gran sentimiento. El Marqués, reconociendo que Galera no se podía tomar sin artillería, no consintió que más arremetida se diesse y assí luego dio aviso a Su Alteza de lo que passava, y cómo era necessaria el artillería para la toma y ruyna de aquel lugar, por ser muy fuerte y tener dentro gran defensa. Deste aviso que tuvo el Señor Don Juan del Marqués diremos en su lugar y diremos aorá de cómo un día estando el Marqués en un alto reconociendo el sitio de Galera, y por dónde se le podría plantar artillería, estando con él el Capitán Fernando de León mirando la dispusición del lugar, vieron cómo salieron de Galera ciertos Moros a un llano que eran las heras. El Capitán Fernando de León que los vido le dixo al Marqués que le diesse licencia para yr a pelear con aquellos Moros. El Marqués le dixo que no fuesse porque no se sabía la causa de aquella salida de aquellos Moros ni a qué fin avían salido, que los dexasse, que tiempo vendría que se podría ver con ellos. Fernando de León tornando a importunar al Marqués que le diesse licencia, el Marqués le dixo que hiciesse a su voluntad, pues tanta gana tenía de verse con aquellos Moros. Fernando de León, tomando cien soldados de docientos que estavan allí con él y con el Marqués, se decendió por un ramblizo que yva a dar a las mismas heras a donde estavan los Moros, y assí como llegó, luego de improviso dio en ellos diziendo: «Santiago, y a ellos.» Los Moros que los vieron venir sin temor ninguno les acometieron porque estavan

bien armados y pudo ser aver salido por industria para aquel efecto. Travóse la escaramuça brava y reñida grandemente, a donde el valeroso Fernando de León mostró todo su valor, que era muy grande; mas poco le valía su valentía, porque una bala se la quitó en un punto dexándolo allí muerto a vista del Marqués que los mirava. Los Christianos viéndose sin su Capitán, atemorizados, sin dexar de pelear se fueron retirando hasta el ramblón, y allí los Moros los dexaron, que no osaron passar más adelante con recelo de alguna emboscada. Desta escaramuça murieron muchos de las dos partes. Los Moros que quedaron se metieron en Galera, llevando consigo los Christianos despojos y con ellos la cabeça del Capitán Fernando de León, que por ventura Dios le quiso dar aquel pago. Nadie sea sobervio, que para con Dios la sobervia vale nada. Pusieron los Moros la cabeça en una pica y la mostraron en lo alto de la torre de Galera. Unos dizen que este Capitán murió de un gorguzazo por baxo de la gola. Otros dizen que de un balazo; séase como se fuere que al fin murió y á muchos plugo de su muerte; la causa Dios lo sabe. El Marqués, pesante de la muerte de Fernando de León, se partió de allí y se tornó con los demás soldados al Real, a donde estuvo aguardando la orden que se avía de tener para el rompimiento de Galera, porque sin artillería era cosa impossible poderla tomar.

Pues conviene dexar por aora el Marqués sobre Galera, y bolver a las Alpujarras a tratar el fin que tuvo la trayción de Benalguazil y Abenabó. Dize, pues, la Historia que assí como Abenabó y los Turcos acordaron de yr a Andárax y matar al Reyecillo, luego en el silencio de aquella noche caminaron a Andárax y llegaron antes del amanecer con quatro horas, y llegados al punto fueron a su posada, y avierta a pesar de la guardia llegaron al mismo aposento, a donde dormía con dos mugeres al lado, y dando grandes golpes dieron los Turcos con las puertas del aposento en tierra y luego entraron de tropel sin parar hasta la misma cama. En el aposento avía una hacha de cera ardiendo, a la luz de la qual Abenhumeya, que avía recordado alborotado, conoció a los dos bravos Turcos Capitanes y con ellos a su enemigo Benalguazil y a su primo Abenabó, y assí como los vido con semblante de Rey les dixo «¿Qué osadía a sido ésta tan grande, entrar con tanta violencia en mi palacio?» El Capitán Caracacha le respondió: «Ahora, traydor, lo verás»; y llegándose a él le echó mano sin respectar al ser Rey. Luego entró Benalguazil con los demás Turcos y Abenabó. Luego Abenhumeya se dio por perdido y, todo helado, no acertava a hablar; mas al fin esforçado les preguntó que por qué cau-

sa le tratavan de aquella suerte. «Aora lo verás», dixo Caracacha, y sacando las cartas se las dieron que las leyesse, y aviéndolas leydo al punto estuvo en el fin de la trayción, y assí dixo: «Por cierto, amigos, y por el Santo Alá, que es trayción que se me levanta y éste la tiene urdida Abenalguazil porque le tomé por fuerça a su prima, que es ésta que está presente, y esta firma es de Moxaxar, que solía ser mi secretario y aora andava en mi desgracia, de suerte que si miráys sin passión, guardándome el derecho que está en mi favor me hallaréys sin culpa.» Los Turcos, ciegos de yra contra el desventurado, no le admitieron descargo alguno, diciendo que no podía ser menos sino que avía de morir. El desdichado Rey, viendo que no podía ser menos de morir, pues nadie avía que hablara en su defensa, mirando a Benalguazil le dixo: «Alá plega, infame traydor, que por la misma causa que muero mueras. Y tú, Abenabó, que tal has consentido, que en lo que yo paro pares y en mis desdichas procedas. Una cosa os sé dezir a todos, que muero Christiano y no en la secta de Mahoma, que no le conozco.» Los Turcos, por darle mayor passión, delante dél alçaron a Abenabó por Rey y todos le besaron la mano, al qual espectáculo el Reyecillo dixo: «No le tengo embidia a tu Reynado, porque al fin has de parar en lo que yo he parado. Desdichada a sido mi suerte y desdichado fue aquel día que Don Pedro Maça me quitó la daga de la cinta, pues por ella inconsideradamente vine a dar en tal despeñadero.» Los Turcos luego le echaron una soga al cuello, y con ella le ahogaron cruelmente. Vea aora el pago cada uno que da el mundo a los que en él confían, y miren cómo acabó este desventurado, aviendo sido y tenido por Rey y obedecido por tal de aquellos que le dieron la muerte por sus manos. Luego su casa fue puesta a sacomano, a donde hallaron muchas ricas cosas y quarenta mugeres a su servicio. Desto se dio luego cuenta a la gente del campo, la qual se holgó mucho de su muerte, porque era cruel. Luego fue enterrado no con pompa de Rey sino como al más desventurado hombre del mundo (cierto pago de los que en él fían). Todas las cosas que hallaron en casa del Reyecillo se repartieron entre Abenabó y los dos Capitanes Turcos. Benalguacil no curó de otra cosa sino de su amada prima Zahara, la qual procuró con toda instancia, mas no le avino como lo pensó, porque Huzmen, Capitán de los Turcos, assí como vido a la bella Zahara, luego quedó presso de su belleza y assí tuvo ánimo de pretendella; mas Benalguazil le dixo que no hiziesse cuenta de la Mora bella porque era prima suya y se avía de casar con ella, porque assí entre los dos estava concertado. Huzmen dixo que no, que él la quería para sí

y llevarla en Argel quando la guerra fuesse fenecida. Y sobre esto los dos amantes vinieron a poner mano a las armas; mas el nuevo Rey Abenabó se puso de por medio, apaciguándolos, tomando la Mora en depósito para después darla al que más derecho contra la Mora tuviesse o a quien ella quisiesse. Con esto la mañana venida, aviendo enterrado Abenabó aquella noche al que ser Rey solía, mandó hazer la guarda acostumbrada para su persona. Toda la gente de guerra fue maravillada en ver tan presto postrado en tierra aquel que avían servido como a Rey; mas como el vulgo en sí es novelero, passaron por lo hecho fácilmente, y si acaso alguno tuvo pesar de la muerte de Abenhumeya lo disimuló, no dando a entender que lo sentía; y assí desta suerte quedó Abenabó por Rey de los Granadinos y coronado con fiestas; mas después le sucedió lo que Abenhumeya, como diremos adelante. Pues siendo ya Abenabó coronado, un día claro y sereno mandó que se juntasen todos los más principales del exército, assí como Capitanes, Alférez y Sargentos y otros de semejantes oficios y cargos, los quales noveleros todos se juntaron por ver lo que su nuevo Rey quería ordenar o dezir, y estando juntos, Abenabó, mostrando grande autoridad y gravedad en el rostro, les habló desta suerte:

RAZONAMIENTO DE ABENABÓ A LA GENTE DE GUERRA

«Ya, valerosos y fuertes Capitanes y belicosos soldados, sabéys cómo ha querido el santo Alá, por ruegos de Mahoma, cómo mi primo Abenhumeya por su tiranía tiene el castigo merecido, siendo permitido que con su muerte cesasen sus tiranías y yo aya sucedido en su silla, aunque harto contra mi voluntad; porque yo no quisiera tener a mis hombros un tan pesado cargo; mas pues vuestra voluntad a sido obedecerme por vuestro Rey, yo también quiero recibiros debaxo de mi amparo y favorecer vuestras vanderas, tratando os con paz y amor sin hazeros agravios ni demasías, conservando os en una eterna amistad, y si el santo Alá fuere servido que salgamos con lo que pretendemos y en Granada yo me veo puesto en aquel trono que mis passados posseyeron, prometo que no quede hombre de los que mi Real estandarte siguieren sin premio de sus leales trabajos, de tal suerte que queden de sus afanes galardonados. Mas lo que aora se ha de hazer es dar cuenta de lo passado al Rey de Argel, a quien yo tengo por amigo; que yo sé que se holgará que en mi mano aya caydo el cetro del Granadino estado, porque sabe que mi real persona lo merece. Pues en lo que toca a perseguir las Christianas vanderas, no avrá ninguno que

con más voluntad que yo las persiga, con el aprovechamiento que dellos os puede resultar, que con el favor del santo Alá no será poco. Pues, leales amigos, luego se dé orden de escrivir á los valerosos y ausentes Capitanes, haziéndoles saber cómo ya es fuera del mundo el inventor de sus agravios y que bien pueden parecer seguramente ante mi presencia, porque entiendo de les hazer mercedes bolviéndose a mis vanderas y también por lo que en la guerra han servido les pienso doblar el devido sueldo.»

Con esto Abenabó dio fin a sus razones, dexando al congregado vando contento de su buen dezir, especialmente que ya le conocían por hombre de mucho valor en el discurso de la prolija guerra; y assí en todo el campo se movió un confusso murmullo, tal como suele hazer el rebuelto enjambre de las abejas yendo desmandado. Los unos dezían: «Sea para bien tu elección»; otros, «Largos años a gozes con próspero y adelantado fin en los Estados»; otros dezían: «¡Viva el Rey Abenabó, nuestro defensor y vengador de agravios!» Estas y otras cosas semejantes, y al punto le vistieron de una hermosa marlota de color de púrpura y le pusieron en la mano yzquierda una vandera y en la derecha una flecha de un arco a usança de Turcos, y tomándole los más principales cavalleros Capitanes en los hombros, siendo coronado segunda vez a plaçer de todo el campo, dezían: «¡Viva Abenabó, Rey de Granada y del Andalucía! Luego Abenabó les començó a hazer mercedes a los más principales, y passado esto, el Capitán Caracacha le habló al Rey Abenabó desta suerte, aviendo en todos silencio:

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN CARACACHA AL REY ABENABÓ EN PRESENCIA DE TODOS.

«Para bien seas coronado nuevo Rey de Granada y por tal te obedecemos y besamos las manos: doy mi palabra de jamás bolver a Argel hasta que tú estés en tu casa y sosiego governando pacíficamente assí como tus passados lo estuvieron, y si fuere tu voluntad que yo passe en África, me ofrezco de yr por tu servicio y traer toda aquella gente de socorro que yo quisiera, que yo sé que el Ochalí me la dará de la más armígera y robusta que se halle en toda Libia. Tu Alteza dé orden a quien tu gusto fuere que vaya en África y sin dilación parta, y assí mismo dése luego aviso a los ausentes Capitanes y pueblos contra Abenhumeya rebelados que te vengan a obedecer por Rey, y el

que dello rehusare yo me ofrezco de postrarlo de tal suerte que con su rebelión acabe la vida y hazienda.»

Esto dixo Carbagio Caracacha, quedando dello Abenabó muy contento y agradeciéndole la nueva oferta, y al punto fue apercibido para el viaje de África un Turco llamado Dauz, muy sagaz y discreto, al qual se le dio mucha cosa de oro y esclavos Christianos en presente al Ochalí, Rey de Argel. No tardó mucho que todos los Capitanes ausentes y los pueblos inobedientes a Abenhumeya todos vinieron a besar la mano al Rey Abenabó. El qual, viéndose tan puesto en lo sublime de la rueda de la fortuna, tuvo grande esperança que la guerra avría buen fin en su favor. En esta coronación de Abenabó, se mostró el Habaquí y el Dalí muy delantero, favoreciéndole en todo lo que se pudo, y Abenabó lleno de larga esperança començó a dar orden en lo que se devía de hazer en la guerra, a donde en el capítulo que viene se dará, y de lo passado se dirá el romanze siguiente:

ROMANZE QUE TRATA EL ALÇAMIENTO DE GALERA
Y CÓMO LA SITIÓ EL MARQUÉS DE VÉLEZ CON SU CAMPO.

Los de Castilleja Moros
y los de Orze y de Galera
puestos están de concierto
con otros Moros de Huéscar
Que tomen todos las armas,
que se alçen con la tierra
y al Maleh pidan socorro,
que estava dentro en Purchena.
Galera hizo primero
de aquesta maldad la muestra.
Vino el Maleh de socorro
a la gente que le espera.
A Huéscar puso emboscada
muy oculta por la huerta,
mas teniendo sentimiento
los Christianos salen fuera.
Con ellos travan batalla
muy cruel y muy sangrienta;
muchos mueren de ambas partes,
mas de los Moros sin cuenta.
El Maleh visto su daño
retirádose ha a Galera;
el vando de los Christianos
también se retira a Huéscar,

Dado han en los moriscos
encerrados en la Tercia,
y el Maleh aquella noche
también se acoge a Purchena.
El Marqués está en Fiñana,
con su campo va a Galera
donde le da dos assaltos,
más valdría no los diera.
Mucha gente le mataron
de unas y otras vanderas;
allí mueren Capitanes
y oficiales de la guerra
con otros muchos soldados
que mató la gente fiera.
A Fernando de León
le cortaron la cabeça
y le pusieron los Moros
a su castillo por seña.
Al de Austria escribe el Marqués
diziéndole que Galera
no podía ser ganada
sin piezas que la batieran.
En este tiempo fué muerto
el Muley Abenhumeya
y los Turcos le mataron
por trayción que se urdiera
tramada por Alguazil
de zelos que dél tuviera.
A Audalla toman por Rey,
que Abenabó se dixera;
presto se sabrá la causa
de lo que más sucediera.

Fin.

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO, EN QUE SE PONE LA BAtalla que passó entre Benalguazil y el Turco Huzén, Capitán de los Turcos, y cómo Abenabó fué con su gente sobre el presidio de Órgiva, a donde huvo una recia batalla, y cómo el de Sésar salió de Granada y cómo los Moros dieron en su gente.

Pues como avemos dicho, siendo coronado Abenabó por Rey a voluntad de todo el campo, acompañado de todos los famosos Capitanes y gente de guerra dio orden que fuesse el presidio de Órgiva des-

traydo, y estando ya resuelto en este viaje, Abenalguacil le pidió de merced que le diesse a su prima Zahara, porque se quería casar con ella. Desta demanda de Benalguazil tuvo noticia el Capitán de los Turcos Huzén, y assí mismo la pidió al Rey diziendo que él la merecía y no Abenalguazil. Abenabó se halló en esto confusso no sabiendo deternar a quién darla, y assí acordó de ponerlo en las manos de la bella Mora; la qual fué trayda delante de Abenabó y de los dos pretensores, y siendo preguntada a quál de los dos quería por marido, respondió que no quería a ninguno ni tenía voluntad de se casar por entonces. Dada esta resoluta sentencia por la Mora, los dos amantes se tomaron más odio del que hasta allí avían tenido, y todas las vezes que se encontravan se miravan desdeñadamente entendiendo que el uno era causa que el otro no fuesse favorecido de su dama; y assí con estas imaginaciones vino a tanto el desamarse que se vinieron a desafiar á batalla, señalando solamente con alfanjes y albornozes; y assí a la hora que el sol escondía su lumbre se salieron del Real sin que nadie echase de ver en ello, y siendo alexados del Real obra de una milla, al passar de un arroyo, en un prado verde y hermoso para el caso bien cómodo, la Luna se mostrava clara y hermosa, porque le faltava muy poco para ser llena, dando de sí claridad bastante para poner por obra qualquier cosa que hazerse quisiesse; y assí en llegando el Granadino le dixo al cita: « No ay para qué buscar más oportuno lugar ni más cómodo para nuestro intento que es éste; por tanto aora, bárbaro, pon mano a tu alfange y haz todo tu poder contra mí, pues en quitarme a Zahara lo has mostrado »; y diziendo ésto Benalguazil puso mano al suyo, y assí como si fueran dos bravos toros, se acometieron, tirándose grandes golpes el uno al otro, desseando cada uno la muerte de su contrario, y esto con tanta priessa que era cosa de espantar, y con tanta fortaleza que quando se acercavan a dar los dos alfanjes, el uno con el otro, saltavan las centellas chispeando por el ayre, assí cómo si dieran en un fino pedernal; assí anduvieron bregando los dos bravos Moros más de media hora, dándose grandes golpes por todas partes, hiriendo y rebatiendo y reparando de tal suerte que ya los alfanjes estavan tan mellados que parecían sierras y los albornozes hechos todos pedaços y harpados por mil partes, y no que se conociesse ventaja el uno al otro: mas Dios, que paga y premia a cada uno conforme las obras tiene hechas, permitió que Benalguazil pagasse la maldad de su trayción hecha a su señor, y assí pareció que la maldición que Abenhumeya le echó al tiempo de su muerte aquella hora le sobrevino, porque no quiso Dios que quedasse sin pago de su maldad; y fué

que estando el bravo Benalguazil a toda furia peleando, mirando por dónde mejor podría ser aprovechado de su contrario, delante de los ojos se le representó la imagen del desdichado de Abenhumeya con la soga al cuello con que lo avían ahogado los Turcos, y como el Moro la viese, acordándose de la trayción contra su Rey cometida, se le infundió por todos los miembros un penetrante yelo, y de allí le vino un gran desmayo y turbación, de suerte que con aquella horrible visión no tuvo poder para menear las armas contra el Turco; el qual como viese su flogía, no quiso perder la coyuntura que la ocasión le ofrecía, y assí con doblado ánimo le tiró un gran golpe a la cabeça, el qual no fué reparado por la causa ya dicha, y desta suerte Benalguazil quedó mal herido tendido en el suelo, más atemorizado de la visión y de la imaginación de su trayción que de la herida recibida. El Turco que assí lo vido, entendiendo muy bien que de aquella herida su contrario no podía escapar, no le quiso más herir, sino llegándose a él le tomó el alfanje de la mano y parando mientes, por la herida vido que Benalguazil bañava el prado con grande abundancia de su sangre; mas al tiempo que el Turco le quitó el alfanje de la mano, bien lo sintió Benalguazil, y esforzando la temerosa voz le dixo al Turco: «Huzén, estáme atento a lo que aora te dixere antes de espirar. Sabrás que tú no me has muerto, ni de ello te glories en tiempo alguno; quien me ha muerto a sido Abenhumeya, que ahora combatiendo contigo se me puso delante de mis ojos con el crudo laço al cuello, y sabe que yo por trayción fuy la causa de su muerte por celos de mi prima Zahara, que por fuerça me la avía quitado y yo fuy quien hize los despachos falsos a Abenabó y a los Turcos; una cosa te suplico, que antes que de aquí te vayas me des sepultura y a nadie digas que aquí me dexas, y de Zahara te guarda; advierte que es una Cirze y mira no te trayga al estado en que yo estoy.» El valeroso Capitán Turco de aquello quedó espantado y atemorizado; herizado el caballo vio cómo Benalguazil rebolcando por su sangre acabó la vida, y de presto, no viendo la hora de partirse de aquel lugar, hizo un gran hoyo con los alfanjes, y metiendo dentro a Benalguazil lo cubrió de tierra y de algunas piedras que avía en aquel arroyo, y aviéndole cubierto luego se partió para Andárax, yendo por todo el camino ocupado en la imaginación de lo que le avía dicho Benalguazil, ya pesante de le aver muerto, considerando que Zahara le podría a él traer en aquel desdichado estado. Llegado a Andárax disimulado entró en su possada, luego el siguiente día dio Abenabó orden de repartir oficios y dar cargos y Alcaydías y reformaciones de Capitanes. Este Abenabó tenía un hermano

menor que él, hombre de mucho valor y presunción, y a éste le hizo Alguazil mayor, que es entre los Moros el más preeminente cargo después del Rey. A Dalí le dexó en su mismo oficio de Capitán y a Carcax Turco, que avía venido pocos días avía de África, le hizo Capitán de la gente del Capitán Darri que Don Fernandillo mandó ahorcar. Y a quien dió Abenabó más y mayores cargos de Alcaydías y Capitanías fué al Habaquí, porque a éste le comete el río de Almançora y el de Almería, Filabres y Baça y de Guadix, su patria, y del estado del Cavete y otros más cargos. A Noayve nombra por General de Granada y su vega y todos los lugares de la Nevada sierra. Despacha al Moro Orcame para Argel, que pida al Ochalí socorro para acabar la guerra, aun que bien entiende que Dauz ya avrá llegado en Argel; mas de nuevo le tornó a embiar muchos esclavos y presentes; lo qual fué causa que el de Argel le embiasse gente de socorro, como diremos adelante. Juntava Abenabó muchas armas y comprava cosas de los mercaderes Berberiscos y todas las rapartía entre sus soldados por poco precio. Juntamente con esto tenía grande benevolencia, y desta suerte hizo su campo muy crecido y aumentado de gentes de guerra, con la qual Abenabó se holgava mucho y tenía grandes pensamientos, teniendo en todo y por todo ganadas las voluntades de todo su exército. En este tiempo el Señor Don Juan de Austria tuvo noticia de todas las prevenciones del nuevo Reyecillo Abenabó, y assí mandó, como avemos dicho, que el Duque de Sesa saliese con buen campo para las Alpujarras en socorro de Órgiva, a donde el Príncipe sabía que el Moro tenía designio de dar; y más le puso espuelas a su pretensión una rota que los Christianos tuvieron saliendo de Órgiva a buscar bastimentos. Siendo llegados al barranco llamado Tarrascón, allí grande multitud de Moros les salieron con tal poder que los Christianos fueron todos muertos, solos tres entre los demás muertos se escaparon, que llevaron la triste nueva de su rota. Lo qual sabido por Abenabó, tomando por ello más osadía, determinó meter por fuerza de armas en Castil de Ferro grande guarnición porque los mensageros de Argel hallassen a donde desembarcar sin embaraço de las Christianas armas; y assí sin aguardar más un solo punto levantó su Real de Andárax y fué sobre el presidio de Órgiva, entendiendo que sin falta alguna lo podría tomar y matar todos los Christianos que allí avía, y assí dio la vanguardia del campo a quatro valerosos Capitanes de los suyos, que fueron Barbuz, Carcax, Nacoz, Arrendate, todos con diez mil de pelea, y Abenabó yva en batalla y el Dalí yva de retaguardia con dos migueros. Marchando el campo con esta orden, llegó

a Órgiva y luego mandó hazer grandes trincheras por reparo de sus gentes. Avía en Órgiva un bravo Capitán llamado Francisco de Molina, el qual con grande valor él y sus soldados defendían bravamente a Órgiva; mas Órgiva no tenía ninguna defensa ni reparo de fuertes, el mayor que tenía era estar cerca de Granada, de a donde le podría venir de presto socorro; mas antes que le viniese, los Moros les pusieron en tanto aprieto que no tenían otra defensa ni muralla sino los mismos cuerpos de los muertos, ya tanto llegaron que ya les faltavan las municiones y agua y otras cosas semejantes. Estava allí otro Capitán famoso llamado Juan Alvarez Bohorques, y éste guardava un portillo con su gente mostrando gran valor; mas el perverso Abenabó con grande instancia le mandava apretar hasta tanto que a los Christianos les vino a faltar plomo, y este valoroso Capitán no tuvo otro remedio para su defensa sino deshazer cierta baxilla de plata y hacer menudos pedazos y embiarlos en lugar de balas? ¡O, famoso y fuerte Capitán digno de gran renombre, que estimavas más hazer la devida defensa que las riquezas de tus baxillas!; desta suerte se sustentaron los valerosos Christianos muchos días, hasta que el Señor Don Juan embió socorro, que a esta sazón ya estava en Granada por orden de Su Magestad con título de Generalíssimo para dar fin a aquella guerra, y assí embió al Duque de Sesa que socorriese a los Christianos cercados en Órgiva. Luego el famoso Duque salió de Granada para hazer el tal socorro, llevando seys mil infantes y trecientos cavallos, toda gente bien aderezada para hallarse en batalla con Abenabó; mas como el Duque llegase a un lugar llamado Azequias, le dio el mal de la gota, de que era muy lisiado, que fué causa de que el socorro se dilatase; lo qual sabiendo el de Austria quiso que Luys Quixada, su ayo, fuesse en aquella jornada y que se quedase el Duque; mas el Duque no lo consintió, y assí mal dispuesto hizo su camino, y para más diligencia embió un Capitán llamado Vilches con ochocientos hombres, y que a toda priesa se adelantase sin tocar en Lanxaron y que llegase a Órgiva y diese aviso al buen Francisco de Molina cómo le yva ya gran socorro. Partido Vilches, el Duque, por asegurar más el caso, embió otros mil soldados en su seguimiento y luego el mismo Duque partió con todo lo restante del campo. Abenabó, que tuvo noticia de la venida del Duque, hizo dos partes de su campo y la una manda que persevere en el asedio y la otra parte salga al encuentro a la gente del Duque, y para esto salió Arrendate y el Capitán Turco Huzén y el Dalí. Toda esta gente salió del Real de Abenabó sin que los cercados tuviesen noticia de su salida por salir de nocho. El valeroso Dalí aco-

mete con braveça y Arrendate assí mismo a la gente de Vilches, dexándole passar primero estando él emboscado con los suyos en parte que de los de Vilches no fué visto, de manera que la gente Christiana se quedó en medio en una parte fragosa y Arrendate acometió por la parte de arriba con gran furia; los Christianos dieron en ellos con braveza, mas Arrendate lleva más gente y carga con tanto poder que a los nuestros les convino retirar atrás entendiendo que ya la gente del Duque llegaría presto; mas su pensamiento fué vano, porque dieron en las manos del bravo Dalí, el qual dio en ellos con grande braveza. Visto los Christianos ser engañados con tan terrible ardid, no tuvieron otro remedio sino retirarse peleando a un alto y desde allí se defendían bravamente con esperança que el socorro del Duque no podía tardar y assí se escusaron de morir todos en aquella ocasión. El Capitán Pere, con la gente que salió trás de Vilches, llegó, mas no pudo hazer nada que aprovechasse, por que los Moros eran muchíssimos y todos tiradores y sabían muy bien la tierra. En esto el campo del Duque llegó dando socorro a los suyos; mas Nacoz, con una terrible emboscada, siendo casi noche, acometió con grande braveza, dando un grande alarido de tal suerte que todos aquellos valles parecía hundirse. Peleavan los del Duque valerosamente; mas poco les vale su esfuerzo y valor, porque acudió el Dalí y el Arrendate con poder sobre ellos, matando y destrozando sin ninguna piedad, y como era ya de noche y no sabían los nuestros la tierra, padecían cruel muerte, no pudiéndose guardar de aquel caso no pensado. Todo el campo se halló atajado entre las tinieblas y las armas fieras del bando Moro que a su salvo hazían lo que querían y assí morían muchos de los nuestros; crecían las miserables voces con un confuso desconcierto del campo sin poderse remediar. Todo el campo yva lleno de sangre de los muchos muertos y heridos. Los Moros siempre haziendo notable daño en las Christianas vanderas. Llegó a tanto el terrible daño de los Christianos y el temor dellos recebido, que sin vergüença alguna se metían huyendo por aquellas quebradas espesuras, dexando desamparado a su valeroso General, el qual, como nieto de tal abuelo, a grandes vozes les exortava diziendo desta suerte:

RAZONAMIENTO DEL DUQUE DE SESA A SUS SOLDADOS

«¿Qué furia del infierno os acomete
y qué fantasmas veys que os amedrantan
que assí huys a toda rienda suelta,
sin más respecto aquello que nos obliga

a ser de gran valor, como herederos
de la española sangre velicosa?
¿Porqué dexáys assí vuestras vanderas?
Mirad que soys de España hijos caros;
bolved a la batalla, no estéys timidos;
mirad que dirá el mundo de vosotros
que soys cobardes, viles y abatidos,
pues de una gente infame vays huyendo
que no sabe qué cosa sean armas.
Qualquiera de vosotros vale tanto
como docientos dellos en campaña,
y si huys, no quiera Dios del cielo
que digan que yo soy General vuestro;
ni prosa, ni verso nunca jamás diga
que yo truxe conmigo tan vil gente
que huye de las armas y su furia.
Mirad que vale más morir con honra
que no vivir infames en el mundo,
a donde reputados de cobardes
seréys, para ineterno, de las gentes.
Mostrad valor, esfuerço y gallardía,
que no porque la noche os amedrante
debéyx dexar de ser de fama eterna.
Mirad que los contrarios son moriscos
y que no son de Francia las esquadras
que os hazen retirar con tal infamia.
¡A ellos, a ellos, fuertes Españoles!
¡España, España, a ellos, Santiago,
que es gente vil! ¡A ellos, que ya huyen
de sólo ver las armas españolas
que tanto por el mundo son temidas!
¡Ganad, varones, oy renombres claros
de vuestras fortalezas y hazañas,
que el tiempo ya os promete la victoria!»

Diziendo estas cosas el valeroso Duque, sin temor alguno, falto del cavallo y embraçando su azerada y fuerte rodela embiste al vando Moro con grande ánimo, preciando más morir en la batalla que no bolver a tras un solo punto. Semejantes palabras que el Duque dezía, viendo en él un maravilloso exemplo, hizo en sus soldados tanta impressión que, avergonçados de aver huydo y no aver hecho el dever como varones, se tornaron a juntar con un bravo ánimo, diziendo: «Santiago, victoria, victoria, que el enemigo huye.» Esta voz fue de tanta eficacia que a los soldados Christianos pusso maravilloso ánimo y a los Moros grandísimo temor entendiendo que gran suma de socorros venía sobre ellos. ¡O, buen Duque! ¡O nieto del mejor soldado

del mundo! ¡Quán bravo exemplo diste de tu grande valor en un punto que estuvo por perderse todo el campo, pues el valeroso Don Gabriel, tu tío, digno de ser de tu clara sangre, y de otros dos bravos y valerosos soldados, Don Luys y Don Juan tus deudos, no hizieron menos cosas de gran valor imitando tu valeroso exemplo y al ánimo valeroso con que reduziste todo un ahuyentado campo a tomar armas y a pelear con más fortaleza que lo pudiera hazer el mismo Marte! ¿Qué Julio César, qué Torcato, qué Héctor, qué Alexandro, qué Favio pudiera assí acaudillar un tan atemorizado exército como tú lo acaudillaste? Aunque la noche era oscura, no pudo escurecer el gran resplandor de tu grandeza, fortaleza y ánimo en una ocasión tan dificultosa y peligrosa como la fortuna te puso entre las manos, de la qual con tanta gloria saliste.

Pues ¿qué se podría dezir del valeroso Duque Don Luys, flor del tronco de Cardona, y del valeroso Don Juan de Mendoça el gallardo? No otra cosa por cierto sino que cada uno dellos parecía un fiero Marte contra el vando Moro. De tal manera pelearon los valerosos Christianos, que libres de las duras emboscadas del enemigo, retirándose con buena orden se bolvió el campo la buelta de Azequias, que no fue poco poderlo hazer tan a su honra como aviendo estado todo el campo puesto a punto de ser perdido, si no fuera por el gran valor del Duque de Sesa. Pues retirado el campo a Azequias, otro día por la mañana el valeroso Duque reconoció todo su campo y mandó que los heridos se fuessen a Granada a curar, y él acordó de passar adelante para Órgiva; mas no lo pudo hazer tan presto como convenía por las asperezas del camino y fragosidad de las sierras; mas aunque se hizo la tardança, fue el sitio quitado de Órgiva, porque Abenabó, temiéndose que el Duque no diesse en el valle, se passó con su campo a Lanjarón por defendella la entrada. Visto el Duque ser Órgiva dessitiada se dio orden al Capitán Molina que la dexase y se fuesse a Motril con su gente. El buen Molina luego ordenó la partida para Motril, dexando algunas pieças de batir clavadas y otras, que eran las mejores, enterradas, y llevando su gente con buena orden llegó a Motril. Tan en tanto el Duque andava rebuelto con Audalla Abenabó entreteniéndolo porque el Capitán Molina hiziesse su viaje a su salvo. Los Moros gran suma dellos corrió la vega de Granada por Guéjar y el Puntal y hizo presa en muchos pastores y gran cantidad de ganados. El Señor Don Juan quisiera hallarse en semejantes ocasiones, mas le era defendido; y assí por causas que importavan se dió orden que el Duque se tornase para tratar cosas de la guerra y que si de camino

encontrasse con Audalla que le diesse asalto con la mayor braveza que pudiesse. El Duque a esta sazón tuvo noticia que el Moro quería yr a las Albuñuelas, y por verse con él marchó con su campo para el mismo lugar. Los dos campos yvan marchando, mas por partes que no se podían ver el uno al otro por las ramblas que cada uno caminava. El buen Duque llegó primero y assí como llegó se aposentó en la mejor parte del lugar y mandó poner fuego a lo demás, y lo mismo hizo a un lugar llamado Prastaval y a otro que se llamava Velaix, y a otras poblaciones de Moros que estavan por allí cerca, porque los vezinos dellos davan a los enemigos bastimentos. Hecho esto, el buen Duque se bolvió a Granada dexando grande guarnición en las Albuñuelas y por Capitán de la gente a Pedro de Mendoça, buen cavallero y valeroso Capitán, con el qual quedaron seyscientos valerosos soldados. El Duque llegado a Granada, el Señor Don Juan dio orden de lo que se devía de hazer, como diremos al siguiente capítulo, diziendo primero un romance de lo passado por no perder el hilo.

ROMANCE QUE TRATA CÓMO EL MORO AUDALLA ABENABÓ CERCÓ A ÓRGIVA Y CÓMO EL DUQUE DE SESA PELEÓ CON SU GENTE Y QUITÓ EL CERCO.

El Moro Abenabó Audalla
en campo fortalecido
para Orgiva se marcha,
que es de Christianos presidio.
De trincheras la rodea
por traella a su partido,
mas los de adentro esforçados
con valor se han defendido.
Mas muy poco les valiera
si no fueran socorridos;
mas el de Austria que lo supo
socorro envía cumplido.
El de Sesa es General
en la milicia entendido
y seys mil infantes lleva
de valor reconocido
con ochocientos cavallos
que para el caso ha pedido.
Abenabó que lo entiende
su gran campo ha dividido,
una parte está en el cerco,
la otra se va al camino
por do el de Sesa venía
buscando a Audalla enemigo.

Cuatro capitanes salen
del esquadrón sarrazino,
Dalí, Nacoz, Arrendate
y Huzén que de Argel vino.
Todos se emboscan y esconden
entre los robles y pinos.
Vilches, que llega el primeró,
fue assaltado repentino,
que los Moros le acometen
con furia qual torbellino.
El buen Capitán Perea,
que detrás de Vilches vino,
muy bien quisiera ayudarle,
mas fuele el hado maligno,
Porque el Nacoz al Dalí
le ayuda con buen destino
y tal esfuerço que espanta
la furia con que allí vino.
Mal lo passan los Christianos,
retirarse les convino
hacía a trás con toda priesa
por donde avían venido,
entendiendo que el de Sesa
les daría pronto auxilio.
Mas en las manos cayeron
de Arrendate, Moro fino,
el qual los deshace y mata
con dolor nunca sentido.
En esto llega el de Sesa,
mas también muy mal le ha ydo
por ser oscura la noche
y estar el sol escondido,
Y a esta causa su esquadrón
fué de los Moros rompido,
Porque todos con espanto
de la batalla han huydo.
El Duque los animava
con valor engrandecido,
y tanto haze por su parte
que su campo ha reducido
y con furor acomete
a aquel que los ha ofendido.
Peleando los Christianos
contra el vando fementido
se retiran poco a poco
a Acequias, de do han salido.
Los Moros luego se buelven
al campo de do han venido.

Abenabó dexa el cerco,
a Lanjarón se ha acogido,
porque el Duque no le entrara
en su valle enriquecido.
Los de Orgiva a Motril
le van tomando el camino,
porque el de Sesa lo manda
y es cosa que assí convino.
A las Albuñuelas parte
el de Sesa Paladino;
gran parte de ellas quemava
y otros lugares vezinos,
porque davan bastimentos
al campo de los moriscos.
El Duque vuelve a Granada,
que el de Austria assí lo quiso,
dexando allí en su lugar
a Don Pedro Mendoçino
con setecientos soldados
de valor estraño y fino.

Fin.

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE, EN QUE SE PONE CÓMO el Señor Don Juan y el Duque de Sesa con dos campos entraron en las Alpujarras y fueron sobre Guéjar, y lo que más passó.

Assí como el buen Duque de Sesa llegó a Granada, el Señor Don Juan, teniendo noticia cómo el de Vélez estava en Galera y los asaltos que se avían dado, donde tanto daño fué recibido, y cómo el de Vélez le avía embiado a dezir que sin artillería Galera no podía ser tomada, luego escrivió a Su Magestad la presente carta assí diziendo:

CARTA DEL SEÑOR DON JUAN A SU MAGESTAD

Muy poderoso Señor: Vuestra Magestad sabrá que la guerra de Granada va de mal en peor porque los Moros se han armado muy de propósito y hazen notable daño en las escoltas y en los presidios, y si les acometen no guardan batalla y se meten por las sierras, y assí ay guerra para toda la vida. Y aora se ha levantado un lugar llamado Galera, fortíssimo, y

según soy informado del Marqués de los Vélez, sin artillería no puede ser tomado, y yo holgara mucho de yr sobre Galera, mas será dexar atrás los enemigos. Quería que Vuestra Magestad me diesse licencia para que yo y el Duque de Sesa entrássemos con dos campos por las Alpujarras para que con brevedad se diesse fin a la prolixa guerra que ya va en dos años que anda, y más peor está hoy que el primero día, y sino se ataxa como digo, jamás tendrá fin.

Esta carta escrivió el Señor Don Juan a Su Magestad, y Su Magestad le mandó que él y el Duque con gran gente entrasse en las Alpujarras, y después de aver desvaratado a Abenavó y su campo, que fuesse sobre Galera y assistiesse en compañía del Marqués de Vélez, y que se daría aviso al Comendador mayor que proveyese artillería para que con ella fin se diesse a la guerra. El Señor Don Juan, avida esta licencia, al punto ordenó de salir a buscar los Moros del Alpujarra y llevar al de Sesa consigo, y dada esta orden luego mandó al Duque se aderezasse a la partida para yr sobre Guéjar, aunque más quisiera el valeroso Príncipe yr sobre Galera; mas por no dexar enemigos atrás se partieron a las Alpujarras los dos famosos Generales con cada diez mil hombres de pelea infantes y mil cavallos, todos repartidos por buena orden, dando traza que llegasen al amanecer sobre Guéjar, y que cada uno fuesse por su camino y todos llegasen á un mismo punto. Los campos marchan y el de Sesa acertó a tomar el camino más llano y más trillado. Su Alteza fué tomando por lo alto, por caminos ásperos y dificultosos de andar, aviéndole dado la vanguardia a un Capitán llamado Luys Quixada, porque sabía andar por aquellos passos y por ser valiente. La retaguardia llevava un cavallero llamado Garci Manrrique con toda la cavallería. Este Manrrique era buen soldado y valiente. El Señor Don Juan yva de batalla, llevando delante de sí un hermoso y Real guión. Desta suerte marchavan los dos fuertes esquadrones, aunque de noche a la luz de las estrellas. El campo del Señor Don Juan yva guiado por un cavallero llamado Don Diego de Quesada, por ser prático por aquella tierra; mas al baxar de un monte erró el camino de suerte que el campo hizo gran rodeo. El Duque, como yva por el mejor camino, yva más sin pesadumbre marchando. A esta sazon los Moros de Guéjar tuvieron aviso de los Moros de Granada cómo yva el hermano del Rey Don Felipe a darles cruda guerra y acabar con ellos. Los Moros de Guéjar sobre esto entraron en acuerdo sobre lo que harían y al fin determinaron de desamparar el lugar y volar a la sierra. Y luego al punto cargaron con sus bienes

y se fueron, llevando hijos y mugeres; solamente quedaron algunos viejos que no podían caminar con ellos. El valeroso Duque al salir del Sol llegó al lugar pensando de hallar allí al enemigo; mas, como dezimos, no lo halló, salvo algunos viejos que fueron luego degollados, y a toda priesa alguna gente del Duque siguió a los Moros que yvan huyendo, y al fin alcançaron la retaguardia, a donde los Moros llevavan algunos tiradores, y allí los Christianos travaron escaramuça y les tomaron algunas pressas; mas de lo espeso del monte salieron muchos Moros y dieron en los Christianos poderosamente y les tornaron a quitar la ganada pressa. Con esto los Christianos, maltratados y muertos algunos, tornaron al Real. Su Alteza salido era el Sol y no avía llegado a lo puesto por causa de aver Don Diego de Quesada errado el camino, por lo qual su Alteza yva mohino y enojado, entendiendo que el Duque avría desvaratado los Moros, y le pesava por no hallarse en la ocasión que venía a buscar. Llegado el Señor Don Juan a donde estava el Duque, se tuvo noticia que a la falda de la sierra avían aparecido grande cantidad de Moras, según parecían blanqueando. Los Christianos, entendiendo que eran de las Moras que avían huydo, a toda priessa fueron para allá una gran tropa dellos, mas en llegando fueron recebidos con una gentil carga de arcabucería, porque eran Moros disfraçados con tocas por engañar a los Christianos. Travóse escaramuça, y al fin los Moros se fueron a la sierra y de allí a Válor, a donde estava a la sazón Abenabó con su campo. En esta escaramuça murió el Capitán Quixada y otros ocho soldados con él; los demás se recogieron al Real, con harto dolor por la muerte de su buen Capitán Quixada, aunque después murió otro Quixada que passó más dolor en el campo, como adelante diremos. Parecía su Alteza en todo y por todo a su valeroso padre Carlos Quinto en lo afable, en el real trato y meneo, habla y donayre, y assí todo el campo estava con su vista tan contento que era maravilla. Dexaremos de hablar dél y diremos de los Moros que escaparon huyendo de Guéjar, los quales no pararon hasta llegar a Válor, a donde estava Abenabó, el qual muy pesante y lleno de yra contra ellos por verles venir huyendo, a todos les habló, con grande corage y desabrimiento, deste modo:

BRAVA REPRENSIÓN DE ABENABÓ A LOS MOROS QUE HUYERON DE GUÉJAR.

«Hombres ingratos, infames, mal conocidos a los favores que la fortuna os avía hecho aviendo os dado valor contra las Christianas

vanderas y poder soberano sobre vuestros enemigos ¿no avéys tenido empacho de aver venido huyendo de un moço que no tiene aún abiertos los ojos a la luz del mundo, ni sabe qué cosa sea esperiencia del militar oficio, ni qué cosa sean armas, ni entiende el son de la atronadora caxa, ni el de la resonante trompeta, y que por solo el nombre de su venida desamparásedes los presidios a donde yo tenía confiança que con vuestro valor serían defendidos, no tuvistes cuenta con el mío, que amedranta toda España y teme mi poder, y que ayáis perdido el renombre de fama, el qual ya jamás será recobrado, pues en tiempo que ya de vosotros temblava la tierra hecha un lago de sangre por vuestras armas y braveza venistes a desistir de vuestra inmortal fama y ganados renombres? ¿Por ventura, cobardes, tuvistes en poco a mí y a mi campo que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confiança teníades de mi valor para que no os sacara de qualquier peligro por grande que fuesse? Pues dezidme: ¿si tan poca confiança teníades de mi esfuerço, para qué me distes corona? ¿para qué me alzastes por vuestro Rey? Si es que no avéys de hazer lo que a mi valor soys obligados, mas quiero que me deys la muerte antes que verme en poder de los enemigos Christianos, y esto tendría yo por mejor suerte. ¿No soys vosotros como los de Galera que siendo hombres mal esperimentados en las armas y en la guerra no diestros, hazen dentro de sus murallas temblar al enemigo que los sitia? Pues cuando no mirárades otra cosa sino ésta, ni tuviérades delante tan abierto exemplo, no avíades de mostrar semejante cobardía y tan infame retirada, sino mostraros contra el vando Christiano como firmes rocas y fortalecidos muros, aunque el Christiano con mayor poder viniera. Mas de vosotros, Turcos valerosos, tengo quexa, pues siendo en armas tan diestros y tan nombrados, de cuyo valor España tiembla, caer en una vajeza tan grande, a donde conviene más mostrar los quilates finos de vuestro valor; pues si assí ha de ser, matadme como tengo dicho, que yo lo tendré por soberano beneficio antes que verme en poder de mis enemigos los Christianos, a quien desamo grandemente porque dellos tengo recebidas obras para que yo no esté bien con sus cosas.»

Con esto acabó el furioso Abenabó su razonamiento, mostrando en el rostro una braveça terrible; mas assí como acabó Abenabó su razón, un Turco llamado Noayte, Alcayde de Guéjar, le respondió desta manera:

RAZONAMIENTO DEL TURCO NOAYTE A ABENABÓ.

«De culpa nos cargas, Abenabó, por lo qual me conviene dar disculpa por mí y todos los demás soldados de tu exército, pues todos somos miembros de tu Real persona, que es la cabeça, de suerte que si en mí y en los demás de mi esquadra se hallasse mancha de culpa, es cosa clara que a todos avía de alcançar parte de la tal mancha, y assí porque yo y los demás que demos disculpados de lo que tu Real Alteza nos culpa, yo quiero ser abogado: en quanto al miedo que dizes que tuvimos, bien estarás satisfecho por lo que en los passados tiempos, en qualesquiera ocasiones, avemos hecho contra el vando Christiano, donde manifiestamente se mostró nuestro valor sin cobardía ni miedo, y juro por Mahoma que jamás supimos qué cosa fuesse miedo y que siempre fuymos quien somos y seremos, aunque el mundo se hundiesse y se mostrase en nuestro daño; y la causa porque desamparada fué Guéjar, no fue por temor ni por cobardía, mas de tener aviso de tus espías que están en Granada cómo sobre nosotros venían dos gruessos campos, el del Príncipe Austriano y el de Sesa, y tras dellos el resto de España; ¿pues cómo en un presidio sin murallas y de poca importancia querías tú, Abenabó, que resistiessen docientos soldados sabiendo que tus fuerças y las nuestras están en la fragosidad de las sierras nevadas? Pues esto siendo assí no cumplía a tu Magestad que aguardáramos tanto poderío en una villa tan débil y flaca a donde se perdiera la fama de nuestros hechos como tú dizes, especialmente estando Guéjar tan vecina de Granada, y pues sabes que lo mejor de tu defensa está en las montañas, no tienes de qué quexarte de nuestra venida, porque sustentar tú la guerra fuera del amparo de la sierra es imposible, pues ella es causa que los cavallos no puedan hazer su efecto. No pones, por ejemplo, que los Moros de Galera, nada aspertos en la milicia, se muestran con gran valor y hazen gran resistencia al vando Christiano. Los de Galera pueden hazer essa resistencia muy a su salvo, porque Galera es peña dentro y fuera y toda armada de profundas y firmes bóvedas, y los de dentro, sin daño suyo, hazen gran daño en los enemigos; por saeteras ofenden sin ser ofendidos, y allí cien soldados valen por mil, y aunque Galera con artillería se bata y la pongan llana en ras de la tierra, no pueden los de dentro ser dañados, respecto de los grandes aposentos y alojamientos que tiene baxo de tierra, y si no se mina y buela con pólvora, jamás Galera será

granada; y advierte que de todo lo que digo fallese Guéjar, que ni tiene murallas, fossos ni defensa, sino la viva fuerte de los que la quisieren defender, pues cien, ni docientos, ni trecientos soldados de presidio es claro que no se pudieran defender de veynte mil hombres que vinieron sobre ellos, y mayor honra a sido dexalla que defendella, y mas vale perder un lugar hecho de paredes viejas que no trecientos buenos soldados, porque las paredes no te podrán defender de ningún peligro y trecientos soldados te podrán librar en mayor ocasión de alguna notable afrenta. Satisfecho he a la culpa que me culpas, si bien me has querido entender: no te acuerdes de Guéjar, que es un pueblo inhabitable, hiermo y en vano el de Austria a hecho presa en él con tan gran campo como trae. Si fuera la ínclita Granada, Guadix el fresco, la illustrada Baça la que se huviera desamparado, gran razón fuera que nuestra infamia fuera celebrada por el mundo y todos reputados por cobardes. Mas Guéjar, soberano Abenabó, bien sabes que no es el fin que se pretende. Al blanco vamos, busquemos la ocasión más grave y dé tu Alteza en el más profundo y seguro puerto, y esto es lo que haze al caso y no disputar con sobrado corage por cosa de tan poca importancia; la sierra por aora es nuestra madre y ella nos defiende, pues no consiente ser hollada de cavallos. Assí que no estimes nuestro valor en tan poco, pues el de Sesa lo estimó en mucho quando le asaltamos con tus bravas emboscadas de noche de suerte que por nuestro valor se huvo de retirar a Azequias a mal de su grado. Venga toda España, no le temas, que el socorro africano vendrá con brevedad y el tiempo se mudará en tu favor; lo que has de hazer, valeroso Audalla, es tenerles puertos seguros para su desembarcación, que es lo que haze al caso. Da sobre Almuñécar con tu campo, con Salobreña embiste a toda priessa, y esto sea sin dilación, porque el Ochalí no avrá faltado a tu demanda y la africana gente será presto con tus vanderas, que las estimarás en mucho, pues con ella has de dar fin a tu glorioso intento, el qual saldrá como tú desseas.»

Con esto el valeroso Turco dio fin a su razón, con la qual Abenabó quedó fuera de su enojo y toda la militar gente alegre y satisfecha de tan discreto descargo en su favor, y assí luego Abenabó mandó que el campo marchase de buelta de Almuñécar y Salobreña, llevando todo el aparato necessario de escalas y municiones y otros pertrechos de guerra. Mandó Abenabó que el campo se partiesse en dos partes, y cada uno diesse en su lugar y todos a un tiempo y sazón. Los dos campos luego marchan y no paran hasta llegar a los dos lugares re-

feridos, a los quales assí como llegaron les pusieron terrible cerco, començándolos a combatir muy fuertemente con mucha escopetería. Otros arrimavan escalas para subir a lo alto de las almenadas murallas y torreones; mas poco vale su rezio acometimiento, porque los dos lugares famosos estavan fortificados de muy buenos soldados, que con valeroso ánimo defendían sus plaças, queriendo más morir que dexarlas perder. En Almuñécar estava un valeroso Capitán, llamado Don Lope de Valençuela, el qual en defensa de su plaça hazía maravillas matando muchos de los Moros. No menos mostró grande valor la gente de Salobreña ni menos daño hizo en la gente de Abenabó que Almuñécar, a donde estava por Capitán un maravilloso soldado llamado Don Diego Ramírez. Finalmente Abenabó, visto no poder salir con su pretensión, con su campo le convino retirarse, dexando al pie de las fuertes murallas muchos de sus Moros muertos, y no por esto Abenabó amedrantado ni laso se partió la buelta de Válor con ánimo de presentalle la batalla al de Austria y al de Sesa. Mas el valeroso hijo de Carlos Quinto, que no veya la hora de verse en Galera, visto que las cosas del Alpujarra eran largas acordó de partir para allá por quitar aquel padrasto de aquella parte, y quitada luego bolver sobre los Moros de la Alpujarra; y assí entre él y el Duque y los demás cavalleros y Capitanes del exército en consejo se trató el pensamiento del valeroso Príncipe, y todos vinieron en que assí sería muy bien ordenado. Luego Su Alteza, dexando al Duque con muy poderoso esquadrón, se partió acompañado de muchos soldados y cavalleros, los quales llegavan a seys mil soldados, dexándole al Duque todo el resto de la gente del campo. Llegó Su Alteza a Guadix sin aver ningún impedimiento y de allí passó a Baça y a Huéscar, a donde halló al de Vélez con su gente. Hízosele a Su Alteza gran recibimiento, assí de la gente del campo como de la tierra. El valeroso Marqués salió a recebir al Señor Don Juan, mostrando aquella grandeza de ánimo de quien siempre fue dotado. El Señor Don Juan le estuvo contemplando muy de propósito, siendo maravillado de su gallardo parecer, talle y garbo, diziendo entre sí que no sin misterio la fama del Marqués era tanta, que bien mostrava en su aspecto y talle robusto ser varón de gran hecho. Y después que el Señor Don Juan lo huvo bien mirado, con alegre semblante le abraçó, diziéndole semejantes palabras con rostro sereno y grave: «Aora digo, valeroso Adelantado, que no dize la fama tanto de vuestro valor como en vos se muestra, y mucho placer tengo de averme satisfecho por vista de lo que por fama tenía noticia: Aquí soy venido por mandado de Su Mages-

tad para assistir en la guerra debaxo de vuestra corrección y amparo, porque de un tan valeroso Capitán no puede ser menos sino salir grandes avisos del arte de la milicia, y assí podréys estar satisfecho que no saldré un punto de vuestra orden, porque no será acertado no tomarla de un tan buen soldado y tan esperimentado en la guerra como siempre lo avéys sido.» El Marqués, mostrando alegre semblante, estando descubierto, le respondió con palabras avisadas desta suerte: «Yo soy, valeroso Príncipe, el que siento soberano contento en aver visto y conocido a Vuestra Alteza, por ser hijo de un tan valeroso y famoso Emperador, cuyas Imperiales vanderas yo con dichosa suerte fuy siguiendo siendo soldado, y assí mismo por ser hermano de un tan poderoso Rey, el qual por me hazer singular merced de darme este trabajoso cargo, bien escusado para hombre de mi edad. Sea vuessa Alteza muy bien venido, porque con la venida de vuessa Alteza me podré yo yr a descansar a mi casa, que será muy gran razón, atento que mi edad ya no requiere arder en el trabajoso oficio de la guerra; baste lo que hasta aquí se ha passado.» «Con todo esto —respondió el Señor Don Juan— me haréys plazer de instruyrme en lo que tengo de hazer.» Y diziendo esto llegaron otros principales cavalleros a hablar con el Marqués, que muchos avía que le desseavan ver por su fama y era muy gran razón de le dessear ver, porque a la sazón no avía Príncipe de mayor valor y esfuerzo, y ninguno de la fama pudiera dezir que era de más valor que él. Pues hablando, como digo, el Señor Don Juan y el Comendador mayor y otros muchos cavalleros, llegaron a Huéscar, a donde el Señor Don Juan fue con grande alegría recibido y en el Alcáçar de la ciudad aposentado. El Marqués, aviéndose despedido de Su Alteza, assí a cavallo como estava se salió de la ciudad tomando el camino de Vélez acompañado de sus criados y de algunos cavalleros de Murcia y Lorca, ya por su orden, su recámara yva delante. Desta suerte el Marqués se fué a Vélez, dexando la guerra en el estado que avéys oydo.

No se passaron muchas horas que el Señor Don Juan no preguntasse por el Marqués, y siéndole respondido que ya se era partido del Real, no pudo dexar de sentir la falta de un tan valeroso Capitán y buen soldado como el Marqués lo era. Luego Su Alteza mandó que se entrasse en Consejo de guerra para ver qué es lo que se haría a cerca de Galera, y fue principalmente acordado que el sitio de Galera se reconociesse primero que se hiziesse ni despusiesse otra ninguna cosa. Los cavalleros que se hallaron en este acuerdo fueron los siguientes: el primero y principal el Señor Don Juan, el Comendador mayor Luys

Quixada, Don Lope de Figueroa, Don Pedro de Padilla, Don Pedro de Sotomayor, el Capitán Molina que estuvo en Órgiva. Finalmente eran veynte y quatro cavalleros, famosos Capitanes de los de Flandes y de Italia los que entravan en Consejo de guerra, y sin éstos se comunicavan las cosas de guerra con otros soldados viejos esperimentados en la milicia. Finalmente se acordó que la villa y fuerte de Galera fuesse reconocido para que se le plantasse artillería por las partes que más daño se le pudiesse hazer.

Conviene aora dexar a Su Alteza y a los demás de su campo, por dezir algo del Duque de Sesa, que andava en las Alpujarras con gran campo. Andava, pues, el Duque con mucho cuydado por darle la batalla a Abenabó, y sin esto poniendo en los más necessarios presidios gente de guarnición porque las escoltas que saliessen de Granada para su campo anduviessen seguras, y assí pusso gente en Azequias y en las Albuñuelas y en las escabrosas Guajaras y en otras partes necessarias, y muchas guardias en partes que se pudiessen muy bien descubrir los enemigos y que diessen aviso quando los moros fuessen descubiertos. Llegó el Duque a Órgiva, lugar suyo, y allí dexó un buen esquadrón de soldados y a esta causa se passó una poca dilación en hallar a Abenabó, el qual se escusava todo lo que podía de verse con el Duque hasta que el socorro de Africa le viniesse, y desto diremos en su lugar y de lo dicho se dirá en epílogo el romance que se sigue.

ROMANCE EN QUE SE PONE CÓMO SU ALTEZA Y EL DUQUE DE SESA SALIERON DE GRANADA PARA LOS ALPUJARRAS, LLAMADAS OTROS TIEMPOS LAS SIERRAS DE SOL Y AIRE.

El hijo de Carlos Quinto
se salía de Granada
con el Duque de Sesa
para yr a la Alpujarra.
Veynte mil soldados lleva,
toda gente aventajada;
lleva también mil cavallos
con la nobleza de España.
Ricas vanderas tendidas
que el ayre les tremolava;
a Guéjar hazen camino
junto a la tierra Nevada,
porque se tiene noticia
que hay de Moros grande esquadra.

El de Austria hace dos campos
por marchar fácil la estrada;
toda la noche caminan
hasta que ya vino el alva.
El Duque llegó primero
a Guéjar, Moros no halla,
que se salieron de allí
en la misma madrugada,
Porque tuvieron aviso
de los Moros de Granada
que un gran campo va sobre ellos
a recorrer la Alpujarra.
Algunos viejos hallaron
que passaron por la espada,
y tras los Moros camina
el buen Capitán Quixada
y corriendo muy a priesa
alcançó la retaguardia:
Travaron escaramuça,
los Christianos nada ganan,
unos y otros se retiran
y cada uno se aparta.
Los Moros a los Christianos
hizieron una emboscada
vestidos como mugeres
y en un llano los aguardan.
Quixada con su esquadrón
pensó coger la manada,
mas quando llegan a ella
les dan una rociada
de buena arcabucería
mostrando furia muy brava.
Los Christianos se retiran
dexando muerto a Quixada
y con él ocho soldados
por codicia desdichada.
A Válor se van los Moros,
donde Abenabó estava,
el qual muy mal los recibe,
buena fraterna les dava
porque dexaron a Guéjar
sin valerse de las armas.
Mas un Turco muy famoso
le ha salido a la parada,
diziendo que es cosa justa
tener a Guéjar por nada.
Audalla, con mal designio,
a Almuñécar caminava

y a tomar la Salobreña,
por ser puerto de importancia
para que salte la gente
que del África esperava.
Almuñécar se defiende,
Salobreña no va en zaga,
porque tienen de presidio
gente valerosa y brava.
Abenabó se retira
sin la presa que pensava.
A Válor se tornó el Moro
con acuerdo que tomara.
El de Austria se parte luego
a Galera, que está alçada,
dexando gran campo al Duque,
que queda en el Alpujarra.
A Huéscar llegó su Alteza,
a do el de Vélez estava,
al qual se holgó de ver
por fama que dél bolava.

Fin.

CAPÍTULO VEYNTE, EN QUE SE PONE CÓMO EL SEñor Don Juan puso cerco sobre Galera. Pónense los bravos asaltos que se le dieron, los quales escrivió el Alférez Thomás Pérez de Evia, vezyno de Murcia, que seguía las vanderas del Señor Don Juan andando siempre en el exército.

Entendido queda del passado capítulo cómo el valeroso Marqués de Vélez se partió de Huéscar sin despedirse del Señor Don Juan, que sintió grandemente su ausencia por la falta que le hazía el valor y experiencia de tan excelente Capitán y asperto soldado; pero considerando que esto ya no tenía remedio y que convenía tratar de la prosecución de la guerra con la presteza que se requería; aviendo Su Alteza entrado en consejo con las personas que cerca de la suya asistían y que respecto de la sazón del tiempo convenía sin perder ninguno començar desde luego a poner por obra los desinios y resoluciones de la guerra, se acordó que el campo fuesse sobre la villa de Galera, por ser la primera y que más ante los ojos Reales se avía des-

vergonçado, resistido y opuesto, y en quien los Moros rebeldes tenían puestos los suyos y mayor confianza por la resistencia y defensa que avían hecho al campo del Marqués de Vélez que pocos días antes avía ydo sobre ella, pareciendo que quitado este impedimento ningún otro quedava en que tropezar hasta el río de Almaçora, donde tan bien se habían encastillado y hecho fuertes, y que sería yr ganando reputación y fuerzas quitándolas al enemigo, acabando con la guerra, que avía casi año y medio que durava: y como tuviesse en mi libro escripto todo aquello de que tenía noticia por vista y relación, y no me huviesse hallado en el cerco de Galera, desseando escrivirlo con la entereza y verdad que luego lo demás, para proseguir y llevar al cabo la guerra y subcessos del levantamiento, tuve necessidad de buscar información, tan auténtica y verdadera que sin admitir contradición ni repugnancia ygualasse a la grandeza y calidad del sujeto; y assí yéndome informando y haziendo inteligente inquisición en el caso, preguntando a los Capitanes y soldados, oficiales y personas de cargo que se havían hallado en el sitio y visto y entendido los sucessos, desde cuya opinión y verdad se tenía toda buena satisfación y crédito, vino a mi noticia que el Alférez Thomás Pérez de Evia, vecino de la ciudad de Murcia, soldado viejo, aventajado, que siguiendo las vanderas y campo del Señor Don Juan se halló en esta jornada y discurso de la guerra, avía hecho un breve, compendioso y sustancial discurso de la jornada y sitio de Galera, escrito de su mano día por día, como yva sucediendo, y aviéndosele yo pedido y él dádomelo, pareciéndome que según el método y modo se arguya en ello una desapasionada verdad con gravedad y desenfado de estilo, acompañado de tanta propiedad en todo, mostrando muy bien aver sido escripta por soldado y persona en quien concurrían prática y experiencia del arte militar, acordé de ponerlo a la letra de como se me dio, sin quitar ni poner cosa alguna, llevando lisa la hebra de su estilo, no quebrando ni añadiendo el hilo y gravedad de su contestura, que es la que se sigue.

Dize, pues, aora el Alférez en su discurso, que resuelto el Señor Don Juan, como avemos dicho, de sitiar el fuerte de Galera, Su Alteza salió de la ciudad de Huéscar para yr sobre ella miércoles por la mañana, diez y ocho de Enero de mil y quinientos y setenta, con su campo, que sería de onze a doze mil infantes en sesenta y tres compañías, incluyéndose en ellas el tercio de Nápoles y los demás soldados que el Marqués de los Vélez tenía consigo, repartidos en tres tercios, de que eran Maestres de Campo Antonio Moreno, Don Lope de Figueroa y Don Pedro de Padilla, y ochocientos cavallos, y por Cabo

dellos Don García Manrrique. Sin los cavalleros cortesanos y ventureros y otra gente que seguía el campo, que era mucha, y que el artillería que avía no caminó con el campo este día hasta otro porque quedó en Huéscar a causa de no averse acabado de encavalgar.

Marchó el campo la distancia que ay de Huescar a Galera, que es una legua no grande, con este orden: la vanguardia llevava Don Pedro de Padilla con su gente del tercio de Nápoles. La batalla el de Antonio Moreno y la retaguardia Don Lope de Figueroa con el suyo, y assí llegó sobre ella.

Alojóse este día el campo todo junto en una valle que la tierra tiene por la parte de la Tramontana, donde corre un pequeño río, y la cavallería, que avía caminado a la mano derecha de la infantería por otro camino más llano del que llevavan las vanderas, se alojó en el propio valle, más a la parte del Levante de la infantería, y en este mesmo sitio ha quedado.

Este día en la noche se tocó arma en todo el campo. El Señor Don Juan salió a ella y puesto en la plaça de armas, aviéndose reconocido bien lo que era y que avía salido de unos bagajeros que inconsideradamente se alteraron y dieron esta voz, mandando cesar el rumor y quietar el campo se tornó á su tienda.

Jueves siguiente, Su Alteza con una banda de arcabuzeros salió a reconocer bien el sitio de la tierra, aunque dos días antes que saliese de Huéscar lo había hecho, yendo a ello con algunos cavalleros y infantes, y sobre el reconocerse avía travado una pequeña escaramuza con una manga de arcabuzeros que los moros de la tierra avían echado fuera para estorvarles el desinio que llevavan, en la qual le mataron quatro soldados y le hirieron diez, por cierta desorden que hizo un Capitán de los que con él avían ydo, y reconocidas las partes por donde más pareció convenir que se le plantasse el artillería, mandó que el tercio de Nápoles, con algunas otras compañías que de las demás se le añadieron por estar falto de gente, fuesse la buelta de la tierra rodeando por la parte de Medio día y, descendiendo la cumbre de unas montañas y valles que por allí tiene Galera, que le sobrepujaba aunque de lexos, baxasse a las heras que están en lo llano de la tierra, a la parte del Poniente de ella, y se alojasse allí, como lo hizo para tener por allí el lugar más oprimido, batiéndolo por aquella parte como se avía considerado; y el tercio de Don Lope se mejoró en el propio valle, al sitio que el de Nápoles avía dexado, juntándose más con la tierra que el de Antonio Moreno por aquella parte della que, como se ha dicho, mirava al Levante. A la noche comenzó el tercio de

Nápoles a levantar una trinchera que se principió desde el río, el qual corriendo por el valle abaxo del Levante, donde venía su nacimiento, hazia Poniente, tomava el rostro de la tierra a la larga por la parte de Tramontana, que viene a estar frontera de Huéscar, y tirando con ella la vuelta del medio día se alargó buen pedaço. Y esta misma noche se hizieron cestones y una plataforma en que se plantó un cañón reforçado y tres medios cañones con que comenzó a batirse la tierra por la parte del Poniente leveche, que es lo más llano della, a la parte de las heras, viernes al amanecer.

Fuesse continuando el disparar de estas piezas desde la mañana que amanecieron plantadas hasta hora de vísperas, batiendo la torre de la iglesia que estava fuera de la muralla de la tierra y apartada della como sesenta passos, la qual era de una argamasa fuerte en que los enemigos tenían escopeteros que por algunas troneras que en ella avía disparavan en la gente de nuestras trincheras; quando acaso acertaron a descubrirse ya avían muerto desde allí cinco soldados y herido otros muchos, de manera que era muy necessario ganársela y desalojarlos de ella por el daño que se recebía a causa de tener tan a cavallero como tenía las trincheras, donde no se podía, aunque eran bien altas y cubiertas, entrar ni salir sin notable daño, según la disposición y sitio de la campaña, y assí viendo que las pieças avían hecho efecto, por orden de Su Alteza se arremetió a ella y los soldados la ganaron con facilidad, porque los Moros que la guardavan la dexaron y se recogieron a la tierra, sin poder ser ofendidos de los nuestros a causa de retirarse baxo de su escopetería que jugando los defendía desde la muralla. Murieron diez soldados desta arremetida y fueron heridos otros. Y Don Lorenzo Téllez Portugués, Marqués de la Favara, en Sicilia se señaló bien en ello.

Parece que pues se va tratando del asedio desta tierra, que antes de passar adelante convendrá dar noticia del sitio della, para que considerado bien puedan mejor entender las particularidades que se fueren resistiendo en este discurso.

Es, pues, Galera algo más larga que ancha; su longitud comiença desde medio día á la Tramontana; la latitud de Poniente a Levante. El circuito della no es grande, aunque por tener las calles angostas y las casas pequeñas, aunque bien labradas a su modo. Tenía más vezindad de la que mostrava. Tiene forma de una galera que está con la quilla arriba, por donde se presume que devió nombrarse assí. La popa de la qual (que tal nombre se la puso), desde que el campo llegó sobre ella, está por medio día; la proa derecha a la Tramontana, la buelta

de Huéscar y toda ella edificada sobre peña tajada a la redonda, salvo por la parte que venía a tener por frente las heras, donde el tercio de Nápoles se avía alojado y estava la iglesia, que como se ha dicho era algo llana, pero no tanto que por allí no fuesse tan fuerte como por las demás partes, teniendo por delante un fosso que después de la rebelión avían abierto, que aunque no muy grande, ayudado de la dispusición del sitio era suficiente harto para su defensa. Por la parte de la popa, donde estava más alta y derecha que por las otras, avía un pequeño castillejo a lo antiguo labrado, con un rebellín que llegava como a seys passos de la muralla, dexando entre él y ella una pequeña calle, el qual estava eminente a todo el lugar, teniéndole a cavallero. La muralla, que no era muy alta, hecha assí mismo a lo antiguo, con algunos torreoncillos sin género de traveses ni de otra fortificación ingeniosa o nueva.

Estava fundada (prosuponiendo, como está dicho, que su forma es la de una galera con la quilla arriba) sobre la cinta en la propia peña, quedando de allí abajo muy alta, inacesible. Por las vandas de Levante, Medio día y Poniente, hasta llegar al fosso que nuevamente avían abierto, se hazían unos balles o ramblizos de más de docientos passos de ancho por donde menos lo eran que les servían como de fosso, aunque éstos por la parte de la popa eran menos hondos y más llanos, y por la de la Tramontana tenía el pequeño río.

Estava por todas partes rodeada de lomas y cumbres altas que la circundavan, aunque apartadas más de quatrocientos passos, lo que menos, pero con todo se podía desde ellas, como se hizo, batir algunas casas y tirar a las defensas, sino que la arremetida era tan difícil y mala que parecía imposible poderse ganar por asalto por ningún cabo, porque aunque toda la muralla y casas que por la mayor parte estavan arrimadas a ella se arrasaran. Avía tanta altura de peña tajada y peynada desde allí a bajo (que ésta no se podía batir) que con dificultad pudiera un hombre subir por ella teniendo quien le ayudara, aunque faltara quien la defendiera, especialmente que aunque estuviera tan llana y batida como se ha dicho no podrían quitársele los reparos que quedavan hechos, según la disposición y asiento de ella para salir y estar cubiertos a la defensa; verdad es que por ser el ramblizo de la popa algo llano y menos hondo que los otros, prometía más comodidad para poder arremeter y ganarla por esta parte antes que por las otras.

Avía dentro como tres mil hombres de pelea, la mayor parte naturales de allí; otros de los lugares circonvezinos que de días atrás se

avían recogido a ella con sus casas y mugeres y hasta quatrocientos Moros de las Alpujarras y Berberiscos con algunos Turcos, aunque pocos, a quien los demás llamavan forasteros y los tenían allí a sueldo como soldados y gente práctica de guerra. Avía quatro mil mugeres y criaturas de ambos sexos, y por cabeça y cabos de todos dos hombres de los más ricos del propio lugar y más principales, que administravan los oficios de guerra y justicia, los quales avían repartido los quarteles para pelear, nombrado Capitanes y hecho los demás preparamentos y prevenciones que avían entendido serles de provecho. Tenían mucho trigo, harina, carne salada, pasas, higos, granadas, habas, garbanços y otras cosas de sustento en grande cantidad y para muchos días, y agua dulce buena de beber de un poço manantial que avían abierto después de la rebelión. Avía como docientos arcabuzes, aunque para ellos poca munición. Artillería no tenían sino dos falconetes, y el uno se ganó a los Christianos quando el Marqués le mandó dar el primer assalto, y allí fué muerto a un tambor. Estos falconetes estavan puestos en la torre del Castillo, con los quales dispararon algunos tiros que no fueron de efecto ni dellos se recibió daño alguno.

Viernes en la noche se començó a hazer otra trinchera por la vanda de la popa que, principiando de una loma que estava más a la vanda del Medio día, della tiraba la buelta del jaloque, continuando después hasta llegar a menos de treynta passos de la peña sobre que estava fundada la muralla del lugar, y en una plataforma que en ella se hizo, encima de un pequeño cerrillo de tierra que allí avía, se plantó un cañón reforçado y dos medios cañones y otra pezeçuela, con las quales començaron a batir sábado al amanecer.

A la mano derecha desta batería, en una loma alta de las que la popa tiene por delante, se plantaron tres sacres en una plataforma que allí se hizo, las quales tiravan a la defensa, y la ciñeron de una pequeña trinchera de donde nuestros arcabuzeros disparavan en los enemigos quando se descubrían.

En otra loma que estava a la siniestra mano por la parte del Poniente de la misma popa se plantaron otros cuatro sacres y se hizieron trincheras que servían para el efecto mismo que las demás.

Las pieças de las heras y las de popa fueron batiendo siempre, y las de las defensas jugavan algunas vezes, aunque no con la calor y furia que convenía, a causa de no tener las municiones que eran necessarias. y no aver llegado las que de cada día se esperaban de Cartagena con otras treze pieças de artillería que de allá se trayan.

No huvo novedad ni se hizo más efecto desde el jueves hasta el lu-

nes siguiente por todo el día, sino que el artillería batía siempre; y en este tiempo, en el hazer de las trincheras y el entrar y salir de la guardia dellas y de la gente que andava en el servicio de la artillería, mataron los Moros un Capitán reformado y otro de la artillería y veynte y ocho soldados y heridos en más cantidad.

La batería de las heras, después de ser ganada la torre de la iglesia y alargado aquella trinchera, se les acercó más a la muralla y, aviéndola batido todos estos días por esta parte, que respecto de las demás está llana como se ha dicho, martes de mañana ordenó el Señor Don Juan que por allí se les diesse á los enemigos un asalto a la sorda, assí para reconocer la batería, que éste sólo era el fin y principal intento con que se ordenaba, como para entrar la tierra aviendo oportunidad para ello aprovechándose de la ocasión, si acaso se les ofreciesse, como suele suceder, de poderla tomar, a lo menos para que ganadas algunas cosas de las que estavan cosidas y pegadas a la muralla por la parte de dentro, se sustentassen y desde allí se les fuesse acabando de ganar el resto del lugar.

Arremetieron, pues, los nuestros para este efecto con dos Capitanes del tercio de Nápoles y algunos cavalleros y soldados particulares y otros, y llegados al pequeño fosso que por esta parte se ha dicho que avía, y passándole con facilidad, y algunos dellos subidos sobre la muralla, y entrado en algunas de aquellas casas que estavan abraçadas con ella, aviéndose por los Moros tocado arma y salido con ella a defender su batería con grandíssima algaçara, los nuestros fueron animosamente resistidos dellos y, sin poder ganar un paso más la plaça, les hizieron retirar della y de lo que avían ganado. Aquí se travó una grande pelea; los Christianos por entrar, los Moros por defenderse, travaron tan cruelmente que era cosa de espanto oyr la vozería y gritería de los unos y de los otros junto con el ruydo de la arcabuzería, que era terrible cosa de oyr y espantosa de mirar. Finalmente, aviendo peleado una grande hora a los nuestros les convino retirar, no con poco daño recibido, con pérdida de un Capitán muerto y el otro herido y muerto un cavallero muy principal llamado Don Juan Pacheco, Cavallero del hábito de Santiago, y mal herido a Don Juan de Castilla de un arcabuzazo, de que después murió, y a Pagán de Oria, hermano del Príncipe Juan Andrea de Oria, de otro que le passó los dos muslos, y murieron otros veynte y cinco soldados y heridos otros muchos malamente.

Passada esta cruel refriega y sangrienta escaramuça, se fué continuando el batir de nuestras pieças, aunque algo más flojamente que de primero, a causa de averles faltado, como está dicho, la munición

y no aver llegado las que se esperavan con las valas y cañones que venían de Cartagena, que se aguardavan por horas; y assí por esto, como porque las baterías estavan muy altas y ver el poco efecto que la artillería hazía a causa de la mala disposición del sitio y que el escarpe que hazía no podía levantar lo batido de la muralla, ni era posible ser tanto que ygualasse la peña tajada de manera que al arremeter se pudiesse subir por él ni ganar la plaça, se acordó que se le hiziesse una mina por este mismo cabo, cortando la peña bajo de lo que estava batido, que por ser de un género de piedra blanca, areniza y no muy fuerte, se haría con facilidad; y assí se puso luego por obra con industria y assistencia de Francisco de Molina, Governador que avía sido en Órgiva cuando estuvo situada, como ya avemos dicho en los capítulos passados, y de un ingeniso Veneciano; la qual se acabó aviéndole metido quarenta y cinco barriles de pólvora jueves en la tarde.

Viernes veynte y siete del dicho por la mañana, siendo acordado por el Señor Don Juan y consejo que pues la mina estava ya cerrada y la tierra batida lo más que parecía ser posible según la disposición del sitio y muralla, con lo qual y con lo que la mina levantasse no podía dexar de abrir, como se esperava, camino y abertura de la batería para entrarla y tomarla, se le diesse asalto general, procurando entrarla assí por esta parte de la popa como por la de las heras, que con lo que de nuevo se avría batido por allí después del primer asalto mostrava aver abierto camino por donde con menos impedimiento y más facilidad que de antes pudiessen los enemigos ser combatidos y entrados. Y estando tratado y resuelto assí, la orden del asalto se dio en esta forma:

Que el tercio de Nápoles por la parte de las heras donde el asalto passado avía arremetido lo hiziesse este día llevando unas mantas que para aquel efecto se avían hecho, porque ocupados los Moros en defender aquella batería se diesse por la de la popa fuego á la mina, para que, volada, con el polvo della y humo y estruendo de la artillería en el propio momento avía de disparar, se arremetiesse por esta parte; aviendo para ello señalado cinco compañías del tercio de Antonio Moreno que fuessen de vanguardia, y otras quatro que fuessen del propio tercio que estuviessen de batalla para su socorro si le fuesse necesario, y otras siete del tercio de Don Lope de Figueroa de retaguardia para el mismo efecto; las demás guardavan el alojamiento y la cavallería la campaña.

Serían, pues, las ocho horas de la mañana quando el Maestre de

Campo Don Pedro de Padilla y las compañías que de aquel tercio estavan señaladas para el asalto, se les dio señal que arremetiessen por su batería, las quales lo hizieron con valeroso ánimo y denuedo y passando ligeramente el fosso ganaron la muralla y casas que estavan pegadas con ella, donde la primera vez avían entrado; a las quales los Moros salieron esforçadamente como gente que yva a defender sus casas y personas, y entre los unos y los otros se travó una cruda pelea de arcabuzazos y picas, hasta venir a las espadas. ¡Quién viera las maravillas de los Christianos, el valor de los Moros! Los Christianos por entrar, los Moros con bravo furor por defender; los unos dezían: «¡Santiago, Santiago!»; los otros: «¡Mahoma, Mahoma!», y desta suerte andava la batalla cruda y muy sangrienta cayendo muchos muertos de cada parte.

Este día la gente de Murcia y Lorca y sus lugares lo hizieron valerosamente, mostrando bien el valor de que siempre eran acostumbrados, como aquellos que por él avían ganado el Real blasón de sus seys coronas de oro; y los de Lorca, la misma señal del Rey Don Alfonso, tan conocida entre las Moras vanderas. Andava, pues, la batalla tan rebuelta y reñida que era cosa de espanto ver su braveça y su furioso acometer. El ruydo era tan grande y la bozería tanta, que no se podían ver ni oyr los unos ni los otros con la polvareda y niebla terrible y oscura de la furiosa pólvora; y como los Christianos se amontonasen, los Moros no tenían necesidad de ponerse las escopetas en las caras ni tirar por mira, sino apuntar al confuso montón de los nuestros; los quales con sobrado valor huvieran entrado la tierra si no fuera por unos fuertes traveses que los Moros avían hecho para semejante defensa, y aviendo los Moros muerto y herido muchos de los nuestros con terrible furor en su defensión, y los nuestros por estas causas no aver podido passar adelante, se huvieron forçosamente de retirar con pérdida de quatro Capitanes muertos y tres heridos de arcabuzazos de que después murieron los dos; huvo heridos algunos Alférezes, muertos más de ochenta soldados y heridos como ciento y cincuenta de heridas de que después murieron mucha parte dellos, y el Maestre de Campo Don Pedro de Padilla fué herido de un arcabuzazo. Pues visto el Señor Don Juan la ocasión en las manos y la batalla tan rebuelta y sangrienta entre los nuestros y los Moros, no quiso dexarla del copete, antes al punto mandó que se pusiese fuego a la mina que estava a la parte de la popa, assí como estava ordenado. Pegóse fuego, la mina hizo su efecto, aunque no tan bueno como se esperava, por aver salido un poco torcida del principal intento, mas to-

davía hizo muy notable daño, porque con el movimiento que hizo de que voló, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y casas que estavan sobre ella, de tal manera que hizo escarpe para mejor arremeter que de primero, aunque todavía quedava difícil y tan agrio, de que con facilidad podía por los de dentro defenderse como lo hizieron.

Visto por nuestros soldados que la mina avía salido, creyendo que el efecto della avía sido mayor de lo que fue, como desde fuera parecía, con desseo de verse ya embueltos con los enemigos o por mejor dezir con la presa que pensavan aver, que esto fué lo más cierto, porque se dezía que avía dentro muchos esclavos, dinero, joyas y ropa. Sin aguardar orden ni esperar, como fuera justo, el reconocimiento de la batería y señal de asalto que avía de dárseles, como gente nueva, licenciosa y mal disciplinada y visoña que lo era, apellidando «Santiago, cierra España» arremetieron furiosa y desconcertadamente la cuesta arriba. Los Alférez, viendo la desorden de los soldados y que la persuasión y resistencia que los Capitanes les hazían, que fué grande, no avía sido parte para detenerlos, acordaron hazer lo mismo, arrojándose también con ellos para darles fuerça y calor, que en tal disposición se tuvo por considerado acuerdo, y lo propio hizieron los Capitanes y algunos otros soldados particulares y gente suelta, que con desseo de pelear y señalarse se avían metido entre ellos, y con el ímpetu que llevavan, llegaron las vanderas hasta arrimarse al rebellín del Castillejo.

Los Moros, que con el temor del movimiento de la mina y daño que al salir avía hecho bolando por el ayre más de veynte dellos que de cuerpo de guardia estavan distribuydos por lo que alcanço de muralla, se avían retirado la tierra adentro; los demás que estavan no muy lejos de aquel peligro, y tocada arma por algunos de los suyos, que de otras postas apartadas hazían centinela dando vozes que se les entravan los Christianos. Sintiendo los Moros el arma y aviso de sus centinelas y el rumor y grita de los nuestros, sospechando lo que podía ser, acudieron de presto a la batería y con ellos algunas mugeres y muchachos, y llegados a ella y visto que los nuestros estavan ya donde se ha dicho, los Moros con ánimo desesperado, dando un gran alarido a su costumbre, que lo ponían en el cielo, arremetieron con ellos disparando cantidad de arcabuzazos, aunque no pudieron ser muchos por causa de no tener municiones, que siempre tuvieron falta dellas, y arrojando piedras començaron a pelear bravamente hasta venir a estar pie con pie y a herirse con las espadas tan valerosamente que, detenidos los nuestros por su llegada con la defensa que les hazían,

no pudieron passar adelante ni ganar un paso más de la plaça; y assí se travó entre los unos y los otros una brava escaramuça, peleando con tanta bravosidad que era cosa de espanto, porque los unos por defender su tierra, los otros por entrarla, ossando morir, peleavan determinadamente. Las vanderas que con algunos soldados avían llegado al rebellín y a causa de averle hallado alto y fuerte y la mucha resistencia que se les hazía por los de dentro avian parado y embocándose allí començaron a remolinar. Lo qual visto por un Alférez, pareciéndole flogedad estar allí de aquella suerte, llamando algunos amigos y camaradas suyos procuró subir sobre el rebellín a pesar de todos los que lo defendían; mas aviéndolo intentado por tres vezes, fué otras tantas resistido y arrojado dél abaxo, y porfiando con la fortuna, queriendo la quarta vez subir a lo alto y hazer lo propio que las demás vezes, le asieron la vandera procurando sacársela de las manos; pero el valeroso Alférez la defendió a cuchilladas valerosamente, aunque quedó malamente herido y lastimado, y sobre todo derribado de lo alto del rebellín abaxo; mas al fin quedó con su vandera, aviéndola defendido con mucho valor. No holgavan en este tiempo los muchachos ni las mugeres, antes con una diligencia grandíssima andavan llevando piedra a los que peleavan, que lo hazían admirablemente. De las mugeres se señalaron dos entre las otras, con tal bravosidad, que era maravilla ver cómo peleavan tan valerosamente y defensadamente: la una capitaneando y animándolos a todos por toda la batería, descubriéndose con mucho ánimo y corage a la muchedumbre de arcabuzazos y artillería que de nuestras trincheras y plataformas y de la propia batería les disparavan, que era cosa de admiración, y la otra, que peleando con una espada en las manos arremetió aun soldado que subía al rebellín muy confiado de su valor, y con la espada le hirió malíssimamente, y no contenta con esto se assió tan poderosamente que dio con él a sus pies y en un punto, sin que nadie se lo pudiesse defender, le degolló y le quitó un coselete y morrión que el soldado llevava, y la primera herida que le dió, aviendo el soldado subido sobre el rebellín, fué de punta, por bajo del coselete, por una ingle, con tanta braveza que el soldado no se pudo más tener en pie, por donde la brava Mora hizo lo que avemos dicho. Esta Mora se llamava la Zarçamodonia, era grande de cuerpo, recia de miembros, alcançava grandíssima fuerça. Y hallóse que esta Mora este día mató por su mano diez y ocho soldados, y no de los peores del campo. Finalmente, que todos meneavan las manos haziendo el deber, sin que nadie estuviesse ocioso ni parado.

Andava la batalla tan cruel y travada y con tanto mejoro de los Moros que morían muchos Christianos, y de los Moros no podía ser menos, a causa de la mucha artillería y arcabuzazos que llovía sobre ellos de todas partes, sin que los unos ni los otros aflojassen un punto de su corage en más de tres horas que avía que peleavan; aunque ya a este tiempo, acausa de aver el tercio de Nápoles retirádose de su batería y llegado a ella nuevos Moros de refresco en ayuda y socorro de los que furiosamente peleavan, llenos de brío y corage por aver hecho arredrar y defendido aquella parte tan valerosamente de los soldados que tanto los apretaban y que el rebellín del Castillo estava tan alto que no podía ni era posible subir por el ánima para ganar la tierra, por no poderse hazer por otra parte, aunque faltara quien la defendiera, quanto más aviendo la resistencia que avía. Los nuestros començaron andar con alguna flogedad, la qual reconocida del campo se ordenó que las quatro compañías de batalla arremetiesen poderosamente, lo qual se hizo con grande ímpetu y braveza: aunque llevadas estas vanderas donde las demás hizieron represo y los soldados se començaron a detener un poco; a cuya causa, entendido esto por el Señor Don Juan, mandó que de las siete compañías que avían quedado de retaguardia arremetiesen las dos; lo qual al punto hizieron, mas con el efecto que las demás passadas lo avían hecho y con aquella misma demostración.

Avía ya en este tiempo casi quatro horas que se peleava, y nuestros soldados lo hazían con desygualdad, y los enemigos estavan con tanto brío que se conocía claramente la ruyna grande y poco fruto que se podría seguir de más porfiar por entonces con la fortuna. Pues parecía que para ser del todo punto favorable a los cercados, permitió que en este medio cayese un pedaço grande de muralla y casas de las que estavan pegadas con ella, que del ímpetu de las valas avía quedado atormentada, la qual mató, enterrando vivos, más de treynta soldados, y no solamente hizo este daño, pero de tal manera se juntó con el rebellín del castillo, que la esperança que avía de poder subir y entrar por aquella parte, la quitó de todo punto, porque de los pedaços que della se desmoronaron vinieron a dificultar tanto el desseado passo, que de todo punto se hizo por ello inexpugnable; por lo qual el Señor Don Juan mandó hazer señal de recoger, con la qual luego se retiraron los soldados, quedando muertos tres Capitanes y saliendo heridos todos los demás de pedradas y arcabuzazos, de los quales murieron después dos. Salió mal herido Don Lope de Figueroa, Maestre de Campo, de un arcabuzazo que le dieron al principio del asalto. Y el Maestre de

Campo Antonio Moreno también salió mal herido de pedradas que los Moros le dieron, aviendo hecho todos en tan sangrienta ocasión el deber como buenos y valerosos soldados. Murieron en esta arremetida y asalto como ciento y cincuenta infantes, quedando heridos más de quatrocientos de heridas que los más dellos murieron. Todos los Alférez y Sargentos salieron mal heridos y mal tratados.

Entendióse que los Moros avían recibido notable daño, y no pudo ser menos, aunque de presente no se averiguó quánto; pero después se supo, por algunos que salieron del fuerte y le vinieron al Señor Don Juan, que el daño de los Moros avía sido mucho.

De los muertos al retirar (digo de los Christianos) se hallaron muchos heridos por las espaldas, dexándose entender que los arcabuzazos de los nuestros, como mal diestros en aquel menester—y no pudo ser menos, porque demás de la grande confusión que uvo en quanto duró el asalto y lo cerca que estaban los que peleavan en la batería de los enemigos que no se podía disparar tan a mira que por dar a los unos no diesen algunas vezes en los otros—, y esto lo traya la razón, porque la mayor parte de nuestra gente era visoña y mal prática, que esto solo bastara para sospechar que los amigos matavan a los amigos. Visto Su Alteza el ruyn suceso que avían tenido los asaltos passados y la poca muestra que los enemigos davan de rendirse y que la tierra no estava menos fuerte que del primero, y del poco efecto que del artillería se conseguía y en lo que tocava pensar que con el batir della, según la disposición del sitio, avía jamás de abrir camino para ganarla, aunque fuesse de mucho momento para hazerles daño, arrasar las casas, derribar los reparos y traveses que dellas se formavan, le pareció que sería bien continuar la máquina de las minas como mas provechosas y de mayor sustancia que todo lo demás, y assí se ordenó que por la misma vanda de la popa, como treynta pasos más a la mano derecha y quarenta o cinquenta a la yzquierda de la primera mina, se abriessen de nuevo otras dos minas y que se entrasse tan adelante con ellas que pudiessen volar el rebellín y Castillo, en cuya defensa el asalto passado avía consistido la de toda la tierra. Al punto las minas se començaron a meter luego por obra con mucho calor, poniendo el fin de la esperança desta jornada en solo el medio deste instrumento; el qual fin pondremos en el siguiente capítulo y del passado se hizo el romance que se sigue:

ROMANCE QUE TRATA CÓMO EL SEÑOR DON JUAN SITIÓ LA VILLA DE GALERA.

El hijo del mas famoso
Monarca que se ha hallado
sobre el fuerte de Galera
gran campo avía juntado.
Doce mil infantes tiene,
con ellos mil de a cavallo;
recluso lleva en tres tercios
todo el campo señalado.
De Don Pedro de Padilla
es el uno muy nombrado;
Don Lope de Figueroa
lleva otro tercio estimado,
y el otro Antonio Moreno,
soldado viejo afamado.
A Galera reconoce
Don Juan, el hijo de Carlos.
De fuertes bravas trincheras
todo el fuerte ha rodeado
con todas las plataformas
que es el caso necesario.
Treynta y seys cañones planta
que baten de cada lado,
y después de ser batido
se dio muy crudo assalto.
Mas los Moros se resisten
con valor aventajado,
do muchos Christianos mueren
con furor hechos pedaços,
porque el valor de los Moros
es grande, aunque están minados.
Dos asaltos se les da,
mas todos fueron en vano,
porque el sitio es duro y fuerte
y con valor defensado.
Capitanes quedan muertos.
los Alférez destrozados
y con ellos juntamente
muertos más de mil soldados.
El valeroso Don Juan,
visto desto el mal recado,
manda abrir otras dos minas
porque quedase asolado

el fuerte de aqueste modo
que otro mejor no han hallado.
Los Moros en este medio
en su consejo han entrado
sobre qué es lo que harían
en un caso tan pesado.

Fin.

CAPÍTULO VEYNTE Y UNO, EN QUE SE PONE CÓMO los Moros de Galera viéndose tan aquexados entran en Consejo sobre el acuerdo, se rebuelven los naturales con los estraños y el fin que huvo desto, y cómo se continuó el fiero Marte y lo que más passó en Galera.

En el capítulo passado se trató cómo visto el Señor Don Juan que era de muy poco efecto el batir a Galera y darle asaltos y en los que le avían dado se avía perdido tiempo y muerto muchos Capitanes y soldados, acordó Su Alteza de tomarla a minar con dos minas para que por esta orden, que era la mejor y más cierta, fuesse el lugar entrado sin que la gente de su campo passase tan notorio daño y peligro como hasta allí avía passado; y assí luego se puso por obra el labrar de las ocultas minas, lo qual no pudo ser tan oculto ni secreto que los Moros de Galera no tuviessen dello sentimiento, y assí amedrantados desto entraron en Consejo de guerra sobre lo que se devía de hazer acerca de su remedio, y estando juntos los más famosos Capitanes y otros soldados naturales y forasteros, un Capitán Turco de aquellos que avía dejado el Maleh en el presidio propuso a todos la razón siguiente como hombre asperto en la guerra y en casos de milicia.

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN TURCO A LOS DE GALERA.

«Muy bien tenéys entendido, valerosos Capitanes y fuertes soldados, en el estremo en que aora estamos todos, que es muy grande, pues al mejor tiempo de nuestra defensa nos han faltado las municiones, que eran a nuestro caso las más necessarias, pues mediante ellas estava nuestro último remedio en tenerlas, y aunque es verdad que

de los demás menesteres estamos abastados, faltándonos esto que es lo más necessario, nos haze perder del todo punto el fin de nuestra esperanza; hasta aquí nos avemos sustentado valerosamente contra el valor del Adelantado de Murcia y sus vanderas; mas de aquí adelante lo avemos de aver con el hermano del Rey de España, el qual trae gran poder consigo y se puede bien entender que su designio será de no partirse del sitio que aora tiene sin dexar primero arrasada nuestra fuerça y a todos por la resistencia que le avemos hecho pasarnos a cuchillo. ¿Municiones nos faltan? Mucha y valerosa gente avemos perdido en los asaltos passados. ¿Nuestras armas sin pólvora y plomo son inútiles y de poco valor? Muchas mugeres y niños tenemos a nuestro cargo que sería gran dolor y compassión verlas passar a cuchillo delante de nuestros ojos y sin poderlas valer; pues atento esto, gente valerosa, es mi parecer (si es vuestro) que pongamos nuestra felicidad o destruyción en las manos de la fortuna, y que una noche obscura y tenebrosa nos salgamos del sitio que hasta aora avemos sustentado en esta forma: yo con mi gente tomaré a mi cargo la mitad de las mugeres y criaturas y me saldré un poco delante por la parte del río, a donde están las vanderas famosas de Murcia que tanto daño nos tienen hecho por el valor singular de sus Capitanes, y si acaso fuere que fortuna me fuere favorable, acompañado de las tinieblas de la noche me yré derecho a Serón, a donde de los nuestros seremos bien recebidos. La otra mitad de la gente tome a cargo uno de los más valerosos Capitanes de la tierra y salga un poco después que yo aya salido, y marche la vía de Orze a toda priesa, y de allí tome la buelta de noche a la boca de Oria y de allí a Purchena, a donde está el valeroso Maleh; y si acaso fortuna nos es contraria que los enemigos nos sienten, es claro que han de dar en la una quadrilla o en la otra, y en la que dieren ayúdeles su fortuna y haga en su defensa lo que pudiere, y tan en tanto la otra quadrilla se pondrá en salvo; ¿y será possible que el Santo Alá, por los ruegos de nuestro Mahoma, será posible que de los enemigos no seamos sentidos, infundiendo en sus ojos un pessado sueño y en su cuydado mucho descuydo con que todos nos podremos salvar? Mi parecer es éste y entiendo que debe de ser saludable; aora, sobre lo que tengo propuesto responda el que más entendiere y supiere deste caso y tómese el mejor parecer de forma que a todos nos esté bien.»

Assí habló el Turco muy confiado en su valor y en la fortuna, aunque es cierto que en esto no andava bien acertado, porque por la par-

te que avía de salir avía tres Capitanes de Murcia valerosíssimos con soldados tan llenos de valor quanto sus méritos eran merecedores de tener. Todos los quales estavan con tal vigilancia que no huviera pájaro, por de subtil buelo que fuera, que no fuera sentido y avido a sus manos dejando sus ágiles plumas. Y no tan solamente por aquella parte estavan los de Murcia, que un poco más adelante estavan las vanderas de Lorca con Capitanes de no menos valor que los de qualquier parte, con soldados tan determinados como todos los que lo pudieran ser. Verdad es que los de Murcia estavan más llegados a la tierra que los de Lorca y de otras partes; mas como todos eran de un mismo reyno, estavan prestos a se favorecer los unos a los otros.

Pues bolviendo al caso, assí como el Turco Capitán huvo dado fin a su razonamiento entre los demás del Consejo, sobre ello huvo muchos y muy diversos pareceres, los unos diziendo que el Turco dezía muy bien y que su parecer era acertado y saludable a todos. Los otros dezían que no, atento que no se podría salir fácilmente sin ser del todo perdidos y acabados, y que sería mejor pelear aguardando lo que haría la fortuna, que ser podría ser socorridos por su Rey y ser libres de aquel trabajo con menos peligro que se pensava. Y estando confiriendo en estas cosas y en dares y tomares, unas vezes viniendo bien, otras viniendo mal, uno de los Capitanes de la tierra de Castillejo, hombre de grande valor y esfuerço, habló con mucha gravedad desta manera:

RAZONAMIENTO DEL CAPITÁN DE CASTILLEJO EN RESPUESTA DE LA DEL TURCO.

«Muy atento he estado, valeroso Turco, a tu proponer y a todas las demás razones que sobre la tuya se han argumentado, y me parece a mí que no es justa cosa hazer lo que has con tu razón intentado, porque en la mano está la clara contradicción a lo que dizes del salir por la parte del río y que tú serás el primero, se arguye que después de tú fuera con la gente que has nombrado, a caso siendo de las centinelas christianas sentido y sus esquadrones te saliesen al encuentro, tú, como hombre solo y sin contrapesa de carga que te duela, te podrás descabullir y desaparecer con la obscura sombra de la noche y ponerte en salvo y dexar a todos los demás que yvan debaxo de tu amparo en las manos de los Christianos acavando sus vidas y padeciendo terrible miseria, puestos en condición de no escapar ninguno, sino de quedar muertos y en perpetuo captiverio, y la otra esquadra

que avía de seguir la tuya puesta en semejante confusión, y assí digo a ti y a todos los demás que estáys presentes, que es más acertado parecer pelear, pues el sitio que tenemos en sí es dificultoso de ganar sin defender, quanto más siendo defendido, y esto haze mucho en nuestro favor, y pues nos avemos opuesto a un caso como éste, no es menester desistir dél ni de retroceder de un solo punto de lo començado, si no luego se dé aviso a nuestro Rey informándole de nuestro estado, que de treynta mil hombres que tiene en su campo, sé yo que nos embiará los quince mil en nuestro socorro, y quando con este número no podamos defender la tierra que estamos defendiendo, a lo menos nos podremos salir a escala vista de nuestros enemigos, y haziéndoles resistencia nos podremos yr y poner en seguro puerto hasta que el Santo Alá provea otra cosa. Este parecer es mío, el qual con razón contradize al tuyo y a todos aquellos que han hablado en tu favor.»

Esto dixo el valeroso Capitán morisco Estaracondio, con lo qual todos los demás Capitanes estuvieron muy bien. Mas el Capitán Turco no estuvo bien en ella, como aquel que sabía en lo que avía de parar aquel assedio, y lleno de yra y corage porque el morisco le avía dicho que en saliendo se avía de yr y deslizar a la sorda con la sombra de la noche y dexar el esquadrón puesto en las manos de los enemigos, replicó diziendo: «Tú estás casado con tu parecer sin tener experiencia de que sea guerra y me has dicho que me pudiera yr y encubrirme con la noche y ponerme en salvo, lo que en jamás se ha hallado en nación turquesca, y tú que tienes esse aviso lleno de tal sospecha, sé yo muy cierto que antes lo harías que otro alguno, porque dizen un refrán: «quien las sabe las tañe», y quien tiene las sospechas tiene las hechas. En Turcos no se hallan bagazos semejantes como se hallan en vosotros los moriscos, que soys movibles como el ligero viento, sin constancia ninguna ni firmeza notable, traydores a Dios y a vuestro Rey, como se parece en semejantes ocasiones, y ésta a sido la causa que el gran Señor no os ha embiado socorro para conseguir la guerra, entendiendo que soys movibles y de poca fe, y si tú no te determinas a salir de la fuerça a pesar de tus enemigos es de temor que les tienes, y no sabes andar por otras tierras ni salir de la tuya, como el conejo, que en ella quieres morir y ser preso. Haze todos vuestro parecer, que con morir satisfago a mi honor; sólo me pesa de morir encerrado como cobarde sin poder vengar mi muerte no sabiendo quién me la dará.»

El Capitán morisco de Castillejo, enojado por lo que el Turco les avía dicho que eran traydores y de poca fe y de poco asiento, se levantó poniendo mano a la espada para matar el Turco y con él se levantaron otros Capitanes. El Turco con valor sobrado puso mano a su alfanje y se fue para todos ellos, sazón que a las vozes que avían dado se avían juntados muchos Turcos y forasteros de los que dexó el Maleh, y como viesen que todos se levantavan contra el Capitán suyo, todos pusieron mano a las armas y entre ellos se comenzó una cruda y sangrienta pendencia en la qual no pudo ser menos sino que hubiesse algunos heridos. Visto los Moros naturales de Galera que los Turcos y forasteros se avían travado con los Moros de Castillejo y de Benamaurel y Orza, a toda diligencia procuraron de apaciguar aquella cruda guerra civil, travada entre los mismos que avían venido a pelear contra los Christianos, y tanta gente se juntó para el caso, que aunque ello se apaciguó con dificultad, al fin fue apaciguado aquel gran fuego y escándalo que se avía encendido, y muchas mugeres fueron parte que se apaciguase, especial la Zarçamondonia, a quien por su valor todos la tenían respecto. Desta borrasca un Turco quedó mal herido, y por apaciguar todo el vando turquesco se acordó que el Turco se case con una bella Mora de Galera y assí fue todo apaciguado, quedando de orden que los Turcos apartados de por sí guardasen su quartel y los de Castillejo el suyo, porque no se tornasen a varajar por alguna ocasión.

Si en este tiempo desta rebuelta los del campo tuvieran sentimiento y arremetieran, con gran facilidad se entrara y se ganara la tierra. Esta relación deste alboroto no es de Thomás Pérez, porque no tuvo noticia della, sino de un morisco que se halló en ella.

Bolvamos aora a la de Thomás Pérez Alférez como començamos. Dize, pues, que passado el crudo asalto y acordado de hazerse las minas como es dicho, las pieças y municiones que se esperavan de Carthagena llegaron al campo el domingo, y por esta razón no se jugó en el asalto tan de veras como era necessario con el artillería por falta de valas y pólvora, aunque no faltó gran batería.

Las pieças venidas y lo demás que se aguardava, acordó que las dos piezas reforçadas y un tercio de culebrina y otras quatro pieças que avían venido, que eran de la fundición de Don Juan Manrique de Lara, que no tenían otro nombre por ser invención suya, se plantasen en la loma que estava a la mano derecha con las demás que allí avía, y otras cuatro pieças destas de Don Juan se plantasen en la otra loma que estava a la mano yzquierda juntamente con las que de antes es-

tavan en ella, para que demás del batir, como se ha dicho, aunque no muy vivamente y tirar a descubrir y limpiar las defensas el día que la tierra huviesse de asaltarse, jugasen con furia para estorvar á los Moros el salir tan desvergonçadamente como lo avían hecho primero a defender su batería, que fué buen acuerdo.

Y cerca del río, contra la parte que mira al gregal, en un pequeño llano que allí ay por donde el ramblizo desta vanda va á desembocar, se plantaron otras quatro pieças de las de Don Juan Manrique, que batían las casas y muralla con fin de dar estorvo a los enemigos haziendo muestra de arremeterles por allí el día del asalto para divertirles de las otros baterías con el cuydado de guardar también ésta como las demás.

Lunes treynta, entre onze y doze horas del día se vino por la batería de la popa a los nuestros un muchacho de hasta doze o treze años, muy ladino en la lengua castellana y bien razonado, que avía ydo a llevar la comida a los centinelas de aquella parte, los quales mientras comían le encargaron que hiziesse la guardia; pero el muchacho, viendo la comodidad que se le ofrecía para su intento, haziendo señas a los soldados que estavan en las trincheras para que no le tirasen, se arrojó por la batería abaxo, y de allí fue con prontitud recogido por los mismos soldados a fin de que no fuese muerto por los enemigos, que tocando arma al instante le començaron á escopetear. El muchacho fué llevado a la presencia del Señor Don Juan, quien preguntándole de dónde era, supo que avía nacido en la villa de Orze y venido allí con otros vezinos al principio del levantamiento, los quales estavan en el pueblo haziendo armas contra los Christianos todas las vezes que se ofrecía.

Siéndole preguntado por las demás cosas de Galera, fué refiriendo el muchacho la desazón que huvo entre los forasteros y los naturales acerca de dejar aquella fortaleza, y cómo si aquel día fuese Galera asaltada por los Christianos, la entraran con mucha facilidad, que los Moros estavan muy atemorizados de la obra de las minas que avían sentido muy bien y procuraron contraminar, pero que dexaron de hacerlo por no tener instrumentos y las herramientas necesarias para ello ni artífice que lo pudiera entender bien. Preguntado sobre si los Moros tenían bastimentos dixo: «que lo que se pudieran gastar en dos años, y que el agua jamás podía faltarles; pero que lo que más necessitavan eran municiones de pólvora y plomo, lo qual estavan aguardando, y ya no podría tardar juntamente con el socorro de Abenabó». De todas estas cosas fue dando muy buena cuenta el Morillo,

al qual llevaron luego a Huéscar con cédula de libertad por averse venido a los Christianos, y éste, que vive hoy día en Hellín, ha servido para tomar muy buenas noticias de lo que allí passó.

Viendo los Moros que el muchacho se avía salido del fuerte, y maravillados de que no se hubiese hecho pedaços al tiempo de arrojarse de la batería abaxo, suponiendo que descubriría y contaría todo quanto avía pasado en el fuerte, dando razón de la parte más flaca y que necesitara de reparos, ordenaron hacerlos inmediatamente, poniendo defensas por aquellas partes que estavan amenazadas por las nuevas pieças de batir que los nuestros avían plantado, y además desto en aquella misma noche, por una mina que salía al río, despacharon a quatro o seys Moros para yr a Purchena y traer pólvora y plomo. Como la noche era oscura, no fueron sentidos de los centinelas Christianos, y assí fueron y bolvieron con brevedad: algunos quieren decir que les proveyeron de lo necessario los Moros de Huéscar. De los que salieron fué a la buelta cogido uno que traya pólvora y plomo, y los demás entraron en el fuerte por la mina susodicha, tan oculta para los Christianos que della no se supo hasta después de ganado el pueblo, porque el Moro que se cogió jamás quiso descubrir su secreto, aunque fué atormentado.

En estos días de sábado y domingo salió Don Juan Enríquez de Baza, hermano de Don Enrique, señor de Galera y Orze, en compañía de mucha gente de guerra, y aviendo entrado por la boca del río Almançora en un lugar llamado Urraca, fué desvaratado y obligado a retirarse con grande menoscabo de la tropa que llevava. En este mismo día salieron del castillo de Oria ciento y cincuenta soldados y catorze caballos; dieron en el lugar de Cantoria y sacaron de allí por fuerza de armas mucho ganado vacuno y cabrío, durando la pelea desde la mañana hasta la noche, en que los Christianos se recogieron á Oria con la presa, aunque el Maleh vino al socorro de los Moros de Cantoria.

En los mismos días salieron de Lorca seyscientos hombres y setenta caballos con alguna gente de Almaçarrón y dieron también en Cantoria, donde estava ya el Maleh. Pelearon todo el día del lunes y mataron a muchos Moros, sin que de los Christianos faltase un hombre; sólo perdieron un caballo del Capitán Juan Felices Duque, por su culpa, pues apeándose a cortar la cabeça a un Moro se le hirió el cavallo y se fué a los contrarios. Sin éste mataron a otros cinco, porque un Moro viejo armado de un gorruz peleando en la campaña se metió detrás de un grueso lentisco, y assí como passava algún cavallo le dava un gorguzazo; viole, empero, un cavallero de Lorca y le alanceó.

Al fin fueron cargando tantos Moros sobre los Christianos que les convino a éstos retirarse, yéndoles siguiendo sus enemigos más de tres leguas por el río de Almançora abaxo hasta llegar a un lugar llamado Zurgena, junto a Vera, de donde los Moros no osaron pasar por miedo del socorro que desta última villa podía venir a los Christianos y assí tornaron a Cantoria, dexando más de doscientos de los suyos muertos de arcabuzazos. Los de Lorca se volvieron a la ciudad, alcançada esta victoria en el día de San Millán, por lo qual se celebra allí fiesta todavía. Iba por General desta gente el Doctor Huerta Sarmiento, hombre de gran valor y Alcalde mayor de Lorca en aquella sazón: éste mismo fué quien después de la guerra sacó a los moriscos del Marquesado de los Vélez y de otros lugares.

En dichos días domingo y lunes entraron en las Alpujarras doscientos soldados valencianos, buenos tiradores, y entre dos lugares llamados Murtas y Turón fueron muertos todos por los Moros, que les tomaron las armas y les hizieron muy al caso para la continuación de la guerra. Dexando aora estas entradas parciales que no se contienen en la relación de Thomás Rey, porque o no tuvo noticia dellas o no le hazían al caso para acabar con la posible brevedad la historia del sitio de Galera, volveremos a tomar el hilo de la susodicha relación.

De allí a dos días que salió el muchacho del fuerte de Galera y dio cuenta de lo que él pudo alcançar sobre lo que pasava allí dentro entre la gente de guerra, estando la noche oscura, los centinelas de a cavallo puestos hacia la parte de Serón y a la otra orillo del río, tomaron a un Moro mancebo de unos veynte y dos años que se avía salido por la mina secreta que hacia aquella parte tenían los Moros y por donde les entrava agua para sus menesteres. Al principio no pudieron ver al Moro ni sentir sus pasos, de modo que ya llevava andada una milla quando los centinelas le descubrieron y prendieron sin que pudiera ponerse en salvo; le llevaron a la tienda de Su Alteza y, aviéndole preguntado de dónde era, dixo «que de Castilleja y que avía estado en Galera desde el principio de su levantamiento». Preguntándole porqué se avía salido del fuerte, contestó «que yva con diligencia en busca de Abenabó para que les acudiese con socorro»; y aviéndole pedido noticias de las cosas de Galera y sobre el estado en que se hallaba la gente que la defendía, refirió sustancialmente lo mismo que el muchacho avía dicho, aunque más por estenso, diziendo «que los Moros andavan confusos y llenos de miedo desde que sintieron la obra de las nuevas minas, porque esto era lo que les causava más espanto, y assí mediava entre ellos mucha disparidad de pareceres, que-

riendo los quatrocientos forasteros que avía dentro del lugar que salieran de allí todos una noche, pues era ya imposible defenderla de tantas baterías como se avían plantado y mucho más bolviendo a minarlos de nuevo; que cuando no los combatieran con otras armas que las minas, los soterrarían y se hundirían con ellas; que aquel campo no era como el que poco antes avía traydo sobre ellos el Marqués de Vélez, sino que en éste estava un hermano del Rey de España con todo su poder y no se apartaría de allí hasta allanar la tierra y arrasarla pasando a cuchillo a cuantos allí morasen, sin perdonar a ninguno, porque además de ser aquel lugar el primero en que todo el Reyno se avía levantado y puesto en defensa, estaría Su Alteza muy enojado y ofendido por la muerte de tantos y tan buenos soldados y por las palabras descomedidas que cada día pronunciavan a gritos desde la muralla contra él, las quales no le avrían menos indignado; que además de esto no tenían armas para defenderse y con que ofender a los Christianos y que las pocas municiones que tenían para las escopetas que avía se les avía apocado de manera que todas las cosas les venían a faltar, lo qual era a lo contrario de los Christianos, que estavan en su propia tierra, y que de necessidad cada día les avían de ir creciendo, y que de porfiar en defenderse, ninguna otra utilidad ni provecho sacarían, sino era quedar todos muertos y hechos pedazos, muriendo como bestias y gente sin razón, y que tanto quanto más se dilatasse la salida, tanto menos comodidad tenían para ello porque, por momentos los Christianos los iban ciñendo y apretando más con trincheras, y que entonces, que estavan muy embebecidos todos en la fábrica de las minas, descuidados y sin aviso de lo que se tratava, era tiempo de hacerlo y salirse, y que en una noche, pues entonces eran grandes, con la oscuridad della, dándose buena maña y diligencia podrían caminar quatro o cinco leguas y ponerse en salvo y podría ser fuessen ayudados de la gente de su Rey Abenabó y de la comodidad de la campaña por ser áspera y llena de quebradas, y que las mugeres y gente inútil se podrían echar delante y los varones y gente robusta quedarían detrás haziendo rostro a los Christianos».

Dixo más este Moro: «Que el Capitán llamado Alaçero Ozmín, que era de Galera natural, le avía respondido al forastero que avía propuesto todo lo que se ha dicho, que todas aquellas eran razones aparentes, dichas más con buena composición de palabras que con fundamento de razón, porque no era de hombres valientes y soldados, de que ellos siempre se avían jactado, aquella locura que aconsejava que se hiziesse, sino de pusilánimes y cobardes, medrosos y enemigos del

trabajo que allí se representava, y que aunque lo que decían fuesse y viniesse a suceder como lo pintavan de palabra, sería cosa imposible y ninguna honra se ganava en desamparar la fuerça que por su Rey eran obligados a guardar y defender hasta la muerte antes que rendirla ni desampararla, y que nunca jamás se ha visto hacer una cosa como aquélla entre soldados de honra, sino por soldados infames, viles y pusilánimes, faltos de virtud y constancia; porque cuándo aquéllo sucedía era quando los cercados avían llegado al último remedio y faltándoles las cosas necesarias, especialmente de los del comer y beber, y que aun quando sucedía esto los valerosos soldados intentavan todos los remedios humanos que se podían hallar, comiendo animales, perros, gatos, asnos, ratones y hasta los cueros de las rodelas, zurrones y adargas cocidas, como muchas veces se avía visto, y que ellos aun no avían llegado a tal estremo, porque tenían trigo, cebada, harina, habas y garbanços, ubas, granadas, higos, pasas y carne salada para muchos días y agua en abundancia que no les faltava ni podría faltar; y que en lo que dezían de las municiones pocas era el menor inconveniente de todos, porque aunque fuera mejor tener mucha copia dellas, con las que avía podían muy bien defenderse y ofender á los Christianos, especialmente que tenían lanças, picas, arcos, piedras, ballestas, que todas eran principales armas, especialmente la piedra, porque en ella consistía la defensa del lugar, como por experiencia avía visto en los assaltos passados, y que demás desto tenían fuerte sitio, en el qual podían (defendiéndolo como hombres) esperar el socorro que su Rey les avía prometido, y que éste era el más bien considerado remedio, que no el que ellos dezían de echar delante la gente inútil de niños y mugeres y ellos se quedassen detrás peleando y defendiéndolas; porque aunque esto se pudiera hazer con la facilidad que se dezía, era imposible salir bien de aquel trance, a causa de la mucha gente y cavallería que tenían los Christianos, lo qual en sintiéndolos fuera o viéndolos salir los avían de rodear y ceñir por todas partes sin darles un punto de lugar ni reposo hasta hazerlos á todos pedazos, y que si acaso escapasse alguno, sería tal o qual que por ventura el mayor reparo que tuviessen sería hallar una mata en que ponerse, y aun no se sabe si podrían hallarla ni si les darían lugar para ello, porque los Christianos son tan amigos de la enemiga presa, que todo lo buscan y escudriñan, especialmente entendiendo que se llevavan las mugeres, en quien todos tenían puestos los ojos por la ganancia que dellas se esperava y por las joyas que siempre las mujeres suelen llevar consigo, y por esta causa las seguirían hasta no dexar ninguna, y

que visto el duro alcance sería inhumanidad desampararlas y dexarlas, y que por defenderlas todos se perderían, quedando muertos sin remedio».

Fuele más preguntado al Moro: si los de Galera hazían alguna contraminas o reparos contra los que les minavan. El Moro respondió que no ni avían atinado a tal; y assí fué verdad, que como gente bárbara y mal práctica y de poca prudencia, nunca se pertrecharon contra ellos como pudieran si fuera gente experta, que no les fuera de poca utilidad para detener allí el campo muchos más días de los que estuvo, con lo qual y con las inclemencias del tiempo huviera tenido el sitio diferente sucesso.

La relación deste Moro y la que avemos dicho del muchacho fue toda una, aunque en el proceder diversas en razones; y la una relación y la otra luego se supieron por todo el campo, que no poco regocijó, porque de los asaltos passados avían quedado los soldados tan tibios y descontentos que se hechava bien de ver la desconfiança que les quedava de poder ganar la tierra; porque demás de parecerles que los enemigos se defendían esforzadamente y que avían de trabajar en la espunación, avían concebido un vano temor que los traya aterrorizados y desconfiados, y todo engendrado de la fama que algunos torpemente publicavan diziendo que las calles estavan todas minadas y atrincheradas con reparos fortíssimos, y que después que se huviesse entrado avía mayor peligro que en el asalto, porque los enemigos, viendo que no podían sustentar los reparos, poco a poco los avían de yr dexando y retirarse a otros y con sus minas bolar a todos quantos estuviessen peleando. Todo lo qual fué vanidad y presunción y cosa fingida, como después pareció, porque a los Moros no les passó tal por el pensamiento ni tuvieron ingenio para hazer minas, ni contraminas, ni traveses, ni defensas, ni reparos de gente de guerra.

Pues siendo en todo lo dicho enterado el Señor Don Juan y del intento que los Moros tenían de salirse, y deseando en todo caso estorvarles la fuga, mandó que los guardas de las trincheras se reforçasen y que por la parte del río se metiessen otras seys compañías más de las que avía, porque se entendía que por allí avían de procurar salirse, por ser más cómoda para ello aquella parte por lo que el muchacho avía dicho aviéndolo entendido dellos, mandó el Señor Don Juan que por aquel llano estuviesse una buena tropa de cavallos y que allí estuviesse un cuerpo de guarda, teniendo siempre las armas en las manos para acudir a donde fuesse menester. También se pusieron otros por otras partes y se ordenó que todo el resto de la Cavallería estuviessen

toda la noche con las sillas puestas y la Infantería alerta y con mucho cuydado.

Este día en la noche mandó Su Alteza que Don García Manrique, Cabo de la Cavallería, saliesse con docientos cavallos la buelta de Serón y valle de Purchena, que estava de allí seys leguas la buelta de medio día, para tener lengua del designio que el enemigo tenía, y assí, en lo de por allá como para descubrir si a los cercados les venía algún socorro; el qual bolvió el martes siguiente al poner del Sol sin hazer ningún efecto, porque fué descubierto y los lugares de aquella parte tocaron arma y se pusieron en defensa recogiendo su gente y ganados.

Martes, como a las diez horas de la noche, se tocó a arma en los centinelas y trincheras de las heras, porque se avía tenido sentimiento que los enemigos davan muestra por salir fuera por aquella parte, y assí estuvo todo el campo puesto en tres esquadrones hasta más de las doze, y aviéndose reconocido bien el caso y que no avía novedad se tornó a asegurar, aunque, en efecto, se supo después que avían intentado de salirse, y que como entendieron que avían sido sentidos dexaron de hazerlo. Tocóse otra arma como ésta, y a la misma hora, el miércoles en la noche, primero día de Febrero, que tuvo el mismo suceso que la passada, aunque el jueves por la mañana las centinelas de cavallo traxeron dos Moros que avían tomado, de quatro que la noche antes, quando se tocó el arma, se avían salido, los quales refirieron lo mismo que el muchacho y el otro Moro avían dicho antes, afirmando más, que sin falta los de dentro se saldrían aquella noche o la siguiente, porque assí lo avían tratado.

Las minas se yvan continuando en estos días y los Moros fueron reparando el daño de los passados y el que la Artillería les avía hecho y hazía de cada día, aunque era poco como se ha dicho; y el jueves en la noche, a las once della, se arrojaron hasta cinquenta Moros por la batería de la popa y cerraron con la gente que trabajaba en las minas, disparando algunos arcabuzazos y tirando muchas piedras con tanta presteza y denuedo que antes que los nuestros tuviessen lugar de tomar las armas ni de ponerse en defensa llegaron a las bocas de las minas. Francisco de Molina, a cuyo cargo estavan y assistía a las obras dellas, como sintió la grita y ruydo y voces que por la mina adentro yvan dando algunos gastadores que huyan de las pedradas y arcabuzazos de los Moros, metió mano a la espada, que no se halló con otras armas, y una capa rebuelta al brazo, salió a reconocer lo que era y, llegando a la boca de la mina, halló que entravan ya por ella los Mo-

ros, y arremetiendo con ellos a cuchilladas los hizo retirar y echó fuera, y como la grita era grande de los unos y los otros, luego se tocó a arma a gran priessa en las trincheras y todo el Campo y Capitanes y gentes que estavan en ellas acudieron a aquella parte donde estavan las minas.

Lo qual conocido por los enemigos, hecha señal de recoger, contentos con lo que avían hecho y en aver intentado este negocio, aunque no avían salido con él, se retiraron la batería arriba, dexando heridos quatro soldados y a Francisco de Molina muy lastimado de pedradas dellos. No se entendió el daño que recibieran; sospechóse que huvo de ser poco o ninguno. Viernes salieron por orden del Señor Don Juan algunos cavallos la buelta de Serón con el mismo fin que la vez passada y no hizieron más efecto de que aviendo encontrado los que yvan de vanguardia con tres o quatro Moros y otros tantos bagages que yvan hazia Cúllar, de los quales huyeron dos con los bagages, porque con la obscuridad de la noche, que era muy grande, tuvieron comodidad para ello, y los dos que quedaron, no aviendo querido rendirse ni darse a prisión, los alançearon.

La fagina de nuestras trincheras eran hechas de atocha a causa de no aver por toda aquella campaña otra cosa de qué hazerse, y porque pareció que, para reparo de la gente, eran harto suficientes, pues los enemigos no tenían artillería con que ofenderlas; lo qual considerado por los Moros y quán cerca se les avían puesto y llegado con ellas, especialmente la de la popa que la tenían menos de veinticinco passos de la muralla, con mucha comodidad suya y poco riesgo podían executar lo que avían determinado, que era de ponerles fuego, acordaron de hazerlo este día en la noche; y assí, a la hora de las doze baxaron dos a la sorda por esta batería con alpargates bañados de aceyte y llenos de cabos de cuerda encendidos, breados de resina y pez y llegaron a las trincheras sin ser sentidos y los pegaron en ellas, con lo qual se levantó muy gran llamarada y se començaron a abrasar, porque el atocha que estava seca se prendió facilíssimamente. Los Christianos al punto tocaron arma y lo mismo se hizo en todo el campo, acudiendo los soldados que en ellas estavan de guarda a matarlo, aunque esto no se pudo hazer con tanta facilidad que no se quemasse mucha parte dellas, y los Moros que avían baxado a poner el fuego se retiraron a su estancia y desde la muralla hirieron algunos soldados de los que allí andavan, aunque pocos.

Sábado por la mañana traxeron los centinelas de cavallo un Moro que avían cogido cerca del campo, el qual yva a meterse en el lugar

cargado de pólvora, plomo y cuerda, y puesto a questión de tormento confesó que él y otros seys compañeros avían salido a buscar municiones para la arcabucería, y que todos venían determinados de entrar en la tierra con las municiones, porque sabían que avía falta dellas, y también para decirles que estuviessen firmes y con buen ánimo y que se defendiessen que presto les vendría socorro.

Otro día domingo los mismos centinelas prendieron otro de estos seys, el qual en su relación avía dicho lo mismo que el primero, conformando en todo con su razón. Quieren dezir que estos Moros embiava el Habaquí, General del campo de Abenabí, a cuyo cargo estava el río de Almería, Filabres, Almançora, Cenete, Guadix, Serón y otros lugares de las Alpujarras.

Lunes en la noche, a seys de Febrero, se acabaron de cerrar las minas, y en estos tres días passados no huvo novedad alguna, salvo que cada noche se tocavan armas, con los quales Su Alteza y los tercios estuvieron en esquadrón mucha parte dellos, y se entendió que el sábado y domingo avían estado los Moros avían estado muy determinados de salirse de la tierra, y lo dexaron de hazer por tener sentimiento de las armas que se tocavan cada noche en el campo y viéndose ser imposible su fuga se estuvieron quedos, y en esto anduvieron acertados, porque no avía passo que no estuviesse tomado.

Pues siendo ya entendido por el Señor Don Juan, el lunes como es dicho, que las minas estavan ya cerradas y con aderezo para poderlas bolar quando quisiese, y pareciéndole que con lo que la Artillería avía hecho todos los días passados, con lo que estava arrado de las murallas y defensas, con lo que las minas abrirían y levantarían se podría mandar arremeter y assaltar la tierra y ganarla con el favor de Dios, y conociendo que a causa de la desorden que en su gente de guerra avía avido al asalto passado, de que no pequeña parte se atribuye a algunos Capitanes y gente de govierno, el lugar se avía dexado de ganar, después que con juyzio claro, tal qual en aquel caso convenía, y después de aver ordenado todo lo que se avía de hazer para el assalto que se esperava el día siguiente, mandó a los Maesses de Campo y a todos los demás Capitanes del exército que se congregassen en su tienda a las dos horas de la tarde, todos los quales siendo recogidos aquella misma hora señalada y aviéndose recogido en la antecámara de la Real tienda, el Señor Don Juan salió en cuerpo de su aposento con un bastón en la mano, estando en pie, mostrando en su persona y grave semblante el mismo aspecto que el de su padre el famoso Carlos Quinto, de fama eterna, y con palabras dichas como

hijo de tan soberano padre, aunque breves y compendiosas, habló con todos desta manera:

RAZONAMIENTO Y EXORTACIÓN DEL SEÑOR DON JUAN A LOS MAESES DE CAMPO Y CAPITANES.

«Valerosos y fuertes Capitanes y Maeses de Campo, de quien escrive la fama y tiene escrito grandes cosas, las quales inmortales serán siempre, que el tiempo no podrá ya observarlas, aunque los años sean más prolijos: Aora, pues, es tiempo que, illustrando vuestras hazañas claras y altos hechos, hagáys en mayor copia las grandezas de vuestro ser al Cielo levantadas, bolviendo por España y por su honra no quede obscurecida con infamia de los rebeldes Moros atrevidos que con temor muy poco y sin respeto se han opuesto al Rey, mostrándose enemigos, con armas, haziendo grandes daños y insolencias, a nuestra religión teniendo en poco, matando y destruyendo sus Ministros, y la vengança justa de esto pide España y religión que professamos; por tanto, hercúleas y fuertes columnas del hispano y claro suelo, haced el deber, vengad vuestras injurias, el vando muera destos de Mahoma, assolad sus casas, caygan los muros, allánense por tierra los sobervios y duros fundamentos de sus torres, verted la sangre mora, riegue el suelo, a fuego y a sangre vaya la canalla, ningún sexo perdone el duro temple ni la edad reserve, que la muerte llegue a toda parte furibunda. Decrépito no quede ni el muy tierno que al pecho aplica el labio con dulçura, y avida esta victoria memorable, empeño mi palabra, como hijo de aquel famoso Carlos, que yo sea gran parte con el Rey que tenga cuenta con quien mostrare aquí su valor grande, que próspero le sea en las mercedes, de suerte que de bienes de fortuna quede bien satisfecho para siempre; y de mi parte yo también ofrezco una amistad eterna inviolable, que el tiempo no la mude ni los siglos; y el que el deber aora no hiziere, mañana en el assalto que es espera, será en desgracia puesto y con infamia le darán castigo, qual sea justo al que es cobarde en cosas semejantes.» Assí les dixo el Príncipe gallardo; callando luego a todos dio licencia.

Assí como el valeroso Príncipe acabó su razonamiento, todos mostrando gran contento le dieron firme palabra de hazer en aquel caso lo possible, y despidiéndose de su Alteza cada uno fué a su alojamiento y a todos sus soldados fueron exortando y amonestando que el día siguiente lo hiziessen como varones, que devía de ser el assalto general.

RAZÓN EN QUE SE TORNAN A REFERIR LAS PLAZAS Y ASSIENTOS DE LAS BATERÍAS PARA QUE SE ENTIENDA BIEN EL ASSALTO.

Las baterías que a la tierra se plantaron, como hemos dicho, eran tres: la una la que estava a la parte de las heras, por donde dos vezes avía arremetido el tercio de Nápoles; la otra la que estava por parte de la popa, por donde se hizieron de nuevo las dos minas; la otra por la parte donde últimamente se avían plantado quatro piezas de Don Juan Manrique, que batían por la parte del jaloque levante. Considerado, pues, esto, la orden del assalto se dió desta forma:

Señaláronse tres compañías de las del tercio de Nápoles para que arremetiessen por la batería de las heras, como siempre avían hecho, que estava por frente de su alojamiento y trincheras, y que otras tres compañías del tercio de Don Lope hiziessen lo propio, que caya entre levante y medio día, que diximos jaloque, adonde, como se ha dicho, se avían plantado las quatro piezas de Don Juan Manrique, que por lo que se reconoció de lo que avían batido, se entendió que harían mucho efecto para la de la popa, como aquella que toda la esperanza de ganar el lugar estava puesta. Se diputaron quatro compañías del tercio de Don Antonio Moreno, el qual tercio comúnmente le dezían el Señor Don Juan, por estar él y su casa con toda la corte alojados en el sitio que estava, y porque de allí se sacavan compañías del tercio ya dicho, que estava en guardia del Señor Don Juan, y estas quatro compañías ya dichas, mandaron que arremetiessen por aquella parte, y se mandó que todos los Capitanes, Alférez y soldados, que serían más de ciento, con los cavalleros ventureros y cortesanos que quisiessen hazerlo, se mezclasen con ellos, dándoles a entender que aquélla era la voluntad del Señor Don Juan, y que se serviría dello, á fin que ninguno dexasse de pelear, porque ninguno se escusasse en dezir que estava en la guardia de su persona, como lo avían hecho el assalto passado permitiendo ir todos los soldados de las vanderas, que por ventura fue causa de que el lugar no se ganasse aquel día; los quales, entendida la intención de su Alteza y viendo que ya con ninguna justa causa ni aparente demostración podían rehusar la orden que se dava, no quedó hombre dellos ni de presunción, que no se alistasse para el assalto, que serían entre todos más de docientos y cinquenta.

Ordenóse a más desto que todas las compañías que para socorro y guarda de la campaña quedaran del propio tercio se sacassen las

esquadras de los Capitanes y Cabos por ser gente más lucida y gallarda, los quales se juntassen con la compañía del Capitán Don Gabriel de Montalvo, vezino de Granada, y que arremetiessen con las demás compañías; de manera que serían como mil hombres los señalados para assaltar por la batería de la popa sin los que se han dicho que también avían de hazerlo por las otras, que aunque no tenía entera confiança de que por ellas se haría mucho efecto, todavía se conseguía muy grande en divertir los enemigos, acometiéndolos por tantas partes para que, ocupados en defender la parte de la popa, los nuestros pudiessen con más comodidad ofenderlos y entrarlos con más ventaja en la tierra.

Acordóse que a las seys de la mañana se diesse fuego a las minas y que en el propio punto que acabasen de salir toda la artillería que estava plantada por las partes ya dichas se disparasse y fuesse jugando con mucha viveza y furia hasta las siete, y entonces se reconociessen las baterías por soldados de confiança y experiencia, y que hallándolas tales que mostrassen comodidad de poderse entrar, que la artillería tornasse a jugar otra hora de la misma manera que antes avía hecho, al cabo de la qual nuestra gente arremetiesse de improviso, mezclada con el estruendo y humo de la artillería y polvo de las baterías, teniendo por señal para hazerlo, que de cada una de las plataformas se disparasse una pieza sola y luego, en el propio momento, todo el resto de la artillería.

Pero que si reconocidas las baterias pareciesse que no estavan de tal manera que conviniesse por entonces dar el assalto, se dilatasse hasta tanto que los reparos y traveses que lo dificultassen se huviessen allanado y las baterías quedassen con disposición conveniente para que los soldados arremetiessen por ellas con menos riesgos y más ventaja, o dexando (si fuesse necessario) el assalto para aquel día y todos los demás que conviniesse; en el modo de cómo se avía de dar fuego a las minas huvo diversos pareceres, porque el de algunos soldados y personas que lo entendían era que a cada una dellas se le hiziera un caño de pólvora que desde su fogón viniesse á juntarse en ygual distancia con el otro, y que assí juntos se les diesse fuego para que a un mismo tiempo saliessen ambas a dos minas; porque se sospechaba que haziéndolo de otra manera, dándoles fuego a cada una de por sí, aunque se quisiesse hazer con mucha diligencia, no sería possible dexar de salir la una primero que la otra, lo qual sería causa que el movimiento que haría la primera, por estar tan juntas, que viniese a cegar y cebadero de la otra, de manera que con esto se impidiesse su efecto. Otros fueron

de parecer que se debía de hazer desta suerte: un cabo de cuerda no grande se partiesse por medio, y que cada pedazo se atacasse a su mina para que se fuessen quemando ygualmente, y que ygualmente llegase el fuego de los cabos a los fogones de las minas, y que desta suerte las dos minas saldrían á una y a un mismo tiempo; desta suerte se quitaría la sospecha de perder la una mina. Y aviéndose conferido y practicado sobre ello, se acordó que la última opinión era la mejor y más acertada.

Martes siguiente, siete días andados del mes de Febrero, día señalado de Carnestolendas, a la hora señalada y dicha, el Señor Don Juan se armó de unas ricas y lucidas armas blancas, peto y espaldar listados de siete listas de oro, con riquíssimas gravaduras y trofeos. El fuerte y hermoso morrión por lo semejante, con un hermoso y rico penacho, cuyo assiento era en una rica medalla de la Imagen de Nuestra Señora de Concepción, y con un bastón de General supremo en la mano. Hizo muestra de su persona a la puerta de su tienda. Lo qual visto por los Maesses de Campo y todos los demás Capitanes, al punto hizieron lo mismo y todos los soldados y cavalleros ventureros y cortesanos se pusieron a punto de guerra, cada uno armado con lo que tenía, y assí mismo fué alistada toda la Cavallería, que era cosa de ver la belleza y hermosura del campo tan luzido y gallardo y tan bien puesto, de suerte que dava grande contento en solo verle. Pues siendo todos alistados y puestos en orden en sus lugares ya señalados y las compañías de la arremetida alistadas, el Señor Don Juan mandó que se pusiese fuego á los dos cabos de cuerda que estavan puestos a los fogones de las minas, lo qual se hizo al punto, y aviendo casi medio quarto de hora que se yvan quemando, todo el campo aguardando su efecto tan sosegado y suspenso como si allí no huviera gente, estando a la mira de lo que sucedería en aquel caso.

Estando, pues, assí mirando todo el campo como es dicho, el cabo de la mina de la mano siniestra se quemó antes que el otro, y assí llegó al fogón a donde estava puesta la pólvora del cebador y al punto la furiosa mina salió con gran estampido y trueno y con ímpetu terrible levantó un gran pedaço de la peña con gran parte del lienço de la muralla y parte del castillo, haziendo razonable efecto, y aunque al principio con el estruendo y movimiento grande que hizo al reventarse de la mina se tuvo entendido que las dos minas avían salido; mas acabado de passar el polvo y humareda, luego se echó de ver que solo la una mina avía disparado y no las dos, atribuyendo el no salir a muchas causas, el aver dexado de salir y no averle dado el fuego en un mismo tiempo por los dos cañones, y esto causó en todo el campo

gran confusión y desabrimiento por el mal suceso de la mina, aunque la que avía salido avía hecho gran efecto, aunque todavía por la disposición del sitio quedava muy fuerte y con qualquiera defensa que los Moros hizieran, aunque no fuera mucha, se podrían defender y ofender que el lugar no fuera entrado, aunque los nuestros lo procuraran muy de veras poniendo todo su ánimo y fuerças en ello, y si a caso lo ganaran fuera con mucho derramamiento de sangre de Christianos.

El Señor Don Juan, a quien principalmente tocava este negocio, aunque de no aver salido la mina recibió alguna pesadumbre, mandó que luego, como estava acordado, jugase toda la artillería de todas las plataformas, lo qual se hizo al punto y muy bien que no fué de poco momento, porque pareció que con ella se arrasavan algunos reparos que de las ruynas de la mina se avía formado, assí de la peña como de la muralla rompida y caída y pedaços del castillo avían caydo, y que los soldados estuviessen apercevidos y a punto para arremeter, porque aunque la otra mina avía faltado, él estava determinado de no dexar perder que aquel día se ofrecía de ganar el lugar, pues con lo que la mina avía abierto y lo que la artillería obrava de presente la entrarían fácilmente y acabarían ya una cosa de tanta pesadumbre que si se tomara a pechos era cosa ligera de acabar, pues dilatarla más sería cosa de gran vergüenza para un campo de tanta pujanza como allí se avía juntado para darle fin, pareciéndole que aviendo tanta flogedad se podrían resultar otros inconvenientes de mayores escándalos, tomando los Moros más ánimo que hasta allí, assí los del Alpujarra como de los ríos Almançora y Almería. Y considerando en sí Su Alteza que pues la mina no avía salido que no era voluntad de Dios que saliera, porque si él fuera servido ella hiziera su efecto, y con esta consideración entendido que la otra mina no haria falta a su propósito, les dixo a los Maesses de Campo y los demás Capitanes, con palabras que bolavan, lo siguiente:

«Ea, valerosos Capitanes y fuertes soldados, que ya es llegado el tiempo de nuestra victoria, que la misma tierra nos dize y manifiesta que no tenemos necesidad de la otra mina para conseguir nuestra victoria, que con lo hecho basta, porque si necessidad tuviéramos della, Dios, en cuyo servicio estamos, le hiziera salir; mas viendo su divina Magestad que no tenemos necesidad della, nos a dado aviso, por lo que visto avemos, que della no se haga cuenta, sino que con valeroso ánimo y esfuerço arremetamos, que cierta está nuestra victoria»; y diziendo éstas y otras semejantes razones, como valeroso y fuerte Capitán

dió buelta por todos los soldados, poniéndole esfuerzo y ánimo, proveyendo y ordenando lo que aquel caso era necesario.

Los Moros, en esta sazón, por la experiencia que tenían de la primera mina que se les hizo, que no con poco daño suyo los hizo avisados, porque los boló al salir más de cincuenta hombres que cogió descuydados en el cuerpo de guardia que tenían cerca del castillo y muralla, aviendo conocido y entendido por conjeturas de la noche passada y día presente, y más viendo todo el campo puesto y alistado para darles la batalla, estavan apercebidos como convenía y con el cuydado que semejantes casos requería, y por no ser bolados y destruydos como lo fueron la vez passada con la braveza de la pólvora, avían hecho retirar su gente la tierra adentro, apartándolos de la muralla y castillo y de todo aquel sitio por donde ellos avían atinado por donde se les minava y por donde la mina avía de reventar, dexando solamente algunos centinelas en parte conveniente y segura de la muralla para que desde allí avisasen de lo que en el campo pasasse y tocasen arma, siendo necessario, al cuerpo de guardia que tenían en la plaça, y visto que avía salido ya la mina, mandaron subir quarenta Moros o más a la parte del Castillo que avía quedado en pie, para que de allí acudiessen a los demás que la necessidad demandasse, porque bien tenían entendido que acabado que el Artillería hubiesse acabado de jugar, los nuestros avían de darles el asalto, y assí mismo luego començaron a reparar la parte del portillo que la mina avía hecho, lo mejor que pudieron según el lugar el artillería les dava, aprovechándose en esto de los colchones, lana, tierra, piedra, maderos y otras cosas de reparo, con la mayor fortificación que se podía y el tiempo daba lugar, aviendo formado en aquel poco tiempo una fuerte trinchea. Pues los demás de la villa no holgavan, que todo el tiempo se les yva en hazer traveses y trincheas por las calles del lugar, de manera que a penas se podía andar por ellas según estavan todas travesadas y reparadas, que ayudadas de la disposición del sitio les fuera de harta utilidad y amparo en aquella semejante ocasión en que estavan.

Assí mismo distribuyeron otros ochenta o noventa hombres por toda la batería hecha para la guardia y defensa della, proveyéndoles de muchas piedras, que eran las armas de que ellos más se confiavan, y no sin razón alguna, porque con ellas el assalto passado avían hecho la guerra, y sin esto yvan haziendo otras prevenciones y reparos que les parecía convenientes conforme a lo que necesidad les demandava en aquella ocasión.

Pues considerado por el valeroso Príncipe, lo comunicó con la gente

de su Consejo, fué acordado, por evitar cruel daño, que fuessen algunos a reconocer el caño de la mina entera, y si acaso el movimiento de la otra no le huviesse cegado el fogón, procurasen de alumbrarle, cevándole de nuevo de pólvora y como mejor se pudiesse la hiziessen bolar, porque por las razones ya dichas convenía hazerse assí, y que tan en tanto que esto se hiziesse, la batería de la artillería no cesasse como hasta allí se avía hecho, sin cesar un punto; pareció acertada la resolución que en esto se avía tomado, y assí se puso luego en execución, mandando que el ingeniero con algunos soldados y personas particulares fuessen a ello, los quales lo hizieron, y llegados a la boca de la mina y alumbrado y descubierto el cañón le hallaron limpio, de manera que con facilidad podía luego atacarse el fuego y bolarla, lo qual se hizo saber al Señor Don Juan, de que recibió grande contento, y luego mandó que se le pusiese fuego, y luego al punto se hizo y la mina salió con facilidad como avía hecho la primera, bolando parte de la peña con otra parte del lienzo de la muralla y todo lo que restava para arrasar del castillo; pero se abrió de tal manera que causó otra dificultad mayor que las passadas, con que estrañamente desalentó los ánimos de todos para pensar que de ninguna suerte avía de poderse ganar el lugar este día ni entrarse, porque como el movimiento desta mina fué tan grande que excedió en grande manera al de las passadas, y el hueco y horno della penetrava más de quinze pasos a dentro que las otras, y la batería de la peña por aquella parte devía de ser más fuerte que ninguna de las que se avían bolado. La pólvora, como halló más resistencia, hizo mayor ímpetu y violencia, abriendo de tal suerte todo lo que levantó, que aunque derribó lo que quedava del castillo, que era la mayor parte dél y mucha de la muralla, la peña se hendió a la parte de arriba muy derecha, de modo que vino a quedar derecha y fuerte más que de antes, que no parecía sino lienço de muy fuerte muralla hecho por industria para la defensa del lugar, y no solamente la parte de muralla y castillo que esta mina alcançó a bolar quedó desta manera, pero aun con ella se vino a fortificar lo demás, lo que avía batido el artillería y lo que estava roto de la otra mina, assí de la muralla y peña como del castillo que parecía casi imposible poderse ganar, que no causó pequeña confusión y desconfianza en el campo, pareciendo a todos que la batería avía quedado más fuerte, como en efecto lo estava, que el asalto passado, y assí todos blasfemavan de las minas y del inventor dellas, pareciéndoles que sólo se avían fabricado para daño del campo y no para conseguir utilidad y provecho dellas.

En esta sazón, Dios nuestro Señor por su bondad hizo fácil y llano lo que los nuestros tenían por dificultoso y áspero y imposible, que era entrar la tierra sin grandíssimo daño y derramamiento de sangre suya; mas, como avemos dicho, la suma bondad, teniendo cuydado de los suyos, proveyó a la mayor necesidad para que la tierra se ganase sin el peligro y daño que se esperava en ganarla. Pues como los Moros atemorizados y alebrados del miedo de las minas se retirasen a dentro la buelta de la proa y otra mucha gente con ellos, aviendo dexado la batería y derribada muralla sin ninguna guardia ni centinela que les pudiese dar aviso del daño que venir les podría. Acaso un soldado vizcaíno, ayudante de artillería, llamado Laforte, con deseo de hazer el dever como buen soldado se había quedado escondido al pie de la cuesta, junto de la muralla, entre unos peñascos que la mina avía derribado, el qual, viendo que por toda la muralla no parecía Moro ni persona que la defendiese, començó de subir por la cuesta arriba y por la batería, con la espada en la mano y en la cabeça un fuerte morrión y una rodela, y como no halló resistencia alguna ni impedimento passó tan adelante que llegó a un torreoncillo que allí avía, a donde estava plantada una vandera, y echándole mano se bolvió con ella por la batería abaxo la buelta de nuestras trincheras; lo qual visto por algunos otros soldados que de la propia manera déste se avían quedado escondidos por entre los peñascos, aviéndose salido de las trincheas y y puesto al pie de la cuesta, los quales serían veynte o veynte y cinco, començaron a subir la cuesta arriba, estando todo el campo mirando assí lo que Laforte avía hecho como lo que éstos yvan haciendo, y como desde la muralla no se les hazía resistencia ni avía hombre que les defendiese la subida, caminaron tanto que le pusieron encima de la muralla y ocuparon el sitio de rebellín y castillo, y viéndose encima, la batería ganada y el lugar entrado casi sin pensar, como cosa de sueño, començaron a dar muy grandes vozes, diziendo: «¡Arriba, arriba! ¡a dentro, a dentro! ¡España, España! ¡victoria, victoria!» A esta hora ya yvan subiendo por la cuesta arriba otro buen golpe de soldados a toda priesa que se avían arrojado de las trincheas para entrar ayudar a los amigos, haziendo otro tanto como ellos avían hecho.

Los Moros, que oyeron el rumor y grita que los nuestros tenían ya sobre la muralla, conociendo el yerro en que avían caydo en dexar la batería y roto de la muralla, y asegurados ya de que no avía más minas, pues los Christianos andavan sobre la muralla seguramente, acudieron de presto, aunque tarde, a la defensa, y començaron con bravo ánimo a pelear con los Christianos, disparando en ellos una buena car-

ga de arcabuzazos y arrojando sobre ellos gran cantidad de piedras, tiradas con grandíssima violencia, que éstas eran las armas con que más daño hazían en aquella ocasión, por ser grandíssimos tiradores dellas y muy certeros, y con esto vinieron a cerrar con tanto ímpetu y braveça que se vinieron a juntar y herir con las espadas y chuzos y picas y otras armas en astadas que tenían; los nuestros, que ya estavan sobre la muralla y rebellín y sitio del castillo, que, como se ha dicho, tenía todo el lugar a cavallero, recibieron la carga que los Moros les dieron, con la qual hizieron muy gran daño en los Christianos; mas no por eso los nuestros dexaron de disparar una buena rociada de arcabuzería, y arremetiendo con ellos se travó una brava escaramuça entre los unos y los otros de arcabuzazos y cuchilladas.

Los soldados que estavan en esquadrón y trincheas baxo las vanderas aguardando la orden de assalto para arremeter, viendo que los primeros que avían subido estavan ya peleando dentro en la tierra y la tenían ganada, y que otros muchos soldados subían a gran priesa la cuesta arriba y llegaban cerca, començaron arrojarse y arremeter de tropel tras de ellos por hallarse en la ocasión. Los Capitanes y Alférezes y Sargentos y otras personas particulares a quien el Señor Don Juan tenía gravemente encargada y dada orden de lo que se devía hazer y que sin ella nadie arremetiese inconsideradamente como se avía hecho el asalto passado, se pusieron a detenerlos, y como viesen que no bastava la exortación que les hazían de palabra, con las espadas desnudas començaron a castigar y dar cuchilladas; pero lo uno ni lo otro no fue parte para detenerlos ni hazer mudar de su propósito; antes a vozes dezían que querían yr a dar favor a los amigos que avían ya ganado la tierra y estavan dentro peleando y los Moros eran muchos y los matarían si no les davan socorro, y diziendo esto, un cavallero de Murcia llamado Salvador Navarro, Capitán reformado de su cavallería, después que el Marqués de Vélez avía dexado el cerco, les dixo a los Capitanes que detenían los soldados: «Señores cavalleros, aora no es tiempo de dexar la ocasión del copete ni de impedir que los soldados no consigan la victoria que tienen de su parte aviendo ganado ya la fuerza al enemigo. Advertid, señores, que si ahora se pierde sería posible ser dificultosa de tornar a cobrarla; por tanto, sigamos todos la victoria que Dios nos ha dado, que poco ha no teníamos esperança della.» Diziendo esto, él y los demás soldados rompieron, arremetiendo de tropel por todos los que se lo defendían y subieron la cuesta arriba como los demás. Algunos destos Capitanes y cavalleros de los que detenían los soldados, viendo ser imposible hazer tal reten-

ción y sintiendo el ruydo dentro de la tierra y la vozería que andava y el grande ruydo de las armas, sin guardar la orden que les era encargada se fueron con ellos, no viendo la hora de verse con los enemigos. Otros Capitanes y personas particulares se quedaron, aunque contra su voluntad, temiendo la indignación del Señor Don Juan, mostrando con su presencia que el desconcierto y desorden de los soldados no avía sido en su mano. El Señor Don Juan, aviendo visto el grande efecto que las dos minas avían hecho, pareciéndole que la batería (como se ha dicho) para poder arremeter estava dificultosa, avía mandado que el artillería jugasse sin parar un punto hasta tanto que él huviesse oydo Missa, y que aviéndola oydo y buelto de a donde se avía dezir mandaría lo que se avía de hazer, y que la gente del campo y la que estava señalada para arremeter, assí por esta batería como por las demás, estuviessen a la mira sin hazer movimiento alguno, y que los Capitanes tuviessen cuenta con todo. Y estando el Señor Don Juan oyendo la Missa en una capilla pequeña (que cerca de allí le avían hecho para oyrla) sintió que el artillería no jugava, y oyendo el ruydo de la arcabuzería y gritería que los nuestros tenían con los enemigos preguntó alteradamente qué era aquéllo, y como en este tiempo llegase Lafarte muy cerca, con la vandera que avía ganado y con él algunos otros soldados, le fue dicho que un soldado avía ganado la vandera que los enemigos tenían en el torreón de la muralla y la traya a Su Alteza, y que aviendo visto otros soldados lo que aquél avía hecho, avían arremetido sin orden y avían ganado la batería y entrado en la tierra, y que estavan dentro peleando con los enemigos. Su Alteza, oyendo esto, espantado de tal caso, dexó la Missa en el estado que estava y salió a priesa la buelta de las trincheas, a donde encontró a Lafarte, que traya la vandera acompañado de otros soldados, el qual, hincando la rodilla en el suelo, le dixo a Su Alteza: «Vuestra Alteza se sirva de mí y desta vandera que saqué del fuerte de los enemigos y por mi causa han entrado en la tierra muchos soldados y la van ganando de todo punto; vuestra Alteza los mande socorrer a toda priesa para que se consiga la victoria.» «Vos lo avéys hecho como buen soldado—respondió Su Alteza—y no avéys ganado poco con lo que avéys hecho.» Y tomando la vandera de la mano de Lafarte le dió a un su paje que la guardase; passando adelante con paso largo la buelta de las trincheas y llegado a ellas, viendo que la tierra estava de la suerte que se ha dicho, considerando que aquéllo venía de la mano de Dios más que de providencia humana, recibiendo en su ánimo grande contento del caso y buen subceso y aprovechándose de la ocasión, passó

adelante de las trincheas animando y exortando los soldados, casi hasta llegar al pie de la cuesta, a la sazón que los Moros desesperadamente peleavan contra los Christianos. Todos los soldados que estavan a la parte donde estava el Señor Don Juan, viendo que su supremo General passava tan adelante y animava a los soldados para que arremetiessen todos de tropel sin quedar ninguno, salvo la cavallería que de necesidad avía de guardar sus postas porque no se fuesse Moro, aviéndoselo assí mandado Su Alteza, y muchos huvo que dexaron sus cavallos a sus criados por hallarse en tal ocasión como lo avía hecho Salvador Navarro, cavallero de Murcia (que arriba diximos), y otros sus amigos de la misma ciudad, donde aquel día mostraron los de Murcia y Lorca y todo su Reyno su grande valor y esfuerço como siempre en todas las ocasiones lo avían mostrado; pero con todo eso los Moros, enojados de sí mismos, culpando su gran ignorancia, peleavan como gente aburrida y como gentes que no esperavan remedio a las vidas, y con tanta fortaleza que tuvieron los nuestros necessidad de bolver atrás la buelta de la popa, perdiendo lo que avían ganado, porque los Moros venían cargando sobre ellos con tal braveza que no pudieron hazer otra cosa sino retirarse, porque de los terrados llovía sobre ellos tanta piedra que no les davan lugar a armar ni disparar los arcabuzes ni llegar con las espadas. Peleavan las mugeres desigualmente tanto como los varones, especialmente la Zarçamondia, que arriba diximos que degolló el soldado y le quitó el peto y espaldar y morrión después de le aver degollado; esta Mora, pues, armada con una espada en la mano y una rodela, hazía tanto daño en los Christianos que era cosa de espantar su braveza, tanto que convino que un soldado le tirasse a cosa hecha un arcabuzazo, con el qual la valerosa Mora murió, dexando grande fama y exemplo de su valor. Otras muchas Moras también pelearon este día valerosamente y murieron como varones peleando.

En este tiempo los del tercio de Nápoles que avían de arremeter por la parte de las heras, que era la batería que tenían de frente, y assí mismo los que avían de arremeter por la parte del Levante y Medio día, oyendo la grita y rumor que passava dentro de la tierra, sin más aguardar punto de orden arremetieron a toda furia por sus baterias, entrando por ellas con un furor terrible. Los primeros que entraron por esta parte de las heras fueron tres Capitanes de Murcia, llamados el uno Don Pedro Zambrana y el otro Don Luys Carrillo, y éste al entrar fué herido por la cara de un arcabuzazo que le passó los dos carrillos: mas no por esso dexó de entrar por la batería con grande ánimo. El otro Capitán murciano fué Francisco Galtero, hom-

bre de grandísimo valor, y también éste fué herido de un arcabuzazo por baxo de la barba que se pensó que la vala lo avía degollado, mas quiso Dios que no encarnó mucho; mas no por esso este valeroso Capitán dexó de passar adelante como un león animando los suyos.

Don Pedro Zambrana también fué malamente herido; con ellos entraron otros Capitanes de Lorca valerosos, acompañados de su gente lorquina, la qual con la gente de Murcia començaron a pelear bravamente y con ellos la gente de Caravaca, cuyo valeroso Capitán era Fernando de Mora, que fué casi de los primeros que subieron. Y el Capitán Carreño, de Zehejín, y el Capitán Melgajero, de Mula, y el Capitán Mora, de Totana, y el Capitán Cayola, de Alhama. Todos estos del tercio de Don Pedro de Padilla y otros muchos valerosos Capitanes del mismo tercio y valerosíssimos soldados que llevavan del tercio de Nápoles; no avía más que ver la braveza con que entraron peleando, pues de las otras baterías donde estava la gente andaluza y de Castilla no se puede creer el valor de sus ánimos y esfuerço y la braveza de su pelear.

Los Moros, viéndose tan bravamente asaltados y con tanto furor combatidos, perdida de todo punto la esperança del vivir, se juntó una gran tropa dellos, que passavan de mil, y apretaron tanto con los Christianos que, como es dicho, les hizieron bolver atrás hasta la batería de las minas, y algunos soldados huvo que se començaron a descolgar por la batería abaxo, tanto eran de los moros apretados, de suerte que los nuestros se huvieron de hazer todos una piña, a donde no pudieron dexar de recebir gran daño, assí de muertos como de heridos, cayendo sobre los derribados fundamentos, a donde gran rociada de balas les sobrevenía embiadas por el esquadrón Turquesco que con furor terrible peleava haziendo terrible defensa, no cessando un punto de embiar millares de balas y boladoras flechas; mas poco les vale su braveça y ardimiento, que está allí la flor de España; la qual, viendo llegada la ocasión desseada para mostrar su valor, a una voz se comenzó a decir: «¡Cierra España, Santiago, Santiago!», y tras desto metiéndose por lo más obscuro de la polvareda y confuso ruydo, buscando al enemigo esquadrón; mas era tanta la gente que cargó en la aportillada batería, que los unos ni los otros no tenían necessidad de ponerse las escopetas en la cara ni tirar por mira, sino al confuso y apiñado montón de los contrarios, haziendo muy notables daños los unos a los otros, y tanto daño hazían los Moros con las piedras como los Christianos con las balas. Un cavallero del hábito de San Juan, llamado Don Francisco de Quiñones, natural

de Zamora, queriendo subir a un alto a donde estavan unos Moros haziendo gran daño en los Christianos, teniendo puesta la mano arriba para subir, un Turco le cortó los dedos con un alfanje, mas no por esso el valeroso mancebo desistió de su propósito, antes viendo sus dedos cortados, quitando aquella mano se asió con la otra y con mucha ligereza subió arriba, á pesar de quien se lo defendían; mas no fue subido quando le dieron los Moros muchas heridas y con gran ímpetu le lançaron de lo alto a lo baxo medio muerto, y la Cruz, que era blanca, de pura sangre se tornó roja. Aquí fué herido Don Pedro de Sotomayor malamente en un pie, de suerte que le convino yrse a las tiendas, a donde también fué llevado el cavallero de Zamora casi muerto. Era tanta la vozería y grita de los unos y de los otros, que era terror oyr semejante confusión y ruydo, el estruendo de la arcabuzería, los golpes de las espadas, el sonido de las armas, las vozes de los vivos, los gritos y quexas de los dolorosos gemidos de los que morían, la barahunda y sonido de las caxas y atambores de los Christianos, las dulçaynas y añafiles de los Moros y son de sus atabeles, era tan grande que parecía que se hundía el mundo según resonavan los ecos por aquellos valles. Era tanta la vozería que no se oían los unos á los otros, ni se entendían la orden de los valerosos Capitanes.

El Señor Don Juan, viendo que sus esquadrones andavan tan metidos en la peligrosa lid, temiendo que desistiesen de su valor, pues estavan tan a punto de ganar la victoria, dexando con valeroso ánimo su sitió de General, assí como si fuera un particular soldado, se fué para la muralla con ánimo de subir a donde estavan los suyos peleando, sin que nadie fuera parte para impedírselo, y ya que estava para subir la cuesta de la confusa pelea, salió una desmandada bala o fué tirada por industria al resplandor del hermoso y luciente peto, la qual le dio en un lado al valeroso Príncipe, haziéndole una grande abolladura según llegó con terrible violencia, que a no ser el peto muy fuerte y fino y de acerado temple allí quedara el soberano Príncipe muerto y pusiera a todo el campo en la más terrible confusión, malográndose la victoria de una guerra tan peligrosa y cubriéndose toda España de doloroso llanto. Sin embargo, no haziendo caso el Señor Don Juan del golpe recibido, y mostrando en su valor ser hijo del invicto Carlos Quinto, passó adelante con su propósito de llegar a la derribada muralla donde estava trabada la pelea. Su ayo, el respetable Quixada, a quien no muchos días después sobrevino la muerte, como diremos más adelante, andando muy solícito en las cosas del Príncipe y viéndole visto en semejante peligro, le fue a la mano y contuvo, dizién-

dole con graves palabras: «Decid, Príncipe, ¿qué hado acerbo os ha podido mover assí para que dejéis el lugar y bastón de general y os metáis a la par de los soldados más comunes en un peligro tan grande, sin ninguna sazón ni pedirlo el tiempo? Refrenad esa arrogancia y bolved atrás, no deys causa con vuestra muerte a que todo el campo pierda la esperança de salir con la victoria que tiene ya en la mano. No es tan importante el negocio de Galera que merezca el que un Príncipe tan esclarecido como vos se arriesgue como los demás soldados y que se quiera poner en peligros semejantes, especialmente teniendo Capitanes y Maesses de Campo tan valerosos y soldados tan esforçados que es una maravilla ver cada uno cumplir su dever. Bolved, bolved y no paséys más adelante, conduciéndoos de manera que el Rey vuestro hermano y toda la nación española no pierdan las esperanças que tienen fundadas en vuestro ínclyto valor y brillantes disposiciones.» El Señor Don Juan oyendo a su ayo hablar de aquel modo, sujetándose a la obediencia que siempre le tuvo, refrenó su ánimo y, bolviendo a su lugar, no quiso pasar más allá de las trincheas. En aquel momento andava muy sangrienta la batalla, pero nuestra heroica gente hizo tanto con su indomable esfuerzo que los enemigos principiavan ya a retirarse, desocupando con mucha diligencia toda aquella parte de la popa y metiéndose dentro del lugar hazia la proa, forçados de la lluvia de balas que sobre ellos embiavan los nuestros; los Moros se retiravan peleando, pero atemorizados ya se acogían a los reparos y traveses formados en las calles y otros se metían por las casas y desde allí oponían gran resistencia batallando como leones. No obstante estos obstáculos, los nuestros estavan ya apoderados de todo el lugar, aunque andavan por él dificultosamente, porque de los terrados llovían piedras sobre ellos y aun peleavan los Moros con tanta obstinación que fué necessario irles ganando calle por calle, casa por casa y terrado por terrado, haciendo en ellos tal mortandad que no se podía andar sino por encima de sus cuerpos; nunca hizieron señal de rendirse y assí morían a manos de los nuestros como bestias, a fuerça de cuchilladas y arcabuzazos; al fin, con el auxilio de Dios y la perseverancia, fué ganada toda la tierra.

Duró el combate, después de entrado el lugar, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; en este día sólo murieron de los enemigos dos mil y ochocientos hombres y como unas ochocientas mugeres y criaturas, que compondrían entre todos el número de tres mil y seyscientos; se cautivaron hasta otras mil y quinientas personas de mugeres y niños, porque a hombre ninguno se tomó con vida,

aviendo muerto todos, sin quedar uno en este día y en los asaltos passados. También de los nuestros passaron de docientos los muertos y de trescientos los heridos, de los quales muchos murieron después. Se usó de tanto rigor y severidad con las mugeres y criaturas que me parece se llevó el estrago mucho más allá de lo que permitía la justicia y era propio de la misericordia de la gente española, que siempre se señaló hasta en favor de los bárbaros; no huvo piedad para ninguno, alcançando la muerte no sólo a las mugeres sino también a las criaturas bautizadas; y tamaño rigor se exerció por averlo mandado assí el Señor Don Juan, a fin de que el acerbo castigo sirviese de exemplo a los demás rebeldes que quedavan por las Alpujarras, temiendo mostrarse en adelante pertinaces y con arrogancia contra Su Magestad, por cuya causa se echó el vando de que no quedase con vida en aquel pueblo hombre, muger ni niño. Sin embargo, considerando Su Alteza que llevar adelante esta orden tenía algo de atroz, mandó templar su dureza, disponiendo que se perdonase la vida a las mugeres y a los niños de cinco años abaxo, quedando su libertad por premio del vencedor que los huviera ganado.

Cumpliéndose todo lo que el Señor Don Juan avía mandado, y consumada la toma de Galera con tanta honra y gloria de los Christianos, diremos aora alguna cosa de los Moros, pertinaces en su bestial rebelión, o a lo menos deremos noticia de dos casos que sucedieron dignos de memoria.

En Galera avía un Moro muy rico que tenía muger y dos hijas donzellas muy hermosas, de unos veynte a veynte y dos años de edad, el qual, viendo que el lugar se entrava por los Christianos y que ya estava perdida la esperanza de remedio, fue corriendo a su casa desesperado y ageno de piedad degolló a sus dos hijas en un aposento de donde su madre no las pudiera sentir, y las decía: «¡Amadas hijas, perdonad al aburrido padre que con el más acerbo dolor de su alma os sacrifica para que los Christianos ufanos de la victoria y cargados de trofeos no puedan gozar de vosotras y después desta afrenta os veáys en tierras agenas reducidas a la esclavitud!» En seguida las degolló y dexó en aquel aposento, desde el qual pasó al de la desdichada madre, y la dixo: ¡Amada muger y compañera en las felicidades y en los trabajos: ya ha llegado el fin de nuestra amistad; los Christianos han entrado victoriosos en nuestro lugar con determinación de no dexar a nadie vivo por averlo mandado assí su general; yo holgaría que nuestra vida se alargase muchos y felizes años, pero el hado duro no lo permite, sino que a toda priesa nos viene persiguiendo

¡Para mí sería doblado dolor que vos, bien mío, vinierays á poder de manos agenas, aviendo sido tan regalada de las mías; y para evitar esta desventura cruel, tengo obligación, como marido que tanto os ha amado en esta vida, de poneros en libertad, assí como ya lo he hecho con nuestras hijas; mediante el favor del Santo Alá, todos quatro nos veremos esta noche juntos en el paraíso que deseamos!» Dicho esto y llorando degolló amargamente a su turbada esposa, y no contento todavía, assí a la madre como a las hijas las echó en un pozo para que los Christianos no las hallasen. Luego al punto salió a la pelea gritando: «¡Ea, amigos, ya no queda que perder más de lo perdido; muramos todos como buenos!»; y diziendo esto se abalançó por enmedio de las furiosas armas de los Christianos, matando a algunos dellos por su mano, y matara a muchos más si le dieran más tiempo; pero luego un soldado tirándole un arcabuzazo le privó de la vida.

Una donzella muy hermosa, que avía perdido a su madre durante la infancia, supo que en la batería de las heras avían muerto a su padre, y tomando de la mano a dos hermanitos que tenía se salió de su casa y la prendió fuego. En seguida cogió debaxo del brazo izquierdo á los dos niños y, empuñando una espada con la mano derecha, salió a la batalla y peleó denodadamente con los Christianos hasta que la mataron y a sus dos hermanitos juntamente. Cosa ciertamente digna de memoria y de escrivirse, para que se entienda la fuerça del amor.

Assí mismo sucedió a un caballero de Murcia, llamado Andrés Navarro, hermano del Capitán Salvador Navarro, que saliendo de Válor un Moro huyendo del furor de las armas quando el Marqués de Vélez se mejoró contra el Reyecillo, al ver que una dama que llevava en su compañía y la amava en supremo grado no podía andar bastante, y sobrecogida del temor que la avía causado el ruydo de la batalla y la barahunda de la gente de guerra, al irlos ya a los alcançes el Christiano victorioso, y no pudiendo salir con su intento, que era escapar subiendo a la sierra, se bolvió el Moro como un león dañado a la desdichada muger y con un puñal la mató para que el Christiano, que era el susodicho Navarro, no la gozase. Luego el Moro se metió por partes que no pudo seguir el cavallo del Christiano, quedando éste espantado de la cruel y horrenda hazaña.

Saliendo de Granada otro Moro para irse en compañía de aquellos que fueron allá la passada noche de Navidad, de que ya hemos hablado, y llevando consigo dos hijas pequeñas, la una al hombro, la otra de la mano, al ver que con ellas no podía andar tanto como el esquadrón Moro caminava, y creyendo que los Christianos venían en se-

guimiento dellos, tuvo por grande estorbo para su expedición las dos hijas que llevaba y resolvió descargarse dellas degollando a la grande con un puñal y enterrando viva a la pequeña en una montaña de nieve; assí se fué listo a la tierra con los demás compañeros. Todas estas cosas, que pruevan la fuerza del amor, son tan dignas de memoria como las que hacían los romanos.

Si en el cerco de Galera se huvieran encontrado los Moros tan bien prevenidos de armas y municiones como lo requería el caso, y ellos fueran tan buenos soldados como valerosos y determinados a morir, o nunca los Christianos ganaran la tierra, o si lo alcanzaran fuera a costa de un copiossíssimo derramamiento de sangre; de modo que se pudiera muy bien decir: «Si Africa llora, España no ríe.» Pero quiso Dios, por su infinita bondad, que aquel lugar se ganase con menos dificultad de lo que se pensava, y el triunfo causó mucha alegría en toda España. Una cosa es muy notable, que aunque el cielo de aquella tierra sea oscuro y lluvioso, Dios no quiso que lloviese entonces, siendo la estación de invierno, porque el campo de los Christianos no pasara trabajos; pues si huviera llovido, necessariamente se huviera levantado el sitio y el exército fuera a acuartelarse en Huéscar hasta el buen tiempo, porque todas aquellas lomas y quiebras fueran barrizales y atolladeros todas las ramblas, de modo que costara grandíssimo trabajo hazer allí los servicios convenientes al ministerio de la guerra. En este caso, los soldados, como eran visoños, poco prácticos, regalones y no acostumbrados a padecer ni sufrir trabajos, es muy probable que dexaran el campo y se fueran a sus casas, que estavan cerca, como se vio que lo hizieron en todo el discurso de la campaña por muy pequeños motivos. Esto se conoció claramente el miércoles inmediato a la toma de Galera, que nevó y llovió tanto que por esta causa fue necessario detenerse allí el campo otros siete días, hasta que el cielo y el suelo facilitaron la marcha para retirarse con la artillería. Entre tanto se dio orden para desmantelar el lugar, poniendo fuego a las casas y acabando de allanar la muralla. Hecho esto y repartida la presa, el Señor Don Juan, en nombre de Su Magestad, mandó echar un vando para que nadie osara edificar en aquel sitio; aviendo sido asolado por rebelde a la Corona Real; y si los herederos de Don Juan Enríquez, de quien era, quisiesen repoblar por allí, pudiessen hazerlo a la parte de las heras, en la llanura y sin forma alguna de muralla.

Aquí concluye la noticia del assedio de la villa de Galera, y para concluir la relación de la guerra de las Alpujarras, insertaremos sobre lo passado el siguiente romance:

ROMANCE.

Cercada tiene a Galera
Don Juan, el hijo de Carlos
Quinto, llamado el famoso,
Rey de España y sus estados.
Gran campo tiene consigo,
que era placer de mirallo:
muchos grandes le acompañan
deste suelo nuestro hispano;
Duques, Condes y Marqueses,
muchos de pechos cruzados;
hijos dalgo y cavalleros,
hombres ricos, mayorazgos
Y otros de otras muchas suertes
y de diversos estados,
con otra muy mucha gente
de valerosos soldados.
Al punto quiere batirla
y acabar con los cercados:
con trincheas, plataformas
tiene el campo asegurado.
Por tres partes se combate
con cañones reforçados;
después de aver la batido
se la dio el primer assalto.
Fue la batalla sangrienta,
murieron muchos Christianos;
tornan de nuevo a batirla
con cañones más doblados.
Assalto se dió segundo,
mas fué el daño muy sobrado
que los Chistianos reciben
por ser el muro guardado
de los Moros fuertemente,
reciamente peleando.
El Señor Don Juan, que entiende
que el batirla sale en vano,
manda hazerle dos minas
porque el fuerte sea minado.
Las minas salen furiosas,
muy gran parte han derribado
del lienzo de la muralla
con parte de otro peñasco.
Se hizo gran batería,
mas quedó dificultado

el poderse arremeter
por lo que está derribado.
Los Moros, como se vieron
de las minas maltratados,
de aquel sitio se retiran;
mas al lugar se han entrado
sin dejar la batería
con guarda y a mal recado.
Un soldado de los nuestros,
viendo que el sitio han dexado,
por la batería sube
valiente y determinado;
Sin ser de nadie impedido
al rebellín a llegado
y tomado ha una vandera
de nuestro enemigo vando,
y con ella se tornara
sin ser de nadie enojado.
Otros soldados, que vieron
lo que hizo este soldado,
a la muralla se suben
sin ser defendido el paso:
Toda la gente Christiana
al punto haze otro tanto;
al arma se toca luego
y arremete todo el campo.
Los Moros, que lo han sentido,
contra sí mal enojados
por dexar la batería
olvidada y sin recaudo,
Salen luego a defender
a los Christianos el passo,
y se trava una batalla
muy grande por defensarlo.
Unos llaman a Mahoma,
otros dicen Santiago,
otros gritan Cierra España,
muera el vando renegado.
Todo el día se pelea,
hasta que el sol yua baxo;
los Christianos, con esfuerço,
la victoria han alcançado;
Tres mil matan de los Moros
que anduvieron peleando,
y de niños y mugeres
mataron casi otros tantos;
dos mil tomaron cautivos
poniendo el lugar a saco.

Luego mandara Su Alteza
que fuese el lugar quemado:
este fin tuvo Galera
y fué merecido pago.

Fin.

CAPÍTULO VEYNTE Y DOS, EN QUE SE PONE CÓMO EL Señor Don Juan desmanteló a Galera y se fué a Baça, y de la razón que se da de las personas de cargos que murieron en Galera y de los heridos.

La toma y pressa del fuerte de Galera luego de su oprisión, la voladora fama la divulgó por toda España y aun hasta en Argel, al tiempo que el Ochalí tenía aprestados dos mil turcos de pelea, todos Genízaros y bravos soldados de ventaja. Y esta nueva fué tal que el Ochalí paró de su intento y los demás Moros del Reyno de Granada levantados tuvieron tanto terror y miedo que de todo punto perdieron el fin de su esperança, viendo que un lugar tan fuerte como Galera ya estava asolado y pegado fuego, aviendo en ella muerto muchos y valerosos Moros y Turcos, sin que dellos quedase uno vivo. Y con esto fue tanto el temor y quebrantamiento de los Moros que, como es dicho, perdieron toda su esperança y el fin de lo que avían pretendido, y a esta causa, como es dicho, el Rey de Argel, Ochalí, paró de no embiar el socorro considerando la grande potencia que el Príncipe Don Juan llevava en su campo, y quien más tembló del caso y fin de Galera fue el Capitán Maleh, que tenía en aquella sazón una hermana donzella en ella que se avía ydo a ver unos deudos suyos muy cercanos y estando allí se levantó Galera, como es dicho, y entre las demás mugeres que allí murieron murió ella. Dizen della que era muy hermosa en demasía, tanto que la fama de la bella Maleha era sonada y nombrada por todo el Reyno de Granada. Como se supo la rota de Galera en el río de Almançora fue que siendo Galera asolada del asalto della y ruina della se avían quedado escondidos más de quinze Moros y Moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño y mina por do venía el agua del río a Galera, que aunque fue visto por los Christianos, viendo que aquel pozo tenía

agua no se persuadieron a que allí dentro podría aver cosa alguna, quanto más que desde arriba no se podía ver ni descubrir por do entrava la mina ni lo largo della. Pues aquí, en esta mina, se quedaron obra de quinze Moros y algunas Moras, y en otras partes se quedaron escondidas otras personas que los Christianos no pudieron tener noticia dellas, y assí como fue acabada la pelea, que fue ya casi noche, los Christianos, ocupados en sacar los Christianos muertos de entre los Moros y allegarlos a una parte, no curaron de más sino de procuralles sepultura para que todos fuessen enterrados. Cerrada que fue la noche con gran oscuridad, los victoriosos Christianos, cansados de pelear y de buscar sus provechos, recogidos en sus quarteles, no curaron de más, aguardando el siguiente día para enterrar los muertos y quemar el lugar; mas no les avino assí como pensavan, porque aquella misma noche nevó y llovió mucho, lo que no avía hecho el cielo en todo el tiempo del assedio de Galera; de suerte que por esto y porque ya los nuestros no tenían necesidad de tener guardias ni centinelas, descuydados de que en el lugar pudiera quedar nadie, no cuydaron de otra cosa sino de su reparo y albergue. Los Moros que estavan escondidos, como ya no oyesen rumor de guerra ni trueno de arcabuzazos, uno dellos salió a la boca de la mina y vido que era muy noche, y que llovía, y avía tempestad de agua del cielo, y estava todo lleno de nieve; determinado de saber el fin de lo que avía pasado, subió a lo alto del lugar, espantado de ver tanta mortandad como avía por aquellas calles, y andando mirando encontró con otro Moro que andava haciendo la misma expeculación, y aviéndose conocido, después de aver passado entre ellos algunos temores, preguntándose quién eran, dixo el que a la postre salió cómo en un hueco de una casa tenía escondidas ciertas mugeres y criaturas, y que avía salido a ver en qué estado estavan las cosas y que le parecía, pues la noche era tan cómoda y que el campo estava descuydado, que se podrían salir de aquel sitio muy a su salvo y poner en cobro aquellas mujeres y niños. El Moro que avía salido al mismo efecto a probar su intención, y hallándose los dos de un parecer, acordaron que se saliessen por la mina del agua y no por las baterías; y assí los de la casa se fueron a la mina, y por la boca que salía al río començaron a salir al punto de la media noche, y el agua abaxo se fueron hasta salir buen rato de allí sin ser sentidos de nadie. Parece que fué milagro de Dios que aquellos niños chiquitos no llorassen en aquella sazón ni bullessen, yendo como envelessados con el estruendo de la artillería passada. Desta manera se escaparon éstos y otros por otras partes, ayuda-

dos de la fosca de la noche, y los unos y los otros se fueron a juntar al amanecer junto de la venta del Peral, desse cabo de Ullar, y por una traviessa que se hace por un pinarejo que va a dar al río Amançora, por allí se metieron llorando su desventura, aunque contentos, por otra parte, por se aver escapado de tan grande peligro. Llegaron a un lugar que se llama Urraca ya bien noche, porque las mugeres no pudieron andar más; allí se hallaron puestos en salvo y dieron noticia a los del lugar de lo que avía passado, y luego la supo todo el río de Almançora, y de ay fué avisado a Abenabó, el qual sintió gran pessar, que ya estava alistado con quinze mil hombres para yr de socorro sobre Galera. En Purchena supo luego el Capitán Maleh lo que passava, y lo sintió muchíssimo por la razón especial de tener a su hermana en Galera, y assí, triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente y averiguara si se hallava su hermana entre las demás mugeres muertas o si estava cautiva.

Por fortuna, un mancebo Moro, que la amava mucho y la avía servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dixo que él iría a Galera y traería noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa Mora estuviese cautiva, ir a echarse a los pies del Señor Don Juan, ofreciéndose a ser su esclavo, y rescatando a su señora se casar con ella y quedarse en Huéscar o passarse a vivir a Murcia. Determinado al viage, el enamorado Moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso cavallo tomó el camino de Galera; luego que llegó a Orce, que estava despoblado, entró en una casa que él conocía y dexó allí encerrado su cavallo con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego, a media noche, estando el tiempo lluvioso entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que yva encontrando y con que tropezava a cada paso; pero viendo que todo estaba tan embarazado, no sólo por la destrucción del lugar, sino también por los traveses de las calles que le hazían perder el tino, aunque sabía muy bien la casa donde estuvo alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusión de aquellas entradas y salidas hasta que viniera el día y con la claridad pudiera acertar el camino por donde avía de ir. Se arrimó a una trinchea, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginación y atemorizado de los ahullidos dolorosos de los perros y otros animales que parecía se lastimavan de su desventura con la pérdida de sus dueños. Al romper del alva, el animoso Moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del

Señor Don Juan y quedó admirado de su grande potencia; en seguida buscó la casa donde su señora avía de estar, y entrando en un patio della encontró a un lado muchos muertos y más adelante muchas Moras muertas, entre las quales reconoció muy bien a su querida Maleha, como quien la tenía tan impressa en el alma. Aunque la Mora estava muerta de tres días, se conservava tan bella como si estuviera viva, fuera de la estrema palidez que ocasionó la falta de la sangre que avía vertido de las heridas. Estava en camisa la hermosa Maleha, en la qual manifestó el Christiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la avían quitado la ropa, la dejaron la camisa, que era rica y labrada, de seda verde, a su usança. Al parecer, los Christianos acabaron de saquear el lugar y de matar a todos los Moros, siendo ya muy de noche, el día que entraron en Galera, y aunque el Señor Don Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se avía podido hacer por estar lloviendo y nevando de contino; ésta es la causa porque los Christianos aun no avían buelto al lugar y la Mora se mantenía entre las demás muertas cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenía dos solas heridas y ambas en el pecho, dando mucha compassión ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Assí que el Moro vio y reconoció a su señora, oprimido de gran dolor su corazón, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besava mil veces en la fría boca y la dezía: «Bien mío, esperança de mi consuelo, no pensé yo, al cabo de siete años que te he servido, alcançar la gloria de juntar mis labios con los tuyos, aunque fríos, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. Christiano cruel, ¿cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿Quisiste bien algún día, fuiste algún tiempo enamorado, supiste lo que es una muger hermosa? Di sí ó no. Si no lo sabías, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabías, ¿por qué no te acordabas de que fuiste amante y que esta dama muy hermosa que tenías delante de los tus ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te huviera enojado o ofendido algún Moro, en hora buena que en él vengaras tu saña; pero ¿cómo podía merecer esta pena un angel criado para ser objeto de adoración? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general quando triunfa del enemigo estava en matar una beldad que no se avía conocido mayor en el Reyno de Granada? Mal pensaste y peor hiziste, que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas; con los varones esforzados debías hacer alarde de tu valor y no contra quien ningún daño te podía hazer. Cruel mataste a quien dava vida y

muerte con sus ojos, a aquella que tras de su mirar se llevava mil almas colgadas. Di, villano, si no la mataras ¿dexaras de alcançar mayor gloria y provecho teniendo presa a quien a tanto sabía prender? Yo fuera a buscarla donde la tuvieras y en lugar de un esclavo hallarías dos. Mal lo miraste, Christiano, y yo te juro, por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar por darte el galardón que merece tu villana mano.» Y assí lo hizo este Moro, como se dirá más adelante, pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan. Volviendo aora al caso digo que el Moro, después de aver desahogado su passión y cansado de abraçar y besar con mil amores a su señora difunta, estava determinado a aguardar la noche para, al abrigo de su sombra, poderla sacar de allí y llevarla consigo al río de Almançora; pero viendo luego que era caso dificultuoso, mudó de intento y resolvió darle allí sepultura, dissimulando cuanto pudo el lugar donde la dexava depositada. Tomó luego un carbón, y en la pared, que era blanca, encima la sepultura escribió, en lengua arábiga, este mote:

A LA SEPULTURA DE LA BELLA MALEHA.

EPITAFIO

Aquí la bella Maleha
yaze, hermana del Maleh;
yo el Tuçani la enterré
por ser mi señora ydea.
Matóla un perro Christiano,
mas él me vendrá a la mano
donde perderá la vida,
pues de mi bien fue omicida
como pérfido villano.

Acabado el Tuçani (que assí se llamava el Moro) de escrevir con el carbón lo que avéys oydo, no quiso estar más en la arruynada Galera; antes por la mina del agua, que ya tenía della noticia, se salió el río abaxo, y como ya la cavallería se avía apartado de allí, mejorando de lugar, el Moro tuvo lugar de ser poder yr y salir del río y meterse por un ramblizo oculto, como aquel que sabía la tierra, y como estava lloviendo y nevando nadie pudo echar de ver en él, y en llegando a Orze tomó su cavallo de a donde lo avía dexado, y no parando hasta Purchena contó al Maleh todo lo que avía visto y la grande mortandad que avía de los Moros y de muchas Moras y niños, y con ellos vido a su hermana muerta, y de cómo la avía enterrado; todo lo

qual el Maleh sintió mucho y lloró amargamente la muerte de su querida hermana, y por esto se hizo el romance que se sigue:

ROMANCE QUE TRATA CÓMO EL MALEH EMBIÓ UN MORO Á SABER NUEVAS DE GALERA.

En Purchena está el Maleh,
que no osava salir della,
con desseo de saber
lo que passava en Galera.
Y estando un dia en consejo
con muchos Moros de guerra,
buelto a ellos suspirando
de esta manera dixera:
«Desseo tengo saber
de Galera y de su tierra
y del assedio que tiene
y cerco que está sobre ella.
Y yo diera por muger
a mi hermana la pequeña
a quien me dixera aora
lo de Galera y de Huéscar.
Si es ganada o no es ganada,
si está libre o está presa,
porque tengo allí a mi hermana,
la que le llaman Maleha.
Que fué a ver mis parientes
¡ojalá que hallá no fuera!
y si Mahoma quisiesse
dezir lo que passó en ella,
Yo hiziera sacrificio
de una Christiana donzella.»
Allí habló un Moro moço,
desta manera dixera:
«Yo me ofrezco esse viaje
por ganar tan alta empresa;
siete años serví a tu hermana
sin alcançar cosa della;
porque veas si es assi
he aquí un retrato della.»
Allí sacara el retrato
en una hoja pequeña
de un blanco y liso papel
que qualquier lo conociera,
pareciendo tan al vivo
que dixeran que era ella.

Otro día de mañana
se saliera de Purchena
en un ligero cavallo
que rucio rodado era.
Borceguí lleva calzado
y un alpargate de seda;
lança y adarga llevava
y un alfange en la correa,
Y en el arçon de la silla
una escopeta de piedra
que el Moro la entiende bien,
que en Valencia lo aprendiera.
Toda una noche camina
por un áspera tierra
sin temer fuerça Christiana
porque amor va en su defensa,
y al tiempo que el sol salía
descubre el campo de Huéscar.
En Orze aguardó la noche,
que entrar oculto quisiera,
y allí dexó su cavallo,
con recado que le diera,
en una casa escondido,
y él parte por una senda.
En Galera entrava el Moro
por sitio que conociera,
sin ser de nadie sentido
porque el cielo llueve y nieva.
El Moro se espanta al ver
tan destruyda la tierra
y de encontrar tantos muertos
de la batalla sangrienta,
Y como era ya de noche
no puede atinar la puerta
do entiende que está su dama
o la piensa hallar muerta,
y si muerta no la halla,
que es cautiva es cosa cierta.
Aguarda que venga el día
para poder dar la buelta;
el día siendo venido
la casa bien conociera;
Sin temor se mete el Moro
hasta el patio, donde viera
estar muchos Moros muertos
de cuchilladas muy fieras.
Mas adentro, en una sala,
vido muchas Moras muertas.

donde muerta también halla
a la hermosa Maleha.
Con lágrimas en sus ojos
la abraza y mil veces besa,
con palabras muy sentidas
solemniza su tristeca.
«El Christiano huviese mal
que mató tanta belleza;
mas yo juro por Mahoma
de tomar dello la enmienda.»
Con esto el Moro buscava
por la casa una herramienta
para poder sepultar
a su infeliz dama muerta.
Un azadón ha hallado
y con él hizo una huesa;
llorando entierra a su dama,
cubriéndola bien de tierra,
hacia una parte del patio
que no fuera descubierta,
Y en la pared, con carbón,
un epitafio escriviera
que el nombre suyo declara
y el de la bella Maleha.
Aviendo hecho esto el Moro
de Galera se saliera
por la mina que va al río
muy secreta y de manera
que de ninguno fue visto
por la lluvia que cayera.
A Orze se vuelve el Moro,
do su cavallo le espera;
en él huye muy lloroso
y buelve para Purchena,
Donde le contó al Maleh
la ruina de Galera
y cómo a su buena hermana
entre otras halló muerta.

Fin.

Esto le sucedió a este Moro animoso, el qual dizen que era de Cantoria o de los Vélez, llamado el Tuçani. Era valiente y muy ladino, y aljamiado de tal manera que nadie le pudiera juzgar por morisco, por averse criado de niño entre Christianos viejos. Pues éste, assí como llegó a Purchena y dio la nueva de lo que passava en Galera y del gran campo de los Christianos, determinado de vengar la muerte de

su señora, se salió del río de Almançora en hábito de soldado Christiano muy bien puesto, de tal forma que qualquiera que lo viera no le juzgara por morisco. Una buena espada en un buen tahalí y su escopeta de rastillo muy buena, la qual él entendía muy bien, porque avía estado muchas vezes en Valencia y en Xátiva y en otros lugares donde semejantes armas se usavan y se usan, de a donde llevó aquella llave de su escopeta. Pues saliendo de Purchena no paró hasta Baça, llevando recado del Maleh para que los Moros de aquel río no le impidieran su camino, y llegado a Baça, de allí se fue al campo del Señor Don Juan y allí se llegó a las vanderas del tercio de Nápoles. Después diremos deste Moro lo que hizo, que es digno de memoria, y aora diremos otro romance sobre el levantamiento de Galera, porque es de un amigo que lo hizo al propósito de su levantamiento.

ROMANCE.

Mas tredages marineros
de Huéscar y otro lugar
han armado una Galera
que no le ay tal en la mar.
No tiene velas ni remos
y navega y hace mal;
el castillo de la popa
tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
muy fuerte para espantar;
quien pudo galafatarla,
bien sabe galafatar.
No lleva estopa ni brea
y el agua no puede entrar,
sino por escutillón
hecho aposta principal.
Marinero que la rige
Sarracino es natural,
criado acá en nuestra España
por su mal y nuestro mal.
Abenhozmin a por nombre
y es hombre de gran caudal;
confiado en su Galera,
va diziendo este cantar:
«Galera, la mi Galera
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
y del Príncipe Don Juan,

Y de su gente española
que te viene a conquistar:
si deste golfo me sacas
delante pienso passar.
A la buelta de Toledo,
Madrid y el Escurial,
el Pardo y Aranjuez
yo lo entiendo visitar
y llegar a las Asturias,
do otra vez pudo llegar
Abenhozmin, mi passado,
que vino de aliende el mar
y posseyó las Españas
casi mil años ó mas.»
Estas palabras diziendo,
la Galera fue a encallar;
no puede yr adelante
ni puede bolver a trás.
Christianos la rodearon
para averla de tomar;
toda es gente velicosa,
con ellos el gran Don Juan.
Comiençan de combatirla
y ella quiere pelear
sin darse a ningún partido,
antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
el de Austria; sin la dexar
con cañones reforzados
comiença a cañonear.
Poco vale combatirla,
que es fuerte para espantar,
hasta que le arrojan dentro
polvora, fuego, alquitrán,
Con que le dan cruda guerra,
y al fin la hazen volar;
y assí acabó esta Galera
sin poder más navegar.

Fin.

Conviene, pues, aora dezir el fin y remate del assedio de Galera, y para ello será justo dezir de los cavalleros y Capitanes y Alférezes que murieron y fueron heridos sobre el cerco de Galera en los asaltos y peleas, porque se entienda la gravedad del caso.

MEMORIA Y CIERTA RELACIÓN DE LOS HERIDOS CAPITANES.

El Marqués de la Favara.
Don Pedro de Padilla, Maesse de Campo.
El Capitán Ruy Francos de Buytrón.
El Capitán Vilches.
El Capitán Valençuela.
El Capitán Gómez García de Guevara, de Lorca.
El Capitán Don Pedro Zapata.
El Capitán Don Pedro de Sotomayor.
El Capitán Don Alonso de Luzón.
El Capitán Pedro Ramírez de Arellano.
El Capitán Juárez.
El Capitán Don Felipe de Samano.
El Capitán Don Pedro de Zambrana.
El Capitán y Sargento mayor Salante.
El Capitán Lázaro de Heredia.
El Capitán Don Sancho de Leyra.
El Capitán Don Luys Carrillo.
El Capitán Don Diego de Mendoça.
El Capitán Francisco de Molina.
El Capitán Torrellas, pasado de un arcabuzazo.
El Capitán Salinas.
El Capitán Don Rodrigo de Mendoza.
Juan de Tordesillas.
El Capitán Salvador Navarro.
El Capitán Francisco Galtero.
El Capitán Don Fernando de Silva.
El Capitán Don Juan de Venavides.
El Capitán Don Juan de Perea, del hábito de San Juan.
El Capitán Juan de Velasco.
Pagán de Oria, hermano del Príncipe Juan Andrea.
El Capitán Diego Vázquez de Acuña.

ALFÉREZES HERIDOS EN LOS ASALTOS DE GALERA.

El Alférez de Diego Vázquez de Acuña.
El Alférez Tomás Pérez de Avia, entretenido.

El Alférez Camarga.
El Alférez Barrios.
El Sargento Bustillos.
El Alférez Tapia.
El Alférez Baltasar de Aranda.
El Alférez Juan Ponze.
El Alférez Barahona.
El Alférez Francisco Riquelme.
El Alférez Bocanegra.
El Alférez del Capitán Valençuela.
El Alférez del Capitán Peralta.
El Sargento del Capitán Peralta.

CAPITANES MUERTOS EN LOS ASALTOS DE GALERA.

Don Juan de Castilla.
El Capitán Beltrán de la Peña.
El Capitán Martín de Lorita, de Lorca, Alférez mayor della.
El Capitán Adrián Leonés, de Lorca.
El Capitán Carlos de Antillán.
El Capitán Don Antonio de Peralta.
El Capitán Pedro Méndez de Sotomayor.
El Capitán Maqueda.
El Capitán Pedro de Luján, entretenido.
El Capitán Mendoça, contino del Rey.
El Capitán de Campaña del tercio de Nápoles.
El Capitán Baltasar de Aranda.
Don Juan Pacheco, del hábito de Santiago.
El Capitán Zurita.
Don Juan de Castañeda.

ALFÉREZES MUERTOS EN LOS ASALTOS DE GALERA.

El Alférez Zorita.
El Alférez Don Juan de Venavides.

Todos estos Capitanes y Alférezes y Sargentos murieron sobre el cerco de Galera, sin otros muchíssimos soldados y gente de guerra que por no saber sus nombres no se ponen en esta relación que se ha dicho.

CAPÍTULO VEYNTE Y TRES, EN QUE SE PONE CÓMO el Señor Don Juan llegó a reconocer a Serón, castillo fuerte, y cómo allí le mataron los Moros quatrocientos soldados, y entre ellos a Don Luys Quisada, su ayo.

Pues dezimos aora que acabada de ganar la fuerça inexpugnable de Galera con muerte de tantos y tan valerosos Capitanes, Alférezes y soldados, luego otro día llovió y nevó, que parece que fue cosa de misterio, porque en todo el assedio no avía llovido gota con ser la fuerça del invierno; lo qual fue causa que el Señor Don Juan y su campo se detuvo otros siete días después de la presa de Galera. Los quales passados, el cielo bolvió claro y sereno, y luego el Señor Don Juan mandó que se retirasse la artillería y se llevase a Baça luego, y puesto esto por obra, Su Alteza mandó que el campo se moviesse y marchasse la buelta de Baça; y assí fue Galera desmantelada, y los Capitanes que estavan heridos se quedaron a curar en Huéscar, salvo los quatro Capitanes de Murcia, Don Pedro Zambrana, y Francisco Galtero, y Salvador Navarro, y D. Luys Carrillo, y el Alférez Don Francisco Riquelme, que, aunque estavan mal heridos, no quisieron dexar el campo, sino seguir las vanderas del Señor Don Juan. Y del exemplo déstos salieron otros muchos Capitanes. De los de Murcia el que más mal herido estava y más peligroso era Francisco Galtero, porque la herida era bajo de la barba, no muy lexos de la vena orgánica. Este Francisco Galtero era hermano de Alfonso Martínez Galtero, el que en la batalla de Verja avía hecho tan valerosamente que salió bañado de sangre de arriba abaxo de los enemigos que avía muerto por sus manos, de cuyo consejo aquel día la guerra del Reyno de Granada se acabara si el Marqués lo quisiera tomar; mas el Marqués, entendiendo otra cosa de aquéllo, jugando a lo seguro, passó por ello fácilmente sin pensar bien el caso. Pues bolviendo al Señor Don Juan, llegó a Baza con su campo y artillería, donde supo cómo el hermano de Don Enrique con mucha gente salió desvaratado de la boca de el río de Almançora, con mucha pérdida de los suyos, de lo qual le pesó al Señor Don Juan, y luego determinó de entrar con su campo por el río de Almançora, y dando fin a la guerra de aquellos lugares, passar a las Alpujarras y juntarse con el Duque de Sesa

por acabar con todo, poniendo presidios en todos los lugares para que los Moros jamás los pudiesen poblar; y estando Su Alteza determinado a lo que avemos dicho, le llegaron cartas del Duque de Sesa, las quales el Señor Don Juan leyó, y assí dezían:

CARTAS DEL DUQUE DE SESA AL SEÑOR DON JUAN.

Esclarecido Príncipe: He hecho todo lo posible por llegar a las manos con Abenabó, mas el Moro lo escusa y cifra todo su negocio en darme alarmas falsas y andar siempre tras de mis esquadrones por causar a los soldados, saliendo a las escoltas para desvaratarlas y robarlas. Si por caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela a su salvo, junto a la sierra mas fragosa que se halla al paso, porque ésta es su amparo; de forma que, andando desta suerte, jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que Su Alteza ande por una parte con un exército y yo con otro por estas Alpujarras. Si desta suerte no se hace, hay guerra para siempre; venga Su Alteza por acá lo más pronto que pueda. Está por los míos Castil de Ferro, a donde se tiene entendido que ha de venir a los moriscos el socorro de África. Guarde Dios nuestro Señor la real persona de Su Alteza muchos años. De Órgiva.

Esta carta apresuró la marcha del Príncipe hazia el río de Almançora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas, donde se alojó. Allí se dispuso que el Señor Don Juan saliese con tres mil hombres de a pie y de a cavallo para reconocer a Serón, y que el resto del exército permaneciera en Caniles, donde le dexaremos para dezir alguna cosa del Duque, pues haze ya mucho tiempo que no hablamos de sus cosas.

Dize aora la historia que Abenabó, como tan interessado, fue uno de los que primero tuvieron noticia de la rendición de Galera; y considerando que ninguno de todos los demás lugares tenía tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevava adelante el hermano del Rey Don Felipe no podía menos de dar en daño suyo, lleno de temor jamás osava entrar en batalla con el Duque de Sesa; divertíale dissimulando su cobardía y sólo se ocupava en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dio gran cantidad de soldados Moros al Dalí y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna a la qual dexara de quitar los bastimentos que llevase. Por su parte procurava andar

cerca de las vanderas Christianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir a favorecer las escoltas y procurar deste modo que el Dalí pudiera siempre salir victorioso contra ellas; porque savía muy bien que aunque el Duque no tenía tanta gente, llevava artillería y gran cantidad de cavallos, en lo qual le aventajava mucho. Assí no le osava esperar ni dar batalla, sino entretenerle y fatigarle para que sus soldados, hartos de los trabajos que passavan inútilmente por las sierras, desertasen y fuera sucessivamente deshaziéndose el exército enemigo, hasta el punto que viéndose el Duque sin gente se saliera de las Alpujarras y los dexase libres. Pero Su Excelencia no tenía tal desinio y sólo pensava en acabar la guerra ayudado del Príncipe, como ya se ha dicho.

Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispuestos, y el Dalí en seguida se puso en el camino tomando la parte más secreta para dar sobre ellos de improviso. Abenabó, teniendo aviso desto, salió también por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que, si el Duque venía a proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorvara, mientras dava en ella el Dalí con los suyos. Con efecto, assí que el Duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traería bastimentos para su Real, salió a la parte de Acequias por librarla de qualquier peligro: luego se encontró allí con Abenabó, por lo cual se travó a deshora una escaramuça cruel entre los dos exércitos; pero el Duque mandó jugar ciertas pieças de campaña que llevava en el suyo, y por su efecto se retiró Abenabó muy poco a poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el Duque se entretuviera en perseguirle y entretanto el Dalí tuviese tiempo de avérselas con la escolta y desvaratarla. El valeroso Duque, viendo que Abenabó se retiraba, resolvió marchar a un lugar cercano llamado Poqueira, rodear por allí el monte, que era muy alto, y dar en Abenabó por la retaguardia; más éste, no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco más adentro. En este tiempo el Dalí cayó sobre la escolta de los Christianos cerca de Lanjarón, con tanto poder que si no fuera por el esfuerço del buen Capitán que traya, llamado Andrés de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de Don Pedro de Velasco, pariente muy cercano del Condestable, a quien por ser buen militar enviava Su Magestad para que reconociesse el estado de la guerra de las Alpujarras, y poniéndose de acuerdo con el Duque se adoptaron por vía de negociación los medios convenientes de terminar las disensiones con los Moriscos; digo que al verse estos dos Capitanes tan audazmente acometi-

dos por los Moros, animando mucho a los suyos dieron en ellos con tanto ímpetu que se vieron por ultimo los Moros obligados a retirarse. Viéndolo el Dalí, escitava a los suyos diziendo a grandes vozes que se mantuvieran firmes y que no temiesen a los Christianos, que eran pocos; que considerasen cuánto les yva en quitarles los bastimentos que llevavan al Duque para su exército. Con esto cobraron aliento los Moros y volvieron a la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recebidos de los Christianos y de ambas partes se travó una pelea tan reñida que a Don Pedro de Velasco llegaron a tomarle el cavallo y él quedó a pie con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso. Poco, sin embargo, les valiera su denuedo a los Christianos si la discreción del Duque no les proporcionara socorro en tal apuro; porque como vio Su Excelencia que Abenabó, después de averle presentado la batalla, se avía retirado poco a poco, pensó desde luego que su ánimo no avía sido otro que entretenerle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venía de Granada. En fuerza desta presunción mandó que al punto saliesen quatrocientos cavallos de los mejores del exército, y con ellos otros tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada hasta encontrar la escolta que venía y que deberían convoyar. Salieron al instante dichos cavallos llevando cada uno a las ancas un peón, y a toda priesa tomaron la buelta de Granada; mas aun no avían andado una legua quando oyeron la arcabuzería que andava entre los Christianos y los Moros del Dalí. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso y llegaron a tan buen tiempo que los Christianos llevavan ya lo peor por ser muchos los Moros que avían caído sobre ellos; pero assí como vieron éstos encima aquel tropel de cavallos, hizieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al principio creyeron que la cavallería llegava sola, pero quando vieron saltar un peón de cada cavallo, y que juntos todos acometían gritando: «Santiago, Santiago», no quisieron los Moros aguardar más, y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra desaparecieron repentinamente y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos: assi llegó la escolta al campo del Duque, que no fue mal recebida. El Dalí fue a juntarse con Abenabó, dando cuenta de lo mal que le avía salido su intento, y de allí se retiraron todos a Andárax. El Duque se fué con su exército a donde llaman los Algines, con ánimo de hazer allí alto; y llegando entre Fereira y Cadiar, junto al río de Jubiles, al ponerse el sol, se alojó el

exército cansado en el sitio más fuerte que para su seguridad se pudo hallar y permaneció allí algunos días, durante los quales un valeroso Capitán moro llamado Noabe, con quinientos arcabuzeros, se atrevió a alarmar el campo del Duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron una tan terrible descarga que malamente roto pudo escapar de sus manos. Aora conviene dexar al Duque alojado en Jubiles para hablar del Señor Don Juan, que estava en Caniles, aviendo mandado ir a reconocer la villa de Serón, como queda dicho.

Su Alteza llegó con su campo a un lugar llamado Caniles y allí dio orden de seguir por el río de Almançora, dando sobre Serón, Purchena y los demás lugares de aquel río, hasta que se diera fin a la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de a pie y de a cavallo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dio noticia al Señor Don Juan de que no podía llegarse a aquel punto siguiendo el río abaxo sin tocar primero por las faldas de Seron, donde avía gran copia de Moros que con buen campo aguardavan que llegasse allí su Alteza. De acuerdo con los otros Capitanes y con su ayo Quixada, determinó que diessen desde luego sobre Serón, al qual punto llegaron el dia siguiente al romper el alva. Maravillóse de ver tan alto y inexpugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponía en defensa avía de ser aún más dificultuoso de ganar y con mayor coste de sangre que la villa de Galera. Los Moros, noticiosos de antemano de la venida del exército contrario, se valieron de un ardid para perderle más pronto; y con este intento mandaron que las mugeres y las criaturas salieran del lugar tomando la buelta de la sierra, y que delante dellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenían, quedando la otra mitad escondidos en el castillo. Assí, pues, las Moras y los muchachos principiaron a salir del lugar, llevando delante y detrás dellos una buena tropa de Moros bien prevenidos de arcabuzes. Los Christianos, que los vieron salir de aquella manera, començaron a gritar: «A ellos, que huyen, no se nos vayan a la sierra, porque si se van no tendremos derecho dellos.» Diziendo esto, y considerando que el engaño de los Moros pudiera salir favorable a su intento, los Christianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y quando llegaron a lo alto, más codiciosos de robar que de batallar, se hizieron dos mangas, de las quales la una siguió a los Moros y Moras, que a su parecer huyan, y la otra se metió en el pueblo y principió a saquear las casas con mucha diligencia. Las Moras que avían salido de allí se pararon todas y se sentaran en tierra; llegaron los Christianos y las prendieron y algunos soldados fueron tras de los Moros que las lleva-

ron para pelear con ellos. A este tiempo pareció en lo alto de la sierra una humadera no muy grande, que era señal cierta que tenían los Moros adoptada para socorrerse, y apenas se divisó quando por la parte de Tíjola vieron asomar unas vanderas con más de diez mil soldados Moros, todos tiradores. Los que avían salido del lugar con las Moras se bolvieron luego sobre los Christianos que los seguían, con un ímpetu terrible, y les dieron una brava descarga de arcabuzería, de tal manera que convino a los Christianos retirarse hasta el punto en que sus compañeros avían alcançado a los Moros, a fin de hazer desde allí rostro a los Moros hallando todos juntos. De poco les sirvió este acuerdo, porque venían contra ellos los Moros con gran pujança y yva se acercando el poderoso socorro que aguardavan, por lo qual principiaron a escopetear a los Christianos, travando entre unos y otros una brava escaramuça. Pero en ella llevavan los nuestros lo peor, de suerte que se vieron forçados a desamparar las Moras y bolver las espaldas a sus contrarios, que los fueron persiguiendo, matando, hiriendo y cautivando a muchos dellos. En este momento, los Moros, que veyan lo que pasava desde el castillo en que estavan escondidos, entendiendo que los Christianos que entraron en el lugar estarían ocupados en el saqueo, salieron de donde estavan ocultos, y lo primero que hizieron fue tomarles todas las salidas para que ninguno se escapase; los demás, que eran más de mil, dieron luego sobre los que estavan robando muy descuydados deste peligro y mataron a muchos dellos, yéndolos buscando por las casas, de suerte que no se escapava ninguna. El Señor Don Juan, que estaba con la cavallería a la orilla del río, viendo por la altura venir aquel socorro y otro además por el mismo río que traya el Maleh con más de seys mil Moros, mandó a toda priesa que se tocase a recoger, reçelando el peligro de la gente que andava por la altura y dentro del lugar. Tocaron luego las trompetas y las caxas; pero los soldados, que estavan embebidos en el saqueo, pensando que aquella señal se hazía para que cesaran, se estuvieron quietos llevados de su desenfrenado codicia y sin atender a lo que les obligava el arte militar. Mas quando vieron luego sobre sí tanta multitud de Moros, entendieron que el aviso de recoger era bueno y oportuno, y queriendo hazer no pudieron, porque, como es dicho, les tenían tomadas todas las salidas, y si alguno escapava era por gran ventura y especial favor del cielo. Tanto los miserables Christianos que avían ydo tras de las Moras, como los que se avían quedado en el lugar engolosinados con el robo, viéndose todos tan escasos y oprimidos que no podían escapar por ninguna parte sin notable daño, unos resolvieron

meterse dentro de la Iglesia se haziendo allí fuertes y otros romper por los pasos defendidos y baxar a donde estava la cavallería. De aquellos que tomaron esta última resolución escaparon muchos y los otros quedaron allí muertos, porque la salida era por unas calles muy estrechas que estavan tomadas por los arcabuzeros Moros. Muchos Christianos murieron de la primera rociada de arcabuzería, pero luego que con la espada en la mano vinieron a se embestir unos y otros se travó una escaramuça cruel y sangrienta en la qual murieron no pocos Moros. La cavallería no podía socorrer á los nuestros, porque los cavallos no podían andar por aquellas estrechuras. Puestos en defensa, los Christianos que se refugiaron en la Iglesia ofendían a los Moros con tesón, esperando que el Señor Don Juan les socorriese; mas era vana su esperanza, porque el Maleh, en compañía del Alcalde de Tíjola y más de seys mil Moros, embistieron a la cavallería Christiana de suerte que impidió que pudieran ser socorridos los del lugar. El Maleh llevava consigo unos cinquenta hombres de a cavallo, armados de muy buenas escopetas, a modo de herreruelos de Flandes, los quales acometieron con furia y dieron una buena descarga de arcabuzería; retirados éstos, entraron los Moros de infantería y dieron otra carga muy cruel que hizo grande estrago en los nuestros. Viéndose apretado el Señor Don Juan y que su gente de infantería andava desconcertada, principió a animar a sus soldados, y a fuerza de bozes reunió bastante número dellos, con los quales y la cavallería hizo frente al enemigo; pero reconociendo su Alteza la ventaja que le llevava, mandó luego que sus banderas fueran retirándose con buen orden y de modo que los suyos no fuessen desvaratados. En aquel momento andava grande vocería y confusión por todas partes, porque dentro del lugar se oyan los tiros de arcabuzería que andava entre los Christianos y los Moros, y a la margen del río no avía menos estrépito. El Señor Don Juan, lleno de valor, andava por todas partes animando a su exército y ordenando la retirada para que se hiziese con buen concierto y sin dexar de pelear. Los Moros no los dexavan un punto y les dezían palabras injuriosas, como «aora pagaréis lo que hizisteis en Galera». Andando la acción tan rebuelta le dio a su Alteza una bala en la celada, de suerte que se le abolló. Esto dize Rufo, pero otros afirman que no le pegó sino en el azercado arcon trasero de la silla y que de allí botó y mató a un soldado natural de Baza. En seguida vino otra bala diabólica de los enemigos y alcançó al buen Don Luis Quixada, ayo de su Alteza, dándole un golpe tan malo que le passó el muslo y le rompió la canilla. Luego que el príncipe supo la desgracia de su ayo, sintió gravíssi-

mo pesar y mandó que con toda diligencia se le llevase a Caniles. Los Moros vinieron siguiendo a los nuestros más de una legua; pero recelosos luego de alguna grande emboscada, no passaron adelante y se bolvieron a Serón, donde hallaron travada grande batalla entre los Moros y los Christianos que estavan dentro de la Iglesia. Estos se defendieron valerosamente todo aquel día y parte del otro; pero, aviéndoseles acabado las municiones y viendo que no eran socorridos, tuvieron que rendirse a discreción: unos fueron muertos, otros declarados cautivos, recibiendo todos el justo pago de no aver atendido al cumplimiento de su obligación por cebarse en el robo. Pesóle mucho de su desgracia el Señor Don Juan, que no pudo le remediar y passó a Baza, donde se hizieron todas las diligencias posibles por la curación de Don Luys Quixada, sin obtenerse buen resultado, de manera que murió pocos días después, causando a su Alteza gran dolor, como si hubiera perdido a su propio padre. El único consuelo que quedava en aquella desgracia era hazer al difunto solemníssimas obsequias y un enterramiento digno de un buen general y militar esclarecido, para lo qual el Señor Don Juan mandó que todos los Capitanes, mostrando grande tristeza, salieran con sus Compañías y llevaran los atambores destemplados y los pífanos tocando dolorosamente; que los Alférezes llevasen las banderas tendidas y arrastrando por el suelo, y los soldados con los alcabuzes al revés de como se suelen llevar. Desta suerte fueron passando por su orden los tres tercios del exército; el de Nápoles, que era de Don Pedro de Padilla, el de Antonio Moreno y el de Don Lope de Figueroa. Yva de tras de toda la infantería Don García Manrique con la cavallería, los estandartes arrastrando y tocando las trompetas sonatas lúgubres de tal modo que quantos oyan aquella música sentían en su alma profunda tristeza y prorrumpían en llanto, aunque fueran de duro y empedernido corazón. En la retaguardia de la cavallería llevavan el ilustre cuerpo de Don Luys Quixada dentro de un ataúd cubierto de paños negros, y le acompañava inmediatamente el Señor Don Juan con muchos cavalleros principales, Duques, Condes, Marqueses y Señores de Estado, todos vestidos de luto. Con esta ceremonia llegaron a San Gerónimo y allí fue sepultado el noble cavallero con tanta honra y grandeza como si fuera un Rey; y assí con glorioso aplauso, sobre las haras de los altares de San Gerónimo, subía el oloroso incienso al cielo, cuya alma se da a entender del valeroso cavallero estar allá colocada por aver siempre empleado su bida en pelear contra enemigos de nuestra Santa Fe y al fin morir peleando contra ellos como valeroso soldado; hechas las solemnes y funerales obsequias,

sobre su sepulcro fue puesto por mandato del Señor Don Juan, en un mármol blanco y liso, este epitafio:

AL SEPULCRO DE DON LUYS QUIXADA

EPITAFIO

Cortó la dura Parca
el hilo de la vida
aquel que en vida y muerte siguió a Marte.
y al hijo del Monarca
de fama más crecida
le fue adobtivo padre en toda parte.
Sintió el segundo Marte,
hijo del famoso
Carlos, dolor fuerte
En ver la dura muerte
de su querido ayo, piadoso
Quixada, que ya el suelo
el cuerpo cubre y el alma goza el cielo.

Acabadas, pues, las honrosas y dolorosas obsequias del famoso Don Luys Quixada, luego mandó que sus armas fuessen dado color negro en señal de lo mucho que sentía la muerte de su ayo. La muger del buen Quixada, del linage de los Ulloas, se halló en este doloroso tránsito, la qual, haziendo grande llanto, fue del Señor Don Juan muy conortada, ofreciéndosele que la tendría como su misma madre respetada.

Luego Su Alteza mandó que el campo marchase la buelta de Serón, con determinación de asolallo y vengar en los Moros muy bien la muerte de su ayo; y assí el campo començo luego a marchar la buelta del río de Almançora por dar en Serón, donde lo dexaremos marchando hasta su tiempo y diremos algo del Duque y de Abenabó, que estavan en la sierra, a donde jamás el Duque le pudo persuadir a batalla, porque el Moro se la dilatava con intento que al Duque le acorriese necesidad de bastimentos y por ello se le deshiziese el campo, y en esto no andava el Moro engañado, porque el Duque tenía gran campo y padecía necesidad, y assí buscando a Abenabó para dar fin a la guerra llegó a Pitos de Ferreyra y passó a Ogíjar y de allí se fue a Válor, pensando de hallar a Abenabó para dalle la batalla; mas era su trabaxo en vano, porque el perro Abenabó le huya la parada por no llegar a las manos y huyendo vencerle, porque él muy bien sabía la falta que el campo del Duque tenía de bastimentos y a él no le faltava,

y assí un día, estando en Andarax, les dixo a sus Capitanes la razón siguiente:

RAZONAMIENTO DE ABENABÓ A LOS SUYOS.

«Aora, valerosos Capitanes y fuertes soldados, pretendo usar con nuestros enemigos lo que el sabio y valeroso Fabio Máximo usó con mañas con los de África en tiempo de aquellas crudas guerras que se tuvieron entre romanos y africanos, que dilatándoles la batalla, sin venir a rompimiento de las armas furiosas, los vino a vencer y atraer a sus manos constreñidos de la necessidad; y no entienda nadie que es cobardía rehusar la batalla al enemigo si se puede vencer sin peligro ni derramamiento de sangre, sino valentía y discreción y ardides de buenos soldados y astutos Capitanes; assí que yo sé que el Duque tiene gran falta de bastimentos y su campo padece y él se ha metido en parte que no le conviene a su honor bolver atrás ni desistir de su propósito por no perder la fama de su nobleza; pues sustento no le tiene si no le viene de Granada por momentos con escoltas; pues éstas quitadas y saqueadas por los nuestros, dad al Duque y a su campo por perdido; y por tanto digo que el valeroso Capitán Partal asista en Órgiva junto al campo del Duque siempre, porque si escolta viene de Granada se la quite, y para esto lleve consigo mil soldados valerosos.»

Con esto acabó Abenabó su razonamiento, el qual a todos estuvo bien, diziendo que assí estava bien acordado, teniendo por muy avisado Abenabó y de buen juyzio y astuto en la guerra, y assí luego todos los Capitanes señalados fueron repartidos, yendo a sus distritos y lugares señalados. En este tiempo el Duque con grande ansia buscava el campo de Abenabó por darle la batalla, mas el perro, como avemos dicho, le andava hurtando y huyendo la ocasión.

Bolvamos aora al Señor Don Juan, que marchava con su campo la buelta de Serón, el qual llegado, con toda diligencia le mandó asaltar de tal suerte que el valeroso Don Lope de Figueroa con su tercio le entró y desvarató con tal poder que el enemigo atemorizado y espantado se retiró huyendo la buelta de Tijola, y Serón fué saqueado y puesto fuego en él. Allí se ganaron tres vanderas moras, la una blanca, teñida en muchas partes de sangre de Christianos.

El Duque de Sesa en este tiempo tenía muy rodeado a Abenabó por todas partes para venir con él a las manos, mas la necesidad le hazía gran daño a su campo, de suerte que sino fuera por ser tan be-

névolo y franco remediando a todos los necesitados, no le quedara hombre en el campo; y visto la necessidad grande fue forçado embiar al Marqués de la Favara con una grande escolta a la Calahorra y a Guadix para que truxeran bastimentos al campo. El buen Marqués se partió luego acompañado de la gente de Sevilla, que era toda muy buena y no mal armada, y con él llevó mucho bagaje y en él muchos soldados malatos para hazerles curar, porque en el campo eran inútiles y sin provecho, y assí caminando el de la Favara, en llegando al puerto de la Ragua, que es passo áspero y angosto de modo que si por él camina mucha gente no pueden yr por el camino sino dos juntos y no más. Pues aquí en este passo estavan dos Moros, valerosos Capitanes, el uno del Cenete, llamado el Marzape, y el otro el Pizini, de Verja, los quales tenían casi mil hombres, todos arcabuzeros, de los Monfis, los quales guardavan aquel passo y camino por ser necessario a las escoltas que avían de salir de Granada al campo del Duque; y como viesen aquella escolta que yva para Granada, se estuvieron emboscados sin salir al Marqués, el qual llevava la vanguardia, y assí como yva largo él y los que con él yvan, los Moros, aviendo dexado pasar más de la mitad de la gente, viendo que el Marqués yva tan alargado, salieron de las espesuras del monte y dieron en los vagajes y retaguardia con tanta braveça y ímpetu que de la primera rociada mataron muchos de los nuestros, los quales, viéndose de tal suerte asaltados y con tanta braveça, turbados y descompuestos no sabían qué hazer, y assí algunos dellos, llenos de temor, hizieron infame fuga, y los Moros, en seguimiento, matando y destrozando no les davan un solo punto de lugar. Los Christianos enfermos passaron la peor parte porque no podían huyr ni pelear y assí morían muchos dellos; otros se dexaban caer por aquellas laderas abaxo con temor de la muerte, y ellos mismos se la tomavan con sus manos rodando por aquellas peñas abaxo. Los Moros, viéndolos desbaratados y huydos, tomaron más brío y ánimo para los ofender y assí siempre les seguían. La gritería se levantó tan grande que llegó á la vanguardia, lo qual entendiendo el buen Marqués con grande ánimo rebolvió con la gente que llevava a toda priesa, y en llegando a los Moros los embistió valerosamente, y en su llegada por su mano mató siete o ocho, dando bozes a los suyos que embistiesen con ellos, que era gente de poco valor y cobarde; los Christianos, cobrando ánimo con las palabras del Marqués, apretaron tan recio con los Moros que les hizieron retirar a la sierra, lo qual visto por muchos Christianos que andavan desmandados, en un punto se recogieron y se juntaron con los suyos, haziendo en los Moros mu-

cho daño, los quales se retiraron, dexando muchos Christianos muertos, pero también dellos quedó mucha parte; mas si no fuera por el valor del buen Marqués, sin duda esta refriega fuera peor que la rota de Alvaro de Flores. El Marqués, como buen soldado, recogió todo el vagaje y los demás soldados que pudo y con buena orden llegó a la Calahorra, a donde de todo se proveyó lo necessario, assí para los heridos como para las cosas del campo del Duque. El Duque luego supo el caso, y muy pesante dello juró de vengar en los Moros semejante daño que aquél, y assí mandó fuesse el campo la buelta de Castil de Ferro, que estava en poder de Moros y por aquella parte se aguardava el socorro de África, y por estorvarles el tomar tierra por allí, el Duque mandó que el campo fuesse sobre él con intento de lo ganar, y passando por el campo de Dalías, a donde los Moros tenían muchos sembrados, ya de sazón para poderse casi segar las çebadas tempranas, mandó el Duque que les pegasen fuego, porque los Moros guardavan con gran cuydado por sus compañías; mas poco les valió su recato y guarda, mas al fin fueron todos asolados, que de ellos no se pudieron aprovechar. Llegado el Duque sobre Castil de Ferro le combatió muy reciamente, aunque dentro estavan algunos Turcos y otros Capitanes, y a esta sazón llegaron las galeras con el Comendador mayor, y viendo lo que passava, holgándose por llegar a buen tiempo. Las galeras por el mar y el Duque por la tierra hizieron tanto que los Turcos perdieron la esperança que tenían de recebir por allí el socorro que aguardavan de Argel. El qual en aquella misma sazón allegava a tomar tierra en España guiados por el Turco Carbagi al Castil de Ferro, porque assí estava tratado que desembarcasse allí la gente; mas como llegasse cerca, oyendo la cruda batería que se le dava a Castil de Ferro, y divisando las galeras batiendo por la mar, y las Christianas vanderas en tierra, entendiendo luego lo que podía ser, todo lleno de temor mandó girar los navíos en que el socorro venía, que eran catorze gruesas galeotas cargadas de bastimentos y armas y de muy buena y lucida gente turquesca, y con grande dolor en su coraçon por aver llegado tan tarde dio orden de yr a tomar tierra a otra parte, la más cómoda que hallase. El Duque, aviendo ganado aquella fuerça y apoderado della, poniéndole buena guarda se bolvió a buscar a Abenabó para darle la batalla. Las galeras se bolvieron la buelta de Málaga y allí aguardava la orden que se les diesse para cosas importantes y en el puerto de Santa María.

Abenabó en este tiempo supo cómo Castil de Ferro era ganado por los Christianos, de lo qual le pesó mucho, especialmente sabiendo

cómo el socorro de Argel no avía podido allí tomar tierra, y muy confusso deste caso no sabía qué se hazer, viendo que el Duque le seguia y el de Austria yva destruyendo el río de Almançora, y que aviendo acabado de lo destruyr se avía de yr a juntar con el campo del Duque, y que siendo juntos avía de ser su perdimiento, porque se yvan dexando en los lugares mucha gente de su presidio, y tomadas las tierras y los panes ya quemados no sabría el fin de aquellas guerras en qué se pararían, y assí se yva apartando del Duque sin osar presentarle la batalla, entendiendo que el tiempo avía de ser el maestro de todo y toda vía con esperança del socorro de Argel; mas bien entendía el Moro que aquella guerra avía de parar en daño de los Moros; mas dissimulava el desventurado con intento de se passar en África, lo qual si los Moros supieran lo hizieran pedaços.

En este tiempo muchos Moros (que serían más de dos mil) se tornaron a fortificar en Bentomiz y en Frigiliana, y todos los lugares cercanos de Ronda y su sierra se levantaron desvergonçadamente, haziendo muchos males en los Christianos, tendiendo banderas y haziendo esquadrones bien armados, y sin estos lugares se levantaron todos los lugares de Sierra Bermeja y los de la sierra de Listán, que eran muchos, tomando las partes más seguras, junto de la mar, por ocasión de poderse embarcar quando no pudiesen hazer otra cosa, y también que por aquellas partes podrían ser socorridos de las gentes de Africa, y destos lugares atrevidamente corrían todos los campos hasta las puertas de Ronda, llevándose los ganados y pastores y otras gentes que andavan por el campo. El Duque de Arcos, Don Luys Ponçe de León, salió contra ellos con orden de Su Magestad que si los pudiesse reducir sin batalla que los reduciesse, y sino que por fuerça de armas los acabase. El Duque lo trató con ellos y algunos halló a su voluntad, de modo que todos fueron reducidos a lo que antes solían ser, sino fuera por un Moro, de coraçón animoso, que les dio por consejo que no rindiesen las voluntades, sino que lo que avían començado saliesen con ello, y a esta causa los Moros, obstinados en su rebelión, tomaron las armas, y assí le convino al Duque de Arcos salir con mano armada contra ellos, y lo primero que hizo fue visitar los sitios de Sierra Bermeja, porque los Moros no hiziesen allí algunos alojamientos fuertes, y entrando por ella se les renovó a los Christianos la vengança que eran obligados hazer por sus passados viendo por aquella sierra gran cantidad de calaveras de hombres muertos y grandiosamente y cabeças de caballos del tiempo que Don Alonso de Aguilar fue allí muerto y el de Ureña desvaratado, y junto con esto

muchos pedaços de armas, cuchillas de lanças; todo lo qual puso en los Christianos un inflamado desseo y crecido corage de vengança, y llegando a lo alto, a donde el famoso Don Alonso fue muerto, que era al pie de unos peñascos, en un llano muy pequeño que allí se hazia, a donde estava una Cruz, y en las vivas peñas una letra que dezía, en castellano, desta suerte:

«Aquí murió el de Aguilar,
Don Alonso intitulado,
de Moros sobrepujado,
siendo él solo en pelear.»

Estos versos declaran la verdad del caso de la muerte de Don Alonso, porque al tiempo que andava la batalla y los Moros en gran muchedumbre pusieron en fuga a los Christianos, matándolos o hiriéndolos a su salvo, el buen Don Alonso de Aguilar se halló solo, desamparado de los suyos, y viendo que allí no avía más remedio que morir, tomando por abrigo aquellas altas peñas para tener las espaldas seguras, mostró su gran valor matando por su propia mano más de cincuenta Moros de los que atrevidamente osaron a acercarse a él. Entonces, advirtiendo los Moros que tanto se defendía y que no se le podía entrar sin peligro, mudaron las armas para ofenderle y á pedradas le mataron. Y lo que dize Rufo, que murió peleando cuerpo a cuerpo con el Capitán Moro llamado Ferri es falso, pues no era tan corto el valor de Don Alonso que por esforçado que fuese un Moro le rindiera y matara. Esta batalla ya la dejo yo escrita en la primera parte desta Historia y la puse assí como passó.

Pues bolviendo al caso, assí que supo el Malique, Capitán de vanderas Moras, que el Duque de Arcos avía tomando a Sierra Bermeja, salió con su campo a tomar la de Distán, que era otra sierra muy fuerte. En vista de su importancia, Su Excelencia se fue a la sierra de Distán, y por la parte menos áspera lo puso sitio con buena fortificación; luego mandó que los gastadores abriesen un sendero bastante ancho para que subiera la artillería tirada por caballos, y dexando su campo dividido en cuatro partes, subió acompañado de mucha gente y con la artillería para dar el día siguiente un asalto a los Moros. Todos los cuatro trozos de la milicia Christiana subían en buen orden, sin perder punto de las hileras, siendo Cabo de la caballería Don Juan Ponce de León, deudo muy cercano del Duque; con éste yva el hijo de Su Excelencia, moço gallardo a quien ya apuntava la barba y de no menos valor que sus antepasados; toda esta caballería

guardaba los llanos para que ningún Moro se fuese. Venida la noche, el Duque alojó su gente en parte cómoda y segura con ánimo de asaltar al otro día un fuerte que allí tenían los Moros. Estos, viendo subir tan despacio el campo del Duque, entendieron luego su desinio y acordaron acometer a los Christianos aquella misma tarde. Viendo el Duque el arrojo de los Moros, mandó que todos se defendiesen a pie quieto, sin deshazer el orden en que yvan; pero huvo algunos soldados que no tuvieron cuenta con este mandamiento, y dexando sus filas empeçaron a subir la sierra arriba. Al ver el Duque ir desmandada su gente tras del enemigo, entendió luego, como discreto Capitán, que los Moros se retiravan engañosamente dexando puestas emboscadas, y en atención a que cerrava la noche, receloso deste daño, que seguía el mismo rumbo que el de la Sierra Bermeja, resolvió subir arriba con los suyos y se puso delante de todos, gritando: «¡Santiago!» El exército, que vio a su General acometer de aquella manera, le siguió con gran furia, y no fue éste mal aviso del Duque, porque si aguardara a que se acabase la poca luz del cielo que quedava, él y toda su gente se perdieran sin duda alguna, pues los enemigos tenían tomados todos los pasos por donde los nuestros no podían escapar. Estando el Duque arriba con su gente, luego se pegó contra el muro de la fortaleza, el qual estava lleno de enemigos que la defendían, y allí se travó una pelea muy cruda y sangrienta, donde los Christianos sacavan la peor parte, llevándoles los Moros la ventaja de estar en alto y poderles desde allí arrojar infinidad de valas, peñascos, piedras, chuzos y asadores. El valeroso Duque, émulo de la heroicidad de sus antepasados, se arrojó por una parte que le pareció más franca dentro del fuerte, apellidando: «¡Santiago, cierra España!»; con él entraron otros valientes soldados gritando «¡victoria!», aviendo tenido por mejor ventura meterse allí dentro a pelear que correr el riesgo que de fuera se ofrecía. Entonces fue la confusión terrible entre unos y otros, estando ya cerrada la noche y casi no pudiéndose ver ni conocer sino al resplandor de los fogones quando las escopetas disparavan. Los Christianos, para reconocerse y no ofenderse unos a otros, gritavan: «¡Santiago!», y viendo los Moros que usando de aquel apellido español los matavan sin piedad, acordaron de tomarle ellos propios, y assí aquel que más claro lo podía pronunciar yba gritando: «¡Santiago!», y se metía entre los Christianos, matándolos a su salvo, porque aquél era el nombre que tenían ellos adoptado para no hacerse daño mutuamente. Entendida luego la cautela de los Moros en vista del estrago que hazían, acordaron de mudar de nombre gritando: «¡Arcos!, ¡Ar-

cos!» Entendiendo mal los Moros aquel grito nuevo y queriéndole tomar, por dezir Arcos dezían Arcas y todavía mal pronunciado, y assí los Christianos los matavan cruelmente. El alboroto y la confusión eran tan grandes que por todas partes no se oya otra cosa que el hórrido estruendo de las armas, los ayes dolorosos de los heridos y los lamentos de los que yvan muriendo entre los pies de los vivo que peleavan, de modo que aquel que una vez caía no se bolvía a levantar ni podía remediarse. Viendo su perdición el Capitán Malique, y el destroço de los suyos, determinó huyr de la batalla desamparando la fortaleza, y baliéndose para ello de la tenebrosa noche, encubrió en su sombra su cobardía y se fue por las laderas de la sierra, huyendo cansado, desatinado, mal herido y sin saber dónde iría ni a qué parte. Sin embargo, no se halló solo, porque otros muchos de su vando avían hecho lo mismo que él, y recogiendo a todos cuantos pudo, salió de aquella sierra amedrentado y maldiziendo el fin de sus esperanças. Alojóse el buen Duque con su gente en aquella fortaleza y el resto de su exército fuera della, manteniéndose siempre quieta la cavallería por guardar el orden que se le avía dado.

Mientras passavan estas cosas en las cercanías de Ronda y publicava la fama por toda España la brillante victoria del Duque de Arcos, Abenabó, temblando, no sabía qué hazer y suspirava y gemía viendo que al mismo tiempo le apretava el Duque de Sesa y que estava ya aguardando al Señor Don Juan para que, juntándose los dos exércitos, consumasen la ruyna de su vando. Lo que más sentía él era que el Señor Don Juan avía desvaratado todas sus emboscadas. Los Turcos y aquellos Moros más allegados a su persona tenían ya reconocida su intención de pasarse a África y dexarlos metidos entre el fuego de tan cruda guerra, atento lo qual sus mismos familiares se conjuraron contra él para darle muerte, sin aver podido llevar tan ocultamente su propósito adelante que Abenabó no lo sintiera o sospechara. Él disimuló, no dando a entender que le huviese venido a la memoria tal pensamiento, y assí passava entre mil sospechas y recelos las noches y los días, aguardando a que la fortuna le ofreciese alguna coyuntura más favorable. La gente de sus vanderas andava ya muy floxa, nada se le dava por las armas y quería más morir una vez que passar por tantas y tan amargas ansias, assí del hambre como de los fríos y otras muchas necesidades que ocurrían.

Andavan ya los Turcos muy tristes y licenciosos estropeando a muchos muchachos y donzellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del Rey Abenabó, no yéndoles nadie a la mano, porque en ellos esta-

va el nervio de la guerra contra los Christianos. Dejémoslos aquí siguiendo sus maldades, y a Abenabó poseydo de sus recelos y temeroso de la muerte, para dezir lo que hizo en Tíjola el Señor Don Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente:

ROMANCE EN QUE SE PONE LA MUERTE DEL NOBLE CAVALLERO DON LUIS QUIXADA Y ROTA DE SERÓN.

De Baça sale Don Juan,
el de Austria intitulado;
la vuelta va de Almançora
en busca del moro vando.
El campo llega a Caniles,
lugar de Baza cercano,
y él passa con tres mil hombres
para descubrir el campo
y la fuerza de Serón
que está por el moro vando:
Al llegar assí Su Alteza
no le fué muy bien contado,
por llevar tan poca gente
para intentar aquel caso.
Serón está apercebido,
lo que no piensa el Christiano;
los Moros usan de maña
por salir más a su salvo;
las moriscas echan fuera,
que salgan al despoblado,
mas llevavan buena guarda
de un escuadrón bien formado.
Piensan los nuestros que huyen,
arremeten donodados
por coger aquella presa
de Moras que se han mostrado;
Unos siguen a las Moras,
otros el pueblo han entrado;
comiençan a saquearle
sin tener ningún cuydado.
Escondidos más de mil
Moros allí han quedado
que quando vieron la suya
y que estavan descuydados
Los Christianos en el robo
les dieron muy crudo asalto;
matávanlos en las casas,
los despojos saqueando.

Con esto vino el Alcayde
de Tijola con grande vando
a socorrer a Serón,
que está puesto en aquel passo.
Los que siguieron las Moros
huyendo buelven, acaso
de un escuadrón muy crecido
que los venía cercando
de Moros arcabuzeros
con un furor endiablado.
El Maleh con gran socorro
el río viene marchando;
el austriaco que lo vido
a recoger ha mandado
que se toque prestamente,
reçelando grave daño.
Matança hazen los Moros
en los cuytados Christianos,
que huyendo se retiran
a su campo amedrentados.
Llegó el Maleh con pujança
muchos tiros disparando.
El Austriaco se defiende
de aquel escuadrón doblado,
sus Christianos recogiendo:
poco a poco, y peleando
se retira el río arriba
perdiendo muchos Christianos,
Y al buen Don Luys Quixada,
que mostrava ser soldado,
en un muslo han herido
de un cruel arcabuzazo.
Siéntelo el Austriaco mucho
y promete de vengallo.
Retiróse el de Austria al fin
con dolor nunca pensado,
y llevó a curar a Baza
al buen Quixada, su ayo,
pero es mortal la herida
y no puede ser curado.
Assí dió el ánima a Dios
y el cuerpo fué sepultado
en un convento de frailes,
San Gerónimo nombrado.
Hízosele enterramiento
de general afamado
arrastrando las vanderas
y atambores destemplados,

todos cubiertos de luto,
señal de duelo mostrando.
En este tiempo el de Sesa
buscava al Moro Abenabo
para dalle la batalla,
mas él se la va escusando.
Con esto el campo del Duque
de hambre está fatigado,
y para buscar remedio
el buen Duque le ha mandado
Al Marqués de la Favara
que se vaya apresurando
a Guadix por bastimentos,
y el Marqués salió de grado
con una escolta muy buena
y el bagaje a buen recaudo;
Mas en el puerto de Ragua
fué el Marqués desvaratado
por dos Capitanes moros
que le dieron crudo asalto.
Peleando luego el Marqués
como valiente soldado
hizo retirar los Moros,
llevando su escolta a salvo
a Calahorra y Guadix,
donde le fuera mandado.
El Duque supo este nueva
y le pesó en sumo grado,
pero vengóla muy bien
pues assí lo avía jurado,
Que ganó a Castil de Ferro
y las mieses a quemado,
matando muy muchos Moros,
y retirando a Abenabo.
En este tiempo y sazón
en Ronda el morisco vando
se ha levantado furioso
mil banderas tremolando.
El Duque de Arcos los sigue
y los ha desvaratado,
matando muchos de ellos
como la prosa ha contado.
Conviene volver aora
a Don Juan de Austria y su campo.

Fin.

CAPÍTULO VEYNTE Y QUATRO, EN QUE SE PONE cómo el Señor Don Juan puso cerco sobre Tíjola y cómo la ganó a los Moros, con otras cosas que más passaron en su conquista.

Ya contamos en el capítulo passado cómo Su Alteza ganó a Serón y desvarató a los rebeldes Moros que en él estavan alojados, matando muchos dellos. Pues luego que Su Alteza dio fin a lo de Serón, al punto mandó que el campo marchase a la buelta de Tíjola, que era un lugar antiguo y fortíssimo, con un castillo inexpugnable, puesto sobre unas altas peñas taxadas, a donde los Moros retirados de todos aquellos lugares, Urraca Almunya y Bayerque, y otros muchos sin éstos, muy confiados en el fuerte castillo de Tíjola, a donde tenían puestas sus más queridas prendas, les parecía estar seguros. El campo marchó assí como lo mandava Su Alteza y, llegando á Tíjola la Nueva, que era un lugar que estava en lo baxo, donde los Moros se avían ydo y subido a la población antigua y castillo fuerte, se sentó el campo por la mejor orden y traza que Su Alteza vio que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. Púsose el assedio en esta forma: El tercio del Señor Don Juan, que era el de Antonio Moreno, se sentó en el lugar nuevo, abaxo, a la parte del río. El tercio de Don Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, a la parte del Medio día, a donde se hizo luego una plataforma y se plantaron seys buenos cañones de los de Don Juan Manrique. Estava esta plataforma de suerte que tenía la tierra a cavallero. A la parte de la Tramontana, la buelta de Baza, se puso el tercio de Don Pedro de Padilla, a donde se plantaron otros seys cañones muy buenos. En el tercio de Su Alteza, que era el de Antonio Moreno, como avemos dicho, no se plantaron ningunos cañones, respecto de estar en hondo; mas todo lo que se batía no era de efecto alguno, porque como los fundamentos de los Moros estuviessen encaxados entre los peñascos y entretexidas las obras, las valas davan en las peñas de forma que resortidas dellas bolvían para tras con tanta violencia como si salieran disparadas de cañones de la contraria parte. Vídose una vala disparada de una resurtida dar en lo llano de la huerta y matar dos vagajes que estavan juntos, y otra vala desta misma forma dar en una olivera grande y hazerla toda pedazos; finalmente, que la batería hazía poco efecto. Al-

gunas valas entravan en la tierra, pero no se dava a entender que se hiziesse daño alguno; y assí acordó el Señor Don Juan que plantassen otras dos pieças a la ladera más baxo del tercio de Don Lope; para que de allí se pudiesse batir un lienço de muralla que por aquella parte se descubría; y para llevar las pieças Su Alteza las dio a dos Capitanes zamoranos para que las plantassen. Los zamoranos Capitanes tennían muy buena gente; al punto mandaron que las pieças las subiessen tiradas con maromas a fuerça de braços, y muchos soldados cargados de fagina para hazer una trinchea comenzaron a subir por la cuesta, y llegados al lugar donde se avía de hazer, quiriendo començar la obra. Los Moros, reconociendo su intento, viendo que si allí se plantavan aquellas dos pieças les era cosa dañosa, acordaron de salir a estorvar que no se plantassen, y assí determinadamente una tropa de Turcos y Moros, llenos de todo ánimo salieron y dieron en la gente de Zamora con tanto ímpetu que los zamoranos se hallaron puestos en grande aprieto; mas al fin, a pesar de los Moros, fueron las dos pieças plantadas y hecho trinchea y plataforma, y luego con ellas se començó a batir aquel lienzo de muralla que más se descubría, en el qual las valas hizieron grande efecto; mas los Moros la yvan trasmurallando, amedrentados de tan furioso batir, aviendo tomado escarmiento en lo de la Galera, entendiendo que les avía de suceder como a ellos; y assí con este temor yvan reparando el daño que hacía la batería y de encima de las murallas tirando de mampostaría, que en pocos días mataron seys artilleros de los buenos que se llevavan en el campo, y todos heridos por las frentes y las caras que era lo más que se podía descubrir; mas con todo eso no dexavan los Moros destar puestos en su temor, y assí un día, entrando en consejo de guerra sobre lo que avían de hazer, un Moro viejo llamado el Jumaymit, que también le tocava la mitad de Judío, a todos les habló desta manera:

RAZONAMIENTO DEL MORO JUMAYMIT A LOS MOROS DE TÍJOLA.

«Veynte días son passados, valerosos Capitanes Moros y Turcos, que somos sitiados, y si obstinados estamos en aguardar otros veynte más, nos avemos de perder totalmente como se perdieron los de Galera; porque aunque es verdad que de lo necesario estamos proveydos, el agua nos ha de fallecer muy presto, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente a donde niños y mujeres, gente de poco sufrimiento a cosas semejantes; pues faltándonos lo que digo, y

el poder del enemigo es grande y a puesto assedio con determinación no desmantelar la tierra sin primero no aver allanado las peñas y murallas y hundido las casas ¿qué fin se puede esperar? No otro, por cierto, que el de Galera. Pues si deve ser éste, más vale tomar uno de los dos medios que yo aora diré, y sea aquel que mejor pareciera a todos. El primero es que nos pongamos a manos del General Christiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo, desistir de la defensa, dexando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo executar sin que seamos sentidos y yrnos a donde está Abenabó. En llegando allá, Alá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien ó mal. Este es mi parecer: diga aora el suyo aquel que le tuviere mejor y más acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad buscando la propia salud.»

Con esto dio fin a su razonamiento el ajudayzado Moro y a todos pareció muy bien, reduciendo a la memoria el fin doloroso de Galera, y los trabajos passados, y los que presentes tenían, y los que esperavan de venir, y la poca esperança de remedio; por lo qual de los dos estremos les parecía el mejor entregarle en las manos del Rey implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictamen, y solo un Moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo y habló desta manera:

«Valientes Capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura y por nuestros pecados Mahoma quiere que las vanderas de los Christianos victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el Capitán Jumaymil a puesto nuestra última esperança, la que me parece más acertada es aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lluviosa o en que esté nevando y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas huviere. Porque es cosa cierta y no admite duda que nos tienen tomados todos los passos, y assí nuestra salvación depende de les hurtar el nombre que aquella noche les diere su General a los Christianos para poder matar a sus centinelas mediante este ardid quando no estuviesen durmiendo, y si durmieren passar con el menor rumor que sea posible para echar adelante las mugeres y muchachos acompañados de solos doce a catorce mancebos Moros que las encaminan y salir luego el resto de la demás gente. Si acaso pasando, o quedando ya poco de passado nuestro esquadrón, fuéssemos sentidos y los Christianos tocassen a arma, en noche tan escura y tenebrosa, no conoziendo ellos la tierra, tam-

poco osarían desmandarse en nuestro seguimiento. Assí se podría escapar por la sierra de Bacares que casi tocamos con la mano y es muy áspera, en donde llegando haríamos lo que más nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo que el de darnos á los Christianos, no sabiendo después de avernos entregado qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los Turcos, a quienes no querrán dar passaje para África. Este es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el más acertado.»

Oydo este discurso, los Capitanes Turcos dixeron que el último medio propuesto o morir peleando eran los únicos partidos que se podían tomar, y quedando todos conformes en este acuerdo aguardaron la noche más oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse, y assí movidos desta esperança passaron treinta o más días de assedio, durante los quales no dexó la artillería de hazer su obligación, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiravan los Moros con escopetas y no dexavan de hacer daño; pero al cabo deste tiempo quiso serles favorable la fortuna con lo que deseavan, siguiéndose un menguante de luna oscuríssimo y lluvioso por las noches, en las quales hizieron los Moros un portillo rompiendo la muralla por la parte que mirava a la sierra, con tanto secreto y disimulo que no fueron sentidos. Quando le tuvieron abierto, a la hora en que los Christianos guardavan más silencio arrebuxados en sus mantas para sustraerse a la inclemencia del cielo, y no mirando a la obligación de la milicia, especialmente la gente visoña, que no enseñada a semejantes trabajos se ocupava más en dormir que en velar, ivan echando los Moros por aquel portillo a sus mugeres y niños y les hazían tomar la buelta de la sierra. Desta suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y quando ya no quedava más que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavía más cómoda que las otras por la espesa niebla en que se envolvió, y en que a veynte passos no era posible que se divisaran los unos a los otros. Reçelando ya el Señor Don Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiessen más arrimadas al lugar, y con todo eso los Moros se aprovecharon de la favorable coyuntura por la ocasión que vamos aora a referir.

Bien tendréys noticia del Moro llamado el Tuzani, que salió de Purchena para saber el suceso de Galera y si la hermana del Maleh era muerta o viva, y cómo entró y la halló y la enterró, y después cómo

en ábito de Christiano, confiado en su hablar claro y cortesano, se fué hecho soldado al campo del Señor Don Juan y siguió como soldado sus vanderas. Este Tuzani, pues, esta tal noche, y otros tres soldados, acertaron a ser de postas perdidas, no muy lejos de las murallas de la tierra, llevando por nombre Santa María, dado por su Sargento como es costumbre en la guerra, y estando ya puestos en la estancia, es costumbre que de los tres ó quatro soldados assí puestos, el uno, que es el que rinde el tercio que le cave, está un poco apartado de los demás, porque mientras él vela, los demás duerman hasta que aya su tercio rendido, y acabado aquél, luego se levanta otro a rendir el segundo quarto, y assí hasta que viene el día. Pues estando el Tuzani y los demás, como os he dicho, en la estancia, el Tuzani acertó á ser de prima, y lleno de malicia, después de aver estado hablando algunas cosas muy paso, como se suele entre soldados, les dixo a los demás: «Señores camaradas, vuessas mercedes duerman a su plazer mientras que yo rindo la prima, porque es el tercio más largo y por les servir tomaré más trabajo de lo que se sufre y rendiré parte de la modorra, porque yo estoy mostrado a andar por estas tierras y las conozco y sé soportar el frío y la nieve, porque al fin soy natural de Guadix, mostrado desde mi niñez a andar por estas sierras frías y nevadas tras del ganado, y ya los fríos me conocen y los conozco, y los podré passar yo mejor que vuessas mercedes, que están mal mostrados a ellos y se les hará muy de mal; y si acaso fuere que yo me sintiere un poco fatigado, acudiré a la estancia y uno de vuessas mercedes saldrá y hará un pedaço de tercio, y assí passaremos la noche tan mala y trabajosa como ésta, que yo les aseguro que los Moros tal noche como ésta nunca se dispongan a salir de su fuerte; antes oy se dezía en el campo que mañana se avían de dar al Señor Don Juan, y esto sin duda es lo cierto, que en lo demás bien podemos estar descuydados; mas por lo que toca a la orden de la milicia, yo haré el dever para todos, por si a caso acierta a venir la ronda, que nos halle apercebidos como es razón.» Los soldados, sus camaradas de aquella noche, se lo agradecieron y tuvieron en mucho; y como eran visoños, no advertidos en que no era bueno lo que decía ni llevado con mal fin, luego se dieron al reposo muy abrigados con sus ferreruelos, y el Moro Tuzani, algo apartado dellos, se comenzó de pasear un rato, como es usança de soldados, por no dormirse ni el sueño les agrave, el qual en el Tuzani aquella noche no se hallara según su mal intento le tenía dispierto.

Pues ya serían las once de la noche, que es el fin y remate del quarto de la prima y entrava en el de la modorra, quando el Moro

Tuzani, muy confiado que todo el christiano vando estava encogido por la bravosidad del tiempo, que mollinava con una aguanieve frigidíssima, con ayre desvaratado, de modo que en todo el campo se veya señal de lumbre y todas las postas más curavan de abrigarse que de velar, se llegó quedo a sus compañeros y los halló durmiendo, de suerte que muy bien los pudiera degollar si quisiera, mas no curando de ellos se tornó a priesa la buelta de la muralla, que por allí era baxa más que por otra parte, y en llegando al pie della tocó un pequeño pito que sacó del seno, que éste era señal siempre entre los Moros y por ella se entendían que eran de sus vanderas y que trayan recados. Apenas huvo el Moro tocado el pito, quando del bien guardado muro se le respondió con otro muy quedo; el Tuzani tornó a tocar y le fue tornado a responder, y no tardó mucho que no se asomó un Moro a la muralla, el qual era el Alcayde de la misma Tíjola, y muy baxo habló en algaravía diciendo: «¿Quién llama?»; el Tuzani le dixo quién era y qué aguardava él y la demás gente; que tal noche como aquélla no se salían del lugar por escusarse de muerte; que no aguardavan otra cosa sino saber el nombre del campo para que por las primeras guardas se pudiessen salir. El Tuzani al punto se lo dixo, y luego se retiró diziéndole que echase por aquella parte donde él estava, que por allí tendrían mejor comodo; y diziendo esto se apartó a la muralla y se fue a donde sus camaradas avía dexado, los quales aun dormían a sabor fuera del cuydado que los del lugar tenían y del que el Tuzani avía tenido. El Moro de Tíjola, muy alegre y maravillado del Tuzani, que muy bien le avía conocido, aunque los dos no se avían podido ver por lo espeso de la niebla, luego dio aviso a todos los Moros y Turcos que estavan en el lugar, diziendo que era llegada la hora que se avían de salir, que ya tenía el nombre del campo y dixo quién se lo avía dado, de que todos los que le conocían fueron maravillados de tal atrevimiento; y luego todos al punto fueron aprestados para la fuga, y abierto el postigo echaron delante las mugeres que quedavan, acompañadas de Moros mancebos, los quales fueron guiados por el Alcayde de Tíjola por aquella parte que le avía dicho el Tuzani, y aunque la tempestad de la noche era muy grande y muy cerrada la niebla, fueron casi a dar do estava el Tuzani, el qual muy bien sintió quando passavan. Ya era passada la mayor parte de los Moros quando uno de los compañeros del Tuzani recordó y miró por el que rendía el quarto y lo vido cerca, y le dixo, levantándose, muy quedo: «¿Es hora, señor camarada? ¿quiere dormir?» El Tuzani respondió: «por Dios, que aun no me ha vencido el sueño y lo deve de causar el frío.»

«Esse me ha recordado a mi—dixo el soldado—y por esso querría andar un poco, que tengo los pies como un muerto.» «Pues, señor, passeaos un poco y calentaréys»—dixo el Tuzani. Y así el soldado se començó a passear por allí, y apartándose un poco más adelante a proveer lo necessario oyó el rumor que los Moros llevavan, y no pudiendo ver lo que era por caso de la espessa niebla, bolvió al Tuzani y le dixo: «No sé qué rumor me he oydo a la parte del lugar, y con la espesura de la niebla no he podido descubrir ni divisar cosa alguna; no sé lo que se puede ser.» El Tuzani, haziéndose como que no lo entendía, respondió: «No sea, por ventura, algunos pedaços de la muralla que se dexen caer despedaçados por la fuerça de las valas y del batir del artillería.» «Esso será possible ser»—dixo el visoño; mas no tardó mucho quando llegaron a ellos, no muy lexos, una tropa de gente mora que se avían metido mucho hazia las Christianas postas, y por cerca que se llegaron, a malas penas se podían descubrir; mas el compañero del Tuzani se alargó un poco aquella parte y, descubriendo algo, dixo: «¿Qué gente?», y le fue respondido: «amigos»; «¿qué amigos?»—dixo el soldado; fuele respondido: «Santa María»; y como el soldado vio que le avían dado el nombre, se bolvió al Tuzani y le dixo lo que passava. El Tuzani respondió: «Sin duda es la ronda que va visitando las postas, retírese con los amigos, que si llegaren yo responderé.» El soldado lo hizo assí y el Tuzani se quedó solo, apartado buen rato de los demás. En todo este tiempo no dexava el esquadrón morisco de passar adelante.

Ya corría buen rato del quarto de la modorra, quando de otra posta, que estava a la otra parte del lugar, fue sentido el ruydo de los Moros como yvan marchando, y algunas chinas rodavan y se davan unas con otras, y no pudiendo entender lo que sería aquel ruydo o de qué podría suceder, y no pudiendo ver cosa alguna respecto de la grande escuridad, estávanse assí maravillados de aquel rumor; mas un soldado viejo, que rendía el quarto del alva, finalmente, como hombre esperimentado en semejantes casos, se quiso satisfacer de todo punto; y assí, sin ver camino a la parte donde se sentía el rumor, mas no huvo andado muchos passos, quando entendió que aquel rumor era de los Moros que se salían de la tierra, y más lo desengañó un niño que lloró en los braços de quien lo llevava; y estando ya satisfecho de lo que era, luego tocó «arma, arma, que se salen los Moros del lugar.» Las vozes desta arma se oyeron en el cuerpo de su guarda, a donde alvorotadamente se tocó arma reciamente. Esta arma se oyó a la parte donde estava el Tuzani, y él mismo dio vozes: «¡arma, arma, arma,

que se va el enemigo!» y fué el arma corriendo hasta el cuerpo de guarda de Don Lope de Figueroa, y luego se dio por todo el campo a mucha priesa, acudiendo muchos soldados la vuelta del lugar para dar en los Moros. Travóse una babilónica confusión en todo el campo, de suerte que no se ohía otra cosa sino «¡arma, arma!», por todas partes; y los unos yvan a una parte, y los otros a otra, sin saber lo que se avían de hazer. Don Lope, arrojando media dozena de mantas, salió dando vozes a sus soldados que se reconociesse la causa del arma. Su Alteza se armó y quiso salir, mas no le consintieron que tal hiziesse. Huvo muchos Christianos que passaron de la otra parte del lugar hasta llegar a los Moros diziendo «¡arma!», y los Moros hazían lo mismo, de suerte que todos andavan turbados sin saber lo que se habían de hazer; y muchos Moros huvo que, viéndose atajados, volvían azia los Christianos y passavan por medio dellos sin ser conocidos por la escuridad de la niebla. Pues imagine aora cada cual el modo de la guerra qué tal andava y la pelea qué tal sería que no faltó mucho que unos soldados se matassen con otros. La noche era oscura y llovía aguanieve, con un ayre frigidísimo y recio, no se podía hazer cosa que su daño no resultase de los nuestros. Túvose por acuerdo que se tocasse a recoger, porque se evitase algún notorio peligro: mas era por demás hazer tal señal, que los soldados de tropel, al son de la arma, llenos de confusión y acompañados de codicia, sin temor de la escuridad ni estorbo de la aguanive que caya, arremetieron a la tierra sin temor ninguno, y andando alrededor de la muralla dieron en el postigo a toda furia y rompieron por los que salían. Los Moros, que conocieron ser Christianos, començaron a hazer armas contra ellos, haziendo fuerça para salir fuera porque no los matassen dentro. Assí se començó una brava escaramuça, y los soldados que entraron dieron orden de abrir la puerta de la villa, y abierta entraron otros muchos, y por saquear las casas y andar seguros de los Moros (si los huviesse), començaron a pegar fuego a las casas y por las calles grandes hogueras, de modo que muy bien se veya lo que andava por las calles; mas quando esto se hizo, ya muy pocos Moros quedaban dentro del lugar y los que huvo los mataron; mas donde más murieron fue en lo hondo del río al subir para la sierra. Venida la mañana fue todo el lugar reconocido y saqueado lo que en él avía, y siendo claro reconocieron los rastros y huellas por encima de la nieve de la gente que se avía salido y a la parte que caminaron, que fue a Bacares y a Sierro.

Esta fuga del enemigo fue Jueves Santo en la noche, como es dicho, y en este assedio no sucedió recuentro ninguno, sino lo que se ha di-

cho, y el que tuvo Pagán de Oria, al tiempo del reconocer a Bayarque y a Tíjola la Nueva, con una esquadra de Moros que venían de Purchena una rambla arriba, y en lo alto se tuvo la escaramuça, a donde Pagán de Oria se mostró ser muy valeroso soldado. Y Francis-cisco Galtero, Capitán de Murcia, con su gente se mostró valeroso en favor de las compañías de Zamora quando (como avemos dicho) subieron á plantar las dos pieças de artillería, que los Turcos dieron en ellos. Otro día, Viernes Santo, vino un Moro con una bandera de Purchena, y dio nueva cómo el Maleh se había salido de Purchena, con siete banderas, la buelta de la sierra de Filabres; por lo qual el Señor Don Juan mandó que luego marche el campo a Purchena, con intención de poner en ella una compañía de soldados para que los enemigos no la pudiessen más tener por alojamiento; y assí dexaremos el campo del Señor Don Juan, marchando la buelta de Purchena otro día sábado, víspera de la Pascua de Resurrección, y bolveremos a las cosas de los Moros de Ronda.

Dize, pues, la historia, que el Moro Malique, desvaratado y herido, salió de aquella sierra y fuerte, a donde estava por la fortaleza del Duque de Arcos y su gente. Aquella misma noche juntó grande cantidad de sus soldados, que andavan, como él, huydos y descarriados, maldiciendo su corta ventura, renegando de Mahoma. Aquella misma noche se alexaron de allí grande espacio de tierra, y otro día de mañana se halló con más gente de la que pensava: y assí, con alguna esperança de remedio, el Moro Malique se fué a Ríoverde y tomó por reparo y alojamiento una sierra que estava allí cerca, llamada Sierra Blanquilla, muy áspera, y allí los Moros que andavan descarriados le fueron a buscar; de suerte que el Malique tornó a rehazer su campo, assí como de antes le tenía. Mas el valeroso Duque de Arcos, como tuvo nueva que estaba allí muy poderoso, le fué a buscar, y en llegando travó con él una cruda batalla, en la qual el Malique fue muerto de un arcabuzazo y toda su gente rompida y desvaratada, y de tal manera los trató el valeroso Duque de Arcos, que después de aver muerto muchos dellos, les hizo rendir las armas y estar a su orden y concierto y otros muchos se passaron en Africa; y assí toda aquella tierra quedó apaciguada y sosegada por el valor del Duque. Y porque es razón dar fin a nuestra historia, bolveremos a tratar del campo del Señor Don Juan, el qual, como avemos dicho, marchava sábado de Pasqua de Flores para Purchena.

Pues el Señor Don Juan llegó a Purchena el sábado mismo y no halló Moros ningunos, y Domingo de Pasqua los soldados comieron

vizcocho, que no llevava el campo otra cosa ni se hallava. Aquí tuvo el Señor Don Juan toda la Pasqua, y passada marchó el campo el río abajo la buelta de Cantoria, la qual halló yerma, y de allí passó a Arboleas y a Zurgena, y passó por junto de Vera, y fue a un lugar llamado Autas, y de allí passó el campo a Sorbas y Lobrín, y río de Aguas, y Auley la del campo, y a Tavernas, y al río de Almería, y llegó a Santacruz, y a Terque, y en unos destos dos lugares Su Alteza mandó que se jugassen cañas al uso de Xerez de la Frontera, cara a cara, y el juego fue muy estremado. Allí llegó el Marqués de la Favara con otros tres cavalleros que venían de Guadix, y a pesar de los Moros passaron hasta llegar allí, de que se maravilló todo el campo. De aquí partió el Señor Don Juan con su exército y no paró hasta Andárax, a donde halló el campo del Duque de Sesa, el qual se alegró mucho con la venida de su Alteza y le hizo gran recebimiento; luego el Señor Don Juan mandó reformar el campo del de Sesa y por su orden el Duque se fue a descansar a Granada, que no estava bien dispuesto, y el Señor Don Juan quedó con la gente de los dos campos.

Aora, antes que passemos más adelante, es justo dezir de lo que hizo el moro Tuzani, que él andava en ábito de soldado en el campo del Señor Don Juan; es de saber que siempre llevava el Moro en la memoria la muerte de la hermosa Maleha dada por los Christianos en Galera, como avemos ya contado; quiso en vida y amó tanto que muy bien se mostró el grande amor que le tenía en lo que hizo por ella después que la halló muerta, y nunca jamás de su memoria partía ni su hermoso retrato de su pecho quitava, con juramento que avía de vengar muy bien vengada su muerte, si acaso fortuna le traya a la mano el Christiano que la avía muerto, y assí andava con todo solícito cuydado procurando su vengança; y el modo de procurallo era extraño: a donde veya que avía junta de soldados en conversación, luego él se llegava, y como era de buen talle y bien razonado se holgavan de le tratar y hablar con él, y entre otras cosas que se tratavan, luego entretexía la rota de Galera, diziendo: «Aora, señores, entre las cosas de guerra no se hallará otra batalla y mortandad de Moros y Moras como en el fuerte de Galera; de mi parte digo que sin piedad ninguna confiesso que por mi mano maté más de quarenta Moras de las más hermosas que avía dentro del lugar, sin otros niños y Moros, que fueron muchos.» Oyda esta razón por los demás soldados, luego, como es costumbre, cada uno dezía lo que avía hecho, y muerto, y rovado, y saqueado; y sucedió que un día, llevando este estilo de informarse, un

soldado respondió: «Pues si vos, señor soldado, avéys muerto en la rota de Galera esso que dezís, sin tener compassión de las mugeres y matar tantas, yo digo que soys de crudo y azerado coraçon; porque, finalmente, es cosa de compassión matar una muger, especialmente si es hermosa; ¿qué culpa tenían las cuytadas a lo que hazían los hombres? pues yo maté una sola y me dolió en el alma, especialmente después de muerta, que me dixeron otras Moras que quedaron vivas que aquella Mora que yo avía muerto era hermana del Capitán Maleh de Purchena, y bien se parecía en ella ser Mora de valor en los vestidos que llevava puestos y manillas y arracadas de oro, todo lo qual yo le quité después de muerta; solamente le dexé la camisa, que también era harto rica, y ésta la dexé por no dexarla descubierta en carnes; y me parece que la veo aora, que la labor de la camisa era de seda verde y grana muy rica, y otros soldados se la quisieron quitar, mas yo defendí que no se la quitassen, y lo que me pesó por averla muerto fue cosa grande, porque la Mora era una de las más bellas damas que tenía el mundo. Vive Dios que estava muerta y que matava de amores a todos los hombres que la miravan, y que todos me echavan mil maldiciones, diziendo: «Mal aya el soldado villano que tal mató y tal belleza sacó del mundo»; mira qué tanto que muchos soldados de valor y Capitanes la yvan a ver a cosa hecha, y muchos dezían: «si viva estuviera, yo diera quinientos ducados por ella»; otros dezían: «si yo la encontrara, yo al Rey se la diera por uno de los estimados presentes del mundo»; porque, señor, ver la muerta tendida en el suelo, con aquella camisa labrada y los cabellos rubios como hebras de oro tendidos alrededor de su cuello, no parecía sino un bellíssimo ángel; mira qué tanto que un afamado pintor que viene aquí en el campo, que está en la compañía del Capitán Veltrán de la Peña, el que mataron los Moros allí en Galera, todo un día estuvo sacando su retrato, y lo sacó tan al vivo que en sólo verlo espanta al que le mira y tanto que ha avido cavallero que le dava trescientos ducados por él y el pintor no les estimó en trescientos maravedís; assí que visto yo que tanto me maldezían por que la avía muerto, de corrido y lleno de vergüenza por ello me salí de allí, haziendo juramento que no me avía de suceder otra, porque, a fe de buen soldado, que tengo la prove Mora travesada en mi coraçon.»

Muy atento avía estado el Moro Tuzani a todas las palabras del soldado Christiano, y por ellas y las señas que dava, claramente conoció que aquél era el que a su señora avía muerto; y assí como yva diziendo las palabras y relatando la belleza de su señora, cada palabra era

un agudo puñal que le metía por el coraçón, y dezía entre sí: «Tú me lo pagarás, traydor, o no seré yo el Tuzani», y sintió tanta passión en oyr la triste tragedia de la hermosa Maleha, que como el soldado yva hablando se le yva mudando la color, de tal manera la vino a perder que los demás soldados echaron de ver en ello, y maravillados de ver su mudança, le dixeron «que por qué se demudava de aquella suerte, que si avía sentido algo o estava mal dispuesto». El Tuzani, oyendo esto, tornó en sí y, disimulándolo todo del mundo, respondió: «No estoy oy del todo bueno desde esta mañana que beví una poca de agua con unas garrobas», y con esto le dixo al soldado si le quedava alguna cosa de las ropas de aquella Mora o algún oro. «No me queda más —dixo el soldado— de las arracadas y una sortija que le quité del dedo; lo demás vendí en Baça por falta del dinero, y aora, si hallase quien me comprase las arracadas y la sortija, las vendería por provar oy la mano.» «Yo las compraré —dixo el Tuzani—, y si las compro, las he de llevar a Véliz el Blanco y mostrárselas a una hermana suya que está allí, que es esclava del Marqués de aquella tierra.» «Pues no resta más de venir conmigo a mi rancho y verlas, y si contentan, pagarlas y llevarlas» —dixo el soldado. «Vamos —dixo el Tuzani—, con licencia destos señores»; y diziendo esto el soldado y el Tuzani se partieron a donde el soldado le llevava, y en llegando al rancho, el soldado de un zurrón sacó unos papeles y de allí sacó las dos arracadas y el anillo, todo lo qual conoció muy bien el Tuzani, como aquel que muchas vezes las avía visto en las orejas de su dama y la sortija en su dedo, y assí como los vido no pudo dexar de suspirar dolorosamente, viniéndosele de la passión las lágrimas en los ojos, y disimulando su dolor lo más que pudo, le pidió el concierto y lo que se le avía de dar, y finalmente se concertaron en seys escudos, que todo valía más de veynte, mas la necessidad y el tiempo haze o deshaze. El Tuzani pagó luego y tomó las joyas y las metió dentro de su pecho, haziendo cuenta que allí ponía a su señora; y aviendo hecho esto le dixo al soldado que se fueran paseando un poco fuera de Andárax. El soldado y el Tuzani se salieron un poco apartados del lugar, y el Tuzani, viendo llegada la hora de su deseo, le dixo al soldado: «Si yo os mostrasse el retrato de aquella Mora que matastes, ¿conocerlayades?» «Si yo lo viesse —dixo el soldado— bien le conocería, porque me parece que la maté aora una hora, según la tengo en la memoria». El Tuzani, metiendo la mano en el seno, sacó de cierta parte del contra forro de un jubón un pergamino cogido, y descogiéndolo le mostró al soldado el retrato, diziendo: «¿Es por ventura el rostro de la bella Maleha?» El soldado,

poniendo los ojos en el retrato, luego le conoció, y quedando de verle maravillado, dixo: «Este es sin duda, y de verle me espantado.» El Tuzani le dixo: «Pues di, infame soldado, quebrado, sin valor ninguno, ¿por qué mataste tal belleza; pues sábete que era todo mi bien y tenía tratado de casarme con ella, y tú villanamente me privas de la esperança de todo mi consuelo? y sábete que la tengo de vengar; por tanto, mete mano a la espada y defiéndete, y sino, ya que mataste a mi esposa, mátame a mi como a ella, y la sangre que está en los azerados filos de tu espada júntala con la mía y triunfa de las dos vidas, si eres buen conseguidor de victoria y de matar amantes», y diziendo el Tuzani estas palabras arrancó de la espada, y como furioso arremetió al soldado por le matar; mas el soldado, aunque espantado de tal novedad, no perdió punto de ánimo porque era valeroso; antes, arrancando la espada contra el Tuzani se mostró como un león, y assí los dos se començaron a dar de cuchilladas y estocadas valerosamente; mas el Tuzani, después de ser valiente, era muy diestro en la espada, y por la virtud de su destreza hirió malamente de una estocada al desdichado soldado, diziendo: «Toma, infame, esse galardón de tu descomedimiento que te embía la hermosa Maleha que tú mataste sin culpa.» El soldado herido de muerte cayó en el suelo, y allí el Moro cruel le dio otra no menos mortal estocada que la primera, diziendo: «Dos heridas le diste a mi señora; con otras dos has de morir.» Y diziendo esto se retiró de allí, metiendo la espada en la bayna; tomó la buelta de la sierra, que no estava lexos. Mientras pasava esto, algunos soldados que andavan fuera del lugar y no estavan lejos de allí vieron a los dos darse de cuchilladas y corrieron hacia ellos para ponerlos en paz; pero por pronto que llegaron, ya el Tuzani, después de aver herido malamente a su contrario, iva bolando como el pensamiento hacia la sierra. Acercándose los soldados al que quedava herido, vieron que mostrando grande ánimo probava a levantarse, mas luego tornava a caer, no pudiendo tenerse en pie, y rogó a todos que le llevaran al lugar y llamasen a un confesor. Llevado a Andárax y diziendo quién era su Capitán, vinieron luego los de su compañía, se le confesó y curó con mucha diligencia, y siendo preguntado sobre quién le avía herido y por qué causa, contó el soldado todo lo que avía passado, casi en los mismos términos que se ha referido. No tardó muchas horas en morir este soldado, que se llamava Francisco Garcés y era natural de Peal de Bezerro, y seguía la guerra con otros amigos a sus aventuras sin sueldo alguno.

El Tuzani se metió en la sierra a eso de las quatro de la tarde y

con la escuridad de la noche se bolvió a Andárax, donde ya le avían echado de menos sus camaradas por no averle visto después de comer; y preguntándole dónde avía estado, respondió que jugando, sin declarar nada de lo que avía pasado. Entonces se mudó de bestido y andava paseándose por el real sin que nadie le conociesse, porque donde avía quince ó veynte mil hombres era fácil no dexarse conocer. Sucedió un día que yendo el Tuzani por las inmediaciones del aloxamiento del Señor Don Juan fue conocido de aquel Moro que llegó de Purchena con vandera de paz el viernes santo que se ganó a Tíjola, dando aviso de que el Maleh se avía marchado a Purchena con siete vanderas. Este, pues, avía tratado antes mucho al Tuzani y aun entre los dos mediava amistad; por lo qual, aunque andava vestido con uniforme de Christiano, no por esso dexó de conocerle, y mostrando grande alegría se fue en derechura a abrazarle no sabiendo que andava oculto. El Tuzani, sobresaltado, le dixo en algaravía que callasse y no le descubriesse, porque en todo el campo se le tenía en el concepto de Christiano viejo. Dissimuló por entonces el Moro de Purchena, y dixo a algunos que le avían visto abrazar al Tuzani, que le conocía de su tierra por averse criado en ella, y que allí todos los Christianos viejos entienden la algaravía. De este modo se apartaron de los demás y los dos anduvieron tres o quatro días juntos, durante los quales el Tuzani contó al Moro de Purchena todo lo que le avía passado desde que salió de allí y cómo avía muerto el soldado que quitó la vida a la hermosa Maleha, encargándole mucho el secreto. Espantado de quanto oya el Moro de Purchena, y principalmente de que diesse a los Moros de Tíjola la noche de su evasión el nombre del campo christiano, que era «Santa María», como jamás en los Moros se halló buena fe ni estabilidad en una cosa, luego determinó éste dar cuenta a Su Alteza de quanto el Tuzani le avía dicho, y poniéndolo por obra buscó al Señor Don Juan y le dixo: «Sepa Vuestra Alteza que en el campo anda un Moro llamado el Tuzani, en hábito de Christiano, el qual hace saber a los Moros todo quanto passa en el exército, y avrá dos días que mató a un soldado porque avía muerto a la hermana del Maleh en la entrada de Galera. Guárdese de él Vuestra Alteza, porque es hombre sagaz y de agudo ingenio, y mándele luego prender y dar muerte, que la tiene bien merecida por aver dado el nombre de la guarda del campo a los enemigos, poniéndole en peligro de perderlo todo, si Dios por su bondad no lo estorvara.»

Se quedó maravillado Su Alteza de lo que aquel Moro contava, y no queriendo que huviesse en el campo una persona que le pudiera

dañar y hazer trayción, le mandó que con toda diligencia y maña buscara al Tuzani y le atraxera de modo que le pudiesse prender. El morisco de Purchena prometió que assí lo haría y anduvo buscándole dos días por todo el campo sin poderle hallar, hasta que el tercero le vio y preguntó en seguida dónde avía estado. El Tuzani le respondió que en su posada, sin aver salido de Andárax; y deseoso éste de saber para qué le buscava, le habló el de Purchena deste modo: «Ya sabes, amigo, que de mi propia voluntad vine a ponerme en las manos del Señor Don Juan, y le conté cómo el Maleh se avía ido a Filabres con siete vanderas, pensando salir de allí o juntarse con Avenabó. Aora, pues, tengo que tratar ciertas cosas con el Señor Don Juan, y quisiera que estuvieses delante para que, como hombre advertido, terciaras en algo de lo que dixera.» El Tuzani, hombre leal y que tenía en mucho los deveres de la amistad, dixo que de buena gana le acompañaría quando le pareciesse conveniente ir a hablar con Su Alteza. El de Purchena mostró que le importava hazerlo quanto antes, y assí el Tuzani y él juntos fueron en seguida al aloxamiento del Príncipe, quien estava a la sazón acompañado de muchos cavalleros, y entre ellos los tres maeses de campo, Antonio Moreno, Don Pedro de Padilla y Don Lope de Figueroa, además de Don Francisco de Velasco, que era aquel que vino al campo del Duque de Sesa con órdenes de su Magestad para contribuir en quanto pudiesse a que por buenos modos tuviese fin aquella guerra. Estávase tratando de ir a buscar al enemigo aloxado en Vélez y se avía acordado hazer tres partes del exército, para que cada una dellas buscara por distinto rumbo a Avenabó y no descansara mientras no acabasse con él, yendo dexando por cada lugar gente de presidio, a fin de que en adelante los Moros no pudieran aloxarse en poblado. Estando en esto llegaron el Moro de Purchena y el Tuzani y dixeron al Capitán de la guardia que querían hablar con su Alteza sobre negocios que le cumplían. El Capitán entró luego el recado, y mandándoles entrar, dixo el Moro de Purchena, después de haber hecho su mesura: «Esclarecido Príncipe, éste es el camarada de quien tengo hablado a Vuestra Alteza, y ambos venimos juntos a suplicarle que si se digna de prestarnos atención trataremos de ciertas cosas importantes.» El Señor Don Juan conoció luego al morisco, y como estava ya advertido de lo que se tratava, mandó al Capitán de la guardia que prendiera al instante a aquel soldado que venía con el Moro y le tuviese a buen recaudo; hízolo assí el Capitán quitándole las armas. Luego entendió el Tuzani que aquel morisco le avía vendido; pero no perdió por eso un punto de su ánimo, sino que preguntó al principio

con modestia porqué le mandava prender. El Señor Don Juan le preguntó allí delante de todos de dónde era, y el Tuzani, conociendo que ya Su Alteza estaría informado de esto por el morisco, no quiso negar la verdad, antes bien, con ánimo esforzado, respondió que era natural de un pueblo llamado Finis, situado entre Cantoria y Purchena, que era cavallero y se llamava el Tuzani. Preguntóle el Señor Don Juan porqué siendo morisco andava con uniforme de soldado entre las vanderas christianas. El Tuzani respondió assí: «Señor, sabrá Vuestra Alteza que tomé este hábito por matar a un villano que vilmente asesinó a la muger más bella de este mundo en la entrada de Galera, aviéndola podido cautivar, y esta señora era mi esposa. Yo juré buscar al soldado para darle muerte, y avrá dos días que le encontré en este campo y le maté, no muy lexos del lugar donde estamos. Esta es la verdad; haga aora Vuestra Alteza de mí lo que sea servido, que si muero iré de esta vida consolado, pues vengué la muerte de mi señora, que era lo que más deseava en este mundo. Y aun tengo esperanza en Dios que la he de ver después de muerta, y estoy seguro de que no tendrá queja de mí aviéndola vengado; mas he de morir Christiano, que en esta fe también murió mi señora, porque estávamos convenidos en que yo le sacaría de Galera y llevaría a Murcia, donde avíamos de vivir casados aguardando el fin desta guerra. Con estas miras rogó ella a su hermano Maleh que le dexara venir a Galera con achaque de ver a unos parientes que allí vivían, a fin de que tuviésemos una jornada más breve que hazer. No quiso el hado que assí fuesse, porque unos traydores levantaron a Galera y dieron motivo a que Vuestra Alteza con su exército la entrara y muriese allí mi señora. Yo mismo fuí a buscarla, la hallé muerta y, con lágrymas piadosas, le di tierra; escribí encima de la sepultura su epitafio y mi dolor; juré vengarla, la vengué y me puse este trage de Christiano; porque lo soy he seguido tus reales vanderas y me mandas prender; si muero, moriré consolado mandándolo un Príncipe tan esclarecido. Mas en este caso una sola cosa suplicaré a tu grandeza, y es que guardes éste que es el retrato de mi señora, no cayga en manos villanas y indignas de tocarle, juntamente con estas tres joyuelas que, aunque sean en sí de poco valor, tienen infinito precio aviendo sido suyas.» Dixo esto el Tuzani sin mudarse color de su rostro, y metiendo la mano en el seno y hincando la rodilla, sacó de él el pergamino y las joyas, que alargó al príncipe. Su Alteza estava maravillado de la serenidad con que el Tuzani avía contado su historia, y compadecido de su mala fortuna se llegó a él, tomó el pergamino, las arracadas y la sortija, que estavan muy bien envueltas

en un papel, y el Tuzani al tiempo de entregárselas a Su Alteza lanzó de lo íntimo de sus entrañas un muy profundo suspiro, como si entregando el retrato y las joyas diera a su señora misma y con ella el corazón. El Señor Don Juan, descogiendo el pergamino, vio el retrato de la hermosa Maleha, y maravillado de una belleza tan peregrina, le mostró a todos los cavalleros que allí estavan, los quales, admirados tanto de la hermosura de la Mora como del verdadero amor que el Moro la tenía y de la entereza que avía mostrado recitando su historia sin turbarse delante del Príncipe, dixeron que el Tuzani no era digno de muerte y que avía obrado como cavallero y soldado valeroso vengando el asesinato de dama tan hermosa. Cada uno de ellos asegurava que en tal caso hiziera otro tanto, y que fue digno de ser muerto a manos del amante el soldado villano que avía muerto a la hermosa Maleha; por lo qual, aviendo cumplido el Moro con su deber, lexos de merecer castigo era digno de ser tenido en mucho.

El Señor Don Juan, viendo que todos aquellos Capitanes y Maeses de campo abonavan el valor del Tuzani y que su juyzio propio era conforme al parecer de ellos en quanto a su entrada en Galera después de dos días ganada, y sobre aver vengado la muerte de su dama, le uviera perdonado en seguida; pero se le puso por delante que avía manifestado a los Moros de Tíjola, estando él de guardia, el nombre en que tenía confiada su seguridad todo el campo, y assí, delante de todos aquellos cavalleros, le dixo al Tuzani que sólo por eso era digno que se le hiziera quartos. Este entonces, exento de temor y con serenidad, respondió a Su Alteza diziendo: «No niego, valeroso Príncipe, que el acto es digno de muerte tomándolo assí, y sin consideración a lo que fue intentado executándole y al fin que se pudo proponer; pero si se mira y saca de raíz el intento con que se hizo, se hallará que el aver dado dicho nombre a los Moros de Tíjola fue en provecho y utilidad del exército de Vuestra Alteza, porque si no se les diera entonces, no se ganará la plaza en ciento ni en doscientos días, respecto a que se aguardava como muy próximo el socorro de Avenabó, que teniendo treynta mil hombres de pelea hubiera dado a Vuestra Alteza mucho en qué entender. Yo sabía que su pujanza es grande, y assí, con mi poca discreción de milicia, procuré que los de Tíjola abandonassen el fuerte en que Abenavó y todos los suyos tenían puestos los ojos para su remedio, en tanto que llegava el refuerzo de Africa, que efectivamente llegó al otro día a Castil de Ferro y no desembarcó porque estava batiendo a aquella plaza el Duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias, quise, aunque hize mal de no dar

antes parte de mi intento a Vuestra Alteza, como era razón, evitar el daño de los Christianos y asegurar el provecho que se les seguía de dexar los Moros a Tíjola. Yo, es verdad, les di el nombre, y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza, fugándose en aquella oscura noche. Quando sentí que casi nadie quedava ya en el pueblo, grité arma por la parte de mi cuartel, aviendo oydo que de otra parte se avía sentido la fuga de los Moros por el tercio de Nápoles. Movióse en seguida todo el campo; a pesar de la escuridad de la noche se tomó el fuerte, y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio, que es el de Don Lope de Figueroa, y yo con ellos; yo fuí el primero que puse fuego a las casas e hizo hogueras para que los Christianos pudiessen ver lo que obravan y reconocieran a los Moros; éstos y sus mugeres se fueron, dexando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos; allí quedó muerto el Alcayde de Tíjola, y aun quando se salvaron dos mil personas, quedó a Vuestra Alteza lo principal, que era aquel fuerte en donde los Moros, como tengo dicho, tenían puesta su esperanza. Sabed, Señor, en compensación de los que se fueran por mi causa, que de hoy en tres días se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó, y en esto no cabe duda, porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser conocido de otro ninguno mas que yo, quien, preguntándole a qué avía venido, me respondió que a reconocer tu exército. Se espantó de verle y salió amendrantado diziendo que, á pesar de Avenabó, vendría él a rendir las armas y haría que todo el reyno se sometiesse a tu obediencia. Lloró conmigo su desventura el valeroso Capitán, arrepentido del mal término que ha usado con su Rey Señor; yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana, mi señora; esto es lo que hay de cierto, y assí, soberano Príncipe, si me has de dar la muerte, sea pronto y no me la dilates, porque se alargan mis penas, quando saldré de todas ellas si luego me la das.» Aquí no pudo dexar el Tuçani de mostrar un vivo sentimiento, dando sus ojos testimonio de lo que mucho padecía. Viéndolo Don Lope, y considerando el valor de tan buen soldado, se levantó echando dos o tres por vidas, y dixo: «El soldado ha dado gran descargo de su persona y no tiene por qué morir; yo le quiero en mi compañía y que siga mis vanderas. Mande Vuestra Alteza que sea libre y se le devuelvan sus armas, que, voto a tal, que si alguno matara a mi dama, no me contentaría con matarle a él solo, sino a todo su linage.» El Príncipe, en vista de lo que Don Lope y todos los demás que allí estavan dezían, mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas. Entonces Don Lope le dixo: «Ami-

go, militad baxo de mis vanderas, que yo me precio de llevar en ellas soldados semejantes. Para que me sigáys con más voluntad me llevaré el retrato de vuestra dama, que estando en mi poder podéys hacer cuenta de que está en el vuestro, y le haré poner en tabla para que no se maltrate. El Tuçani respondió: Bien sé, inclyto Marte, que assí estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder; mas desde aora hago cuenta de que pierdo a mi señora y que no la veré más; prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones, aunque temo que ataje la muerte mi carrera no viendo el retrato de mi dama.» Don Lope, como hombre que sabía muy bien lo que era estar amartelado, considerando que la falta del retrato podría causar al soldado una profunda melancolía, que tras ella cayesse en la desesperación y le causara una muerte repentina, le llamó y le entregó su retrato, diziendo: «Yo ya sé lo que son estas cosas: tomad vuestro retrato y guardadle para vuestro alivio y consuelo; pero atended de andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona, pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso; aora salíos fuera y aguardad hasta que yo salga.» El Señor Don Juan mandó dar sus arracadas al Tuçani, quien se salió del aposento, dexando a todos admirados de su noble proceder y mesura. El otro Moro que le avía vendido, pesaroso ya de lo que avía hecho y con temor del Tuçani, se salió aquella noche de Andárax y se fue a Válor donde estava Avenabó.

De allí adelante el Tuçani se llamó Fernando de Figueroa y anduvo siempre en compañía de Don Lope, hallándose en la Naval, en la de Mastrique y en todas aquellas ocasiones en que se halló su Capitán, no dexándole hasta que murió en Monzón. Entonces el Tuçani se vino a Villanueva de Alcardete, donde estavan los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos hijos de hermanos, y yo propio procuré verle yendo a Madrid en solicitud de un privilegio para un libro mío. Como yo estava ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuçani, tuve especial cuydado de buscarle y hablarle, y él me dio esta relación que hemos contado. Vi el retrato de la hermosa Maleha, que le tenía puesto en tabla, y me pareció el rostro más hermoso del mundo; en medio de ser pequeño, tenía alrededor un letrero en arábigo que decía assí: *Day fati Maleha ayuia*, que en castellano quiere decir: «Señora hermosa de mis ojos.» Bolvamos aora a nuestra historia para darla fin, ya que nos aguarda Abenabó, lleno de mil pensamientos y temeroso de la muerte, con intención de rendir las armas al Señor Don Juan; pero antes diremos un romance que se hizo a lo passado y es como sigue:

ROMANCE QUE TRATA LA TOMA DEL CASTILLO DE TÍJOLA.

Aquel castillo famoso,
que es de Tíjola la Vieja,
el de Austria con su poder
estrechamente le assedia.
Con tres tercios le han ceñido
por el llano y por la sierra;
al Mediodía Don Lope
planta y hace su trinchera;
A la parte Tramontana
Don Pedro Padilla assienta
su tercio muy sagazmente;
El buen Antonio Moreno
dentro en Tíjola la Nueva,
donde assiste el buen Don Juan
con la gente aventurera
en el tercio, y el otro
parece una y otra seña;
Trinchea se hazen luego,
plataformas a gran priesa,
se plantan doze cañones
para que batan la tierra,
sin otros dos que se ponen
enmedio de una ladera.
Mas al plantar estos dos
grande escaramuça huviera,
porque los Moros lo estorvan
y los nuestros perseveran,
Los quales son zamoranos,
también de Toro y su tierra,
más por ser los Moros muchos
van perdiendo la ladera.
Los socorre un Capitán
de Murcia con su vandera;
Francisco Galtero ha nombre,
el qual, puesto en la pelea,
hizo tanto y pudo tanto
que se plantan las dos piezas
a pesar del vando moro
que procura defenderlas.
La tierra se bate luego,
las valas dan en las peñas
y en las torres y murallas
no hazen ninguna mella,

por estar muy encaxada
la obra y cimiento en ellas.
Treynta días se han passado,
los Moros salirse acuerdan
una noche, fría, oscura,
qual al caso conviniera.
Llegó una noche cerrada
que llueve, ventisca y nieva,
con terrible oscuridad
que le causara una niebla;
el nombre hurtan al campo
que el Tuçani se lo diera.
Con esto el Moro se sale
marchando para la sierra,
mas no osavan de salir
quando alarma se dio recia.
Todo el campo se alborota,
a la muralla se allega
y con un valor terrible
se gana y toma la tierra.
Los de Lorca los primeros
por la muralla atraviessan
y ponen fuego a las casas
haziendo grandes hogueras,
porque viesen los Christianos
con quien tienen la pelea.
Las dos eran de la noche
quando christianas vanderas
puestas en el alto alcázar,
que el aire las tremolea,
«¡España! ¡España!», diziendo
toda la gente de guerra,
la Nueva y Vieja Tíjola
por el Rey Felipe quedan.
Jueves Santo fue en la noche
quando este asalto se diera.
El campo se fue a Andárax,
donde está el Duque de Sesa,
el qual recibió muy bien
con su Campo el de Su Alteza.
El Duque se fué á Granada
y el de Austria en Andárax queda.

Fin.

CAPÍTULO VEYNTE Y CINCO, EN QUE SE PONE CÓMO el capitán Habaquí pide paces a Su Alteza, y lo que sobre ello se trató, y cómo se dio fin a la guerra.

Triste y muy pensativo y muy corto de esperança andava el Moro Audalla Abenabó en ver quán mal se entablavan sus cosas y cómo sus gentes, de todo punto desmayadas, no cursavan de las armas, especialmente quando le fueron dadas nuevas de la pérdida del castillo fuerte de Tíjola, a donde todos tenían puesta su esperança; pues visto esto, y que el socorro se avía buelto en Argel y el Turco no le socorría ni el de Marruecos más le avía escrito; que el hermano de Filipo, Rey de España, ya estava en Andárax y avía juntado su campo con el del Duque de Sesa, y que ya todos sus Capitanes y quadrillas no parecían por los caminos ni osavan parecer y oyr el llanto de las mugeres y niños descarriados, no osando parar en poblados, sino en las sierras y montes, como animales curtidos de los fríos, de las nieves y soles, esperecidos de hambre y con esperança muy corta de remedio, de todo punto perdió el ánimo y dio de mano a la guerra, no permitiendo que por él solo tantas ánimas se perdiesen, un día determinó de juntar a consejo de guerra, y siendo juntos todos los Capitanes que al presente se hallaron en su campo, con unas palabras tristes y sentidas a todos habló desta manera:

RAZONAMIENTO DEL REYECILLO ABENABÓ A SUS CAPITANES.

«Valerosos y fuertes Capitanes, que con inmensos trabajos avéys sustentado la peligrosa guerra, passando muchas vezes por las armas de nuestros enemigos mortales: no se ha podido de nuestra parte hazer más de lo que tenemos hecho; llegado avemos al fin de la guerra sin poder passar más adelante con nuestras esperanças, atento que el socorro de Argel se bolvió y no tomó tierra en parte alguna y el Turco no ha hecho movimiento de venir ni saber en qué estado a estado la guerra, y el de Fez y Marruecos no han hecho de nuestros trabajos mención alguna; assí que faltando estos socorros mal podremos nosotros salir al cabo con lo pretendido. Las fuerças todas nos han tomado, todos los importantes lugares tienen bastante gente de

presidio, bastimentos nos faltan, los panes nos han talado, ganados ya no nos quedan, la hambre nos haze más guerra que las armas; las mujeres y criaturas van padeciendo, y dizen que más quieren morir o ser cautivas que no padecer de tal suerte. Por tanto, amigos y caros compañeros, de mi parte digo que rindamos las armas al hermano de Felipe, a quien Dios ha dado tan soberana ventura; acábense ya los llantos, acábense ya las desventuras, muertes, sollozos y suspiros; suba el de Austria a lo alto y más sublime lugar de la rueda de la fortuna; yo no tengo de rendirme a las christianas vanderas, porque lo tengo a Mahoma jurado y prometido; con el Turco vando me passaré a África, a donde aguardaré el fin de mis días. A los que quedaren se les busque la salud que tanto dessean y la paz que tanto piden, y para esto vaya el Capitán Habaquí, que es hombre que sabrá con el hermano del Rey tratar un caso de tanto peso, y lo primero que pida sea que el vando Turco sea puesto sin peligro en vageles, que passen al mar Líbico sin que ningún daño les sea hecho en España; y que a los Granadinos les dexen en sus tierras, sin tomarles las haziendas, y haziendo esto el hermano de Felipe luego las desseadas paces serán confirmadas; éste es mi parecer, y la última esperança que nos queda es ésta; aora cada uno diga lo que siente deste mi parecer; si es bueno, tómese, y si no, passe la guerra adelante, que con morir haremos pago a los inmensos trabaxos que venir nos pueden.»

Assí como Audalla Abenabó acabó sus razones, todos los Capitanes, assí Turcos como Moros granadinos, fueron de parecer que se hiziesen las paces, que era un caso acertado, porque con ellas luego cesarían todas las desventuras y males tan cargados de trabaxos y pesadumbres, y que se procurase el bien de Abenabó, porque no passase en África a conocer tierras agenas, y para esto se le dio al Habaquí una carta de crehencia, firmada y sellada de la mano de Abenabó, siendo tratado en aquel acuerdo de guerra esto que se ha dicho. Acabado el consejo, luego por todo el campo se divulgó cómo se tratavan medios de paz, de que no poco contento todo el campo recibió, y más las mugeres, que de puro gozo y alegría lloravan, y ya quisieran que el asiento de las paces se huviera dado, y más tarde se les hazía aquel poco tiempo que quedava de sus males que todos los dos o tres años passados de la guerra. Los Moros granadinos sentían lo mismo, y de puro placer, con desseo de verse ya en sus lugares, reposados en sus casas como solían, los unos arrojavan las armas por el suelo, los otros lloravan de contento, los otros alçavan las manos al çielo dando

gracias a Dios por las mercedes que les hazía en acarrearles la paz; ya desseavan que el Habaquí se partiera al real de los Christianos a tratar saludables medios. Luego el Habaquí, no con menos contento y voluntad de las paces que los demás, desseando que Dios los traxese a buen fin, se partió para Andárax, llevando consigo sólo dos Moriscos, sus amigos, llevando una vandera blanca puesta en una vara de una lança para señal de paz; y siendo partido no paró hasta llegar a Andárax, y llegado cerca, luego del campo del Señor Don Juan fué visto y dello dado aviso al Señor Don Juan cómo venían tres Moros de paz con una vandera blanca. Su Alteza mandó que en llegando los llevasen a su posada; y assí fué hecho, porque llegado el Habaquí sobre su cavallo muy bien adereçado y sus dos compañeros con él, pidió por el Señor Don Juan y que le dixesen de parte del Habaquí cómo le venía a besar los pies y a tratar ciertas cosas de importancia con Su Alteza. Este aviso se le dio a Su Alteza y mandó que el Habaquí entrase, el qual, apeado de su cavallo, dexándolo a sus compañeros, se fue a la posada de Su Alteza acompañado de algunos Capitanes y soldados que le salieron a recibir por mandado de Su Alteza. Llegado el Habaquí ante la real presencia del Señor Don Juan, se hincó de rodillas y se baxó por le besar los pies; mas el Señor Don Juan no le consintió, antes levantándole del suelo le dixo que fuesse bien venido, que a qué era su venida. El discreto Habaquí, sin turbación de rostro, antes mostrándolo muy sereno, con palabras llenas de una admirable facundia, habló.

RAZONAMIENTO DEL HABAQUI AL SEÑOR DON JUAN.

«Honor y gloria del valor hispano,
hijo de Carlos invicto, famoso,
a quien el alto cielo le apercibe
mil glorias inmortales y trofeos,
y a quien Fortuna muestra el rostro alegre,
y en su movible rueda le señala
lugar sublime puesto en lo más alto;
yo soy el Habaqui, si en algún tiempo
mi nombre oyste andando en estas guerras,
porque también el hado a mí me puso
en lista infame y torpe desvarío,
haziéndome seguir injustas causas,
siguiendo las vanderas de los reos;
mas ya de todo el caso arrepentido,
con firme fe y propósito me pongo
delante tu real acatamiento,

trayendo de Abenabó aquesta carta
porque por ella entiendas mi venida
y que lo que tratare será cierto.
Audalla, pues, te besa pies y manos
y pide tu clemencia no se niegue
al Reyno de Granada, que humillado,
de todo arrepentido la demanda
y quiere reducirse y entregarse
de toda voluntad a tu grandeza;
las armas rinden, ríndense las gentes,
perdón demandan de sus grandes hierros
con lágrimas lo piden muy humildes,
los niños y mugeres ya te llaman
con lágrimas crecidas y gemidos,
y dizen que en tus manos quieren todos
morir y no vivir en los desiertos
passando hambres, muertes y trabaxos.
Pues, ínclyto varón, invicto Marte,
la guerra cesse, cesse la ruyna,
rebuelvan las vanderas a las hastas,
los parches de las caxas no se toquen,
los pífanos no suenen ni las trompas,
la pólvora no haga más estruendo,
los ecos por los valles no resuenen
de la arcabuzería disparada,
el humo de las pieças no parezca
al cielo remontado como nuves;
ya no los azerados hierros hagan
verter la roja sangre por los campos,
el templo de Jano cierre ya sus puertas,
de la discordia el cuerno más no suene,
aya paz, aya bien, aya contento,
todo se allane, todo sea justo.
Clemencia, clemencia, Príncipe, clemencia;
ymite al fuerte Céssar, padre tuyo,
que della se preció muy grandemente.
Con los vencidos era piadoso;
no Marte ya, señor, no aya más Marte:
¡Felipe viva, viva su grandeza!
vasallos somos todos como de antes,
esténse como de antes las haziendas,
esténse como de antes los lugares,
las fardas como de antes contribuyan,
el vando turco passe allá en Libia
y lleve tu licencia sin dañarle,
passe a Argel, embárquese al momento,
que de Abenabo puesto ya en tu gracia
aquestas condiciones solas pido;

suplico a tu grandeza las concedas
con una piedad qual esperamos
que un hijo de tal Céssar nos otorgue.
Olvídense los males cometidos
y pónganse en olvido las trayciones;
advierte, gran señor, que Dios no quiere
que muera el pecador, sino que viva
y que de sus errores se arrepienta,
dispuesto al enmendarse de sus culpas.
Pues, Príncipe, no más; yo más no digo;
a lo que vine he dicho; yo no vaya
de ti desconsolado ni arroxado,
pues es de tu grandeza y real costumbre
el dar perdón al triste que le pide.»

Estas razones dixo el valeroso Capitán Habaquí a Su Alteza delante de muchos cavalleros y Capitanes, dexando a todos muy contentos de su buen proceder, y más al Señor Don Juan que a todos, muy alegre porque los Moros de Granada querían reducirse y rendir las armas, considerando que Su Magestad holgaría dello, pues avía mandado que por los mejores medios que se pudiesen se feneciese la guerra y que los Moros fuessen acogidos a misericordia, y assí el Señor Don Juan, mostrando el rostro muy alegre, le respondió al Habaquí con muy suaves palabras lo siguiente:

RESPUESTA DEL SEÑOR DON JUAN AL HABAQUI.

Mucho huelgo, Capitán valeroso Habaquí, de conoceros de vista, aunque de fama ya yo tengo de vos y de vuestras cosas muy larga noticia, y que no avéys sido pertinaz en la rebelión y que de vuestra parte avéys hecho en reducir al verdadero conocimiento a los mal mirados Reyes, reprehendiendo sus malas inclinaciones; y tengo bien entendido que si Abenabó se rinde, es más por vuestra persuasión que por su voluntad; mas séase como se fuere, digo que las paces yo las confirmo y doy mi palabra, en nombre de mi señor el Rey, que los moriscos sean de mí muy bien recibidos, con aquella afabilidad que Dios manda y la real grandeza de Su Magestad requiere, y que serán regalados y recibidos a su gusto, y que sus haziendas, dineros, joyas, ropas les serán guardadas, sin que ninguna persona les quite, ni pida, ni embarque, ni estorve cosa que les sea en su daño, y que los Turcos se puedan yr y embarcar en Castil de Ferro libre-

mente sin que nadie les perturbe su passage, y esto se pudiera aver hecho muchos días antes de aora y no huvieran passado tantos males ni sucedido tantas muertes assí de una parte como de la otra; y pues vos, buen Capitán, avéys venido a tratar de tan saludables medios, no perderéys nada en ello, atento que se ha conocido vuestro buen celo, confessando ser leal servidor de Su Magestad, por cuya vida y Real corona juro de hazer que él os dé una encomienda del hábito de Santiago, y con ella en que podáys vivir como honrado cavallero vos y vuestros descendientes, con Reales Privilegios de vuestra nobleza y hidalguía; la qual os será guardada a vos y a vuestros descendientes para siempre jamás; y en señal de lo que digo, recebid esta cadena de mi mano y esta espada que en la cinta llevo, para que de oy en adelante os tengáys por más cavallero de lo que soys, aunque sé que soys de mucha calidad»; y diziendo el Señor Don Juan estas palabras, se quitó del cuello una hermosa y rica cadena de oro y se la dió al Habaquí y con ella la espada que tenía en la correa, que era dorada y de mucho valor. El Habaquí, hincadas las rodillas en tierra, quiso besar los pies a Su Alteza, mas Su Alteza no lo consintió; más todavía, le besó las manos por fuerça. Con esto se salió el Habaquí a Andárax, llevando el camino de Válor a donde estava Abenabó, llevando consigo sus dos compañeros maravillados de los ofrecimientos que Su Alteza le avía hecho al Habaquí y de los presentes que le avía dado, concibiendo en sí una mortal embidia de lo bien que el Habaquí avía librado con Su Alteza.

Llegado a Válor el buen Habaquí todo el campo le salió a recebir y muchos amigos suyos, holgándose de le ver venir tan bien adereçado y con aquella rica cadena de oro y espada dorada, y preguntándole en qué estado quedavan las cosas, el Habaquí les contó todo lo que avía passado, con las quales nuevas todo el campo se alegró, dando gracias a Dios por tan buen sucesso. El Habaquí fué delante de Abenabó, al qual le contó todo quanto con el Señor Don Juan le avía passado.

Que aviendo el Capitán Habaquí dado cuenta a Abenabó de lo que avéys oydo, se fue a su possada, a donde fue visitado de todos sus amigos, a quien el Habaquí aconsejó de por todo lo del mundo no dexasen de buscar y seguir la paz. Luego aquella noche entraron a hablar con Abenabó aquellos dos Moros que fueron con el Habaquí, los quales llenos de embidia le dixeron: «Mira, Rey Audalla, lo que hazes y de quién te fías; tú enviaste al Habaquí a procurar el bien de todos y tu salvación, y él más a procurado por su persona que por la tuya. ¿Pues te parece a ti, famoso Audalla, que sería muy bueno que a tu

costa triunfe el Habaquí y que él solo se lleve la gloria y honra del rendimiento de las armas y que a él solo se hagan las singulares mercedes? pues si tú lo quieres haz a tu gusto, que con esto cumplimos la obligación que a serte leales tenemos; a lo menos no dirás que no fuyste avisado con tiempo para que remediarte pudieras.» Esto dixeron estos traydores a Abenabó, llenos de mortal embidia contra el Habaquí. Pues como el falso y mal Abenabó, tuviese ciegos los ojos de la razón, luego creyó los malos consejos y falsas acusaciones que le dieron contra el buen Habaquí, y assí, indignado grandemente contra él, al punto acordó de hazerle matar, y para lo poder hazer sin ningún escándalo mandó a los Capitanes y soldados amigos del Habaquí que con cierta gente se saliesen de Válor a guardar ciertos passos de que se recelava, mientras se asentavan las paces. Los Capitanes partidos, Abenabó dixo que quería yr a Pitos de Ferreyra, que avía necessidad de su yda, y assí se partió con mil hombres, llevando consigo al Habaquí, y quando estuvo en Pitos de Ferreyra, un día mandó llamar al buen Habaquí, el qual siendo venido, el mal Abenabó le habló desta suerte:

RAZONAMIENTO DE ABENABÓ HAZIÉNDOLE CARGO AL BUEN HABAQUÍ.

«Di, infame y falso Habaquí, ¿ésa es la lealtad que me has tenido? ¿Assí me pagas las singulares mercedes que te hecho, los bienes que te he dado haziéndote supremo General de todo mi campo? ¿Ésta es la confianza que de ti he tenido, y que poniendo mis cosas en tus manos, en ti muy confiado dite comisión y mi carta de crehencia para el hermano del Rey de España, para que tú por mí y en nombre dieses asiento en las paces, y vas y negocias por ti, adquiriendo para ti honra y gloria del rendimiento de las armas y restauración del Reyno, dando palabra que me avías de llevar preso o muerto ante el General de los Christianos? ¿Entendías que avía de faltar quien de tu traydión me diera aviso? Muy contento veniste con tu cadena de oro y tu espada dorada; pues hágote saber que no verás ese día, que por Mahoma, que yo te hago poner en un palo, porque tu muerte infame sea escarmiento a otros para que no intenten a ser traydores como tú lo has sido conmigo.»

Muy maravillado y espantado quedó el buen Habaquí de las razones de Abenavó, y como estuviese fuera y libre de aquello que le in-

crepava, sin mostrar punto de turbación, como hombre que era de valeroso ánimo, le respondió a Abenabó deste modo:

RESPUESTA DEL CAPITÁN HABAQUÍ A ABENABÓ EN SU DESCARGO.

«No sé qué aya sido la causa, Rey Audalla, que assí sin más razón de traydor me trates, que jamás lo fuy a ti ni a otra persona en el mundo, porque no me viene de línia serlo; a Don Juan me enviaste; si el me dio por su gusto una cadena de oro y esta espada, no por esso es tocar a trayción; sin razón alguna te has indignado contra mí que bien y lealmente te he servido, y no puede ser menos sino que traydores contigo me han rebuelto de embidia de mi bien; muy bien sabes, Audalla, que todo el campo estava amotinado contra ti y avía muchos conjurados para darte muerte, y por mi respecto al campo se apaciguó y muerte no te fué dada; pues si esto es assí y lo sabes cierto, ¿por qué me das nombre de traydor? No te devo nada, Abenabó; haz de mí lo que tu gusto fuere, que si me mandas dar muerte, no faltará en el campo quien la vengue, y si faltare yo sé cierto que Dios me ha de vengar de tal modo que viviendo has de sentir mil muertes, porque Dios mirará que siempre a sido mi celo bueno y justo, y sabe cómo contra mi voluntad he seguido las moriscas vanderas, porque yo soy Christiano verdadero, redimido con la sangre de Christo crucificado, y si las paces yo las tratava, no era por otra cosa sino por el remedio de las almas de los rebeldes que se ganasen y cobrasen. No tengo mas que dezirte; haze tu voluntad, que dispuesto estoy a morir por Dios.»

Con esto dio el buen Habaquí fin a sus razones, las quales fueron de Abenabó mal entendidas y peor consideradas, y assí, lleno de infernal furia, le mandó prender y que luego fuese ahorcado. El buen Habaquí, viéndose solo y desamparado de sus amigos, y que no avía allí quien por él tornase, rogó a los que le querían ahorcar que suspendiesen la execución de aquella sin justicia mientras hablava dos palabras con Dios, y assí, los ojos puestos al cielo, dixo esta devota oración con lágrimas en sus ojos:

ORACIÓN QUE HIZO EL BUEN HABAQUÍ A DIOS.

Christo Dios que en un madero
moriste, Señor, por mí,
oy ampárate de mí,
pues por tu ley santa muero.

No mires a mis pecados,
sacrosanto Redemptor,
mas con puro y grande amor
sean por ti perdonados.

De mi parte está ofenderte,
de la tuya el perdonarme,
no quieras desampararme
pues acierto a conocerte.

Muy grandes son mis pecados,
bien lo tengo en la memoria,
mas, Señor, misericordia,
sean por ti perdonados.

Que te ofendí yo confiesso,
que fuy malo y fuy traydor,
mas no me juzgues, Señor,
conforme a mi proceso.

Conforme a tu gran bondad
me juzga, muy gran Señor,
no mires mi grande error
ni mi perversa maldad.

Recibe, Señor, mi alma
que presto estará en tus manos,
y el cuerpo entre los gusanos
se quedará puesto en calma.

Hasta que vengas, Señor,
a juzgar vivos y muertos,
quedaré en estos desiertos
aguardando tu favor.

Mas quisiera dezir el buen Habaquí implorando el ausilio de Dios, mas no le dieron lugar otros traydores tan grandes como Abenabó imbidiosos de su gloria; y assí fué el valeroso Capitán Habaquí suspenso en una carrasca, donde murió como cathólico Christiano, mostrando con firme esperança ser leal cavallero de Christo, llamando a Dios y á su bendita Madre que le valiese en aquel trabajoso passo.

Siendo el Habaquí ahorcado, sin razón, de una carrasca por las manos de unos Monfis malos y facinerosos, faltos de esperanças de su remedio por sus maldades cometidas, toda la gente de guerra que estava con Abenabó, assí de improviso, aviendo considerado lo mal

que Abenabó lo avía hecho con tan valeroso Capitán, se amotinaron contra él, de suerte que al traydor le convino huyr de la furia del amotinado esquadrón con harto pocos soldados que le siguieron, y sabiendo quién avía sido la causa de la muerte del buen Habaquí, los cogieron y en la misma carrasca los ahorcaron sin ser nadie parte de los poder librar. Y quitado el Habaquí de la carrasca le dieron sepultura, no sin falta de lágrimas y de grande sentimiento. Luego se supo por todas partes la injusta muerte del valeroso Habaquí, y los Capitanes sus amigos, a quien Abenabó avía ocupado fuera de Válor, quando supieron su muerte, cada uno por su parte fue a buscar a Abenabó para darle muerte, mas escondíase el traydor a donde no le podían hallar. Súpose también en el Real del Señor Don Juan la muerte del Habaquí, y al Señor Don Juan le pesó dello grandemente, y a todo el campo. Pues el pesar de las Moras y Moros no se puede creer, perdiendo la esperança de las paces, y con muchas lágrimas lamentaban la muerte del buen Habaquí.

Pues visto el Maleh y el Capitán Abenaix de Cantoria, el Molçalvan, y el Dalí, y Arrendate, que el Habaquí avía dexado puestas las paces y las condiciones pedidas para la confirmación dellas, determinaron de yr a Andárax a hablar a Su Alteça y dar fin a las paces començadas; y assí, con toda su gente y vanderas se fueron a poner en las manos del Señor Don Juan, siendo concertado que las armas se rindiessen en Granada y en Guadix y en Almería, y que todos se bolviessen en sus lugares hasta que se ordenase otra cosa, y que los Turcos se fuessen a embarcar a Castil de Ferro; y assí se fueron, con escolta que les fue hecha hasta dexarlos embarcados, aunque mejor fuera que los degollaran a todos. Visto todos los demás Capitanes y gentes cómo ya las paces se avían confirmado, todos acudieron al Señor Don Juan a rendir las armas, de quien todos fueron bien recibidos, haziéndoles mercedes. Todas las gentes se bolvieron a sus lugares a descansar, dando gracias a Dios por semejantes mercedes, como eran las paces. Unos yvan a Almería y allí davan las armas, otros yvan a Granada; Alrrocayme y Abonbayle con sus compañías se fueron a Guadix. Finalmente, todo el Reyno se reduxo y rindió las armas; sólo quedava Abenabó con obra de quinientos Monfis, que otra gente no le seguía, y assí salían de Granada a buscarle para le matar ó prender, y al fin fue hallado y preso y su gente muerta y destrozada, y llevándole a Granada, desde encima de un mulo se dexó caer de unas peñas abaxo y fue a dar en una rambla muy honda hecho pedaços, y allí le cortaron la cabeça y la llevaron a Granada, do está en una jaula

de hierro en la puerta del rastro, con un letrero encima que oy parece, que dize desta suerte:

Aquesta cabeça es
del traydor perro Abenabo
que con su muerte dio cabo
a la guerra y interés.

Los Moros que quedavan muchos se passaron en África y todos se reduxeron como los demás, los que se quisieron reducir; tuvo noticia el Señor Don Juan de cómo estava en Andárax enterrado Don Fernando de Válor, el que había sido Rey, y como había muerto Christiano, y atento esto mandó Su Alteza que los huessos suyos fuessen llevados a Guadix a enterrar, y lo mismo hizo con el cuerpo del Habaquí, que mandó que fuesse llevado a Guadix, su patria, y allí sepultado, y encima de su sepultura se le puso esta letra:

EPITAFIO AL SEPULCRO DEL HABAQUÍ.

Aquí yace sepultado
el Habaquí valeroso,
que por ser hombre famoso
fue de traydores odiado.

Su alma goza del Cielo,
porque murió buen Christiano,
y el de Austria con franca mano
merced le hizo en el suelo.

Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del Habaquí, porque era de todos bien quisto y le amavan mucho por sus buenas costumbres. El Señor Don Juan, aviendo dado asiento a las paces, viendo que no quedavan ya moriscos que no estuviessen reducidos y rendidas las armas, se fue a Guadix, dando a Su Magestad cuenta de lo que passava. Luego Su Magestad mandó que los moriscos fuessen sacados de sus tierras y llevados a Castilla y a la Mancha y a otras partes que no fuesse reyno de Granada. Publicado este mandato, luego se puso por obra el sacarlos del reyno; quién os podría dezir del dolor grande que sintieron los granadinos en ver cómo les mandavan salir de sus tierras; no lo fue menos ni lo sintieron menos que los Carthaginenses, que después de las armas rendidas les mandaron que dexasen a Carthago, porque fuesse asolada. Qué de llantos se hazían en todo el esta-

do granadino al tiempo del despedirse de sus casas; con qué sentimiento las mugeres lloravan, mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas vezes, trayendo a las memorias sus glorias passadas, sus destierros presentes, sus males porvenir; llorando dezían las sin venturas: «¡ay, Dios! ¡ay, tierras mías, que no esperamos veros más!» Muchos dezían aquellas palabras que dixo Eneas al salir de Troya: «¡o, tres y quatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pie de sus muros, que al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!» Esto dezían los moriscos llorando piadosamente, que si supieran que al fin de tantos trabaxos los avían de sacar de sus naturales, antes murieran mil muertes que rendir las armas ni aver hecho las paces. Finalmente, los moriscos del Reyno fueron sacados de sus tierras y fuera posible aver sido mejor no averlos sacado por lo mucho que Su Magestad a perdido y aun sus Reynos. Este fin tuvieron las granadinas guerras (al cavo de mil años que los Arabes entraron en España) en tiempo del Cathólico Rey Don Felipe, segundo deste nombre, a quien Dios nuestro Señor guarde largos años. Amén.

Sacólas en limpio y acabólas Ginés Pérez de Hita, vezino de Murcia, año de 1597, a gloria y honra de Dios todo poderoso, nuestro Señor, en 22 de Noviembre del dicho año, y del passado capítulo se hizo este romance.

ROMANCE EN QUE SE PONE CÓMO ABENABÓ EMBIÓ A PEDIR PACES AL SEÑOR DON JUAN CON EL HABAQUÍ, Y LA MUERTE QUE AL HABAQUÍ LE DIÓ ABENABÓ.

Temeroso de la muerte
estava Abenabo Audalla,
viendo cómo ya la guerra
con su daño se acabava,
Y en ver que sus Capitanes
ya no curan de las armas
y que niños y mugeres
por las paces suplicavan.
Al fin acuerda, rendido,
de enviar a Don Juan de Austria
que las paces le conceda
como lo pide y demanda;
Que las haziendas se queden
en los Moros de Granada
como solían estar,
pagando su pecho y farda,

Y que los Turcos se embarquen
y passen la mar salada,
y para tratar las paces
al buen Habaquí embiara,
por ser hombre muy prudente
y discreto en qualquier habla.
El Habaquí se a partido,
para Andárax caminava,
a donde asiste Su Alteza,
y ante él puso la embaxada;
las condiciones le pide
que Abenabo demandara.
El buen Don Juan las otorga
con voluntad pura y llana,
y al Habaquí, porque vino
a traer tal embaxada,
le dio una cadena de oro
y una espada muy dorada;
Con esto bolvió a Abenabo,
ya las paces concertadas;
mas traydores, con embidia,
al Habaquí maltratavan,
dando a entender a Abenabo
que gran trayción le tratava
En querelle llevar preso
y entregalle a Don Juan de Austria,
y la honra de las paces
para él tiranizarla.
Abenabo, con enojo,
que lo ahorquen luego manda,
lo qual al punto fue hecho
de un ramo de una carrasca.
Murió el Habaquí Christiano,
Dios perdone la su alma;
mucho le pesó a Don Juan
de su muerte desastrada.
Todo el escuadrón morisco
se revela contra Audalla;
Audalla se va huyendo
junto a Sierra Nevada.
Allí en una obscura cueva
tiene el Moro su posada
con muy pocos que le siguen
de los Monfis, gente mala.
Luego los más Capitanes
de la gente revelada,
Abenayx de Cantoria
y el Maleh y su mesnada,

con otros muy muchos Moros
Andárax hazen jornada,
y allí confirman las paces
como estavan ya tratadas.
A Guadix partió Su Alteza
y de allí haze embaxada,
haziendo saber al Rey
de las paces ya asentadas.
Su Magestad mandó luego
que saliessen de Granada
todos los Moros y Moras
y los de las Alpujarras,
y que pena de la vida
aquel que al contrario haga;
Mucho sintieron los Moros
aquesta nueva demanda,
que más quisieran morir
qüe dexar su dulce patria;
Mas al fin la patria dexan
y en Castilla se trasladan,
y en toda el Andalucía,
y en Sevilla la nombrada,
y en otras muy muchas tierras
fuera de lo que es Granada.

FIN.

NOTAS

Carta que el Marq.s de los Vélez escrivió al Presid.te de Granada en V de Hebrero de 1569.

Muy Ill.e Señor:

Después de haverme detenido en aquel alojamiento de Felix más días de los que yo pensava, por causas que me forzaron a ello, haviendo reformado este campo de gente que me avía faltado con los despojos de aquel buen sucesso y del de Guécija, vine camino de Andárax, por que tuve entendido que quedava el tercero campo de los enemigos y de más pujanza que los otros que avíamos vencidos, y aun fue certificado que estava con ellos el tirano malaventurado que llaman del Alpuxarra. Llegando a par de Loxa para asentar el campo en el alojamiento que allí tuvimos, por ser aquel día último de Enero y ya tarde para poder pasar más adelante, viera cantidad de enemigos en un lomo desta Sierra Nevada, cerca deste lugar de Oánez; y pareciéndome que pues los havíamos visto era bien dexallos atrás, otro día, víspera de Nra. Señora, levanté el campo de allí para ir la buelta de ellos, que ya estavan en otro sitio desta sierra más alto y dificultuoso: y assí caminamos, que a mi parecer sería una legua desde el Río hasta llegar a ellos, por cuestas muy ásperas, especialmente para cccc cavallos que llevava, que no sé cómo lo pudieron sufrir; y habiendo llegado a ellos, hallámoslos en el otro sitio, y creo que confiados en lo que les favorecía y en su mucho número de gente, la cual la juzgamos por tanta como la nuestra; como la opinión de los más fue que era mayor número que el nuestro, mostraron tanto ánimo y determinación como la pudieran mostrar muy buenos soldados, con sus gaitas y grita acostumbrada y vanderas estendidas, y toda buena orden, y ansí comenzaron á venir sobre nosotros por banda izquierda; y acometiéndolos nosotros por todas partes, se travó una buena questión; porque ellos tenían copias de ballestas y arcabuzes y otras armas, y sobre todo determinación desesperada, tanto que por nuestra banda derecha dieron tal carga que comenzaron a causar alguna confusión, que fue necesario que yo lo remediasse, largando por aquella parte con muy buena gente y tiradores, y al cabo fue Dios

servido favorecernos y ellos fueron vencidos. Seguimos el alcance más de una legua por esta sierra arriba y algunas partes donde nunca creo que anduvieron cavallos; no sé cómo pudieron andar los míos: quedaron muertos dellos, según la más corta opinión, más de 2.200; pero como se alargó y ensancha tanto el alcance, no se puede bien contar, aunque tuviéramos ociosidad para ello. Tomámosles muchas vanderas y cada día se hallan y traen del campo donde cayeron, de manera que ya creo que faltan pocas de las que les vimos que tenían. Las mugeres y niños que captivamos son hasta más de 1.700 ánimas, y muy gran cantidad de bagaje y ganado: libertamos al pie XXX christianos y niños que tenían captivos; donde fue levantamiento, hallamos que havían degollado el día que nos vieron, antes de una questión, otras L XX IIJ mugeres, y entre ellas mozas de gran lástima, y hombres captivamos pocos por que la gente de guerra perdió ese cuidado pasándolos a cuchillo, y aun con ellos algunas mugeres, de que me ha pesado; sin embargo que éstas libertadas me dizen que las Moras eran las que degollavan las mugeres christianas. De los hombres pocos que se han tomado, que casi todos han sido hallados en las cuebas deste risco puesto en defensa, ahorcó el Juez deste mi campo diez ayer y creo que havrá algunos más. De nuestra gente quedaron muchos heridos de saetas con hierva y sin ella y de arcabuzes y golpes de espadas y alfanges, y murieron pocos, aunque no dexaron de ser algunos, y dos Cavallos, y otros están para ellos; y el día siguiente de Nuestra Señora se celebró su fiesta, como pudimos, en este campo, con nuestras Candelas, como si estuviéramos en Murcia, por que tuvo cuidado de embiármelas desde aquella ciudad como si estuviera media legua della. Al otro día que peleé con los Moros en esta Sierra tuve contados 5.000 infantes y el mismo número de Cavallos, y más una Compañía de Infantería que me alcanzó la noche antes, que pasavan de CC. Havía entre ellos más de 7.000 tiradores, y de éstos los Arcabuzeros pasavan de 1.200 y el resto de Vallesteros, que fueron de grande efecto en la jornada de Felix y no de poca costa, aunque no espantan tanto como los Arcabuzeros. La demás gente iba de pica, lanza, y alabarda, y espada, y rodela; y después de llegado a este alojamiento, me han venido compañías de Infantería, con que creo que este campo pase de 6.000, y también vinieron algunos Cavallos, pocos, porque en el Reyno de Murcia no hay tantos como en el Andalucía y todo esto está a mi costa como desde el primer día.

Suplico a V. s. me perdone lo largo desta carta y dé a sí mesmo la culpa, porque es la causa dello con la merced que me haze, mostrando tanto contentamiento y voluntad de escribir lo que acá pase: cuya muy Ill.e persona &.a

Fecha en este alojamiento de Oánez a 5 de Hebrero 1569.

(Biblioteca Nacional, Ms. 13.040).

Además de las *Guerras civiles de Granada* y de su crónica rimada *Libro de la población y hazañas de la muy noble y muy leal ciudad de Lorca*, cuya segunda parte ha permanecido inédita, se conoce aún otra obra, compuesta, por desgracia, no en su apacible prosa, sino en pésimos metros; es una versión de la *Crónica Troyana,* en verso suelto, con algunos trozos rimados.

En la Biblioteca Nacional se conserva el manuscrito, al parecer autógrafo, rubricado en todas las planas para la impresión y encabezado así:

«Los diez y siete libros || de Daris del Bello troyano || agora nuevamente sacado || de las Antiguas y verda || deras ystorias en verso || por Ginés Pérez de Hita || vecino de la ciudad de Murcia. || Año de 1596.»

Manuscrito original en 4.°—505, páginas sin las dos de portada, y está con este soneto del beneficiado Juan Yuste al autor:

El Dios Apolo y Musas laurearon,
Pérez, tu claro ingenio, en quien pusieron
Cifrado todo el ser que ellos tuvieron
En prendas de lo mucho que te amaron.
En ti como en Espejo se miraron,
Y luego que la imagen de sí vieron
Al vivo puesta en ti, reconocieron
Ventaja en la figura que causaron.
La cítara de hoy más Apolo olvide
Y en tu presencia no ande coronado
Con lauro, si no fuere de tus manos.
A veces, Murcia que te honren pide.
Pues de Troya declaración has dado
De mísera ruina por gracianos.

No tiene prólogo ni otro género alguno de introducción.

Cada libro va precedido de un argumento en prosa que resume el Canto. Al llegar al libro séptimo está mal escrito el manuscrito, difícil de leer y dice el argumento:

«Argumento del séptimo libro del bello Troyano, escrito por el frigio Daris, coronista troyano.» (Así van hasta fines del manuscrito.)

El poema empieza:

Sangrientas armas, fuertes escuadrones,
Argólico furor, el Marte fiero
Y la sagrada Troya destruída,
Las llamas encendidas hasta el cielo
Y los dárdanos muros destrozados,
En brasas y cenizas convertidos,
Cantamos dolorosa y blandamente...

Acaba el libro:

Agora van con sangre muy rrebueltos,
Mostrando el testimonio lastimero
De tanta crueldad y tantas muertes,
Llevando en sus corrientes muchos cuerpos,
Ansí como de griegos y troyanos,
Escudos, yelmos, lanças y caballos,
Sen*n*al de la fragosa y cruda guerra
Y fin de la sentencia de los dioses
Encontra la ynfelice y triste troya,
La qual quedó postrada por el suelo
Para memoria eterna de las gentes.

FIN

0

BINDING SECT. JAN 17 1974

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DP 122 P4 1913 pte.2
Pérez de Hita, Ginés
Guerras Civiles de Granada